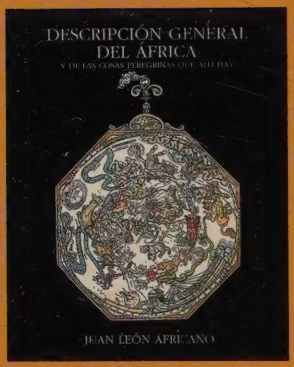
DESCRIPCIÓN GENERAL DEL ÁFRICA

Y DE LAS COSAS PEREGRINAS QUE ALLÍ HAY

Juan León Africano

Fundación
El legado andalusí



Esta obra es una edición de bolsillo, que incluye nuevos mapas, de la *Descripción General General del África y de las cosas peregrinas que allí hay* de Juan León Africano, editada por El Legado Andalusí y Lunwerg Editores en gran formato.

Descripción General del África

y de las cosas peregrinas que allí hay

por

Juan León Africano

Descripción General del África

y de las cosas peregrinas que allí hay

por

Juan León Africano

Traducción, introducción, notas e índices:

Serafín Fanjul

con la colaboración de:

Nadia Consolani

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE CULTURA

Fundación
El legado andalusí

Ilustración de cubierta: Island of Graia (detalle), David Roberts, 1839, © Corbis.

Edita: Junta de Andalucía, Consejería de Cultura
a través de la Fundación El Legado Andalusí.

© de los textos: sus autores
© de la edición: Fundación El Legado Andalusí
C/ Mariana Pineda s/n. Edif. Corral del Carbón. 18009 Granada
Tel. 958 225 995 - Fax. 958 228 644
E-mail: info@legadoandalusi.es - www.legadoandalusi.es

Coordinación editorial: Inmaculada Cortés Martínez
Edición al cuidado de: Concepción Carreño Leyva
Diseño portada: Rosa Mª Rodríguez Mérida
Mapas: Pedro Buendía Pérez
Maquetación: Rosa Mª Rodríguez Mérida y Paco Fernández
Impresión: Copartgraf

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

ISBN: 84-932923-7-0
D.L.: GR-2021-2004
Impreso en España/Printed in Spain

ÍNDICE

NOTA DEL AUTOR 9

PRELIMINAR 11

INTRODUCCIÓN 15

GLOSA

I. Marco histórico-social 19

II. La literatura geográfica árabe 36

III. La noción de África y el descubrimiento del mundo 42

IV. Juan León Africano *versus* Al-Ḥassan B. Muḥammad 53

V. La *Descrititione Dell'África* 61

VI. Nuestra versión 72

Bibliografía 75

Abreviaturas de uso más frecuente 81

DESCRIPCIÓN DEL ÁFRICA 83

Primera parte 85

Segunda parte 139

Tercera parte 207

Cuarta parte 345

Quinta parte 375

Sexta parte 425

Séptima parte 457

Octava parte 477

Novena parte 521

ÍNDICES

Índice de términos no castellanos 555

Índice temático 556

Índice de topónimos 558

Han transcurrido nueve años desde la aparición, en 1995, de la primera traducción completa en nuestra lengua de la "Descripción" de J.L. Africano. En este tiempo se han acentuado algunos de los factores que señalábamos entonces, como es el mayor contacto entre poblaciones y culturas y la necesidad, más que conveniencia, de aportar informaciones, elementos de juicio, datos del presente y el pasado que coadyuven, junto a la observación directa, a facilitar los intercambios entre unos y otros grupos humanos, en pie de igualdad y en todas las direcciones y modalidades posibles. Un mestizaje deseable para toda la Humanidad y que sólo será real y no mera cháchara cuando todos estemos dispuestos a compartir la comida de todos y cuando ninguna comunidad impida a "sus" mujeres relacionarse con cualquier hombre, un ideal nada utópico.

Junto a esta marcha general de las sociedades y en ámbitos mucho más próximos, estimamos que la utilidad de la obra es mucha de cara a esos afanes por clarificar e informar ante nuestra gente de acontecimientos pretéritos que ayuden a mejor comprender nuestra actualidad. Una tarea en la cual siempre estaremos prestos a participar. Por ello, sólo puede satisfacernos la decisión de la Fundación El Legado Andalusí de reeditar el libro. La magnífica presentación y formato de 1995, su soporte material, constituyó sin duda una excelente forma de lanzamiento entre el público hispanohablante, pero esa edición adolecía, quizá, de ciertas características que dificultaban su difusión y extensión a gran escala, como la obra merece. De ahí la precisión de reeditarla en formato de bolsillo, manteniendo íntegros el texto, la introducción, las notas y la bibliografía, así como los mapas. Es decir, la totalidad de cuanto de esencial había en la 1ª edición, aunque se han tenido que suprimir, por imperativos obvios, las bonitas ilustraciones que la adornaban y ambientaban.

En el curso de estos nueve años tuvo lugar la feliz reedición (Madrid, 1999) de la primera traducción parcial de la obra, que realizara el agustino Luciano Rubio. Y decimos feliz aunque no más sea porque

al fin hemos podido conocer el verdadero año de su publicación (1952) por añadidura al nombre del autor de la misma, pues dicha primera y benemérita edición apareció anónima. Sin embargo, no podemos coincidir con la apreciación de los editores de esa 2ª edición cuando afirman "Luciano Rubio no se limitó a realizar la traducción más completa y fidedigna, a nuestro juicio, que se ha hecho nunca de la presente obra del escritor granadino". Hacen bien en aclarar "a nuestro juicio", porque, como es sabido, cada quien tiene el juicio que quiere. Y si la calificación de fidedigna es materia sobre la que deben pronunciarse críticos y lectores, la estimación de que esa sea la versión "más completa" resulta al menos optimista en exceso: Luciano Rubio tradujo tres partes de las nueve de que consta la obra. Y bienvenidas sean, pero difícilmente un tercio de algo puede calificarse como "lo más completo" del todo. Y dejemos la cuestión, porque en el mar hay agua para todos, nos preste o no su sal. Y cada palo que aguante su vela.

Felicitémonos y felicitemos al Legado Andalusí por la tenaz labor de recuperación que desarrolla, de éste como de otros textos.

Serafín Fanjul

Madrid, noviembre de 2004

Preliminar

La inmensa aportación que muchos españoles han ofrecido –y ofrecen– al acervo cultural común a toda la Humanidad no suele verse acompañada de la colaboración y el apoyo de nuestras instituciones, entretenidas y absortas, como de costumbre, en más altas misiones. Por ello es tanto más digno de aprecio y hasta de sorpresa que se aproveche un evento deportivo para lanzar un importante haz de actividades y publicaciones que, más allá de la cobertura publicitaria, perdurará y dejará constancia de un esfuerzo de conjunto para revalorizar –y aun descubrir en múltiples casos– la Andalucía oriental a los españoles sensibles, cuando no, incluso a sus mismos moradores.

En este marco reaparece la *Descripción del África* del granadino al-Ḥasan b. Muḥammad al-Wazzān, tras una tardía e incompleta aparición en 1940: que demorase cuatro siglos la traducción, siquiera parcialmente, de la obra es materia para la reflexión sobre nosotros o sobre quienes manejan los hilos –y los fondos– institucionales, por encima de adscripciones ideológicas o circunstancias de momento y ocasión. Tal descuido no puede achacarse a mera desidia sino a una actitud de desinterés consciente en tiempos lejanos o próximos por el África, tan cercana y tan ignorada. Bien es cierto que no sólo esta obra requería volver a la luz, ni que sólo en los campos de la Geografía y la Historia tropezamos con olvidos parejos. Americanistas, latinistas o historiadores de cualquier período o cultura pueden aducir razones semejantes, trascendiendo el agravio y delineando la penuria generalizada de los estudios de alto nivel. Felicitémonos, pues, por el paso que ahora se da y esperemos que en un futuro algo anterior a los siguientes cuatro siglos las obras de Luis de Mármol y Diego de Haedo vengan a unirse, en ediciones actuales, a las de Diego de Torres y al-Ḥasan b. Muḥammad, alias Juan León Africano.

Pero no sería justo circunscribir al ámbito oficial o administrativo la responsabilidad de los inconmensurables vacíos de nuestros estudios árabes. Es más: la principal reclamación debe dirigirse a los arabistas, tan divertidos rizando los ya rizadísimos rizos de parcelas minúsculas mientras se descuida la finalidad primordial que consideramos inherente al arabismo: el acercamiento intercultural a gran escala. Y para tal objetivo preciso es abordar el estudio y traducción, seria pero masiva, de la gran literatura árabe oriental medieval; elaborar por mano de españoles (y los hay capacitadísimos) obras de síntesis que rellenen las lagunas existentes, diccionarios, manuales amplios y bien documentados, monografías literarias, históricas o antropológicas acerca de temas de muy diversa índole, pero de interés indudable en la sociedad presente, marcada por la comunicación y hasta por el trasvase de poblaciones.

Suscribimos las palabras de Marvin Harris "Si la expansión de los fondos de investigación disponibles ha de resultar en algo más que en el rápido crecimiento de la cantidad de trivialidades publicadas en las revistas eruditas, lo que hace falta es una teoría general de la historia. La publicación de cada vez más sobre cada vez menos puede ser una consecuencia aceptable de la riqueza, pero sólo si la especialización no conduce al descuido o incluso a la ceguera ante las cuestiones fundamentales"[1]. En efecto, en la Introducción a nuestra traducción del *Libro de los avaros* de al-Ŷāḥiẓ (1984) sugeríamos ideas similares, pero diez años más tarde podemos comprobar que poco se ha hecho. O hemos hecho.

La Descripción que aquí ofrecemos no sólo intenta cubrir uno de los numerosos vanos que con tanto orgullo, cual nuevo yelmo de Mambrino, luce el arabismo español; también patentiza la necesidad imperiosa de salir de las metodologías (es decir, la carencia de ellas) habituales entre los arabistas y comprender que, si sólo sabemos de Mundo Arabe, ni de Mundo Arabe sabemos. Con frecuencia se habla de interdisciplinariedad, comparatismo o de esa cursi pero inexistente figura del "trabajo en equipo"; sin embargo, muy poco se lleva a término en tales direcciones y el resultado es, con no menor reiteración, la comisión de errores de bulto fruto de ignorar la obviedad de que la sociedad árabe no cayó del cielo, ni es un caso aparte en el con-

1. Harris, M. *El desarrollo de la teoría antropológica*, p.2.

junto de las sociedades humanas, sino una más entre ellas, con sus peculiaridades y matices, pero una más. Así se descubren gloriosos mediterráneos o se recurre como refugio perpetuo a la carta del victimismo, ora por incapacidad psicológica para otra cosa, ora por ignorancia de otras culturas, otras historias y gentes. Tal vez, el fenómeno eurocéntrico sea uno de los que más concitan esa actitud plañidera, y en las páginas siguientes veremos en qué modo germina y prolifera la flor del victimismo al enjuiciar los juicios, los conceptos y nociones sobre la obra de Juan León o en torno al mismo continente africano. Pero no anticipemos argumentos.

Introducción

"De suerte que toda la parte de la man derecha, que va dende el principio del estrecho que dizen de Gibraltar fasta el río llamado Nilo, que llega a Egipto, es dicha Affrica. La mar que tiene hazia nos se llama líbica; la que tiene de la parte del mediodía se llama Ethiópica y es el Oceano; el fazia Occidente se llama Atlántico y es el mar grande también Océano".

(*El libro de Marco Polo* de Rodrigo de Santaella)

I. Marco histórico-social

Sea una u otra la fecha de nacimiento de al-Ḥasan b. Muḥammad, dentro de cuyos límites se discute, en cualquier caso su vida se vio afectada desde la más tierna infancia por acontecimientos políticos a remolque de los cuales hubo de vivir durante los años de su existencia de que tenemos noticia. Nacido en Granada inmediatamente antes de la reconquista de la ciudad o poco después de la misma, su condición de desterrado vagabundo se inicia desde el momento en que su familia resuelve no aceptar el dominio cristiano y emigra a Fez. Del confuso e inestable ambiente social que se vivía a la sazón en el reino nazarí recién sometido nos habla el viajero alemán J. Münzer, quien en 1494 giró visita a Granada detallando en la relación de su viaje las circunstancias de la coexistencia de las comunidades yuxtapuestas, de la inseguridad de los castellanos que acababan de posesionarse del país, de las costumbres aun intactas de la población musulmana antes de las primeras expulsiones y fugas masivas; y también nos refiere los horrores latentes o patentes de los hábitos guerreros de la época[2], de la punición de diversos comportamientos[3] según las formas de castigo contemporáneas.

Un momento político, el del viaje de Münzer –que tal vez coincide con la fecha exacta del nacimiento del luego llamado León–, en el cual los buenos deseos expresados en las capitulaciones entre Boabdil y los reyes Católicos no bastaban, ni mucho menos, para tranquilizar los pesimistas ánimos de los vencidos, muy pronto soliviantados por la política de Cisneros. Aunque en los primeros tiempos

2. Así por ej. refiere las crueldades perpetradas contra los cautivos durante la reconquista de Granada por ambos bandos: prisioneros muertos por los moros y éstos pasados a cuchillo en represalia (Vid. Münzer, p. 149).

3. "Nueve cristianos cautivos, que habían renegado de la fe, una vez que fue tomada Málaga, desnudos, fueron asaeteados hasta morir, por orden del rey cristianísimo. Dos eran lombardos y siete españoles de Castilla. Muertos a golpe de saeta, fueron quemados sus cuerpos. ¡Oh, rey cristianísimo, cantaré eternamente tus alabanzas!" (Münzer, p. 149).

los moros conservaban sus armas y propiedades y recibieron garantías del mantenimiento de sus leyes, ropas y religión, las buenas intenciones no tardaron en torcerse, si alguna vez existieron. Pero tampoco es seguro que Fernando tuviera gran interés en romper los acuerdos, dado el precario dominio castellano en las nuevas tierras. Por otro lado, el conjunto de cláusulas, muy semejante a las pactadas dos siglos antes con los moros valencianos, incluía la subsistencia de los magistrados locales y la continuidad del mismo volumen de impuestos y hasta los habices siguieron siendo administrados por los musulmanes.

No era un panorama ideal pero distaba mucho de una situación desesperada; no obstante, la política oficial inducía al abandono de tierras y ciudades y ya en 1493 salieron unos seis mil moros en compañía de Boabdil, sobre todo gentes de la aristocracia nazarí. Quienes de esta clase prefirieron quedarse recibieron cargos en la administración real[4] con el designio de tenerlos satisfechos y dentro de la política de atracción y mano blanda desarrollada por Talavera. Sin embargo, el apartamiento de este último y su sustitución por Cisneros ocasionó, además de conversiones forzadas en masa, la primera rebelión de las Alpujarras en 1499, con el colofón de la Pragmática de 1502 en que se dictaba la expulsión de todos los musulmanes adultos si rehusaban el bautismo, dando lugar a la cristianización nominal de la mayoría de la población, sin otra alternativa que permanecer bajo cualquier circunstancia.

A estas alturas carece de sentido entablar juicios éticos sobre la expulsión, paulatina o súbita, de los moriscos, pues ese camino nos conduce a una trampa en la cual, entretenidos en la autoflagelación, nos incapacitamos para mirar y entender lo sucedido, terreno fácil para inventar idealizados moriscos irreales y victimarios castellanos no menos fantásticos. Más útil quizá sea reflexionar, siquiera brevemente, sobre las causas de la expulsión. A este respecto, las palabras de F. Braudel[5] son paradigmáticas: "En primer lugar, porque el morisco resultaba inasimilable. A España no le ha movido el odio racial al tomar su actitud (el odio racial parece haber estado casi del todo ausente del conflicto) sino el odio religioso y cultural. Y la explosión de su odio, es decir, la expulsión, es su confesión de impotencia: la prueba de que

4. Elliot, *La España imperial*, p. 48.
5. Braudel, *El Mediterráneo, II*, p. 192.

el morisco, después de uno, dos o tres siglos, según los casos, continuaba siendo el moro de siempre, con sus vestidos, su religión, su lengua, sus casas enclaustradas y sus baños moros. Lo había conservado todo; había rechazado la civilización occidental, y éste era su delito principal". Había la conciencia de que el musulmán se debía a un universo ajeno –y extensísimo– que iba desde el Atlántico al corazón de Asia, con casas, costumbres y creencias idénticas o muy parecidas[6], un mundo religioso y psicológico hostil y excluyente de la noción de España que se quería imponer. Y cabe admitir, con la ventaja de la perspectiva temporal que, desde su punto de vista, alguna razón les asistía: si había al-Andalus no habría España; y viceversa.

Pese a la verdad de fondo que subyace en algunas de las observaciones del mentado J. Münzer, la acogida de los desterrados en Marruecos no siempre debió de ser envidiable, si bien Juan León se manifiesta en todo momento bien integrado en su patria de adopción. Sin embargo, el flujo de poblaciones y las tensiones consiguientes engendraron un fermento de desasosiego y de rebelión latente que condujeron de modo inevitable a la continuación del proyecto castellano de prolongar la cruzada al otro lado del Estrecho para cercenar de raíz lo que estimaban origen del conflicto interno: el apoyo exterior que recibian los moriscos desde la orilla africana. Dicha prolongación de la cruzada antiislam acaecía como secuela natural del fin de la Reconquista y valiéndose del avanzado estado de descomposición política del norte de África y de sus contradicciones sociales, agravadas por la presencia de los moriscos recién arribados. Pero hasta la rebelión de las Alpujarras en 1499, primer aldabonazo serio del peligro interior que los conversos entrañaban, no surge el entusiasmo religioso popular solicitando otra cruzada contra el Islam, ya bendecida en 1494 por Alejandro VI. El teatro de operaciones en Italia y consideraciones de varia índole, quizás económicas, demoraron la acción y a la muerte de Isabel, en 1504, nada se había llevado a cabo, excepto la toma de Melilla en 1497, quedando Cisneros como albacea moral encargado de hacer cumplir la postrer voluntad de la reina para que sus sucesores "no cesen en la empresa de la conquista de África y de pugnar la Fe contra los infieles"[7].

6. "Como se acostumbra en Egipto y en África, pues todos los sarracenos convienen tanto en las costumbres como en los ritos, utensilios, viviendas y demás cosas" (Münzer, p. 111).
7. Elliott, p. 50.

La voluntad decidida del cardenal Cisneros arrolló todos los obstáculos y en otoño de 1505 zarpó de Málaga una expedición con destino a Mazalquivir, base de la posterior ocupación de Orán en 1509 y de Trípoli de Berbería en 1511. Pero el inicio de control de la costa norteafricana hizo aflorar las divergencias entre Fernando y Cisneros, reflejo de dos concepciones políticas distintas: mientras el rey, atento a la tradicional política aragonesa sobre Italia, consideraba que España debía limitarse al establecimiento de una cadena de plazas que impidiesen desde la costa africana el asalto de los musulmanes, el cardenal pretendía ir más lejos y crear un imperio hispano en África que llegase hasta los bordes del desierto. Al prevalecer la línea del monarca, con la consiguiente retirada del otro a la universidad de Alcalá, los españoles se contentaron con fijar una serie de puntos clave costeños, dejando el interior en manos musulmanas. Andando el tiempo, no mucho, España pagaría muy cara tal política de ocupación limitada, por tolerar amplios vacíos de poder que permitieron a los corsarios berberiscos establecer sus propias bases a lo largo del litoral primero, desarrollar una continuada y peligrosa actividad de piratería después y, finalmente, recuperar algunas de las plazas ocupadas por España, como el Peñón de Argel (1529), a manos de Barbarroja, sentando los cimientos de la penetración turca y la perduración de la piratería. Las operaciones de Túnez en 1535 e incluso otras ulteriores de Carlos V contra Argel no resolvieron el problema y ya en 1574 se habían perdido definitivamente Túnez y La Goleta, quedando reducido el dominio español a Orán, Mazalquivir y Melilla, a las cuales se uniría luego Ceuta por la reunificación de los reinos portugués y español. Pero estos acontecimientos rebasan con mucho las fronteras cronológicas que estas páginas requieren.

No obstante, no huelga resaltar que los años mozos de León coinciden con el forcejeo por la penetración hispana en el norte de África, llegando a establecer lazos de protectorado con los régulos de Tremecén y Túnez. Y ese interesante fenómeno político va a tener en la *Descripción* su inevitable reflejo, así como en la propia biografía del autor. Leer la obra nos documenta casi *de visu* las dificultades materiales con que tropezó la entrada de portugueses y españoles, en Marruecos sobre todo, pues los castellanos pretendieron que la intervención constituyese una mera continuación de la campaña contra Granada; y, como en la Reconquista, sus designios se circunscribían a

la búsqueda de botín mediante algaras en territorio enemigo y a la construcción de presidios o guarniciones fronterizas, sin planes de conquista completa y menos de colonización, conformándose con una presencia que asegurase ciertos puntos, eliminase intentos contrarios y garantizase un cierto ascendiente sobre la población local. La muy adversa orografía del terreno y lo decepcionante de las presas disuadieron a los posibles cruzados, menos proclives a recompensas espirituales que a otras más tangibles y concretas, con lo cual las consecuencias militares no se hicieron esperar y durante todo el siglo XVI el norte de África fue la "Cenicienta de las posesiones españolas en Ultramar"[8]. Las grandes expediciones de Pedro Navarro (1509-1511) buscaron cerrar los puertos del Magreb a la piratería y crear una ruta marítima, apoyada en la costa africana, que uniese el sur de la Península con Sicilia, proveedora de cereales; pero, en la práctica, la cortedad de los objetivos dio al traste con la culminación de los mismos.

A escala mediterránea, el imperialismo español proyectado a lo largo de todo el siglo sobre el centro y sur de la cuenca marítima tropieza de manera inexorable con el otro imperialismo emergente: el otomano. Y las grandes pugnas navales de Fernando el Católico, Carlos I, Felipe II o Solimán se localizan preferentemente en el área de fricción de ambas mitades de nuestro mar, la oriental y la occidental, es decir Trípoli (1511-1551), Yerba (1510, 1520, 1560), Túnez (1535, 1573, 1574), Bizerta (1573-4), Malta (1565), Modon (1572), Lepanto (1571), Corón (1534)...

En los planos cultural y económico, las diferencias entre los dos bloques mediterráneos no hacen sino aumentar durante el s. XVI: desde la centuria del XIII, Oriente va perdiendo una tras otra las primacías de que gozara en los viejos tiempos de Bizancio: los refinamientos de la cultura material y los avances técnicos, las industrias básicas, la provisión de oro y plata, el desarrollo bancario. El vencimiento de Oriente queda sellado en el XVI, a medida que los ejes económicos se desplazaban al Atlántico y la preeminencia del Levante se esfumaba junto con el privilegio de ser controlador y cancerbero de las riquezas de 'Las Indias". Desde aquellos momentos, la revolución de técnicas e industrias artesanales e incipientes, pero industrias al fin, aumentó el foso separador de las dos orillas y de los dos polos opuestos, Levante y Poniente. Sin embargo, la caída del interés por la

8. Elliott, p. 53.

zona levantina tuvo un efecto tal vez no deseado pero inevitable: se permitió a los turcos instalarse en ella sin graves dificultades. Pero cuando éstos conquistaron Egipto (enero de 1517) hacía casi veinte años que Vasco de Gama había alcanzado La India contorneando el cabo de Buena Esperanza y faltaban sólo dos para el inicio de la aventura de Magallanes-Elcano en procura de una derrota hacia el Oriente por Occidente.

La expansión turca favoreció la piratería musulmana y la toma de Rodas a los Caballeros Hospitalarios (1522) contribuyó no poco a incentivar y jalear las actividades de corso. Así, desde 1516 los piratas berberiscos controlaban Argel iniciando una penetración tierra adentro, colocándose en 1518 bajo la protección del sultán y convirtiéndose en su mejor fuerza auxiliar en la guerra naval contra España. El incremento de la piratería vino a coincidir con una rebelión armada de los moriscos valencianos en la Sierra de Espadón (1526), lo cual indujo al emperador a darles a elegir entre conversión y expulsión, como antes se hiciera con los granadinos. La gravedad de la situación alcanzó su clímax cuando las galeras de Barbarroja saquearon en 1529 las costas valencianas. El poder real se hallaba incapacitado para resucitar la antigua supremacía aragonesa en el mar y responder en los mismos términos con contundencia y no sería ya hasta bien entrada la década de los treinta cuando se pasa a la ofensiva con la ocupación de Túnez, Patras y Corón, merced, en parte, a los refuerzos aportados por los genoveses[9].

Pero no nos perderemos en la enumeración de la interminable y extenuante confrontación hispano-turca que se alargaría durante todo el siglo y el siguiente. Baste recordar que la piratería formaba parte de los modos habituales de la guerra marítima y –si se nos apura mucho– por más que se hayan cambiado las denominaciones y enmascarado con electrónica los comportamientos, lo que en la actualidad se califica de apresamientos, intercepciones, embargos o bloqueos no dista mucho, en realidad, de las viejas incursiones de asalto y rapiña. Además, la distancia entre comerciantes y piratas con frecuencia era ninguna y según las circunstancias se aplicaban a una u otra actividad: al respecto es concluyente la obra de A. Unali en torno a los piratas/mercaderes catalanes en la Baja Edad Media[10], porque fuerza es

9. Lynch, *España bajo los Austrias*, p. 117.
10. A. Unali, *Marinai, piratí e corsari catalani nel Basso Medioevo*, Bolonia, 1983.

dejar bien sentado que el oficio, ocasional o permanente, fue ejercido con igual entusiasmo desde las dos orillas del mar. Y desde tiempos antiguos: el historiador aṭ-Ṭabarī [11] nos documenta cómo los corsarios cristianos asolaron Damieta (Egipto) durante el califato de al-Mutawakkil (s. IX). F. Braudel[12] describe bien la función de los salteadores del mar: "De vez en cuando, las escuadras destacan algunas galeras para que vayan a recoger informes –'tomar lengua' en el lenguaje castellano de la época (S.F.)– y, desde luego, para piratear, si se presentaba la ocasión. Pues también piratear es hacer la guerra, la inevitable guerra contra los hombres, las embarcaciones, las aldeas y los rebaños; es comerse los bienes del enemigo, nutrirse de ellos para estar más fuerte. En 1576, el marqués de Santa Cruz se va a patrullar las costas de Tunicia. Podríamos decirlo también de otro modo, con menos miramientos: va a saquear las pobres islas Kerkenna... Cualquiera está habilitado para merodear: después de 1580, tampoco se privan de ello los navíos mercantes ingleses, y hasta ganan la reputación de despiadados y carentes de escrúpulos. Pero el corso, rozando la piratería, formaba parte de la tradición, del mar".

No obstante –y pese a que el mismo León Africano fue víctima de los piratas cristianos, como veremos más adelante– la principal ocupación marítima, como es natural, no era el corso sino el comercio. En las costas de Berbería los mercaderes genoveses, venecianos, pisanos, etc. tendían su red de contactos para trocar o comprar mercancías procedentes del interior, tal y como nos informa en diversos pasajes León. Junto a ellos, los intereses catalanes en Marruecos se centraban en los puertos y radas de Ceuta, Badis, Gasasa o Melilla, enlazando con el tráfico caravanero sahariano[13]. Y desde fechas lejanas.

Desde que se reanudó la navegación regular en el Mediterráneo en el s. X el movimiento comercial fue *in crescendo*. Comercio unas veces lícito y otras de mercancías prohibidas, contrabando generado por la clasificación como de interés estratégico de ciertos artículos de connotaciones evidentes (armas, hierro, madera) y otros no tanto, pero que también desde muy temprano hubieron las autoridades aragonesas de reprimir (a principios del s. XIV)[14] mediante multas y

11. *Ta'rīj*, IX, pp. 193-195.
12. Braudel, *El Mediterráneo*, II, p. 290.
13. Unali, p. 157-8.
14. A. Masiá de Ros, *La Corona de Aragón y los estados del n. de África*, p. 133.

sanciones a los contraventores. Entre los productos objeto del comercio activo de los catalanes se contaban pieles de animales salvajes, cueros curtidos, miel, sal marina, vino, pez, sebo, alquitrán, azafrán, velámenes, cordelería de cáñamo y esparto, harinas, zumaque, sosa, bermellón, coral, muelas de molino, frutas secas, tejidos de algodón, seda y lana, así como multitud de enseres. Los europeos llevaban a Egipto aceite de Andalucía, Mallorca y Túnez; miel, jabón, nueces, hierro, acero, plomo, estaño, cobre, alumbre, azogue, azufre, solimán, almendras, castañas, mercería de Milán, lienzos finos y bastos, camelotes, terciopelos y rasos. Posiblemente, el renglón más importante y sólido del comercio activo de Cataluña fue la exportación de sus manufacturas de lana. Este era el artículo más exportado a Italia, Egipto, Siria y en general a todo el Levante. Sabemos que los paños barceloneses tenían fama desde el s. XIII, época en que comienza a desarrollarse el comercio ultramarino[15]. En cuanto a las importaciones de Oriente que se obtenían visitando puertos africanos, en especial el de Alejandría, destacaban las especias, como la pimienta, el jengibre, la nuez moscada, materias colorantes, curtientes, secantes para pinturas y barnices, ámbar, mirra, algodón en rama, productos farmacéuticos y perfumes de origen vegetal, así como otros de procedencia animal como las bolsas de castor, el almizcle y la gineta.

Un comercio floreciente que cruzaba el Magreb en dirección a los cuatro puntos cardinales, siendo las caravanas el medio principal y único de transporte. Los productos vendidos o cambiados a los europeos en ocasiones procedían de las manufacturas locales, en cuyos obrajes (ver el caso de Fez que documenta Juan León) trabajaban como esclavos cautivos cristianos, así en oficios artesanales de Túnez y Tremecén[16]; pero en otras se trataba de artículos venidos de muy lejos. Sobre el comercio local de menudeo estamos mal informados, tanto en las ciudades y sus alrededores como en los mercados rurales. Los *sūqs* (zocos) de los campos diferían bastante de los actuales. Se alzaban por lo general el viernes en torno –y bajo la protección y advocación– de algún santo local o de una zagüía, con escaso intercambio, dado el tipo de economía de subsistencia en que se hallaban encuadrados. Había algunos zocos "de contacto"[17] en los límites de co-

15. Masiá de Ros, p. 248.
16. Masiá de Ros, p. 235.
17. Brignon. *H. du Maroc*, p. 189.

marcas de economía complementaria, allí donde la necesidad de trueques hace nacer una pequeña aglomeración de carácter urbano, constituyendo el caso más frecuente el modelo de feria anual o *musem (Mawsim)*, pero puede suceder que ésta se organice varias veces al año, pues el mercado campesino semanal es un fenómeno relativamente reciente y relacionado con el desarrollo de las comunicaciones y de los intercambios monetarios.

Simultáneamente, ciertos productos eran objeto de un comercio interregional. Fez recibe hierro de la comarca de Melilla –como J. León documenta– y antimonio del Tafilete. Los habitantes del Draa truecan sus dátiles por cereales del norte. Intercambios siempre en cantidades limitadas, por la precariedad de los sistemas de transporte y con escasa utilización de vehículos de ruedas, como en épocas anteriores y aprovechando que las acémilas (mulas, dromedarios, burros) no precisan de caminos y para ellos bastan pistas, incluso de trazado variable: puertos de montaña, ramblas y postas, únicos puntos de paso obligatorio y por tanto guardados con fortalezas y guarniciones. Los grandes ejes de circulación impuestos por la geografía no difieren mucho en el s. XVI de los que hoy día conocemos.

En lo referente al tráfico caravanero hacia Oriente –y tal como se afianzará en los siglos XVII y XVIII– se aprovecha el pretexto de la peregrinación hacia los lugares sagrados del Islam, de suerte que los peregrinos fungen igualmente de comerciantes, pero ya la vía marítima desbanca a las caravanas, mientras la instalación de los turcos en el Magreb central pudo tener repercusiones sobre el tráfico con Oriente, lo cual no conocemos con exactitud[18], pero las relaciones entre los Saadíes y los turcos fueron bastante malas y la pugna adquirió tintes económicos cuando los primeros se apoderaron de los oasis del Tuwat y Gurara (en el corazón del actual desierto argelino), cabecera de la principal ruta transahariana.

Los intercambios con el África Negra revestían importancia capital para Marruecos y en general para el Magreb, al mantener los dos extremos del desierto una economía común o, al menos, complementaria. La "Tierra de los Negros" importa sal, manufacturas de cobre y tejidos variados, tanto magrebíes como europeos (de lana, algodón, telas en general) objetos de hierro (armas, utillaje, caballos y

18. Brignon, p. 191.

sus arneses correspondientes) y algo bien expresivo de la difusión y peso de la cultura árabe-magrebí fuera de sus fronteras naturales: manuscritos y libros. En Tombuctú –nos documenta León– se vende gran cantidad de textos procedentes de Berbería obteniéndose más beneficios de ese rubro que del resto de las mercancías. Hacia el norte se trafica con esclavos, oro en polvo *(tibar, tibr)*, especias, sustancias de perfumería y droguería, sobre todo y, al estar la costa mediterránea más desarrollada económicamente que el Pais de los Negros, en el intercambio salía gananciosa. El trueque de productos se realizaba en los puntos donde las caravanas de camellos norteñas se encontraban con los cálifas de porteadores o flotillas de piraguas del sur.

El canje de artículos presentaba ventajas para el Islam árabe norteafricano y en segundo lugar, para los mercaderes europeos. Se decía que en Malí, hacia 1450, una carga de sal se trocaba por otra de oro y el mismo León detalla el alto precio de los tejidos venecianos en Tombuctú (por 1515), así como de los caballos árabes; lo cual significaba deudas permanentes de las olirgaquías locales y sus régulos con los comerciantes que, también, corrían serios riesgos de no cobrar o de hacerlo tarde y mal, dependiendo la capacidad de compra del volumen de producción local (por el sistema de lavado), especialmente de oro en las tres zonas de donde procedía: el Alto Senegal, el Alto Níger y la costa guineana.

En el s. XVI las rutas saharianas siguen siendo las mismas del pasado, aunque con variaciones en su peso relativo. Los "puertos caravaneros" más activos parecen hallarse en el Draa medio, hacia Zaragoza; en Tidsi en la región del Sus; y en Tagaost, cerca de la costa atlántica, donde morían los dos itinerarios occidentales (el clásico Ṭrīq Lemtūnī y el camino del litoral). El Tafilete pierde interés pese a que la vía de Siyilmasa a Tombuctú es las más corta, debido a su dureza (Ibn Baṭṭūṭa y León seguirán ese trayecto). El principal atractivo de esta última residía en las cargas de sal que se acopiaban en la mina de Tagaza, como refieren el tangerino y el granadino, dado el enorme valor comercial que las poblaciones negras otorgaban a un producto del que carecían; sin embargo, desde que los Askia, los soberanos de Gao, se hacen con el control de la mina, se reduce el interés por los contactos con el Tafilete, si bien a principios del s. XIX aún subsistían, como documenta Alí Bey [19].

19. "De la provincia de Sus y Tafilete parten frecuentemente caravanas que atraviesan el

Bien entendido que, al utilizar el término "camello" para hablar de la bestia de carga utilizada en el tráfico caravanero, somos conscientes de estar cometiendo una inexactitud, pues no se trata del camello bactriano, apto para los desiertos fríos del Asia Central, sino del dromedario, útil en los páramos y estepas cálidas de Arabia y África y que, desde luego, es una especie diferente. No obstante –y siguiendo el uso popular– emplearemos esa voz indistintamente junto con la más propia. La diferencia fundamental entre ambos animales es la capacidad de resistencia al frío de que disfruta el camello bactriano de dos jorobas, pero su empleo como animal de carga o monta es similar.

Los ejes de comunicación sahariana constituye un sistema antiguo y estructurado y de condiciones geo-económicas permanentes[20]. Se discute la época aproximada del inicio de estos tráficos comerciales y es razonable suponer que comenzaron antes, incluso, de la llegada del camello al norte de África en el s.II, pues sabemos del papel desempeñado por los bueyes y caballos de Garama en tales tiempos[21]. Quizas el polvo de oro alcanzase el África Menor con anterioridad al s. X y fuese la causa posteriormente al año 1000 del surgimiento de algunos estados en la curva del Níger, en tanto al norte el metal precioso contribuía al desarrollo y prosperidad de nuevas ciudades como Argel y Orán y –también– de al-Andalus. Pero el oro africano no sólo influye en el área mediterránea occidental: igualmente penetra en la circulación general del mare Nostrum a partir del s.XIV; tal vez desde la significativa y recordada peregrinación a La Meca de Mansà Mūsà, rey de Malí, en 1324 y de la que nos habla I.B.[22]. En efecto, "poco a poco el norte de África proveedor del metal amarillo se convierte en el motor de todo el Mediterráneo. Los mercaderes cristianos lo invaden en el s. XV y se instalan a sus anchas, en Tremecén, Bugía, Constantina, Túnez, Ceuta, Tánger, Orán y Fez (...) en el s. XV todo cae en manos de los mercaderes, en una historia que sólo nos habla de penetraciones pacíficas, de tratados comerciales, de privilegios, de compras y de cambios. Entorpecidos en el Oriente por la expansión turca, los mercaderes cristianos encuentran aquí una compensación a sus dificultades y a sus desembolsos"[23]. Los negociantes europeos

gran desierto en dos meses para ir a Ghana y a Tombuctú" *(Viajes por Marruecos,* p. 167).

20. Braudel, I, p. 620.
21. Braudel, I, p. 618.
22. I.B., p. 787.
23. Braudel, I, p. 619.

soñaban con entrar en contacto directamente con el oro y así portugueses, españoles y genoveses rivalizaban con los venecianos cuya técnica consistía en el comercio *"a baratto"* con Oriente: trueque de mercancías europeas contra productos preciosos, sin hacer intervenir la moneda[24]. Génova precisaba oro para comerciar y para su industria de hilos de oro, de tejidos bordados o de joyas, ya que el lujo es un modo de atesorar, pues el oro es también una reserva de valor.

En la costa de Berbería se comercia en equivalencias de oro *tiberi* (en polvo, lingotes, monedas sudanesas o de Siyilmasa). El oro es una mercancía, pero hay otra: la malagueta o falsa pimienta del Sudán y así "a veces se paga *in auro et meregheta*"[25] y al-Andalus o la España cristiana son etapas en este tráfico.

Pero los comerciantes europeos quieren entrar en directo en los mercados del oro, ejemplo de lo cual es el viaje del genovés Malfante (1447) que llegó al puesto de caravanas del Tuwat y fue recibido por el hermano del mayor comerciante de Tombuctú. Pese a su escaso éxito económico podemos considerar a Malfante un precursor de otros esfuerzos de los genoveses hacia Canarias y la costa occidental del continente: en 1455, Antonio Usodimare alcanza Gambia; en 1460, Antonio di Noli Cabo Verde; y en 1470, Benedetto Dei asegura haber entrado en Tombuctú. Pero en todas estas expediciones los genoveses hubieron de contar, o aliarse, con los portugueses, quienes, por su parte, necesitaron largo tiempo de la experiencia comercial genovesa[26]. No obstante, los genoveses no titubearon en colaborar militarmente con los musulmanes contra los portugueses cuando sus intereses así lo aconsejaban (caso de Arcila en 1470); una relación de cooperación y rivalidad entre lusitanos y genoveses que, quizás, culmina en el episodio del rechazo del proyecto de Colón de navegar hacia el Occidente propuesto en Lisboa, al estimarse los portugueses aventajados en la carrera hacia el oro y hacia las Indias. Cuando los portugueses alcanzan el Gambia el descubrimiento del oro es ya un hecho: Diego Gomes penetra en el mercado de Cantor (Kantora) y el metal de los placeres de la "isla Tibar" fluye a manos de las gentes de Gomes y, sin embargo, el país sigue inaccesible y apegado al método del comercio mudo de oro por sal: el vendedor deposita su

24. Vilar, *Oro y moneda*, p. 63.
25. Vilar, p. 64.
26. Id., ibid.

mercancía y desaparece; el comprador se la lleva, si le gusta, y deja la contrapartida[27].

En Sierra Leona los portugueses encuentran el bosque ecuatorial y una región aurífera, por añadidura a otros productos no menos atrayentes: hierro, cola y marfil, amén de los sempiternos esclavos. En el s. XVI el oro de Sierra Leona seguirá siendo estimado como el más fino del mundo, pero antes, en 1471, se dobla el Cabo de Tres Puntas (entre Bassam y Acra) y en 1482 establecen el castillo de San Jorge da Mina, verdadera fuente del oro portugués, de donde salía hacia 1505 una cantidad anual de 170.000 doblas de oro fino. Pero la exploración de la costa atlántica y los consiguientes establecimientos lusitanos no interrumpen los viajes a través del Sahara en busca del metal, prueba de lo cual son las monedas acuñadas en Sicilia y las reexportaciones de moneda y lingotes desde la isla[28]. En 1489 los copiosos envíos de trigo siciliano a África (75.000 quintales) reciben como pago casi media tonelada de oro. Los venecianos persisten en sus operaciones en el Magreb y en 1484 dos galeras venecianas portadoras de oro son apresadas por la flota de los Reyes Católicos; otras noticias semejantes[29] testifican la perduración del flujo de metal hacia el Mediterráneo en las primeras décadas del s. XVI. El declive del tráfico sahariano sobrevenido a partir de 1520 se achaca en parte a la irrupción española en el norte de África (Orán, 1509; Trípoli, 1510; Tremecén, 1518) y en parte al impulso de resistencia y reconquista islámica, cuyo espíritu se difunde desde Oriente, para cerrar el paso a la penetración cristiana cuyo designio de hacer del Magreb un mercado europeo parecía cada vez más un peligro palpable. Pero a finales del siglo las *rubias, zianas, doblas y soltaninas* (o zequíes) de que habla Haedo se acuñaban de nuevo con oro subsahariano en Argel y Tremecén, procedente del Sudán y el sur del desierto seguía proporcionando esclavos y los artículos habituales[30]. En lo referente al oro, la explotación se realizaba tanto en nombre del rey como de particulares. Durante el lapso 1500-1520 se exportaba una media de 700 kilos anuales, con una notable caída a partir de 1520 –tal como más arriba señalábamos– y una acentuación de la crisis desde 1550[31] hasta, por lo menos, 1580.

27. Vilar, p. 68.
28. Braudel, I, p. 623.
29. Braudel, id. ibid.
30. Braudel, I, p. 629.
31. Braudel, I, p. 622.

Los holandeses reinician la explotación en 1605 y el comercio atlántico del oro africano acusa un nuevo auge, pero para entonces la competencia de otros europeos, el aumento de los costes de las armadas y guarniciones portuguesas y, sobre todo, la afluencia a Sevilla del oro americano (cuatro toneladas al año entre 1551 y 1560) habrán relativizado enormemente tal actividad comercial.

Entre los países que conoce en su deambular –y describe J. L. Africano– destacan dos, cada uno situado en un extremo del norte de África. El primero, Egipto, pasa en tiempos en que León fue testigo bajo el dominio otomano. El imperio mameluco se desintegra (Siria en 1516 y Egipto, en 1517) bajo la presión de Selim y sin gran resistencia, si bien la pervivencia de las estructuras políticas y sociales de base va a perdurar hasta los tiempos de Muḥammad ʿAlī, ya en el s. XIX: será una suerte de revancha del descabezado reino mameluco que, además, inficionará a la administración otomana de sus propios males y taras; la corrupción y venalidad de los cargos se extenderá por todo el reino desde Egipto minando y socavando los cimientos del poder[32]. La conquista en sí misma no fue nada especialmente grandioso: la artillería turca aplastó en Alepo y cerca de El Cairo a las tropas mamelucas que estimaban ésta un arma desleal, imbuidos todavía de una cierta mentalidad caballeresca medieval. Apenas hubo derramamiento de sangre y el orden social imperante no sufrió graves quebrantos, pues los mamelucos supieron reconstituir, apoyados en sus propiedades, los elementos esenciales de su poder y Napoleón allá los encontrará a fines del XVIII. El hecho de que los 24 beys que gobernaban el país permaneciesen en sus puestos relativiza no poco la ejecución de Ṭūmān Bey, el último sultán, o el nombramiento de un bajá como gobernador general. El dramatismo de la conquista, pues, no debió ser tanto y Juan León no trasluce en su relato impresión de ruptura ninguna, sino más bien de continuidad. Si bien no podemos olvidar que la inicial moderación de los impuestos desapareció para sufrir subidas constantes, a la par que el imperio otomano entraba en el tráfico del oro africano procedente de Etiopía y el Sudán y en el comercio de las especias hacia Europa, mientras Turquía se convertía en lugar de destino de las cordadas de esclavos africanos. La ruta del mar Rojo se revaloriza en los movimientos generales del Levante; Egipto surte a la cabeza del imperio de arroz, trigo y habas y los otomanos se constituyen en

32. Braudel, II p. 23.

valladar entre el Mediterráneo cristiano y el Océano Indico, acelerando la necesidad de ensanchar y perfeccionar las rutas marítimas de Europa hacia Oriente, bien por el Cabo de Buena Esperanza, bien buscando pasos que franqueen el continente americano.

El segundo gran país norteafricano al que León dedica especialmente su atención es el actual Marruecos, aunque lo presente englobado en una entidad geográfica más amplia: Berbería, región en la cual los conquistadores árabes –como hicieron en Oriente– eludieron los macizos montañosos y las grandes cordilleras para centrar, de modo natural, su dominio en las planicies y costas, desarrollando una fecunda civilización urbana. La lenta llegada de árabes orientales desde la conquista en el s. VII se incrementa de modo dramático –y el adjetivo no es exagerado– a mediados del XI cuando las tribus hilālíes se extienden hacia el oeste en una marea que cantarán los juglares (la *tagribat* Banī Hilāl) y dejará huella en la conciencia profunda de todas las poblaciones norteafricanas, desde Egipto a Marruecos, arrastrando una beduinización de la vida rural del Magreb y el establecimiento de un complejo mosaico de poblaciones dominadas o dominadoras de los nómadas del cual Juan León nos hablará de manera recurrente a lo largo de toda su exposición sobre "Berbería".

Con frecuencia se presenta a los Idrisíes (s. VIII) como fundadores del primer estado musulmán en Marruecos y como autores de la islamización y arabización del país, aunque éstas más bien fuesen superficiales y no calasen en la población hasta los tiempos de los antedichos hilālíes. El paso de los siglos y tal vez necesidades políticas posteriores hicieron mostrar a los Idrisíes como precursores, atribuyéndoseles intenciones de las cuales se hallaban bastante lejos. El desarrollo del jerifismo marroquí es responsable de una cierta transfiguración, de una idealización de los personajes y su obra, deslizándose hacia la hagiografía y dificultando fijar una perspectiva verídica y plausible de su actuación histórica.

El largo período medieval, con las monarquías de Almorávides, Almohades y Meriníes, es demasiado dilatado como para aludirlo, ni brevemente, al tiempo que nos aleja de nuestros lógicos límites temporales. Baste recordar que el asesinato de Abū ʿInān, a mediados del s. XIV, desencadena en el país una triple crisis política, económica y social que durante un siglo no hará sino agravarse: los visires se disputan el poder, nombran y deponen sultanes; el gobierno, las finanzas y

el ejército están paralizados; el reino se fragmenta y junto a Fez aparecen otros dos estados independientes, el de Marruecos (Marrakech) apoyado sobre el Atlas y dirigido por el emir de los Hinṭāṭa y el de Tafilete, en torno a Siyilmasa y creado por los Ma'qil para controlar el comercio sahariano. En tanto las familias de la aristocracia rivalizan por el poder, el país vive importantes transformaciones sociales: el reparto y posesión de las tierras ricas de las llanuras acarrean sangrientas pugnas, despoblación y fusión de elementos árabes y beréberes; la consolidación del poder de las tribus árabes en los llanos atlánticos; y la desaparición del bloque Zanāta (zenetes) a principios del s. XV mezclado con árabes. La situación se torna paulatinamente más difícil para el subsistente sultanato de Fez, amenazado por Túnez que orienta las caravanas hacia el sureste tras la toma de Trípoli, perdido el control sobre Tremecén y hostigado por Granada, que se apodera de Gibraltar. Los Meriníes están condenados a desaparecer desde la conquista de Ceuta por los portugueses en 1415, golpe que viene a añadirse a la competencia de los reinos vecinos y a la pérdida del comercio sahariano. Los Banu Wattas, continuadores del poder meriní, no tienen fuerza para detener la decadencia interior y la penetración extranjera. Siguen existiendo las tres rutas saharianas: la litoral atlántica, la de Mauritania por Wadan y Walata y la de Siyilmasa al Sudán por la mina de sal de Tagaza. Pero desde el Tuwat, de nuevo independiente, las caravanas procuran evitar Siyilmasa para dirigirse a Bugía, Túnez, Trípoli, Tremecén y Hunayn y, luego, a Málaga y Granada. Los centros económicos más florecientes ya no se encuentran en Marruecos. Fez, ciudad cosmopolita dotada de barrios artesanales, tiendas, arrabal de cristianos comerciantes, etc. mantiene su carácter de centro industrioso de cueros, lanas, tejidos, cobres, joyas y libros, pero su proyección económica lejana tiende a circunscribirse a las fronteras de Marruecos, guillotinada por los Maʿqil en el sur, por los montañeses del macizo central o por las turbulentas tribus del Rif y la costa mediterránea. Como contrapeso, Marrakech (Marruecos) recupera a fines del s. XIV su condición de capital caravanera pero debe contar –también– con los Maʿqil, mientras sus puertos naturales (Kuz y Azammur) son malos y lejanos. A principios del XVI la producción marroquí, a escala global, abarca la agricultura, la recolección de plantas silvestres, el pastoreo, la arboricultura, los cultivos industriales (índigo, en el Sus y el Draa; caña, en el Sus y es-Sawira), la minería (cobre, plata, hierro) y la artesanía (Fez).

Sin embargo, la conjunción de factores negativos también produce efectos, por reacción, favorables a una cierta recuperación "nacional". La presencia de los portugueses provoca un movimiento de contestación más religiosa que nada. La *guerra santa*[33] escapa desde el principio al agonizante poder meriní y los *marabuts* y *xorfas* se convierten en campeones de la lucha contra los extranjeros. El movimiento místico se organiza al margen de la dinastía y adopta en el país una fisonomía especial, lo que corrientemente se denomina marabutismo y que en alguna medida merecerá juicios no poco crueles, dentro de su racionalismo militante, por parte de León Africano. En el origen del marabutismo hay formas particulares de devoción a personajes tenidos por santos a lo largo de su vida, de suerte que sus tumbas llegan a ser lugares de peregrinación y culto. La credulidad de los más ignorantes induce –como en otras religiones– a buscar los efectos benéficos de la *baraka*, la bendición, que transmite el santo fundador de la zagüía a sus discípulos y adeptos. A lo largo del s. XV se desarrolla el culto a los sepulcros y así en 1437 se descubre la tumba de Mūley Idrís en Fez al que se venera como patrón, del mismo modo que sucede en Marrakech con Sīdī Bel ʿAbbās. El movimiento comienza en las ciudades pero pronto adquirirá un marcado carácter rural, al multiplicarse la fundación de zagüías en los campos. Las crean hombres que estudiaron en las urbes y que, ganados por teólogos para el sufismo, pretenden atraer a la vía mística a los campesinos mediante el establecimiento de centros de enseñanza para iniciar a los jóvenes en las *ṭarīqas* místicas.

Muḥammad aš-Šayj, primer soberano Waṭṭāsí (1471-1504), introduce alguna novedad significativa: administración, guardia y ejército son árabes, mientras aparta a los jefes locales de las funciones gestoras, por su excesivo poder. Las otras dignidades, no obstante, quedan en manos de las grandes familias. En la cima de la gobernación el sultán se da modestamente el título *de šayj* que más bien estaría reservado a un patriarca o jefe de tribu, lo cual confiere a su dignidad un carácter paternal a escala del estado y el reino resulta asimilado a una cabila. Pero un acontecimiento externo desacredita al poder waṭṭāsí: la caída de Granada, que la dinastía es incapaz de impedir. Los andalusíes exiliados que llegan de España –entre ellos J. León– se establecen en

33. Traducimos *ŷihād* por *guerra santa* por ser el término habitual en nuestra historiografía, pese a la inexactitud de las connotaciones que sugiere.

Tetuán, Fez o Salé y se dedican al comercio, la artesanía o el corso, aumentando el malestar y quejándose de ser mal acogidos y marginados en la administración (no siempre, evidentemente, como prueban los cargos de J. León y su familia); aportan con su ingenio una cierta revitalización al arte y las técnicas marroquíes, pero su llegada es sólo el preludio de la invasión portuguesa-española.

El mismo J. León proporciona datos –discutibles– para esbozar una *estimación* de la población marroquí en su época, en la inteligencia de que la carencia de estadísticas imposibilita un cálculo fidedigno de la demografía contemporánea[34]. Considerando las cifras que Juan León aporta sobre el número de combatientes de las tribus árabes y beréberes, se puede aventurar una cantidad total –quizás desmesurada– de unos 6 millones y medio de almas. Pero a comienzos del s. XX ésa era la población marroquí, lo cual significaría que no habría habido aumento alguno en el curso de cuatro siglos. Tal estancamiento demográfico podría explicarse por las condiciones de una economía agrícola de técnicas ineficaces: en el momento en que la población rebasa la capacidad de los recursos se produce una hambruna seguida de epidemias. Así, de modo brutal se reajusta el número de bocas, en función de las posibilidades agrícolas. A lo largo del s. XVI sobrevienen varios lapsos de tales características: de 1519 a 1521, de 1557 a 1558 y de 1579 a 1580[35]. La población urbana debía de ser escasa, proporcionalmente. Aparte de Fez, que contaba más de 100.000 habitantes, otras aglomeraciones reunían varias decenas de miles cada una: Marrakech, Mequínez, Taza, Salé, Tagaost... Pero, con frecuencia, en una "ciudad" sólo había doscientos o trescientos hogares, es decir, unas mil personas.

Tal es el cuadro general, marroquí y mediterráneo, que vivió León Africano en su adolescencia y juventud y del cual hará mención sin tregua.

II. La literatura geográfica árabe

El avance de las ciencias y, frecuentemente, el de las artes, ha estado unido a lo largo de la Historia de la humanidad a finalidades funcionales o a necesidades muy concretas. La utilización no siempre gloriosa que demasiadas veces se hace de los esfuerzos científicos nos

34. Brignon, p. 185.
35. Brignon, id., ibid.

exime de abundar en esta dirección, mientras rodeamos de un bien marcado interrogante a las pretensiones de existencia de "ciencia pura" o de artes (plásticas, literarias, etc) desvinculadas de intereses. En el caso de la geografía, y la árabe en particular, su nacimiento está estrechamente relacionado con la conveniencia –y hasta precisión imperiosa– de mejor conocer para mejor dominar, concepto básico no muy distante, en realidad, de los objetivos que tanto se enmascaran en nuestros días. Señalemos esto tan sólo para situar en su contexto la aparición de una serie de obras que, de otro modo, podrían resultar ininteligibles.

La geografía servía, en primer término, para guerrear: conocer un país a través de referencias y materiales acopiados, suscitar el deseo de dominarlo y proporcionar datos para llevar a cabo la empresa, mediante la elaboración de una estrategia y de los imprescindibles elementos logísticos, para lo cual era obligado disponer de informes abundantes y precisos sobre puntos débiles, estradas, pistas, ríos, aguadas, pastos, alimentos, estaciones climáticas favorables, estado de fortificaciones y ciudades, aglomeraciones humanas, recursos económicos (apetecibles o para vencer) y, en definitiva, población capaz, o no, de resistir la acometida. La extensión, por vía militar, del Islam originó un inmenso imperio, con medios de comunicación precarios y gran desconocimiento por parte del poder "central" (en Damasco primero y en Bagdad, después) de los territorios a él sometidos. La cohesión principal del califato basculaba en primer y destacado lugar sobre la creencia islámica misma y en segundo plano, hasta la irrupción del persa como *lingua franca* de Oriente, en la lengua árabe que, aunque desconocida de las masas de población inicialmente, era el vehículo de expresión de la casta árabe militar dominante. La expansión territorial conlleva otra administrativa en que se especializan los cometidos de los funcionarios y, reduciendo en extensión, aumentan en profundidad de información. Así, el *ṣāḥib al-barīd* (jefe de correos) controla y centraliza las comunicaciones oficiales entre las distintas provincias, siendo crucial su actuación por recabar informes sobre aspectos tan dispares como los tributos, los movimientos migratorios y la organización de los transportes o las postas en los diversos trayectos de los correos. Esta actividad burocrática constituye el antecedente de estudios geográficos y relaciones de viaje. En el s. IX aparecen obras de difícil clasificación donde se almacenan datos y comentarios de

varia naturaleza: matemáticos, astronómicos, ganga retórica, etnografía, botánica, resúmenes históricos..., sin que faltasen recursos literarios y maravillosos cuyo objetivo era amenizar la lectura, aunando –antes del s. XII– erudición, ciencia y creación estética.

A partir del mencionado siglo, se quiebra el equilibrio entre unos y otros factores y surgen subgéneros geográficos en los cuales primará el peso científico o, por el contrario, la intención estética y junto a obras de carácter estrictamente cartográfico o astronómico, se escriben otras del género *Libro de maravillas* cuajadas de prodigios y antesala de la cosmografía popular y, aún, del cuento fantástico; sucediendo que, la carencia de límites temáticos, fuerza al autor a ejercer como historiador, etnográfo, filósofo... y a veces incluso, de geógrafo. Nada de esto podemos perder de vista al abordar la *Descripción* de León Africano.

Tras los tiempos de Ibn Jurdāḏbih (s. IX), funcionario encargado de relevos postales, itinerarios y fiscalidad, se produce un cambio de rumbo de la geografía al prestar, ya en el siglo siguiente, mayor atención a la geografía descriptiva, con motivo del viaje de Ibn Faḍlān, enviado por el califa al-Muqtadir como embajador ante los búlgaros del Volga. La misión, no sólo diplomática, tenía no poco de espionaje sobre sus costumbres y capacidades, constituyendo el texto resultante la mejor fuente sobre los rusos, entre los árabes, hasta el s. XII, al detallar las circunstancias habidas durante el largo camino: Hamadán, Rayy, Nisapur, Merv, Bujara, Juwarizm, Ust-Urt, río Kama, etc. Misiones parejas se multiplican: Abū Dulaf Misʿar acompaña en 942 a los embajadores chinos y anota sus observaciones sobre el Turkestán y China; Sallām, por orden del califa al-Wāṯiq (842-847) se interna hacia el Ural y regresa por el Turkestán y Persia pretendiendo explorar la mítica muralla de Gog y Magog... Viajeros que, en la práctica, desempeñaban tareas simultáneas de mercaderes, espías, legados, marinos, etc. y, considerando el Iraq y norte de Arabia como centro del mundo, se adentraban en el Indico y alcanzaban Malabar, Malaca y China, para terminar recalando de nuevo en los puertos de Siraf y Basora y componiendo a continuación una literatura cuya meta no era divertir ni entretener sino ofrecer datos a la administración, con errores de bulto incluidos, fruto de apreciaciones equivocadas o de informes de segunda mano.

A fines del s. IX Abū Zayd as-Sīrāfī escribe su obra *Silsilat at-tawārīj* (Cadena de crónicas) en la que ofrece magníficos informes sobre la navegación en el Indico y el mar de la China. En las postrimerías del siglo siguiente el persa Bozorg reúne relatos sobre el Extremo Oriente y a partir de esa décima centuria los geógrafos van alejándose de las necesidades utilitarias de un Ibn Jurdāḏbih en tanto se profundiza con más rigor y veracidad en las regiones mencionadas. al-Bīrūnī (s. XI) abunda en la conveniencia de desarrollar la geografía mediante los viajes, prácticamente recurso único e insustituible en la época para conocer experimentalmente otros países, si bien el Islam ayudó mucho al trabajo de los geógrafos como unificador y garante de las rutas terrestres y marinas entre China-Indico-Mediterráneo-Atlántico y China-Turkestán-Oriente Medio-Europa. La obra de al-Bīrūnī es un esfuerzo erudito y minucioso que intenta sistematizar las longitudes y latitudes de múltiples puntos, primando el carácter científico y mitigando los excesos literarios. En esta época los árabes denominaban a la geografía con nombres que recuerdan aspectos parciales de la misma más que su totalidad: Ciencia de las longitudes y latitudes; Determinación de la posición de los países; Ciencia de los itinerarios y estados; Ciencia de las maravillas del mundo. Es decir, por un lado una ciencia matemática y por otro un género descriptivo o casi literario.

En el s. XII aparecen los relatos de viajes *(riḥla),* obra de magrebíes y andalusíes sobre todo, cuyo objetivo era peregrinar a La Meca o adquirir la *sabiduría* estudiando con los grandes maestros de Damasco, El Cairo, Bagdad. Algunos de estos viajeros rebasan las metas iniciales y se adentran en Persia, La India y China, generando una literatura de viajes *stricto·sensu:* uno es el granadino Abū Ḥāmid (1080-1169), visitador de Oriente Medio, Transoxiana y el centro-sur de Rusia y al cual seguirá Qazwīnī dos siglos más tarde en su obra cosmográfica; otro, el valenciano Ibn Ŷubayr (1145-1217), autor de una *riḥla* que es tanto una joya literaria, en el plano estilístico, como una magnífica relación etnográfica y de viaje; pero el más importante es el tangerino Ibn Baṭṭūṭa (s. XIV) sobre cuyo relato de viaje no nos extenderemos por razones obvias: baste meramente remitirnos a nuestra traducción del texto[36]. En toda esta literatura que venimos presentando

36. I.B., *A través del Islam,* trad., introd., notas e índices de S. Fanjul y F. Arbós, Madrid, 1981; 2ª ed. Madrid, 1987.

el valor de las informaciones es variable –como ocurrirá con la *Descripción*– pero en general se pueden apreciar materiales valiosos tras una criba ineludible. En dos aspectos interesantes suelen coincidir estos autores: uno económico (precios y producciones) y otro social (las manifestaciones religiosas de que son testigos los autores). En el capítulo económico la principal atención se centra en las mercancías de consumo inmediato: productos de la tierra, ganadería, pesca, etc. con cuidadoso detalle de sus precios, equivalencias de los mismos, medidas, pesos y consideraciones similares. La utilización comercial de obras geográficas y relaciones de viaje tampoco debe olvidarse y así la calidad de los paños, los precios de carnes o frutas se amalgaman en una reseña a veces abrumadora, con referencias a los ingresos de tal sultán, o mezquita, o fundación piadosa. El interés de estos informes estriba en su veracidad, tanto por poderse comprobar a través de otra documentación, como por el cuadro social que contribuyen a bosquejar, como por la circunstancia evidente de que en los detalles secundarios y menores los autores carecían de motivaciones personales para mentir, si bien los materiales acopiados con frecuencia componen una maraña abigarrada y compacta, difícil de analizar por la diversidad de las materias abordadas y por la inevitable subjetividad, en ocasiones expresa (como es el caso de la *Descripción),* que oficia de hilo conductor de las exposiciones y acarrea la distorsión de topónimos u onomástica, procedente de que los escritores en buena medida seguían viviendo una cultura oral, o de que seguían –como es el caso de León– a otros anteriores y dependían de la buena voluntad y la justeza de las observaciones de las cadenas de transmisores informantes de sus fuentes.

Resumiendo, podemos señalar los siguientes apartados en la literatura geográfica árabe:

1° Aparición de la Geografía literaria en los siglos IX-X con: a/ compendios para uso de funcionarios, y b/ obras geográficas para gentes ilustradas.

2° El agotamiento de los géneros primitivos trae: a/relatos de viajeros (siglos X-XIII; b/el género de los *Itinerarios y los estados,* y c/vulgarizaciones como las de al-Masʿūdī (+956) y al-Bīrūnī (+1048).

3° La evolución última de los géneros, a partir del siglo XII, deriva en: a/diccionarios geográficos; b/cosmografías y

geografías universales; c/enciclopedias histórico-geográficas, y d/relatos de viajes (riḥla)[37].

La *Descripción* podría encuadrarse en el género de los *Itinerarios y los estados,* sin incluir localizaciones en grados de longitud y latitud, dándose las distancias en millas y con los puntos cardinales como sistema de orientación y referencia, reemplazándose los climas propios de los geógrafos árabes por una división en partes, o reinos, o grandes áreas regionales que, pese a su lógica intrínseca de acuerdo con un criterio físico-étnico-político, resulta no poco arbitrario. Soslayadas la cartografía y la cosmografía y considerando que sus connotaciones esporádicas de viaje no bastan para adscribirla al grupo de las *riḥlas,* parece que la *Descripción* entra de lleno en la línea del *Kitāb al-buldān* (Libro de los países) de al-Yaʿqūbī (+891). Línea que continuarán Ibn Ḥawqal (+977), al-Muqaddasī (+988), el andalusí al-Bakrī (+1094) y el ceutí al-Idrīsī (+1166), quien se formó en Córdoba, entró al servicio del rey normando de Sicilia Roger II y que, tras viajar por España, África y Asia Menor compila una gran obra cuyos materiales provenían de distintas fuentes, con fundamentos geo-cartográficos en la traducción árabe de Ptolomeo; con escasos datos humanos pero sí con profusión de topónimos contemporáneos, una sistematización en cuanto a los accidentes geográficos y un adelanto de tres siglos a la proyección plana de Mercator de la superficie curva del globo. En este género de *Itinerarios y estados* los autores dividen arbitrariamente el mundo o la parte que estudian en un cierto número de regiones, para luego ir describiendo uno por uno los diferentes caminos que cruzan la región. El elemento histórico tampoco falta, en general, aunque no se desarrolla mucho. Apenas se mencionan los países cristianos en directo, y se prefiere recordarlos mediante citas ajenas, lo cual proporciona una información insuficiente. En este último aspecto vienen a coincidir, también, con León Africano[38], aunque las obras anteriores eran, antes que nada, colecciones de itinerarios y listas de genealogías tribales y no monografías coherentes y de conjunto. León, por el contrario, selecciona de manera exhaustiva las referencias para todas las provincias y sigue a varios geógrafos e historiadores árabes, si bien Ibn Jaldūn es quien más huella ha dejado en la obra: en opinión del anónimo autor[39] de la Introducción a la versión española de 1940,

37. I.B., P. 37.
38. I.B., p. 27.
39 P. XXIII.

la división de África está inspirada en la descripción de las localidades que los beréberes ocupan en África (*Hª de los beréberes),* mientras de los restantes no parece[40] subsistir rastro importante.

III. La noción de África y el descubrimiento del mundo

La comunicación y comprensión entre los seres humanos parece –pese a las apariencias enmascaradoras de la electrónica– uno de los esfuerzos más arduos y baldíos que tenemos delante. El eurocentrismo, destacado exponente de esa incomprensión, y sustentado en su superioridad tecnológica, presenta en medio de la panoplia de sus responsabilidades históricas varias gravísimas: ignorancia, desprecio y marginación de otras culturas y, como consecuencia, aplastamiento militar, económico y cultural en sentido amplio, aunque podríamos alargar la argumentación discutiendo si el desconocimiento engendra la imposición, o si, tan sólo, ésta se sirve de aquél como coartada. Sin embargo, no es éste el lugar para prolongar tal polémica y deberemos conformarnos con señalar que, junto a esas visibles secuelas del desdén de los europeos hacia los otros, han surgido otras de signo contrario no menos necesitadas de atención. En efecto, el despertar de la conciencia –de la mala conciencia, justificada, aunque no siempre bien informada– autocrítica de numerosos europeos, en especial desde la toma de postura del comunismo en el siglo XX a favor de los territorios y poblaciones colonizados, ha generado entre algunos occidentales un obsesivo sentimiento de culpa que erradica la imprescindible frialdad para, al menos, intentar entender el fenómeno eurocéntrico mismo y sus secuelas; y, también, en generaciones más recientes, como segunda fase del desarrollo de los excesos autocríticos, más viscerales que obra del raciocinio, ha sembrado un peligrosísimo predio: el del victimismo sin matices en los países que sufrieron la colonización europea, en especial en sus minorías intelectuales, según los diversos grados de concienciación y las características de cada país. Y lo apellidamos terreno peligroso porque en él germinan de consuno las críticas razonadas y documentadas –y, sobre todo, con un objetivo de superación positiva– y las meras utilizaciones demagógicas de

40. P. XXIV.

oportunismo ciego, cuya finalidad, no pocas veces visible, se reduce a proyectar afuera las propias responsabilidades para no tener que asumirlas. No nos extenderemos ofreciendo un cuadro exhaustivo de ejemplos, pero éstos abundan; baste citar uno que toca de lleno a la *Descripción:* el caso de la esclavitud de negros africanos, tan justamente denunciada en la enorme parte de culpa que corresponde a los europeos pero, al mismo tiempo, tan poco mencionada en la zona que afecta a árabes y musulmanes y en la que, *a fortiori,* sencillamente se ignora y omite la culpabilidad masiva y gravísima de las mismas poblaciones negras. Es decir, se repite el mecanismo eurocéntrico, pero a la inversa: el color de la piel inviste de unos derechos, el título de víctima en este caso; o la pertenencia a una religión determinada (el Islam, por ejemplo) es bálsamo reparador de cualquier otra consideración, mientras los europeos, cargados con su *mea culpa,* aceptan ataques y censuras.

Viene todo esto a propósito del victimismo esgrimido por árabes y africanos en general respecto a la incomprensión, o el desprecio de los *europeos* (así, en bloque) hacia el continente africano. Y desde la más remota Antigüedad. El buque insignia de tal armada es la obra de O. Zhiri[41], cuyo interés queda fuera de discusión, así como el excelente acopio y estudio de materiales, aunque se echa en falta que se hubiese tomado la molestia de leer en español a Mármol y Diego de Torres y no en vetustísimas traducciones francesas. Dicho esto y reconocido el valor del trabajo, cabe destacar que el hilo conductor de todo su esfuerzo es de una simplicidad maniquea aterradora, porque se reduce a una acumulación de *pruebas* del desinterés de los *europeos* por conocer de verdad el continente africano y, aunque la gradación cronológica queda bien establecida, en el resultado final aparecen todos los autores juntos, en suma más bien promiscua. Podemos preguntarnos sobre el fundamento de considerar *europeo* a Heródoto o cómo enlazar, por ej., sus motivaciones al hablar de las costumbres nupciales de los libios con las de un Burton[42] o un

41. Zhiri, O., *L'Afrique au miroir de l'Europe: Fortunes de J. L., l'African à la Renaissance,* Ginebra, 1991.

42. "Estudiar al hombre en el este de África es considerarle en su estado rudimentario. Sometido completamente a la influencia de agentes exteriores, no sólo no ha hecho ningún progreso, sino que parece incapaz de hacerlo (...) incapaz de haber sido otra cosa distinta de lo que es. Parece pertenecer a esas razas siempre infantiles destinadas a no alcanzar jamás la edad adulta (...). Desprovisto de la actividad moral, así como de la fuerza de la percepción y

Alí Bey[43], a los cuales –preciso es reconocerlo– no menciona. Pero estos dos últimos son buen exponente del concepto eurocentrista distorsionador e interesado, desarrollado de manera especial en el siglo XIX, en tanto los geógrafos e historiadores grecorromanos, en sus errores, respondían a causas quizás más ingenuas, menos deliberadas, ignorancia por falta de medios para conocer. Parece exagerado buscar –y, naturalmente, encontrar– un intento estructurado y permanente de deformar la imagen de la *verdadera* África durante un lapso de dos mil años:

"A la vista de la imagen que los europeos se han hecho de África desde la Antigüedad hasta la primera mitad del s. XVI se puede sentir la tentación de considerarla un cúmulo de necedades y disparates, pero resulta mucho más importante ser conscientes de que esa se tuvo por la verdad sobre África...".[44]

Coincidimos con la autora en que los europeos aplican un reduccionismo indefendible al hablar de África: tierra cerrada (por la naturaleza, el calor, el sol, los animales salvajes); tierra de humanos incompletos (sin nombre, como los atlantes[45]; con lenguajes de aullidos, como fieras) a medio camino entre el hombre pleno y la bestia, monstruosos con frecuencia y localizados, también en muchos casos, en Etiopía; tierra en que las licencias sexuales acaparan la atención de los escritores (ofrecimiento de la novia a los invitados, posesión de hijos en común, etc.) y subrayan la proximidad al mundo animal de los habitantes; tierra árida que, sin embargo, cela un misterioso tesoro de fecundidad. Y en tal sentido viene a reforzar los tópicos el mismo León Africano que en el comienzo de la *Descripción* afirma:

del análisis que distingue al europeo (...), inmovilidad de espíritu, indolencia de cuerpo, ausencia de moralidad, superstición, niñería..." (Burton, p. 151 y ss.).

43. "Dicha imperfección de la lengua (árabe) y escritura les obliga a leer siempre cantando, lo cual hace confundir el sentido de las frases, que además no se distinguen por la puntuación ortográfica, sino únicamente por las notas musicales: esto da al lector el tiempo necesario para comprender la palabra escrita, lo cual no podría si quisiera leer corrientemente". (A. Bey, Marruecos, p. 219).

44. Zhiri, p. 25.

45. Como precaución mágica para que un enemigo no pudiera apoderarse de su personalidad, vid. G. y C. Charles-Picard, *La vie quotidienne à Carthage au Temps d'Hannibal*, p. 231, rep.1982; y Heródoto, *Historia* (tabú del nombre), IV, P. 456; porque "...el recién nacido se convierte en Muntu cuando el padre o el hechicero le impone un nombre y pronuncia este nombre. Antes de esto, el cuerpecito es un *kintu*, una cosa" (J. Jahn, Muntu. *Las culturas neoafricanas*, p. 172, México, 1963).

"Al decir de los cosmógrafos y los historiadores, el África estaba antiguamente deshabitada por doquier, menos la Tierra de Negros. Dase por cosa cierta que, durante muchos siglos, la Berbería y la Numidia carecieron de población. Quienes hoy las pueblan, blancos, son llamados Barbar, nombre derivado, según dicen algunos, de *barbara*, que en su parla significa como en la italiana murmurar. Ocurre por lo tanto que *el habla de los africanos es para los árabes como gruñidos de animales que ningún acento componen aparte gritos"* proporcionando argumentos a la historiografía colonial francesa, muy apegada a la idea –que resume bien M.G. Arenal[46]– de que el norte de África gozó de una esplendorosa civilización pasada en tiempos romanos (una Edad de Oro, diríamos) truncada y hundida en la barbarie por la conquista árabe, por lo cual es un deber de Occidente recuperar esos países para la civilización, a través de su brazo ejecutor, Francia. Si bien nuestro juicio tal vez debiera ser más indulgente con los historiadores antiguos, por las supercherías a que se enfrentaban, como la supuesta circunnavegación de África por Eudoxo de Cícico[47], o por la naturalidad con que admiten sus insuficiencias[48]:

"La mayoría de los pueblos que habitan Libia son desconocidos, porque en su mayor parte no ha sido recorrida por expediciones militares ni por extranjeros y son pocos los lugareños que vienen a nuestro país desde tan lejos y lo que cuentan ni es fiable ni completo".

Parece innecesario resaltar que ni en uno ni otro caso (falsificaciones o imposibilidad de conocer) había intencionalidad perversa de distorsión; aunque quizás sí, en el primero, búsqueda de provechos ajenos al África. Muy otra es la actitud, desde luego, a partir de la Edad Media, en que la propagación del Islam había convertido el Mediterráneo en foso separador de culturas. León Africano alimenta el arsenal eurocéntrico (Libro III):

"En comparación con la forma de vida acostumbrada entre los nobles de Europa, la de los africanos es en verdad miserable y vil, no por la poca cantidad de los alimentos, sino por los hábitos groseros y desordenados con que suelen tomar sus comidas: en el suelo, en mesas bajas, sin servilleta ni mantelería de ningún tipo y no se sirven de otros instrumentos más que sus manos. Cuando comen alcuzcuz todos los convidados sacan de la misma fuente y lo toman sin cuchara. La sopa

46. En su introd. a la *Relación* de D. de Torres, p.17.
47. Estrabón, *Geografía*, vol. I, Libro II, p. 458, Madrid, Gredos, 1991.
48. Estrabón, *Geografía*, I, Libro II, p. 524.

y la carne están juntos en un lebrillo, cada uno coge de ahí la tajada que le apetece y la coloca ante sí sin cortarla. No se valen de cuchillo, se desgarra con los dientes lo que se puede del pedazo de carne, teniendo el resto en la mano. Se traga a toda prisa y nadie bebe antes de estar saciado; entonces, cada cual bebe en una taza de agua la capacidad de un *boccale*. Tal es el uso general. Algunos alfaquíes disfrutan un mejor pasar, pero, para concluir, el gentilhombre menos distinguido de Italia vive con mayor suntuosidad que el señor más grande de África".

Los comentarios de León en torno a las costumbres que, sin duda, practicó durante muchos años no dejan de sorprender por su crueldad, pues diríase encontrarnos ante un refinado renacentista florentino (si tal cosa hubo alguna vez) o, meramente, ante un español como Diego de Torres[49], pero en todo caso abundan en la línea de prejuicios eurocéntricos, tan profusos en la época y tal cual podemos leer en la *Embajada* de Mártir de Anglería, contemporáneo de León[50]:

"encontramos al Sultán, en el patio (...) es costumbre de este pueblo mahometano el sentarse así y comer en el suelo, como los animales, con la cabeza inclinada".

Alusiones de Mártir que forman parte de la confrontación ideológica, dentro de otra más amplia de carácter político-militar, desplegada por España en el Mediterráneo de entonces. Pero esta clase de referencias no sólo se puede estimar fruto del choque cultural entre musulmanes y cristianos del s. XVI. Más bien consideramos el fenómeno producto de un deseo de magnificar de los autores, de ofrecer noticias maravillosas, pero, sobre todo, creemos se trata de una actitud generalizada en todos los hombres cuando mencionan a otros grupos humanos a quienes malcomprenden, o con los cuales sostienen diferendos de intereses. Los textos de León ya citados (y otros que citaremos) deberían bastar para que no se redujese la cuestión a una deformación eurocéntrica, por ende malintencionada, mas su conversión al Cristianismo podría haber contaminado interesadamente sus opiniones: aceptamos la posibilidad. No obstante, otro autor, Ibn

49. "En la mesa no parten el pan ni la carne con cuchillo, comen con la mano todo género de comidas aunque tengan necesidad de cuchara, la mesa y los manteles es el suelo con una estera o cuero que llaman Taifor. Los pañuelos son las lenguas con que lamen las manos, que es la más suzia cosa del mundo" (Torres, *Relación*, p. 207).

50. Mártir, p. 100.

Baṭṭūṭa[51], africano que escribe con entera libertad sobre el particular, se despacha en términos más que despectivos al hablar de los negros de Malí: ¿será también por incurrir en el vicio eurocentrista? Cuando Ibn Jaldūn arremete contra los nómadas beduinos (¡Y en qué términos!: "arabizar es destruir") ¿estará cayendo en la política imperialista francesa del XIX? Y cuando el mismo Ibn Baṭṭūṭa[52] presenta un retrato no poco siniestro de la Constantinopla cristiana que visitara, ¿deberemos entenderlo como muestra de cerrazón eurocéntrica?

¿O no será, más bien, lo que Caro Baroja define con precisión en su Prólogo a la obra de Diego de Torres[53]?:

"Toda persona que se acerca a otro puede albergar en sí estas contradicciones de juicio y sentimiento. En general, los viajeros que han ido de países del norte de Europa hacia los del sur, ingleses o alemanes en España o Italia, por ejemplo, han reaccionado apreciando sobremanera unas cosas (las bellezas naturales y los recuerdos y monumentos del pasado casi siempre) y han subestimado otras: sobre todo a las personas vivientes, sus instituciones, creencias, usos y costumbres. Han aplicado su patrón cultural basándose en el hecho, para ellos indiscutible, de su propia superioridad, y han dudado poco de su validez. Los españoles del siglo XVI hicieron algo parecido, y en relación con el pasado de los pueblos islámicos de la península o de fuera también fueron admiradores y generosos. Ante el presente, representado por moriscos, turcos, árabes o beréberes, se sintieron hostiles y despectivos".

En los momentos en que vive León el mundo sufría uno de los cambios más vertiginosos de la historia humana: la irrupción, más que su descubrimiento, de América, había venido a ampliar y a complicar el panorama de la Geografía, pero las estructuras mentales sobrevivían. A fines del XV y principios del XVI aparecen obras como el opúsculo *Mundus Novus* de Amerigo Vespucci, publicado en 1502 y que alcanzaría la cincuentena de ediciones antes de mediada la centuria y que, de modo irremisible, zarandean los esquemas, el espíritu y los conceptos admitidos. Los viajes de Colón en 1492, de Vasco de Gama (1497-8) y de Magallanes-Elcano (1519-1522) son los hitos más llamativos, pero en los siglos precedentes se habían producido

51. I.B., p. 775 y ss.
52. I.B., p. 442 y ss.
53. *Relación*, p. XIV.

incursiones precursoras allende Gibraltar: primero los hermanos Vivaldi y, luego, Lanzarotto Malocello quien llega a las Canarias a comienzos del s. XIV y después a Madeira (1341). Lusitanos y genoveses se abaten sobre la costa atlántica, en exploraciones audaces y prudentes a un mismo tiempo, pero rapidísimas si consideramos los medios de la época (1434, Cabo Bojador; 1444, Cabo Verde; la línea ecuatorial en 1472-1474, etc.). Con el viaje de Colón los castellanos –que ya habían conquistado las Canarias– irrumpen en una actividad marina y descubridora que se tenía por monopolio portugués, con el obligado colofón de repartirse teóricamente el globo terráqueo en el Tratado de Tordesillas (1494), tratado que nunca se aplicaría.

Pero en el terreno ideológico también acaece una reorientación, al convertirse América ("las Indias", no lo olvidemos) en nuevo polo de atracción y adquirir igualmente las características adjudicadas al África. El nuevo continente es sustituto y continuador como foco creador de maravillas, prodigios y prejuicios. El eurocentrismo dota a las tierras nuevas y a sus moradores de los mismos velos de fábula, misterio, oscurantismo, inferioridad... en tanto construye idénticas dualidades al inventar, o exagerar, la existencia de tesoros, sociedades míticas, naturaleza sorprendente[54]. La zoología exótica monumental de un Ibn Baṭṭūṭa –y no precisamente referida a África sino a Asia– tiene su contrapunto, v.g., en los huesos, enterramientos y otros vestigios asombrosos de gigantes, etc. descritos por Cabeza de Vaca, o por Fray Diego de Ocaña en Santiago del Estero[55] y Tiahuanaco[56], o por el Inca Garcilaso[57]. Los animales de hábitos que mueven a perplejidad también recaban su lugar (los monos de Panamá que organizan su sociedad y desplazamientos con inteligencia humana[58]; las viboras[59], los caimanes[60], etc.) y, por supuesto, los homínidos monstruosos. Tal vez valga la pena reproducir un texto de Cieza de León[61] que a O. Zhiri quizás habría gustado situar en África en boca de un europeo: "...afirman (los indios peruanos) que hay gente tan rústica (entre los amazónicos), que ni tienen casa ni ropa, antes como animales, matan-

54. Véase la obra completa de Juan de Cárdenas *Problemas y secretos maravillosos de las Indias.*
55. Ocaña, p. 143-4.
56. Id., p. 203.
57. *Comentarios Reales,* p. 345.
58. *Comentarios Reales,* p. 318; y Ocaña, p. 49.
59. Ocaña, p. 141.
60. Id., p. 52.
61. Cieza de León, *Obras Completas,* 1ª Parte, cap. 95, p. 120, Madrid, CSIC, 1984.

do con flechas aves y bestias las que pueden para comer, y que no tienen señores ni capitanes (...) dicen también que hay unas monas tan grandes que andan por los árboles, con las cuales éstos usan con ellas como mujeres y afirman que algunas parían monstruos que tenían las cabezas y miembros deshonestos como hombres y las manos y pies como mona; son, según dicen, de pequeños cuerpos y de talle monstruoso, y vellosos (...) que *no tienen habla sino un gemido o aullido temeroso...*". Y ni siquiera es la opinión de un europeo, sino la de los miembros de una cultura indígena avanzada sobre otros indios de los cuales conocían poco y mal.

Y, por supuesto, las descripciones de los indígenas sometidos por conquistadores y colonizadores concitan paralelas críticas y muestras de rechazo: la mala condición de los aborígenes americanos –pese a la existencia de autocríticas y valoraciones muy aquilatadas en Cieza de León, Femández de Oviedo o Pascual de Andagoya– se resalta en casi todos los autores. Reginaldo de Lizárraga[62], el Inca Garcilaso [63] (mestizo, no se olvide), Félix de Azara[64], el jesuita J. Cardiel[65], Diego de Ocaña[66] nos hablan de rarezas, suciedad, cobardía, pereza, incesto, hechicería, ignorancia, fetichismo, credulidad culposa, imprevisión. Los habitantes, los bosques, los animales mitológicos, las riquezas, los accidentes geográficos americanos –es decir, la visión que de ellos se percibe y reproduce– son los mismos que los descritos en África con anterioridad; los prejuicios se han trasladado, o ampliado su radio de

62. Sobre los indios peruanos (p. 241 y ss.); sobre los de Santiago del Estero ("...ya se van consumiendo por sus borracheras. Son los indios desta provincia muy holgazanes de su natural", p. 414); sobre los mapuches ("Creen que después de muertos van allá de la otra parte del mar, donde tienen muchas mujeres y se emborrachan, es el paraíso de Mahoma", p. 468).

63. "Unos indios había poco mejores que bestias mansas, y otros mucho peores que fieras bravas; y principiando de sus dioses, decimos, que los tuvieron conforme a las demás simplicidades y torpezas que usaron, así en la muchedumbre de ellos como en la vileza y bajeza de las cosas que adoraban..." *(Comentarios,* p. 19).

64. "Es natural creer que los que tomaron a los indios por simples animales los compararon recíprocamente y que encontraron aún entre ellos otras semejanzas, sea en lo físico, sea en lo moral. En efecto, los indios se asemejan a los animales por la delicadeza del oído, etc.". (Azara, p. 248).

65. "¿Qué haría un hombre grave metido entre una tropa de muchachos? ¿Qué consuelo recibiría de su compañía? Pues esto es estar entre indios, cuyo genio pueril y pensamientos son de niños y no tienen la viveza y prontitud de los niños europeos" (Cardiel, p. 175).

66. "Y duermen como puercos unos junto a otros; y como de ordinario están borrachos y están todos revueltos, el padre conoce algunas veces a la hija y el hijo a la madre" (Ocaña, p. 169), "estos indios del Collao son la gente más puerca y más sucia que hay en todos los reinos del Perú" (p. 198).

acción, demostrando que las nociones deformadas del continente africano no constituyen ninguna prefabricación *ad hoc,* sino algo mucho más grave dentro del psiquismo y el comportamiento humanos: la radical predisposición a no entender cuando el esfuerzo tropieza con los propios intereses, o la propia concepción del mundo, o con los usos arraigados desde el nacimiento en la propia cultura.

Pero volvamos al África del XVI. En ese siglo la Geografía es un género en boga por su utilidad, dada la proyección europea hacia las restantes tierras. Los geógrafos, necesitados de modelos, vuelven la vista hacia la Antigüedad y Estrabón y Ptolomeo se convierten en arquetipos. Su influencia en cartografía es enorme igualmente en la onomástica de naciones y en la toponimia. Ptolomeo "recorre" el continente de Occidente a Oriente, comenzando por la Mauritania Tingitana para terminar en Egipto y Etiopía. Tal enumeración es también la de Plinio y se recupera para casi todos los autores del XVI. Sin embargo, la confusión en la ubicación de los territorios es la norma, a no ser los muy próximos a las costas mediterráneas. Y, como consecuencia, los errores y el caos en cronologías y en la misma referencia a los diversos pueblos son pauta no querida pero omnipresente. Sencillamente, falta información. Pero no en aspectos de detalle sino en cuestiones de tal magnitud como la situación de Etiopía (o Etiopías), la consideración de Egipto como un país africano, o el curso del río Nilo. Algunos autores contemplan la existencia de dos Etiopías (una asiática y otra africana), lo cual significaría una "progresiva interpenetración de las imágenes de la India y de Etiopía, donde prevalece el exotismo de la antinaturaleza, con monstruos, riquezas inauditas, gigantes, etc. Tal confusión convierte en un solo mundo maravilloso el África oriental y el sur de Asia"[67]. En efecto, el *Libro de Marco Polo* de Rodrigo de Santaella[68] nos advierte que "avéis de notar que Ethiopía es nombre común a muchas provincias pobladas de negros. E començando a la parte más occidental, la primera es Guinea, que dizen Cabo Verde, e siguiendo la costa de la mar fasta el estrecho del mar Bermejo todas aquellas provincias se llaman Ethiopías...". La confusión afecta también al Nilo y si Ibn Baṭṭūṭa (s. XIV) lo confunde con el Níger, los autores posteriores insisten en parecidos errores de bulto; asi, por ej. Pero Tafur [69] ("Nilo, que corre

67. Zhiri, p. 16.
68. P. 173-4.
69. *Andanças,* p. 108.

desde la India fasta la Etiopía e toda tierra de Egypto fasta el mar Mediterráneo"), combinando las apreciaciones geográficas erróneas con las históricas: el mismo Tafur nos informa de noticias fantásticas sobre el Preste Juan en la India[70] el cual, no obstante, se dedica a buscar las fuentes del Nilo[71] en ese país. Se mezclan tierras y personas como fruto del desconocimiento material y de la necesidad de trocar vagos y nebulosos informes en fuentes de esperanza que contrapesara (un rey cristiano en Asia, transposición de los cristianos de la Etiopía verdadera) desde el s. XII la presión y amenaza musulmanas en Jerusalén[72]. El mismo León Africano contribuye, en la *Descripción* (Libro I) a ahondar el error al considerar Egipto y la orilla oriental del Nilo un país no africano, siguiendo a geógrafos anteriores:

"La parte que cae fuera del Estrecho de la Arabia Feliz no está considerada como una parte del África, por muchas razones que en largos tratados se detallan. Los latinos la llaman Etiopía y de ella vienen ciertos frailes con sus caras marcadas a fuego y se ven por todas partes de la Europa, especialmente en Roma. Ese país lo señorea un jefe a modo de emperador al que los italianos dicen el Preste Juan. La parte mayor de tal región está habitada por cristianos aunque un señor musulmán es dueño de grandes posesiones".

No son pocos los autores antiguos y *modernos* que consideran Egipto una región asiática bien distinta de África porque el curso del Nilo impondría tal división. Heródoto, Diodoro Sículo, Estrabón, Plinio y Pomponio Mela sustentan tal opinión, que se seguirá en la Edad Media hasta que la recuperación de Ptolomeo induce a reincluir el país en el continente. Junto a ese discutido carácter africano otra nota es constante desde la Antigüedad hasta nuestros días: la alta estima de su historia, del prestigio ganado como fuente de la civilización mediterránea, empezando por la griega. Exotismo, admiración y sorpresa se dan cita para configurar un modelo de contraste, de referencia *a contrario,* útil para criticar los propios defectos, o un arquetipo utópico fuera del tiempo, intangible e imposible de alcanzar pero, simultáneamente, y por eso mismo, ajeno a toda censura. Para los europeos ese Egipto ideal será –es todavía– el verdadero, pasando de

70. Id., p. 96, 107 y ss.
71. Id., p. 102.
72. Sobre confusiones en la localización del Preste Juan, vid. J. Gil, *El libro de Marco Polo,* p. 51; y J. Gil. *En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el s. XIII* p. 28 y ss.

puntillas como si se tratara de un mal sueño, sobre el país presente, de ahora o de los tiempos de León. En esta imagen abstracta predomina la tendencia inconsciente de no relacionar Egipto con África, precisamente por constituir su noción la antítesis de los prejuicios corrientes sobre el mundo africano. Quizás por ese motivo los geógrafos *modernos* utilizan escasamente a León al hablar de Egipto, porque él sí se extiende sobre el país y la gente que allí conoció, pero eso no es lo que interesa a un Heyns en su *Espejo del mundo* y, por consiguiente, no lo cita; en el atlas de G. de Jode apenas aparecen unas líneas sobre la división contemporánea; Thevet, por su parte, se limita a tomar la descripción de El Cairo y algunos topónimos. O. Zhiri concluye acertadamente. "Thevet, Belleforest, De Jode no se interesan en absoluto por el Egipto *moderno*. El Egipto real es el antiguo y el actual sólo constituye una falsificación que no merece mayor atención. Y este es el país de que habla León, por lo cual se toman de él ciertos detalles, topónimos y poco más. Sanuto es el único que toma al pie de la letra el Libro VIII de la *Descripción*. Sin embargo, en lo que respecta a otras regiones sí tiene mejor suerte"[73]. Pues, efectivamente, las dos grandes cosmografías universales francesas del s. XVI (la de A. Thevet y la de Belleforest, aparecidas en 1575) se inspiran con profusión en la *Descripción,* de modo más o menos explícito, y ambos –que difieren en diversos aspectos– mantienen la organización heredada de la Antigüedad consistente en yuxtaponer descripciones.

En cuanto a los españoles contemporáneos que escribieron sobre África parece evidente que Mármol tomó para su obra copiosos materiales de León[74] y que Torres copió, a veces literalmente, a Mármol[75]. Sin embargo, esto no invalida el interés de conjunto de sus libros respectivos: no se puede ignorar a Mármol, autor reconocido por su importante influencia en la geografía que verse sobre África a partir del s. XVI. Desde la perspectiva histórica su *Descripción* de África constituye un giro decisivo en el desarrollo y evolución de la lectura e interpretación de León, así como el conocimiento del continente mismo. En algún sentido, Mármol reescribe ciertos pasajes de León.

La *Descripción* no se introdujo fácilmente en la cultura europea y hubo de sortear diversos obstáculos, tanto por sus propias limitaciones

73. Zhiri, p. 96.
74. Id., p. 165.
75. M.G. Arenal, Introducción a D. de Torres, p.11.

como por la influencia de los elementos heredados de la Antigüedad. No obstante, estas dificultades parecen mínimas frente al hecho capital: la obra de León se convirtió pronto en referencia obligada para cualquiera que pretendiese hablar de África. Al examinar los textos que evocan con profusión el continente, se repara en que, sin remisión, extraen informaciones de la *Descripción,* excepto para Egipto. Y más importante aún es que la obra constituyese un fondo común del saber sobre África, sus países y pueblos, y que llegara a ser casi anónimo, sedimentado sobre un sustrato procedente de la Antiguedad[76].

De ese saber común destaca un primer aspecto, la división del continente. Un segundo es la toponimia que, en gran medida, se saca de la *Descripción.* Estudiando la toponimia de Marruecos anterior a la obra, Massignon concluye: "La obra de León fue para todos nosotros una auténtica revelación, al aportar un cañamazo de cerca de 400 nombres geográficos repartidos por todo Marruecos"[77]. Afirmación que no se puede hacer extensiva a todos los países comprendidos en la *Descripción* pero, aun en otras regiones, su aportación es enorme y puede calificarse de "revelación".

En las obras geográficas o históricas del Renacimiento estos nombres se utilizan de manera variable según sus autores. La *Geografia* de Sanuto es nuevamente un caso aparte. El autor, uno de los lectores más fieles de León, retoma todos los topónimos de la *Descripción.* Belleforest se aproxima citando todos los epígrafes, aunque la mayoría de los geógrafos no hacen otro tanto: toman los nombres de las grandes unidades, reinos, provincias y urbes mayores.

IV. Juan León Africano *versus* Al-Ḥasan b. Muḥammad

«Conquistada Granada y sometida al yugo de los cristianos, muchos miles de hombres –más de cuarenta mil– con sus dos reyes, huyen a África»[78], nos informa el alemán Münzer poco después de la reconquista de la ciudad. La salida no fue inmediata pues el Zagal se refugió en su señorío de Andarax desde la rendición de Guadix hasta luego de la de la capital, y Boabdil residió en la Alpujarra hasta el mes de octubre de 1493, fecha en que pasó a África. Estos trasvases de población,

76. Vid. por extenso Zhiri, p. 102.
77. Massignon, p. 63.
78. Münzer, p. 111.

junto a las tensiones que en todas partes[79] sufrían las minorías, arrastraron a Fez al niño al-Ḥasan b. Muḥammad al-Wazzān en compañía de su familia. Conocemos el nombre árabe de León gracias a la firma de un vocabulario árabe-hebreo-latino cuya parte árabe se halla en la Biblioteca de El Escorial y que cita Casiri[80]. La fecha es incierta y la misma *Descripción* proporciona al respecto informaciones contradictorias: L. Massignon propone el 901 H. (1495-1496), Epaulard entre 1489 y 1495 y Mauny estima que pudo ocurrir entre 1493 y 1494. Este último considera que debemos situar la salida de León y su familia hacia Fez en torno a 1499-1500, sin que tengamos ninguna certidumbre al respecto. En cualquier caso, nacía y crecía –como ya indicábamos en el epígrafe 1– envuelto en las postrimerías de la Reconquista, el hostigamiento hispano-portugués de las costas magrebíes, la gran crisis política y económica del Norte de África, el choque hispano-otomano en el Mediterráneo y la penetración turca en su orilla sur... Todos estos factores generales intervinieron en la vida de al-Ḥasan confiriéndole un cierto carácter aventurero y no poco desarraigado.

En Fez su familia debió disfrutar de posición social elevada. León refiere cómo su tío cumplía misiones diplomáticas en nombre del sultán y que su padre disponía de posesiones en el Rif y por sus mismos informes conocemos sus estudios de Teología y Derecho en las *madrasas* de Fez y en la universidad de Qarawiyyīn; y conocemos su ejercicio, durante dos años, del cargo de secretario del manicomio de Fez, cobrando por ello unos emolumentos de tres ducados mensuales.

A continuación, acompañó a Tombuctú a uno de sus tíos enviado allá como embajador y luego recorrió Marruecos para atender diversas misiones diplomáticas y comerciales por cuenta del sultán de Fez, el Waṭṭāsí Muḥammad al-Burtuqālī *(el Portugués)*, manifestando una curiosidad temprana por distintos aspectos socio-culturales. Volvió a Tombuctú y de allí se dirigió a Egipto, regresando por mar. En 1515 realizó una última misión que le condujo a Oriente, por Debdu, Tremecén, Argel, Bugía, Msila, Túnez (donde recogió informaciones sobre la vida económica y social), Tripolitania, etc. Desde El Cairo,

79. P. Mártir de Anglería visitó Egipto entre 1501 y 1502 para interesarse por la suerte de los cristianos residentes en el país, así leemos en su Embajada (p. 11): "...como se hizo en mi embajada, que fue redemir que el grand Soldán *no tornase moros por fuerza* o ficiese morir con tormentos a los cristianos que estaban dentro de sus señoríos y a los flaires de Iherusalem".

80. *Bibliotheca arabico-hispana*, T. I pp. 172-3, Madrid, 1760.

donde se hallaba en 1517, subió hasta Asuán y fue a cumplir la peregrinación a La Meca; incluso pretende haber pasado por Estambul. Al regreso (1518), por mar, fue apresado en Yerba por corsarios sicilianos que le llevaron a Nápoles y luego a Roma donde lo regalaron al Papa León X, Juan de Médicis; al cabo de un año, éste le convenció para recibir el bautismo, que por su propia mano le administró (6 de enero de 1520), otorgándole su mismo nombre (Johannes Leo de Médicis), lo que le hizo cambiar de onomástico hasta en árabe (Yuḥannà al-Asad al-Garnātī = Juan León el Granadino). El editor de la *Descrittione* le llamó Giovanni Leone Africano, que es como generalmente se le conoce.

Aparte de los datos autobiográficos que figuran en la *Descrittione* su vida es mal conocida; se sabe únicamente que antes de 1550 se trasladó a Túnez donde, tal vez, pasó sus últimos años de nuevo en el seno del Islam. Durante su estancia en Italia aprendió el italiano, enseñó árabe en Bolonia y además de la *Descripción* concibió el proyecto de describir la parte de Asia que asegura conocer *de visu*, así como Europa. Compuso diversas obras lexicográficas, gramaticales y métricas, pero su fama e importancia procede de su *Descripción* del África. El autor de la anónima versión española de 1940[81] aporta una lista en la que reúne un total de diez títulos, de los cuales sólo tenemos constancia real de tres (la *Descripción*, el *Vocabulario* ya mentado y el *Libellus*).

Cuando comienza a viajar, el primer desplazamiento habría sido de Fez a Constantinopla y Oriente Próximo, tal vez hacia 1507-1508, según R. Mauny. Sucedió –dice en el Libro VIII– "al comienzo de mi adolescencia", cuando recorrió "las tres" Arabias, Iraq, parte de Persia y Armenia y algo de Tartaria. Nada más se sabe en torno a las circunstancias del recorrido. En 1508, a la toma de Vélez (Badis) por los españoles, se halla de nuevo en Fez. Al acompañar a su tío ante el Askia Muḥammad Turé, régulo de Tombuctú, cuenta dieciséis años. Tiene oportunidad de representar a su tío cerca del señor de Tenueues (tal vez hacia 1510), para quien compone un poema y quien le depara una excelente acogida.

Quizás en 1512 pasa tres meses en Siyilmasa, en el poblado de Ma'mūn, también cumpliendo una misión. A fines del mismo año inicia su segundo viaje a Tombuctú y en este punto disponemos de

81. Vid. p. XV.

una fecha precisa al señalar León a propósito de Azammur: "Esta ciudad fue tomada el año 918, mientras yo me encontraba en el País de los Negros", dado que los portugueses tomaron la población en setiembre de 1513. Parece que este viaje no tuvo finalidad oficial sino más bien de comercio particular, como podría sugerir al hablar de cargas de sal recogidas en Tagaza para revender en Tombuctú, donde la carga alcanzaba los 80 ducados (Libro VII).

Tras su estadía en Tombuctú –donde asistió al incendio que destruyó la mitad de la ciudad– pudo dirigirse a Yenné, Malli y Walata, desde donde tomaría el camino de Egipto, cruzando el desierto y soportando todo género de peligros y pasando por Gao, Agades y Kano. En cuanto a los otros países africanos que asegura haber visitado, no parece descabellado sugerir que no hay razón para creerle, pues sus decripciones de Guber, Guangara, Zanfara, etc. son demasiado alejadas de la realidad[82]. Atraviesa el Burnu a lo largo de la margen septentrional del lago Tchad y se le recibe en la corte del rey de Gaoga. Ignoramos en qué fecha llega a Egipto, desde donde se embarca para Marruecos llegando a Fez en los primeros meses de 1514.

Durante más de un año realiza misiones al servicio del sultán Muḥammad el Portugués y del jerife del Sus, Aḥmad al-Aʿraŷ, futuro fundador de la dinastía Saadí. En junio de 1515 asiste –según sus palabras, Libro II– a la rota portuguesa en Maʿmūra, después de lo cual habría salido hacia Constantinopla, enviado por el sultán de Fez como embajador ante el Gran Turco: cruza el Magreb deteniéndose en la corte de Tremecén y conociendo a 'Arūŷ Barbarroja cuando éste intenta en vano arrebatar Bugía a los españoles (agosto de 1515); en Túnez visita al sultán (ya en 1516) y desde allá se embarca para Estambul, en 1517, para terminar dirigiéndose a Egipto a donde arriba en el preciso instante en que Selim acaba de conquistar el país; tras coincidir con el sultán turco en la ciudad de Roseta remonta el Nilo hasta Asuán, marcha al mar Rojo y penetra en Arabia –incluso asegura haber visitado el Yemen– para cumplir la peregrinación.

Tras su captura en Yerba, el Papa le acepta como esclavo y le instruye en el cristianismo terminando por bautizarle, como ya hemos indicado. A la muerte de su protector en 1521 León marcha a Bolonia donde se dedica a la enseñanza del árabe, por ejemplo al cardenal Egidio de Viterbo, y en esa misma ciudad firma el mencionado

82. Zhiri, p. 31.

Vocabulario en 1524. De vuelta en Roma finaliza la Descripción, según su declaración, el 10 de marzo de 1526 (fecha discutible, como veremos). Al año siguiente termina el *Libellus de viris quibusdam illustribus apud Arabes*, editado por Hottinger en 1664.

Nada sabemos de viajes girados fuera de Italia, aunque alguna frase suelta, en el Libro V, sugiera que pasó algún tiempo en otros países europeos. Al final del Libro VIII desvela su intención de regresar al África donde espera rematar la redacción del relato de sus viajes. No obstante, en el prefacio de la edición italiana de 1588 se asegura que León habría fallecido poco antes de 1550 en Roma, información no corroborada por otras fuentes, ni presente en las primeras ediciones de Ramusio, cuando éste vivía. J. A. Widmanstatter en su prólogo a *los Evangelia syriaca* atestigua que retornó a Túnez, donde se habría reintegrado a la fe islámica y cita como informador a Egidio de Viterbo. Este solo testimonio basta a O. Zhiri para afirmar de modo contundente que regreso a África[83], aunque sí podamos convenir en que con posterioridad a esa fecha ya no haya más noticias sobre él.

En el Libro II habla de un *Resumen de las crónicas mahometanas*, obra histórica perdida que explicaría algunas carencias de la *Descripción* en ese dominio, como si el autor considerase haber proporcionado ya la síntesis y noticias necesarias, al menos para entender la historia de Marruecos. En la *Descripción* menciona en tres ocasiones otra obra acerca de la religión islámica –también perdida– y que iría dirigida al curioso lector deseoso de informarse sobre el mundo árabe y musulmán, mismo objetivo de la obra dedicada a enseñar lengua y prosodia árabes de que habla en el Libro III y que constituiría el colofón o remate de la *Descripción*. Sí disponemos del texto latino publicado en 1664 por J.H. Hottinger más arriba mencionado, obra que se compone de las biografías de treinta filósofos, astrólogos y médicos musulmanes y judíos.

Hay un punto en la biografía de León Africano que requiere especial atención, o, por lo menos, alguna: su conversión al Cristianismo y las diatribas dirigidas al Islam, su religión hasta entonces. Tal como veíamos en el epígrafe precedente, la manera con que denosta hábitos culturales, concretamente alimentarios, que fueron suyos hasta aquel instante, en la *Descripción* no faltan tampoco

83. "Un tel retour, qui *a sans doute en lieu* en 1528, semble de toute façon plus probable qu'une mort en Italie" (Zhiri, p. 33). La pregunta inevitable es: ¿por qué?

ataques desembozados al Islam y a la figura de Mahoma, lo cual para un musulmán constituye una enormidad indigerible. Sobre todo proferida por alguien que perteneció –o pertenece– a la *Comunidad* (la *Umma). A grosso modo* y en primer término se puede apuntar –aunque sea, y hasta fuera, imposible penetrar en sus motivaciones más íntimas– que ni la conversión, ni las arremetidas antiislámicas tienen visos de credibilidad. Parecen más bien fruto de las necesidades y circunstancias que rodearon sus primeros tiempos de cautiverio y, en una segunda fase, de la precisión de seguir *huyendo hacia delante:* una vez dados los pasos ideológicos y morales (es decir, de apostasía) que le desgajaban de la comunidad musulmana, ya no podía hacer otra cosa, al menos mientras viviera en Italia y se viera forzado a depender materialmente de un mundo cercano a las autoridades eclesiásticas. La virulencia de sus alusiones no es convincente, sino más bien al contrario: refuerza las dudas sobre la sinceridad de la conversión. Máxime si anuncia que regresará a tierra del Islam –como parece que cumplió– contando con la seguridad de que tal retorno sólo sería posible en calidad de musulmán. Por lo tanto, su vida en Italia habría sido un mero paréntesis, durante el cual Juan León no tiene empacho alguno de lanzar acusaciones duras e improperios en cuanto roza marginalmente a la religión musulmana.

Sin embargo, semejante transmutación en un musulmán de la época (o de ahora mismo) es poco creíble. Por las circunstancias ya indicadas y, muy en especial, por la permanente condición racionalista que trasluce. El ambiente –y su conveniencia particular– que halló Juan León en el instante de su apresamiento, en torno al Islam, constituía la antítesis de la comprensión y la tolerancia. No sólo había una actitud ignorante generalizada[84] que producía confusión entre los cargos eclesiásticos cristianos y las funciones de ciertos miembros de la comunidad musulmana como llamar Sumo Pontífice al califa[85], distorsión en la cual incurrirá León profusamente, sino una maraña de juicios adversos y no poco insultantes[86] que eran moneda corriente en la época. Y no parece probable que sólo el miedo le forzara a caer

84. La simplificación descriptiva y con frecuencia condenatoria está bien reflejada en Münzer (p. 125); o, en la misma obra, las denominaciones de los cadíes como *supremos sacerdotes* (p. 75).

85. Mártir (p. 130), quien también habla de los sacerdotes mahometanos (p. 172).

86. Podríamos alargar tal selección indefinidamente pero basten los ejemplos de Mártir ("esta raza bárbara y salvaje de hombres nos tienen desde su origen en tan poco y por qué

en excesos verbales contra el Islam. Más bien podemos pensar en su interés de mostrarse más papista que el Papa, porque, como indica certeramente Caro Baroja[87], en el s. XVI circulaban serias dudas sobre la sinceridad de los conversos, judíos o musulmanes, y no pocos "se erigieron en apologistas de la religión católica y que incluso escribían libros contra los judíos. Tales conversos no fueron ni uno ni dos, ni salieron de humildes talleres o de sectores poco refinados de la sociedad hebrea"[88].

Nunca sabremos qué hubo en el fuero interno de Juan León pero sí disponemos de indicios sobre sus actitudes más íntimas ante la concepción de la vida, del mundo, del principio de causalidad de los más variados fenómenos, de la credulidad explotada por pseudorreligiosos... que nos dibujan una personalidad no poco escéptica y racionalista, distante de fanatismos o apegos por ninguna creencia. Espigamos sólo algún ejemplo. Dice en el Libro II:

"...el vulgo cree que toda ballena que pasa cerca muere por virtud concedida por Dios a esa mezquita, cosa que yo no me hubiese creído si no aparecieran por allí tantas ballenas muertas, lo que me causaba sorpresa. Razonándolo luego con un judío, díjome éste que no era cosa de extrañarse, ya que casi a dos millas mar adentro hay unos escollos grandes y afilados en los que, cuando el tiempo es de temporal se estrellan las ballenas de paso, lacerándose y muriendo, argumento que me pareció mucho más razonable que el del vulgo".

O al mencionar a los adivinos/as de Fez (Libro III) desenmascara sus engaños y embelecos, sus arrebatos de amor místico y el pragmatismo de fondo que impregna tales actividades:

"Las gentes que unen a la honestidad una cierta instrucción así como la experiencia de las cosas llaman a estas mujeres *sahacat*, lo cual significa lo mismo que la palabra latina *fricatrices*. Y, en verdad, ellas tienen ese maldito hábito de usar la una de la otra, lo que no puedo expresar con un término más decente. Si es una mujer bella que acude

razones piensa este pueblo grosero desprovisto de toda clase de virtudes, encenagado en la liviandad, enredado en errores detestables, privado totalmente de razón", p. 210), o D. de Torres ("(Mahoma) començó este malvado a cobrar reputación en aquella tierra y con sus vicios y maldades, etc.", p. 201). Ambos resumen un estado de ánimo generalizado.

87. Caro Baroja, *Las formas complejas de la vida religiosa*, s. XVI y XVII, pp. 506-7.

88. Caro Baroja, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, p. 310 y ss. Y continúa Caro (p. 312): "El celo de los neófitos contribuyó mucho a extremar las violencias en algunas ocasiones (...) el tipo del converso, apologista del catolicismo y detractor del judaísmo, se ha dado en España, como también se dio en Italia repetidas veces".

a consultarlas, las adivinas se encaprichan del mismo modo que un joven se enamora de una muchacha y, como si el demonio hablara en persona, le piden en pago abrazos amorosos. La mujer, que se cree obligada a complacer al espíritu, consiente en ello la mayoría de las veces. Muchas mujeres que gozan con esas inclinaciones piden a las adivinas entrar en su gremio; fingen estar enfermas y hacen llamar a una de ellas. A menudo es el imbécil del marido quien cumple el recado".

Los locos-santos[89] reciben, también en el Libro III, la condena de León. En efecto, el autor no traga la credulidad y supersticiones del vulgo y nos refiere haber asistido en El Cairo al apareamiento público de un santo con una joven, para mostrar los abusos insensatos de tales individuos, a los cuales considera puros pícaros desvergonzados, impostores que abusan de la ignorancia popular. Juan León, ilustrado urbano, fustiga la necedad que impele, incluso, al marido de *la agraciada* a ofrecer una fiesta por la merced recibida:

"La regla de la cofradía quiere que cada uno de estos personajes vaya de incógnito por el mundo, bajo la apariencia de un loco o la de un gran pecador, o la de cualquier otra infamia. Con este pretexto, numerosos impostores y malvados vagan por África, desnudos hasta el punto de mostrar sus partes vergonzosas. Viven de tal manera sin moderación y sin rastro de respeto humano que a veces se aparean con las mujeres en lugares públicos, como lo hacen las bestias. Y, sin embargo, el pueblo los considera como santos. Hay gran cantidad de esta canalla en Túnez, pero es muy frecuente en Egipto y sobre todo en El Cairo. Vi en esa ciudad, con mis propios ojos, en la plaza Bain Elcasrain, a uno de estos individuos apoderarse de una bellísima mujer que acababa de salir de un baño, tenderla en medio de la plaza y abusar de ella. Tan pronto como la hubo soltado, todo el mundo corrió para tocar sus vestidos como si fuese un objeto de devoción al ser tocada por un elegido de Dios. Las gentes se decían que el santo había fingido poseerla pero que no había tal. Cuando el marido se enteró, consideró el lance como

89. Que también atrajeron la atención de Mártir ("A hombres insensatos, locos o linfáticos los creen santos e inspirados por un hálito divino y les dan culto", p. 124) y Alí Bey ("Ser santo entre los musulmanes es un estado o más bien un oficio que se toma o deja arbitrariamente y a veces pasa por herencia (...). Su traje y modales son sumamente asquerosos: arroja siempre por la boca alimentos que han estado dentro de su cuerpo y que provoca cuando quiere. ¡Cosa increíble! Hay fanáticos de fe bastante robusta para chuparlos y aun tragarlos. Contáronme que el tal santo había cometido en algunas ocasiones públicamente cosas bien contrarias a la decencia", pp. 154-5).

una gracia sublime. Dio gracias a Dios y ofreció un banquete con grandes festejos por la merced que le había sido concedida".

V. La *Descrittione dell'África*

León Africano afirma en la misma obra haber rematado el trabajo en 10 de marzo de 1526[90], redactando el texto en italiano a partir de notas previas en árabe. La obra sufrió una ulterior revisión final de G.B. Ramusio, su editor, que la daría a la luz en la magna compilación de conjunto *Navigationi e Viaggi* (Venecia, 1550) y fue traducida en 1556 al francés por Temporal (ed. Schefer, París, 1896-8) y al latín por Florianus (J. Leonis Áfricani *De totius Áfricae descriptione,* Amberes, 1556); esta última versión sirvió para la trad. inglesa de J. Pory *(Histoire of África,* 1600, ed. Browne, Londres, 1896), de la holandesa de Leers y de la alemana de Lorsbach. El manuscrito original se reencontró en 1931 y fue depositado en la Biblioteca Nacional de Roma (N° 953). A. Epaulard pudo compararlo con la edición Ramusio e introducir correcciones interesantes para su traducción francesa *(Description de l'Afrique,* París, 1956) editada por H. Lhote, con notas de A. Epaulard y otros. La mayor parte de los topónimos, alterados en el texto italiano, se han podido identificar y corregir, así como aclarar útilmente los datos recogidos.

Las nueve partes son:

1. Generalidades sobre África.
2. Suroeste marroquí (Marrakech, sobre todo).
3. Reino de Fez.
4. Reino de Tremecén.
5. Bugía y Túnez.
6. Sur marroquí, argelino, tunecino, Libia.
7. "País de los Negros" (Bilād as-Sūdān).
8. Egipto.
9. Ríos, animales, vegetales y minerales *de* África.

Esta obra constituyó durante siglos una fuente primordial sobre el Islam y el Norte de África y se sigue citando frecuentemente entre los

90. Sin embargo, en la Parte IV[a] hace alusión a un sultán, Abū M. b. 'Abd Allāh, en Tenes, que fue proclamado en 1528, lo cual abre serias dudas sobre la fecha de terminación de la obra.

historiadores y sociólogos. Aunque contenga algunos errores, fruto de las condiciones en que se compuso, proporciona información de primera mano sobre la situación a principios del s. XVI en una región tan turbulenta, así como sobre la etnografía, instituciones, vida política y social, en especial de la Berbería. Es notorio el desequilibrio de espacio dedicado a una u otra región de África: los Libros II y III (reino de "Marruecos"[91] y reino de Fez) ocupan casi la mitad del texto total y la mera *descripción* de la ciudad de Fez acapara tanta extensión como los libros IV y V juntos. Por lo cual los detalles y la minuciosidad abundan en lo referente a las ciudades de Fez y Marrakech, demorándose el autor en los pormenores de poblaciones grandes y chicas, de aldeas y alquerías, de cuantos montes, montañas, ríos, marismas o cualesquiera accidente geográfico topa en su discurso. Cada comarca, rincón o pago, recaba una alusión a su emplazamiento, para pasar de seguida a un resumen histórico (no siempre) relativo al lugar y, luego, a datos de producción, clima, número de habitantes, costumbres, tesitura política del momento, riqueza/pobreza y peculiaridades varias, incluida su preocupación constante por la calidad de la ropa y hábitos urbanos, o urbanizados, de los pobladores, referencia casi obsesiva del autor y muy acorde con su condición de persona alejada afectiva y culturalmente de los rústicos.

Según la concepción del autor, la *Descripción* no sería una obra independiente, sino que deberíamos contemplarla en una serie de trabajos parciales cuyo conjunto sería la culminación de los planes de León: de un lado constituye una cosmografía parcial y de otro un intento de resaltar los valores africanos en todos los órdenes, por lo cual no titubea en engolfarse en nutridos excursus por la filosofía árabe, la historia del Islam, la gramática o la vía jurídica mālikí, aunque todo ello revista no pocas veces elementos críticos –autocríticos diríamos– que atemperan no poco los entusiasmos laudatorios del autor. Su interés bascula sobre todo en el África musulmana y árabe: el África negra no pasa de desempeñar un papel complementario, marginal.

Antes que nada, se trata de un texto de geografía humana. Si se interesa por el clima en el Libro I se ciñe a la perspectiva meteorológica para resaltar sus consecuencias sobre la agricultura y, de ahí, sobre

91. El empleo del nombre Marruecos, referido a la ciudad que hoy, en español, llamamos Marrakech es antiguo: desde Diego de Torres a Alí Bey, ya en el XIX (vid. Barberá, p. 277).

los seres humanos. De idéntico modo, al ubicar una ciudad o región, jamás da la posición en grados, sino que informa de su distancia en millas respecto a otro lugar. Los cartógrafos europeos habrán de contentarse con estas indicaciones aproximadas para emplazar urbes y regiones, aunque su influencia se centrará especialmente en la toponimia. L. Massignon nos ayuda a incardinar el texto de León en la ciencia geográfica árabe: "Su obra pertenece a la *Ciencia de los itinerarios y los reinos,* no a la *Ciencia de las etapas,* que tan bien indican los autores de riḥlas[92], los relatos de viajeros coleccionados por al-Bakrī, ni a la *Ciencia de las longitudes y latitudes,* cosmografía matemática. León se preocupa de darnos a conocer las distancias relativas en millas y no en grados, las ciudades importantes, incluso las situadas fuera de las grandes rutas donde se hallan las postas, las agrupaciones políticas y locales más que las zonas climáticas tomadas por Idrisī como esquema, a imitación de los traductores de Ptolomeo. Tenemos en él un manual práctico de la geografía de África del Norte"[93].

La *Descripción* se halla a medio camino entre la geografía descriptiva y el relato de viajes. Cercano a experiencias personales por sus evocaciones históricas y de sucesos recientes en los cuales estuvo presente, ofrece una imagen de la contemporaneidad en primera persona sin limitarse a oficiar de libro de *Itinerarios,* aunque proporcione indicaciones sobre su paso por lugares en momentos determinados, tal como lo define gráficamente O. Zhiri: "León en el texto es actor y testigo aunque la frontera entre ambos papeles quede borrosa, carácter ambivalente del que nace el León-autor y del cual cobra legitimidad"[94]. Relacionada con esto se halla la postura de León acerca de su origen y su complicada situación afectiva y social ante el público a quien se dirige. Con frecuencia alude a experiencias en Europa, en Italia más bien, para facilitarle la intelección de situaciones, ejemplos, parangones, aproximando así el texto al posible lector europeo, v.g. al reseñar los precios en ducados italianos, o los pesos y medidas de capacidad en las correspondientes de la Italia del momento, o al denominar Pascua al día de la ruptura del ayuno de ramadán, puesto que se dirigía a cristianos; o al comparar ropajes africanos con otros de Italia, o los poemas populares de Numidia con versos de la poesía

92. Ibn Baṭṭūṭa, Ibn Ŷubayr, etc.
93. Massignon, p. 93.
94. Zhiri, p. 44.

vulgar que le rodeaba en su nueva y accidental patria. La subjetividad inevitable de musulmán renegado asoma en referencias a la historia del Islam, mientras los tiempos preislámicos de África se reducen a vagas alusiones, sobre todo de fundación de ciudades por los romanos. El sufismo, las cuatro vías jurídicas y la sucesión –interrumpida y caótica– de las dinastías del África islámica (Idrisíes, Fatimíes, Almorávides, Almohades, Meriníes, Wattasíes) completan el cuadro.

Ramusio y todos los comentaristas hasta el s. XIX daban por bueno que León redactó primero en árabe –incluso antes de llegar a Italia– y tradujo luego al italiano, pero Massignon sostiene que redactó directamente en italiano teniendo cuenta de notas en árabe, tesis con la cual se alinea A. Epaulard. O. Zhiri[95] ni niega ni afirma, aunque parece más bien favorable a aceptar la idea de Massignon. Por nuestra parte, consideramos que la concepción, la estructura y –muy en especial– el desaliño lingüístico en italiano que presenta, no responden a una traducción, al menos de conjunto, sino a una costosa y renqueante redacción de alguien que debe vencer sus insuficiencias expresivas de consuno con las fallas de la memoria y el intento de organizar con una cierta lógica en el método los materiales del trabajo. Porque, en efecto, la prosa de León tiene no poco de primitivo y hasta ingenuo, alejada de fines artísticos; sin embargo, cuando la falta de obsesiones literarias y la ingenuidad se apoyan en una mente lúcida y unos recuerdos vivos, fruto de un agudo espíritu observador, la misma ingenuidad se convierte en un elemento estilístico de primer orden. Tal es el caso de la *Descripción*. Y este mismo carácter de obra escrita en italiano suscita otra cuestión capital pero irresoluble por los condicionamientos de opinión que suscita: ¿se puede considerar la *Descripción* una obra árabe, o su redacción en otra lengua la sitúa en un ámbito cultural extraño? Es decir, la tan manida, en la actualidad, discusión sobre si la literatura escrita en otro idioma diferente del propio por miembros de una comunidad emigrante se puede considerar como perteneciente a la cultura originaria. En ese terreno –y por ceñirnos al caso árabe– se hallan desde los escritores de la *Emigración* a América de principios del siglo XX (que escribieron en inglés, portugués y español) hasta la nutrida corriente de los actuales norteafricanos afrancesados, que escriben en francés. En nuestra opinión, el elemento lingüístico es determinante en la naturaleza de una obra litera-

95. Zhiri, p. 52.

ria –por ser el factor diferenciador principal de una cultura y lo último que se pierde, si bien los aludidos norteafricanos sea lo primero que perdieron– y en su adscripción a uno u otro bloque cultural; y sólo por beatería o por un chovinismo ganoso de *apuntarse tantos,* aun a costa de ignorar la realidad, se pueden convertir vaguedades tales como el *talante, la intención, el trasfondo, el argumento...* en signos diferenciadores que permitan adscribir a la literatura árabe la producción de gentes cuyo vínculo real con sus países de origen se reduce a la cocina y el folklore. Eso por no insistir en que el soporte número uno de toda literatura es la lengua en que se escribe, tan importante como la piedra o el barro para el escultor; o en la colaboración objetiva en la alienación cultural de sus países por parte de los marroquíes, argelinos, tunecinos, que utilizan –estrictamente por interés particular– la lengua del colonizador reciente.

En cierta medida, la *Descripción* participa de esta condición de obra *árabe* por su temática e italiana por su forma e inspiración inmediata, pese a que podamos prolongar la polémica y los ejemplos indefinidamente: Mika Waltari, al escribir *Sinuhé,* ¿escribió un libro faraónico o finlandés?; Cervantes, en *Los baños de Argel,* ¿compuso una obra española o argelina?; y cualquier tratadista, v.g. geógrafo, que compile un trabajo sobre un país o países distintos del suyo, pero en su idioma, ¿está añadiendo glorias literarias a las de esas naciones estudiadas? Máxime, si la obra no es de creación literaria sino de pujos científicos, como acaece con León. No obstante, alguna vinculación tiene la *Descripción* con la literatura árabe, no sólo por el origen del autor, sino por continuar la tradición geográfica árabe anterior y por servirse de expedientes propios de la literatura de *adab:* intercalación de anécdotas, chascarrillos, alusiones personales, comentarios históricos, filosóficos, etc.

La obra viene inserta en una magna recopilación titulada *Delle Navigationi et Viaggi* publicada en Venecia en 1550, cuya importancia y éxito fueron inmensos marcando un hito en la literatura geográfica del Renacimiento. Su inspirador es el erudito patricio veneciano Gian Battista Ramusio, recopilador de un imponente cúmulo de textos, inéditos o conocidos, en una serie que abarca tres volúmenes: el primero relativo al África y Asia Meridional, así como al Brasil; el segundo al Asia Central, Rusia y los mares del Polo Norte; el tercero centrado en América; un cuarto volumen que habría de versar

sobre la América del Sur jamás vio la luz. Ramusio quería innovar y promover una geografía moderna superadora de los errores de los antiguos y ese designio aparece expreso en su dedicatoria a J. Fracastor: "La razón que me ha impulsado a padecer tantos trabajos de buen grado en esta obra es la conclusión a que llegué examinando las tablas de la Geografía de Ptolomeo: las que describen África y las Indias son muy imperfectas, teniendo en cuenta el gran conocimiento que hoy se tiene de esas regiones". Pretende ofrecer una nueva imagen del mundo que sustituya a la de Ptolomeo. Y dentro de ese riquísimo conjunto J. León añade documentación preciosa, al lado de yerros producto de diversas causas: memoria, descuidos geográficos e históricos, relatos ajenos inexactos o mal entendidos y hasta uso equivocado de sus mismas anotaciones.

En el texto de la *Descripción* aparece patente una preocupación constante por la Naturaleza y los accidentes del terreno, pero también por la agricultura de cada comarca, su minería y el comercio y manufacturas que, consiguientemente, se generan. Sin embargo, al-Ḥasan b. Muḥammad, como árabe urbano, no oculta sus preferencias y admiración (con frecuencia excluyente) hacia la civilización urbana, así como sus lamentos por el declive de urbes en otros tiempos famosas y prósperas: diríase un Ibn Baṭṭūṭa llorando las perdidas glorias de Basora, o un Mártir quejoso por la ruina de Alejandría[96]. En su época, la decadencia de la vida urbana en el Magreb es un factor imposible de ignorar: hacia 1525, Azammur y Safi, en poder de los portugueses habían perdido su esplendor pasado; Tit, Anfa y al Medina al-Garbiyya estaban abandonadas; Marrakech, antes de la recuperación Saadí, se halla en una triste situación, con dos tercios de los solares vacíos o plantados de palmeras, vides o frutales, con la Kutubiyya cercada por las ruinas. Las guerras y la caída de la actividad comercial, secuela de la inseguridad en las comunicaciones, por añadidura al descenso en las llegadas de metal precioso –como más arriba señalábamos– ocasionan una lenta catástrofe, de la que sólo se libra Fez, precisamente la ciudad de Juan León. Y a ella dedica una extensísima descripción –¿lo mejor de la *Descrittione?*– donde apunta datos corroborados por otros testimonios, como la existencia de hospitales numerosos o el aislamiento de los leprosos[97]; pormenorizados retratos de costumbres y viviendas, o palacios, o calles, o uso del agua, que

96. Mártir, p. 78.
97. Torres, *Relación*, p. 188.

tanto recuerdan las de su casi contemporáneo Münzer relativas a Andalucía[98], o acerca de la dotación económica de las mezquitas[99]. La mención de todos y cada uno de los zocos que ofrece León coincide básicamente con las referencias de Alí Bey tres siglos más tarde[100], así como los baños públicos[101], de los cuales dice (Parte III):

"El agua de los baños se calienta con lumbre de bosta, y suelen los patrones poseer burreros y muchachos que van por la ciudad recogiendo por calles, cuadras y establos los cagajones para llevarlos a las afueras de la ciudad, donde los amontonan y secan en muladares durante dos o tres meses, para quemarlos luego y calentar así el agua y no con leña". Misma técnica de combustión referida por Ibn Baṭṭūṭa[102] en la historia de Jaṣīb o por Diego de Ocaña en el Perú[103].

Y de modo simétrico, pero contrario, León Africano muestra un desprecio y rechazo por el mundo rural que es la antítesis de la vida modélica adjudicada a ciertas ciudades. Aunque con matices, según el trato que se le deparase en cada lugar, no le gusta el campo, ni sus habitantes, concentrando las mayores diatribas, acerbas, hiperbólicas y tal vez injustas en ocasiones, cuando alude a los beduinos. Cierto que mantiene una confusión, ante el lector no avezado, entre rústicos en general, nómadas árabes y trashumantes beréberes, resultando en algún caso difícil establecer a qué grupo humano está mencionando, pero el equívoco ni es deliberado, ni quizás podía el autor fijar con claridad cuáles eran las cabilas árabes puras o cuáles se componían de beréberes arabizados lingüísticamente, o en vías de fusión y mestizaje con los antiguos invasores orientales, pues el transcurso de más de cuatro siglos había complicado en grado sumo el panorama de las tribus que deambulaban por el Magreb. Por otra parte –y dada la escasa simpatía que trasluce por ellos– era un mal momento para León, ya que en ese preciso instante se asistía a un auge y desarrollo de la vida nómada y la economía de pastores, a un retorno al ruralismo económico, resultado del hundimiento, antes apuntado, de la vida urbana,

98. Münzer, p. 109.
99. Münzer, p. 77.
100. Alí Bey, p. 209 (Barberá).
101. Alí Bey, p. 210 (Barberá).
102. I.B., p. 144.
103. "Los mismos excrementos de las personas valen plata y se venden, y tienen para este propósito en Potosí unos corrales grandes donde se entran a proveer los indios que andan por las calles; y aquellos excrementos los enjugan y los secan con el sol y luego los juntan y amontonan y por cada costal de aquello dan ocho reales" (D. de Ocaña, p. 181).

continuación también del largo forcejeo entablado desde el s. XI a raíz de la invasión hilalí y sus desastres[104]. La condena y el rechazo contra las tribus beduinas son paralelos a los exhibidos por Ibn Baṭṭūṭa (tangerino, recordamos) que siente por los nómadas pareja aversión, desconfianza y desprecio y los tacha de chalanes, ladrones y destructivos. Juicio adverso que retoman, lógicamente, europeos contemporáneos de León, como Mártir, al hablar de los *árabes*[105]. Destaca Juan León el número de jinetes disponibles por cada tribu (Libro I), resaltando la importancia de la caballería, tal como hacen Potocki[106] Alí Bey[107] a principios del s. XIX.

Para Juan León el robo y el asesinato son norma corriente entre los nómadas, pero los elogia por su amor a la poesía, su afición a la caza, su generosidad ocasional, o la riqueza (entre los de Marruecos) de sus tiendas, pero la opinión se vuelve condena en la mayor parte de los casos, en especial mencionando a tribus que debían ser árabes puras, por ej. en Libia (Parte I[a]):

"muchos jóvenes árabes son entregados a los sicilianos como rehenes o en fianza de trigo y si, dentro de un tiempo convenido, no se saldan los dineros adeudados, quedan como esclavos, debiendo los padres entregar, para rescatarlos, una cantidad tres veces mayor de la que debían y muchas veces se ven obligados a dejárselos definitivamente. De todo ello se sigue que éstos árabes sean los peores, los más temibles asesinos con que en el mundo pueda toparse y que cuantos extranjeros caen en sus manos una vez despojados de cuanto tienen, sean vendidos a los sicilianos. Así es que ya de cien años a esta parte no pasa ninguna caravana por la orilla de la mar que bordea el desierto señoreado por dichos árabes y, si alguna sigue ese rumbo, lo hace bien tierra adentro, a unas quinientas millas del mar. Huyendo de ellos, recorrí yo esas riberas en tres barcos de mercaderes y, como los árabes nos vieran, corrieron a encontrarnos en puerto demostrando querer hacer con nosotros negocios que nos convendrían, pero no nos fiamos de ellos ni nadie quiso bajar a tierra en tanto no pusieron en nuestro poder, como rehenes de seguridad, algunos hijos suyos. A seguido, les compramos algunos corderos y manteca y partimos a toda

104. Lacoste, pp. 89-90.
105. Mártir, p. 90.
106. Potocki, *Voyages*, I, p. 164-5.
107. Alí Bey (Barberá), p. 130.

vela, temiendo también ser alcanzados por corsarios de Sicilia o de Rodas. Dichos árabes, en fin, son malencarados y malvestidos, flacos y desmejorados por el hambre, como si la maldición de Dios hubiera caído desde siempre y por siempre sobre esa pésima ralea".

O hablando de los pastores montañeses seguramente, por el retrato presentado, berébéres, dice (Parte Iª):

"Bestiales, ignorantes y ladrones, nunca pagan nada que se les dé a crédito. Los cornudos están en mayoría; a todas las muchachas se les permite tener amantes con anterioridad al matrimonio y gozar la fruta del amor, y el padre mismo mima al querido de la hija, o el hermano al de su hermana, así que ninguno le entrega al marido su virginidad; también es cierto que, una vez casadas, sus amantes se abstienen de cortejarlas y se dan a otra. La mayor parte de ellos no son mahometanos ni judíos ni creen en Cristo; es gente sin fe y, no ya sin religión, sino aun ni sombra de ella, así que no rezan ni tienen templos, sino que viven como los animales, y si hay alguno con cierto sentimiento religioso, no existiendo entre ellos sacerdotes ni regla alguna, se ve obligado a comportarse como los otros".

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero parece innecesaria tal exhaustividad, aunque quizás convenga enmarcar estas actitudes de León, hombre de su tiempo, en un contexto que entendía que en la sangre y en la leche[108] materna (o sea, de acuerdo con la pertenencia a un grupo racial, una etnia) se transmitían valores morales, estableciéndose una inextricable conexión entre criterios éticos y biológicos, de suerte que las faltas morales acarrean un castigo hereditario. Así, junto a las virtudes y méritos de los *africanos* (hay que sobreentender árabomusulmanes) se ensaña –y de qué manera– en la Parte Iª fustigando los vicios y cosas vituperables de esos mismos africanos, alardeando de un prurito de objetividad y equilibrio del cual, en realidad dista mucho, como nos indican pasajes del siguiente jaez, sobre todo si se trata de negros:

"Por su parte, los de la Tierra de Negros son bestialísimos, gente sin cabeza, ingenio ni sentido, todo lo desconocen y también viven a guisa de animales sin reglas y sin ley. Abundan las prostitutas y, por ende, los cabrones, exceptuando algunos que habitan en poblaciones

108. Caro Baroja, *Las formas complejas...*, p. 508.

grandes y tienen por tanto algo de respeto humano[109]. No me apura confesar y descubrir las lacras de los africanos aun siendo África mi nodriza, donde me he criado y consumido la mayor y mejor parte de mis años".

En aquellos pasajes en que el autor siente una mayor simpatía e interés por el objeto reseñado (ciudad o comunidad) se explaya a sus anchas y emite opiniones, a veces divertidas y otras no tanto pero siempre enjundiosas y dignas de aprecio. Así nos informa en la Parte III[a] del gusto dominante por las gordas, o en la I[a]:

"Son sus mujeres muy gruesas y carnosas, pero no muy blancas, con traseros llenísimos, gordos, así como los pechos, que llevan bien ceñidos, pero de cintura estrecha. Son agradables tanto sus razonamientos como sus manos acariciantes y a veces tienen la amabilidad de dejarse besar, si bien es peligroso ir algo más allá, ya que por esos motivos se dan muerte unos a otros sin piedad; en cuya resistencia a ostentar cuernos se muestran más cuerdos que algunos de nosotros".

O apunta escenarios costumbristas en que dibuja la picaresca circundante a la homosexualidad y la condena directa de tal práctica, si bien sin llegar a los grados terribles de persecución y castigo que detalla Münzer[110] en la España contemporánea:

"Algunos cantan el amor que experimentan hacia las mujeres, otros su inclinación por los muchachos mencionando sin el menor respeto ni vergüenza el nombre del niño que aman" (Parte III[a]).

Y en la misma descripción de Fez:

"Dichos posaderos pertenecen a una casta llamada *Elcheua* y visten prendas de mujer, y como ellas se componen y adornan el cuerpo, rapándose las barbas e ingeniándoselas en todo para remedarlas incluso en el hablar –¡y hasta hilan!–. Cada uno de estos hombres infames tiene un querido del que usa ni más ni menos que la mujer con el esposo; además se conducen en ropajes y hábitos como las putas de los prostíbulos de Europa. Pueden dichos posaderos comprar y vender vino sin que la ley los persiga por ello y a sus posadas acuden los hombres de peor fama, algunos para embriagarse, otros para desfogar su lujuria con mujeres de alquiler, y no faltan quienes andan en trajines ilícitos y vituperables para burlar a la justicia, de los que mejor será no hablar".

109. El subrayado es nuestro (S. F.).
110. Vid. Münzer, p. 83.

Es interesante, dentro de esta ambientación costumbrista, la versión local –de Marrakech– de la leyenda de los objetos que no se quieren mover, leyenda que hemos documentado en distintos lugares lo bastante alejados en todos los órdenes como para descartar la explicación difusionista. Dice León (Libro II):

"...tres perillas de oro cuyo valor alcanza los ciento y treinta mil ducados africanos. Muchos regidores han querido venderlas para afrontar necesidades, pero siempre en tales casos ha sucedido algún accidente raro que les ha obligado a dejarlas donde están, aparte de que el pueblo tiene por cosa de mal agüero quitarlas de su sitio, creyendo que dichas perillas están allí gracias a un influjo tan grande de los planetas que no pueden ser nunca desmontadas. Dícese también que quien allá las puso, obró algún hechizo para que los espíritus las vigilasen celosamente".

Bien entendido que él no se pronuncia sobre la credibilidad de la creencia popular, limitándose a reproducirla. Este mito –tan en la línea del clásico *sunt lacrimae rerum*– adjudica alma a los objetos, de modo más o menos expreso, y ha hecho fortuna en culturas distintas, variando el objeto central, levantisco contra el designio humano, pero no su función de testigo, perennidad y, sobre todo, rebeldía, a la intervención de los hombres[111].

El otro gran país africano al que dedica atención especial es Egipto y sus informes coinciden en los detalles menudos (los más significativos en el plano sociológico) con otros viajeros contemporáneos: habla del plátano[112]; de los deliciosos –para el transporte– asnos egipcios, en

111. En Egipto, I.B. (p. 145) documenta la existencia en Manfalut de un almimbar rebelde que se negó a seguir navegando por el Nilo volviendo imposible mover la barcaza que lo transportaba. En realidad, esta historia es la misma de *Piedra Cansada* que recogen, cerca del Cuzco, Cieza de León ("Todos los indios dicen que se cansó esta piedra en aquel lugar y que no la pudieron mover más de allí", *El señorío de los Incas*, p. 153) y Diego de Ocaña ("piedra cansada, la cual se llama de esta manera porque la trajo el Inca consigo desde Quito", Ocaña, p. 225). E igualmente coincide con la historia del árbol inamovible mencionado por Pero Tafur en el mismo Egipto (Tafur, pp. 109-110): "...las orruras que trae con la cresçiente el Nilo, que viene del Parayso Terrenal, esté este perfume de linoloe, que llamamos, que en el tiempo que Santo Thomas andava predicando é non lo creyen, vino por la rivera del Nilo un muy grandíssimo árbol, é encalló allí en la tierra, é fuéronlo dezir al Señor (...) mandó que lo arrancasen de allí con bueyes, é nunca de allí lo podieron mover; é dizen que lo mandó ataraçar, é que non podían las ferramientas entrar en él; é quel apóstol Santo Thomas les dixo que fazie aquellas maravillas, é quel solo con su mano lo llevaría al lugar donde ellos quisiesen...".

112. También mencionado por Münzer (p. 80-1, *mūsa)* cuyos traductores vierten erróneamente como higos chumbos ("Aquel famosísimo árbol de Egipto que da higos chumbos").

Roseta[113]; de los cocodrilos también descritos por Mártir[114] y Tafur[115] ; de la ruina de Alejandría[116]; de los mamelucos –recién vencidos–, como otros escribieran[117]; de las inevitables magnificencias de El Cairo[118]; del Nilo, también ineludible; del árbol del bálsamo en Maṭariyya (Mathria, sic)[119]... El relato de Egipto goza de la inigualable característica de estar basado en experiencias personales directas, adornado por tanto con la frescura del testimonio y la fuerza del momento de crisis que vivía el país, cuya ocupación acababan de cumplir los otomanos.

VI. Nuestra versión

Tal como señalábamos más arriba, en 1940 apareció una traducción española incompleta de la *Descrittione* y tanto esta característica, como la vetustez de la versión y su desaparición del mercado bibliográfico hace muchos años –si alguna vez estuvo en él– aconsejaban repetir el intento. No para emular a nadie sino para ofrecer al lector hispanohablante un texto que debe tener a su alcance, si bien conscientes de que todo trabajo puede mejorarse y de que la cultura es una acumulación de aportaciones. Sin embargo, para evitar condicionamientos o suspicacias de ningún tipo, hemos evitado utilizar, donde ello habría sido posible, la traducción preexistente, ciñéndonos sobre todo al texto italiano.

No sabemos cómo Ramusio consiguió el original, pero sí que una feliz casualidad permitió encontrar en 1931 un manuscrito que parece ser copia del utilizado por el veneciano, aunque con algunas variantes. Este texto lo empleó A. Epaulard para su versión francesa moderna confrontando ambas versiones, razón por la cual nos hemos servido para nuestra traducción tanto de la 3ª edición de Ramusio

113. "...los asnos son las más gentiles bestias e de más gentil talle e andariegos" (Tafur, p. 118).
114. Mártir, pp. 196-204.
115. Tafur, pp. 74-75.
116. Mártir, p. 78.
117. Tafur, p. 80 y ss; Mártir, p. 104.
118. I.B., pp. 132 y ss.; Mártir, p. 194 y ss.; Ibn Jaldún, pp. 148-9; Tafur, p. 79, p. 117, etc.
119. La secuencia cronológica del bálsamo es, tal como la tenemos documentada, contradictoria: Pero Tafur (p. 85), a mediados del XV, afirma la existencia de los arbustos; Mártir (p. 186), en 1502, asegura que la incuria había arruinado hacía tiempo los arbustos; y J.L. Africano (Libro VIII), en 1517, indica que en Mathria está "el único árbol del bálsamo". ¿A quién creer?

(Venecia, 1563) como de la traducción de Epaulard, a fin de ofrecer algo más próximo a un texto definitivo, indicando en aquellos pasajes que lo requieren las variantes, carencias o adiciones que presentan entrambos. Las diferencias no son graves, pese a la contraria opinión de O. Zhiri[120]: párrafos cortados, añadidos o simplemente suprimidos, pero el conjunto documental y estilístico no se resiente de manera dramática. Los detalles tampoco: júzguese a través de las notas correspondientes.

Ramusio introdujo la división en epígrafes dentro de los libros (o Partes), dotándoles de títulos, labor que le vino facilitada por la claridad expositiva del texto de León, al describir países, ciudades, aldeas, unos tras otros y sin confusión alguna. Igualmente aparecen divergencias en las formas adoptadas para numerosos nombres propios y topónimos, consecuencia de olvidos, descuidos o asistematicidad de León, pero más bien –creemos– de la dificultad objetiva que comporta establecer un método de transcripción coherente e indiscutible, como bien sabemos los arabistas, cuando se trata de conjugar a un tiempo varias lenguas y sus dialectos, con sus fonéticas respectivas, tan divergentes a veces (en este caso, árabe, variantes de distintas lenguas beréberes, de un número indeterminado e indeterminable de idiomas africanos negros, de latín, italiano e, incluso, español). Por ej., el mismo León –o su editor– llama a un solo personaje con distintos nombres, de ahí la inoperancia del sistema habitual de transcripción de la Escuela Española de arabistas. Parafraseando a don Emilio García Gómez ("Si no hay lengua clásica, no puede haber métrica clásica") afirmamos que si no hay árabe *fuṣḥà* no podemos transcribir como si lo hubiera. Por ello, hemos respetado casi toda la onomástica y toponimia tal como la presentan Ramusio León, ofreciendo en ciertos casos traducciones, de ser necesarias. Y con excepciones evidentes: si un topónimo es perfectamente conocido en español por haber tomado carta de naturaleza en nuestro idioma y resultar, consiguientemente, más acorde con nuestra fonética (Cairuán, Tremecén, Mequínez, El Cairo) y con la lealtad a los textos castellanos contemporáneos de León.

Así pues, nos encontramos transcripciones fluctuantes en la denominación de tribus y personas, en la toponimia, etc. Los nombres

120. Zhiri, p. 54.

árabes aparecen italianizados/latinizados, por ej. Yūsuf/Yūsef=Joseph, Giuseppe, Josef (no olvidemos que la ortografía italiana de la época tampoco estaba fijada, ni la española).

Algunas características de la transcripción son:

- Las geminadas desaparecen en gran medida.
- Confusión de *qāf* y *kāf* que sufren tratamiento contradictorio en el resultado: Elcaín (al-qāim), Mecnasa (Miknāsa), Cabis (Qābis), Chinana (Kināna).
- A veces *hā'* desaparece por completo (Elcaira=El Cairo, al-Qāhira).
- Ŷīm se reproduce por j/gi (Ṣanhagia, Ṣanhāŷa; Gehoar, Ŷahwar).
- La *ʿayn* se translitera con h/ch, así Habdul Mumen por *ʿAbd al-Mu'min*; o Hucba Hibnu Nafich (*ʿUqba b. Nāfiʿ*).
- La *hamza* desaparece o se translitera con h.
- La *wāw* funciona como en español = gu, así Gualata, Gueriaghel.
- La *ḫā'* y la *jā'* se confunden, con tratamientos no poco anárquicos: Ibn Jaldún (Ibnu Calden), al-Wāḥāt (Eloacat/Eloachat), al-Ḥāmma (Elchama), Ḥusayn (Chusain, Husein), etc.

***

Como remate, cumple recordar a algunas instituciones o personas que han hecho posible la realización de este trabajo: felicitar a la Junta de Andalucía por haber propiciado, a través de Sierra Nevada 95, la recuperación de un texto tan importante en nuestro patrimonio cultural y en especial a Jerónimo Páez por el interés y entusiasmo que siempre puso en esta publicación, y reconocer el esfuerzo desarrollado por quienes nos ayudaron en la culminación del intento, la Sra. Nadia Consolani que aportó, además de sus conocimientos lingüísticos, su exquisita sensibilidad literaria para la versión del texto italiano; y la Sra. Mª Angeles Cid Santacreu, que participó en la traducción del texto francés.

LAUS DEO

S.F.

Nijar-Madrid

Septiembre de 1994

Bibliografía

1. De referencia

ALDRETE, Bernardo, *Varias antigüedades de España, África y otras provincias*, Amberes, Juan de Hasrey, 1614.

BEY Alí, *Viajes del príncipe Alí Bey el Abbasí en Marruecos, Trípoli, Chipre, Egipto, Arabia, Siria y Turquía, realizados en los años 1803 a 1807, escritos por él mismo e ilustrados con mapas y numerosos grabados*. Ed. de J. Barceló, Madrid, Ed. El Museo Universal, 1982.

BEY Alí, *Viajes por Marruecos*. Ed. S. Barberá. Madrid, Editora Nacional, 1985.

ANTONIO, Nicolás, *Bibliotheca Hispana nova*. Madrid, Joachim de Ibarra, 1783.

ATALLAH, W., De quelques prétendues idoles, Barwāṭa, Ṣanhāŷa, etc. *Arabica*, 20 (1973), p. 160.

ATALLAH, W. *Al-Buss*, vestige de cultes ctoniens en Arabie. *Arabica*, XXII (1975), pp. 25-32.

AZARA, Félix de, *Viajes por la América meridional*. Madrid, Espasa, 1969.

BAER, Y., *Hª de los judíos en la España cristiana*. 2 vol. Madrid, Altalena, 1981.

BELHALFAOUI, A., *La poésie maghrebine d'expression populaire*. París, 1973.

BERBRUGGER, A., "Jean Léon l'Áfricain" en *Revue africaine*, nº 11, Argel-París, jun. 1858.

BLANGUERNON, C., *Le Hoggar*. 2ª ed. París, 1965.

BRAUDEL, F., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. 2 vols., 2a ed. en español, México, FCE, 1987.

BRIGNON, J., Abdelaziz Amine, *Histoire du Maroc*. Casablanca, Librairie Nationale, 1967.

BROWNE, E.G., *A literary history of Persia*. 3 vols. rep. Cambridge, 1969.

BURTON, R., *Las montañas de la luna. En busca de las fuentes del Nilo*. Madrid, Valdemar, 1993.

CAMPS, G., "Une société archéologique à Fez au XVI siècle: les canesin de Jean Léon l'Áfricain", en *Revue de l'Occident musulman et de la Méditerranée*, nº 1314, primer trim. 1973, Aix (Mélanges R. Le Tourneau).

CÁRDENAS, Juan de, *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*. Madrid, Alianza, 1988.

CARDIEL, J., *Las misiones del Paraguay*. Madrid, Hª 16, 1986.

CARO BAROJA, J,. *Los judíos en la España Moderna y Contemporánea*. 3 vols. Madrid, Istmo, 1978.

CARO BAROJA, J, *Las formas complejas de la vida religiosa (siglos XVI y XVII)*. Madrid, Sarpe. 1985.

CASIRI, M., *Bibliotheca arabico-hispana*. Madrid, Antonio Pérez de Soto, 1760.

CASTELO Branco, Ch., *Os livros de viagens em Portugal no século XVIII e a sua projecçao europeia*. Amadora, 1977.

CHALMETA, P., *El señor del zoco en España*. Madrid, IHAC, 1973.

CIEZA DE LEÓN, P. de, *El señorío de los Incas*. Ed. M. Ballesteros, Madrid, Hª. 16, 1985.

CODAZZI, A., Il trattato dell'arte metrica di Giovanni Leone Africano. *Studi Orientalístici in onore de G. Della Vida*, Roma, 1956, I, pp. 180-198.

CODAZZI, A., Leone Africano, en *Enciclopedia italiana di scienze, littere ed arti*, Milán, Rizzoli, vol. XX, 1933.

COLA ALBERICH, J., *Cultos primitivos de Marruecos*. Madrid, CSIC, 1954.

CRUZ HERNÁNDEZ, M., *Hª del pensamiento en el mundo islámico*. 2 vols. Madrid, 1981.

DELANNEY, J., La géographie de l'Afrique dans l'Antiquité, en *Revue d'Àfrique*, nov.-dic. 1932.

DARLET, J., *Un culte païen au Maroc*. Salé, 1937.

Encyclopédie de l'Islam, art. "Léon l'Áfricain", Leiden, Brill, 1983.

ELLIOTT, J.H., *La España imperial, 1469-1716*. 2ª rep., Barcelona, Vicens-Vives, 1989.

ESTRABÓN, *Geografía*. Vol. I (Libros I y II), Madrid, Gredos, 1991; vol. II (Libros III y IV), Madrid, 1992.

FAHD, T., *Le panthéon de l'Arabie Centrale à la veille de l'Hégire*. París, 1968.

FAHD, T., Le calendrier des travaux agricoles d'après al-Filāḥa an-nabaṭiyya. *Orientalia Hispanica* (Homenaje a F. M. Pareja), Leiden, 1974, vol. I, pp. 245-272.

FAKHRY, A., *The oases of Egypt*. 2 vols. (1º, Siwa, 1973; 2º Bahriya, Farafra, 1974). El Cairo, The American University in Cairo, 1973.

FANJUL, S., Mujer y sociedad en el Ta'rīj al-mustabṣir de Ibn al-Muŷāwir. *al-Qanṭara*, VIII (1987), pp. 165-189.

FATIMA NAᶜIM, *'Alam an-naqš bi-l-ḥinna'* (El mundo del maquillaje con alheña). Rabat, 1987.

FRAZER, J.G., *La rama dorada*. México, FCE, 1969.

FRAZER, J.G., *El folklore en el Antiguo Testamento*. México, FCE, 1981.

GARCÍA-BAQUERO, M., "León el Africano y la cartografía", en *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, 6º año, nº 27, Madrid, Ares, 1953.

GARCÍA GÓMEZ, E., *Sevilla en el s. XII. El tratado de Ibn ʿAbdūn*. Madrid, Moneda y Crédito, 1948.

GARCíA GÓMEZ, E., "Españoles en el Sudán". *Revista de Occidente*, 1935.

GHIRELLI, A., *El país berebere*, Madrid, 1942.

GIL, J., *En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el s. XIII*, Madrid, Alianza, 1993.

HAEDO, Diego de, *Topographia, o descripción de Argel y sus habitadores y costumbres*. Valladolid, A. Coello, 1612.

AL-HAMAḎĀNI, *Venturas y desventuras del pícaro Abū l-Fatḥ de Alejandría (Maqāmāt)*. Madrid, Alianza, 1988.

HARRIS, M., *El desarrollo de la teoría antropológica*. Madrid, 1978.

HARRIS, M., *Caníbales y reyes*. Los orígenes de las culturas. Barcelona, 1983.

HERÓDOTO, *Historia*. 5 vols., Madrid, Gredos, 1977-1989.

IBN BAṬṬŪṬA, *A través del Islam (riḥla)*. Trad. introd. notas e índices de S. Fanjul y F. Arbós, Madrid, Ed. Nacional, 1981; 2ª ed., Madrid Alianza, 1987.

IBN KHALDOUN, *Le Voyage d'Occident et d'Orient*. Paris, Sindbad, 1980.

IBN KHALDOUN. *Naissance de l'histoire passé du Tiers Monde*. Paris, Maspèro, 1973.

IDRIS, H.R., Examen des sources attestant la survivance d'un culte du bélier au Magrib vers le X siécle. *Arabica*, XII (1965).

Inca GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales*. Ed. C. Sáenz de Santamaría, 4 vols. Madrid, BAE, 1960.

JULIEN, Ch., *Histoire de l'Afrique du nord*, 2ª ed., Paris, Payot, 1986.

KELLER, W., *Hª del pueblo judío*. Barcelona, Omega, 1969.

KINDER, H.-Hilgemann, W., *Atlas histótico mundial*. 2 vols. Madrid, Istmo, 1970.

LANE, E.W., *Arabian Society in the Middle Ages*. Londres, 1883; rep. 1971.

LANE, E.W., *Maneras y costumbres de los modernos egipcios*. Madrid, Libertarias/Prodhufi, 1993.

LAROUI, A., *L'histoire du Maghreb, un essai de synthèse*, Paris, F. Maspèro, 1982.

LEO ÁFRICANUS, *De viris quibusdam illustribus apud Arabes*, en Hottinger, J.-H., *Bibliothecarius quadripartitus*, Zurich, Melchior Stauffacher, 1664.

LIZÁRRAGA, R. de, *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*, Madrid, 1987.

LYNCH, J., *España bajo los Austrías*. 2 vols., 6ª ed. Barcelona, Península, 1989.

MARCO POLO, *Libro de las maravillas*. Madrid, Anaya, 1983.

MARCO POLO, *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón* y *El libro de Marco Polo de Rodrigo de Santaella*. Madrid, Alianza, 1987.

MARCY, G., L'épigraphie berbère (numidique et saharienne). Argel, *Annales de l'Institut d'Etudes Orientales d'Alger*, 1936, pp. 128-164.

MARCY, G., Introduction à un déchifrement méthodique des inscriptions "Tifinagh" du Sahara Central, *Hésperis*, XXIV (1937), pp. 89-118.

MARTÍNEZ MONTÁVEZ, P., *La oscilación del precío del trigo en El Cairo durante el primer régimen mameluco*. Madrid, Gredos-Universidad Complutense, 1965.

MÁRTIR DE ANGLERÍA, *Una embajada de los Reyes Católicos a Egipto (Legatio Babylonica)*. Trad. de L. García y García. Valladolid, 1947.

MASIÁ DE ROS. A., *La Corona de Aragón y los estados del norte de África*. Barcelona, Instituto Español de Estudios Mediterráneos, 1951.

MASSIGNON, L., *Le Maroc dans les premières années du XVI siècle, tableau géographique d'après Léon l'Áfricain*. Argel, Jourdan, 1906.

MAUNY, R., Notes sur les "grands voyages" de Léon l'Áfricain", *Hésperis*, Rabat, 1954.MERCATOR, G., *Atlas, sive de cosmographicae meditationes de fabrica mundi et fabricati figura*, 1595.

MILLER, Konrad, *Weltkarte des Arabers Idrisi vom Jahre 1154*. Stuttgart, 1981.

MONLAÜ, Jean, *Les états barbaresques*. Paris, Presses Universitaires de France, 1973.

MOREAU, J.B., *Les grands symboles méditerranéens dans la potérie algérienne*. Argel, SNED, 1976.

MÜNZER, J. *Viaje por España y Portugal* (1494-5). Madrid, Polifemo, 1991.

NORRIS, H.T., *The Berbers in Arabic literature*. Londres, 1982.

OCAÑA, Diego de, *A través de la América del Sur*. Madrid, Hª 16, 1987.

PETRY, C.F., *The civilian elite of Cairo in the later Middle Ages*. New jersey, Princeton University Press, 1981.

POTOCKI, J., *Voyages en Turquie et en Egypte, en Hollande, au Maroc* (vol. Iº). Paris, Fayard, 1980.

RICARD, R., La côte atlantique du Maroc au début du XVI siècle d'après des instructions nautiques portugaises, en *Hésperis*, Vll (1927), Paris.

RICARD, R., Le Maroc septentrional au XV siècle d'après les chroniques portugaises, en *Hésperis*, XXIII, 1936.

RICARD, R., Les deux voyages du P. Fernando de Contreras à Fes (1535-1536 et 1539-1540), en *Hésperis*, XIX, 1934.

RICARD, R., Textes espagnols sur la Berbérie (XV, XVI et XVII siècles), en *Revue africaine*, 1945.

ROCHE, M., *Le M'zab*. Paris, 1970.

ROGET, R., *Index de topographie antique du Maroc*. Paris, Geuthner, 1938.

ROMANO, R. y Tenenti, A., Los fundamentos del mundo modemo. H[a] universal Siglo XXI, vol. 12, Madrid, 1972.

AŠ-ŠAHRASTĀNĪ, *Kitāb al-milal wa-n-niḥal*. Ed. Cureton, Londres, 1846.

TAFUR, Pero, *Andanças é viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo avidos*. Rep. Barcelona, El Albir, 1982.

AT-TAWḤĪDĪ, *Kitāb al-imtā' wa-l-mu'ānasa*. Ed. A. Amin, El Cairo, 1373. H. (1953).

UNALI, Anna, *Marinai, pirati e corsari catalani nel basso medioevo*. Bolonia, Cappelli, 1983.

VIGUERA MOLINS, M.J., Noticias sobre el Magreb en J. Vicente Escallón, *al-Andalus*, XLIII (1978), pp. 225-232.

VILAR, P., *Oro y moneda en la historia* (1450-1920). Barcelona, Ariel, 1982.

AL-ŶAḤIẒ, *Libro de los avaros*. Trad., introd., notas e índices de S. Fanjul. Madrid, Editora Nacional, 1984; 2ª ed. Madrid, Libertarias-Prodhufi, 1992.

ZHIRI, O., *L'Afrique au miroir de l'Europe: Fortunes de Jean Léon l'Áfricain à la Renaissance*. Ginebra, 1991.

2. Ediciones y traducciones de la "Descripción"

Ediciones italianas:

Giovan Lioni Africano, *Della descrittione dell'África et delle cose notabili che quivi sono, en Ramusio, G.B., Primo volume delle navigationi et viaggi...*, Venecia, Giunti, 1550; 2a ed., 1554; 3a ed. 1563; 4a ed. 1588; 5a ed. 1606; 6a ed., 1613; 7ª ed. 1837; 8a ed., Turín, Einaudi, 1978.

Traducciones:

Latinas:

Ioannes Leo Africanus, *De totius Áfricae descriptione libri IX*, etc. Trad. de J. Florian, Amberes, J. Latium, 1556; 2a ed., Zurich, A. Gesner, 1559.

Ioannes Leo Africanus, *Áfricae descriptio*. Leiden, Elzevir, 1632.

Francesas:

J.L. l'Africain, *Historiale description de l'Afrique*, etc.Trad. J. Temporal, Lyon, 1556; 2ª ed., Amberes, 1556; 3a ed., Paris, 1830.

J.L. l'Africain, *Description de l'Afrique*, trad. J. Temporal, en Schefer, Ch., *Recueil de voyages et de documents pour servir à l'histoire de la géographie*, Paris, Leroux, 1896, t. XIII, XIV y XV.

J.L. l'Africain. *Description de l'Afrique*, trad. A. Epaulard, Paris, *Maisonneuve*, 1956 y 1980. 2 vols.

Inglesas:

John Leo, *A geographical Histoire of África*. Trad. del latín por John Pory, Londres, G. Bishop, 1600.

Leo Africanus, *The history and description of África and of the notable things therein contained*. Trad. de J. Pory, ed. de R. Brown, Londres, Hakluyt Society, 1846.

Española:

Juan León Africano (al-Ḥasan Ben Muḥammad al-Wazzān al-Fāsī), *Descripción de África y de las cosas notables que en ella se encuentran*. (Trad. anónima e incompleta). Tetuán, Instituto General Franco, 1940 y 1952.

Abreviaturas de uso más frecuentes

Act., actualmente.
b., ibn, bin (hijo de)
Cap., capítulo.
C., Cristo.
H., Hégira.
I.B., Ibn Baṭṭūṭa.
M., Muḥammad.
N., norte.
p., página.
pp., páginas.
pl., plural.
rep., reimpresión.
ss., siguientes.
s., siglo.
trad., traducción.
v.g., *verbi gratia.*
vid., véase.

Descripción del África

Primera Parte

Del Nombre de África

Al África llaman Ifriquía[1] en lengua arábiga, del verbo *faraca*[2] que, en la parla de los árabes, equivale a partida o dividida en italiano. Hay dos opiniones sobre esta denominación, una de las cuales se basa en que esta parte de la tierra está separada de Europa por la mar Mediterránea y del Asia por el río Nilo. Y la otra opinión es que ese nombre viene del de Ifrico, rey de la Arabia Feliz, quien fue el primero que llegase para habitarla. Derrotado este rey en batalla, expulsado por los reyes de Asiria y no pudiendo volver con su ejército a su reino, atravesó veloz el Nilo y, dirigiendo sus pasos a poniente, no se detuvo hasta llegar a los alrededores de Cartago. De aquí que los árabes no tengan por África casi más que a la región de Cartago, mientras que a su totalidad dan el nombre de occidente[3].

Límites de África

Según los mismos africanos –quiero decir, los bien versados en letras y en Cosmografía–, el África, empezando por las ramificaciones del lago de Gaoga[4], o sea, al mediodía, termina por la parte de oriente en el río Nilo y se extiende hacia septentrión hasta los pies de Egipto, es decir, donde el Nilo entra en la mar Mediterránea. Por el lado de septentrión termina también la entrada del Nilo en dicha mar, alargándose hacia poniente hasta el Estrecho de las Columnas de Hércules. Por ese otro lado de poniente discurre a través de ese Estrecho junto a la mar Océana hasta Nun[5], última ciudad de Libia a

1. Ifrīqiya.
2. Raíz *faraqa*.
3. Magrib o, más comúnmente, Magreb.
4. Lago sin determinar, dado que las fuentes del Nilo no se descubrieron hasta el siglo XIX.
5. Ciudad imaginada por el autor, confundiéndola con el Cabo Nun, en la costa sur de Marruecos.

él asomada. Y a mediodía empieza asimismo por la dicha Nun y se extiende a lo largo del Océano que, hasta los desiertos de Gaoga, ciñe y abraza toda el África.

División del África

A tenor de nuestros escritores, el África está dividida en cuatro partes: la Berbería, la Numidia, la Libia y la Tierra de Negros.

La Berbería empieza por oriente en el monte Meies[6], que es la última punta del Atlas, a unas trescientas millas de Alejandría y, por la parte del septentrión, acaba en la mar Mediterránea, alargándose desde el arranque del Meies hasta el Estrecho de las susodichas Columnas de Hércules. Por la parte de poniente, su término empieza en el mentado Estrecho y a orillas del mar Océano hasta las últimas estribaciones del Atlas, donde su parte occidental comienza sobre el Océano, cerca del lugar en que se asienta la ciudad de Messa. A mediodía termina hacia el monte Atlante, y la cara de dicho monte que mira a la mar Mediterránea es la más noble parte de África y en ella están las ciudades de los hombres blancos, que por sentido común y leyes se gobiernan.

La segunda región fue llamada Numidia por los latinos y por los árabes Biledulgerid[7], que son las tierras donde nacen los dátiles. Por la parte de levante, la región empieza en Eloacat[8], ciudad distante unas cien millas del Egipto, y se extiende a poniente hasta la citada Nun sobre la mar Océana, y hacia septentrión termina en el monte Atlas, es decir, en su ladera que mira al sur, mientras que a mediodía termina y confina con la arena del desierto libio. Los árabes hablan comúnmente de "las tierras de los dátiles", con este solo nombre, por darse todos en una región.

La región tercera, que en lengua latina es llamada Libia y en la arábiga Sarra[9] –es decir, desierto– comienza en la orilla oriental del Nilo, hacia el confín de Eloachat; y se extiende por occidente hasta la mar

6. Los árabes estimaban el Atlas una cordillera que iba desde el Atlántico al Golfo de Sollum; en cuanto al monte Meies ignoramos de cuál se trata.
7. Bilād al-Ŷarīd.
8. al-Wāḥāt (Los oasis), en el egipcio oasis de Jarga, en el Nuevo Valle y a unos 170 Kms. al oeste del Nilo.
9. Corrupción italianizada de la palabra árabe ṣaḥrā' (desierto) que, a su vez, hemos tomado para denominar al desierto líbico-argelino-marroquí (Sahara).

Océana. Y por su parte de septentrión confina con Numidia, la tierra de los dátiles. Por fin, en su extremo meridional confina con la Tierra de los Negros, hacia levante del reino de Gaoga[10], y se asoma a poniente hasta el reino de Gualata[11], que cae sobre la mar océana.

La cuarta región, la Tierra de Negros, empieza en su parte de oriente por el reino de Gaoga, sigue a occidente hasta Gualata, y se alarga a septentrión hasta los desiertos de Libia, acabando a mediodía en la mar Océana, lugares desconocidos por nosotros pero de los que muchas noticias tenemos por los mercaderes que llegan al reino de Tombuctú. Por mitad de la Tierra de Negros corre el río llamado Níger; este nace en un desierto llamado Seu, saliendo de un gran lago, y se dirige hacia poniente hasta que entra en la mar Océana. Y, según lo afirman nuestros cosmógrafos, el Níger es un brazo del Nilo, el cual se pierde bajo tierra y luego sale formando dicho lago. Algunos dicen que ese río brota del lado de occidente por ciertos montes y que, corriendo hacia oriente, se convierte en lago, pero esto no es verdad, puesto que nosotros hemos navegado desde el reino de Tombuctú al levante, siguiendo la corriente hasta el reino de Guinea[12] y hasta el de Mell, ambos a poniente de Tombuctú[13]. Los reinos más hermosos de los negros se hallan sobre el río Níger y advirtamos que, como los dichos cosmógrafos enseñan, una parte de la Tierra de Negros, atravesada por el Nilo en su curso occidental, se alarga hacia levante hasta el mar Indico y por algunos sitios más al norte confina también con el mar Rojo; o sea, la parte que cae fuera del Estrecho de la Arabia Feliz[14] no está considerada como una parte del Africa, por muchas razones que en largos tratados se detallan. Los latinos la llaman Etiopía y de ella vienen ciertos frailes con sus caras marcadas a fuego y se ven por todas partes de la Europa, especialmente en Roma. Ese país lo señorea un jefe a modo de Emperador al que los italianos dicen el Preste Juan. La parte mayor de tal región está habitada por cristianos, aunque un Señor musulmán es dueño de grandes posesiones.

10. Gao, vid. Ibn Baṭṭūṭa, pp. 774, 788, 789.
11. Walāta actual, la Īwālatan de Ibn Baṭṭūṭa (pp. 767, 769-773, 781, 789, 790).
12. Yenné, Djenné.
13. Error de bulto: al parecer León no hizo tal viaje y habla de oídas.
14. Estrecho de Bab el-Mandeb.

DIVISIONES Y REINOS DE ESAS CUATRO PARTES DEL ÁFRICA

La Berbería se divide en cuatro reinos. Es el primero el reino de Marruecos[15], que a su vez se divide en siete regiones, a saber, Hea[16], Sus, Guzula, Marruecos, Duccala, Hazcora y Tedle[17]. El segundo reino es el de Fessa[18], con otras tantas comarcas a él sometidas, como son Temezne[19], el territorio de Fez, Aggar, Elabath, Errifi, Garet y Elcauz[20]. El de Telensin[21] es el tercer reino, con las regiones de los montes, Tenez y Elgezair[22]. El reino cuarto es el de Túnez, al que están sometidas las cuatro regiones de Bugía, Constantina, Trípolí de Berbería y Ezzab[23], que es una buena parte de Numidia. La región de Bugía siempre ha sido manzana de la discordia y algunas veces la poseyó el rey de Túnez y otras el de Tremecén. Es verdad que en nuestros días se convirtió en reino independiente hasta que Pedro Navarro, en nombre de Fernando Rey de España tomo su ciudad principal[24].

DIVISIÓN DE LA NUMIDIA O TIERRA DONDE NACEN LOS DÁTILES

Siendo esta parte del África menos noble que las otras, nuestros cosmógrafos no le han concedido título de reino. Las poblaciones caen más lejos unas de otras; por ejemplo, Tesset[25], ciudad de la Numidia, cuenta con unas cuatrocientas familias pero está a unas trescientas millas de cualquier otra población, por lo que no merece el título de reino.

Yo os detallaré los nombres de las tierras habitadas. Alguno de estos lugares son semejantes a otros como el estado de Segelmese[26],

15. Por Marrakech, de donde posteriormente se tomó el nombre del país que en la actualidad conocemos por Marruecos.
16. Haha.
17. Tadla.
18. Fez.
19. Tamesna.
20. Azghar, Habat, Rif, Garet, Hauz.
21. Tremecén.
22. Ŷibāl, Tenes, al-Ŷazā' ir (Argel).
23. Zāb.
24. Ciudad perteneciente al reino *ḥafṣí* de Túnez hasta 1509 en que fue tomada por los españoles.
25. Tichit.
26. Siyilmasa, la ciudad –hoy en ruinas– se halla al S.E. de Marruecos. Esta mención ilustra la confusión entre regiones saharianas que preside los conocimientos de León, especialmente entre Numidia y Libia.

que está en la parte de Numidia, hacia Mauritania, y el estado de Zab, limítrofe al reino de Bugía, y Biledulgerid, que se extiende hacia el reino de Túnez.

Reservo ahora mucho que contar en cuanto a la segunda parte de África. Empezando por el lado occidental, los nombres son estos: Tesst, Guaden, Ifren, Hacca, Dare, Tebelbeth, Todga, Fercale, Segelmese, Benigomí, Feghig, Teguast, Tsabit, Tegorarion, Messab, Teggort, Guarghela[27]. Zeb es provincia y contiene cinco ciudades, que son Pescara, Elborgiu, Nefta, Taolacca y Deusen[28]. Biledulgerid señorea otras tantas ciudades: Teozar, Capheza, Nefreoa, Elchama y Chalbiz[29], y después de ésta hacia levante, cae la isla de Gerbe y Garion, Messellata, Mesrata, Teoirraga, Gademis, Fizzan, Augela, Birdeva, Eloachet[30]. Esos son los nombres de los lugares famosos de Libia empezando desde la mar Océana, desde occidente según dijimos y terminando en los confines del Nilo.

División de los desiertos entre Numidia y la Tierra de Negros

Entre nosotros estos desiertos no han recibido nombre alguno. Sin embargo, se dividen en cinco partes y cada una se llama según el nombre del pueblo que la habita y en ella hace su vida. Son númidas, divididos a su vez en cinco naciones: Zanega[31], Guanziga[32], Terga, Lenta y Berdeoa. Cuentan con algunos campos, a los que da nombre su buena o mala condición, como Azoad, desierto así llamado por la esterilidad y escorias que en él cunden, o Hair, un desierto también, si bien renombrado por la templanza y buena temperatura de su aire.

27. Tichit, Uadan, Ifran, Akka, Draa, Tabelbala, Todgha, Ferkla, Siyilmasa, Beni Gumi, Figuig, Tuwat, Tesabit, Tigurarin (Gurara), Mzab, Tugurt, Wargla.
28. Biskra, El-Bordj *(burŷ)*, Nefta, Tolga, Doussen.
29. Ṭūzar (Tozeur), Gafsa, Nafzāwa, El Ḥāmma, Gabes.
30. Yerba (Yarba), Ghariyan, Msellata, Misurata, Taworgha, Ghadames, Fezzan, Awŷīlah, oasis de Kufra y el ya mencionado de Jarga en el Nuevo Valle egipcio.
31. Zenaga.
32. Wanzīga.

División en reinos de la Tierra de Negros

Esta Tierra de Negros está asimismo dividida en muchos reinos, aunque algunos siguen siendo desconocidos y apartados de nuestro comercio. Hablaré, por tanto, del camino que seguí y largas experiencias que tuve, así como de otros por los que partieron mercaderes que comerciaron sus mercaderías en el país donde yo me hallaba y me proveyeron de buenos informes.

No quiero callar que he estado en quince reinos de la Tierra de Negros y que hay tres veces más de aquellos reinos en los que no estuve, bien conocido cada uno de ellos y próximos a los que sí visité. Los nombres de esos reinos, de occidente a oriente y hacia mediodía son estos: Gualata, Guinea, Melli, Tombuctú, Gago, Guber, Agadez, Cano, Casena, Zegzeg, Zanfara, Guangara, Borno, Gaoga, Nube[33], quince reinos, en su mayoría a orillas del Níger[34]. Por ellos hacen su camino los comerciantes que salen de Gualata para llegar a El Cairo. Si largo, ese camino es muy seguro. Están estos reinos separados unos de otros por desiertos de arena, o bien por el río Níger. Y es de saber que otrora, cada uno de dichos reinos eran posesión de un Señor, mientras que hoy están los quince sometidos al dominio de tres reyes: al de Tombuctú, que es dueño de la parte mayor, y al de Borno, dueño de la menor, mientras que la tercera está en poder del rey de Gaoga. En verdad, el señor de Duccala[35] rige también un estado pequeño. Y por el lado del mediodía confinan con estos reinos muchos otros, que son los de Bito, Temiam, Dauma, Medra, Gorhan, cuyos señores y habitantes son ricos y bastante prácticos, administran justicia y se gobiernan bien, mientras que los otros son de peor condición que las bestias.

Poblaciones de África y significado de la voz Barbar

Al decir de los cosmógrafos y los historiadores, el África estaba antiguamente deshabitada por doquier, menos la Tierra de Negros. Dase por cosa cierta que, durante muchos siglos, la Berbería y la Numidia

33. Walāta, Djenné, Malli, Tombuctú, Gao, Gober, Agadez, Kano, Katsena, Zegzeg, Zanfara, Wangara, Bornu, Gaogao y Nubia.

34. Como sucedía a Ibn Bāṭṭūṭa (p. 785), la confusión entre grandes ríos africanos es permanente: el tangerino toma al Níger por el Nilo.

35. ¿*Lapsus* por Dongola, en Nubia?, señala Epaulard (nota 88).

carecieron de población. Quienes hoy las pueblan, blancos, son llamados Barbar, nombre derivado, según dicen algunos, de *barbara*, que en su parla significa como en la italiana murmurar. Ocurre por lo tanto que el habla de los africanos es para los árabes como gruñidos de animales, que ningún acento componen aparte gritos. Otros dicen que *Barbar* es palabra repetida, ya que *bar*[36] en lengua arábiga quiere decir desierto, y cuentan que, en los tiempos en que el rey Africo fue derrotado por los asirios, si no por los etíopes, siendo aun perseguido por sus enemigos al huir hacia Egipto y no hallando cómo defenderse, demandó a sus gentes que lo aconsejasen acerca de qué partido tomar para ponerse a salvo, pregunta a la que no se le respondió más que gritando ¡El *bar bar*!, es decir ¡al desierto, al desierto!, queriendo así decirle que no veían otra solución que pasar el Nilo y reducir a sus adversarios en el desierto de África. Tal razonamiento concuerda con aquellos que asientan en los pueblos de la Arabia Feliz el origen de los africanos.

Origen de los africanos

Muchas son las historias en torno al origen de los africanos y bien diferentes entre sí. Hay quien asegura que descienden de los palestinos, cuando éstos, expulsados antaño por los asirios, huyeron hacia África y, como la hallasen buena y fructífera, en ella se quedaron. Mantienen otros la opinión de que los africanos provengan de los sabeos, pueblo de la Arabia Feliz, huido asimismo de sus tierras ante invasiones de asirios o de etíopes. Unos terceros pretenden que los africanos fueron habitantes de algunas partes de Asia donde, según refieren, metidos en guerra con ciertos enemigos llegaron en su huída hasta Grecia, que a la sazón no estaba habitada y, acosados por dichos enemigos, se vieron obligados a atravesar la mar de Morea y, en llegando a África, dieron término a su fuga, quedando en Grecia sus perseguidores. Esto debe entenderse tan sólo por lo que atañe al origen de los africanos blancos, es decir, los que habitan la Berbería y la Numidia. Por lo que toca a los verdaderos africanos de la Tierra de Negros, todos dependen en su origen de Cus, hijo de Cam, que fue hijo de Noé. Así, sea cual sea la diferencia entre los africanos blancos y los negros, todos ellos proceden, a la larga, casi de igual origen.

36. *Barr.*

Con lo cual, si llegaron de Palestina, los palestinos provienen igualmente del linaje de Mesraim hijo de Cus; y si procedieran de los sabeos, provendrían también de Cus a través de su hijo Rhama. Muchas otras opiniones hay acerca de esto y que, por no parecerme necesarias, écholas a un lado[37].

División de los africanos blancos en más pueblos

Los blancos del África están divididos en cinco pueblos, y son los de Sanhagia, Musmuda, Zeneta, Haoara y Gumera[38]. Los de Musmuda habitan en el monte Atlas, o sea, a la parte de occidente y desde Heha al Río de los Esclavos. Pueblan también el lado del Atlas que mira a mediodía y las llanuras todas de ese contorno. Tienen cuatro provincias, Heha, Sus, Guzula y la región de Marruecos. De manera similar, los Gumera ocupan los montes de Mauritania que miran a la Mar Mediterránea y toda la ribera llamada Rif, la cual comienza en el Estrecho de las Columnas y sigue hacia donde el sol se levanta y los confines del reino de Tremecén, llamado Cesarea por los latinos. Estos dos pueblos citados viven separados de los otros, que por lo común andan mezclados y dispersos por toda el África, aunque se conocen entre sí, de manera que saben la nación de los forasteros, y siempre están guerreando unos con otros y en constante batalla, mayormente los habitantes de Numidia.

Dicen muchos autores que estos cinco pueblos son de los que suelen tener por casa la jaima del nómada. Afirman además que, habiéndose librado una larga guerra en los tiempos antiguos, quienes la perdieron y se convirtieron en vasallos de los vencedores, fueron enviados a vivir en las ciudades, mientras que los vencedores se hicieron dueños de los campos y los tomaron por moradas. Esta opinión está casi demostrada, ya que muchos de los que habitan en el campo usan el mismo lenguaje de los que viven en las ciudades, motivo por el cual los Zenetes campesinos hablan de igual guisa que los Zenetes de las ciudades, y así en muchos otros cascos[39]. Los tres pueblos de que he

37. La versión Epaulard añade: "No puedo recordar con exactitud, pues hace diez años que no he visto ni tocado ninguna obra de Historia Sagrada (musulmana)", p. 12.

38. Ṣanhāŷa, Maṣmūda, Zanāta (Zenetes), Hawwāra y Gomāra, grupos étnicos beréberes.

39. Esta versión semilegendaria del poblamiento de las ciudades magrebíes refleja indirectamente el tan debatido problema de la oposición/afinidad entre árabes y beréberes o cultura rural/cultura urbana del norte de África, ya estudiada por Ibn Jaldún. Si bien es cierto que

hablado viven en los campos de Tamesna, a saber, Zeneta, Haoara, Sanhagia. A veces conocen la paz y otras veces guerrean, movidos, creo yo, por antiguos partidismos. Algunos de estos pueblos poseyeron reinos por toda el África, como los Zenetes, que expulsaron a la dinastía de Idrís, legítimo señor de Fez[40], y fundador de esta ciudad. La estirpe de estos Zenetes es llamada Mecnasa[41]. Mas vino después otra familia de Zenetes de Numidia, nombrada Magraoa[42], la cual echó a los Mecnasa del reino del que ellos habían eliminado a sus legítimos señores. Y, a poco, los nuevos Zenetes también fueron expulsados por algunos procedentes del desierto de Numidia. Estos procedían de una fracción de Sanhagi llamada Luntuna y arruinaron toda la región de Tamesna y destruyeron a todos los pueblos que en ella moraban menos a aquellos de su mismo origen, los cuales se asentaron en Duccala y levantaron la ciudad de Marruecos[43]. Quiso luego la Rueda de la Fortuna que un gran hombre en las cosas de su fe y predicador muy apreciado, llamado el Mahdi[44], se rebelara y llegando a un acuerdo con los Hargia[45], que eran de la estirpe de Musmoda, echara a la dinastía de Luntuna para erigirse en Señor, a cuya muerte fue elegido como tal uno de sus discípulos, Habdul Mumen de Banigueriaghel[46], del linaje de Sanhagia, y el reinado de esa familia duró alrededor de ciento veinte años, señoreando casi toda el África. Los de Sanhagia se vieron luego privados del reino por los Benimerines, gente de los Zenetes, que duraron en el poder cerca de ciento sesenta años[47]. Fue acabado su dominio por obra de Baniguatazi[48], de la estirpe de Luntuna. Estos Benimerines siempre

"racionalmente" los pobladores de las ciudades son de origen norteafricano en líneas generales, todo lo referente a las hablas es mucho más complejo y es preciso estudiar caso por caso y de ningún modo puede afirmarse que los lenguajes coloquiales del campo o el desierto sean iguales a los urbanos, de manera parecida a lo que sucede en el Oriente árabe.

40. Idrīs b. ʿAbd Allāh, exaltado al poder en 789.
41. Da nombre a la ciudad de Miknās (Mequínez), próxima a Fez.
42. Magrāwa.
43. Se está refiriendo, aunque con escasa claridad, a la conquista almorávid, tribus procedentes del Sahara Occidental cuyo principal núcleo eran los Lumtūna. Yūsuf b. Tašufīn fundó Marrakech en 1062.
44. Se refiere a Ibn Tūmart, fundador del movimiento almohade sucesor del estado almorávid.
45. Hergha.
46. ʿAbd al-Mu'min, califa en 1130, se apoderó de Marrakech en 1147 e hizo ejecutar al último sultán almorávid, Isḥāq b. ʿAlī. La dinastía almohade duró hasta 1269 al perecer en combate Abū Dabbūs, el postrer califa.
47. Los Meriníes gobernaron entre 1258 y 1465.
48. Los Waṭṭāsíes, dinastía reinante en el tiempo de León el Africano.

han guerreado contra Banizeijan, soberanos de Tremecén, cuyo origen es Zenhagi y del linaje de los Magraoa[49]. Combatieron también con los Hafaza[50], reyes de Túnez, descendientes de los Hantata y de la estirpe de Musmoda. Véase, pues, cómo cada uno de estos cinco pueblos ha andado en vicisitudes y quehaceres por aquellas regiones. Cierto es que el pueblo de Gumera y de Haoara[51] nunca tuvo títulos de dominio aun habiéndose también señoreado de algunos lugares, como en las crónicas de los africanos se lee, y el tiempo de su señorío fue luego de que dichas gentes entraran en la secta de Mahoma, ya que, en el pasado, cada pueblo tuvo separadamente albergue en el campo, y cada uno de ellos favorecía a sus parciales. Y, compartiendo los trabajos necesarios al humano vivir, los dueños del campo entréganse al gobierno y a la crianza de ganados, mientras los habitantes de las ciudades atienden a las artes manuales y a trabajar terrenos. Los cinco pueblos están divididos en seiscientas estirpes[52], según se contiene en el árbol de la ascendencia de los africanos. Un escritor de su historia, un tal Ibnu Rachu, al que he podido leer profusamente y tienen por cierto muchos autores, afirma que el actual rey de Tombuctú, y el que lo fue de Melli, el de Agudez, proceden del pueblo de Zanaga, es decir que también es gente del desierto.

Variedad y conformación de la lengua africana

Los cinco pueblos, divididos a su vez en centenares de naciones y en millares de millares de poblaciones, se entienden en una lengua comúnmente llamada por ellos Aguel Amarig[53], que quiere decir Lengua Noble. Los árabes de África denomínanla lengua berberisca y es la lengua africana nativa. Esta lengua es distinta y diferente de todas las otras aunque se encuentran todavía en ella algunas palabras de la lengua árabe que algunos consideran y usan como prueba de que los africanos descienden del linaje de los sabeos, pueblo de la Arabia Feliz según dejamos ya dicho. Pero aseguran los de opinión contraria que tales voces árabes, que se encuentran en la citada lengua, fueron aportadas con posterioridad a que los árabes entraran en el África y la poseyesen, y

49. Los Banū Zayyān.
50. Los Ḥafṣíes.
51. Gumāra y Hawwāra.
52. "Divididos en infinidad de ramas" (Epaulard, p. 15)
53 Awel *amazigh*, en beréber.

que más bien esos pueblos eran ignorantes y de tosco entendimiento, tanto es así que ni un libro dejaron para poder testimoniar en favor de una opinión ni de la otra. Mantienen, sin embargo, algunas diferencias lingüísticas entre ellos y no tan sólo en la pronunciación sino también en el significado de muchísimos vocablos, y los que andan más cerca de los árabes y más usan su trato y amistad, más palabras de ellos tienen también en su lengua. Casi todo el pueblo de Gumera usa el habla árabe, aunque corrompida; y muchos de la estirpe y gente de Haoara hablan también árabe, asimismo corrupto, lo que ocurre por haber sostenido durante mucho tiempo conversación con los árabes. Otrosí, en la Tierra de Negros háblanse diversas lenguas, una de las cuales es llamada por ellos Sungai[54] y la hablan numerosas regiones, como Gualara, Tombuctú, Guinea, Melli y Gago. A otra lengua dícenle Luber y se usa en Guber, Cano, Chesena, Perzegreg y Guangra. Una tercera lengua de los negros es empleada en la tierra de Borno y semejante a la que se habla en Gaoga. Aun se conserva otra lengua en el reino de Nubia y ésta se nutre del árabe y del caldeo y del habla de los egipcios; aunque en todas las ciudades de África, entendiendo las marítimas sobre la mar Mediterránea hasta el monte Atlas, todos los que allí habitan hablan generalmente una lengua arábiga corrompida; menos en toda la extensión del reino de Marruecos, y en el mismo Marruecos, donde se habla la lengua berberisca, así como en los territorios de Numidia, tanto entre los númidas de Mauritania y vecinos de Cesárea como entre los próximos al reino de Túnez y al de Trípoli, todos usan una lengua arábiga degenerada.

Árabes habitantes de las ciudades de África

En el año 400[55] de la Hégira y con el ejército acaudillado por Otmen, tercer califa, llegó al África un grandísimo número de árabes, que entre nobles y gente llana sumó unas ochenta mil personas[56] conquistadoras de muchas regiones, y de las que casi todos los principales y nobles volvieron luego a Arabia. Quedó aquí entre otros el

54. Songai o songhai.

55. Error evidente e incomprensible, se trata del año 24 H., como reseña puntualmente la versión Epaulard (p.17).

56. Se conocen mal las vicisitudes de la conquista del norte de África por los árabes. En todo caso la cifra de 80.000 almas en la primera oleada parece exagerada.

capitán general del ejército, cuyo nombre era Hucba Hibnu Nafich[57], el cual ya había edificado y hecho firme la ciudad de Cairuán y quien se hallaba en el continuo temor de que lo traicionaran las gentes de las costas de Túnez y de que, si no llegaban en su socorro fuerzas desde la isla de Sicilia, le movieran guerra, así que, con la gran cantidad de tesoros que había conquistado, se retiró hacia el desierto tierra adentro y lejos de Cartago, a unas ciento veinte millas[58], fundó la ciudad de Cairuán y ordenó a los jefes y ministros que se establecieran en lugares fortificados, los más seguros y adecuados para su defensa y que donde no hubiera fortalezas las edificaran. Lo cual se cumplió así y los árabes, ya en seguro, se convirtieron en ciudadanos de aquel país y se mezclaron con los africanos, y como quiera que éstos fueron dominados por los italianos durante largo tiempo, conservaban la lengua italiana y con ella fueron corrompiendo los árabes su lengua nativa, la cual también se mezcló a todas las hablas africanas. Cierto es que los árabes siempre tuvieron la costumbre –y la tienen– de acreditar su origen por vía paterna, como entre nosotros se usa, y asimismo los beréberes, de manera que no hay hombre entre ellos, por humilde que sea su cuna, que no añada a su nombre su apellido de origen, árabe o berberisco.

Los árabes que, en África, no viven en casas sino en tiendas

Los califas musulmanes prohibieron siempre a los árabes[59] pasar el Nilo con sus familias y sus tiendas, hasta que por el año 400 de la Hégira les diera licencia para hacerlo un califa cismático[60] por haberse rebelado un amigo y vasallo de dicho califa, reinando en la ciudad de Cairuán y en casi toda Berbería y, permaneciendo después de su muerte el reino algún tiempo en manos de los suyos.

57. ʿUqba b. Nāfiʿ.
58. Cairuán se halla a unos 190 kms. de Túnez.
59. Debe entenderse "nómadas".
60. Alusión a las tribus Banū Hilāl y Banū Sulaym cuya autorización a cruzar el Nilo y emigrar hacia el oeste (en especial, la región de Túnez) fue la respuesta a la insumisión de los gobernantes Ziríes de Cairuán. Esta invasión *hilalí* dio lugar a un período de inestabilidad en el Magreb central que duró siglo y medio, al tiempo que producía la definitiva arabización lingüística de la zona y un interesante ciclo de cuentística y poesía épica popular dedicado a las hazañas y protagonistas legendarios de los beduinos árabes en su confrontación con las poblaciones locales.

Según he leído en las historias africanas, en tiempos de Elcaín[61], califa y pontífice de esa dinastía herética, el poder de tal soberano se había extendido de tal modo que el califa mandó hacia poniente a un siervo y consejero suyo, Gehoar[62] de nombre, al mando de un grandísimo ejército que conquistó la Berbería, la Numidia y avanzó hasta las tierras del Sus, cobrando los tributos y utilidades todas de dichos reinos. Concluida la campaña y vuelto donde su Señor, puso en manos de éste cuanto oro y bienes había traído de sus conquistas. Vistos pues su valor y el feliz resultado de su empresa, el califa pensó encomendarle una mayor y así se lo propuso. Este le contestó:

– Te prometo, mi Señor, que, así como he ganado para ti esas regiones de poniente, pondré en tus manos el imperio de todos los reinos de levante: el Egipto, Siria y la Arabia toda, vengando de tal modo las ofensas y ultrajes hechos a tus antecesores por la dinastía de Lhabus[63], igualmente no dejaré de meter mi persona en cuantas dificultades y peligros sean menester, hasta no verte de nuevo en el antiguo trono de tus nobles y generosos antepasados, los ilustres progenitores de tu sangre.

Convencido el califa de los ánimos y promesas de su vasallo, armó un ejército de ochenta mil guerreros, bien provisto de oro y vituallas, al que su fiel y valeroso servidor encaminó por el desierto que cae entre Berbería y Egipto. Apenas alcanzada Alejandría, el Lugarteniente del Egipto se retiró hacia Bagdad para reunirse con el califa Elvir[64] y, en cosa de pocos días, Gehoar se adueñó sin mayores esfuerzos de todas las regiones egipcias y sirias. Aun así, no dejó de temer que el califa de Bagdad se le echara encima y lo arrinconara con tropas del Asia, derrotando a sus defensas y ejércitos de Berbería. Discurrió, pues, hacer una fortaleza en la que, de ser necesario, pudiera sostenerse su gente y contener el ímpetu de los enemigos. Hizo edificar, por tanto, una ciudad amurallada en la que debía hallarse de continuo uno de sus hombres de confianza con una parte de sus fuerzas. A esa ciudad le puso el nombre de Elcaira, la que sería llamada Cairo en Europa y que, día a día, acogiendo en su ámbito aldeas, pueblos y

61. El califa Fatimí al-Qā'im bi-amri-llāh: en realidad fue su nieto quien envió un ejército (año 958) al Magreb occidental para someter a las cabilas beréberes aliadas del califa de Córdoba.
62. Ŷawhar al-Kātib.
63. Los Abbasíes.
64. En el país reinaba el príncipe Iŷšīdī Aḥmad b. ʿAlī. El califa abbasí era al-Muṭīʿ li-llāh.

caseríos de alrededor, fue agrandándose hasta el punto de no darse en el mundo con otra semejante. Viendo entonces Gehoar que el califa de Bagdad no movía contra él guerra alguna, se decidió por notificar a su señor que las regiones conquistadas prestábanle obediencia y que todo había acabado y andaba en paz, y bien defendido y protegido; así que cuando Su Gracia decidiera trasladarse en persona a Egipto, más valdría su presencia, para lo que quedaba por hacer, que cientos de miles de soldados, cabiendo esperar también que el califa de Bagdad huyera, abandonando su pontificado y su reino. Apenas llegada aquella hermosa y magnánima exhortación a oídos del señor, éste, sin pensárselo mucho ni reparar en lo que pudiera venirle en contra sino ensoberbecido por los halagos a su fecunda suerte, preparó un gran ejército y emprendió viaje, dejando de gobernador y capitán general de toda la Berbería a un príncipe del pueblo de Zanhagia[65], no sólo amigo sino servidor de su casa. Apenas llegar el califa a El Cairo y ser reverentemente recibido por su esclavo, se sintió animado a mayores empresas aun y envió un gran ejército contra el califa de Bagdad. Pero, en tanto, el gobernador que había dejado en Berbería se le sublevó y se ofreció en calidad de súbdito al califa de Bagdad, quien, alegrándose de lo ocurrido, le dispensó grandes privilegios y lo declaró rey de toda el África. Sabida por el califa Elcaín[66] en El Cairo, la noticia fue amarguísima para él, tanto por hallarse fuera de su reino como por haber gastado su oro todo y aprovisionamientos: no sabiendo, pues, qué hacer, maldecía muchas veces el consejo de su vasallo. Un secretario próximo a él, hombre docto y de pronta inteligencia, oyendo apesadumbrado las quejas de su señor y previendo la súbita ruina que sobre su cabeza se cernía si no se remediaba cuanto antes la situación, lo empezó a aliviar y a aconsejar con estas palabras:

– La suerte, mi Señor, es muy mudable; no tenéis, por tanto, que dudar de vuestros méritos por el incidente sucedido. Si hacéis caso de lo que este fidelísimo vasallo vuestro quiere infundiros bien y lealmente, no dudo de que recobraréis en breve lo que por rebeldía os ha sido arrebatado y obtendréis pronto cuanto deseáis. No deberéis

65. Ṣanhāʒa (Se trata de Buluqqīn Yūsuf b. Zīrī.).

66. De hecho, León confunde a tres califas fatimíes: al-Qā'im, su nieto al-Muʿizz (conquistador de Egipto) y al-Mustanṣir (ya a mediados del s. XI) que permitió el paso a los beduinos árabes. La marcha hacia el oeste de los hilālíes tuvo lugar casi un siglo más tarde de la conquista de Egipto por los Fatimíes.

pagar soldados; antes bien, el ejército que pondré en vuestras manos es el que debería recompensaros, por las razones que os diré.

Oyendo estas palabras, se alegró el califa Elcaín y demandó al secretario cómo debía actuar, obteniendo la respuesta siguiente:

– No ignora mi señor que los árabes[67] se han multiplicado en tal número que la Arabia no puede abarcarlos a todos; ni para mantener sus animales alcanzan sus ganancias y tan difíciles les resultan los sitios en que vivir como la vida misma, por lo que muchos pasarían a África si mi señor se digna concedérselo. Dadle, pues, a ellos licencia de paso y yo os pondré en las manos una gran cantidad de oro.

No fue el califa de ese parecer, pensando que los árabes depredarían el África de tal guisa que no gozarían de ella ni el rebelde ni él mismo. Pero por otra parte y sabiendo perdido aquel reino, pensó en la conveniencia, al menos, de hacerse con los buenos dineros que se le ofrecían y vengarse también de su enemigo, en vez de perder lo uno y lo otro. Dijo, pues, a su consejero que hiciese pregonar un bando, autorizando a cualquier árabe que pagase un dinar[68] por cabeza a pasar al África con largas libertad y licencia, aunque con la obligación de ser enemigos del usurpador. Hecho lo cual, se acogieron al bando no menos de diez tribus distintas, una mitad de la Arabia desierta y alguna estirpe de la Arabia Feliz[69]. Los aptos para la lucha fueron unos cincuenta mil; mujeres, niños y bestias eran casi infinitos. De todo ello hizo diligente relación Ibnu Rachic[70], historiador africano del que hemos hablado. De ahí a pocos días y habiendo pasado el ya referido desierto entre Egipto y Berbería, asediaron primeramente Trípoli de Berbería, entraron en la ciudad por la fuerza, la saquearon y mataron a cuantos pudieron. De ahí pasaron a Cabis[71] y la destruyeron, poniendo sitio finalmente a Cairuán, donde el usurpador, provisto de víveres y pertrechos, se defendió bien durante ocho meses, al cabo de los cuales cayó la ciudad, que fue saqueada, y él muerto después de grandes tormentos[72].

67. De nuevo, "los nómadas".
68. "Ducado", dice León.
69. Yemen.
70. Ibn Rašīq (?).
71. Gabes.
72. Esta historia es imaginaria, porque el gobernador de al-Muʿizz b. Bādīs murió en Mahdiya diez años más tarde y el saco de Cairuán no ocurrió en 1052 sino en 1058.

Los árabes se repartieron después los campos y en ellos vivieron, imponiendo a las ciudades gravosísimos impuestos y gabelas. Quedaron así por dueños y señores del África hasta que subió al trono de Marruecos Yusef, hijo de Tesfin[73], que fue el primer marroquí. Con todo su poder, ese nuevo rey resolvió ayudar a cuantos fuesen parientes o amigos del difunto usurpador y no cesó hasta liberar a las poblaciones del dominio de los beduinos. Estos aun seguían asesinando y robando cuanto podían, mientras los parientes del usurpador señoreaban varios lugares. Pero al dominar el reino de Marruecos Mansor, cuarto rey y pontífice de la secta almohade, resolvió no seguir el ejemplo de sus antecesores en favor de los familiares del rebelde hasta llevarlos al poder, sino que se puso en su contra para arrebatarles sus dominios. Astutamente concertada con ellos una paz, indujo a los árabes a que les hicieran la guerra, de la que obtuvieron una fácil victoria. Mansor llevó luego consigo a los notables y principales árabes a los reinos de poniente, dando por morada a los más nobles Duccala y Azgar, instalando a los de más baja escala social en Numidia, aunque, con el tiempo, dejaron de ser esclavos de los númidas y recobraron su libertad, dominando, muy a pesar de estos últimos, esas tierras que Mansor les entregara y aumentando a diario sus confines.

Por su parte, los que ocuparon Azgar y algún que otro lugar de Mauritania[74], se vieron reducidos a siervos, ya que los árabes son fuera del desierto como pez fuera del agua. Hubiesen ellos huido al desierto de buena gana, si los bereberes no les hubieran impedido pasar las montañas del Atlas; y tampoco podían andar por los campos de que otros árabes eran dueños, así que, deponiendo su soberbia, se dieron al pastoreo y a la agricultura, habitando asimismo en tiendas, en vez de hacerlo en chozas o casas rústicas. Vino a unirse a su miseria la obligación de pagar tributos anuales a los reyes de Mauritania[75]. A su vez, los de Duccala, amparados en su número, se libraron de todo impuesto.Y los árabes que se habían quedado en Túnez, ya que había rehusado Mansor llevarlos consigo, una vez muerto éste, se apoderaron de Túnez y de su región. Duró su dominio hasta que se les sublevó la casa de Abu Hafco[76], con la que los árabes habían acordado

73. Yūsuf b. Tašufīn el Almorávid.
74. No se refiere a la actual Mauritania sino a Marruecos.
75. Vid. nota anterior.
76. Abū Ḥafṣ.

respetarle el señorío a cambio de la mitad de los tributos y frutos que el reino produjese. Cuyo pacto y acuerdo dura hasta nuestros días, aunque los reyes tunecinos no pueden contentar a todos: la muchedumbre de árabes supera a las ganancias y utilidades del reino entero; las gentes favorecidas están obligadas a mantener los campos en paz, lo que hacen sin daño de nada ni de nadie; pero las privadas de beneficio se entregan a las rapiñas, las matanzas y a perpetrar cuanto mal pueden. Acostumbran a emboscarse y, cuando pasan viajeros, los aprehenden, roban y matan, así que no hay allí camino seguro y los mercaderes que quieren en Túnez ir a algún lugar, llevan consigo para su seguridad una cuadrilla de arcabuceros y, aun así, deben salvar dos dificultades nada despreciables: una, la de pagar a los árabes autorizados por los sultanes un fortísimo peaje; y la otra, bastante peor, es que las más veces son asaltados por los propios beduinos y, no siendo suficiente la defensa que se procuraron, quedan despojados a un tiempo de sus bienes, sus enseres y sus vidas.

División de los árabes llegados a vivir en el África y llamados árabes berberizados[77]

Los árabes que llegaron al África son de tres naciones: la primera se llama Chachin; otra es nombrada Hilel, y la tercera Mahchil[78]. Chachin se divide a su vez en tres linajes, los de Etbegi[79], Sumait y Sahid[80]. A su vez, los Etbegi comprenden a los Dellegi, Elmuntefig y Sobair[81], divididos en infinitas fracciones. Hilel por su parte se abre en cuatro ramas: Benihemir, Rieh, Sufien[82] y Chusain, de las que Benihemir comprende los Huroa[83], Hucba[84], Habru y Muslim; y Rieh, los Devuad, Suaid, Asgeh, Elcherith, Enedr y Garfa[85], cuyas seis partes también se despliegan en linajes infinitos. Mahchil cuenta con tres ramas, Mastar, Hutmen y Hassan[86]. Mastar se abre en Ruche

77. Alude a los llegados durante la invasión hilālí.
78. Maʿqil.
79. Etbegi.
80. Saʿid.
81. Dallāŷ, al-Muntafiq, Ṣubayḥ.
82. Banū ʿĀmir, Riyāḥ y Sufyān.
83. ʿUrwa.
84. ʿUqba.
85. Dawwād, Suwayd, Asya, Ḥāriṯ, Karfa.
86. Mujtār, ʿUṯmān, Ḥasan.

y Selim[87] ; Hutmen en otras dos, Elhasin y Chinana[88]. Hassan cuenta con Devihessen, Devimansor, Devihubeidulla, de las que, a su vez, Devihessen da origen a los Hulein, Videi, Berbus, Racmé y Hamr; Devimansor a los Hemrun, Menebbe, Husein y Abulhusein; Devihubidulla a Garagi, Hedegi, Tehleb y Geoan. Y todas estas ramas se dividen en infinitas, no ya difíciles, sino imposibles de recordar.

División de los asentamientos de los árabes y número de ellos

Los Etbegi fueron los más nobles y principales de los árabes, y fueron conducidos por Mansor a residir en Duccala, así como en las llanuras de Tadla. En nuestros días han sido muy oprimidos, cuando no por el rey de Portugal, por el de Fez; y cuentan con casi cien mil guerreros, a caballo la mitad.

Los Sumait se quedaron en los desiertos de Libia que siguen a los de Trípoli: raramente van por Berbería, donde no cuentan, por tanto, con poder ni con espacio alguno. Señorean, en cambio, el desierto con sus camellos, y hay entre ellos unos ochenta mil hombres preparados para la vida militar, de infantería los más.

Los Sahid habitan igualmente el desierto libio y se desenvuelven con familiaridad en el reino de Guargala[89]. Tienen infinitos rebaños y proveen de carne a todas las ciudades y lugares próximos a sus páramos, pero ello ocurre en el verano; en invierno, no salen de sus áridos territorios. Son unos ciento cincuenta mil, pero cuentan con pocos caballos.

Los Dellegi viven en diversas regiones; la mayor parte de ellos en los confines de Cesarea y en los del reino de Bugía, y deben pagar tributos a los señores a ellos vecinos. Los menos ocupan las llanuras de Acdessen[90], los confines de Mauritania y el monte Atlas, pagando tributos al rey de Fez. Pueden disponer hasta de ocho mil caballos bien armados.

87. Ruha y Sulaym.
88. Kināna.
89. Wargla.
90. Adekhsen, act. Jenifra (Marruecos).

Los Elmuntafig habitan las llanuras de Azgar. Se les llama actualmente Elchaluth[91], pagan también tributos al rey de Fez y pueden disponer de unos ocho mil caballos bien adiestrados.

Los Sobaich, es decir, la mayoría de ellos y los mejores, viven en los confines del reino de Gezeir[92] y reciben ayudas del rey de Tremecén y dominan muchas tierras númidas; cuentan con algo menos de tres mil caballos y es gente muy dispuesta a la guerra. También éstos, dueños de camellos en gran abundancia, se recogen al desierto en invierno y otros habitan en los llanos que se extienden entre Sala y Mecnesa[93]. Poseen ovejas y bueyes, trabajan la tierra y también pagan tributos al rey de Fez. Cuentan con unos cuatro mil caballos óptimamente preparados.

El pueblo de Hilel y sus territorios

Hilel es la mayor estirpe de estos pueblos y su rama Benihamir vive en la frontera de los reinos de Tremecén y Orán, extendiéndose hasta el desierto de Tegorarin[94]. A sueldo del rey de Tremecén, son hombres muy valientes y ricos, reuniendo su caballada unas seis mil hermosas y bien adiestradas cabezas. Los Hurua dominan los confines de Mostagan[95], son salvajes y ladrones, están mal equipados y no se despegan del desierto por carecer de dineros y ascendiente en Berbería. Poseen unos dos mil caballos.

Los Hucba residen hacia los límites de Meliana; poco atendidos por el sultán de Tenes, es también gente asesina y distante de humanos sentimientos. Tienen alrededor de mil y quinientos caballos.

Los Habru pueblan las planicies entre Orán y Mostagan, trabajan la tierra y pagan pechos al rey de Tremecén; cuentan sólo con unos cien jinetes.

Los Muslim habitan el desierto de Masila[96], que se extiende hacia el reino de Bugía; también son ladrones y asesinos. Reciben beneficios de Masila y algunas otras tierras.

91. Jalot, cerca de Alcazarquivir.
92. Al-Ŷazā'ir (Argel).
93. Salé y Mequínez.
94. Gurāra.
95. Mostaganem.
96. Act. Msila.

Los Riech están en el desierto de Libia hacia el sur de Constantina y dominan grandemente una parte de Numidia. Divididos en seis fracciones, todos ellos son nobles y diestros en las armas. Reciben subsidio del rey de Túnez y acopian cinco mil caballos.

Los Suaid[97] viven en las estepas que se dilatan hacia el reino de Tenes y tienen mucho prestigio y dominio. Los aprovisiona el rey de Tremecén[98], son nobles, generosos y con buen acuerdo en todo.

Los Asgeh viven sujetos a diversas tribus árabes y hay muchos que viven en Garit junto a las gentes de Hemram[99], mientras que otra parte de ellos convive con los árabes de Duccala en un lugar cerca de Azefi[100].

Los Elcherit[101] viven en los llanos de Heti en compañía de los Saidima, reciben tributos del pueblo de Heha y son viles e indigentes. Los Enedr también habitan esas llanuras de Heha y todos los árabes de Heha juntarán unos cuatro mil caballos, aunque están mal provistos de arneses y pertrechos.

Los Grafa, en fin, pobladores de lugares distintos, carecen de jefe y se han mezclado a otras gentes, sobre todo a las de Manebba y Hemram. Transportan dátiles desde Segelmese[102] al reino de Fez, de donde llevan a Segelmese las vituallas de que han necesidad.

El pueblo de Mahchil, sus lugares y su número

Los Ruche[103], descendientes de Mastar[104], pueblan los confines de los desiertos próximos a Dades y Farcala. Aunque pobres, razón por la cual poseen cortos dominios, son sin embargo buenos hombres de a pie, tanto es así que muchos se avergüenzan de que un hombre a pie firme sea vencido por dos a caballo. Tan veloz es su marcha que a ninguno le es imposible ir, cuando así lo quiere al paso de un caballo, aunque se trate de hacer un largo camino. Cuentan con unos quinientos corceles y ocho mil infantes de guerra.

97. Suwayd.
98. "De Tenes", según la versión Epaulard (p. 29)
99. Amarna.
100. Safi.
101. Ḥārit.
102. Siŷilmāsa.
103. Roha.
104. Mujtār.

Los Selim[105] viven cerca del río Dara, recorren el desierto, son ricos y una vez al año, llevan sus mercaderías a Tombuctú, de cuyos reyes son favoritos, y en Derha[106] tienen muchas propiedades, tierras de cultivo y un gran número de camellos, así como unos tres mil caballos.

Los Elhasim viven junto a la mar Oceána en los confines de Messe, juntan unos quinientos caballos sin orden ni concierto. Una parte de ellos habita en Asgar y está sometida al rey de Fez, mientras que los de Messe gozan de libertad.

Los Chinana[107] conviven con los Elchaluth[108] y también están sometidos al soberano de Fez; son hombres fuertes y bien equipados, con unos dos mil caballos.

Los Devihessen se ramifican en Duleim, Burbus, Uodei, Devimansor y Devihubeidulla. Los Duleim viven en el desierto de Libia junto al pueblo africano de los Zanaga, y no tienen dominios ni ingreso alguno, así que son pobres y muy ladrones; viajan a menudo hasta la provincia de Dara para cambiar ganado por dátiles. Viven desordenadamente y suman unas diez mil personas, con cuatrocientos a caballo y los demás a pie. Los Burbus[109] habitan así mismo el desierto libio por el lado de Sus; son muchos y pobres, aunque dueños de numerosos camellos y señorean Tesset[110], pero ello no les basta ni para herrar los pocos caballos con que cuentan. Los Uudei[111] residen en las planicies desérticas entre Guaden y Gualata; dominan Guaden y reciben además algún tributo del rey de Gualata, en Tierra de Negros. Su número es casi infinito, por lo que pueden calculársele unos sesenta mil hombres de guerra si bien disponen de pocos caballos. Los Racmen poseen el desierto vecino de Haccha[112], disponen de dominios y suelen ir en invierno a Tesset para abastecerse. Son unos doce mil combatientes y también tienen pocos caballos. Los Hami[113] habitan el desierto de Tagauost: reciben unas pocas

105. Sulaym.
106. "En el Draa", hay que entender.
107. Kināna.
108. Jālot.
109. Barabīš.
110. Tichit. Aquí León parece traslucir la relatividad del concepto de riqueza: para un beduino árabe es inimaginable considerar pobre a quien posee muchos camellos.
111. Wuday, Wudāya.
112. Akka.
113. ¿Wulād Aḥmar?

provisiones de las comunidades de Tagauost, recorren el desierto hasta Nun y disponen de cerca de ocho mil hombres de guerra.

Devimansor

Los Dehemrum[114], de la estirpe de los Devimansor, viven en los desiertos próximos a Segelmesse y vivaquean por el de Libia, recibiendo tributos de los pueblos de Segelmesse, Todga, Tebelbelt y del Dara. Tienen muchos palmerales, viven a la manera de señores y gozan de gran prestigio. Cuentan con unos tres mil jinetes; hay entre ellos muchos árabes de condición inferior pero disponen de caballos y de numerosos rebaños como los Garfa y los Esgeh.

Otra parte de este pueblo de Hemrum domina algunas tierras y aldeas en Numidia, hasta el desierto de Figuig, las cuales le proporcionan muchas y grandes ganancias. En verano, se asientan en la provincia de Garit, por los confines de Mauritania, en su banda oriental. Gente noble y muy valiente, los reyes de Fez se desposan casi siempre con sus mujeres, así que tienen amistad y parentesco con dichos monarcas. Los Menebbe habitan también el mismo desierto y dominan las provincias númidas de Matgara y Reteb, territorios de Numidia. También ellos son hombres valerosos, reciben algún estipendio del pueblo de Segelmesse y cuentan con unos dos mil caballos. Los Husein son asimismo del linaje de los Devimansor; viven entre los montes del Atlas y señorean muchas montañas pobladas, ciudades y castillos que les fueron concedidos por los Meriníes[115], por haberles prestado esta tribu una excelente ayuda cuando comenzaron a reinar. Se extiende su dominio entre el reino de Fez y Segelmesse, señoreando su jefe la ciudad de Garseluin[116]; recorren también el desierto de Eddahra y es gente rica y valerosa, contando con unos seis mil caballos. En su compañía van otros beduinos muchas veces, pero en calidad de vasallos.

Los Abulhusein viven en parte en el desierto de Eddahra, con poco dominio en él y reducidos la mayoría a tan gran miseria que ni están facultados para mantener sus tiendas en el desierto. Cierto es que en el de Libia han levantado algunos lugarejos, pero también allí viven

114. Amarna.
115. Benimerines.
116. Act. Douar, en ruinas.

míseramente, perseguidos por el hambre y pagando tributos a sus parientes.

Devihubeidulla

Los Charragi, estirpe de Devihubeidulla, viven en el desierto de Benegomi y en el de Figuig, poseen muchos terrenos en Numidia, y son abastecidos por el rey de Tremecén, quien se esfuerza de continuo para acostumbrarlos a vivir en paz y con honradez, ya que son ladrones y asesinan a cuantos pueden. Poseen unos cuatro mil caballos y en verano acostumbran a trasladarse a los confines de Tremecén.

Los Hedegi habitan una estepa cercana a Tremecén que se llama Hangad. Carecen de dominios y provisiones, viviendo tan sólo de asesinatos y latrocinios. Tienen como quinientos caballos.

Los Tehleb viven en la llanura de Elgezair y recorren el desierto hasta Tegdeat[117] dominando las ciudades de Argel y de Tedelles[118], ciudades que en nuestros días les fueron arrebatadas por Barbarroja, que se hizo rey. Fueron entonces aniquilados los Tehleb, que eran nobles y valientes en la milicia y contaban con unos tres mil caballeros.

Los Gehoan viven en dos fracciones separadas, con los Garai la una y con los Hedegi la otra, pero son de una u otra manera sus vasallos, lo que sufren con resignación.

Quiero ahora que sepáis que los dos primeros pueblos, Schachin y Hilel son de la Arabia Desértica[119] y descienden de Ismael hijo de Abraham; y que el tercer pueblo, los Mahchil, procede de la Arabia Feliz y del reino de Saba. Creen los musulmanes que los ismaelitas[120] son más nobles que los sabeos, razón por la cual se discute sin tregua entre las tribus por la preeminencia y nobleza y se componen en ambos bandos poemas dialogados donde cada uno refiere las virtudes, las hermosas hazañas y los felices usos de su gente. Y hay que saber igualmente que los antiguos árabes, anteriores a los ismaelitas, son denominados por los historiadores africanos Arab Ariba, es decir, Árabes

117. ¿Tuwat o Tegdemt?
118. Dellys.
119. Naŷd.
120. Aquí sólo significa "descendientes de Ismael", no confundir con la secta religiosa medieval.

Arábigos, en tanto designan a los ismaelitas Arabi Mustahraba[121], arabizados, o por accidente, ya que no nacieron árabes. Los árabes que pasaron luego a vivir en el África llámanse a su vez árabes Mustehgeme[122], o berberizados, residentes en tierra extranjera y quienes al convivir con extraños hicieron degenerar su lenguaje y sus costumbres convirtiéndose en bárbaros.

Sería bueno poder remontarse a la Historia de los Árabes de Ibnu Calden[123], autor que compuso una gran obra dedicada casi toda por entero a la genealogía de los árabes berberizados, pero mi frágil memoria no ha guardado sino lo que aquí puede leerse, pues hace más de diez años que no he echado la vista a ningún libro de historia de los árabes. Por otro lado, he conocido a casi todas las tribus aquí citadas y mantenido reuniones con personas de las mismas y se me han grabado en el recuerdo determinadas particuliaridades suyas.

Costumbres y modos de vida de los africanos que viven en el desierto de Libia

Los cinco pueblos llamados Zenaga, Guenziga, Terga, Lemta y Berdeua son denominados Númidas[124] por los latinos y viven de igual manera, sin reglas ni razones de conducta[125]. Su traje es un pañillo estrecho de lana gruesa que cubre las mínimas partes de su persona, y algunos usan llevar en la cabeza, o enrollada, una tira de tela negra a modo de turbante. Por distinguirse de los otros, nobles y principales portan un camisón de grandes mangas confeccionado con tejido azul y de algodón que de la Tierra de Negros les traen los mercaderes. No

121. "Arabizados", su castellanización es "mozárabe".

122. *Musta'ŷam.*

123. Ibn Jaldún.

124. Númidas eran –para los latinos– sólo los habitantes del norte de Túnez y NE. de Argelia.

125. La descalificación por incomprensión–real o afectada– de otras culturas ha sido uno de los pretextos más utilizados históricamente para ignorar y aplastar los derechos ajenos. Aquí no se trata de que León, meramente, como converso al Cristianismo, intentase ser "más papista que el Papa", sino que muestra el mismo prejuicio de superioridad de otros musulmanes urbanizados, v.g. Ibn Baṭṭūṭa (p. 784), ante diversos pueblos; idénticos prejuicios sufridos, al menos dialécticamente, por árabes o musulmanes en boca de cristianos (vid. Mártir de Anglería, pp. 90, 124, etc.) y también los mismos que manifiestan o reflejan los cronistas de la Conquista americana al referirse a los indígenas (vid. R. de Lizárraga, p. 241 y ss., 415, 468; D. de Ocaña, pp. 198, 136, 144) cuya naturaleza humana llegó a debatirse por los teólogos y, en el caso de los europeos protestantes, a negarse de plano.

cabalgan más que en camellos y sobre cierta especie de sillas, que colocan en el hueco entre la joroba y el cuello de dichas bestias, y gusta verlos cabalgar, sobre todo cuando lo hacen con una pierna sobre la otra y las dos en el pescuezo del camello. Otras veces ponen pie al montar en ciertos estribos sin estriberas y, en lugar de espuelas, usan de un hierro sujeto a un trozo de madera del largor de un brazo, no punzando con dicho hierro más que el costillar de la bestia. Los camellos de monta tienen por lo general agujereada la nariz, como algunos de los búfalos que en Italia se ven, y en el orificio llevan una pieza de cuero con la cual conducen al camello, tal como al caballo con la rienda. Para dormir se sirven de esteras de juncos muy finos. Y sus tiendas están hechas con pelo de camello y otras fibras toscas que nacen entre los racimos de los dátiles. En cuanto al comer, nadie que no los haya visto podría entender la paciencia con que sufren el hambre. Sin hábito de pan ni de comida de ninguna clase, sólo se nutren con la leche de las camellas, siendo su costumbre tomar por las mañanas una gran escudilla, caliente como sale de la ubre; cenan a la noche una carne seca hervida en leche y manteca y que, como es cocida, cada cual toma su parte con la mano. Una vez despachada, beben ese caldo en que coció, valiéndose de las manos en lugar de cuchara. Cierra la cena otra taza de leche y, en tanto disponen de ésta, no se preocupan por el agua, sobre todo en la primavera; mientras dura ésta, hay quienes no se lavan jamás las manos ni la cara, porque en dicha estación no van a regiones donde entonces hay agua, en tanto cuenten con leche, y porque los camellos, cuando comen hierba, no necesitan beber agua. Hasta que mueren, su vida está entregada a la caza o a robar los camellos de sus enemigos. No se paran en sitio alguno más allá de tres o cuatro días: el tiempo que tardan sus camellos en consumir la hierba que encuentran. Y esta gente, que vive tan sin reglas ni concierto, tiene en cambio para cada una de sus tribus un príncipe a manera de rey, al que rinden honor y obedecen a pies juntillas. Son ignorantes y sin conocimientos, no ya de letras sino de toda arte o virtud y es sumamente difícil dar con un solo juez suyo asistido de razón, de modo que si alguien se encuentra envuelto en litigios o disgustos, para dar con la tienda de un juez debe cabalgar cinco o seis días, ya que entre ellos no hay quien siga estudios ni, para aprender, acceden a salir de sus desiertos. Los cadíes, por su parte, vienen y atienden de mala gana a esta chusma por no poder soportar sus costumbres y modo de vivir. Pero los que lo hacen son muy bien

pagados, percibiendo alguno de ellos hasta mil ducados anuales, o más, o menos, según al pobre criterio de tal clientela le parezca suficiente. Los gentilhombres de este populacho llevan en la cabeza, como ya escribí, una tira negra con una parte de la cual se cubren la cara, escondiéndola toda salvo los ojos, y sólo se descubren para comer en tanto dura el tiempo del bocado, para tomar el cual se destapan la boca, tornando enseguida a tapársela. Explican ellos esta costumbre argumentando que tan vergonzoso es para el hombre expeler los alimentos como meterlos en el cuerpo[126]. Son sus mujeres muy gruesas y carnosas[127], pero no muy blancas, con traseros llenísimos, gordos, así como los pechos, que llevan bien ceñidos, pero de cintura estrecha. Son agradables tanto sus razonamientos como sus manos acariciantes y a veces tienen la amabilidad de dejarse besar, si bien es peligroso ir algo más allá, ya que por esos motivos se dan muerte unos a otros sin piedad; en cuya resistencia a ostentar cuernos se muestran más cuerdos que algunos de nosotros. Por lo demás, es gente muy libre, tanto porque, dada la aridez de sus parajes, nadie se acerca a sus jaimas, como porque tampoco ellos se acercan a los caminos principales. Pero las caravanas que atraviesan sus estepas deben pagar ciertos tributos a los príncipes, consistentes, por cada carga de camello, en una pieza de tela que puede valer un ducado. Yo pasé con otros en caravana hace ya unos cuantos años[128] y, según llegamos a los llanos de Araoan, se nos presentó el príncipe de Zanaga en compañía de quinientos hombres, a lomo todos de camello y, luego de habernos hecho pagar el habitual portazgo, invitó a la caravana toda a ir con él

126. Evidentemente se trata de un tabú alimentario. El tabú de la comida comienza por el mismo hecho de comer: "Los actos de comer y beber van acompañados de peligros especiales, pues en esos momentos el alma puede escapar por la boca o ser raptada, extraída por las artes mágicas de un enemigo personal" (Frazer, *La rama dorada*, p. 240); pero también determinados alimentos son objeto de tabú: los chinos detestan la leche (Harris, *Caníbales*, p. 202); los sacerdotes egipcios no debían comer pescado (Heródoto *Historia*, II, 321); el cerdo (*Corán*, 2-173, 53-60, 6-145, 16-115); el alcohol (*Corán*, 4-42, 22-2), etc. El Corán reglamenta qué es lícito o ilícito en materia alimentaria (4-160, 5-1, 6-121, etc.). A veces lo que se recomienda o prohibe es mezclar unos alimentos con otros, así por ejemplo leche con carne o verduras (Frazer, *El folklore en el Antiguo Testamento*, pp. 496, 5.025. Sobre todo ello, ver de manera general Harris, *Desarrollo de la teoría antropológica*, pp. 317-321 y *Caníbales y reyes*, p. 187.

127. El gusto por la esteatopigia es característica común a las poblaciones norteafricanas, si bien entre los beduinos saharianos alcanza el colmo y es timbre de honor familiar, al poder alimentar y mantener inactiva a la mujer sólo para lograr su engorde, el cual se fuerza desde la infancia a base de azúcar, leche, harina y manteca.

128. Quizás en 1512, durante su segundo viaje a Tombuctú.

a sus tiendas y descansar allí dos o tres días. Pero, como quiera que sus campamentos distaban de nuestro camino alrededor de ochenta millas y nuestros camellos iban muy cargados, se resistían los mercaderes a alargar la ruta. Visto lo cual, combinó el príncipe que los camelleros siguieran el camino con las bestias y los mercaderes recibiesen su hospitalidad que, al fin, aceptamos. Una vez en su campamento, el buen hombre dispuso el inmediato sacrificio de muchos camellos jóvenes y viejos, y de otros castrados, así como ciertos avestruces que por el camino habían cazado. Los mercaderes, no obstante, le dieron a entender que no deben matarse los camellos y, sobre todo, que ellos no acostumbraban a comer carne de castrados, máxime en presencia de gente, respondiendo el príncipe entonces que, entre ellos, se tenía por vergonzoso sacrificar en los convites únicamente animales pequeños, y especialmente a nosotros, forasteros, así que, apenas acomodados, comimos de cuanto nos pusieron por delante[129]. Compúsose el banquete de carnes asadas y cocidas, los avestruces se sirvieron asados y llevados a la mesa en amplias fuentes con vegetales y buena cantidad de especias de la Tierra de Negros. El pan era de mijo y de panizo, aplastado y muy fino. A los postres se sirvieron dátiles en abundancia y cuencos de leche. Quiso además el príncipe honrar el banquete con su presencia junto a la de nobles y parientes, si bien comieron aparte. Hizo venir, además, algunos hombres de religión y a otros de letras, que sentó a su mesa. Y, en tanto duró la comida, ninguno de ellos tocó el pan, sino tan solo carne y leche. Apercibido el príncipe de que ello nos asombrara y maravillase, nos hizo saber con agradables palabras que ninguno había nacido en aquellos desiertos que no producían grano, por lo que solían alimentarse de lo que en sus tierras se criaba y que el grano sólo se lo procuraban cada año en atención a los forasteros de paso, aunque también era cierto que ellos mismos querían comer pan en ocasión de algunas fiestas solemnes, como las de la Pascua y la del Sacrificio[130]. Dos días nos tuvo en su campamento, siempre agasajándonos y honrándonos, al tercero, nos despidió a todos y

129. Lo que se está dilucidando en esta anécdota es la piedra angular de la hospitalidad –y generosidad– del beduino árabe: matar camellos de cuya vida depende la del nómada; la quintaesencia se alcanza cuando se sacrifican hembras (que paren otras crías y dan leche, por añadidura a lo único que puede aprovecharse de los machos: la carne).

130. Asimila a la fiesta cristiana de Pascua la musulmana del *'Īd al-fiṭr (o sagīr)* o ruptura del ayuno al finalizar el mes de ramadán; la del Sacrificio *('Īd al-aḍḥà o kabīr)* conmemora, el 10 de dū-l-ḥiŷŷa, el sacrificio de Abraham.

quiso acompañamos en persona hasta alcanzar la caravana; y ahora os digo muy de veras que los animales que durante nuestra estancia hizo matar por las comidas, valían diez veces más que los tributos que le pagamos; y en su habla y en todo podía conocerse que él era noble y cortés señor, aunque, si bien entendía nuestra lengua y nosotros la suya, cuanto nos decía y contestábamos fue a través de un intérprete. Por lo demás, la vida y costumbres que de este pueblo acabáis de conocer son semejantes a las de los otros cuatro desperdigados por los desiertos de Numidia.

Del vivir y hábitos de los árabes[131] en África

Como son de distintos lugares, los árabes tienen diferentes modos y usanzas de vida. Los que habitan entre Numidia y Libia sobrellevan una vida mísera, llena de pobreza, que no los diferencia de los otros pueblos africanos residentes en Libia, aunque son más animosos que éstos, saben mercadear con sus camellos en la Tierra de Negros y tienen caballos en gran número: los que en Europa se llaman caballos berberiscos. Muy dados a la caza, practican la de antílopes, corzos, onagros, avestruces, gacelas y otros animales. No es de callar que la mayor parte de los árabes númidas hacen versos y componen largos cantos, contando en ellos sus guerras, sus cacerías, así como lances de amor tratados con delicadeza y dulzura; son versos rimados, a manera de los versos tradicionales en Italia. Hombres generosos, no poseen empero la facultad de mantener en alto su reputación ni usar de cortesía; viven por tanto en esos desiertos abrumados de penalidades. Visten a la usanza de los númidas, salvo las mujeres, cuyo vestuario presenta ciertas diferencias con el de las hembras númidas. Los desiertos donde ahora viven estos árabes, estaban antes en poder de pueblos africanos, a los que sus generaciones fueron echando mediante guerras, deshaciéndose del dominio númida y permaneciendo allí, en regiones desérticas cercanas a las tierras de los dátiles, mientras que los desplazados númidas fueron a residir en proximidad a la Tierra de Negros. Los árabes que pueblan el interior de África, entre los montes Atlas y la mar Mediterránea, viven mejor y son más ricos que los otros, destacando de ellos sobre todo en cuanto a vestimentas, prós-

131. Por la historia anterior es preciso recalcar que aquí "árabe" no tiene un significado racial sino que describe un modo de vida: el nómada. Está claro que se refiere aquí a tuaregs y, por tanto, no árabes.

pero ganado caballar y belleza y tamaño de sus tiendas. Asimismo, sus caballos son más hermosos, si bien no alcanzan en carrera la velocidad de los del desierto. Estos árabes tienen en laboreo sus tierras y acopian grandísima cantidad de trigo, poseen ovejas y bueyes en casi infinito número, razón por la que son nómadas, ya que un terreno fijo no daría abasto para alimentar tantos animales. Son a su vez más bárbaros y de condición más vil que las gentes del desierto, pero se muestran libres aunque una parte de ellos, que vive en el reino de Fez, está sometida a pagar tributos a su rey. A su vez, los pobladores del reino de Marruecos y Duccala fueron un tiempo libres de todo gravamen hasta que los portugueses dominaron Azafi y Asemor[132]. Una parte de ellos se sublevó entonces y hubo grandes discordias, por lo que el rey de Fez reinó en unas comarcas, y en otras el rey de Portugal. La carestía y ruina caídas a seguido sobre África, los oprimió luego de manera que, por su propia voluntad, los míseros árabes de la región se fueron voluntariamente a Portugal, ofreciéndose como esclavos a cualquiera que les diese de comer. Ninguno de ellos permaneció en Duccala[133]. En cambio, todos los árabes residentes en los desiertos vecinos a Tremecén y en los próximos a Túnez, viven de igual manera que sus señores, o sea, que cada uno de sus príncipes recibe buenos abastecimientos proporcionados por el rey, que los distribuye rectamente entre su pueblo para evitar discordias y mantenerlo en paz y amigable unión. Son estos hombres afanosos del buen orden, sus caballos están muy cuidados y sus tiendas son grandes y bellas. En tiempo de verano suelen viajar hasta el reino de Túnez para aprovisionarse, y en octubre se abastecen de cuanto precisan: víveres, telas y armas, con cuyos pertrechos vuelven al desierto, donde permanecen todo el invierno. Durante la primavera se solazan en las cacerías con perros y halcones, persiguiendo toda suerte de fieras y de aves. Muchas veces me alojaron, de ellos aprendí cosas y he visto sus tiendas más provistas de telas y metales –como el cobre, el hierro, el azófar– que las casas de las ciudades. Aun así, no resultan muy de fiar, ya que roban y matan a placer; sin embargo, son muy amables, gustan de la poesía y es usual que dicten en su lengua versos elegantísimos pese a que hoy en día su lenguaje está corrompido. Un poeta es persona grata para los señores, que le otorgan grandes recompensas y no podré deciros aquí

132. Safi, ocupada por los portugueses en 1508 y Azemmur en 1513.

133. Exageración manifiesta tanto en lo concerniente a la crisis económica como en punto al despoblamiento.

cuánta pureza y gracia acopian en sus versos. Las mujeres van muy bien vestidas, con túnicas negras de amplias mangas, sobre las que llevan un paño de igual color, o bien azul, en el cual se envuelven de manera que sus bordes pasan sobre los hombros a la espalda, sujetos por alfileres de plata magistralmente labrados. De sus orejas penden muchos zarcillos también de plata, así como lucen otros aros de lo mismo en las manos y aun en las piernas y tobillos, como es costumbre de los africanos. Llevan también estas mujeres unos velos cubriéndoles la cara, con sendas aberturas ante los ojos, y en cuanto ven a un hombre que no sea pariente suyo se cubren el rostro y guardan silencio. Solo cuando están con sus maridos y familiares tienen el velo alzado. Como los árabes suelen trasladarse de un lugar a otro, acomodan a las mujeres sobre sus camellos en ciertas sillas hechas a modo de cestas, cubiertas de bellísimos tapices, y tan pequeñas que sólo una mujer tiene en ellas cabida. A la hora de la guerra, llevan también consigo a las mujeres para aliviar la preocupación y el temor de ellas. Suelen también estas hembras pintarse antes del matrimonio cara, pecho y brazos, costumbre que tienen por muy gentil y que tomaron de los árabes africanos desde que vinieron a habitar entre ellos, ya que antes no la usaban. Pero entre los ciudadanos y nobles de Berbería no se acostumbra; sus mujeres más bien se mantienen en igual blancura de tez con la que nacieran. Cierto que a veces, y de un color hecho con humo de algalia y de azafrán, se tiñen en las mejillas una forma redonda, casi un triángulo entre las cejas y algo así en la barbilla como una hoja de rama de olivo, aderezo muy alabado por los poetas árabes y que las personas de calidad consideran tan encantador como gentil. Pero ellas no lucen ese embellecimiento más allá de dos o tres días, ya que, mientras lo lleven, no pueden comparecer ante sus parientes excepto marido e hijos, en la idea de que lo hacen para incitar a la lujuria y de que con esos adornos acrecientan fieramente sus encantos.

Árabes de los desiertos entre Berbería y Egipto

Su vida discurre en la miseria. Estériles y ásperos los lugares en que viven, tienen ovejas y camellos, pero en pequeña cantidad dada su escasez de pastos. Y por dilatada que sea la extensión de sus llanos no hay en ellos tierra para siembra de grano alguno. Sólo en torno a una especie de caseríos, con huertecillas productoras de dátiles, se planta

algo de grano, tan poco en realidad que no puede ser menos, ya que los pobladores de esas aldehuelas sufren de continuo las inoportunidades y acoso de quienes, aunque les den a veces camellos y ovejas a cambio de dátiles y trigo, son demasiada gente y a quienes sus cortas cosechas no bastan, ni tienen con qué pagar. De ahí que, con frecuencia, muchos jóvenes árabes sean entregados a los sicilianos como rehenes o en fianza de trigo y si, dentro de un tiempo convenido, no se saldan los dineros adeudados, quedan como esclavos, debiendo los padres entregar, para rescatarlos, una cantidad tres veces mayor de la que debían y muchas veces se ven obligados a dejárselos definitivamente. De todo ello se sigue que estos árabes sean los peores, los más temibles asesinos con que en el mundo pueda toparse y que cuantos extranjeros caen en sus manos, una vez despojados de cuanto tienen, sean vendidos a los sicilianos. Así es que ya de cien años a esta parte no pasa ninguna caravana por la orilla de la mar que bordea el desierto señoreado por dichos árabes, y si alguna sigue ese rumbo lo hace bien tierra adentro, a unas quinientas millas del mar. Huyendo de ellos, recorrí yo esas riberas en tres barcos de mercaderes y, como los árabes nos vieran, corrieron a encontrarnos en puerto demostrando querer hacer con nosotros negocios que nos convendrían, pero no nos fiamos de ellos ni nadie quiso bajar a tierra en tanto no pusieron en nuestro poder, como rehenes de seguridad, algunos hijos suyos. A seguido, les compramos algunos corderos y manteca y partimos a toda vela, temiendo también ser alcanzados por corsarios de Sicilia o de Rodas. Dichos árabes, en fin, son malencarados y malvestidos, flacos y desmejorados por el hambre, como si la maldición de Dios hubiera caído desde siempre y por siempre sobre esa pésima ralea.

Los Soauua[134] criadores de ovejas, gente africana que vive al modo de los árabes

Hay muchas gentes africanas que se dedican a criar ovejas y bueyes, en lo que se afanan todo el día. La mayor parte de ellos viven al pie del monte Atlas e incluso en dicho monte. Se hallen donde se hallen son siempre tributarios del rey o de los árabes, y dejo aparte a los que moran en Tamesna ya que son libres, poseen notable poder, hablan la lengua africana y algunos usan la árabe por razones de

134. Šāwiya.

vecindad y entendimiento, ya que tratan de continuo a los árabes de los campos de Urbs, en los confines de Túnez. Otro pueblo existe donde limita Túnez con los países de los dátiles, y es gente muchas veces deseosa de declararle la guerra al sultán tunecino, como ocurrió unos años atrás, cuando el hijo del rey llegó desde Constantina para cobrarles los tributos y fue atacado por el príncipe de aquellas gentes quien, entrándole en guerra con dos mil caballos, rompió las defensas de las fuerzas reales, lo mató y se quedó con cuanto llevaba, siendo el año 915 de la Hégira. Luego de lo cual, dicho pueblo comenzó a cobrar buena fama y reputación. Muchos árabes de los que andaban al servicio del rey de Túnez abandonaron los lugares a él sometidos y viniéronse a vivir con sus vencedores, convirtiéndose así el príncipe de éstos en uno de los mayores y más poderosos señores de todo el África.

Fe de los antiguos africanos

Antes los africanos eran casi idólatras[135], como los persas que adoraron al fuego y al sol y les erigían hermosos y adornados templos en cuyo honor ardía el fuego día y noche, al modo que entre los romanos en el templo de la diosa Vesta, lo cual se contiene oscuramente en las crónicas de los africanos y los persas. Es sabido que los africanos de Numidia y Libia adoraban los planetas y ofrendábanles sacrificios. Algunos de los negros africanos veneraban a Guighimo, que en su lengua significa Señor del Cielo, y tuvieron ese buen acuerdo sin ser avisados por profetas ni por sabios doctores. Así pues, al cabo de mucho tiempo fueron introducidos en la ley judaica, que observaron durante largos años, en tanto que muchos reinos de negros se hicieron cristianos y permanecieron en esta fe hasta que se levantó una cierta secta musulmana en el año 268 de la Hégira. Fueron entonces a predicar en sus tierras discípulos de Mahoma y los convirtieron a su fe, así que cuantos reinos de negros confinan con Libia se tornaron musulmanes, aunque también, incluso hoy día, hay algún reino que

135. Los cultos preislámicos norteafricanos y sus pervivencias han sido bien estudiados, cabe destacar, en general, la obra de Darlet *Un culte païen au Maroc*; en lo referente a animales puede verse el símbolo del pez en la alfarería popular (Moreau, *Symboles*, p. 174); o el trabajo de Idris, H.R., Examen des sources attestant la survivance d'un culte du bélier au Magrib vers le X siècle, *Arabica*, XII, 1965, p. 297; o la ofiolatría atestiguada e interpretada, en Marruecos, en Cola Alberich, J., *Cultos primitivos de Marruecos*, pp. 7, 15, 42.

permanece cristiano. Sólo la fe mosaica fue eliminada, y cuantos pueblos viven hacia la mar Océana son gentiles y adoradores de ídolos, como bien saben los portugueses que con ellos han tenido y tienen relación. También los de Berbería fueron idólatras largo tiempo y se hicieron cristianos doscientos cincuenta años antes del nacimiento de Mahoma, razón por la cual, señores de la Puglia[136] y de Sicilia dominaron la costa en la que se hallan Túnez y Trípoli, así como las orillas de Cesarea y de Mauritania estuvieron bajo el poder de los godos. Quiso Dios que en aquellos tiempos, y huidos del furor godo muchos señores cristianos, que dejaron así sus nativas y dulces comarcas italianas, pasaran a habitar tierras próximas a Cartago donde ejercieron su dominio. Pero débese saber que estos cristianos de Berbería no estaban en la observación de la fe cristiana, sino en las reglas y la fe de los arrianos, de los que fue San Agustín[137]. Así, cuando llegaron a conquistar Berbería, los árabes se encontraron dueños y señores de ella a los cristianos con los que libraron muchas batallas, queriendo por fin Dios dar la victoria a los árabes y poniendo en fuga a los arrianos hacia tierras de Italia y de España. Cerca de doscientos años después de la muerte de Mahoma casi toda Berbería se hizo islámica, aunque muchas de sus gentes se rebelaran contra ellos y mataran a sus sacerdotes[138] y gobernadores. Pero, apenas saberlo, las autoridades mahometanas mandaban ejércitos contra esos rebeldes. Llegados luego a Berbería los cismáticos escapados de los califas de Bagdad, la fe de Mahoma se afirmó allí, aun con herejías y diferencias que todavía persisten.

Pero de la ley de Mahoma, es decir, de sus cosas de más importancia y de su diversidad, quiero, con el favor de Dios, tratar de lleno en otra obra, una vez concluida ésta.

Letras de los africanos

Tienen por firme opinión los historiadores del África que los africanos no tuvieron otras letras que las latinas, y relatan que cuando los árabes conquistaron África, y en especial esa Berbería donde estuvo la civilización del África, no se dieron allí con otras. Dicen, y bien

136. Apulia.
137. Error de bulto: San Agustín estuvo muy en contra de los arrianos.
138. En el Islam *sunní* no hay sacerdotes: se refiere a gentes laicas que ofician diversos cometidos litúrgicos o administrativos.

dicho, que los africanos poseen una lengua diferente y propia, pero que usan la escritura latina, como en Europa los alemanes. Cuantas historias tienen los árabes de los africanos están traducidas del latín, tanto las más antiguas como las escritas en el tiempo de los arrianos, y con su nombre de autor, si bien a mi memoria se le han ido esos nombres. Creo que suelen ser muy largas, ya que sus intérpretes dicen por lo común: tal cosa está contenida en setenta libros. Pero es cierto que los árabes no tradujeron dichas obras a tenor del orden de sus autores, sino que dispusieron un cuadro sumario de los soberanos a partir del cual clasificaron y repartieron los períodos correspondientes a estos reyes y príncipes en concordancia con la cronología de los reyes de Persia, Asiria, Caldea o Israel. Y en el tiempo en que imperaron en el África los cismáticos, es decir, los huidos de las autoridades religiosas de Bagdad, mandaron quemar todos los libros de la historia y ciencias de los africanos, pensando que esos libros alimentaban la vieja soberbia africana y movían a reniego y rebeldía contra la fe de Mahoma. Algunos de nuestros historiadores afirman que los africanos poseían literaturas propias y que las perdieron a raíz de la dominación romana de Berbería, además de la prolongada de los cristianos huidos de Italia y, por último, la de los godos[139]. Tuvieron entonces los africanos que seguir en ese oficio y materia las costumbres de sus dominadores si querían caerles en gracia, tal como les sucedió a los persas sometidos a los árabes. Así pues, los africanos perdieron sus literaturas, siendo quemados sus libros en la dicha creencia de que, mientras manejasen los que contenían sus saberes, sus leyes y la fe de sus ídolos, no podrían ser buenos musulmanes. Quemadas sus obras, fueron luego prohibidas sus ciencias y algo así hicieron romanos y godos, cuando, según hemos dicho, se apoderaron de Berbería. Creo que, para dar suficiente testimonio de esto, cabe aducir que en toda Berbería, tanto en las ciudades costeras antiguas como en las del interior, cuantos epitafios se encuentran en las sepulturas, o leyendas en los muros de los edificios, están escritos en latín y en ninguna otra lengua[140]. No por

139. Vándalos.

140. La única lengua beréber viva que dispone de un alfabeto, y consiguientemente, de textos escritos es el *tamahaq* de los tuaregs de Hoggar cuya escritura –el *tifinag*– se conoce bien: vid. Marcy, G., Introduction à un déchifrement méthodique des inscriptions du Sahara Central, *Hesperis*, XXIV (1937), pp. 89-118. Sin embargo, por distintos lugares del Magreb subsisten inscripciones púnicas, líbicas, etc.; en relación con ellas, vid. Marcy, G., L'épigraphie berbère (numidique et saharienne), A.I.E.O.A., 1936, pp. 128-164. El *tifinag*

ello negaría yo que los africanos tuvieron su propia literatura, pues es indudable que cuando sus enemigos romanos y godos dominaron sus tierras, como es costumbre y práctica humillante de los vencedores, sustituyeron sus títulos y escrituras por los de ellos, borrando así, junto a la dignidad de los africanos, su memoria para que sólo imperase la de Roma. De igual modo procedieron los godos con las obras de los romanos, los árabes con las de los persas y, hoy día, los turcos con cuantos lugares cristianos conquistan, arruinando no sólo nobles y hermosos vestigios sino cuantas imágenes religiosas encuentran en los templos. En la misma Roma pueden verse ahora hechos similares, cuando por ejemplo, un espléndido edificio comenzado por un papa con grandísimo gasto y que a su muerte quedó incompleto, es demolido por su continuador hasta los cimientos para erigir uno distinto, y si lo deja en pie, a pocas novedades que le haga incorporar, ya quiere que desaparezcan de él sus títulos y blasones para poner los propios, o bien dominando a aquellos y en el lugar mejor y de más vista. No es pues cosa de asombro que las letras africanas se hayan perdido, y desde 900 años a esta parte los africanos usen la escritura arábiga. Ibnu Rachich[141], cronista africano, mantiene al respecto un largo razonamiento sobre si los africanos disponían o no de escritura propia, y concluye afirmando que la tenían y que quienes lo niegan igual pueden negar que tuviesen una lengua propia, añadiendo ese autor que es imposible que un pueblo dueño de una lengua particular emplee para escribir unas letras distintas, extrañas.

Parajes del África

Dividida el África en cuatro partes, éstas se hallan en lugares muy distintos. La ribera de la Mar Mediterránea, desde el Estrecho de Gibraltar hasta el extremo de Egipto, toda es tierra montañosa, que se alarga hacia el sur cerca de cien millas, más en unos lugares y en otros

cuenta veinticinco signos (24 según De Foucauld) a los cuales hay que añadir letras compuestas a partir de la adición o combinación de elementos simples. Cada letra representa una consonante y las vocales no se anotan como tales. El sentido de la escritura es indistintamente de derecha a izquierda o viceversa, de abajo a arriba, etc. Es fácil suponer las dificultades de interpretación que esto comporta así como el bajo estadio de desarrollo de textos escritos.

141. Abū Isḥāq Ibrāhīm b. al-Qāsim al-Kātib al-Qayrawānī, Ibn Raqīq, muerto después de 1027, literato y cronista de talento. Ibn Jaldún le considera "el mejor especialista de la historia de Ifriqiya y de los estados que tuvieron a Cairuán por capital". Su obra *Kitāb ta'rīj Ifrīqiyā wa-l-Magrib* fue base de varios historiadores como Ibn al-Aṯīr, Ibn al-Abbār, Ibn ʿIḏārī, etc.

menos. Desde estos montes hasta el Atlas se extienden llanos y algunas colinas bajas, y por todos los montes de la ribera se encuentran muchos manantiales, que luego se convienen en regato, claros, deleitosos a la vista y agradables. Vienen luego más llanuras, colinas y los montes Atlas, que se suceden desde la mar Océana, o sea, el lado de poniente, hasta levante y los confines de Egipto. A seguido se descubren las llanuras en que se asienta Numidia y nacen los dátiles, una tierra casi toda de arena. Vienen después de Numidia los desiertos de Libia, asimismo arenosos hasta la Tierra de Negros. También por todos esos desiertos se alzan muchos montes, pero los mercaderes nunca los transitan, ya que entre ellos hay muchos pasos grandes y bien llanos. Después de los desiertos libios comienza la Tierra de Negros, la mayor parte de la cual es llana y arenosa excepto las orillas del río Níger y todos los lugares bañados y beneficiados por las aguas.

Lugares del África agrestes y nevados

Toda la costa de Berbería y los montes en ella comprendidos son más bien fríos y en alguna estación del año nieva. Todos esos montes producen grano y frutas, pero no mucho trigo, así que sus pobladores comen pan de cebada la mayor parte del año. Las aguas de los manantiales que por allí se encuentran saben a tierra y son muy turbias, sobre todo por el lado de Mauritania. Crecen en dichos montes grandes bosques de altísimos árboles, llenos de animales buenos y malos, pero las colinas y llanuras que caen entre dichos montes y el Atlas son todas de excelentes tierras, con gran cantidad de grano y de óptimos frutos, y por todas ellas corren los ríos que nacen en el Atlas y van a la mar Mediterránea. En esta parte hay pocos bosques y son mejores las planicies entre el Atlas y el Océano, así la región de Marrakech, la provincia de Duccala, Tadla, Tamesna y Azgar, hasta el Estrecho gibraltareño. El monte Atlas es muy frío y estéril, produce poco grano y por sus laderas suben bosques oscuros y espesos. Nacen allí casi todos los ríos de África, y los manantiales que en él se encuentran son sumamente fríos aun en pleno verano, tanto es así que si alguien mantuviese la mano en sus aguas durante un pequeño espacio de tiempo, la perdería sin duda. Pero no todos los parajes de ese monte son fríos por igual; hay algunos lugares casi templados en los que se puede vivir muy bien y que se hallan poblados, como se contará en la segunda parte de nuestro libro. A su vez, los lugares deshabitados lo son por

muy fríos, tal los que miran a Mauritania, como por ásperos, así los de la parte hacia Tamesna; sin embargo, los pastores de ovejas van allí en verano a que pasten sus rebaños. Pero en invierno es imposible de todo punto permanecer allí, ya que en cuanto la nieve ha caído se levanta un viento de tramontana tan dañino que mata a cuantos animales se encuentren en esos lugares, y aun muchos hombres perecen, tal en el paso entre Mauritania y Numidia. Los mercaderes de dátiles acostumbran a salir de Numidia con su carga a finales de octubre y cuando a veces los sorprende la nieve ninguno queda vivo; si por la noche empieza a nevar, por la mañana la caravana está sepultada y ahogada en la nieve. No sólo la caravana, sino los árboles están cubiertos, no viéndose pues huella ni señal de los cuerpos muertos, y yo he escapado en dos ocasiones de esa muerte por milagro, cuando recorría aquellos caminos; creo que os gustará saber cómo me fue en una de esas.

Salimos juntos de Fez muchos mercaderes y nos dimos con la mentada caravana de octubre. Al crepúsculo comenzó a caer una nieve espesa y un grupo de árabes con diez o doce caballos me invitaron a dejar la caravana y marcharme con ellos a un buen refugio. No pudiendo yo rehusar la invitación y temiéndome alguna fechoría por su parte, pensé en quitarme de encima una buena cantidad de dineros que conmigo llevaba y mientras ellos me apremiaban a acompañarlos espoleando sus caballos ya, fingí tener que descargar el vientre y, apartándome bajo un árbol entre rocas, escondí como mejor pude el dinero, señalando el árbol cuidadosamente. Cabalgamos en silencio hasta la medianoche, momento en el cual, pareciéndole a uno de ellos el de hacer lo que efectivamente urdían, que era arrebatarme mis pertenencias y abandonarme a mi suerte, me preguntó si llevaba dinero conmigo, respondiéndole yo que se lo había dejado en la caravana a un querido amigo y pariente. Por ver si era verdad, me despojaron con aquel frío hasta de la camisa y, como nada hallasen, empezaron a reírse de mí, diciendo que lo habían hecho de chanza y para ver si era yo un hombre fuerte, capaz de soportar el frío. Siguiendo el camino, oscuro y tan incómodo por lo sombrío como por el mal tiempo, quiso Dios que oyésemos el balido de muchas ovejas y allí enderezamos los caballos entre bosques y despeñaderos, nuevo peligro para cabalgar. Dimos al fin con las cuevas donde unos pastores habían arreado con grande esfuerzo sus ovejas y hacían rueda en torno

a una gran fogata, los cuales parecieron mostrarse al principio temerosos de los beduinos, a los que recibieron con cierto disgusto. Pero luego, visto el mal tiempo, se comportaron muy amablemente y nos aceptaron dándonos de comer lo que tenían, esto es, pan, carne y queso. Provista la cena, nos echamos a dormir junto al fuego, aun así temblando todos de frío y más yo por haber sido desnudado antes. Ya sin los temores que abrigaba, nos quedamos con los pastores un día y una noche, en los cuales siguió nevando. Al tercer día cesó el temporal y los pastores con gran diligencia empezaron a quitar y despejar la nieve que tapaba la entrada de la gruta. Luego nos condujeron a unas zahúrdas donde habían estabulado a nuestros caballos, a los que hallamos en buen estado y dimos abundante pienso, montándolos luego para seguir nuestro camino. Lució el sol esa mañana y disipó la frialdad de las precedentes. Acompañáronnos los zagales unas cuantas millas, mostrándonos ciertos senderos en los que sabían no podía estar la nieve muy alta; con todo, se hundían las cabalgaduras hasta el pecho y cuando, ya en el reino de Fez, dimos en un pueblo, nos informaron con toda certeza, que la caravana había sucumbido bajo la nieve. Perdida entonces por parte de los nómadas la esperanza de resarcirse de sus trabajos, dada la ruina de la cáfila a la que escoltaban, se apoderaron de un judío que conducía cincuenta cargas de dátiles, y lo llevaron preso a sus tiendas con la intención de retenerlo hasta que pagara por todos; a mí me quitaron el caballo y me dejaron a la buena de Dios. Me serví de un mulo con cierta suerte de albarda que usa la gente de esos montes y a la tercera jornada de marcha arribé a Fez, donde encontré que ya había cundido la triste nueva y que los míos me tenían por muerto, lo que no quiso la bondad de Dios.

Dejando ahora mis aventuras, volveré a la interrumpida relación que llevaba con la noticia de que, al otro lado del dicho monte Atlas, se hallan tierras secas y calientes con pocos ríos, los cuales nacen en el Atlas y, corriendo hacia el desierto de Libia, se pierden en la arena o forman algún lago. En esos territorios hay pocos lugares buenos para la siembra, aunque las palmas datileras son infinitas y se ve poco y raro árbol frutal. En los límites de Numidia y Libia hay montes abruptos y desnudos de árboles, con mucho arbusto al pie, espinoso y sin fruto. No hay ríos ni manantiales, sino algunos pozos casi desconocidos por todos, entre los montes desérticos. Toda la tierra de Numidia cría escorpiones y serpientes, de cuyas mordeduras y aguijonazos muere

mucha gente en los veranos. Libia es igualmente un país de grandes desiertos áridos, todo arena, también sin ojos de agua, ríos ni alfaguaras, salvo tal o cual pozo, pocos y de aguas más bien salobres, con parajes donde en seis o siete días de marcha ni ésas se encuentran, debiendo los mercaderes acarrearlas en odres en sus camellos, sobre todo para el camino de Fez a Tombuctú, o desde Tremecén a Agadez; y mucho peor es la moderna ruta de Fez a El Cairo a través del desierto de Libia. Por este rumbo se bordea un grandísimo lago alrededor del cual viven los pueblos de Sin y Ghorran[142].

En el viaje de Fez a Tombuctú encuéntranse unos pozos recubiertos de pieles de camello o entibados con huesos de esos animales y es de gran peligro para los comerciantes esa vía en cualquier estación que no sea invierno, ya que allí soplan ciertos sirocos y vientos del sur que levantan tanta arena como para cubrir aquellos pocos pozos, en tanto que los mercaderes han emprendido su camino con la esperanza de dar con el agua en los lugares habituales y luego no hallan vestigio ni señal de pozo, así que quedan condenados a morir de sed y los viajeros ven con frecuencia blanquear sus huesos y los de sus camellos en solitarios parajes. Contra ese mal, sólo hay una solución bien rara, que es matar un camello y valerse del agua que se obtiene de exprimir sus entrañas, la cual se bebe y comparte hasta dar con algún pozo o perecer al fin de sed. Hay dos tumbas en el desierto de Azaoad, labradas en no sé qué clase de piedra y con inscripciones que declaran estar enterrados allí dos hombres, riquísimo mercader el uno, que al atravesar aquel desierto, atormentado por la sed, pagó a un arriero diez mil ducados por una taza de agua, y aun así pereció junto al que se la vendiera. En dichos páramos pulula mucha fiera peligrosa, y otros animales no dañinos, pero de unos y de otros os hablaré en la cuarta parte del libro, que tratará de Libia; ahí haré especial hincapié en la fauna que puebla el África. Pienso contar también peligros que corrí en otros viajes y lugares de Libia, sobre todo el viaje a Gualata, que no escasas sorpresas os dará. Pero volvamos ahora a que, en los desiertos que antes decíamos, perdimos más de una vez el camino para encontrar agua, se extraviaba el guía, escondía la arena los pozos o nos acechaban malhechores en los pasos que a ellos conducían. Fue preciso, pues, racionar como mejor se supo la poca agua de que disponíamos, estirando para diez días la que llevábamos para

142. Seu y Goranes, cerca del lago Tchad.

cinco. Pero mejor dejarlo, pues si quisiera detallar aquí los particulares de cualquier viaje de aquellos, ya no haría otra cosa.

En la Tierra de Negros, sus regiones son calurosísimas, y húmedas por el río Níger, siendo muy fértiles cuantas comarcas se hallan cerca de él, con gran cantidad de cereal e infinito número de animales, pero sin frutas de ninguna clase, salvo las que producen unos árboles muy grandes y que recuerdan a las castañas, aunque un tanto amargas; estos árboles están algo más distanciados del río, en tierra adentro, y al fruto que os digo llaman allí *goro*. Hay también calabazas, pepinos, cebollas y otras hortalizas. Ni en todas la riberas del Níger ni en los confines de Libia se da con montaña o colina alguna. Hay, en cambio, muchos esteros, debido a las crecidas del Níger, y en torno de ellos tantos bosques poblados de elefantes y otros animales como, Dios mediante, se dirá a su tiempo.

Movimientos naturales del aire en el África y cambios que de ello se siguen

Pasada la mitad de octubre, en casi toda Berbería da comienzo la estación de las lluvias y en diciembre a su vez el frío, que en enero es mayor, como en otros lugares, pero allí sólo por la mañana, así que nadie necesita calentarse al fuego. Ya en febrero hace por lo común menos frío, pero el tiempo cambia con frecuencia hasta cinco y seis veces en el día. Soplan en marzo impetuosísimos vientos de poniente y de Tramontana, que fecundan la tierra y hacen florecer los árboles, comenzando en abril a pintar todos los frutos, mientras que en las llanuras mauritanas, a principios de mayo o, queriéndolo Dios, a finales de abril, se comen ya cerezas, y a la tercera semana de mayo los higos, maduros como en pleno verano. En la misma semana de junio empieza a endulzar la uva y están ya a punto manzanas, peras, albaricoques, ciruelas doradas y negras, madurando estas últimas en julio. Las azofaifas están allí en sazón por agosto, así como los higos otoñales que es sin embargo en septiembre cuando llegan a plenitud, así como los duraznos. En la segunda quincena de agosto empiezan a secar la uva al sol, y si llueve en septiembre, con toda la uva remanente elaboran vinos y cocciones diversas, sobre todo en la provincia del Rif, como también se os dirá en este libro. A mitad de octubre recogen las cosechas de manzanas, granadas y membrillos, y en no-

viembre las aceitunas, que no se cogen como en Europa con una escalera y con las manos, ya que no se pueden hacer escaleras tan largas que lleguen a la copa de los árboles, con lo que quiero decir que los olivos son allá grandísimos, especialmente los de Mauritania y Cesarea; por el contrario, los del reino de Túnez son similares a los que se crían en Europa. Así pues, para la recolección de aceituna se suben los hombres a los árboles y con una suerte de bastones muy largos varean las ramas hasta hacer caer los frutos, cosa que daña a los olivos al estropear muchos brotes tiernos. Abundantes en África unos años las cosechas de olivas, en otros no se encuentra sino una variedad gruesa que, no valiendo para aceite, se come aliñada. Sean cuales fueren las estaciones y calidades del año.

Límites y características de las estaciones

Los tres meses de primavera son siempre templados. Entra esta estación el quince de febrero y acaba el dieciocho de mayo, reinando en ella casi siempre el buen tiempo, pero si no llueve desde el veinticinco de abril al cinco de mayo, las cosechas son pésimas, y al agua de esas fechas le dicen agua de Naisan[143], la que también con propiedad llaman agua de Dios; muchos la guardan como devoción casera en redomillas y ampolletas. Dura el verano hasta el dieciséis de agosto y a lo largo de él hace muchísimo calor, sobre todo en junio y julio, reinando siempre tiempo sereno y buen aire, a excepción de algún año en que, si llueve en julio y agosto, esas aguas traen aires adversos que hacen enfermar a muchos con una fiebre aguda y continua, de la que pocos se escapan. El tiempo de otoño da comienzo el diecisiete de agosto y dura hasta el dieceisésis de noviembre, siendo ya la segunda mitad de agosto y el mes de septiembre menos cálidos. No obstante, algunos días que se entremeten del quince de agosto al de septiembre son llamados desde antiguo el horno del tiempo, pues agosto madura higos, granadas y membrillos y seca la uva. A partir del quince de noviembre, el invierno dura hasta el catorce de febrero y, en comenzando esa estación, se realiza en las tierras llanas la siembra, que en los montes se hace para octubre. Opinan los africanos que hay en el año

143. *Nīsān* es el nombre del mes de abril en el calendario siriaco; la expresión no puede por menos que recordarnos nuestra "agua de mayo", bendecida y festejada por ser tan esperada como necesaria para las cosechas.

cuarenta días calurosísimos, que suelen empezar el doce de junio, así como creen en otros tantos días de gran frío, desde el doce de diciembre. Sus equinoccios comienzan –así lo creen y así es–, el dieciséis de marzo y el mismo día de septiembre y vuelve el sol en su recorrido los días dieciséis de junio y de diciembre.

Rígense con esas creencias los arriendos de tierras, la sementera y la recolección, así como la navegación, las medidas para aforar y su idea del curso de los astros, infundiéndoselas prestamente a los niños desde la escuela. Hay, pues, muchos campesinos y nómadas que, sin haber estudiado nunca, hablan de muchas materias de astrología, y con razonamientos incontestables. Esos principios y conocimientos fueron tomados de la lengua latina y traducidos a la arábiga, motivo por el que dan a los meses del año el mismo nombre que los latinos. Tienen, en fin, un gran libro en tres partes, que en su lengua llaman el Tesoro de los Agricultores, traducido del latín en Córdoba en tiempos de Almanzor, señor de Granada[144]. Trata esa obra de cuantas cosas hay que saber sobre agricultura, esto es, del tiempo y modo de sembrar, plantar, injertar los árboles, y trabajar frutos, granos y legumbres. Maravíllame que haya entre los africanos tanto libro traducido del latín y que no se encuentra hoy entre los propios latinos.

Cuantas ideas y reglas profesan los africanos, como los musulmanes, para todo lo que se refiere a sus leyes y a su fe, se rigen mediante los ciclos lunares y su año es de trescientos y cincuenta y cuatro días, ya que cuentan con seis meses de treinta días y otros seis de veintinueve, los cuales suman dicha cifra. Fiestas y ayunos caen en fechas distintas. El año árabe[145] y africano tiene, pues, once días menos que el latino, y esos once días hacen que nuestro año esté siempre retrasado respecto al solar.

Ha de saberse también que el final del otoño, el invierno y parte de la primavera son tremendos tiempos tempestuosos de granizo, rayos y truenos, con nieves en muchos lugares de Berbería. Soplan allí tres vientos dominantes: el de levante, el siroco y el del sur, que suelen arruinar las cosechas y no dejan madurar los frutos, especialmente

144. La metonimia es evidente: Granada por todo al-Andalus. Como es sabido, Almanzor no fue rey sino primer ministro de Hišām II.

145. Más propio sería decir lunar, cuyo calendario anterior al Islam, fue adoptado por los musulmanes, aunque en la cuenca mediterránea el solar siga rigiendo cuanto se refiere a la agricultura y a múltiples facetas de la vida. Sobre uso del calendario solar, vid. Fahd, T., Le calendrier des Travaux agricoles d'aprés *al-Filāḥa* an-nabaṭiyya, *Orientalia Hispanica* (Homenaje a F.M. Pareja), Leiden, 1974, 1, pp. 245-272.

en mayo y junio. La niebla es asimismo perjudicial para los cereales, y es lo que más coincide con la granazón del trigo, manteniéndose a veces durante todo el día. Del monte Atlas puede decirse que sólo cuenta con dos estaciones: todo es invierno de octubre a abril, y todo verano de abril a septiembre, aunque durante el año entero hay nieves perpetuas en las cumbres. En Numidia, las estaciones discurren más veloces, ya que en mayo se cosecha el cereal, los dátiles en octubre, y desde mitad de septiembre hasta enero es el tiempo más frío del año. Si en septiembre llueve, una gran parte de los dátiles se echa a perder y su cosecha es mísera. Todas las tierras númidas deben regarse para la siembra y, si no llueve en el Atlas, los ríos de Numidia quedan casi secos, de modo que las tierras no pueden recibir su agua, y si la sequía persiste en octubre, hay que abandonar la esperanza de sembrar ese año. Por otra parte, si el agua falta en abril no se puede recolectar el cereal en los campos, pero se da en cambio una buena cosecha de dátiles, que los númidas valoran mucho más que la del grano. Más aun, de darse una grandísima abundancia de trigo, ello no cubriría las necesidades de medio año, mientras que una ubérrima cosecha de dátiles permite que el trigo no escasee nunca, motivo por el cual, los nómadas, camelleros y mercaderes que andan en el negocio de los dátiles, llevan consigo ingentes cantidades de cereal, a cambiar por dichos dátiles. En los desiertos libios, a su vez, las estaciones cambian mediando agosto, y si las lluvias se prolongan hasta noviembre o, queriéndolo Dios, hasta los inicios de febrero, entonces la abundancia de pastos es cosa segura, hállanse muchas lagunas por toda Libia y abundancia de leche, y los mercaderes de Berbería hacen su viaje a la Tierra de Negros. En ésta, las estaciones cuadran mejor con el tiempo; si bien comienzan las lluvias a finales de julio, no son abundantes y la lluvia, además, tiene allí la propiedad de no beneficiar ni dañar. Por lo tanto, bástanle a las simientes las aguas del Níger, que en sus crecidas hace jugosos y fértiles aquellos campos, como el Nilo a las tierras de Egipto. Bien es cierto que en algunos montes de toda esa región son necesarias las lluvias, y que el Níger crece la misma temporada que el Nilo, cuarenta días contados desde el quince de junio, pasados los cuales va bajando. Y cuando el Níger se hincha es fácil ir en barca casi por toda la Tierra de Negros, ya que entonces todas las llanuras, los valles y hondonadas se vuelven ríos. Pero es muy peligroso navegar con ciertas barcas que allí se usan, como en la quinta parte de este libro describiré.

De la duración de la vida y de sus edades

En todas las ciudades y territorios de Berbería, los hombres alcanzan a vivir hasta sesenta y cinco o setenta años y hay pocos que rebasen esas edades, si bien en las montañas berberiscas hay quienes llegan a los cien años y algunos que los sobrepasan. Estos tienen una vejez fuerte y gallarda, pues he visto viejos de ochenta y más años arar la tierra, cavar en las viñas y con destreza admirable realizar cualquier otra labor que haga falta. En el monte Atlas he visto asimismo entrar en combate a ochentones, luchar valerosamente junto a los jóvenes y, a muchos de ellos, quedar victoriosos. También en Numidia, es decir, el país de los dátiles, hay hombres de larga vida, si bien a éstos se les caen los dientes y otros quedan cortos de vista. La pérdida de la dentadura proviene del vicio de comer dátiles de continuo, y la de la vista por el predominio de un viento de levante que arrastra y levanta la arena, cuyo polvo molesta en los ojos y, con el tiempo, los echa a perder. Los de Libia acaso vivan menos que los de otras regiones, pero lo hacen hasta alrededor de los sesenta años con buena salud y aspecto, si bien delgados y espigados. En la Tierra de Negros son las vidas mucho más cortas que entre otras naciones; sus hombres son robustos, con firme y hermosa dentadura, pero son muy lujoriosos, así como los de Libia y Numidia. Los de Berbería son, por lo común, menos apasionados.

Dolencias más frecuentes entre los africanos

En las cabezas de los niños, como en las de la mujeres de edad madura, suele salir una especie de tiña de la que con mucho trabajo se curan. Muchos hombres sufren dolores de cabeza, a veces sin fiebre alguna. Es frecuente también el dolor de dientes y muelas, y se cree que esto les sucede por tomar agua fría tras sus sopones calientes. Abundan asimismo las dolencias de estómago, a las que por ignorancia llaman de corazón. Retortijones y espasmos muy agudos asaltan a muchos casi a diario, a causa de las aguas frías que beben. Ciática y dolores de rodillas son también un mal común, procedentes del mucho sentarse por el suelo y de no llevar calzado alguno. Pocos son los que padezcan gota, pero hay señores que la tienen, dado que son inclinados al vino, y a comer pollos y viandas delicadas. De comer demasiadas olivas, nueces y comidas fuertes sin sustancia, les sobreviene

una sarna muy molesta. A los de naturaleza más sanguínea les ataca una tos pertinaz y maligna por sentarse en el suelo en invierno y se les estropea así muchas veces la oración de los viernes, cuando, reunidos en los templos miles de personas y hallándose el sermoneador[146] en la parte más bella del parlamento, en cuanto uno tose, ya lo hace otro, y otro, hasta que tosen todos casi a un tiempo durante el discurrir del sermón, de modo que, al final, nadie lo ha oído. Del llamado en Italia mal francés[147] no creo que se haya librado en Berbería ni la décima parte de su gente, y suele presentarse con dolores, pústulas y llagas profundas, de las que sin embargo muchos sanan; cierto que entre el campesinado y los montañeses del Atlas no se da apenas dicho mal. Similarmente, en toda Numidia, osea, el país de los dátiles, nadie hay que lo padezca, y lo mismo en Libia o en la Tierra de Negros, cuyo aire cura y los deja limpios como a un pez; he visto con estos ojos a casi un centenar de personas que, sin otra medicina, con el solo cambio de aires, han sanado. Esta dolencia no existía antiguamente en el África, ni nadie allí la había oído siquiera nombrar. Dio comienzo en el tiempo en que Fernando, rey de España, expulsó de ese país a los judíos, muchos de los cuales bajaron a Berbería infestados de dicho mal y, al yacer con sus mujeres algunos desgraciados moros rijosos, quedaron contagiados y, de unos a otros, fueron plagando Berbería, en la que no se encuentra familia que, antes o después, se haya visto libre de tal enfermedad[148]. Hasta tal punto tienen por cosa cierta su llegada de España que ellos la llaman mal de España, aunque los tunecinos le dicen mal francés al igual que los italianos, entre los cuales se ha hecho sentir muy cruelmente durante algún tiempo, como en

146. "Sacerdote "dice León. En realidad se trata del *jaṭīb*.

147. Los orígenes y vías de difusión de la sífilis siguen siendo confusos. Durante mucho tiempo se dio por bueno el aserto de Fernández de Oviedo de que la enfermedad fue traída a Europa ya en 1493 por los expedicionarios de Colón y trasplantada a Italia en 1495 por las tropas de Fernández de Córdoba; en ese país habría hecho estragos en los ejércitos franceses de donde vendría la denominación "mal francés". No obstante, la cuestión parece más compleja y se tienen documentados casos de sífilis durante el reinado de Juan II, a principios del s. XV. Francisco Guerra *(El problema de la sífilis)* detecta una epidemia en Europa en el mismo s. XV, coetánea de otras en América en idéntica época (los huesos preincaicos que se han encontrado contaminados de secuelas de sífilis serían paralelos a la creación de hospitales a ella dedicados como el de San Juan de Dios en Madrid, antes del Descubrimiento), por lo cual se estima que la enfermedad ni se llevó ni se trajo de ese continente, más bien el encuentro de ambas variantes habría disparado su morbilidad en el s. XVI.

148. La versión Epaulard añade (p. 61): "Los primeros enfermos fueron tenidos por leprosos, expulsados de sus casas y forzados a vivir con los leprosos. Pero cuando se vio aumentar

Egipto y Siria, donde también se le da ese nombre. Especialmente en Túnez ha causado una auténtica hecatombe.

El dolor de costado[149] no es raro tampoco en Berbería donde, por el contrario, son pocos los que padecen de la enfermedad llamada hernia por los latinos, abundante en cambio en Egipto y con tal hinchazón a veces de testículos como para ser causa de asombro[150], creyéndose que este otro mal proceda de comer ciertas gomas o resinas y mucho queso salado. La epilepsia azota esporádicamente en África a muchos jóvenes, que de mayores se libran de ella. La padecen también numerosas hembras, en Berbería sobre todo y en la Tierra de Negros, quienes en estúpida ignorancia creen que los que no la sufren están endemoniados. La peste asuela Berbería cada diez, quince o veinticinco años y se lleva por delante, cuando llega, a gran cantidad de gente, ya que en modo alguno se cuidan de ella ni tienen remedio que oponerle, salvo la aplicación en las bubas de cierta "tierra de Armenia". La Numidia, en cambio, no es azotada por la peste ya desde hace cien años, mientras que a la Tierra de Negros no llegó nunca.

Virtudes y cosas loables de los africanos

Los africanos pobladores de las ciudades berberiscas, y sobre todo los de las orillas de la Mar Mediterránea, son hombres muy dados al saber y se entregan al estudio con ahínco; entre ellos, los estudios de humanidades y los concernientes a su fe y a sus leyes ocupan el primer lugar. Antiguamente estudiábanse disciplinas tales como las matemáticas, filosofía y astrología, pero de cuatrocientos años acá, como en parte hemos dicho, muchas ciencias les fueron prohibidas por los alfaquíes y por sus príncipes[151], así por ejemplo la filosofía y la astrología jurídica. Los pobladores de aquellas ciudades africanas son asimismo muy devotos de su fe y prestan gran obediencia a sus doctores e imanes, poniendo sumo cuidado en saber lo que de dicha fe precisan saber. Realizan continuas oraciones a lo largo del día, soportando

a ojos vistas el número de infectados y que el mal había alcanzado a multitudes sin cuento en toda España, los enfermos continuaron su vida normal y aquellos expulsados de sus casas retornaron de inmediato".

149. ¿Cólicos nefríticos?

150. León confunde la hernia con la orquitis, secuela de las paperas u originada por parásitos o bacterias.

151. Alusión al puritanismo almohade del s. XII.

un engorro increíble al deber lavarse muchas partes del cuerpo por causa de dichas oraciones, cuando no el cuerpo entero, según me he propuesto explicaros, en el libro segundo, sobre la fe y la ley mahometanas[152]. Son además, los de las ciudades, gente en regla y de buen ingenio, cual puede apreciarse en su arte con bellos y variados trabajos, hombres bondadosos, sin mucha malicia y, como suele decirse, con el corazón en la lengua como en los siglos antiguos, de lo cual dan fe las historias de los escritores latinos. Es asimismo gente valiente y de esforzado ánimo, en particular los montañeses. La observancia de su fe es para ellos la primera cosa del mundo y preferirían perder la vida a no cumplir lo que prometieron. Por encima de todo son celosísimos y desprecian la vida si han de sufrir cualquier vergüenza en relación con sus mujeres. Afanosos de riqueza y de honor, llevan sus mercaderías hasta cualquier lugar del mundo y son aceptados en distintas ciencias por lectores y maestros. Viajeros según las estaciones, en Egipto, Etiopía, Arabia, Persia, la India, Turquía o por doquier que vayan, son bien vistos y tratados, lo que prueba su buena preparación como mercaderes. Honestos y pudorosos, jamás dicen en público palabras obscenas. El menor honra al mayor y en sus razonamientos, como en todo, ese respeto hace que, en presencia de su padre o de su tío, el joven no se atreva a hablar de amores ni a mencionar a su muchacha amada, igual que consideran vergonzoso cantar canciones amorosas, por el mismo respeto. Y si los niños llegan a una reunión donde se habla de amor, se apartan al momento. Tales son las buenas costumbres y honestos principios de los ciudadanos de Berbería. Por su parte, los que habitan en tiendas y los pastores, son gente generosa y llena de piedad, animosa y sufrida, conversadores y muy de su casa, obedientes, practicantes de su fe, agradables y de carácter alegre. También los montañeses muestran semejantes virtudes de generosidad, honestidad y buenos ánimos en su diario vivir. Los de Numidia son más ingeniosos, inclinados a las virtudes y estudios de su ley, aunque de las ciencias naturales no saben mucho. Son gente adiestrada en las armas, valientes y benignos. Los africanos y los árabes de Libia, son también agradables y generosos y ponen toda el alma en atender a sus amigos, ven con buenos ojos a los forasteros y es

152. Recordemos que León está utilizando la terminología normal entre los cristianos de la época para aludir al Islam y no parece recomendable por un prurito de exactitud erudita traicionar el espíritu del texto sustituyendo por completo esa terminología.

gente de gran corazón, veraz y sencilla. Los negros llevan un buen vivir[153]; son fieles, miman al forastero y dan todo su tiempo al placer y a vivir alegremente, danzando y andando siempre en fiestas, comilonas y solaces varios; sencillísimos, dispensan grandes honras a los hombres sabios y a los religiosos. Disfrutan más del tiempo que todos los otros africanos.

Vicios y cosas vituperables de los africanos

Sin duda, y así como poseen virtudes, los africanos tienen igualmente vicios: veamos, más o menos, cuáles son éstos. Los antes mencionados, gente de las ciudades de Berberia, son pobres pero soberbios, despreciativos al máximo y capaces de grabarse como en mármol cada injuria que reciben y que nunca se les va ya de la mente. Ariscos, raro es el extranjero que puede entablar amistad con ellos. Crédulo de las cosas más inverosímiles, el vulgo es, por el contrario, muy ignorante en los conocimientos naturales, así pues tienen por actos divinos todo movimiento o cambio de la Naturaleza. Desordenados en su vivir como en sus actos, y domeñados frecuentemente por la cólera, la mayoría de sus palabras están llenas de soberbia y las profieren en voz alta, siendo cosa común ver por las calles a dos o tres que se pelean a golpes. De condición vil, son poco apreciados por sus señores, y aun puede decirse que un señor puede tener en más a uno de sus animales que a uno de sus servidores. Carecen de principales y de procuradores capaces de dirigirlos y encaminarlos en cualquier asunto de su gobierno. Toscos e ignorantes en los negocios, no usan de bancas de cambio, ni siquiera de quien transporte las mercancías de una población a otra, pues conviene que cada mercader esté al lado de sus productos doquier éstas vayan, por lo cual su dueño ha de acompañarlas. Sumamente avaros, encuéntrase allí gran cantidad de hombres que nunca quisieron hospedar a forasteros ni por cortesía ni por amor de Dios, y son pocos los que restituyen algo a quienes los favorecieron. Enojados y melancólicos siempre, no prestan oído con gusto a deleites ni placeres, por estar empeñados de continuo en lo necesario para vivir; su pobreza es grande y sus haberes, pequeños.

153. Contrasta esta opinión favorable con la de Ibn Baṭṭūṭa (p. 784) sobre los negros.

Los pastores montañeses, como los de los llanos, viven amargamente de sus trabajos fatigosos, y andan en permanentes necesidad y miseria. Bestiales, ignorantes y ladrones, nunca pagan nada que se les dé a crédito. Los cornudos están en mayoría; a todas las muchachas se les permite tener amantes antes del matrimonio y gozar la fruta del amor, y el padre mismo mima al querido de la hija, o el hermano al de su hermana, así que ninguna le entrega al marido su virginidad; también es cierto que, una vez casadas, sus amantes se abstienen de cortejarlas y se dan a otra. La mayor parte de ellos no son mahometanos ni judíos ni creen en Cristo, es gente sin fe y, no ya sin religión, sino aun ni sombra de ella, así que no rezan ni tienen templos, sino que viven como animales, y si hay alguno con un cierto sentimiento religioso, no existiendo entre ellos sacerdotes ni regla alguna, se ve obligado a comportarse como los otros.

Los númidas están lejos de los conocimientos, maneras y vida naturales, son traidores, homicidas y ladrones sin miramiento ni consideración algunos. Viles de suyo, en Berbería se dedican a oficios igualmente bajos. Los hay cuidadores de caballos y de establos así como cocineros y pinches de cocina; y son capaces, por dinero, de cualquier trato reprobable. También los libios son brutales e ignorantes sin letras ningunas, ladrones y asesinos, viven como animales salvajes, asimismo sin fe ni principios y sumidos en la miseria ayer, hoy y mañana. No hay traición, por grande y horrible que sea, que ellos no cometieran por codicia, y tampoco hay bestias con cuernos más largos que los que exhibe esta canalla. La vida se les va en cazar, hacer daño, mover guerras entre ellos y arrear sus ganados a pastar al desierto; siempre andan descalzos y desnudos. Por su parte, los de la Tierra de Negros son bestialísimos, gente sin cabeza, ingenio ni sentido, todo lo desconocen y también viven a guisa de animales sin reglas y sin ley. Abundan las prostitutas y, por ende, los cabrones, exceptuando algunos que habitan en poblaciones grandes y tienen por tanto algo de respeto humano[154]. No me apura confesar y descubrir las lacras de los africanos aun siendo el África mi nodriza, donde me he criado y consumido la mayor y mejor parte de mis años, ya que me impele mi obligación de historiador, sujeto a decir en todo, y sin

154. León insiste en el mismo prejuicio ideológico ya enunciado por Ibn Jaldún respecto a los habitantes de campos y estepas y desarrollado en las más variadas latitudes: v.g. el argentino Sarmiento *(Facundo)*. Tal vez no sobre recordar que estas teorizaciones han sido un buen pretexto para el exterminio de los "bárbaros".

rodeos, la verdad de las cosas y no a complacer a nadie; así que, en la necesidad de escribir lo que escribo sin apartarme en momento alguno de la verdad; y dejando a un lado tanto las palabras adornadas como las falsedades, quiero aducir en mi defensa, ante los espíritus nobles y las gentes de mérito que se dignaren leer estos trabajos, el ejemplo de una breve historia. En mi pueblo vivía un muchacho de baja condición, de malvada y pésima conducta, que apresado por causa de un pequeño hurto, fue condenado a azotes. Llegado el día en que había de recibirlos de manos de los servidores de la justicia, el reo supo que el verdugo era un su amigo, del que esperaba por tanto y con seguridad un trato mejor que el que solía aplicarle a los condenados. Pero, contrariamente, al empezar los zurriagazos y sintiéndose abrasar las espaldas con el primero, lanzado con toda crueldad, el pobre muchacho clamó "¡Hermano!, ¿Cómo es que siendo tu amigo me tratas tan malamente?". A lo que, con un segundo y más fuerte latigazo respondió el verdugo: "Es preciso cumplir con mi oficio como es menester y esto no es cosa de amistades". Y prosiguió en sus azotes hasta darle cuantos había señalado el juez. Por tanto, si yo callara los vicios africanos, podría también caer en justa reprensión y habría quienes creyeran que lo hacía por padecer yo también estos vicios y que ando falto de los méritos y cualidades que tienen los demás. Alegaré también en mi defensa las costumbres de un pájaro, sobre cuya naturaleza va a complacerme contaros otra breve y agradable historieta.

Por los tiempos en que los animales hablaban, existió un pajarillo lindo y animoso, dueño sobre todo de un ingenio admirable y capaz de vivir bajo las aguas y entre los peces como sobre la tierra y el aire, como los otros pájaros. Toda ave de aquella época estaba obligada a pagarle cada año a su rey un tributo, pero aquel pajarito resolvió no pagar nada. El rey entonces le envió uno de sus cortesanos para cobrar, pero el malino, no dándole otra cosa que palabras, levantó el vuelo y ya no se detuvo hasta llegar al mar, entre cuyas aguas se metió. Viendo tal novedad, los peces corrieron hacia él en grandes bandadas para inquirir por qué motivo se había ido con ellos:

– Pobre de mí –les contestó el pajarillo– vosotros, gente de bien, no podréis entender cómo ha llegado el mundo a tal punto que ya no se puede vivir allá arriba. El vago de nuestro rey, por un capricho raro que se le ha subido a la cabeza, quiere descuartizarme vivo a pesar de

mis bondades, aun siendo el más limpio y gentil caballero de entre los pájaros. Por el amor de Dios, alegráos de que me quede aquí con vosotros, y pueda luego decir que he dado con más bondad entre los extraños que entre los míos.

Contentáronse los peces al oírle esas razones y con ellos se quedó el pájaro a vivir sin gravamen alguno durante un año, pasado el cual y llegado el tiempo de recaudar los tributos, el rey de los peces despachó a uno de sus servidores para recordar al pajarito que debía satisfacer sus impuestos.

–He aquí mi obligación– replicó el pájaro y, en diciéndolo, emprendió el vuelo para regresar entre los suyos; y en adelante, cada vez que el rey de los pájaros le exigía su tributo, volaba al reino del mar hasta que el rey de los peces le reclamaba el suyo, en cuyo momento volvía a tierra.

Quiero de ello inferir que, allí donde el hombre ve ventajas para él, las persigue en tanto puede. Así, donde los africanos sean afrentados diré que yo nací en Granada y no en el África, y cuando mi patria chica sea la vituperada, aduciré en mi favor que me crié en tierra africana y no en Granada. Entre tanto, agradezcan los africanos mi actitud favorable de contar solamente, de entre sus hábitos repudiables, aquellos más patentes, públicos y difundidos.

Segunda Parte

Prólogo

Habiendo descrito en la primera parte de mi obra sus ciudades, sus confines y divisiones, y cuanta cosa me pareció de los africanos digna de recuerdo, en las partes que seguirán os daré información sobre provincias varias, sus poblaciones, montañas, lugares, leyes y costumbres, sin dejar en el tintero nada que merezca conocerse. Comenzaré primero por el lado de poniente, prosiguiendo luego de lugar en lugar hasta concluir en tierras de Egipto; todo lo cual lo dividiremos en siete partes, a las que agregaré una octava sin la cual no sería posible perfección alguna y en la que describiré, con la ayuda de Dios, ríos notables, animales diversos, plantas y frutas y yerbas con alguna virtud que se encuentran en toda el África.

Reino de Marruecos[1]

Hea, región hacia Occidente

Hea[2], región de Marruecos situada al occidente y a septentrión, acaba en la mar Océana. Desde mediodía llega hasta el monte Atlas, y por el oriente al río Esifnual, que, naciendo en dicho monte, desemboca en el Tensift, el cual separa a Hea de la inmediata región.

Situación de Hea y sus cualidades

Esta región es muy áspera, con altísimos montes pedregosos, bosques, valles, regatos y mucha población. Vénse grandes rebaños de cabras y asnos numerosos. Las ovejas no abundan, y aún hay menos

1. De nuevo Marruecos equivale a la ciudad de Marrakech y los territorios de ella dependientes.
2. Ḥāha.

bueyes y caballos. Escasean también los frutos y granos, pero no, desgraciadamente, por la aridez del terreno sino por la ignorancia de su gente; he visto allí parajes sobrados de higos y de albérchigos, y faltos de trigo, abundando muchísimo en cambio la cebada, el mijo y el panizo, así como la miel, que se come como alimento habitual, no aprovechándose luego esa riqueza para cera. Se da asimismo con muchos árboles espinosos que producen una fruta gruesa como las aceitunas de España, y que en su lenguaje llaman *arga*. Hacen con ella un aceite de olor muy malo que, sin embargo, usan en sus comidas y para alumbrarse.

Maneras de vivir de ese pueblo

Come su gente casi de continuo pan ázimo de cebada, con más forma de tortas aplastadas que de pan. Cuécenlo en ciertas fuentes de barro[3], hechas como ésas con las que se cubren las tortas en Italia, y pocos son los que cuecen en horno. Usan asimismo otra comida insípida y basta a la que llaman *el-hasid*[4], que se hace hirviendo en una olla agua a la que ligan harina y cebada, removidas hasta quedar listo el condumio. Luego lo vuelcan en un barreño y, en un agujero que abren en su centro, le añaden el aceite que dijimos. Toda la familia rodea entonces ese barreño y sin cuchara alguna, con las manos, toma cada cual cuanto más puede, hasta no dejar más que un poco. En la primavera y en el verano, suelen preparar esa pitanza hirviéndola con leche, y en vez de aceite le echan manteca, sobre todo para la cena. Un almuerzo de invierno consiste en pan con miel; de verano, con leche y manteca. Comen asimismo una carne hervida a la que agregan cebollas y habas, o también la acompañan con otro condumio al que llaman alcuzcuz. No gastan mesas ni manteles, sino que comen sobre unas esteras redondas puestas en el suelo.

3. En efecto, es costumbre muy extendida en el Magreb –incluso en la actualidad– en los medios rurales calentar al rojo una bandeja de barro y sobre ella colocar la torta de masa para que se cueza.

4. *ʿAṣīda*, especie de gachas con mantequilla (Vid. Ibn Baṭṭūṭa, pp. 773 y 775)

REINO DE MARRUECOS

Vestimentas y usanzas del mismo pueblo

La mayoría de esta gente suele vestir una pieza de lana dicha *el-chise*[5], hecha a semejanza de una colcha como las que en Europa tapan las camas. Se envuelven muy bien esa tela en torno al cuerpo y no la sujetan a un lado sino sobre el culo, tapando sus más secretas partes delanteras con ciertos pañizuelos también de lana, así como están hechos con ella unas telas con que se cubren la cabeza, de diez palmos de largo y unos dos de ancho, teñidos con cortezas de raíz de nogal. Líanse y sujétanse esos tejidos a la cabeza de suerte que la coronilla siempre queda al descubierto. Gorros sólo los llevan los viejos y los hombres doctos, si es que entre ellos hay alguno; son tales gorros dobles y redondos, de la altura de los que algunos médicos se ponen en Italia. Poquísimos son los que visten camisa, sea porque no se siembra lino allí, sea porque no saben tejerlo. Sus asientos son esteras peludas entretejidas con juncos, así como los lechos, de cuyas partes una oficia de colchón y otra de sábana y colcha, vueltas en invierno con el pelo hacia el cuerpo del durmiente, y al revés en verano. Las almohadas y cojines son como sacos de lana abultados y ásperos, a la manera de ciertas mantas albanesas o turcas para los caballos. En su mayoría, las mujeres llevan la cara descubierta. Hay entre sus enseres domésticos piezas de madera no hechas a torno sino talladas a mano, y las ollas y almofías son de barro. Los hombres solteros no llevan barba, pero se la dejan crecer en cuanto se casan. Poseen pocos caballos, aunque tan diestros y ágiles para andar por los montes como gatos, y no los hierran. Hállanse en esta región gran número de ciervos, cabras monteses y liebres, pero no suelen cazar. Y me asombra no poco que, habiendo muchos ríos, los molinos escaseen, siendo así porque en las casas se dispone de las herramientas para moler, trabajo que hacen las mujeres con las manos. No conocen ciencias, ni hay quien sepa de letras quitando algún sencillo leguleyo sin otros méritos. Sin médicos para ninguna enfermedad, barberos ni hospitales, el remedio más extendido es la cauterización por fuego, como a los animales; y si se da con algún barbero, éste no cumple otro menester que circuncidar a los niños. Ausente el uso del jabón, lo sustituyen por cenizas. Digamos por fin que es gente siempre en guerra, pero entre ellos, de manera que su hostilidad no alcanza al forastero. Si alguien

5. Alquicel.

necesita viajar de un sitio a otro le conviene llevar consigo protección, de un hombre de religión o bien de una mujer de la otra bandería. De asuntos de justicia no hay allí quien entienda mucho ni poco, sobre todo en las montañas, donde no existe príncipe ni ministro que gobierne. Y los grandes y principales apenas si pueden contar con la presencia de un magistrado a intramuros de las ciudades, de las cuales hay pocas, sino muchos pequeños lugarejos, castillos y caseríos, de los que unos son muy pequeños y otros bastante grandes y bien pertrechados. De todo lo cual, luego he de escribir.

Tednest, ciudad de Hea

La antigua ciudad de Tednest, edificada por los africanos en una hermosa y vasta llanura, está rodeada de murallas de ladrillo y arcilla, tras las cuales se alzan sus casas y comercios. Hay en ella más de mil y quinientos hogares, y cerca de sus muros corre un riachuelo. No abundan las tiendas de mercaderes, ni siquiera de las telas y paños que gastan, los cuales vienen de Portugal; ni hay más artesanos que los zapateros, herreros, sastres y tal cual orfebre judío. La ciudad carece de hosterías, baños públicos y barberías. Los mercaderes forasteros se hospedan en casa de algún amigo o conocido suyo y, si no los tienen, los caballeros de la ciudad echan a suertes a los que deben alojar, así que todos los visitantes quedan bajo techo, y sus anfritiones suelen con gusto agasajarles. Cierto que los huéspedes, al partir, han de dejar algún presente a su anfitrión como muestra de gratitud. Si el visitante no es un mercader, tiene el privilegio de elegir la casa que más le complazca y albergarse en ella sin remuneración o regalo algunos. Y si quien ha de ser hospedado es un forastero pobre, se le destina a un asilo dispuesto para darles yacija y comida a esos indigentes[6]. En medio de la ciudad existe un templo muy grande hecho de piedra y argamasa, antiguo, de la época en que señoreaba Tednest el rey de Marruecos, y hay en el centro del templo un gran aljibe, y muchos sacerdotes y hombres al cuidado del dicho templo. En la ciudad se alzan otras mezquitas y casas de oración, de buena fábrica y bien cuidadas. Cuéntanse unos cien negocios de judíos, que por lo común no pagan tributos ordinarios, pero tienen la costumbre de hacer algunos

6. El sistema de zagüías garantizaba por la geografía del mundo musulmán alojamiento y comida para viajeros necesitados (por ejemplo, peregrinos). Sobre su descripción y utilidad se extiende Ibn Baṭṭūṭa, sin duda uno de los usuarios más asiduos (Vid. en El Cairo, pp. 134-135)

presentes a los gentiles hombres que los favorecen. Por lo demás, casi toda la población es hebrea, y de ellos es la ceca, donde acuñan monedas de plata, obteniendo de una onza ciento sesenta piezas semejantes a las que usan los húngaros. En la ciudad no se pagan gabelas, aduanas ni arbitrio alguno, pero cuando la necesidad aprieta y hay que afrontar algún gasto pesado, la comunidad se reúne y, según la calidad de cada cual, se divide el importe del gasto. Quedó arruinada la ciudad en el año novecientos dieciocho de la Hégira, huyendo sus pobladores a las montañas, y de ellas a Marruecos. Ello ocurrió por haber sabido los de Tednest que los beduinos del contorno se pusieron de acuerdo con un capitán del rey de Portugal, que estaba en Azafi, para entregar la ciudad a los cristianos. Yo conocí la ciudad luego de dicha ruina, en el novecientos veinte[7], con toda su muralla por el suelo y las casas hechas nido de cornejas y de otras aves.

Teculeth[8], ciudad de Hea

Situada en la falda de una montaña está Teculeth, hacia occidente y distante unas dieciocho millas de Tednest. Tiene alrededor de mil hogares. Fluye también junto a ella un río cuyas dos orillas lucen jardines y huertos con muchos frutos. Es pródiga la ciudad en pozos de agua clara y dulce. El clima es muy bueno y hay en ella una mezquita bastante hermosa, cuatro albergues para los pobres y otro para los religiosos. Sus habitantes son más ricos que los de Tednest porque Teculeth tiene cerca un puerto que está sobre la mar Océana y se llama Goz[9]. Venden también mucho trigo, de la rica y espaciosa llanura que se extiende en los aledaños de la ciudad. Asimismo venden también mucha cera a los mercaderes portugueses, que los proveen de ropas muy galanas; y sus caballos están óptimamente enjaezados y cuidados. Cuando estuve en Teculeth, había en la ciudad cierto gentilhombre como príncipe de sus consejeros y tenía a su cargo el gobierno, con asuntos cual los tributos para los nómadas o dictaminar en las paces y acuerdos entre éstos y la gente de la ciudad. Este hombre, dueño de riquezas, gastaba mucho en benevolencias y en hacerse querer por todos. Daba muchas limosnas ayudando con lo suyo a las ne-

7. ¿1514?
8. Takoulit.
9. La primitiva eṣ-Ṣuwīra.

cesidades del pueblo, así pues se le quería como a un padre. Bien lo sé por haberlo presenciado cuando me alojó largos[10] días en sus casas, donde vi y leí muchas historias y crónicas de África. Al desgraciado lo mataron junto con su hijo en la guerra librada contra los portugueses, año nuestro novecientos y veintitrés, y 1514 de Cristo. La ciudad fue pasto del fuego, parte de su gente apresada, otra muerta, y otra, en fin, escapó, según ya hemos escrito en la "Moderna historia del África"[11].

La ciudad de Hadecchis[12], en Hea

Sita en una llanura, Hadecchis dista de Teculeth ocho millas hacia mediodía y cuenta con unos setecientos hogares. Amurallada con piedras sin desbastar, también de ellas se construyó la mezquita y sus casas todas. Hay muchas viñas en las dos orillas del río que la atraviesa, con hermosos emparrados. Abundan los artesanos judíos. Visten sus moradores muy decentemente y poseen buenos caballos para recorrer los mercados vecinos; acuñan monedas de plata y celebran cada año una feria que congrega a todos los montañeses del contorno, más parecidos en verdad a los animales que a los hombres. Hállase en esta feria gran cantidad de ganado, lana, manteca, aceite de argán, así como herramientas y tejidos del país. Dura dicha feria quince días. Vense, entre esta gente, mujeres bellísimas, blancas de tez, de moderada corpulencia y, sobre todo, graciosas y agradables. Son los hombres, en cambio, bestiales, celosos, asesinos de quienes se entienden con sus hembras. No hay jueces ni letrados que se repartan la administración de sus funciones, sino que los grandes se gobiernan a su manera. También es cierto que, en cuanto a asuntos espirituales, tienen sacerdotes[13] y otros hombres de religión; los habitantes están libres de todo impuesto y tributo, como en otros lugares que reseñamos ya. Paré yo en casa de un cierto alfaquí hombre de despierta inteligencia y amante de la retórica árabe, razón por la que me retuvo en su hospitalidad más días, durante los cuales le leí una obrita sobre dicha materia, lectura que me celebró mucho, obsequiándome a mi partida con muchos presentes. Vuelto ya a Marruecos, supe que Hadecchis había sido

10. Epaulard (p. 76) pormenoriza "ocho días".
11. Obra perdida.
12. Actual Tiggi.
13. De nuevo utiliza un término aproximativo pero inexacto puesto que en el Islam no existen sacerdotes.

también devastada en la guerra con los portugueses y que sus vecinos huyeron a los montes principiando el año novecientos y veintidós o 1513 de Cristo, en que abandoné mi patria[14].

Ileusugaghen[15], ciudad de Hea

Ileusugaghen es un lugar levantado a modo de fortaleza sobre un monte muy alto, y cae a diez millas de Hadecchis, hacia el sur. Cuenta unos cuatrocientos hogares y a su pie corre un riachuelo. Ni dentro ni fuera de su recinto vense huertos, viñas ni árboles de fruta, ya que es su gente tan descuidada y holgazana que no se cultivan otros alimentos sino la cebada y el aceite de argán. Suelen ir descalzos, salvo algunos que llevan zapatos de cuero de camello o de buey. Guerrean de continuo con los campesinos y se matan como perros, andando faltos de jueces, sacerdotes o alguien, siquiera, que destaque por su buen sentido. No tienen, pues, leyes ni fe más que en la punta de la lengua y en sus montañas no hay frutos de ninguna clase, excepto miel abundante. La comen y venden a sus vecinos, pero en cambio tiran la cera a la basura junto con los desechos. Tan chica es su mezquita que no da para más allá de cien personas, siéndoles por tanto ajenas toda devoción y honestidad. Sea donde fuere, llevan consigo sus puñales de asta y andan permanentemente en muertes, traiciones y graves perfidias. Estuve una vez en la ciudad con el jerife, que hace de príncipe de Hea y fue a pacificar el pueblo[16]: no alcanzo a deciros la cantidad de litigios y querellas, a cuenta de homicidios y asesinatos, que entre ellos se daba. No acompañaba al príncipe juez o jurisconsulto alguno, así pues me rogó que fuese yo quien, según mi buen entender, dictaminase sobre sus pleitos. Presentósenos enseguida toda una turba de gente, quién conque alguien había matado a ocho de su familia, y quién conque a diez, pidiendo en compensación muchos ducados para acordar la paz, según la costumbre de sus antepasados. Replicaba el demandado que era el demandante quien debería dárselos puesto que, en cuanto a matanza de familiares, le aventajaba su adversario en dos. Contestaba éste entonces que los mató con justicia, ya que se ha-

14. Epaulard (p. 77) traduce: "Esto ocurría el año 922, a comienzos del año de la partida del autor para su gran viaje, año correspondiente al 1515 de Cristo".
15. Izouggouaghen.
16. La versión Epaulard (p. 78) omite desde aquí hasta el final del párrafo.

bían apropiado con fraude de una propiedad suya por herencia de una parienta, y que en cambio su oponente mató sin motivo y por venganza. La contienda y acusaciones de uno contra otro llegaron hasta la noche, y tratando yo de apaciguar sus discordias, a ninguna paz pude llevarlos; antes bien, y a eso de la medianoche, embistiéronse los bandos en litigio encendiéndose una nueva matanza y derramamientos de sangre; por lo cual, temiendo el príncipe alguna traición o desmán para con nosotros, escogimos como mejor partido irnos de allí y tomamos el camino de Aghilinghighil, ciudad que sigue habitada ya que sus gentes no temen ataques portugueses y tienen por refugio las montañas.

Teijeut[17]

Aldea en un llano entre montes, dista de Ileusaghen diez millas hacia poniente. Con casi trescientos hogares y murallas de piedra, todos sus habitantes laboran el campo. Sus tierras son buenas para la cebada, y no siembran en ellas otra cosa. Tienen abundancia de huertos llenos de vides, higos y melocotones, poseyendo asimismo enorme número de cabras. Padecen la presencia de muchos leones, que devoran y arruinan no poco de dicho ganado. Yo hice noche allí, albergándome en un pequeño caserío medio caído y, habiendo dado a las caballerías un buen pienso de cebada y teniéndolas atadas y recogidas como mejor se pudo, cerramos y defendimos la puerta con mucha mata de espinos. Como era el mes de abril y hacía calor, subimos arriba para dormir al aire fresco. A eso de la media noche llegaron dos leones enormes, que trataron de remover los espinos de la puerta, atraídos por el olor de los caballos. Éstos no tardaron en relinchar y revolverse tan alborotadamente que temimos vinieran a tierra aquellas frágiles paredes y acabar como pasto de esas ferocísimas bestias. Apenas clarear el alba, ensillamos los caballos y enderezamos el camino hacia donde se había ido el príncipe. Poco después de nuestra marcha sobrevino la ruina de esa población, cuya gente fue muerta en parte y otros llevados a Portugal. Era el año novecientos veinte[18].

17. Tiyout.

18. El autor estuvo implicado en los meses de abril-mayo de 1514 en los combates habidos entre Nuño Fernandes de Ataide, alcaide de Safi, y las tropas de Marrakech y Fez coaligadas contra los portugueses.

Tesegdelt, ciudad de Hea

Es una ciudad bastante grande con ochocientos hogares situada en la cima de un monte alto y rodeado de abruptos peñascos, de modo que no necesita murallas. Dista de Teijeut unas doce millas hacia el sur. Corre a sus pies un río y es muy abundante también en árboles de fruta, nogales sobre todo. Sus habitantes son ricos y cuentan con muchos caballos, no pagando, pues, a los beduinos tributo alguno. Siempre están en guerra con ellos y matan a muchos. Con frecuencia, los campesinos guardan todo el grano en la ciudad, por miedo a que los nómadas se lo quiten. La gente de la ciudad usa de buenas costumbres, sobre todo en materias de generosidad y cortesía; los guardianes de las puertas tienen el encargo de que, cuando llega cualquier forastero, le pregunten si tiene en la ciudad algún amigo y, de ser que no, se le hospeda en sitio adecuado, no debiendo pagar nada por ello y gozando, además, de agradable acogida y trato. Los celos atormentan a los de Tesegdelt, pero son hombres muy cuidadosos de su fe. Poseen en medio de la ciudad una hermosa mezquita cuidada por muchos sacerdotes y disponen asimismo de un juez, persona de sabiduría en la ley, que entiende en todo género de litigios, salvo en los maleficios. Los campos de siembras se hallan allí generalmente en el monte. También paré muchos días en esa ciudad, con el jerife y príncipe, el año de novecientos diecinueve[19].

La ciudad de Tagtessa

Es una antigua población edificada sobre un cabezo. Para salir de ella es preciso girar como si fuera una escalera alrededor del monte. Dista de Tesegdelt cerca de catorce millas[20]. Hay un río del que beben sus habitantes a unas seis millas de la ciudad, la cual, vista desde su orilla, no parece que esté apartada de él sino una milla y media. Las mujeres bajan a dicho río por un camino estrecho, también a modo de escalera. Sus pobladores son asesinos y andan en enemistad con sus vecinos todos. Los cultivos y ganados están montaña arriba, y los bosques de esa parte, llenos de jabalíes. Los caballos brillan por su ausencia en la ciudad, donde no se encuentra ni uno. Los nómadas no pue-

19. 1513.
20. Unos veintidós kilómetros.

den pasar por Tagtessa ni por su término sin una especial licencia o salvoconducto. Estuve allí cuando se abatía sobre ellos una gran plaga de langosta hallándose el trigo en granazón, pero era tal el número de langostas que superaba el de las espigas, y casi no se podía ver la tierra. Ello sucedió en el año de novecientos diecinueve.

La ciudad de Eitdeuet[21]

También antigua y asimismo levantada por los africanos en una montaña alta, tiene una hermosa llanura a los pies y unos setecientos hogares. Cae casi a quince millas de Tagtessa hacia el mediodía, y hay entre sus casas muchos manantiales de un agua muy fría; está rodeada de peñones y bosques raros y pavorosos con enorme cantidad de árboles. Vive en la ciudad mucho artesano judío: herreros, zapateros, tintoreros y orfebres. Cuéntase que los antiguos de esta ciudad fueron judíos de la dinastía de David, y que cuando los mahometanos la tomaron se convirtieron al Islam. Abundan los doctores en Derecho y conocen al dedillo sus decretos[22] y leyes; estuve con un viejo, gran conocedor de cierto libro llamado Elmudeuvana[23], voz que significa conjunto de leyes, y que tiene tres partes donde se comprenden los más difíciles asuntos en la materia y el consejo de Melic[24] sobre ellos. La ciudad es casi un foro, donde se dirimen todos los litigios y se despachan citaciones, bandos, acuerdos y cosas de tal jaez, acudiendo allí los interesados de todo el contorno. Estos hombres de leyes administran tanto el poder temporal como el espiritual, aunque en las cosas capitales no son muy obedecidos por el pueblo, sirviéndoles así de poco su saber. Cuando estuve allá, paré en casa de un abogado, y en una de las noches en que se encontraban presentes muchos legistas, surgió la discusión de si era lícito vender lo que poseyeran para socorrer las necesidades de la plebe. Había allí un anciano al que mucho honraban y llamaban Hegazzare[25]. Pregunté qué quería decir tal nombre y él me dijo que matarife o jifero, pues así como éstos encuentran con

21. Ayt Dawwād.
22. Seguramente se refiere a *fatwas* (dictámenes).
23. *al-Mudawwana*, de Ṣaḥnūn.
24. Mālik b. Anas, fundador de la vía jurídico-religiosa que lleva su nombre, seguida mayoritariamente por los norteafricanos.
25. *al-Ŷazzār*, el carnicero.

facilidad las articulaciones de las reses, él encontraba enseguida las de las leyes. La vida de ese pueblo es muy dura; se nutren de cebada, aceite de argán y carne de cabra; el trigo, ni lo mientan. Sus mujeres son bellas y sonrosadas; los hombres, apuestos de suyo, tienen muy peludo el pecho y son generosísimos pero también celosos.

Culeihat Elmuridin[26] o la Peña de los Discípulos

Es una fortaleza pequeña sobre la cumbre de un monte muy alto, entre otros dos igualmente elevados. Hay, en tales parajes, altísimos peñones y bosques cerrados, y a esa alcolea no se llega sino por un estrecho sendero. Están por un lado los roquedales y por otros el monte de Tesegdelt, sito casi a milla y media, mientras que Eitdeuet cae a dieciocho. Dicho castillo fue levantado en nuestros días por Omar Seijef[27], rebelde y cabecilla de herejes, predicador primero, seguido por muchos discípulos, y luego grandísimo tirano durante doce años. Causante de la ruina del lugar, fue muerto por una de sus mujeres que lo halló acostado con una hija suya, si bien de otro marido. Percatada entonces la gente de su infamia y falta de ley y de fe, se sublevó y pasó a espada a todos sus discípulos y seguidores, pero un nieto del hereje se apoderó de la fortaleza, en la que resistió el asedio durante un año. Tiene ese hombre, aún hoy, gran enemistad con los de Hea y con casi todos sus vecinos. Vive del robo y asalta con sus partidas de jinetes a cuantos viajeros pasan por allí, apoderándose de hombres y ganado en sus continuas correrías. Dispone asimismo de arcabuces con los que domina el camino principal, que está como a una milla de la fortaleza, hiriendo o matando de lejos a mucho desgraciado[28]. Tan odiado es por todo el mundo que, más allá de su monte, ni un palmo de terreno puede sembrar o trabajar. Mandó este hombre enterrar en la fortaleza a su abuelo, y lo hace adorar como si fuese un santo. Cuando pasé cerca de su feudo, poco faltó para que me alcanzara un arcabuzazo, y uno de los antiguos discípulos de tal Omar Seijef me informó bien de la vida y acciones de dicho hereje, y de las razones que tenía contra la ley común. De ello se ha dejado constancia en el Resumen de las crónicas mahometanas.

26. Qulay'at al-Murīdīn.
27. 'Umar as-Sayyāf (el Verdugo).
28. Parece más que dudoso que el alcance útil de los arcabuces contemporáneos fuera tanto.

Ighilinghighil, ciudad de Hea

Se trata de una pequeña población edificada sobre un monte por africanos antiguos. Distante de Eitdeuet casi seis millas y media hacia mediodía, cuenta con unos cuatrocientos hogares y muchos artesanos para las cosas necesarias. La tierra que la circunda es excelente en huertos, y abundan las manzanas y el aceite de argán. También para subir hasta las casas hay sólo una vereda de monte, estrecha y abrupta, por donde se debe cabalgar con muchas dificultades. Armas en mano, sus gentes son muy valientes y andan en incesantes contiendas con los beduinos, a quienes suelen vencer, ayudados por lo escarpado y fuerte de su reducto. Son generosos, y hácense allí gran cantidad de unas jarras, que venden en distintos lugares y creo que no se fabrican en ningún otro.

Tefethne[29], ciudad y puerto de mar

Es una fortaleza sobre la mar Océana, distante de Ighilinghighil unas cuarenta millas a poniente. Levantada por africanos, tiene unos seiscientos hogares y es buen puerto para naves chicas, soliendo llegar a él traficantes portugueses que cambian allí sus mercancías por cera y pieles de cabra. Su campo próximo, muy montuoso, produce mucha cebada, y junto a Tefethne corre un río pequeño pero navegable, en el que entran las embarcaciones cuando el estado de la mar lo aconseja. Dispone la ciudad de fortísimas murallas de cantería y ladrillo, contando con aduana y recaudación de tributos, cuyas rentas se reparten entre los hombres, siempre prontos también a la defensa. Hay sacerdotes y jueces, pero éstos no entienden en los homicidios y hechos de sangre; si se da con quien los comete, muere a manos de los parientes de la víctima, o bien sufre un destierro de siete años a cuyo término, y luego de pagar un dinero, se da por cumplida su condena. Es la gente de esta ciudad muy blanca, con gran apego a sus casas, muy agradables; agasajan más a los forasteros que a los propios, disponiendo de una hospedería grande para alojarlos, aunque a la mayoría la hospeda el vecindario. Yo estuve allí con el jerife y príncipe, y me quedé tres días que me parecieron años a causa de la infinidad de pulgas y del pésimo olor a meados y estiércol de cabra, de las cuales cada

29. Tafetna.

vecino tiene muchas y pastan extramuros pero pasan la noche en los corredores de las casas, donde duermen junto a las puertas de las alcobas, como aquel que dice.

Idevacal[30], entrada al monte Atlas

Habiendo hasta aquí relacionado las poblaciones nobles de Hea, bien estará ahora hablar de sus montes, sin dejar a un lado nada que me parezca notable, pues la mayoría de sus gentes vive en montes. El primero del Atlas, que es el de Idevacal, arranca de la mar Océana hacia levante y llega hasta Ighilinghighil, dividiendo las regiones de Hea y de Sus. Se extiende a lo largo de tres días de marcha, puesto que Tefethne se halla en el extremo norte de la costa hacia el norte y Messa en el sur: así pues, yo tardé tres días en llegar desde Tefethne a Messa. Este monte está muy poblado de villas y aldeas, cuyos habitantes viven del ganado caprino, la cebada y la miel. No visten camisa ni prenda que se haga con aguja porque no saben coser, así que se envuelven las telas al cuerpo como mejor pueden. Usan las mujeres en las orejas ciertos aros de plata grandes y gruesos, de los que les cuelgan hasta cuatro arandelas de plata, metal propio de las nobles y ricas, pues las pobres ostentan los mismos adornos aunque en latón o hierro. Tienen algunos caballos de corta alzada, sin herrar y tan ágiles que saltan monte abajo como lo haría un gato. Danse allí muchas liebres, cabras monteses y ciervos, riqueza que aquellas gentes no aprecian. Hay muchos manantiales y árboles de fruta, nogales sobre todo. La mayoría de la gente es nómada como los árabes. Sus armas son puñales largos y curvos, unas espadas semejantes a las guadañas empleadas en Europa para cortar el heno, y en el combate portan a mano tres o cuatro azagayas. Carecen de jueces, sacerdotes, templos y hombres devotos, siendo generalmente malignos y traicioneros. Delante de mí se le dijo al jerife que hay en ese monte unos veinte mil guerreros.

30. Id aou Akal.

El monte Demensera

Forma parte también del Atlas y, naciendo a un extremo de éste, corre hacia levante unas cincuenta millas hasta el monte de Nififa, en la región de Marruecos[31]. Divide buena parte de Hea del Sus y a su extremo está el paso para ir al Sus. Es lugar muy poblado, pero por gente bárbara y bestial, con muchos caballos y muy guerrera con sus vecinos y con los árabes, que así no pasan a su territorio. No hay en dicho monte ciudad ni castillo, sino muchas aldeas y caseríos. Existen hombres principales a quienes acata toda la plebe. Son bonísimas las tierras de cebada y mijo, fluyendo entre aquellos valles muchos manantiales que van a dar al río Sifsaia[32]. La gente viste muy bien y se obtiene mucho hierro que se vende con gran provecho en diferentes lugares. Cabalgan por allí muchos judíos armados, que luchan al servicio de los pobladores y son considerados herejes por los otros judíos del África, quienes los llaman Carraun[33]. En este monte hay árboles muy altos y espesos macizos de lentisco y boj, junto a grandes nogales. La gente suele mezclar las nueces y el argán para producir un aceite más bien amargo que emplean para comer y alumbrarse. Entre jinetes e infantes, cuenta dicho monte con unos veinticinco mil guerreros[34]. En mi vuelta al Sus, pasé por allí y, gracias a las cartas que de su jerife y príncipe llevaba, recibí muy buen trato y honores, lo que aconteció en el año de novecientos veinte[35].

El monte del Hierro, o Gebelelhadih[36]

No pertenece al Atlas; se alza en la orilla misma de la mar Océana hacia el norte y se extiende al sur hasta cerca del río Tensift, dividiendo la región de Hea de las de Marruecos y Duccala. Habita este monte el pueblo llamado de los Regraga, y hay en él bosques muy

31. Recordamos: Marrakech.
32. Sefsaua, Chefchaua, Chichaua actual.
33. Errata por *caraím* o *qaraím*, la herejía hebrea de los caraitas, secta judaica que profesa adhesión escrupulosa al texto literal de las Escrituras, rechazando las tradiciones, la autoridad de los doctores de la ley, de los *geonim* de Babilonia y de todos los rabinos que explican las tradiciones. Condenan el Talmud y sólo confieren autoridad a la Toráh. Su fundador fue Anán ben David. Vid. Keller, W., *H ª del pueblo judío*, p. 175 y ss., Barcelona, 1969; y Baer, Y., *H ª de los judíos en la España cristiana*, I, 20, Madrid, 1981.
34. Frase omitida en la versión Epaulard (p.86).
35. Junio-Julio de 1514.
36. Ŷabal al-Ḥadīd.

vastos, muchos manantiales, gran copia de manzanas y aceite de argán. De grano poseen poco; lo llevan de Duccala. Son pobres, honestos y devotos, y en las alturas viven muchos ermitaños y santones que se mantienen sólo con frutos de los árboles y con agua. Fieles y amigos de la paz, si alguien roba o causa cualquier otro daño, es desterrado por un tiempo; y son tan simples que, cuando alguno de sus ermitaños hace una cura, tiénenla por cosa de milagro. Sus vecinos árabes los acosan a menudo y, para vivir en paz con ellos, habían de pagarles tributo. Mahomet[37], rey de Fez, declaró guerra a estos árabes, que huyeron a las montañas, donde los montañeses, sintiéndose fuertes con la ayuda del monarca, diezmaron en los pasos estrechos a los beduinos, que fueron descuartizados por ellos y por el ejército real, obteniendo el sultán como botín tres mil y ochenta caballos de los árabes muertos, y viéndose los de aquel monte liberados de tributos; yo servía entonces en ese ejército real, el año novecientos veintiuno. Júntanse en aquel monte hasta doce mil guerreros.

Sus

Hablemos ahora de la región del Sus, que está de la otra parte del monte Atlas hacia mediodía, frente a las tierras de Hea: es decir, a un extremo del África y dando comienzo en la mar Océana para acabar en las arenas del desierto. Hacia el norte, su término está en el Atlas y en los confines de Hea, limitando a levante con el gran río llamado Sus, de donde deriva el nombre de esa región. Empezando por la parte de poniente, os haré relación a seguido de todas sus ciudades y lugares notables.

La ciudad de Messa

Se compone Messa en verdad de tres ciudades chicas a una milla la una de la otra, amuralladas de piedra sin desbastar y levantadas por los africanos a orillas de la mar Océana y al pie de la cumbre que inicia el monte Atlas. Discurre entre esas tres pequeñas poblaciones el gran río Sus, vadeable en verano pero no en invierno, disponiendo los ribereños de una suerte de barquitas sólo útiles para atravesarlo. El paraje donde están situadas las tres ciudades es un bosque propiedad de

37. Muḥammad as-Saʿīd al-Kāmil, *el Portugués*.

dichas villas y no selvático sino de palmeras, aunque los dátiles que produce no son muy buenos ni duran todo el año. Todos en Messa son agricultores y trabajan las tierras de septiembre a finales de abril, con la crecida del río. En mayo hacen la cosecha de grano y, si el río se desborda a destiempo, la dan por perdida. De ganado, poseen poco. Junto a la mar tienen una mezquita que cuidan con mucha devoción y de ella dicen los historiadores que saldrá el pontífice[38] justo profetizado por Mahoma. Cuentan también que la ballena que vomitó a Jonás lo hizo en las playas de Messa, y todas las viguetas de dicho templo son de costillas de ballenas, las cuales arriban muertas a la orilla, y de su grandor y fea estampa ponen espanto en quien las ve. Cree el vulgo que toda ballena que pasa cerca muere por virtud concedida por Dios a esa mezquita, cosa que yo no me hubiese creído si no aparecieran por allí tantas ballenas muertas, lo que me causaba sorpresa. Razonándolo luego con un judío, díjome éste que no era cosa de extrañarse, ya que casi a dos millas mar adentro hay unos escollos grandes y afilados en los que, cuando el tiempo es de temporal se estrellan las ballenas de paso, lacerándose y muriendo, argumento que me pareció mucho más razonable que el del vulgo. Estuve en Messa con su príncipe jerife y con un gentil hombre que me invitó a comer en un jardín fuera de la ciudad, y topamos por el camino con uno de dichos costillones de ballena, tan alto que por su arco pasan los camellos, y se dice, y tiénese por cosa de maravilla, que ese hueso lleva allá unos cien años. Hallase por la costa un ámbar perfectísimo, que compran por unas pocas monedas los mercaderes portugueses o los de Fez, a menos de un ducado la onza. Algunos afirman que son las ballenas las que crían ese ámbar: para unos es su boñiga y para otros el semen del miembro genital del macho vertido en el celo con la hembra y endurecido por el agua.

Teijeut, ciudad de Sus

Se trata de una antigua ciudad levantada en una hermosa llanura por los africanos. Compuesta, como Messa, de tres poblaciones en triángulo, también distantes entre sí una milla, tiene cuatro mil hogares y la flanquea el río Sus. Es riquísima en trigo, cebada y otros granos, así como en legumbres. Produce también mucha azúcar, pero no

38. El *Mahdī*.

saben cocerla ni limpiarla, por lo cual sale negra. Llegan a Teijeut para comprarla mercaderes de Fez, de Marruecos y de la Tierra de Negros, y hay asimismo gran copia de dátiles. No se usa otro valor que el oro en bruto y, en lugar de moneda menuda, unos pedazos de hierro que pesan una onza. Gastan ciertos paños de tela del valor de un ducado; hay poca plata, y esa poca la suelen llevar de adorno las mujeres. La fruta no abunda, salvo higos, uva, melocotones y dátiles. Tierra sin olivos, el aceite se trae al Sus de los montes de Marruecos y se vende a quince ducados el cántaro, o sea, ciento cincuenta libras de Italia. Como no acuñan moneda, cifran la onza de oro en siete ducados y un tercio. La onza es como la italiana, pero su libra suma dieciocho onzas; ellos llámanla *rethel*[39], y cien *retheles* hacen un quintal. El precio acostumbrado de transporte es en invierno –ni caro ni barato– de tres ducados la carga de un camello, igual a setecientas libras italianas, y ese precio sube en verano hasta cinco o seis ducados por carga. Lábranse allí esos bellos cordobanes llamados en Italia marroquinos, a seis ducados la docena y en Fez a ocho. Por el lado del Atlas vense muchas alquerías y aldeas, pero hacia el sur hay tierras deshabitadas, que son llanuras y predios de los árabes. En medio de Teijeut se alza un gran templo que ellos llaman la Aljama Mayor y por el que han hecho pasar un brazo del río. Hombres de carácter terrible, siempre andan en guerra entre ellos, y raramente en paz; tienen una autoridad en cada una de las tres poblaciones, cuyo período de gobierno sólo dura tres meses. Viste la mayoría de la gente como en Hea, y algún que otro viste de paño, camisa y turbante blanco; la medida de paño grueso vale un ducado y medio, y la pieza de la tela de Portugal o Flandes no muy gruesa, cuatro ducados, y cada pieza equivale a veinticuatro brazadas de Toscana. Hay en la ciudad jueces y sacerdotes, aunque sólo se les obedece en las cosas sagradas. Aquel con más parientes en los tribunales es el más favorecido y, cuando alguien mata a otro, los parientes de la víctima pueden matarlo o es desterrado por siete años, o bien permanece malamente en la ciudad. De alejarse de ella, cumplido el plazo de destierro ofrece un convite a los principales y hace las paces con sus adversarios. Tiene la ciudad muchos judíos artesanos, sin otro compromiso que el de hacer algún pequeño regalo a los caballeros.

39. *Raṭl*, arrelde.

Tarudant, ciudad del Sus

Construida por los antiguos africanos y muy grande, cuenta con unos tres mil hogares, dista del Atlas poco más de cuatro millas[40] hacia el sur y, hacia levante, treinta y cinco de Teijeut[41]. Vive Tarudant en la abundancia y en las costumbres antedichas, aunque es más pequeña y civilizada que las poblaciones que mencionamos. Cuando la dinastía Meriní reinó en Fez y en el Sus, fue morada y dominio del visorrey del sultán. Se ve en ella, aun hoy día, cierta fortaleza en ruinas que aquel rey levantó, pero una vez desaparecido ese señorío, la ciudad recobró su libertad. Visten sus habitantes paños y telas, y hay muchos artesanos. Ejercen el mando sucesivo cuatro notables por no más de tres meses. Las gentes de Tarudant son pacíficas y no ofenden nunca a sus vecinos. También hacia el Atlas hay muchas aldeas y caseríos y las llanuras a mediodía son tierras y pastos de los nómadas, debiendo pagar la ciudad, a la usanza del Sus, una fuerte cantidad en tributos para andar a salvo. En nuestros días, se rebeló contra los árabes y se sometió, en el año de novecientos veinte, a la autoridad del príncipe y jerife[42].

Gartguessem[43]

Es una fortaleza al extremo del monte Atlas y sobre la mar Océana, por donde desemboca el río Sus. Goza de bonísimas tierras, tomadas desde hace veinte años por los portugueses[44]. Los pueblos de Hea y Sus acordaron recobrar esta fortaleza y llegaron en su ayuda y de lejos muchos soldados de a pie, que nombraron capitán general a un notable que era jerife, es decir, de la casa del Profeta. Emprendido un largo asedio a la fortaleza y muertos muchos de los atacantes, hubo que levantar el sitio y los hombres volvieron a su tierra, quedándose algunos con dicho jerife para continuar la guerra contra los cristianos. Le aportó el Sus quinientos caballos, y habiendo tomado muchos bienes y convertido en buen conocedor del lugar, el tal jerife se rebeló y dio en tirano. Cuando salí de allá, tenía más de tres mil caballos y mucha tropa y dineros[45].

40. Algo más de seis kilómetros.
41. En realidad, sólo unas doce millas.
42. 1514.
43. Agadir.
44. La ocupación portuguesa de Agadir tuvo lugar en 1505.
45. La versión Epaulard (p. 92) añade: "...como lo hemos señalado más arriba detalladamente en el *Resumen* de la crónica mahometana", lo cual podría probar –estima Epaulard

Tedsi, ciudad de Sus

Ciudad grande, de cuatro mil hogares y obra asimismo de los antiguos africanos, dista hacia levante de Tarudant treinta millas, de la mar Océana sesenta, y del monte Atlas, veinte. Es tierra abundosa y fructífera, en la que nacen mucho trigo, índigo y azúcar, y a la que llegan traficantes de la Tierra de Negros. Vive su gente en paz, y es cortés y honesta. Se gobiernan a modo de república, rigiendo siempre seis hombres elegidos y por un plazo de dieciséis meses. A tres millas de las casas pasa el río Sus, y hay numerosos artesanos judíos, como orfebres, herreros y otros. Existe un templo atendido por muchos sacerdotes y ministros de religión. Disponen de jueces y doctores de la ley, pagados por la comunidad de la población. Los lunes[46] son días de mercado, al que acuden beduinos, campesinos y montañeses. En el año de novecientos veinte, la ciudad se acogió al príncipe jerife, que ya era su canciller.

Tagauost, ciudad del Sus

Es la mayor ciudad del Sus, con ocho mil hogares, hecha también por manos africanas y amurallada de piedra sin desbastar. Alejada de la mar Océana unas setenta millas, a unas cincuenta del monte Atlas, hacia el sur, y con el río Sus a diez, tiene muchas plazas, tiendas y artesanos. Hay tres bandos en el pueblo, que, más que hacer otra cosa, pelean entre sí, llamando cada uno en el propio socorro a los árabes quienes, según el salario, favorecen hoy a éste y mañana a aquél. Tiene el término de Tagauost tierras abundantísimas y mucho ganado, pero su gente malvende la lana a muy bajo precio. Se tejen muchas piezas de tela, que los mercaderes llevan una vez por año a Tombuctú, a Gualata y a la Tierra de Negros. Hay mercado dos veces por semana. Visten honestamente y sus mujeres son bellísimas y graciosas, con profusión de las personas morenas, hijos de blanco y negro. No hay una forma fija de gobierno, que viene ejercido por los de más poder. Yo pasé en la ciudad trece días con el canciller del príncipe jerife, comprando esclavas para éste, en el año novecientos y diecinueve.

(nota 111)– que el *Resumen* ya estaba redactado y debía figurar como encabezamiento de esta obra.

46. Según la versión Epaulard (p. 93), el sábado.

El monte Hanchisa[47]

Arranca casi desde el Atlas, o sea, a poniente, y tira a levante unas cuarenta millas. A sus pies están Messa y otras comarcas del Sus. En combate, sus hombres son muy valientes a pie, con tanto ánimo como para que uno de ellos se defienda de dos jinetes con ciertas azagayas que acostumbran a llevar consigo. No da trigo este monte, aunque sí mucha cebada y miel. Nieva todo el año, aunque parecen desentenderse del frío y visten ropas ligeras. Intentó muchas veces el príncipe jerife que pagasen tributos, pero fue inútil.

El monte Ilalem[48]

Empieza a poniente del anterior y acaba en la región de Guzzula hacia levante, y por el norte[49] en los llanos de Sus. Gente noble y valerosa, poseen gran cantidad de caballos y siempre andan en guerras entre ellos por causa de un filón de plata que en ese monte se halla y del que los vencedores sacan fruto.

Territorio de la región de Marruecos[50]

Ábrese esta región a poniente por el monte de Nefifa y discurre hacia levante hasta el de Hadimei[51], bajando al río Tensift por la parte en que éste se junta con el río Asifinual[52], a levante, donde empieza Hea. Tiene la región hechura de triágulo y es abundantísima en trigo y otros granos, así como en ganados, agua, ríos, manantiales y frutos, cuales son dátiles, uva, higos, manzanas y peras de todas clases. Es tierra casi toda llana, como la Lombardía en Italia, y los pocos montes son muy fríos y estériles, no dando más que cebada. A nuestra acostumbrada manera y comenzando por su parte occidental, describiremos ahora su geografía y ciudades.

47. Hankisa.
48. Ilalen, Hilala.
49. En el texto "por el sur": es un error.
50. Marrakech.
51. Animay.
52. Asif Inwal.

Elgiumuha[53], ciudad de dicha región

Es una ciudad pequeña, en una llanura y próxima a un río llamado Sefsaua[54], que dista unas siete millas del monte Atlas. Levantada por los africanos, pasó a manos árabes cuando decayó la dinastía almohade, y hoy no quedan de ella más que algunos vestigios. De sus tierras, los árabes cultivan las que les bastan para vivir y el resto lo dejan sin laborar. Pero cuando la ciudad estaba habitada solía rendir al año cien mil ducados y tenía cerca de seis mil hogares. Yo estuve cerca de ella y me alojé con árabes, entre los que di con gente generosa, aunque son pérfidos y traicioneros.

Imegiagen

Es una fortaleza en una cima de los montes Atlas, sin muralla en torno pero defendida por la naturaleza de su asentamiento. Dista de la ciudad antedicha unas veinticinco millas al sur. En el pasado fue señorío de nobles del lugar, pero luego fue tomada por el hereje Omar Essuef[55] del que ya hablamos, el cual, con muy gran crueldad, hizo matar hasta a los niños, mandando abrir a las mujeres preñadas, sacarles sus criaturas y descuartizarlas en el regazo de sus madres, de modo que antes de que gustasen las dulzuras de la vida ya probaban el amargor de la muerte. Sucedió en el año novecientos[56] y el sitio quedó deshabitado, repoblándose un poco en el novecientos veinte. Sólo cabe laborar y sembrar en las faldas del monte, no pudiendo ni transitarse los llanos al pie, ora a causa de los árabes, ora por los portugueses.

Tenezza

Es plaza fortificada en un flanco y lugar del monte Atlas llamado Ghedmiua. Levantada por los africanos de antaño, cae casi ocho millas a levante de Asifinual y a su pie hay muchas llanuras, excelentes todas para sembrar grano aunque los pobladores, incordiados por los nómadas, no pueden labrarlas. Sólo trabajan las laderas del monte y los terrenos entre el río y la ciudad, pagando cada año a los árabes el tributo de un tercio de sus productos.

53. al-Ŷum'a (el-Jemaa).
54. Chefchaoua, Chichaoua.
55. 'Umar as-Sayyāf.
56. 1495.

Nueva Delgumuha[57]

Fortaleza grande sobre un monte muy elevado y rodeada por otros, nace a sus pies el Asifinual, que en lengua africana viene a ser "río de ruido", ya que cae del monte con grave estruendo y a profundidad semejante a la del Infierno de Tívoli, en el alfoz de Roma. Levantada por señores de nuestros días, cuenta con unos mil hogares. Túvola largo tiempo un tirano de la familia del rey de Marruecos y cuenta aún con un buen contingente de caballos y de infantería. De las aldeas y caseríos del contorno saca una renta de poco menos de diez mil ducados. Mantiene su pueblo estrecha amistad con los árabes, y los honra a menudo con valiosos presentes, ofendiéndose por ello muchas veces los señores de Marruecos. Gente de bien, visten de modo galano y en su ciudad abundan los artesanos, por su proximidad de sólo cincuenta millas a Marruecos. Entre sus montes vense hermosos jardines y huertos con mucho árbol frutal. Suelen sembrar cebada, lino y cáñamo, y poseen grandes rebaños de cabras. Cuentan con sacerdotes y juez; sin embargo son gentes zafias y muy celosos de sus mujeres. Me alojó allí un pariente que en Fez quedó muy endeudado por dedicarse a la alquimia y pasó a vivir aquí llegando a secretario del señor de esta villa.

Imizmizi[58]

Es una ciudad grande, en la cima de un escarpado monte del Atlas, de fundación antigua y distante de la ciudad anterior unas catorce millas a poniente[59]. Hay bajo ella un desfiladero o paso a la región de Guzzula llamado Burris[60], es decir plumado, ya que de plumas blancas parece la nieve que allí cae de continuo. También tiene a su pie anchísimas llanuras que llegan hasta Marruecos, largas de treinta millas, que dan un trigo hermoso, grueso, el mejor de los que llevo vistos, y una harina perfecta; pero los árabes sofocan mucho a esta ciudad, así como el señor de Marruecos, de manera que la mayoría de sus campos está abandonada y los habitantes de la ciudad comienzan

57. Sūq al-Ŷum'a al-Ŷadīd.
58. Amizmiz.
59. De hecho, a levante.
60. *Bū(Abū) r-rīš.*

a dejarla; son pobres de dinero, pero poseen en cambio bastantes tierras y cereal. Paré allá en casa de un tal Sedicanon[61], ermitaño de gran reputación y estima.

Tumeglast

Distante del Atlas unas catorce millas a tramontana, y de Marruecos casi a treinta, consta Tumeglast de tres castillejos en una llanura, rodeados de palmeras datileras, viñas y otros frutales, así como de una hermosa campiña excelente para los cereales, pero también viven agobiados por los nómadas, y las citadas plazas fuertes se ven, más o menos, deshabitadas, con no más de doce o quince familias unidas en parentesco al antedicho eremita, por lo que pueden cultivar una pequeña parte de esos campos sin rendir tributo a los árabes, quienes en sus viajes se alojan en sus casas. Éstas son pequeñas y miserables, con más de cuadra de burros que de morada de hombres, llenas de pulgas, chinches y fastidios semejantes. Las aguas son saladas. Allí me hospedé con Sidi Iehie[62], que fue a recaudar los tributos en nombre del rey de Portugal, quien lo había hecho capitán suyo en la campaña de Azafi.

La ciudad de Tesraft

Pequeña y a la orilla del río Asifelmel, cae a catorce millas de Marruecos hacia poniente y casi a veinte del monte Atlas. En su torno vense muchos vergeles de dátiles y buenas tierras de cereal. Todos sus moradores son hortelanos y el dicho río se desborda a veces y arruina los cultivos; además, los árabes llegan en verano y se comen y llevan lo mejor. Yo estuve allí el tiempo justo de dar pienso a los caballos y escapé con gran suerte ese día de ser asesinado por los beduinos.

La gran ciudad de Marruecos[63]

Marruecos se cuenta entre las mayores ciudades del mundo y las más nobles del África. Extendida en una vasta llanura y distante del Atlas casi catorce millas, fue fundada por José hijo de Tesfin, rey del

61. Sīdī Abū 'Abd Allāh Qānūn.
62. Sīdī Yaḥyà.
63. Marrakech.

pueblo de Lumtūna, en los tiempos en que aquel soberano entró con sus gentes en la región[64], haciéndola sede de su reino cerca del paso de Agmat; éste atraviesa el Atlas y va al desierto, donde están los lares de dicha tribu. Fue edificada la ciudad con el consejo de excelentes arquitectos e ingeniosos artífices; ocupa mucho terreno y en vida de Hali, hijo del rey José[65], tenía cien mil hogares y hasta más, veinticuatro puertas y hermosas murallas de tapial y cal viva. El gran río Tensift pasa a seis millas de la ciudad, bien provista de mezquitas, *madrasas*, baños y posadas. Algunos de los templos fueron erigidos por los reyes Lumtunas y otros por sus sucesores los soberanos almohades; en medio de la ciudad hay uno verdaderamente hermoso construido por Hali, hijo de José el primer rey de Marruecos, y se llama el templo de Haliben José, pero un sucesor de dicho reino, Abdul Mumen[66], lo hizo demoler y reedificar, sólo para despojarlo del nombre de Hali y hacer lucir el suyo, esfuerzo vano al fin, ya que la gente sigue dándole su antiguo nombre. Mencionaré también otro templo inmediato al castillo y erigido por dicho Abdul Mumen, el cual fue el segundo soberano de la dinastía que sucedió a los almorávides mediante rebelión. Este templo lo hizo agrandar cincuenta brazas por cada lado su hijo Mansor, adornándolo asimismo con muchas columnas llevadas de España, y haciendo abrir debajo una cisterna tan grande como el templo mismo, cuyos tejados, de plomo y acanalados en los bordes, recogían y vertían en dicha cisterna toda el agua de las lluvias. Ese hombre hizo también construir una torre de piedras labradas y muy gruesas, como las del Coliseo romano. Este alminar mide cien brazas toscanas de perímetro[67] y es más alto que la Torre Asinelli de Bolonia. Su escalera es de nueve palmos, de diez el grosor de los muros de afuera y de cinco los de la torre. Hay dentro siete estancias, la una sobre la otra, bellas y bien arregladas, y toda la subida al alminar disfruta de mucha luz, pues cuenta de arriba abajo con ventanas bellísimas y dispuestas con gran ingenio, mayores por dentro que por fuera. En la azotea hay otra torreta de veinticinco brazas, de la altura de dos lanzas grandes, con tres cuerpos comunicados por escalerillas, y rematada en aguja, sobre la que a su vez se yergue un vástago coronado por tres bolas de plata de mayor a menor, y las tres pesan

64. 1062. Yūsuf b. Tašufīn.
65. Abū l-Ḥasan 'Ali b. Yūsuf.
66. El califa almohade 'Abd al-Mu'min b. 'Alī.
67. La Kutubiyya mide 50 metros de perímetro.

noventa y tres libras de Italia. Es tal la altura de esa torre que desde ella un hombre que mire abajo cual si se hallase en la cofa de un navío, verá a los más altos y fornidos no mayores que criaturas de un año. Y se distinguen muy bien la montaña de Azafi, que cae a ciento treinta millas de la ciudad, y las llanuras de alrededor, casi a lo largo de cincuenta millas[68]. En cuanto al templo que ya mencioné, no está muy adornado, aunque todos sus techos son de madera y bello artesonado, como muchos de las iglesias italianas. Siendo una de las mayores mezquitas del mundo, está abandonada hoy día, ya que sus feligreses no acostumbran a hacer en ella más que la oración del viernes y por lo poco poblada que está la ciudad, sobre todo las calles cercanas a dicho templo, por las que se va con gran trabajo dadas las muchas viviendas en ruina que estorban la marcha. A la entrada de esa mezquita había cien tiendas de libreros[69], y otras tantas enfrente, pero ahora no se encuentra ni una, pues la pobre ciudad está vacía en sus dos terceras partes. En los solares se han plantado palmeras, uvas y otros frutales, ya que en los campos de fuera no puede la gente disponer de un palmo de terreno, a causa de los árabes. En verdad cabe decir que esta ciudad ha envejecido antes de tiempo, ya que no hace aún quinientos y seis años que fue levantada, y ello se debe a las guerras y a los cambios de amo. Comenzó su construcción José hijo de Tesfin, el año cuatrocientos y veinticuatro de la Hégira; muerto éste, le sucedió su hijo Hali[70] y a éste su hijo Abraham[71], en cuyo reinado se sublevó un tal predicador Elmaheli[72], nacido y crecido en los montes, que al frente de numerosa tropa derrotó al rey, impidiendo su vuelta a la ciudad y forzándolo a huir hacia levante con los pocos que le habían quedado. No contento con su victoria, Elmaheli mandó en persecución de Abraham[73] y con la mitad de su ejército a uno de sus discípulos destacados, Abdul Mumen, quedándose con la otra mitad para poner sitio a Marruecos. Viéndose, pues, sin defensa, el rey se refugió en

68. En realidad, el macizo montañoso de Beni Maguer está a 100 kilómetros de Marrakech, no a los más de doscientos que indica el autor.

69. De ahí el nombre Kutubiyya.

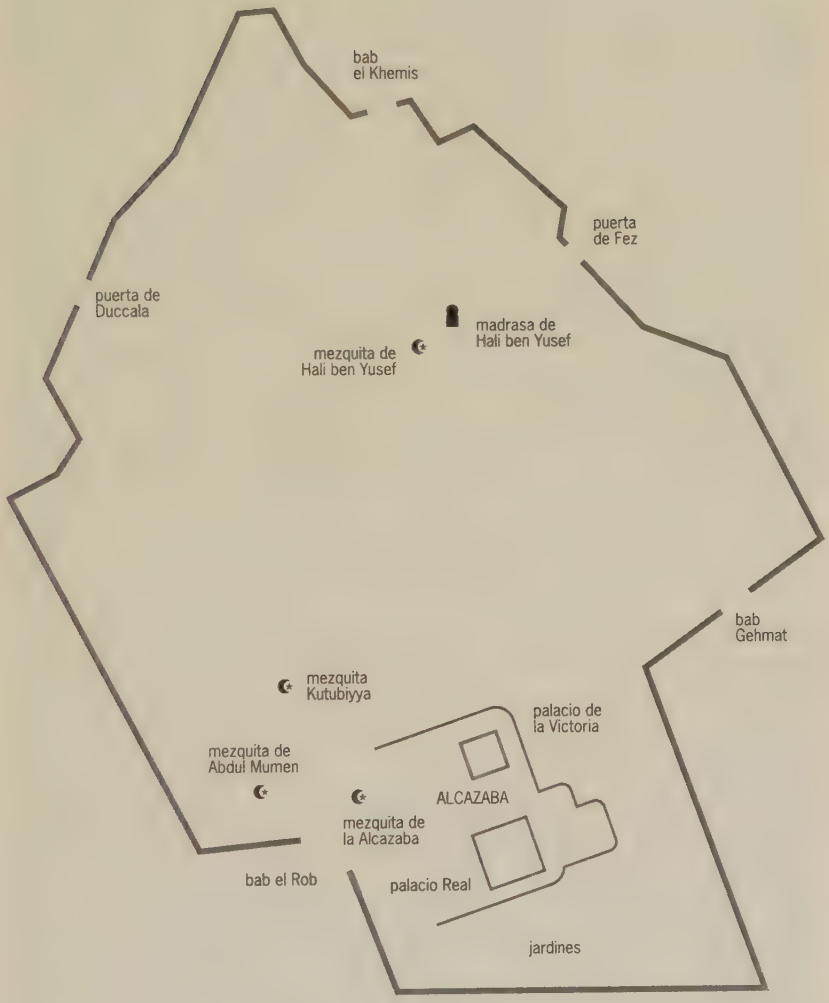
70. 'Alī, ya mencionado.

71. Tašufīn b. 'Alī, exaltado al trono el 1143.

72. El-Mahdī. Muḥammad b. Tūmart se sublevó en 1120 y en 1121 se hizo proclamar en Tinmāl Mahdī de los almohades; murió en 1130, antes de que sus seguidores acabaran con el poder almorávide.

73. La dramática y novelesca muerte de Tašufīn b. A'lī, en Orán, debió suceder en 1145. León confunde a este sultán almorávid con su hijo Ibrāhīm (Abraham) que fue proclamado

CIUDAD DE MARRUECOS



Orán, donde se aprestó a la defensa con las fuerzas que consigo llevara, mas presentándose de improviso Abdul Mumen a cercar la ciudad, los oraneses dijeron al rey que no sufrirían por su culpa las calamidades de tal asedio. Perdida, pues, toda esperanza, el triste rey salió ocultándose de noche y a caballo por una puerta de la ciudad, con su mujer a la grupa, se encaminó a una roca muy alta sobre la mar y, picando espuelas, se despeñó, quedando despedazados y hallados sobre un escollo la bestia y la pareja, a la que se dio mísera sepultura.

Vuelto a Marruecos victorioso Abdul Mumen, quiso su buena suerte que hubiera muerto Elmaheli, así que fue elegido rey y pontífice por cuarenta discípulos y diez secretarios del difunto, una costumbre nueva en la ley mahometana. El flamante señor mantuvo con bravura el asedio de la ciudad, en la que entró al cabo de un año, sacrificando cruelmente con sus propias manos al pequeño Isaac, el único hijo vivo del rey, y haciendo matar también a la mayoria de los defensores supervivientes y a una gran parte de la población. Reinó su dinastía desde el año quinientos y dieciséis de la Hégira hasta el seiscientos setenta y ocho, siéndole entonces arrebatado su señorío por los reyes de la Casa de Marín[74]; tan grandes son los cambios de la mudable fortuna. Los Meriníes rigieron la ciudad hasta el setecientos ochenta y cinco, decayendo luego también y pasando el dominio de Marruecos a manos de distintos señores que vivían en el monte Viejo, cerca de la ciudad, la cual de ningún cambio recibió tanto daño como del de los Meriníes, que, asentando en Fez su corte y dejando en Marruecos un virrey, hicieron de Fez la cabeza del reino de Mauritania y de toda la parte occidental, cosa de la que hemos tratado más por extenso en nuestro Resumen de las crónicas mahometanas.

Mucho nos hemos apartado de la descripción de Marruecos, volviendo a la cual diremos que posee una alcazaba cuyas murallas son muy gruesas y fuertes, con hermosas puertas de piedra tallada, de batientes guarnecidos de hierro. En medio de la fortaleza hay una mezquita hermosísima con un alminar no menos bello, coronado por una flecha que rematan, de mayor a menor, tres perillas de oro cuyo valor alcanza los ciento y treinta mil ducados africanos. Muchos regidores

rey de Marrakech y depuesto por incapaz; el último gobernante almorávid fue Isḥāq b. 'Alī, tío del anterior y ejecutado por el triunfante 'Abd al-Mu'min.

74. Los meriníes. El último gobernante almohade, Abū Dabbūs, pereció en 1269, aunque la ciudad de Marrakech había caído con anterioridad.

han querido venderlas para afrontar necesidades, pero siempre en tales casos ha sucedido algún accidente raro que les ha obligado a dejarlas donde están, aparte de que el pueblo tiene por cosa de mal agüero quitarlas de su sitio, creyendo que dichas perillas están allí gracias a un influjo tan grande de los planetas que no pueden ser nunca desmontadas. Dícese también que quien allá las puso, obró algún hechizo para que los espíritus las vigilasen celosamente. En nuestros días, para defenderse de los cristianos portugueses y burlándose de la credulidad y supersticiones del populacho, el rey de Marruecos las mandó desmontar pero la gente no lo consintió, alegando que se trataba de la más noble prenda de la ciudad. Hemos leído también en la historia que el origen de esas tres bolas de oro está en la fundación del templo por el rey Mansor y en la mujer de éste, quien, queriendo dejar un recuerdo de sí misma en su ornamentación, usó sus alhajas, el oro, la plata y las joyas que le regalara el monarca al desposarla, para fundir las tres bolas de oro y embellecer con ellas el templo. También hay en aquel reducto un muy noble colegio o institución de estudios diversos, con treinta estancias y un gran salón encima donde tiempos atrás se cursaban las lecturas; los alumnos satisfacían una vez al año sus gastos y vestimenta, percibiendo cien ducados algunos de los maestros, y otros doscientos, según la calidad de las lecciones que habían de impartir y no siendo admitido ningún discípulo que no fuese buen conocedor de los principios de las ciencias. Adornan ese edificio hermosos mosaicos y, donde no los hay, vénse baldosines de arcilla vidriada sutilmente laminados y otras labores cerámicas, sobre todo en el salón de lectura, los soportales y todo el exterior, recubierto de unas piedras vidriadas que llaman *ezzuleia*, azulejos, como se usa decir en España. En mitad de dicho edificio hay una hermosa fuente labrada en mármoles preciosos, aunque baja, al estilo de las de África. Tuvo esa *madrasa*, según he oído decir, un gran número de discípulos, de los que no quedan sino cinco y un profesor de leyes ignorantísimo, que poco sabe de humanidades y tanto menos de ciencias. Cuando estuve allá, traté a un juez rico y buen conocedor de las Historias africanas pero poco experto en leyes, en las que sin embargo se desempeñó por su práctica de cuarenta años como notario y protegido del sultán. Los demás que administran los despachos públicos me parecieron hombres de torpe cabeza, por lo que pude ver cuando acompañé al monarca en mi primer viaje a Marruecos. Hay asimismo en la tal fortaleza once o doce palacios muy bien hechos y decorados,

construidos por Mansor. El primero de ellos disponía de una guardia de ballesteros cristianos, que solían ser quinientos y precedían a su señor cuando se desplazaba de un lugar a otro. En el palacio contiguo vivían otros tantos arqueros, y al lado, los cancilleres y secretarios, cuyo pabellón llámase en su lengua Casa de los Negocios. El tercero tiene por nombre Palacio de la Victoria, y en él se guardaban las armas y municiones de la ciudad. Algo más allá, otro palacio alojó al maestro de caballerizas, de las que posee tres de bóveda, en cada una de las cuales caben con holgura doscientos caballos. Hay otras dos cuadras, con cabida la una para cien mulos y destinada la segunda a las yeguas y mulas que monta el rey.

A seguido había dos graneros también de bóveda y de dos cuerpos, uno para el forraje y cebada de los caballos y el otro para el trigo; en cada uno caben treinta mil *ruggi* de grano. Sobre el techo de estas construcciones se abrieron bocarones hasta los cuales las bestias cargadas subían por una rampa de piedra, y una vez allí, después de medido, el grano se vertía a sus silos. Otros agujeros en los bajos facilitaban sacarlo, con lo que el trigo podía tomarse y reponerse sin mayor trabajo. Aún más allá se ve otro hermoso edificio para escuela de los hijos y familiares del rey, con una hermosa cámara cuadrada, rodeada de corredores y provista de bellísimas ventanas con vidrios de color, y de unos armarios de madera incrustada de fino oro y muchas pinturas en azul. Hay otro palacio para guardia armada, un segundo enorme donde el señor solía conceder sus audiencias, y un tercero para los conciliábulos de embajadores y consejeros. Seguía uno más, ocupado por las esposas, damas y esclavas del monarca, y otro cercano y muy dividido, para sus hijos ya un poco crecidos. Junto a los muros de la fortaleza que dan al campo hubo un muy lindo huerto con toda suerte de árboles y de flores, y una galería de mármol de siete palmos de espesor en la que lució un león también de mármol, labrado con suma maestría, de cuya boca manaba un agua clara y abundante, y muchos leopardos de mármol blanco con manchas verdes y redondas obradas por la Naturaleza, que no existe en ningún otro lugar salvo en un monte del Atlas a ciento cincuenta millas de Marruecos. Junto al jardín hallábase una casa de fieras y animales salvajes, como jirafas, elefantes, leones y gacelas, aunque los leones estaban apartados en un lugar al que aún dan nombre. Si bien escasos, los vestigios del pasado de la ciudad dan buena cuenta de su grandiosidad en tiempos de

Mansor, de cuyos palacios no están hoy día habitados más que el de su familia y el de los ballesteros, ocupándolos ahora los porteros y mozos de cuadra del nuevo señor. Todos los demás son nidos de palomos, grajos, lechuzas, búhos y otros pájaros. El jardín, tan hermoso antes, es hoy muladar de la ciudad, y en sendas partes de la que fue biblioteca han hecho un corral de gallinas y un palomar, anidando unas y otras aves en los antiguos estantes de los libros. Sin duda Mansor fue un gran príncipe, pues reinó desde Messa hasta Trípoli de Berbería, la parte más noble de África, que no puede recorrerse a lo largo en menos de noventa días, y de quince a lo ancho. Señoreó asimismo en Europa toda la parte de España llamada Granada, que llega desde Tarifa hasta la provincia de Aragón, junto a una buena porción de Castilla y otra de Portugal. Y no sólo Mansor tuvo tanto dominio, pues también lo tuvieron su abuelo Abdul Mumen, su padre José y el mismo Jacob el Mansor y su hijo Mohamed Enasir, derrotado y vencido en el Reino de Valencia, donde murieron sesenta mil hombres suyos de caballería y de infantería, aunque él salvó la vida y volvió a Marruecos. Animados por esa victoria, los cristianos prosiguieron su campaña y a la vuelta de treinta años habían recuperado Valencia, Denia, Alicante, Murcia, Cartagena, Córdoba, Sevilla, Jaén y Úbeda. Con aquellas memorables derrotas y matanzas empezó a apagarse el poder de dichos reyes y, muerto Mohamed, dejó diez hijos ya hombres que rivalizaban por el poder entre ellos y acabaron matándose y causando que los meriníes entrasen en el reino de Fez. También se levantó por aquella parte el pueblo de Habduluad[75], que reinó en Telensin, quitó al regidor de Túnez e hizo rey a quien le plugo. Fue luego el reino a manos de Jacob hijo de Habduluad[76], primer rey meriní. Últimamente, la ciudad de Marruecos goza de escasa fama y anda muy agobiada por los nómadas, debiendo renunciar su gente incluso a sus más modestos deseos y voluntades. Cuanto he escrito de esa ciudad ha sido en parte vivido por mí, y sacado en parte de la Historia de Ibnu Abdul Malik[77], su cronista, dividida en siete libros, y de mi Resumen de las crónicas musulmanas.

75. Banū ʿAbd al-Wād, zenetes.
76. Abū Yūsuf Yaʿqūb b. ʿAbd al-Ḥaqq se proclamó sultán tras la toma de Marrakech y la muerte de Abū Dabbūs (Vid. nota 74 supra).
77. Ibn ʿAbd al-Malik al-Marrākušī, autor del *Kitāb aḏ-ḏayl wa-t-takmila*.

La ciudad de Agmet[78]

A veinticuatro millas de Marruecos y levantada por los africanos antiguos en la falda de una montaña del Atlas, cuenta con unos seis mil hogares y en la época de los almohades fue lugar muy civilizado, y llamado la segunda Marruecos. Circundada, tanto en el monte como en el llano, por hermosos jardines, huertos y viñas, corre a su pie un bello río que nace en los montes del Atlas y se junta luego con el río Tensift. Separa ambos una campiña fertilísima cuya tierra sembrada, dicen, puede dar el cincuenta por uno. El agua de ese río está siempre clara y sus parajes se parecen a los de Narni y el río Negra en Umbría: dícese de él que llega hasta Marruecos y que, escondiéndose ya cerca de la ciudad, discurre por ciertos canales subterráneos de los que no se ve ninguno hasta dicha ciudad. Deseosos de saber de dónde venía aquel agua, ciertos señores de la urbe hicieron entrar en dichos viajes de agua a hombres con faroles y, apenas penetraron, se les apagaron las luces por un viento tan fuerte que ya no les permitió ver cosa alguna, poniéndolos también en el peligro de no poder volver sobre sus pasos. Había allí profundas grutas y rocas muy grandes que obstruían la corriente, despeñando el agua ya a un lado, ya a otro; y viéronse forzados a echar atrás y dejar su empeño, que nadie tuvo luego el valor de repetir. Cuentan los historiadores que el fundador de Marruecos, prevenido por sabios astrólogos de que estaba destinado a librar muchas guerras, hizo por arte de magia que el río se ocultara allí de tal guisa, a los ojos de sus enemigos, para que no pudiesen éstos cortarles el agua. Bajo Agmet y cerca del río hay un paso que atraviesa el Atlas hasta la provincia de Guzzula, pero dicha ciudad se ha tornado hoy día guarida de lobos, zorros, cuervos y otros avechuchos y alimañas. En el tiempo que estuve, sólo un eremita habitaba la fortaleza junto a cien de sus discípulos, los cuales, dueños todos de nobles caballos, querían hacer de señores pero no tenían a quién señorear. Unos diez días me alojó dicho ermitaño, de quien un hermano era íntimo amigo mío ya que fuimos condiscípulos en Fez y estudiamos juntos en Teología, la *Epístola* de Nensefi[79].

78. Agmat, Aghmat.
79. *al-ʿAqāʾid* de an-Nasafi (1068-1142).

La población de Hanimmei[80]

Trátase de un villorrio que mira a la llanura desde una ladera del Atlas, a unas cuarenta millas de Marruecos hacia levante por el paso de Fez, o sea, para los que quieren viajar por el monte. El río de Agmet pasa a cerca de quince millas, y de él a la ciudad se extiende una muy fértil campiña de siembra, como la de Agmet. De Marruecos al río, todo es propiedad del señor de Marruecos, y desde esta ciudad a Hanimmei, todo del señor de esta población, un joven valiente, que guerreaba de seguido contra el señor de Marruecos y contra los árabes, con mando en muchos pueblos en los montes Atlas, generoso y hombre de ánimos; dieciséis años tenía cuando mató a un tío suyo y se nombró señor, viéndose de inmediato obligado a dar muestras de su valor contra una inesperada correría hasta las puertas de la ciudad, emprendida por muchos beduinos aliados a trescientos cristianos portugueses de caballería ligera. Con sólo cien caballos y un corto número de árabes, el flamante señor se defendió con tanto ahínco que causó gran matazón entre los árabes enemigos y, de los cristianos, ni uno volvió a Portugal, desastre que les ocurrió por desconocer el país y que acaeció en el año de novecientos veinte[81]. Demandóle luego tributos el rey de Fez y, al negarse el hombre, mandó contra él un ejército con muchos jinetes y ballesteros. Puesto a la defensa y metido en batalla, dicho señor de Hanimmei recibió un escopetazo en el pecho y cayó muerto, con lo cual quedó tributaria esa villa, y la propia esposa del señor entregó a muchos nobles que estaban prisioneros y encadenados al capitán del rey, quien volvió a Fez dejando allí un gobernador, en el año novecientos y veintiuno.

El monte Nififa[82]

Después de lo dicho sobre la región de Marruecos, que no ha sido poco, hablaremos ahora de los más famosos montes empezando por el de Nififa, el cual marca al oeste el comienzo de esta comarca y la separa de Hea. Está muy poblado y en sus cimas, pese a nevar con frecuencia, se siembra y crece mucha cebada. Son sus pobladores salvajes e inciviles, a los que de cualquier hombre de ciudad les asombra

80. Animay.
81. Principios de 1515.
82. Enfifa.

todo, hasta la ropa. Dos días que estuve con ellos no se cansaron de mirar y tocar mi ropa, que no era más que un albornoz blanco de estudiante y en aquellos dos días se ensució como un trapo de cocina, de tanto como lo toquetearon. Uno me cambió un caballo suyo que valdría diez escudos por una espada que en Fez no costaría más de uno y medio. Todo ello ocurre porque allá no llegan mercaderes y ellos no se atreven a bajar a los caminos, que andan plagados de una canalla asesina. Tienen cabras en abundancia, manzanas y aceite de argán, siendo allí donde empieza a hallarse el argán.

Monte Semede

Empieza en los límites del antedicho, del cual está separado por el río Sefsaua[83]. Extiéndese hacia levante unas veinte millas; hay allá muchas fuentes y nieve todo el año. Sus habitantes son villanos ordinarios y pobres, sin reglas ni razones salvo cuando acuden a algún forastero que les parece hombre entendido. Pasé una noche en la casa de un religioso al que honraban mucho, y hube de comer lo que ellos comen: harina de cebada hervida en agua con una cecina de al menos siete años, debiendo luego dormir en el santo suelo. Levantéme muy temprano, me dispuse a partir e, ignorando sus costumbres, me vi rodeado por una cincuentena de ellos que me empezaron a contar sus desavenencias tal como si yo fuese un cadí y, una vez que acabaron de hablarme y tras decirles yo que nada entendía en sus asuntos, llegáronseme tres de sus hombres más respetados, uno de los cuales, tratándome de gentilhombre me advirtió de que quizá yo desconocía su usanza: ningún forastero podía irse de allí sin oír sus pleitos y resolverlos. Con lo cual, y quitándome inmediatamente el caballo, tuviéronme a la fuerza con ellos nueve días y noches, tan ingratos en el comer como en el dormir; aparte de que, con todos sus enredos y no sabiendo escribir ninguno, me tocó también ser notario. Dijéronme al final que me harían un regalo bueno y honroso, y esa noche me pareció que duraba mil años, creyendo que percibiría una buena suma de ducados. Apenas clarear el día, me sentaron bajo el pórtico de una de sus mezquitas y, luego de hacer cierta oración, cada uno me trajo su presente, que me entregaban besándome la cabeza: un gallo, una cáscara de nuez, una, dos o tres ristras de cebollas, otras de ajos, y el

83. Chicaoua, ya mencionado *supra*.

más notable me regaló un macho cabrío. Todo lo cual, no teniendo yo modo de venderlo ya que en el monte aquel no hay dineros, hube de regalárselo a quien me alojó, por no cargar con ello; tal fue el premio a mis fatigas y padeceres de aquellos días. No callaré, empero, que unos cincuenta de esos desgraciados me acompañaron un buen tramo del camino, que no era nada seguro.

El monte Seusaua

Sito a seguido del antedicho, nace en él el río del que toma su nombre. Todo el año hay nieve aquí, y este pueblo bestial guerrea de continuo con sus vecinos, a pedradas de honda. Viven de cebada, miel y carne de cabra, y abundan entre ellos judíos herreros, que fabrican los azadones, guadañas y herraduras. Otros son albañiles, aunque éstos tienen poco trabajo a mano, ya que las paredes se hacen de piedra y barro y se cubren con bálago. No hay cal ni nada que se le parezca, ni tejas ni ladrillos; las casas de ese monte son de lo que hemos dicho. Sus pobladores cuentan con bastantes letrados, que los aconsejan en distintos asuntos. Yo conocí a algunos que habían estudiado en Fez y me trataron y acompañaron excelentemente.

El monte Sacsiua

Es muy salvaje, altísimo y muy frío, cubierto de bosques y siempre nevado. Sus pobladores se tocan con ciertos sombreros blancos. Nace aquí el río Assifinual y hay abundantes manantiales, así como cuevas anchas y muy profundas donde se cobijan los ganados tres meses al año, los de noviembre, diciembre y enero, alimentándose con heno y hojarasca de ciertos árboles muy grandes. La comida le llega a su gente de los montes vecinos, porque en éste nada medra, aunque en primavera y verano tienen leche, queso fresco y manteca. Hombres muy longevos, suelen vivir ochenta, noventa y cien años, y su vejez es fuerte, sin las naturales incomodidades que los años traen consigo. Cuidan de sus ganados y animales hasta la muerte; no aparecen por allí forasteros y no llevan zapatos, salvo ciertas sandalias rústicas contra los guijarros y algunos trapajos amarrados con cordeles a las piernas, para defenderlas de la nieve.

Tenmelle, monte y ciudad[84]

Es también éste un monte altísimo y muy frío. Poblado por doquier, en su cumbre hay una ciudad del mismo nombre, asimismo muy habitada y adornada por un hermoso templo; pasa por allí un río y en el lugar están enterrados el santón Elmahdi y su discípulo Abdul Mumen. La gente es maligna y cree ser muy sabia por haberse hecho a las doctrinas de tal hereje, así que en cuanto aparece un forastero se meten a discutir con él. Visten mal, viven en salvajismo en cuanto al propio gobierno y cuentan con un hombre de religión, que es también la primera autoridad del consejo. Sus provisiones de boca son, sobre todo, la cebada y el aceite de oliva, cosechando asimismo muchas nueces y piñones.

El monte Gedmeua[85]

Arrancando del monte Semmeda, desde el poniente, se extiende a levante hasta alcanzar Imizmizi. Sus pobladores son todos pobres aldeanos sujetos a los árabes[86], ya que habitan cerca de una llanura orientada al sur, donde está el monte de Tenmelle. En las laderas de este Gedmeua vense muchos olivares y campos de cebada, habiendo asimismo bosques muy grandes y numerosas fuentes en la cima del monte.

El monte Hantera[87]

Es el más elevado que he podido ver. Da comienzo, por el lado de poniente, en los confines del Gedmeua, y se extiende unas cuarenta y cinco millas a levante hasta el monte Adimmei. Lo puebla gente valiente, rica y dueña de muchos caballos. Hay una fortaleza cuyo dueño y señor es un hombre principal emparentado con el rey de Marruecos, con el que sin embargo anda siempre en guerra por mor de cierta aldea y un territorio limítrofe. Viven en el monte muchos artesanos judíos que rinden tributos a dicho señor[88]. En cuanto a fe,

84. Tinmāl (Tinmel).
85. Guedmiua.
86. La versión Epaulard (p. 114) agrega: "...y el señor de la nueva Guma".
87. Hinṭāṭa.
88. El impuesto de capitación.

todos comparten la de los Caraím[89] y, como se ha dicho, es gente brava armas en mano. La cima del monte está cubierta de nieves eternas, que la primera vez confundí con niebla, dada la altura a que se halla. Sus faldas están por doquier peladas de árboles y de verde, pero existen en ciertos lugares vetas de un mármol blanquísimo que no saben apreciar, sacarlo ni pulimentarlo. Vense en ciertos parajes muchas columnas, capiteles labrados y hermosas pilas de fuentes, que fueron mandados hacer en tiempos de los poderosos señores de los que antes hablamos, cuyos propósitos, empero, las guerras interrumpieron. Vi muchas otras maravillas, pero la memoria no puede con todas, ya que su alcance queda para cosas de más conveniente y útil conocimiento.

El monte Adimmei[90]

Bien ancho y alto, da inicio en el confín de los montes de los Hintata por el lado de poniente, y se extiende a levante hasta el río de Teseut. Aquí está la población donde dijimos estuvo aquel señor muerto en guerra con el rey de Fez. Hay en el monte muchos pueblos y produce abundantes cosechas de nueces, aceitunas y membrillos. Sus hombres son animosos y dueños de mucho ganado. El aire es templado y la tierra, fértil. Nacen de ella muchos manantiales y dos ríos, de los que en su lugar oportuno hablaré. Y ahora, luego de haber tratado del reino de Marruecos, que acaba en el Atlas hacia el sur, me ocuparé de la región de Guzzula, que está al otro lado de las montañas y frente a Marruecos, de la que dicho monte la separa.

Región de Guzzula

Está muy habitada y confina a poniente con el monte Ilda, del Sus; por el norte con el monte Atlas, casi a su pie, y por la parte de levante limita con la región de Hea. Sus pobladores son gente bestial y sin dineros, pero poseen mucho ganado y gran abundancia de cebada. Hay filones numerosos de hierro y cobre. Con éste hacen muchas vasijas que cambian en otros países por tejidos, especias, caballos y cuanto les es necesario. No existen en toda la región ciudades ni fortalezas, sino muchos pueblos grandes, por lo general de mil hogares, más o menos.

89. Caraítas, vid. *supra* nota 33 de esta Segunda Parte.
90. Animay.

Tampoco tienen señor y se rigen entre ellos de tal modo que siempre andan divididos y en guerra. Sus treguas no duran más allá de tres días por semana, en los cuales los enemigos pueden comerciar entre sí y pasar de un lado al contrario, pero fuera de aquellos días se matan como bestias. Dispuso esas treguas, cuando yo pasé por tal región, un ermitaño al que tenían por santo, que andaba, el pobre, falto de un ojo, y que me pareció hombre muy puro, benigno y lleno de caridad.

Visten esas gentes ciertos camisones de lana, cortos, sin mangas y muy sujetos por arriba, y usan unos puñales curvos y largos, de doble filo y muy aguzados en la punta. Llevan asimismo espadas como las de Hea. Hacen en sus pueblos una feria de dos meses en la que dan de comer a cuantos forasteros se hallen en ellos, así fueren diez mil. Cuando se acerca esa fiesta, pactan otra tregua y cada bando designa un capitán y cien soldados de a pie como guardia de seguridad en la feria. Juzgan y castigan estos guardias a los que cometen daños según la gravedad de su delito, pero a los ladrones los matan enseguida, atravesándolos con jabalinas y echando sus cuerpos a los perros. La dicha feria tiene lugar en un llano entre montes y los traficantes guardan sus mercaderías en tiendas y en ciertas chozas de ramas, y los unos están apartados de los otros, los de tejidos por un lado, por otro los buhoneros, y así. Los vendedores de ganado se ponen fuera de esas tiendas, cada una de las cuales tiene cerca una caseta hecha también de ramas, donde se aloja a los caballos y se da de comer a los de fuera. Ciertos superintendentes se ocupan de proveer a estos gastos para los forasteros y, por altos que esos gastos sean, ganan el doble con las ventas, ya que llegan a esta feria gentes de todas las comarcas vecinas, aun de la Tierra de Negros, que mueven mucho negocio. Diré para acabar que la de Guzzula es gente de corto ingenio, pero digna de admiración en lo que atañe a llevar en paz y tranquilidad dicha feria, que empieza el día de la natividad de Mahoma[91], 12 del mes de Rabih y tercero del año árabe, según su cuenta[92]. En el año novecientos veinte estuve por gusto durante quince días en esa feria con el príncipe jerife.

91. Muḥammad.
92. El 12 de rabī' al-awwal del 920 H. equivale al domingo 7 de mayo de 1514.

Región de Duccala

Por el lado de poniente, la provincia de Duccala da comienzo en Tensift, concluyendo hacia el norte en la mar Océana, hacia mediodía en el río de Habid y a poniente en el Ummirabih. Tres jornadas se precisan para atravesarla a lo largo y cerca de dos a lo ancho. Está muy poblada de gente maligna e ignorante, hallándose en ella no pocas ciudades amuralladas. Reseñaremos cuanto en sus lugares haya digno de ser contado.

La ciudad de Azafi[93]

Edificada antiguamente por los africanos a la orilla de la mar Océana, tiene unos cuatro mil hogares y está muy poblada aunque poco civilizada. Hubo gran cantidad de artesanos, con unas cien casas de judíos. Inútil es que la tierra sea óptima y fructífera, ya que sus torpes pobladores no saben cultivarla ni plantar viñas; sólo trabajan algún huertecillo. Cuando la fuerza de los reyes de Marruecos empezó a decaer, rigió esta ciudad cierta familia Farhon. En mi tiempo, el señor, muy valiente, se llamaba Hebdurrahman[94], y para reinar había matado a un tío suyo, pacificando luego la ciudad y permaneciendo largamente al frente de ella. Una hija suya, hermosísima, se enamoró de un plebeyo pero jefe de mucha gente, Hali, hijo de Goesimen[95], con el que, ayudada por una esclava y por su madre, yació a menudo. Avisado de ello el padre por la esclava, encolerizóse con su esposa y la amenazó de muerte, pero luego hizo como si se olvidase. Conociendo sin embargo la maldad del señor, su mujer advirtió a Hali que anduviese con cuidado. Hali temió por su vida y se decidió a matar al señor, confiándoselo a otro temerario muchacho, jefe también de mucha gente y muy de su confianza. Esperaron, pues, un buen momento para consumar sus propósitos y, el día de cierta fiesta solemne, el rey mandó a decir a Hali que, después de la oración, quería darse el gusto de cabalgar un rato con él y que lo aguardase en un determinado sitio, que era donde había resuelto dar muerte al joven. A seguido, se encaminó al templo, y Hali, muy pendiente de todo,

93. Safi.
94. 'Abd ar-Raḥmān.
95. 'Alī b. Wašimān, personaje citado en documentos portugueses por participar en misiones diplomáticas ante la corte de Manuel I.

avisó a su compinche de que la hora del golpe era llegada, así que en compañía de otros diez conjurados, muy bien armados todos, y luego de haber aprestado, con la excusa de mandarlo a Azamur, un bergantín en el que huir en caso de necesidad, dirigióse a la mezquita, rebosante de gente, donde el señor acababa de entrar y estaba ya la oración comenzando. Seguidos por sus escoltas, los animosos jovenes penetraron en el templo y se allegaron al señor, que estaba junto al oficiante, no siendo interferidos por la guardia, que nada sospechó porque los tenía por muy adictos al monarca. Pudo así uno de ellos situarse ante el señor, y detrás de éste, Hali, quien le infirió de pronto una puñalada en la espalda, mientras que el otro joven lo atravesaba y remataba con su espada. Armóse entonces un gran revuelo y la guardia real se fue en principio contra ambos ejecutores, a los que con sus espadas desnudas defendieron los otros diez conjurados. Creyendo aquí vérselas con un gran motín popular, la guardia huyó con toda la gente, quedando sólo en la mezquita los conjurados, quienes, echándose a la plaza, convencieron con muchas palabras al pueblo de que habían obrado con justicia matando al señor, el cual tenía mandado que se les asesinase. Encalmado el populacho por sus argumentos, consintieron que la ciudad fuese regida por los dos conjurados, quienes lo hicieron en paz por poco tiempo ya que cada cual iba a lo suyo. En tanto, los mercaderes portugueses, numerosos en la ciudad, habían aconsejado al rey de Portugal que mandara una hueste, dado lo fácil que parecía apoderarse de ella, pero el monarca portugués no se resolvió a hacerlo hasta que el señor no fue muerto, siendo avisado luego por dichos mercaderes de que la ciudad se hallaba dividida en partidos, al capitán de uno de los cuales se habían conquistado dichos mercaderes con distintos presentes, haciéndolo su amigo y llegando con él a un convenio que, con cortos esfuerzos y dineros, pondría Azafi en sus manos. Tal acuerdo consistió en que ese jefe les permitiese levantar una casa fortificada junto al mar para tener allí bien seguras sus mercaderías, ya que, según arguyeron, después de muerto el rey les habían robado y despojado de muchas. Edificóse pues ese fortín y allá hicieron llevar los portugueses a escondidas gran copia de arcabuces y escopetas, ocultos en los odres del aceite y en los atadijos de sus mercancías, pues, en pagando los portazgos, no se las curioseaban. Así, y una vez que estuvieron bien provistos para la defensa y el ataque, los portugueses procuraron pleitos y pendencias con los moros. Mientras compraba carne, el criado de uno de los mercaderes

provocó de tal modo al carnicero que éste le abofeteó, por lo que recibió en el pecho una puñalada que lo mató, huyendo prestamente el siervo a esconderse en la mentada casa fortificada. Levantóse entonces el pueblo en armas y corrió a aquella casa con la intención de asaltarla y despedazar a cuantos en ella se hallasen, pero los bien armados portugueses respondieron en seguida con gran profusión de escopetas, ballestas y arcabuces, dispersando a los asaltantes y matando casi a ciento cincuenta. Con todo, y al cabo de unos días, se reprodujo el ataque, mas llegó en esto una escuadra de Lisboa fletada por el rey, con mucha artillería, abundantes provisiones de boca, cinco mil hombres de infantería y doscientos jinetes. La aterrada morería dejó entonces Azafi y se refugió en los montes Benimeguer, permaneciendo en la ciudad tan sólo la familia y partidarios de quien autorizó la construcción del citado fortín. Después de entrar en Azafi, el almirante de la armada hizo conducir a su presencia a aquel jefe, llamado Iehia[96], y se lo mandó luego al monarca portugués que lo recompensó y dio veinte servidores, devolviéndolo luego a Azafi para que la gobernase, ya que el almirante portugués no conocía las costumbres de aquella gente ignorante ni cómo manejarla. La ciudad quedó casi despoblada y todo el país en la ruina. Me he demorado deliberadamente en este relato para que se vea cómo una mujer y las divisiones internas fueron motivo, no sólo de la calamidad de Azafi, sino aun de todo el pueblo y región de Hea. Doce años tendría yo entonces y, casi catorce después, fui como parlamentario del rey de Fez y del jerife príncipe del Sus y Hea, para tratar con el ya mentado señor de aquella parte, quien con quinientos jinetes portugueses y más de doce mil árabes asaltó las tierras del rey de Marruecos, recaudando para el de Portugal sus tributos, en el año de novecientos veinte, según escribí en las crónicas abreviadas.

Conte[97], ciudad de Duccala

Alejada de Azafi unas veinte millas y levantada por los godos cuando dominaron aquella ribera, hoy dio en la ruina y su territorio está sometido a algunos árabes de Duccala.

96. Yaḥyà.
97. Kunti.

Tit, ciudad de Duccala

Es una ciudad antigua, distante de Azemur unas veinticuatro millas y fundada por los africanos junto a la mar Océana. Cuenta con muchos campos de grano bueno y abundante. Su pueblo es tan torpe que no sabe mantener un huerto ni mostrar gentileza alguna, aunque por su trato y entendimiento con los portugueses han aprendido a vestir bien. Al rendirse Azemur, Tit se entregó también al capitán del rey y comenzó a pagar tributos. En estos tiempos, el monarca de Fez acudió en persona a socorrer al pueblo de Duccala, pero, al no conseguir nada y luego de haber mandado ahorcar a un cristiano tesorero y a un comisario judío, hizo trasladar a las gentes al reino de Fez y les asignó un villorio pequeño y deshabitado tiempo ha, como a doce millas de Fez.

Elmedina, ciudad de Duccala

Es casi la capital de la región y la rodea una suerte de murallas que allí se usa, más burdas y deslucidas que otra cosa. El pueblo, aunque ignorante, viste buenas lanas que en el lugar se elaboran, y las mujeres llevan mucho adorno de plata y cornalina. Los hombres, valientes, poseen gran cantidad de caballos. También estas gentes fueron mudadas por el rey de Fez a su territorio para que no se entregaran al de Portugal, pues aquél supo que cierto viejo, jefe político en Elmedina, les aconsejaba que rindiesen tributo al portugués. Vi llevar preso a ese anciano, arrastrando cadenas y descalzo, lo cual me inspiró una grande lástima ya que hizo aquello por necesidad, creyéndolo mejor que perder los bienes y la vida. Muchos hubo que intercedieron por su libertad ante el rey de Fez, quien al fin lo soltó después de pagar un rescate. La ciudad quedó despoblada en el año de novecientos veintiuno.

Cien Pozos, ciudad de Duccala

Es una aldea sita en un cerro de roca calcárea. En sus afueras hay muchos silos para depositar el grano que –si hemos de creer a su gente– ha llegado a estar allí cien años sin estropearse ni maloler. Dado el gran número de dichos depósitos, que parecen pozos, el lugar fue llamado Cien Pozos. Sus moradores son gente plebeya, sin artesanos salvo algunos herreros judíos. Cuando el rey de Fez llevó a los de

Elmedina a vivir a su país, pretendió hacer lo mismo con éstos, pero, no queriendo ellos mudarse, huyeron a Azafi, procediendo el monarca entonces a saquear el pueblo, donde no se encontró sino cereal, miel y otras cosas pesadas y poco valiosas.

Subeit[98], ciudad de la misma región

Pequeña y emplazada a mediodía sobre el río Ommirabih, cae a unas cuarenta millas de Elmedina y está sujeta a los árabes de Duccala. Muy fructífera en grano y miel, es por la torpeza e ignorancia de sus gentes por lo que no se ven huerto ni viña ningunos. Luego de la ruina de Bulahuan[99], también el rey de Fez trasladó a estas gentes a su reino y les entregó otra aldea deshabitada, quedando entonces desierta Subeit.

Temeracost[100]

Asimismo pequeña y junto al río Ommirabih, fue levantada por el señor que edificó Marruecos, por lo que lleva el mismo nombre. Es ciudad muy poblada, con unos cuatrocientos hogares. Sujeta antes a Azemur, una vez que los portugueses tomaron esa villa, también aquella dio en la ruina, mudándose entonces a Elmedina la población.

Terga

Otra población chica a la orilla del Ommirabih y a unas treinta millas de Azemur. Está muy bien poblada, con trescientos hogares. Sometida primero a los árabes de Duccala, luego de la caída de Azafi, el jefe Hali, que se alzó contra Portugal, halló refugio en Terga, donde vivió un tiempo junto a muchos valientes que le siguieron. Mas cuando el soberano de Fez lo trasladó a su reino junto con su familia, Terga se convirtió en nidal de lechuzas.

98. Es-Subayt.
99. En mayo de 1514.
100. Tamarrakecht, población desaparecida.

BULAHUAN[101]

También de reducido caserío y junto al Ommirabih, tiene casi quinientos hogares y fue asiento de muchos hombres nobles y generosos, a lo largo del río, a mitad del camino de Fez a Marruecos. Los de Bulahuan construyeron una casa con muchas habitaciones y una cuadra muy grande, para albergar bien, a expensas del pueblo, a cuantos por él pasasen, ya que es gente rica en cereal y ganados, poseyendo cada vecino unas cien yuntas de bueyes y cosechando algunos casi mil cargas de cereal, y otros hasta tres mil. Los árabes son sus compradores y allí se abastecen para todo el año. En el año novecientos diecinueve, el rey de Fez mandó a un hermano suyo a defender y gobernar la región de Duccala, y ese hombre, apenas llegar, supo que el alcaide de Azamur quería saquear la ciudad y apresar a su gente, por lo que envió enseguida en su ayuda a dos capitanes con dos mil jinetes, y a otro con ochocientos ballesteros. Pero acudió entonces el ejército de Portugal reforzado por dos mil árabes y venció fácilmente en la batalla que se libró, siendo pasados a cuchillo todos los ballesteros del rey de Fez, que estaban apostados en mitad de un llano, salvo diez o doce que escaparon al monte con el resto de sus fuerzas. Rehechas después las tropas del sultán, tornaron sobre sus pasos y dieron caza a los portugueses, matándoles ciento cincuenta jinetes. Entonces, el hermano del rey de Fez se presentó en Duccala y exigió los tributos, con la promesa a sus pobladores de favorecerlos en toda ocasión. Mas, traicionado por los árabes, hubo de volver a Fez. Visto, pues, por las gentes que dicho hermano del monarca había percibido los tributos sin recibir ellos ayuda alguna de él, se preocuparon grandemente, dejaron la ciudad y se refugiaron en los montes de Tadla, temiendo que los portugueses viniesen a imponerles impuestos aún más gravosos y que, en la imposibilidad de satisfacerlos, resultasen presos todos. Yo estuve en aquella batalla y vi desde una milla de distancia el sangriento final de los ballesteros, ya que, saliendo del campamento del rey de Fez, me encaminaba a Marruecos sobre una yegua velocísima para informar de parte del rey de Fez al señor de la ciudad y a su príncipe jerife de que el hermano del rey estaba a punto de llegar a Duccala y presentar batalla a los portugueses.

101. Bulawan.

La ciudad de Azaamur[102]

Edificada por los africanos junto a la mar Oceána y en la desembocadura del río Ommirabih, dista de Elmedina treinta millas por el mediodía[103]; es muy populosa, casi con cinco mil hogares, y la visitan mucho los mercaderes portugueses, así que sus habitantes son gente educada y bien vestida. Entre ellos hay dos bandos, pese a lo cual viven en paz siempre. Sus campos, muy ricos en grano, carecen en cambio de jardines y huertos, salvo algunas higueras. El río le renta, por gabelas de la pesca del sábalo, entre seis y siete mil ducados al año; dicha pesca se inicia en octubre y acaba en abril, cuando más abunda ese pescado, más pingüe en grasa que en carne, de guisa que al freirlo casi no precisa aceite, pues en cuanto lo alcanza el calor del fuego, da de sí tal cantidad de grasa que pesa más de libra y media, que sirve para alumbrarse, ya que el país no produce aceite. Los mercaderes portugueses llegan una vez al año para comprar grandes cantidades de este pescado; son ellos quienes pagan el impuesto, y fueron quienes aconsejaron al rey portugués que tomase la ciudad, moviéndolo a mandar contra ella una armada de muchas naves que, por la torpeza de su almirante, fue vencida en la boca del río, ahogándose allí la mayoría de los hombres. A los dos años, empero, el monarca mandó otra flota con doscientas naves cuya vista amilanó y puso en fuga al pueblo de modo tan precipitado que, al atropellarse en las puertas, perecieron más de ochenta personas. No encontrando otro modo de escapar, un infeliz príncipe que había ido a defender la ciudad, salvó la muralla descolgándose por ella con una cuerda. Fue general la desbandada, huyendo la gente por doquier a pie o a caballo, y era muy triste ver a niños y viejos, damas y muchachas, correr descalzos y aterrados sin saber dónde meterse; pero, antes de que el ataque cristiano se desencadenara, los judíos, sin mucho que perder, pactaron con los portugueses la entrega de la villa, en el acuerdo de que a ellos no se les dañara, aceptado lo cual, abrieron las puertas de la ciudad que los cristianos ocuparon, yéndose parte de su gente a Salé, y a Fez otros, desgracias todas merecidas al fin, ya que casi todos andaban allí tan en el vicio de la sodomía que raro era el niño que había escapado de sus manos[104].

102. Azemmur.
103. En realidad la distancia es casi el doble.
104. La versión Epaulard (p. 127) añade: "Tenían tan poca vergüenza de este vicio que

Meramer

Ciudad levantada por los godos tierra adentro, como a catorce millas de Azafi, y con unos cuatrocientos hogares, su campiña es muy rica en cereal y aceite. Sometida antaño al señor de Azafi, luego que ésta fue tomada por Portugal y huídos sus habitantes, estuvo despoblada casi un año, pero después, logrado un acuerdo con los vencedores, su gente volvió a habitarla y a pagar tributo al rey hasta hoy día.

Hablaré ahora de algunos montes.

Monte Benimeguer[105]

Dista de Azafi unas doce millas, vive allá gran cantidad de artesanos y toda su gente tenía antes casa en Azafi. Muy fértil en cereales y aceite, también estuvo dominado por el señor de aquella ciudad, a cuyos pobladores sirvió de refugio luego de tomada Azafi, pasando más tarde a tributar al rey de Portugal. Cuando el de Fez volvió a estas tierras, algunos tomaron a Azafi y otros, reticentes al yugo cristiano, fueron llevados a Fez por el monarca.

Monte Verde[106]

Es muy alto, empieza en el río Ommirabih por el lado de levante y se extiende a poniente hasta las colinas de Hasara, separando Duccala de una parte de la región de Tadla. Tan boscoso como áspero, es pródigo en bellotas, piñones y en ese fruto rojo que llaman "africano"[107]. Viven en él muchos ermitaños y sólo se nutren de los frutos del monte, ya que el poblado más próximo cae a veinticinco millas. Hay también numerosas aras y santuarios al modo mahometano, y algunos edificios de los antiguos africanos. Al pie del monte se ve un lago muy hermoso, como el de Bolsena en la provincia de Roma, con gran cantidad de pescado: anguilas, albures, lucios y otras especies que no he visto en Italia y que son igualmente exquisitas, pese a lo cual nadie las pesca. Cuando Mohamed, rey de Fez[108], fue

había padres que buscaban para sus hijos amigos cariñosos y zalameros. Por último, la ciudad cayó en el año 918, mientras yo me hallaba en el País de los Negros" (1512).

105. Beni Maguer.

106. Al-Ŷabal al-Aǰḍar.

107. Madroño.

108. Abū 'Abd Allāh Muḥammmad el *Portugués*.

a Duccala, acampó ocho días seguidos en el lago con sus tropas y ordenó a algunos que pescasen, lo que obedecieron cosiendo, según vi, cuello y mangas de sus camisas, sujetándoles por arriba unas varillas y echándolas al agua, con lo que se hicieron con mucho pescado, así pues es de imaginar lo muchísimo que hubiesen capturado de usar redes, ya que además el pescado se hallaba como aturdido y turbado, por la razón que ahora contaré. El rey mandó que se metiesen casi una milla lago[109] adentro los catorce mil jinetes árabes llegados en ayuda de su campaña más algunos de sus súbditos. Los árabes habían llevado, además, tres veces más camellos que caballos, más otros cinco mil camellos de la corte del rey y de su hermano, y otra infinidad que las tropas llevaban, así que toda aquella tropa de animales metida en el lago lo ocupó y enturbió de tal manera que no se podía encontrar agua para beber, y el pescado se turbó tanto que se dejaba coger con gran facilidad. En las orillas de dicho lago crecen muchos árboles de una hoja parecida a la de los pinos y en los cuales, siendo aquel mes el de mayo, había tanto nido de tórtolas que seis tortolillos se vendían a un precio bajísimo. Luego de descansar allí los ocho días mencionados, el rey de Fez salió para monte Verde con un gran cortejo de sacerdotes y cortesanos, y en cada oratorio que se topaban hacía detenerse a su séquito y, puesto de rodillas con humildes lágrimas en los ojos, rezaba así: "Dios mío, Tú sabes que no me ha movido otro propósito, al venir a este país salvaje, sino ayudar y liberar al pueblo de Duccala de los impíos, de los árabes rebeldes y de nuestros feroces enemigos cristianos. Pero si Os pareciere que son otras mis intenciones, volved vuestro látigo contra mí, ya que estos hombres que me siguen no merecen castigo alguno". Todo aquel día lo pasamos en el monte, volviendo a nuestros alojamientos cuando atardeció y, a la mañana siguiente, el rey quiso que se hiciera una cacería con sus muchos perros y halcones en los bosques del contorno. Se cazaron avutardas, ocas y patos salvajes, con otras aves acuáticas y tórtolas. Al otro día se reemprendió la caza con lebreles, halcones y gerifaltes, cobrándose liebres, ciervos, puercoespines, corzos, lobos y codornices, de guisa que, de proseguir la montería, hubieran sido infinitos, pues en aquel monte no se habían realizado monterías desde un siglo atrás.

109. León parece denominar monte Verde a todo el macizo montañoso existente al suroeste del Umm ar-rabi'. En cuanto al lago mencionado es de señalar que en la actualidad no existe, a causa de la deforestación de la comarca, aunque su azolve, en tiempo de lluvias, se vuelve húmedo y pantanoso.

Después, y hallándose ya el rey bien descansado, salimos con el ejército hacia Elmadina de Duccala y el soberano despidió a los ulemas y alfaquíes que nos acompañaban, para que retornaran a Fez. Unos cuantos, entre los que me hallaba, fuimos enviados como diplomáticos a Marruecos, todo lo cual sucedió el año novecientos de la Hégira[110].

Región de Hascora[111]

Empieza en las colinas que flanquean los confines de Duccala, hacia el norte[112], y acaba por la parte de poniente en el río Tensift, al pie del monte Adimmei. Linda con el Ouadelhabid[113], el Río de los Esclavos, que divide a Hascora de Tadla. Duccala y sus cerros separan Hascora de la mar Océana. Danse en estas tierras con abundancia aceite y cueros marroquíes, cuyo curtido y preparación ocupa a casi todos los habitantes. Hay muchas cabras, cuyas pieles, con las del monte inmediato, también muy numerosas, se repujan allí. Elabóranse asimismo bellísimas piezas de lana, a su usanza, y sillas de montar, muy apreciado todo ello por los mercaderes de Fez, que negocian mucho en la región, trocando telas por dichos cueros y sillas. Los árabes también suelen comprar allí aceite y otra vituallas. La moneda de la región es la misma de Duccala. Os hablaré a continuación de las demás ciudades.

Elmadina[114], ciudad de Hascora

Levantada por los de Hascora en una ladera del monte Atlas, cuenta con unos mil hogares y, hacia levante, está de Marruecos a unas noventa millas, y a unas sesenta de Elmadina de Duccala. Son numerosos los curtidores, silleros y otros artesanos. También abundan los judíos, de los que unos son mercaderes y otros se dedican a la artesanía. Se halla la ciudad en medio de olivos, viñas con hermosos emparrados y altísimos nogales. Su gente, desapacible, anda siempre en desavenencias entre ellos y con los de la otra ciudad a unas cuatro millas. Nadie puede salir tranquilo a ver sus campos salvo los esclavos y

110. 1515.
111. Haskura.
112. Más bien, al oeste.
113. Wed el-'Abīd.
114. ¿Actual Demnat?

las mujeres, y si algún mercader forastero pretende moverse de una población a otra, ha menester de quien le acompañe, por lo que suelen contar con un arcabucero o ballestero con salario al mes de diez o doce ducados de su moneda, como dieciséis ducados italianos. Hay en la ciudad algunos hombres doctos en leyes, de los que salen elegidos los jueces y notarios. Los tributos que pagan los extranjeros, son administrados por ciertos jefes recaudadores que los gastan en el común beneficio. Pagan no sé cuánto a los beduinos por el arriendo de las tierras de la llanura, pero ganan de ellos diez veces más. Volviendo de Marruecos me alojé allí en casa de un granadino muy rico, que había cumplido durante dieciocho años el oficio de ballestero y que nos regaló y atendió muy gentilmente a mí y a nueve compañeros míos, criados aparte, los tres días que duró nuestra estancia; y aunque se pretendió alojarnos en el albergue comunal, ese hombre, por ser mi compatriota, no consintió que lo hiciéramos sino en su casa. Mientras allí estuvimos, el consejo local nos regaló terneros, cuando no corderos o gallinas, y, viendo yo en la ciudad mucho cabrito, pregunté a mi paisano cómo es que no nos daban alguno, a lo que me contestó que ese animal se consideraba lo peor del país, siendo la costumbre más bien regalar una cabra o un macho cabrío. Las mujeres de la ciudad, muy hermosas y blancas, se entregan en secreto y muy gustosameme a los forasteros, si pueden hacerlo.

Alemdin, otra ciudad de la región

Cercana a Elmadina de Hascora, cae de ella a cuatro millas a poniente y está en un valle entre cuatro montes muy altos. Es lugar muy frío. Viven en él comerciantes, artesanos y personas acomodadas, comprendiendo unos mil hogares. Sus habitantes andan en continua guerra con los de la ciudad antedicha. En mis tiempos, y como ahora referiré, el rey de Fez tomó esas dos ciudades valiéndose de un mercader de Fez, el cual se había prendado de una hermosa joven cuyo padre se la prometió por esposa. No obstante, el mismo día de la boda, la muchacha le fue arrebatada al de Fez por un jeque de la ciudad. Todo alterado, aunque fingiéndose tranquilo, pidió el burlado licencia a dicho jeque, salió de la población y, encaminándose a la suya, regaló al rey de Fez con raros y bellos presentes de Alemdin y le rogó el favor de asignarle cien ballesteros, trescientos caballos y cuatrocientos peones, con cuyos gastos correría el solicitante y con los cuales

prometió al monarca tomar Alemdin, regirla él mismo y hacer percibir por ella a las arcas reales siete mil ducados por año. Accedió a ello el rey y quiso su generosidad que el hombre no tuviese otro gasto que el de los ballesteros. También le entregó una carta en la que ordenaba al gobernador de Tadla proporcionarle los requeridos jinetes e infantes, con dos capitanes y, así de bien provisto, nuestro mercader asedió Alemdin por no más de seis días, ya que la gente de la ciudad hizo saber al jeque que ni quería guerra, ni malquistarse con el sultán de Fez ni recibir daño alguno. Disfrazado de mendigo, el jeque trató de huir pero fue reconocido y entregado al mercader, que lo mandó encadenar, mientras el pueblo abría las puertas de la ciudad, la cual quedó en sus manos. La familia de su amada se le excusó alegando que habían sido obligados por fuerza y que la tenían por esposa suya, ya que a él le fue asignada con anterioridad. Estaba embarazada la muchacha, por lo que el mercader esperó a que pariera, la desposó luego de segundas y los jueces condenaron al jeque a ser lapidado por delito de fornicación. Quedó el mercader de Fez como gobernador de Alemdin, pacificó las dos ciudades adversarias y tributó al rey de Fez lo que le prometiera. En mi estancia en Alemdin conocí a dicho mercader. Entonces vivía yo en Fez y aquel mismo año dejé mi casa para ir a Constantinopla[115].

Tagodast, ciudad de Hascora

Se alza sobre una montaña alta a la que rodean otras cuatro también elevadas; hay entre éstas y la ciudad jardines y huertos bellísimos, con toda clase de árboles frutales. Vi allí albaricoques tan gordos como naranjas y viñas de hermosos emparrados sujetos a los árboles. A las uvas, que allá son coloradas, llámanlas en su habla "huevos de gallina", nombre que les cuadra por lo gruesas. Hay mucho aceite y miel de gran calidad, blanca como la leche, y otra clase amarilla, clara como el oro; también el aceite es bonísimo. Dentro de la ciudad vense fuentes grandes y muchos arroyos que mueven en sus orillas unos molinos pequeños. Abundan los artesanos de enseres necesarios. El pueblo es bastante civilizado y las mujeres muy lindas, y adornadas con labores de plata, cuya adquisición resulta fácil a los hombres por lo bien que venden su aceite a las poblaciones cercanas y aun a la gente del de-

115. Fines de julio de 1515.

sierto pasado el Atlas, hacia el sur, mientras que las pieles las venden en Fez y en Mecnasa. Junto a la ciudad y en un llano de unas seis millas hay muy buenas tierras de cereal, arrendadas por los árabes a los de Tagodast. Viven en la ciudad ulemas, cadíes y muchos hombres principales. Cuando yo la visité, la regía un viejo ciego muy obedecido de todos, con fama en su juventud de valiente y arrojado, matador con su propia mano, entre otros, de cuatro cabecillas de banderías que oprimían a todo el pueblo. Luego de muertos éstos, el hombre se mostró tan clemente, y lo hizo todo tan bien, que pacificó y puso a aquellos partidos en buena unión y concordia, no ya como amigos, sino incluso llegando a emparentar. En lo tocante a gobierno, todo el pueblo disfrutaba de libertad aunque nada podía hacerse sin el consejo y la autorización de aquel hombre. Paré con otros ochenta jinetes[116] en su casa y nos trató con espléndida generosidad, disponiendo muchas cacerías que nos proveyeron de carne fresca. Me relató cuantos peligros corrió al pacificar la ciudad, tal si fuese hermano suyo, sin esconderme ningún secreto. Ya a punto de marchar, pretendí compensarle los gastos invertidos en atendernos, pero no lo consintió, diciéndose amigo y buen servidor del sultán de Fez. Sin embargo, no nos honró tanto por ser familiares del rey como porque sus mayores le habían dejado por herencia el hábito de la generosidad, hospedando a cuantos conocidos o forasteros pasaran, aparte hacerlo por amor a Dios y por su nobleza natural, pues decía que Él, proveedor de todos, le había hecho la gracia de cosechar siete mil almudes de trigo y cebada, así que contaba con más comida que hombres, y que tenía más de cien mil cabras y ovejas de las cuales sólo quería la lana, por lo que eran los pastores quienes se beneficiaban de la carne, la leche y el queso, dándole a él algo de mantequilla. Díjome también que tales productos no cabía venderlos allí, por los muchos rebaños propiedad de los habitantes, pero que los cueros, la lana y el aceite solían venderlos en lugares hasta a siete y ocho días de viaje. Añadió por fin que si, a su vuelta de Duccala, nuestro rey pasaba por el camino cercano a Tagodast, él iría a buscarlo y se le ofrecería como amigo y servidor. Nos fuimos de allí con la mejor impresión de aquel buen viejo, a quien alabamos durante todo nuestro viaje.

116. La versión Epaulard (p. 134) dice "ocho jinetes", lo cual parece más razonable.

Elgiumuha[117]

Próxima unas cinco millas a la antedicha, fue edificada en nuestros días sobre un alto monte y entre otros también altísimos. Cuenta con unos quinientos hogares y otras tantas alquerías entre los montes. Abunda en manantiales y en huertos con toda suerte de árboles de fruto, en especial nogales enormes, así como campos de cebada y olivares en las laderas. Son muchos los artesanos de la ciudad, sobre todo curtidores, silleros y herreros, ya que hay una mina de hierro bastante profunda. Los herreros fabrican herraduras para las caballerías, y todas las labores y mercaderías se llevan a lugares que carecen de ellas, trocándolas por esclavos, índigo y cueros de animales del desierto con los que labran unas adargas fortísimas que cambian en Fez por paños, tejidos y otros productos. La ciudad cae lejos del camino real, de modo que los forasteros son cosa rara y, cuando aparece alguno, hasta los niños corren a curiosearlos. Gobierna la población el consejo de Tagodast, cuya gente más pobre fundó Elgiumuha cuando, huída de su ciudad por discordias entre sus principales y sin querer el pueblo adherirse a ningún partido, dejaron Tagodast en manos de los señores, lo que explica que en ésta vivan hoy los nobles y en Elgiumuha los plebeyos.

Bizo[118], ciudad de Hascora

Ciudad antigua, levantada en la cumbre de un monte altísimo y como a veinte millas de Elgiumuha, a poniente. A sus pies y a casi tres millas corre el Río de los Esclavos[119]. Todos los pobladores son mercaderes y hombres de bien, visten con gusto y venden a la gente del desierto su aceite, cuero y tejidos. Bizo es asimismo pródiga en olivos, cereal y muchas frutas excelentes. Suelen secar una clase de uva de color y sabor muy gratos; hay higueras gruesas y altas, y es tal el tamaño de los nogales que los milanos anidan en sus copas pues no hay hombre que se anime a alcanzarlas. La ladera del monte es un vergel de huertos hasta la orilla del río. Paré en esta ciudad un verano, en el tiempo en que abundan frutas como el higo y el albérchigo, y me

117. El-Ŷumᶜa (el-Jemaa).
118. Bzou.
119. El ya mencionado Wed el-ᶜAbīd.

hospedé en casa del imán[120], junto a una hermosa mezquita cerca de la cual discurre un regato que nace en la plaza de la población.

Montaña de Tenueues[121]

Está frente a la región de Hascora y es la parte del Atlas que da al sur. Muy poblada, su gente es de hombres valientes armas en mano, tanto luchando a pie como a caballo. Poseen muchos corceles, aunque de poca alzada. Abundan el índigo[122] y la cebada, que es el alimento común, pues el trigo casi no se ve. En este monte hay nieve todos los meses del año. Cuentan con nobles y caballeros gobernados por un príncipe como señor, quien recauda las óptimas rentas del monte y paga con ellas las guerras que libran sus habitantes contra los del monte Tenzita. Dispone de unos mil[123] caballos, y otros mil poseen los gentiles hombres y caballeros, aparte otros cien soldados de arcabuz y ballesta. Cuando estuve allí, mandaba un hombre muy generoso a quien agradaba mucho verse alabado, pero inigualable en gentileza. Daba cuanto tenía y le encantaba oír la lengua árabe pura, pese a no comprenderla; pero, sobre todo, era de su gusto escuchar alguna frase en loor suyo.

Cuando el rey de Fez mandó a mi tío de embajador ante el de Tombuctú y yo lo acompañé, hallándonos en la región de Dara, que está a unas cien millas de la residencia[124] de este señor antedicho, y habiéndole llegado noticia de la fama de mi tío, que fue orador elocuente y poeta elegante, le envió cierta carta pidiéndole se llegase hasta él, ya que quería verlo y conocerlo. Disculpóse mi tío arguyendo que un enviado real no podía visitar señores que lo apartaran de su camino y retrasasen el servicio a su soberano, pero que, no queriendo se tomara ello por altivez, mandaría a su sobrino a besarle la mano. Fui, pues, allá, con muchos y honrosos regalos: unos estribos labrados a la moruna por valor de veinticinco ducados, unas espuelas muy hermosas y trabajadas, de quince ducados, un par de cordones de seda y oro, morado el uno y azul el otro, un libro precioso, recién

120. El término "sacerdote", utilizado por León, es por completo inexacto. En la versión Epaulard (p. 136) se insiste en lo mismo *(prêtre)*.
121. Tal vez Tin Wawaz.
122. O glasto.
123. La cifra "diez mil" que indica la versión Epaulard (p. 136).
124. Warzazat.

encuadernado, con la vida de los santos africanos y, en fin, un poema compuesto en su honor. Púseme en camino con dos caballos y eché en el viaje cuatro días, con lo que tuve tiempo de componer otra casida, también en elogio suyo. En llegando, supe que el señor había salido a cazar con un gran séquito. Luego, apenas tuvo noticia de que yo estaba allí, me mandó llamar y, una vez saludado y besada su mano, preguntóme por mi tío y supo que estaba bien y a sus órdenes. Me asignó un alojamiento para descansar del viaje hasta que él regresara de su cacería. Volvió bien adentrada la noche e hizo que me apersonara en su palacio, donde torné a besarle la mano y, luego de hacerle un grande elogio, presenté los regalos, que lo alegraron mucho, y le di luego los versos de mi tío, los cuales se hizo leer por su secretario, mostrando señales de gran contento cuando el hombre le manifestaba verso a verso su contenido. Leído y glosado el poema, sentóse el señor a la mesa para comer y me sentó a mí no muy lejos de él. El yantar fue de carnes asadas y cocidas de corderos y capones, envueltas en unas obleas de harina a modo de lasañas aunque más gruesas y recias. Llegaron luego el alcuzcuz y el fetet[125], con otros alimentos de los cuales ahora no hago memoria. Al acabar la cena y puesto en pie, le dije: "Señor, mi tío os ha enviado unos modestos obsequios como pobre alfaquí que es, pero con el fin de que Vuestra Excelencia sepa de su buen ánimo hacia vos y guarde un recuerdo suyo. Y ahora yo, su sobrino y discípulo, no encontrando otro modo de honraros, os haré otro regalo de palabras, queriendo así contarme entre vuestros servidores, tal cual soy". Dicho lo cual principié a leer mi composición y, mientras la leía, o bien preguntaba el señor por lo que no entendía, o bien me miraba, ya que yo entonces tenía dieciséis años. Al acabar mi lectura, siendo ya hora de dormir y cansado del ejercicio de la caza, el señor me concedió licencia para retirarme. Por la mañana temprano me hizo desayunar con él y luego me dio cien ducados para mi tío y tres esclavos que lo atendiesen en el viaje, obsequiándome a mí con cincuenta ducados y un caballo, y con diez ducados a cada uno de mis acompañantes, y pidiéndome comunicase a mi tío que esos pocos presentes sólo premiaban la poesía, sin pretender responder a sus obsequios, y que a su regreso de Tombuctú quería demostrarle su gratitud por dichos regalos. Comisionó a uno de sus adláteres para mostrarme el camino y, estrechándome las manos, hizo

125. Plato compuesto de carne y pasta.

que partiera aquella misma mañana, pues él debía emprender una correría contra unos enemigos suyos, por lo cual, luego de despedirle, emprendí la vuelta y me reuní de nuevo con mi tío. He querido referir al detalle todo esto para que se sepa cómo en el África hay también personas cultivadas y señores de gran cortesía como el mencionado.

Monte Tensita[126]

Es una montaña del Atlas que comienza a occidente junto a la antedicha y corre a levante hasta el monte Dedes[127]; al sur, limita con el desierto de Dara[128]. De población numerosa, hay en ella cincuenta castillos con murallas de tapial. Como está orientada hacia el sur, apenas si llueve. Todas las fortalezas quedan cerca del río Dara, algunas a tres y otras a cuatro millas. Tiene el mando un señor con mil quinientos caballos y tanta infantería como el señor de Tenueves. Unidos por estrecho parentesco, los dos son, empero, mortales enemigos en guerra continua. Las tierras son muy datileras y los pobladores, labriegos, y mercaderes. Hay también mucha cebada pero poco trigo y carne, ya que no abunda el ganado. Renta el monte al señor veinte mil ducados de oro, con un peso cada moneda de dos tercios más que los ducados de Italia, es decir, doce quilates. En buena amistad el señor con el sultán de Fez, le manda muchos y magníficos regalos, a los cuales el monarca corresponde con atenciones tales como caballos lujosamente enjaezados, tejido carmesí, sedas y hermosas tiendas. Recuerdo un suntuoso obsequio que dicho señor hizo al citado rey, consistente en cincuenta esclavos negros, otras cincuenta esclavas, diez eunucos, doce camellos de monta, una jirafa, diez avestruces, dieciséis gatos de los que dan la algalia, sendas libras de almizcle fino, algalia y ámbar, y unas seiscientas pieles de un animal llamado *elamt*[129], que salen en Fez a ocho ducados y con las que se hacen finísimas adargas. Los esclavos se valoran en veinte escudos por cabeza, en quince las esclavas, y los eunucos en cuarenta. El precio de los camellos es de cincuenta ducados; de doscientos, el de los gatos; y el almizcle, ámbar y algalia, unos con otros, sesenta ducados la libra.

126. Tanzita. Actualmente, es una pequeña localidad en la region de Zagora sin abarcar, por supuesto, la vasta extensión del Dades y Draa que León incluye en el nombre.
127. Dades.
128. Draa.
129. *Lamt*, antílope.

En el magnífico regalo y entre otras cosas que no detallo iban también dátiles, azúcar y pimienta etíope. Yo estaba presente cuando llegó ese espléndido obsequio al rey de Fez. Se lo fue presentando un negro gordo y bajo, de lengua y modales verdaderamente bárbaros, que entregó al rey una carta toscamente escrita, aunque más burdas fueron sus palabras al rey, quien, como todos los presentes, no podía contener la risa, aunque la disimulaban tapándose la boca con la mano o con un borde de la vestimenta. El rey, no obstante, lo trató con todo honor mientras fue su huésped, alojándolo con el predicador de la aljama y cubriendo los gastos de dicho negro y de otros catorce sirvientes y acompañantes suyos en tanto estuvieron en Fez.

Monte de Gogideme[130]

Confina con el antedicho y sólo está habitado por su ladera del norte. La que mira al sur aparece enteramente despoblada, pues cuando Abraham[131], rey de Marruecos, fue famosamente derrotado por el discípulo de Elmahdi y escapó a este monte, sus pobladores, apiadados de él, quisieron darle ayuda y, aunque tuvieron la suerte en contra, esa intención bastó para que el colérico enemigo los atacara de modo feroz, quemando sus casas y pueblos, matando a buena parte de la población y haciendo huir a la otra. Los pobladores de la ladera habitada son gente muy plebeya, mal vestida y vendedores de aceite, comercio del que viven. Aceite y cebada es lo único que aquel monte da, aparte cabras y mulos de muy poca alzada, al igual que sus caballos. La natural aspereza del terreno defiende su libertad.

Teseuon[132]

Teseuon son dos montes junto al antescrito, que empiezan a poniente de él y concluyen en el de Tagodast. Su población es muy pobre, ya que no producen sino cebada y mijo. Nace en esos montes un río que atraviesa una llanura muy hermosa, pero que los de Teseuon no pueden cultivar por estar en poder de algunos árabes. Hablaré ahora de la región de Tadla.

130. Ghojdama.
131. Vid. *supra* notas 72 y 73 de esta Parte II[a].
132. Tasawin.

Región de Tadla

Tadla es una región no muy grande que, arrancando a poniente en el Río de los Esclavos, termina en el Ommirabih, o sea, en el nacimiento del río antecitado. Por el sur, da en los montes Atlas y por el norte en el encuentro de esos dos ríos. Tadla es casi triangular, ya que los dichos ríos nacen distantes en el Atlas y su curso hacia el norte los va aproximando hasta juntarlos.

Tefza, ciudad de Tadla

Es la ciudad principal de esta región y fue levantada por los africanos en un flanco del Atlas, a unas cinco millas de la llanura. Toma su nombre, Tefza, de una piedra calcárea con la que están hechas sus murallas; muy poblada y con mucha gente, tiene doscientas casas de judíos, mercaderes todos, y artesanos acomodados. Los mercaderes extranjeros acuden a menudo a Tefza para comprar ciertos mantos negros con sus capuchones, en una sola prenda, y que se llaman *ilbernus*[133]; alguno de ellos se ve en Italia y, en España, muchos. Véndense en Tefza casi todas las mercaderías de Fez, tejidos, cuchillos y espadas, sillas, frenos y bridas, agujas y gorras, y toda suerte de artículos de mercería. Si los comerciantes quieren venderlos mediante trueque encuentran acomodo con facilidad, pues los de Tefza cuentan a su vez con mucha mercancía propia, como esclavos y caballos, albornoces, glasto, pieles, cordobanes y otras labores. Si desean venderlos cobrándolos al contado, deben rebajar bastante los precios. Los pagos se efectúan en una especie de ducados de oro sin acuñar; la moneda de plata no circula allá. Los hombres visten muy bien, al igual que sus agradables mujeres. Hay en Tefza muchas mezquitas, ulemas y cadíes. Antiguamente se gobernaba a manera de república, mas luego, al fraccionarse la población en partidos que se acusaban mutuamente de crímenes, los jefes de uno de estos bandos se apersonaron ante el rey de Fez en mis tiempos, rogándole los ayudase a volver a su ciudad, que ellos pondrían en sus manos. Conforme con ello, el monarca les destinó mil quinientos caballos ligeros, quinientos ballesteros y doscientos escopeteros, a caballo todos: y además ordenó por una misiva a unos árabes vasallos suyos, los Zuhair, capaces de juntar cuatro mil jinetes, que ayudasen a aquellos hombres en cuanto

133. Burnus, albornoz.

necesitaran. Designó el rey como general de todas aquellas fuerzas a un valiente cortesano, Ezzranghi[134], quien, apenas reunido el ejército, empezó a guerrear contra la ciudad, ya que los del otro bando se habían fortificado en ella y llamado en su ayuda a los beduinos Benigebir[135], capaces de mover unos cinco mil jinetes. Así pues, el general desistió de momento en su asedio de la villa, se enzarzó con dichos Benigebir, venciéndolos después de tres días y quedando dueño del campo, lo que causó el envío inmediato de embajadores por parte de los sitiados, sin esperanzas ya de ser socorridos desde fuera, para concertar la paz, obligándose a sufragar los gastos militares de la campaña más diez mil ducados anuales, y prometiendo dejar que el partido de los exiliados entrara libremente en la ciudad, con tal de que no se metiese en su gobierno y política. Notificó el general del ejército tales condiciones a los del bando que con él se hallaba, y ellos contestaron: "Señor, la gran ocasión es nuestra ahora; tomad la ciudad y prometemos pagar cien mil ducados o acaso más, sin cometer injusticias ni saqueos. Es suficiente hacer pagar al otro partido las rentas de nuestras propiedades, de las que han gozado tres años seguidos, todo lo cual pasará a poder del rey de Fez para resarcirle de los gastos habidos en nuestro favor. Dicha suma puede ser de treinta mil ducados, y luego os daríamos asimismo las rentas de las tierras, que hacen veinte mil, y otros diez mil ducados procedentes del tributo de los hebreos, a lo largo de un año o dos". Así como el general escuchó estas palabras, mandó a decir a los de la ciudad que el rey había prometido a sus caballeros aliados que les prestaría todo su apoyo y que quería, por tanto, ostentasen el mando de la ciudad, agregando que, si la rendían, el rey no les causaría daño alguno, mas que, si persistían en su empeño, él disponía de tropas como para hacérselo pagar caro, con el favor de Dios y la gracia real. Conocidas por la población estas condiciones, estalló una sedición, pretendiendo unos darse al rey y otros abrazar la guerra, hasta que, en su excitación, sacaron las armas unos contra otros, lo cual, hecho saber por los espías al jefe de los sitiadores, provocó que éste ordenase en el acto movilizar la mitad de sus fuerzas y que atacaran la ciudad sus ballesteros y arcabuceros. Tres horas más tarde entraba en la ciudad sin verter una gota de sangre de los suyos, ya que los partidarios de la rendición, congregándose en una

134. az-Zerangui.
135. Banū Ŷābir.

de las puertas tapiadas de la población, la fueron demoliendo por dentro, mientras que el general –pues nadie se lo impedía desde las murallas– obró igualmente desde fuera, en tanto los de dentro seguían luchando, hasta que la puerta quedó abierta. Entró entonces el general, enarboló en las murallas y en mitad de la plaza la bandera del rey, y mandó a la caballería rastrear las calles para no dejar escapar a los fugitivos, publicando a seguido un bando del monarca de Fez donde se anunciaba pena de la vida a quien, ya fuese soldado o ciudadano, pretendiera saquear las viviendas o matar a alguien. Apaciguóse, pues, la ciudad y todos los cabecillas del partido adversario quedaron presos, advirtiéndoles el general que no se verían en libertad hasta que el rey no percibiese cuantos gastos de caballería había hecho en todo un mes, suma que ascendía a doce mil ducados. Así pues, las esposas y familia de los presos pagaron la dicha cantidad para que quedasen libres. Pero, presentándose entonces la facción ayudada por el rey, reclamó indemnizaciones por los tres años de sus propiedades usurpadas, a lo que contestó el general que no tomaría él decisión alguna sobre tal extremo hasta que fuese sometido el asunto a sentencia de los jurisperitos, luego de lo cual sería hecha justicia, y los demás aún quedarían presos esa noche. Quejáronse éstos de la siguiente guisa: "¿Faltaríais quizá, señor, a la palabra que nos disteis? ¿Qué se hizo de la promesa de liberarnos apenas pagar los gastos del rey?". Respondióles el capitán: "En modo alguno violo mi palabra, pues no estáis ahora detenidos a cuenta de los gastos del rey, sino por la de estos hombres que os reclaman lo suyo; lo que en ello decidan jueces y doctores, eso haremos que se cumpla, y acaso salgáis ganando". Por la mañana y congregados ante el general jueces y alfaquíes, hablaron primero los defensores de los cautivos, alegando que, si bien era cierto que los presos "retuvieron tres años los bienes de sus enemigos, fue para compensar el despojo que los antepasados de nuestros defendidos sufrieron a lo largo de veinte años, cuando los desposeyeron los mayores de quienes protegéis". Replicó el procurador adversario "Señor, eso que acaban de decir pasó hace ciento cincuenta años, y ni pueden presentar prueba ni testimonio de ello". "La memoria del pueblo –dijo entonces su oponente– es un buen testimonio". Y replicó el otro: "En esto no ha lugar tal apelación, pues ¿hay quien pueda precisar el tiempo que aquellos hombres gozaron de dichos bienes? Y quizá lo hicieron con toda razón, ya que también está en la memoria del pueblo que los abuelos de los prisioneros se levantaron

contra el rey de Fez, a quien pertenecían esas propiedades". En este momento del debate, con harta astucia y fingiendo apiadarse de los presos, el jefe vencedor exhortó al que los atacaba: "No acuséis con tanta dureza a estos pobres presos". Y le dijo el procurador: "¿Pobres os parecen, mi general? Pues no hay entre estos pobres ni uno que no cuente con cincuenta mil ducados, y ya veremos si cuando anden en libertad son capaces de arrojaros de aquí; de no pillarlos desprevenidos cuando llegasteis, no hubiérais podido apresarlos". Estas razones del procurador parecieron impresionar al capitán, quien, acabado el debate, habló de irse a comer y, haciendo traer a los prisioneros a su presencia, les dijo así: "Quiero que satisfagáis a vuestros contrarios; si no, he de llevaros a Fez, donde os costará el doble". Llamaron entonces los presos a sus mujeres y madres y les dijeron: "A ver como salís adelante, pues se nos ha tachado de potentados, cuando no tenemos ni una octava parte de lo que al general se le ha dicho". Así pues, y en plazo de ocho días, le fueron presentados al general veintiocho mil ducados en anillos, ajorcas y otras alhajas femeninas, queriendo con ello mostrar las mujeres, con gran marrullería, que no tenían otros bienes. No más percibir esa suma, el general dijo a los presos: "Mis señores, he escrito al rey contándole todo esto y lamento haberlo hecho, ya que ahora no puedo liberaros en tanto no tenga su respuesta, pero estad tranquilos en la seguridad de que os veréis libres, ya que habéis satisfecho lo pedido". Y, llamando esa noche a un consejero le inquirió cómo podría obtener más dineros de aquellos traidores sin aparecer ante la gente como opresor ni violador de su palabra. Recomendóle el consejero: "Simulad mañana haber recibido orden del rey de decapitarlos, pero fingid también apiadaros mucho de ellos, y que no deseáis tener que ver con sus ejecuciones y queréis mandarlos a Fez". Escribieron, pues, una falsa carta real y por la mañana el general congregó a los presos, que eran cuarenta y dos, y mostrando mucha consternación, les comunicó haber recibido la respuesta del rey con malas noticias, pues al soberano también le habían llegado de ellos y su rebeldía y él tenía orden de cortarles la cabeza y que lo lamentaba, por parecer que quebrantaba sus promesas pero, como buen súbdito, no podía desobedecer el mandato. Siguieron a estas palabras muchas lágrimas y voces de los presos suplicando al general por sus vidas, lágrimas que también derramaba él, diciéndoles: "No veo otro remedio mejor, aun para descargarme a mí mismo de culpa, que enviaros a Fez, donde acaso el rey os perdone la vida y tome otra deci-

sión. Allí os mandaré, en compañía de cien jinetes". Con lo cual se redoblaron los llantos y las súplicas a Dios y al capitán. Llegó en esto a hablarle otro hombre que le dijo: "Mi señor, Su Alteza Real os delegó aquí en vez de su persona, por lo que es legítimo decidáis a vuestro albedrío. Tened en cuenta lo que estos principales puedan dar aún de sí para salvar sus vidas y comunicad al rey que les habéis prometido no matarlos y que rogáis a Su Majestad se digne otorgarles su indulto, sin dejar de detallar la suma que estarían dispuestos a pagar; de tal suerte acaso se decida a hacerles pagar su sentencia en dinero". Los tristes presos dijeron al general que pagarían cuanto el rey quisiese y que a él lo colmarían de presentes. Simulando entonces ceder mal de su grado, el general preguntó en el acto cuánto dinero podrían dar al rey. Ofreció uno mil ducados, otros, quinientos, ochocientos... Hizo el general la cuenta y la concluyó diciéndoles que por esa suma no se atrevía a escribir al monarca, que mejor sería enviarlos a su presencia y tal vez él se contentara con lo ofrecido. Pero ellos le rogaron e importunaron hasta hacerles decir: "Sois cuarenta y dos, y muy ricos; si pagáis dos mil ducados cada uno, escribiré al rey en la esperanza de salvar vuestro cuello, y en otro caso, saldréis para Fez". Asintieron los presos muy contentos, acordando pagar cada cual lo que pudiere y diciéndoles el capitán que, dentro de lo hablado, obrasen como mejor les pareciera. Simulando luego otra misiva del rey y dándoles quince días para saldar su deuda, pasados doce les mostró una nueva y falsa carta real con el generoso perdón del monarca y, tres días más tarde, las familias de los presos le presentaron los ochenta y cuatro mil ducados convenidos en oro. Pesado el oro, maravillóse el general de que en lugar tan pequeño hubiese tanto y en poder de cuarenta y dos hombres, que de inmediato se vieron libres. Escribió entonces de verdad al rey, refiriéndole todo y demandando qué había de hacer, enviando en seguida el soberano a dos secretarios con cien jinetes para custodiar lo recaudado, que de inmediato llevaron a Fez. Los ricos de Tefza hicieron luego al general un presente de casi dos mil ducados entre esclavos, caballos y almizcle, aun disculpándose de no darle más por haber quedado sin dineros y agradeciéndole la salvación de sus vidas. Pasó así esa región a dominio del rey de Fez y gobierno del caudillo Ezzeranghi, hasta que fue muerto a traición a manos de los nómadas. El sultán de Fez obtiene al año veinte mil ducados de esa comarca.

Me demoré por largo en tal historia porque, sucedida en mi presencia como fue, seguí toda su trama maliciosa e hice lo mío por salvar la vida de aquella gente. Fue la primera vez que he visto tanto oro junto, y debéis saber que también el rey de Fez, un monarca pobre al fin, tendrá unos trescientos mil ducados de renta al año, pero nunca dispuso de una suma de cien mil ducados, como tampoco su padre. Vénse pues, cuántas añagazas y estratagemas urde el hombre por dinero. Sucedió lo contado en el año novecientos quince de la Hégira, y aun causa más asombro la historia de un judío que hubo de pagar, él solo y en una sola suma, más que los cuarenta y dos hombres de Tefza, pues, habiendo los espías delatado su fortuna, el rey se apoderó de ella y de su dueño, dando pie a que se impusiera a los judíos una sanción de cincuenta mil ducados por inclinarse por el partido contrario al monarca; yo mismo acompañé al encargado de percibir esa multa.

Efza, ciudad de Tadla

Es una población pequeña, que dista de Tefza cerca de dos millas, cuenta con seiscientos hogares y, edificada sobre un cerro al pie del Atlas, en ella abundan moros y judíos. Elabóranse allí gran cantidad de albornoces y toda su población es de artesanos y labradores. Los de la ciudad antedicha gobiernan también ésta. Sus mujeres son muy diestras en el tejido de la lana, de la que hacen hermosos alquiceles y albornoces, con lo que ganan casi más dinero que los hombres. Cruza entre Tafza y Efza el río Derna que, naciendo en el Atlas, discurre entre cerros y pasa a la llanura hasta desembocar en el Ommirabih. A sus orillas y entre los cerros vénse espléndidos jardines y huertos con cuantos árboles frutales se puedan desear. Muéstranse los hombres de Efza sumamente generosos y amables, dejando a los mercaderes extranjeros que entren en sus huertos y tomen de ellos cuanta fruta precisen, pero son morosos en satisfacer sus obligaciones, ya que, debiendo los mercaderes efectuar el pago adelantado de los albornoces, que habrán de serles entregados a los tres meses, deben esperarlos un año. Cuando la almahala real se hallaba en Tadla, estuve en la ciudad, que rindió pleitesía al monarca. Y otra vez que el general de sus ejércitos pasó por allá, le entregó quince caballos y otros tantos esclavos, cada uno con un corcel del ronzal, a más de doscientos moruecos y quince vacas, por lo que dicho general siempre ha tenido a esa ciudad como fiel partidaria del monarca.

Cithiteb[136], ciudad de Tadla

Edificada por los africanos sobre un monte muy alto, dista de Efza diez millas a poniente[137], está muy poblada y cuenta con muchos nobles y caballeros, a los cuales fuerza es añadir gran cantidad de mercaderes de fuera, que compran allí muchos albornoces. La nieve dura todo el año. Todos los valles del contorno están cubiertos de viñas y huertos cuyo espesor ni deja ver la fruta. Son las mujeres blancas, rollizas y amables, de ojos y cabellos negros y adornadas con mucha plata. La llanura es bastante fértil en cereales y los cerros valen para cebada y pastos de cabras. El pueblo se muestra orgulloso y cuando el rey de Fez conquistó Tadla no se rindió a él sino que, poniendo de capitán a uno de sus principales, se revolvió contra el capitán del rey con mil caballos ligeros y le declararon guerra en la cual estuvo a punto de perder cuanto había ganado. Mandó el monarca para ayudarle a un hermano suyo, al frente de un gran ejército, pero le valió de poco y la guerra duró tres años, hasta que el rebelde fue envenenado por un judío. Se rindió entonces Cithiteb, luego de pactar, en el año de novecientos veintiuno.

Ethiad[138], ciudad de la misma región

Pequeña y sita en un monte del Atlas, fue fundada por los antiguos africanos y cuenta con trescientos hogares. Amurallada por su lado montañoso, por el que mira a la llanura carece de murallas fuertes, pues como tales ofician los peñascos. Dista de la antedicha ciudad doce millas y posee una mezquita pequeña pero muy bella, rodeada por un canalillo de agua a guisa de río. Cuenta con nobles y caballeros, así como con mucho mercader forastero y del país, judíos, artesanos y algún traficante. En la ciudad abundan manantiales que bajan hasta un riachuelo que corre a sus pies, rico en ambas orillas en huertas y jardines deliciosos, con grandísimas higueras y nogales. Por todo el monte hay asimismo olivares hermosos. Las mujeres de Ethiad, más lindas que bellas, se adornan con gracia de anillos y aros de plata. El llano es bastante bueno para cereal y el monte, excelente para cebada y pasto de cabras. En nuestros tiempos, la ciudad sirvió de refugio,

136. Posiblemente, errata por Eithiteb, Ayt Attab.
137. En realidad, cuarenta millas, más de sesenta kilómetros.
138. Ayt 'Iyāḍ.

hasta su muerte, al rebelde Raoman Benghihazzan. Yo estuve en ella en el año de novecientos veinte y me hospedé en casa del imán del lugar.

SEGGHEME, EN LA MISMA REGIÓN

Por mirar al mediodía, a este monte se considera como una montaña de Tadla. Por el lado de poniente empieza en el confín del monte de Tesauon y se extiende por levante hacia el de Magran, donde nace el río Ommirabih, limitando al sur con el monte de Dedes. Sus habitantes pertenecen a la estirpe del pueblo de Zanaga, hombres preparados para la lucha, garridos y valientes en la guerra. Sus armas son azagayas, unas espadas curvas y puñales; usan también piedras, que arrojan con gran destreza y fuerza. Guerrean continuamente con los de Tadla, así que los mercaderes de allá no pueden pasar por su territorio sin salvoconducto y sin pagar una fuerte suma. Son desaseados y sus casas están muy separadas las unas de las otras; raro es ver tres o cuatro juntas. Tienen muchas cabras y mulas ruines, así como asnos que pastan en los bosques, aunque los leones los matan y esquilman el ganado. No obedecen a ningún señor, pues su monte es tan escabroso e inaccesible que los hace inexpugnables. En mi tiempo, el general que conquistó Tadla quiso lanzar una algara contra Seggheme, pero enterados los habitantes de sus propósitos juntaron un buen número de valientes, que se emboscaron en silencio junto a un estrecho sendero sobre un peñón por el que debían pasar sus enemigos. Apenas vieron los caballos repechando el monte, salieron de sus escondrijos y los atacaron con azagayas y grandes pedruscos. El combate fue breve. No pudo el general resistir ese ímpetu e, incapaces de adelantar ni de retroceder, sus hombres empujábanse unos a otros en la dicha estrechura, por lo que muchos se despeñaban y morían junto con sus caballos, y a otros los mataban los atacantes, hasta que fueron todos muertos o capturados, saliendo éstos peor librados, pues los vencedores los llevaron atados a sus casas y las mujeres los acuchillaron y tajaron por donde les pareció, pues aquellos hombres, para mayor humillación de los prisioneros, desdeñan matar a los cautivos y los ponen en manos de sus hembras. Cierto es que, después de esto, tales gentes no se han atrevido a aparecer por Tadla, pero es verdad también que no lo necesitan, por abundar sus montes en cebada, ganados y manantiales, tantos que hay más que casas. Sólo carecen de mercaderías.

Monte de Magran[139]

Mas allá del anterior, mira hacia mediodía al país de Farcla, en los confines del desierto; a poniente empieza casi en dicho territorio, y a levante acaba al pie del monte Dades. Su cima está siempre nevada. Los pobladores poseen muchos ganados y, como son trashumantes, levantan sus casas con cortezas de árboles, cerrándolas arriba con ciertas pértigas no muy gruesas, dispuestas como en las tapaderas de los cuévanos que usan en Italia las mujeres cuando cabalgan en mulas. Así, cargan con esas chozas, también a lomos de mulo, y van nomadeando con la familia y los animales, plantando tales cabañas allí donde encuentran pastos, hasta que el ganado los acaba; tan sólo en el invierno permanecen en el mismo lugar. Construyen también unas zahúrdas bajas cubiertas con ramas, para recoger el ganado por las noches. Al lado prenden grandes hogueras para calentar a las bestias, mas sucede que a veces el viento propaga el fuego a los establos, aunque los animales huyen prestamente porque aquéllos carecen de pared alguna, sin diferenciarse apenas de las chozas que dijimos. Leones y lobos causan mucha ruina. Las ropas y costumbres de los de Magran son las mismas del pueblo de Seggheme, salvo que éstos viven en casas muradas, y los de Magran, en chozas. Estuve allá en el año de novecientos diecisiete, al tornar de Dara a Fez.

Monte Dedes[140]

Alto y frío, lleno de manantiales y bosques, empieza en el monte Magran por el lado de poniente, terminando en los confines del monte de Adesan[141] y limitando a mediodía con la llanura de Todga. Tiene casi ochenta millas de largo y lo coronan las ruinas de una antigua ciudad, cuyos únicos vestigios visibles son unos gruesos muros de piedra, en alguno de los cuales hay letras que nadie entiende. La gente atribuye dicha ciudad a los romanos, pero yo no he hallado en las crónicas africanas ningún autor que así lo afirme, ni siquiera que la mencione, salvo el jerife Essacalli[142], que mienta en su obra cierta villa

139. Imeghran.
140. Dades.
141. Adekhsen, cerca de Jenifra.
142. aṣ-Ṣiqillī (el Siciliano), se refiere en realidad a al-Idrīsī (s. XII), geógrafo que trabajó para el rey normando Ruggiero. La cita de León es inventada.

de nombre Tedsi, en los confines de Segelmese y Dara, si bien no dice que esté en el monte Dedes. Aun así, creemos que se trata de aquélla, puesto que en la región no se ve ninguna otra ciudad. A decir verdad, de los habitantes de este monte hay poco que contar. La mayoria vive en cuevas húmedas, comen todos pan de cebada y *elhasid*[143], aquella harina también de cebada de la que hablamos en la parte de Hea, porque en ese monte no se da otro cereal. Disponen de muchas cabras y asnos, y en las cuevas que sirven de refugio a esos animales hay mucho salitre. Van mal vestidos, con casi todas las carnes al aire, y habitan cuchitriles que apestan a cabra. No hay en todo el monte castillo o ciudad amurallados; viven repartidos en caseríos de piedras superpuestas, sin argamasa, con cubiertas de pizarras negras y delgadas como las de algunos lugares de los condados de Sisa y de Fabbriano. Los demás, como dije, moran en cuevas. En ningún sitio podríais encontrar tantas pulgas como allí. Los hombres son además traidores, ladrones y asesinos, capaces de matar por una cebolla, y a la mínima se pelean. No tienen jueces, sacerdotes ni persona alguna de virtud. Tampoco llegan mercaderes, pues es tierra de ociosos que no poseen industria alguna, y asaltan a los viajeros o, si es que van provistos de salvoconducto de sus jefes y llevan género que no les interese, les obligan a pagar gabelas por la cuarta parte del valor de la mercancía. Sus mujeres son más feas que el demonio, visten peor que los hombres y viven casi peor que los burros, pues cargan a su espalda el agua de las fuentes y la leña de los bosques. En conclusión, diré que en ningún sitio del África me arrepiento de haber estado salvo en éste, pero tuve que pasar por él para ir de Marruecos a Segelmesse, obedeciendo órdenes en el año de novecientos dieciocho.

143. *'Aṣīda*, ya mencionada, vid. *supra* nota 4 de esta parte II[a].

Tercera Parte

Reino de Fessa[1]

El reino de Fez comienza en el río Ommirabih a poniente y lo cierra a levante el río Muluia. Al norte linda por una parte en la mar Océana mientras otras dan al Mediterráneo. Divídese el reino en siete provincias, que son Tamesna, el territorio de Fez, Elhabet[2], el Rif, Garet y Elchauz[3]. Cada una de estas provincias tenía antiguamente un señor, así pues Fez no era la corte. Fue fundada por un sedicioso cismático cuya familia reinó casi ciento y cincuenta años, pero desde que los Meriníes la dominaron se le confirió el título de reino y los sultanes Meriníes establecieron allí su residencia[4], por motivos que refieren las crónicas mahometanas. A seguido detallaré de cada provincia y cada ciudad cuanto de ellas merezca ser recordado y como hasta ahora lo vengo haciendo en este libro.

Tamesna, provincia del Reino de Fez

Es provincia del reino de Fez, empieza en el río Ommirabih por la parte de poniente y acaba en el río Buragrag[5] hacia levante; sus confines a mediodía están en el monte Atlas, y hacia el norte en la mar Océana. Fue en otros tiempos la flor de aquellas comarcas, pues había en ella unas cuarenta ciudades y trescientas fortalezas, habitadas por pueblos innumerables de estirpe africana bárbara. En el año trescientos veintitrés de la Hégira[6], un predicador hereje, Chemin hijo de Menhal[7], provocó una sublevación, convenciendo al pueblo para no

1. Fez.
2. Habat.
3. El-Ḥawz.
4. 1276 d. C.
5. (A) Bū Raqrāq.
6. 935 d. C.
7. Abū Muḥammad ḥā'-Mīm b. mann Allāh. De hecho, la rebelión de este falso profeta tuvo lugar en el alfoz de Tánger entre 925 y 927 d. C.

pagar tributos ni someterse a los soberanos de Fez por sus injusticias, afirmando su calidad de profeta; de modo que, en poco tiempo, se apoderó del poder espiritual y temporal de la provincia, y declaró la guerra a dichos señores, quienes, hallándose en campaña contra gentes de Zenata[8], se vieron forzados a llegar a un pacto con Chemim. Acordaron, pues, que él se quedaría con Tamesna y ellos con Fez, sin que el uno molestase al otro. Reinó Chemin treinta y cinco años, y sus seguidores rigieron la provincia cerca de otros cien años. Pero cuando el rey Yusef, con el pueblo de Lumtuna, construyó Marruecos, empezó enseguida a intentar señorear esta provincia y mandó a muchos sabios misioneros de fe firme que sacasen a la región de su herejía, y la convirtieran sin tener que entrar por filo de espada. Aquellas gentes se reunieron en la ciudad de Anfa con su príncipe y nieto de aquel predicador Chemim y resolvieron matar a los emisarios del rey, haciéndolo así y armando luego un ejército de cincuenta mil guerreros dispuestos a expulsar de Marruecos y de la comarca a los de Lumtuna. Enterado y furioso Yusef –dado que tenía aprestadas tropas muy aguerridas– no esperó a que sus enemigos llegasen a Marruecos y en el término de tres días acudió a esa provincia, atravesó el río Ommirabih y, habiéndole hecho ver al adversario su ímpetu, hizo que los de Tamesna esquivaran el combate y se retirasen al río Buragrag, hacia Fez, abandonando Tamesna. Entonces se entregó el rey al hierro, al fuego y al saqueo con crueldad tal que mandó matar hasta a las criaturas de pecho, y en ocho meses que estuvo allá con su ejército arruinó la comarca toda, no dejando de las ciudades que hubo sino escasos vestigios. Añadióse a ello que el rey de Fez, conociendo estas noticias y sabiendo que los de Tamesna querían franquear el Buragrag y encaminarse a Fez, luego de pactar con los zenetes, juntó una nutrida hueste y, dirigiéndose a dicho río, dio en él con el maltrecho príncipe y con su gente, agotada y débil por el hambre y las penalidades sufridas. No les permitió el sultán pasar la corriente, con lo cual los tristes perseguidos hubieron de meterse por bosques y escalar peñones de muy difícil paso. Cercados por las tropas reales, unos perecieron ahogados en el río, otros destrozados al caer de los peñascos por donde los arrojaban y otros en fin, quienes alcanzaron a salir del cauce, pasados por la espada a manos de los soldados. La población de Tamesna quedó, pues, aniquilada y se extinguió en no más de diez

8. Zenetes.

meses; calcúlase que tal destrucción sumó un millón de víctimas, hombres, mujeres y niños. El rey Yusef de Lumtuna volvió a Marruecos para rehacer su ejército contra el rey de Fez y abandonó Tamesna a leones, lobos y lechuzas[9].

Quedó la provincia deshabitada por espacio de ciento ochenta años, hasta que, vuelto Mansor del reino de Túnez, fue repoblada por él con familias árabes con sus jefes a la cabeza. Permanecieron allí estas gentes cincuenta años hasta que, perdido el reino por la dinastía de Mansor, llegó la decadencia de los beduinos con calamidades y miseria tales que éstos fueron expulsados de allí por los Meriníes, quienes devolvieron la provincia a las gentes de Zenata y Hoara[10] como recompensa a los servicios y apoyo de ellos recibidos, ya que se pusieron de parte de esa dinastía contra los reyes y pontífices de Marruecos. De modo que los dos pueblos citados gozan de esa provincia con libertad y han medrado tanto desde hace un siglo que hoy preocupan y atemorizan a los reyes de Fez, pues cuentan con unos sesenta mil caballos y doscientos mil hombres de infantería. He viajado mucho por ese territorio y os puedo informar sobre ella con detalle.

Anfa, ciudad de Tamesna

Anfa es ciudad grande, levantada por los romanos en el litoral de la mar Océana y distante del Atlas unas sesenta millas hacia el norte, unas sesenta de Azemmur a levante y unas cuarenta de Rabat[11] hacia poniente. Era muy poblada y próspera, pues todas sus tierras son excelentes para cereal, goza del mejor asentamiento que existe en África y la rodea un llano de ochenta millas, salvo por el lado de la mar. Contó Anfa con muchos y hermosos templos, tiendas y altos palacios, según puede verse hoy día en los restos que de ellos quedan. Disfrutó asimismo de jardines, huertos y viñas numerosos, y aun hoy goza su gente de una gran cosecha de frutos, sobre todo melones, calabacines y pepinos, que empiezan a madurar en la mitad de abril, vendiéndose

9. Esta historia podría tener como base tradiciones orales, pues no hay textos históricos que la apoyen, y cuyo motivo central serían las misiones proselitistas de los almorávides que originaron la muerte de varios enviados en 1058 y 1059 con la consiguiente expedición de castigo del emir de los Lumtūna Abū Bakr b. ʿUmar.

10. Hawwāra.

11. La versión Epaulard (p. 160) omite la referencia a Rabat. Anfa es la antigua Casablanca pero su fundación no es romana. El ataque portugués ocurrió en 1468.

a buen precio en Fez, donde maduran más tarde. La gente viste muy bien, por haber siempre tratado mucho con los mercaderes portugueses e ingleses, y hay entre ellos personas doctas. Pero por dos motivos cayeron en la ruina: el primero, por pretender vivir en libertad sin disponer de medios; y el otro, porque en su pequeño puerto armaban fustas con las cuales hacían estragos en la península de Cádiz y en toda la costa portuguesa, de manera que el rey de Portugal determinó acabar con Anfa y mandó un ejército de casi cincuenta navíos con gente de guerra y nutrida artillería. Pero, apenas verlo los de la ciudad, recogieron sus enseres más preciados, huyeron a Rabat y Salé y abandonaron así su tierra. Desconociendo la fuga, el capitán de la armada portuguesa se aprestó a entrar en batalla pero, comprendiendo lo sucedido, desembarcó sus tropas y asaltaron la ciudad con tanto empuje que en un solo día la saquearon y expoliaron entera, quemando casas y derribando las murallas por infinidad de sitios; aun hoy sigue despoblada, y cuando estuve en ella no pude contener el llanto. La mayor parte de las casas, las tiendas y las mezquitas siguen en pie y lastiman los ojos con su ruina, ofreciendo un espectáculo de lo más triste. Los jardines y huertos están desiertos y comidos por la maleza, pero aun así, algo producen. La incapacidad de los reyes de Fez ha llevado a Anfa a un tal grado de postración que pocas esperanzas hay de repoblarla.

Ciudad de Mansora

Es un pueblo fundado por Mansor, rey y pontífice de Marruecos, en una hermosa llanura a dos millas de la mar Océana, a unas veinticinco de Rabat y a otras tantas de Anfa. Cerca de ella pasa un riacho llamado Guir; contó con huertos rebosantes y viñas hoy abandonados, así como con unos cuatrocientos hogares, cuyos moradores huyeron a Rabat por miedo a los portugueses al ser destruida Anfa. Ello causó su abandono, y aun están en pie las murallas, salvo en algunas partes derribadas por los nómadas de Tamesna. Cuando pasé por Mansora me entristeció ver que podría reedificarse y que la maldad de esos árabes no lo permite.

Reino de Fez

Tánger
Ceuta
Casar Ezzaghir
m. Angera
Tetuán
Arcila
m. Chebib
HABAT
Terga
Tegassa
Gebha
Mezemme
Sefsaoen
Bedis
Ielles
RIF
Larache
río Lucus
m. Beni Garit
m. Buchuia
GARET
Alcazarquivir
m. Beni Giusep
m. Beni Bucaibet
m. Beni Achmed
Basra
m. Rahona
Ezaggen
AZGAR
Bani Taude
río Cuarga
río Subu
Agla
Mergo
m. Baronis
Taza
Mahmora
m. Zarhon
Macarmeda
m. Matgara
Tefelfelt
FEZ
m. Gauala
Gualili
Rabat
Sela
Fanzara
Mechnase (Meknès)
m. Togat
m. Geblen
Sofroi
Mansora
río Burugag
Ham Lisnam
Hain Elchallu
Anfa
Nuchaila
Mahdia
Tezerghe
CHAUS
Azaamur (Azemur)
Tit
Tegeget
Umen Giunaibe
río Maluia
Terga
Adecsen
Subeit
TAMESNA
Bulahuan (Boulâouane)
río Ommirabih
Elmedina
Tefza
montes del Ziz
Efza
río Guadelhabid
Zahbel
DUCCALA
monte Verde
río Ziz
Bizo
Cithiteb
TEDLE
Elgiumuha
m. Benimeguer

Nuchaila[12]

Pequeña y edificada en el centro de Tamesna, estuvo muy poblada antiguamente, y en el tiempo de los herejes celebrábase allí una feria anual, a la que llegaban las gentes todas de Tamesna. Sus pobladores son muy ricos y sus tierras, muchas, con cuarenta millas de llanura a la redonda. Se puede leer en las historias que en aquel tiempo de cismáticos había tal abundancia de cereal que se cambiaban unos zapatos por la carga de grano de un camello. Pero al llegar Yusef a Tamesna, esta ciudad fue arrasada como las otras que conquistó, quedando empero hoy señales de ella, como son una parte de las murallas y una torre que estaba en medio de una mezquita. Vense aun jardines, huertos y los campos donde estuvieron las viñas, y también unos árboles tan añosos que ya no producen nada. Al acabar la labranza, usan los árabes de Tamesna dejar sus trebejos junto a dicha torre pues dicen que allí fue enterrado un santo y que ello hace que se respeten los enseres de cada cual pues temen algún castigo del santo si se apropian de lo ajeno. Como se halla en el camino entre Rabat y Marruecos, he pasado por allí un sinnúmero de veces.

Adendun

Es una ciudad pequeña entre colinas, edificada a unas quince millas del Atlas y a unas veinticinco de Nuchaila, siendo esas colinas muy buenas para el cereal. Junto a las murallas nace un caudal grande de agua muy rica, y hay alrededor de Adendun gran cantidad de palmeras, pero chicas y estériles. El agua antedicha pasa entre peñas por unos vallejos de los que se dice abundaron en minas de donde se sacaba mucho hierro, y esto salta a la vista en la color de ese mineral dominante en aquel paraje y en el sabor de sus aguas. No quedaron en Adendun otra cosa sino leves ruinas, cimientos de muros y columnas rotas. Fue asimismo arrasada en la guerra con los herejes, como las otras poblaciones.

12. Nujayla.

Tegeget[13]

Pequeña también y levantada por los africanos en la ribera del río Ommirabih, sobre el camino de Tadla a Fez, estuvo muy poblada y fue población adelantada y muy rica. Cae cerca de un camino que va del Atlas al desierto, así pues cuantos habitan ese lado del desierto llegan a la ciudad para comprar cereales. Mas también Tegeget fue devastada en la mencionada contienda, y luego, mucho después, repoblada a modo de aldea, pues los árabes de Tamesna tienen allí sus graneros y sus habitantes son quienes los cuidan. Pero en Tegeget no hay tiendas ni artesano, salvo algunos herreros que hacen los aperos de labranza y las herraduras de las caballerías. Tiene la gente orden de sus señores árabes de honrar a cuantos forasteros pasen por la localidad. Los mercaderes pagan una gabela equivalente a un *giulio*[14] toscano por cada carga de telas o paños que de allí saquen, pero en cambio no pagan nada por esta ciudad que no me gustó, si bien sus tierras son ubérrimas en ganado y cereales.

Hain Elchallu[15]

Es una ciudad pequeñita no muy apartada de Mansora y emplazada en una llanura con grandes bosques de árboles agudos como cuernos y otros espinosos que dan una fruta redonda similar a la azofaifa, aunque amarilla y con el cuesco mayor y más grueso que el de las aceitunas, lo demás es poco aprovechable. En los alrededores de las ruinas de la población existen ciénagas enormes con abundantes galápagos y sapos bien gordos, aunque, según lo que allí oí, no son venenosos. Ninguno de los historiadores africanos da cuenta en sus escritos de esta villa, probablemente por su pequeñez o porque fue arrasada en tiempos muy antiguos. A mí no me parece obra de los africanos, sino de los romanos, o bien de algún otro pueblo ajeno al África.

13. Teggue.
14. Bayoco, moneda del antiguo estado pontificio equivalente a 5 céntimos.
15. ʿAyn al-Ḥallūf.

Rabat

Es Rabat una ciudad grandísima levantada en tiempos modernos por Mansor, rey pontífice de Marruecos. Está sobre la costa de la mar Océana y tiene a levante el rio Buragrag, que desemboca en dicha mar allí mismo. La ciudadela se alza sobre el último tramo del río y da a la mar por el otro lado. Tanto las murallas como las casas se asemejan a las de Marruecos, pues así lo quiso Mansor, pero es mucho más chica que aquélla. Fue motivo de su edificación el que Mansor, quien a la sazón señoreaba toda Granada y parte de España, y dado lo lejanas que estaban de Marruecos, pensó que mal podría defenderlas si los cristianos las atacaban y determinó construir una ciudad junto a la mar donde pasar el verano con sus tropas. Algunos le aconsejaron que fuese Ceuta, sobre el estrecho de Gibraltar, pero el monarca consideró que en aquella ciudad no podría mantener sus reales por tres o cuatro meses, por la pobreza del paraje, y tampoco quiso incomodar a sus vecinos con el alojamiento del ejército y la corte. Hizo pues, erigir Rabat en pocos meses y la dotó de mezquitas, escuelas y *madrasas*, alcázares, comercios, baños públicos y especierías. Por fuera de la puerta que da al sur, ordenó edificar así mismo una torre semejante a la de Marruecos pero con sus rampas más anchas capaces para permitir la subida a tres caballos de frente. Desde lo alto de este alminar dicen que alcanza a divisarse una nave en la mar desde muy lejos. Por su altura es uno de los más espléndidos del mundo.

Hizo también el rey establecerse en Rabat a muchos artesanos, hombres de saber y mercaderes, mandando que a cada ciudadano, aparte los salarios por su trabajo, se le favoreciese con algunas provisiones, cosa que atrajo a la ciudad a gentes de todo oficio y condición, así que en corto plazo fue Rabat una de las más nobles y acomodadas ciudades del África, donde el pueblo sacaba la doble ganancia de la protección del rey y de la habida con militares y cortesanos a través del comercio, pues Mansor paraba allí desde los inicios de abril hasta setiembre. Siendo mala el agua, puesto que la mar entra casi diez millas río arriba y al ser salobre también el agua de los pozos, Mansor dispuso llevar buen agua desde un manantial a doce millas, valiéndose de un acueducto sustentado por hermosos muros sobre arcos, como en no pocos sitios de Italia se ven, y más en Roma. Tiene este acueducto muchos ramales, y unos llevan el agua a las mezquitas, otros a los colegios, a los palacios del sultán y a las fuentes para el pueblo que se construyeron en

los distintos barrios de Rabat. Pero, al morir Mansor, decayó la ciudad tanto que hoy no vemos de ella ni una décima parte de lo que llegara a ser, y el hermoso acueducto se arruinó en la guerra de los reyes Meriníes contra la dinastía de Mansor. La ciudad hállase ahora más decaída aun, con apenas cuatrocientos hogares, habiéndose en su antiguo solar plantado viñas y levantado haciendas de labor; únicamente está poblada una parte, dos o tres barrios cerca de la alcazaba, con algún pequeño comercio, y corre además gran peligro de ser tomada por los portugueses, ya que todos los reyes de Portugal se han querido apoderar de ella, pensando que desde allí pueden conquistar con facilidad todo el reino, pero el sultán de Fez está hoy en guardia y no ahorra precaución para defenderla. Cuando estuve en Rabat, me conmovió pensar en sus viejos tiempos y parangonarlos con su pasar actual[16].

La ciudad de Sella[17]

Es una ciudad pequeña levantada por los romanos cerca del río Buragrag. Cae casi a dos millas de la mar Océana y sólo a una de Rabat, siendo camino natural de quienes se encaminan a la costa. Destruida en la guerra de los herejes, Mansor la restauró más tarde, edificando allí un hospital muy hermoso y un gran cuartel para alojar a sus tropas. También ordenó erigir una magnífica mezquita y una ermita de mármoles incrustados de mosaicos y coloridos vitrales. Al acercarse la hora de su muerte, dejó encargado se le enterrara en tal lugar. Cuando murió, Mansor fue transportado a Sella desde Marruecos y allí se le sepultó, luciendo su sepulcro dos lápidas de mármol donde grabaron muchos y elegantes versos a modo de elegía a dicho rey escritos por varios poetas. Los descendientes de Mansor siguieron después igual costumbre, así como los reyes Meriníes en tanto su reino duró. Yo vi en el panteón treinta enterramientos de aquellos señores y leí los epitafios correspondientes, en el año novecientos quince de la Hégira[18].

16. El relato de León sobre Rabat es bastante ajustado a la realidad: el califa almohade Abū Yūsuf Yaʿqūb al-Manṣūr, antes de cruzar el Estrecho para la campaña en la cual obtendría la gran victoria de Alarcos (1195), estimó la conveniencia de establecer un *ribāṭ* o punto de concentración de tropas y enlace en las líneas logísticas, junto a la desembocadura del río Bū Regreg (Bū Raqrāq) y frente a Salé. Los recursos económicos obtenidos en la algazúa le ayudaron precisamente para llevar adelante la construcción de la ciudad. El alminar mencionado es la famosa torre de Ḥasan, de 44 ms. de altura.
17. Chellah.
18. 1509-1510.

Mader Auuam[19]

Se trata de una ciudad edificada en nuestra época por un tesorero del califa Abd el Mumen a la orilla del río Buragrag, para pasar temporadas y disfrutar de sus parajes. Hay mucha gente, ya que existe allí cerca una mina de hierro. Está del Atlas obra de diez millas y de él la separan cerrados bosques, morada de grandes y feroces leones y leopardos. Mientras dominó allí la dinastía del fundador, la población estuvo muy habitada y atendida, con bellas viviendas, templos y albergues. Pero esa prosperidad duró bien poco, dio en ruina en la guerra de los Meriníes, siendo muertas o prisioneras sus gentes, y huyendo otras a la ciudad de Sella. Ello sucedió porque, al parecer, al no esperar el pueblo a que lo defendiese el rey de Marruecos, entregaron Mader Auuam a uno de los reyes Meriníes cuando un capitán del primero llegaba para ayudarles. El de Marruecos atacó la plaza y puso en fuga a los Meriníes, pero, largos meses más tarde acudió personalmente el sultán Meriní al frente de un gran ejército que se encaminó a Marruecos y luego a Mader Auuam, lo que llegado a oídos del dicho capitán, hizo huir a éste y rendirse a la ciudad, que fue saqueada y muertos todos sus pobladores. Nunca ha vuelto a habitarse, pero aun se ven sus murallas y alminares. Yo la vi cuando el rey de Fez estableció un acuerdo de paz con su primo, jurando ambos en Taghia sobre la tumba de un santo, Seudi Buhaza[20], lo que ocurrió en el año de novecientos veinte.

Thagia[21], ciudad de Tamesna

Es pequeña y la edificaron los antiguos africanos en medio de unos montes de las sierras del Atlas. Su clima es muy frío, y las tierras, pobres y duras. La rodean bosques hermosos, poblados de voraces leones. El cereal escasea, dándose en cambio mucha miel y cabras. Las casas son de muy mala hechura, sin cal, y la gente poco civilizada. Ennoblece a Thagia la sepultura de un santo de la época del pontífice Abdel Mumen, santo que, según dícese, obró muchos milagros con los leones y fue un maravilloso adivino. El alfaquí Ettedle escribió sobre su vida un libro, donde detalla todos sus milagros, que dicho

19. Ma'dan Awwan
20. Sīdī Mūley Bū 'Azza.
21. Taghya.

santo haría por arte de magia o por algún secreto que poseería contra aquellas temibles fieras. La fama de tal hombre y la devoción de sus restos, atraen a la ciudad a muchos visitantes. La gente de Fez va allí una vez por año en peregrinación a su tumba, tanto hombres como mujeres y niños con sus tiendas a lomos de bestias, y acampan en una suerte de campamento, repartidos en grupos de cincuenta personas. Entre ir y volver, unos quince días echan, pues Thagia está a casi ciento y veinte millas de Fez. Todos los años me llevaba mi padre a ese lugar de religión, y ya de mayor estuve unas cuantas veces, a cuenta de promesas hechas con ocasión de peligros corridos con leones.

Zarfa[22]

Es una ciudad de Tamesna levantada por los africanos sobre una hermosa y dilatada llanura, pródiga en manantiales y en ríos. Junto a los restos de su caserío hay mucha abundancia de higueras, de suerte que a lo lejos parece divisarse un bosque, así como las cerezas llamadas en Roma *marenas* y muchos árboles espinosos productores de una fruta denominada *nabich*[23], más menuda que las cerezas y con un sabor casi de azofaifa. Todos aquellos llanos abundan igualmente en palmeras silvestres y muy chicas, que dan un fruto del grosor de las aceitunas de España, pero con el hueso grande, poco aprovechable para comer y de un gusto semejante al de las serbas. Fue arrasada Zarfa en tiempo de los herejes y labran sus tierras ahora los árabes de Tamesna, recibiendo a veces el cincuenta por uno de lo que sembraron.

Territorio de Fez

Por el lado de poniente empieza en el río Buragrag y se extiende hacia levante hasta el rio Inauen, habiendo entre esas dos corrientes la distancia de cien millas. Al norte, concluye en el río de Suba[24], y por el sur a los pies del Atlas. Es tierra verdaderamente de admirar por su riqueza en cereales, frutas y ganados. En todas sus colinas se alzan muchas y grandes poblaciones, aunque por las guerras pasadas en las llanuras hay pocos habitantes; sólo algunas alquerías de árabes pobres sin

22. Lugar desconocido.
23. El *nabaq/nabiq*, loto; azofaifa.
24. Sebu.

poder ni peso algunos, y las comparten con gente de Fez o con el soberano y sus cortesanos. En cambio, la campiña de Sala y Mecnasa[25] la labran árabes nobles, caballeros y súbditos también del sultán. Detallaré ahora cuanto allí hay de notable.

La ciudad de Sela[26]

Es una ciudad sumamente antigua, edificada por los romanos y conquistada por los godos, así como los ejércitos mahometanos entraron luego en esa región, que los godos cedieron a Taric[27], capitán de dichos ejércitos. Pero, una vez construida Fez, Salé quedó sujeta a sus señores. Se levanta sobre la mar Océana en espléndido paraje, a no más de milla y media de la ciudad de Rabat, de la que la separa el río Buragrag. Las casas están construidas a la manera antigua, aunque muy decoradas con mosaicos y columnas de mármol; los templos también son bellísimos y adornados, así como los comercios, dispuestos bajo soportales largos y hermosos, con arcos bien espaciados, y útiles –según dicen ellos– para separar unas partes de otras. Saco en conclusión que la ciudad poseía todo el atavío ornamental y todas las condiciones que una perfecta civilización requiere, debido también a su buen puerto, frecuentado sin cesar y desde antiguo por los mercaderes cristianos, genoveses, venecianos, ingleses y de Flandes, ya que ese es también el puerto de todo el reino de Fez. Pero en el año seiscientos y setenta de la Hégira[28], fue asaltada y saqueada por una armada del rey de Castilla. Huida su gente, quedó la ciudad en manos cristianas si bien sólo por diez días, pues vino sobre ella por sorpresa Yacub[29], primer rey de la dinastía Meriní, a quien los cristianos creían enteramente empeñado en la empresa de Tremecén. Fue así reconquistada la ciudad, y pasados a cuchillo cuantos en ella se hallaban, refugiándose algunos españoles en la flota, que levó anclas. Ese hecho deparó al monarca ser muy querido por todo el pueblo de la región, afecto extendido a sus descendientes.

Pese a su pronta reconquista, Salé quedó en precario por lo tocante a población y estado, viéndose hoy por la ciudad toda, y más en sus

25. Salé y Mequinez.
26. Salé. No fue fundada por los romanos.
27. Ṭāriq b. Ziyād, conquistador de España.
28. De hecho, en 658 H. (=1260 d. C.).
29. Ya'qūb b. 'Abd al-Ḥaqq.

partes cerca de las murallas, mucha despoblación de edificaciones con bellísimas columnas y mármoles de colores diversos, que los de allí no saben valorar. El contorno de la ciudad es todo arenoso, o con tierras que apenas dan cereal pero en las cuales abundan huertos y campos de algodón, utilizado por los vecinos para tejer delicadas y hermosas telas. Se elabora también allí un gran número de peines, para su venta en las poblaciones todas del reino de Fez; el material de dichos peines procede de los muchos bosques de boj y otras maderas buenas para esa artesanía próximos a la ciudad. Hoy en día, la vida es bastante acomodada y cuenta con gobernador, juez, aduaneros y recaudadores, con vista sobre todo a los mercaderes genoveses, los cuales mueven pingües negocios y son muy apreciados por el sultán, pues la corona saca de ellos grandes beneficios. Dichos mercaderes tienen su barrio propio tanto en Fez como en Salé, y suelen ayudarse en sus trabajos, en los que siempre los vi muy nobles y corteses, gastando además cuantiosos recursos en ganarse la voluntad del Señor y de su corte, no tanto por la avidez de sacarles utilidades cuanto para vivir tranquilos en tierra tan extraña para ellos. En mi tiempo, un respetadísimo gentilhombre de Génova llamado Messer Thommaso Di Marino, tan sabia persona como rico y gente de bien, era tenido por el sultán en muy alta consideración y constantes deferencias. Vivió en Fez ese hombre unos treinta años y, cuando murió, el rey hizo enterrar su cuerpo en Génova, según el hombre había dejado dispuesto. Muchos hijos suyos, varones todos, quedaron en dicha ciudad, ricos y respetados por el monarca y la corte.

Fanzara[30]

Es ciudad no muy grande, levantada en una llanura hermosísima por uno de los soberanos almohades. Dista de Salé como diez millas y esa llanura es feracísima en trigo y otros cereales. Por fuera de Fanzara y cerca de sus murallas vénse muy bellas y galanas fuentes, mandadas construir por Abulchesen[31], rey de Fez. En los tiempos del último rey Abusaid[32], de los Meriníes, un tío suyo llamado Sahid[33] se

30. Emplazamiento ignorado.
31. Abū-l-Ḥasan ʿAlī, sultán Meriní de Fez (1331-1348).
32. El último sultán Meriní fue ʿAbd al-Ḥaqq, hijo de Abū Saʿid.
33. Saʿid.

hallaba preso de Habdillah[34], sultán de Granada, a quien Abusaid rechazó contentar en cierta demanda. El granadino libertó entonces a Sahid y lo mandó contra su sobrino al frente de nutridas y bien avitualladas tropas con las cuales aplastar a Abusaid. Uniéronse a esas fuerzas algunos árabes de las montañas y la ciudad de Fez fue asediada a lo largo de siete años, siendo devastados los pueblos, castillos y ciudades del reino todo. Mas atacados sus reales por la peste, Sahid pereció en el año novecientos y dieciocho de la Hégira, así como casi todos sus hombres. Las poblaciones entonces destruidas nunca volvieron a habitarse, sobre toda la propia Fanzara, entregada como recompensa a los nómadas que ayudaron al ejército de Sahid.

MAHMORA[35]

También pequeña y edificada asimismo por un soberano almohade, Mahmora se asienta en la boca del gran río Subo[36], según entra en la mar. Pero la ciudad queda a milla y media, más o menos y a unas doce de Salé. Sus alrededores son arenales y fue construida para defender la desembocadura del río e impedir el paso de naves enemigas. Vecino a la ciudad, un bosque muy grande de árboles altísimos da unas bellotas gruesas y largas como las ciruelas de Damasco, más suaves y con un gusto más dulce y delicado que el de las castañas. Algunos beduinos avecindados en el bosque llevan a Fez en sus camellos gran cantidad de esas bellotas, de las cuales obtienen buenas ganancias. También las transportan y venden los muleros de Mahmora, no obstante el muchísimo peligro de leones, que muchas veces devoran a animales y hombres no preparados para defenderse contra esas fieras, pues en esas fragas viven los más célebres leones del África. Desde hace ciento y veinte años a esta parte, la ciudad antigua sigue muerta por la guerra del mentado Sahid contra el rey de Fez, quedando tan sólo algunos vestigios indicadores de que no fue muy grande. En el año novecientos y veintiuno de la Hégira[37], el rey de Portugal mandó una grandísima flota para levantar una fortaleza en la

34. De Hecho, Abū-l-Ḥaŷŷāŷ Yūsuf, quien en 1411 d. C. Liberó a Sa'īd y le reconoció como sultán de Fez. Éste asedió la ciudad con el apoyo de tribus árabes y tras ser rechazado murió en su huida a Túnez o –según otra versión– en el curso de las escaramuzas.

35. Ma'mūra.

36. Sebu.

37. El 24 de junio de 1515.

boca del río. Empezaron, pues, a construirla, y cuando ya tenían los cimientos y comenzaban a levantar murallas y baluartes, y había surgido en el río casi toda la flota, los portugueses fueron sorprendidos y atacados por un hermano del rey de Fez. Los tres mil que intentaron asaltar antes del alba la artillería real, cayeron hechos pedazos no por falta de coraje sino por su propio desorden, sumado al error inmenso de salir contra un enemigo de cincuenta mil infantes y cuatro mil jinetes; pero los portugueses pensaron que, si obraban con astucia, antes que los de la almahala se despertaran y percataran de su presencia, podrían llevar la artillería enemiga hasta su fortaleza, que estaba casi a dos millas. Dormidos al amanecer, los componentes de la guardia, unos siete mil hombres, fueron burlados por los de Portugal, que lograron arrastrar las piezas hasta una milla fuera del real musulmán; pero fue tanto el estruendo que, despierto el campamento todo, en breve tiempo cargaron contra los cristianos, quienes se aprestaron a defenderse en círculo, sin perder el ánimo y combatiendo muy valerosamente en tanto avanzaban, no amilanándoles el verse rodeados por todas partes y con el camino cortado. Pelearon con tanto ímpetu como para haberse salvado a despecho de todo, si unos esclavos renegados, que conocían la lengua portuguesa, no los hubiesen inducido a engaño exhortándoles a deponer las armas porque el hermano del rey de Fez les perdonaría la vida. Creyendo esas palabras, se entregaron los portugueses, y los moros, gente bestial y que no quería hacer prisioneros, los mataron a todos, no dejando sino a tres o cuatro vivos, gracias a algunos capitanes del hermano del sultán. El portugués alcaide de la fortaleza cayó en la desesperación, pues se encontraba entre los muertos la flor de su gente, y solicitó la ayuda del capitán general quien en compaña de muchos caballeros y gentileshombres portugueses se hallaba en las naves de gran calado de la flota, fuera de la desembocadura del río. Mas no dejaron penetrar tal socorro las fuerzas del rey de Fez que, descargando mucha artillería, hundieron algunas de las naves. En el ínterin, llegó a los portugueses la nueva de la muerte del rey de España, con lo cual algunos barcos españoles mandados en su ayuda por el propio rey difunto quisieron volverse, mientras el alcaide de la fortaleza, al verse sin auxilio, se retiró del lugar. Decidieron también huir los navíos fondeados en el río, mas al salir de él murieron casi dos tercios de la gente, pues queriendo esquivar el fuego enemigo se dirigieron a la ribera contraria y encallaron en las arenas por no ser el río muy hondo en ese punto. Los moros cayeron

sobre ellos e hicieron una gran matanza. Se lanzaron al río algunos portugueses con la idea de alcanzar los barcos grandes, pero, o bien se ahogaron, o fueron muertos como sus compañeros. Quemadas las naves y hundidas las piezas artilleras, durante tres días seguidos viéronse ensangrentadas las aguas de la mar, y se cuenta que fueron diez mil los cristianos perecidos en la empresa. El sultán de Fez hizo sacar luego del fondo cuatrocientas piezas artilleras de bronce. Dos equivocaciones alimentaron tamaña derrota, siendo la primera la de la imprudencia portuguesa al no estimar la fuerza y número del enemigo e intentar arrebatarle la artillería; y la segunda, que, habiendo podido el rey de Portugal mandar una flota enteramente pagada por él y mandada por capitanes suyos, quiso reforzarla con la de Castilla, cuando bien se sabe que dos ejércitos con doble mando contra un solo enemigo suelen ser vencidos y quebrantados por la diferencia de opiniones, pues los generales no llegan a ponerse de acuerdo y nuestros señores africanos ya toman como seña de su victoria esas disensiones del contrario apenas notarlas. Yo fui testigo de esa contienda y después de estos acontecimientos partí para mi viaje a Constantinopla[38].

Tefelfelt

Es una ciudad chica erigida en un llano arenoso a unas quince millas de Mahmora, hacia levante, y a unas quince de la mar Océana. Próximo pasa un río no muy ancho, a cuyas orillas crecen bosques donde viven leones muy feroces, todavía peores que los ya mentados, los cuales causan estragos entre los viajeros, y más entre quienes por allá deben hacer noche. Pero en el camino real de Fez, fuera de esta ciudad, hay un pequeño caserío deshabitado con una alcoba de bóveda donde, según se cuenta, hallan cobijo los arrieros y viandantes, defendiendo las puertas con ramas espinosas de aquel contorno. Dicho refugio fue posada cuando la ciudad estaba poblada, antes de ser abandonada durante la guerra de Sahid.

38. Las cifras de pérdidas que reseñan los documentos portugueses son mucho más reducidas: ocho barcos y cuatro mil hombres; sin embargo, el relato de León es verídico en cuanto al intento contra la artillería de Fez y en lo referente a la precipitación como causa del desastre. Respecto a su afirmación de hallarse presente en la batalla es difícil de aceptar si admitimos que en junio-julio de 1515 se encontraba en la expedición de Dukkala, regresando a Fez por Haskura y Tadla y que a mediados de septiembre estaba ya en Bugía.

La ciudad de Mechnase[39]

Es una gran ciudad, levantada por un pueblo así llamado[40], y cae como a treinta millas de Fez, a unas cincuenta de Salé y a quince millas del Atlas. Cuenta con casi seis mil hogares y es, pues, muy habitada y populosa. Sus gentes vivieron largo tiempo en buena paz y unión mientras residieron en la campiña, pero luego vinieron discordias y bandos e, imponiéndose al fin uno al otro, el que quedó perdedor, viéndose sin ganado ni medio de seguir en los campos, fue el que fundó esta ciudad, emplazada en una llanura muy hermosa y cerca de la cual cruza un río poco caudaloso. A unas tres millas en redondo de la población existen muchos huertos productores de rica fruta, en especial membrillos muy gruesos y perfumados, y granadas maravillosas en tamaño y exquisitez, sin pepitas y vendidas a muy bajo precio. Hay asimismo gran copia de ciruelas damasquinas y blancas[41], y también azofaifas, que en invierno se comen secas y las demás se venden en Fez. Abundan otrosí los higos y la uva de parra, que comen fresca porque seca no vale, así como el higo viene secado para conservarlo, saliendo de su pellejo entonces algo como harina. Poseen tal cantidad de albérchigos y duraznos que en ciertos años los tiran, porque estos últimos no son muy buenos, casi verdes y llenos de agua. También cultivan muchísima aceituna, que se vende a ducado y medio el quintal, unas cien libras italianas. Las tierras de Mecnase son por igual fértiles, abundantes en lino para comercializar casi en su totalidad en Fez y Salé.

La ciudad está muy ordenada, ornamentada y provista de mezquitas, con tres *madrasas* de estudios y unos diez baños públicos de capacidad grande. En el zoco, que se coloca extramuros y junto a la cerca, se reúnen los lunes numerosos nómadas de los alrededores con bueyes, carneros y otras bestias, vendiendo igualmente lana y mantequilla muy baratos. Hoy día, el rey[42] ha cedido al príncipe[43] esta ciudad como parte de su estado y se calcula que ella y su término rinden tanto como una tercera parte del reino entero. Pero la ciudad ha sufrido enormes privaciones a causa de las guerras libradas entre los señoríos

39. Mequinez, Meknes.
40. Miknasa.
41. La versión Epaulard añade: "a la carga se vende de cinco a seis baiocchi".
42. Abū ʿAbd Allāh Muḥammad el Portugués.
43. Su hermano an-Nāṣir.

de la comarca, pues en cada una de ellas perdió de treinta a cuarenta mil ducados, no debiendo olvidarse que fue asediada muchas veces y que los sitios duraron hasta seis o siete años. En mi tiempo, cuando el actual monarca de Fez fue jurado por sultán[44], un primo hermano suyo se rebeló, contando con el favor del pueblo (de Mequínez). Llegó entonces el rey con sus tropas y la asedió por espacio de casi dos meses. Negáronse a rendirse sus pobladores y el rey devastó todas sus propiedades, costándole a la ciudad veinticinco mil ducados; piénsese, pues, en lo que costarían aquellos otros cercos de seis o siete años. Por fin, un bando partidario del soberano abrió una puerta de la ciudad y, soportando valientemente el empuje de los sediciosos, sus leales permitieron la entrada de las tropas reales que tomaron la ciudad e hicieron prisionero al rebelde, mandándolo a Fez, de donde logró huir. La urbe es hermosa, rica, bien amurallada y muy fuerte. Sus calles, anchas y alegres, disponen de excelente agua, llevada por un acueducto desde unas tres millas para repartirla entre la fortaleza, las mezquitas, las madrasas y los baños. Los molinos todos se hallan fuera de la ciudad, a unas dos millas de ella. Como militares, los de Mequínez son gente valiente, así como generosos y educados, aunque de inteligencia más bien tosca; todos son mercaderes, nobles o artesanos, y no hay un ciudadano a quien avergüence cargar por sus manos una caballería para despachar la semilla a un campesino suyo. Aborrecen a los de Fez sin razones manifiestas. Las mujeres de los principales sólo salen de sus casas a la noche, andan siempre con el rostro cubierto y no quieren ser vistas tapadas ni destapadas porque los hombres son muy celosos y peligrosos en tratándose de asuntos de sus mujeres. No me gusta esta ciudad, por su suelo blando y fangoso en invierno.

Gemiha Elchmen[45]

Es una ciudad antigua levantada en una llanura y cercana a un baño que dista de Mequinez unas quince millas hacia el sur, casi treinta de Fez hacia poniente y a casi diez del monte Atlas. Es lugar de paso entre Fez y Tadla. Sus tierras fueron ocupadas por árabes, pues esta ciudad también se destruyó durante la guerra de Sahid, pese a que aun su cerca está casi intacta; y si bien a las torres y mezquitas se les han hundido las techumbres, las paredes siguen en pie.

44. 1504.
45. Ŷāmiʿal-ḥammām.

Camis Metgara[46]

Pequeña y fundada por los africanos en los campos de Zuaga, esta ciudad cae de Fez unas quince millas a poniente. Sus tierras son muy fértiles y en casi dos millas a la redonda cuenta con bellas fincas de uvas e higos, rehechas todas, ya que en la tan mentada guerra de Sahid la ciudad quedó en ruinas y su alfoz abandonado durante unos ciento y veinte años. Pero cuando muchas gentes de Granada pasaron a Mauritania[47], empezó a repoblarse y le fueron plantadas infinidad de moreras blancas, pues los granadinos son grandes mercaderes en sedas. Sembraron asimismo caña de azúcar, pero no sacaron de ella tanto provecho como el que se le extrae en Andalucía. Fue esta ciudad en tiempos muy adelantada, a diferencia de la situación actual. Sus pobladores son, en gran mayoría, labradores.

Banibasil

Pequeña ciudad levantada también por los africanos sobre un río en el paso de Fez a Mequínez, cae de Fez a unas dieciocho millas a poniente y posee una anchurosa campiña, abundante en riachuelos y hermosos manantiales. Labran sus tierras unos árabes que cultivan en ellas cebada y lino; otros cereales no se dan bien por ser los campos ásperos y estar siempre encharcados. Esta vega sostiene a la mejor mezquita de Fez y los encargados de ella obtienen veinte mil ducados de renta al año[48]. Tuvo Banibasil muy bonitos huertos, como lo atestiguan hoy sus vestigios, pero también, como las ciudades anteriores, fue arrasada por Sahid, quedando deshabitada casi ciento diez años. Al volver el rey de Fez desde Duccala, mandó que sus gentes la repoblaran, pero aquello no está aun bien civilizado y los moradores viven allí a la fuerza.

46. Jamīs Matgara.
47. Hay que entender "a Marruecos".
48. Frase omitida en la versión Epaulard (p.179).

FEZ, MAGNA CIUDAD Y CABEZA DE MAURITANIA[49] TODA

La ciudad de Fez fue edificada por un hereje en tiempos del califa Aron en el año ciento ochenta y cinco de la Hégira[50]. Se la llamó Fez porque el primer día en que se excavaron sus cimientos se encontró una cantidad de oro que en lengua árabe se dice *fez*[51], esta es, a mi juicio, la explicación de su nombre, sin embargo, hay quienes pretenden que el lugar ya se llamaba así a causa de un río que atraviesa el paraje, denominado Fez por los árabes[52]. Sea como sea, su fundador, llamado Idrís, fue pariente cercano de dicho califa, aunque tal jerarquía de pontífice también correspondiese al propio Idrís, pues era nieto de Hali[53], primo paterno de Mahoma, casado con la hija de éste, Fátima[54]. Por tanto, Idrís estaba emparentado con el profeta por parte de padre y madre, y Aron solo por una rama, por ser nieto de Habbus[55], tío de Mahoma. Conociendo que las dos familias habían perdido el poder por motivos referidos en crónicas antiguas, Aron lo usurpó mediante tretas, pues su abuelo, hombre de aguda inteligencia, fingiendo favorecer a la dinastía de Hali y devolverle el califato, mandó por doquier sus emisarios, lo cual arrastró la ruina de la casa de Umeve[56], yendo a parar su dignidad a poder de Habdullah Seffec[57], primer califa[58], quien, dueño ya de tal rango, se negó a entregarla y se revolvió al punto contra la casa de Hali, declarándose sin ambages su enemigo mortal y poniendo en fuga hasta la India y Asia a distintos miembros del clan. Uno de ellos permaneció en

49. De nuevo se refiere a Marruecos o Magreb Extremo.

50. El llamado "pontífice Aron" es el califa Hārūn ar-Rašīd. La doble fundación de Fez pudo tener lugar en los años 172 H. (789) y 192-193 H. (808-809 d. C.) por Idrīs b. ʿAbd Allāh e Idrīs b. Idrīs a ambas orillas del río Sebu, estableciéndose en la parte vieja gentes de Córdoba fugitivas de la Revuelta del Arrabal, bajo al-Ḥakam I, y en la nueva pobladores provenientes de Cairuán y fundando cada comunidad su propia mezquita (Andalusiyyīn y Qarawīyyīn).

51. No hay tal acepción, *fa'* s en árabe significa "azada" y "hacha": el error no tiene sentido alguno.

52. Epaulard (p. 180) añade: "en lengua africana este cauce se llamaba *sef* y esta palabra se corrompió". La explicación que a León parece rechazable –como suele suceder con las etimologías– puede resultar la más próxima a la verdad: *asif* en beréber significa "río" y pudo producirse una corrupción del vocablo al arabizarlo.

53. ʿAlī b. Abī Ṭālib.

54. En el texto, Falerna.

55. ʿAbbās.

56. Umayya, los Omeyas.

57. ʿAbd Allāh as-Saffāḥ (749-754 d. C.).

58. De la familia Abbasí.

Elmadina[59], y su vejez y religiosidad lo pusieron a salvo, pero sus dos hijos, crecidos no tanto en edad como en grandeza y en el favor del pueblo de Elmadina, viéronse abocados a la persecución, debiendo huir los desdichados y siendo uno de ellos prendido y estrangulado, mientras el otro, Idrís de nombre, se refugió en Mauritania[60] acompañado de tan grande fama que se apoderó en breve plazo del dominio no sólo temporal, sino también del espiritual. Vivió en el monte Zarón[61], como a treinta millas de Fez, rindiéndole tributos Mauritania toda. Murió sin hijos, mas dejando preñada a una esclava suya goda, aunque conversa al Islam, la cual trajo al mundo un varón[62] que recibió el mismo nombre de su padre y resultó elegido por el pueblo como su Señor[63] y educado entre extremadas precauciones y atención, al cuidado, educación y disciplina de Rasid[64], un valeroso capitán de su padre.

Al alcanzar los quince años, Idrís principió a realizar grandes y gloriosas proezas, conquistando muchas tierras en tanto se acrecentaban las familias y huestes a su cargo; cuando estimó insuficiente la residencia del padre, resolvió fundar una ciudad para residir en ella y dejar el monte Zarón. Juntó para ello a muchos arquitectos e ingenieros quienes, tomando en cuidadosa consideración los llanos inmediatos al monte, decidieron el emplazamiento de la ciudad de Fez en un lugar adecuado y cómodo, con muchos manantiales y un río grande que, naciendo en un llano poco alejado, discurre entre cerros y valles muy amenos, luego de un suave tramo de ocho millas en la llanura, por el lado de mediodía. Túvose en cuenta igualmente un frondoso bosque, útil para necesidades de la población. Alzaron así una ciudad pequeña a la vera del río y hacia levante, con unas tres mil familias y bien abastecida de cuanto precisa una urbe. Muerto Idrís, un hijo suyo levantó a poniente otra ciudad mediana y también junto al río, creciendo con el tiempo ambas poblaciones de modo tan próspero que, en el afán de engrandecimiento y expansión de sus señores, sólo un angosto terreno llegó a separarlas. Ciento ochenta años más tarde surgieron bandos y enemistades grandes entre las gentes de las dos, cada una con

59. Medina.
60. Marruecos.
61. Zarḥūn, cerca de Mequínez.
62. En 791 d. C.
63. Su proclamación ocurrió en 804 d. C.
64. Rašīd.

un príncipe, y mantuvieron enfrentamientos a lo largo de cien años, hasta que Yusef[65], rey de Lumtuna, arribó al frente de un gran ejército y apresó y pasó a cuchillo cruelmente a los dos señores, arrasando casi por entero ambas ciudades, luego de saqueadas, y muertos a hierro treinta mil de sus vecinos. Yusef resolvió después convertirlas en una sola, derribó las murallas que las separaban y edificó puentes por cima del río para pasar fácilmente de una parte a la otra, dividiéndose la nueva ciudad en doce barrios o distritos. Referidas ya la edificación de Fez y su causa, hablaré de sus condiciones y pintaré con cuidado su estado en la actualidad.

Precisa y minuciosa descripción de Fez

A no dudar, Fez es ciudad bien grande, defendida por altas murallas y erigida entre cerros y colinas, siendo llano tan sólo su centro. Por dos lugares entra el agua en ella; un brazo del río pasa por Fez la Nueva, es decir, por el sur, y el otro entra por poniente; ya en la ciudad el agua, se abre en muchos canales, para los hogares de los ciudadanos los más, y también para la corte real y para otras casas. También cada templo y santuario dispone de agua, así como las posadas, hospitales y *madrasas* que allí hay. Cerca de las mezquitas existen amplios aljibes cuadrados y, junto a ellos, unos retretes o cubículos pequeños con sus puertecillas, para remediarse de las necesidades, dotados de fuentes de donde corren raudas las aguas desde las paredes y van a un canal de mármol que se lleva al río las inmundicias todas de la ciudad. En medio del edificio hay una alberca baja y honda de casi tres brazas por cuatro de ancha y doce de larga, con corrientes de agua hacia las letrinas. En la ciudad disponen de unos ciento cincuenta retretes de esta clase.

Las casas de Fez, fabricadas con buen gusto, son de ladrillo y piedra, hermosas las más y decoradas con bellos mosaicos. También están enladrillados los patios y los pórticos, con ladrillos añosos de muy varios colores como los que adornan los jarrones de cerámica. Los cielorrasos se pintan con preciosos arabescos con predominio del azul y el oro; estos techos son planos y de tablazón, de suerte que se pueden extender lienzos para dormir en los meses más cálidos. Casi todas las casas tienen dos plantas, y muchas, tres, con corredores muy decora-

65. Yūsuf b. Tašufīn el Almorávid, que se apoderó de la ciudad en 1070 d. C.

dos para ir de uno a otro aposento; el centro de la casa queda, pues, al descubierto, siendo las puertas de dichas estancias, en las casas importantes altas, amplias y de ciertas maderas preciosas, bellamente labradas. En las habitaciones usan tener unos armarios tan anchos como la habitación misma, ornados con lindas pinturas y en ellos guardan los objetos de su aprecio. Algunos prefieren estos muebles bien altos, y otros que no suban de seis palmos para poder colocar la cama sobre ellos. Las entradas a las casas se levantan sobre columnas de ladrillos revestidas hasta su mitad de azulejos; vense asimismo pilares de mármol y arcos entre las columnas, recubiertos también de mosaicos. Las alfarjías entre unas y otras y las que sustentan los techos son de madera labrada con hermosos trabajos y pintadas de graciosos colores. Encuéntranse casas provistas de albercas cuadradas de seis o siete brazas de anchura, diez o doce de largo y seis o siete de hondura, al aire y revestidas de azulejos cerámicos, con surtidores cuyas aguas confluyen en una gran fontana de mármol como las europeas. Al llenarse las fuentes, el agua se evacua por canalillos cubiertos que las rodean, pasando a unas conducciones que desembocan en acequias por las cuales el agua pasa al río. Estas acequias se mantienen muy limpias, bañándose en ellas toda la familia en los meses de verano. Con frecuencia, se edifica encima de la casa una especie de torre con cámaras cómodas y bien decoradas donde se solazan las mujeres al descansar de sus tareas domésticas y desde las que puede verse todo Fez. Entre aljamas, mezquitas y oratorios, cuéntanse en la ciudad hasta setecientas construcciones; de entre las aljamas, cincuenta grandes, de hechura excelente y adornadas con columnas de mármol y otras ornamentaciones, aparte hermosas fuentes de mármol y materiales desconocidos en Italia. Las pilastras están rematadas por arquitrabes de mosaico y madera muy bien esculpida. Los artesonados de los templos son al modo de los europeos, es decir formados por tableros, los suelos se cubren de lado a lado con alfombras admirables, cosidas las unas a las otras de manera que no se ven las losas. Las paredes aparecen igualmente cubiertas de esteras hasta la altura de un hombre. Cada mezquita tiene un alminar al que suben quienes tienen por oficio vocear las horas de las distintas oraciones del día y de la noche. Hay un sacerdote[66] en cada templo para dirigir la oración, y también quienes velan de noche por las lámparas encendidas, más los porteros y los

66. Se refiere al *imām* que dirige la oración y que –repetimos–, no es un "sacerdote".

almuédanos citados, que por la noche avisan las horas de rezar; los almuédanos de día no ganan jornal alguno, pero no han de pagar diezmo ni tributo.

Hay en la ciudad un templo principal llamado Caruuen[67], grandísimo, hasta de milla y media de circunvalación[68], con treinta y una enormes puertas. La superficie cubierta abarca unas ciento cincuenta brazadas de Toscana de largo y cerca de ochenta de ancho[69], sustentada en treinta y ocho arcos a lo largo y veinte a lo ancho, con el alminar también muy elevado, y unos pórticos a poniente, levante y norte, de treinta brazas de ancho por cuarenta de largo[70], y abajo sótanos donde se guardan las lámparas, su aceite, las esteras y otros enseres de la aljama. En ella se encienden novecientas luces todas las noches, una para cada arco y más iluminados los del medio del templo, cuya nave central luce ciento cincuenta lámparas. Hay numerosos candeleros de bronce, enormes, y en los cuales se pueden prender hasta mil quinientas luces, de ellos se dice que fueron campanas de ciudades cristianas ganadas por sultanes de Fez. Adosados a los muros en el interior del templo hay escaños de muchas clases, en los que, desde algo después del alba hasta la una del día, alfaquíes y teólogos enseñan al pueblo asuntos de su fe y de su ley. Mas en verano sólo se enseña después de las veinticuatro horas, durando las lecciones sólo hasta la una y media de la noche. La enseñanza versa sobre ciencias morales y espirituales propias del credo de Mahoma. Las lecturas de estío son impartidas por particulares, mas las otras solamente por hombres doctos en leyes, que reciben por ello un buen estipendio, aparte los libros y la luz que para su trabajo precisan. El imán no tiene otras tareas que cumplir con las plegarias y responder de los dineros y las donaciones para los pobres en monedas o en cereal, que él debe repartir entre los menesterosos en las fiestas religiosas y en la medida justa a la necesidad de cada familia. Debe asimismo cobrar los ingresos del templo, en un sitio separado de él; percibe un ducado al día y cuenta con ocho notarios que ganan seis ducados por mes, y con seis recaudadores de los alquileres de las casas, tiendas y otros ingresos, recibiendo dichos funcionarios un cinco por ciento de lo que cobraren. Hay asimismo veinte empleados en el campo encargados de los la-

67. La gran mezquita de Qarawiyyīn ("Los de Cairuán").
68. 2.400 mts.
69. Unos 83 mts. por 44 mts.
70. 16 mts. por 22 mts.

briegos que trabajan las tierras, las viñas y los huertos, y ésos obtienen tres ducados por mes.

Obra de una milla de Fez hay veinte hornos de cal y otros tantos de ladrillos y de allí llega también la piedra necesaria para las reparaciones del templo y de las casas de su propiedad. Entran en la mezquita doscientos ducados diarios, de los cuales una mitad larga se la lleva cuanto hemos referido, aparte de ayudar dicho templo a muchos otros y a mezquitas menores sin ingresos; el remanente va en provecho común de la ciudad, pues la pobreza es grande, y además los reyes suelen hoy día tomar prestado del imán de la aljama muchos dineros jamás devueltos.

Hay en Fez dos colegios[71] de muy buena fábrica y adornados de mosaicos, artesonados bien labrados y revestimientos de mármol y cerámica. Hasta un ciento de habitaciones tienen estos colegios, erigidos por distintos sultanes Meriníes; uno de ellos despierta la admiración por su grandor y hermosura, y fue levantado por el rey Abu Henon[72], hay en él una hermosa fuente de mármol con cabida para dos toneles de agua y por la cual discurre un arroyuelo sobre canalillo de fondo muy decorado y con bordes de mármol y azulejos, así como tres galerías cubiertas por torretas de peregrina belleza y columnas octogonales en su torno, junto a un muro policromado. Únense dichas columnas por arriba con arcos de mosaicos azules y de oro fino. El artesonado es de un orden perfecto y armoniosa decoración. Recubren los pórticos celosías de madera que no dejan por fuera atisbar el interior.

Los muros todos van revestidos de cerámica hasta donde un hombre puede alcanzar con la mano y a lo largo de ellos lucen versos que declaran el año de fundación del colegio y comentarios en honor suyo y de este fundador, que fue el sultán Abu Henon. Tales inscripciones, también de cerámica, sobre fondo blanco y en gruesas letras negras, pueden leerse desde muy lejos. Todas las puertas del colegio son de bronce, bellamente trabajadas y adornadas; las de las habitaciones, de madera tallada, y en el oratorio hay un púlpito con nueve peldaños de marfil y ébano, admirables de ver. Oí contar a muchos maestros, quienes aseguraban habérselo oído a los suyos, que, recién construido

71. *Madrasas.*

72. Abu 'Inān, patrocinador de la construcción de la madrasa Bū 'Ināniyya, entre 1350 y 1355. Ibn Baṭṭūṭa, contemporáneo de este sultán, dedica elogios a los colegios de Fez, vid. I.B., p. 756.

el colegio y habiendo querido ver el rey el libro de gastos, no hizo sino hojearlo un poco y ya apreció unos cuarenta mil ducados, maravillado de lo cual y sin querer ver más, rompió el libro y lo tiró al arroyo que por el colegio pasa, mientras recitaba dos versos de uno de nuestros autores árabes, que dejan sentada esta sentencia:

Lo querido y hermoso nunca es caro.
No hay dineros para pagar el placer.

Pero por uno de estos tesoreros, llamado Hibnulagi[73] y que llevó las cuentas, se sabe que los gastos subieron a cuatrocientos ochenta mil ducados. Los otros colegios de Fez parécense a éste y en cada uno de ellos se imparten distintas ciencias, con lecciones a las mañanas o a las noches; todos están bien provistos de fondos legados por sus impulsores. Antes, cada alumno recibía durante siete años ayudas para comer y vestir, pero ahora sólo la tienen para alojarse, pues en la tan mentada guerra de Sahid fue destruida mucha hacienda y huertos de los que proveían a los gastos de enseñanza, y las exiguas rentas actuales sirven para subvenir a los salarios de los maestros, que cobran entre doscientos y cien ducados, o menos. Ésta es una de las razones de la decadencia intelectual de Fez y de todas las ciudades del África. Hoy día, sólo residen en dichos colegios algunos forasteros que viven de las limosnas de los ciudadanos de la capital y de su alfoz. Si se admite a un estudiante de Fez, ya no se aceptan más. Cuando un maestro quiere dar su lección antes la lee un alumno, comentándola después el profesor para aclarar los pasajes difíciles. A veces los alumnos someten a debate la lección, si se presta a ello, en presencia siempre del maestro.

HOSPITALES Y BAÑOS DE LAS VIUDAS

Hay en Fez muchos hospitales cuya hermosura no cede a la de los citados colegios y en los que se hospedaba antaño a los forasteros por tres días; y a extramuros de la urbe existen otros no menos hermosos. Eran muy ricos pero, en tiempos de la guerra de Sahid y precisando el rey de muchos dineros para mantenerla, oyó a sus consejeros y vendió haciendas y otras fuentes de rentas. No quería el pueblo que se hiciese tal, pero uno de los dichos mensajeros recordó al monarca que

73. Ibn al-Ḥāŷŷ.

la construcción de los hospitales se debió a donaciones de sus antepasados y él corría el peligro de perder el reino, de modo que era mejor vender lo necesario para vencer ese peligro y que, acabada la guerra, todo podría recobrarse fácilmente. Pero, fallecido el rey antes de recuperar las propiedades, los hospitales quedaron pobres y sin función. Hoy también se hospeda en ellos algún maestro de fuera o algún noble empobrecido de Fez, que han de atender a su conservación. Hay uno para los enfermos forasteros, pero carece de médicos y medicinas y solamente les depara alojamiento y los gastos, así que si un pobre muere o sana, ello es obra únicamente de la voluntad de Dios. Existen en este hospital algunas estancias para los locos, de los que tiran piedras o provocan otros daños, encadenándoseles allí y teniéndolos tras cerrojos, con las ventanas enrejadas por ciertos barrotes de una madera muy dura. Hay un guardián que les da de comer y que, si ve inquieto a alguno, lo aplaca con un bastón que siempre porta consigo al efecto. Sucede en ocasiones que, al acercarse algún visitante a esas estancias de los dementes, éstos los llaman y se les quejan de que, estando ya sanos, los tengan todavía encerrados y soportando a diario las maldades de los guardas. Creyendo en sus palabras, llegan algunos a arrimarse a su ventana, sintiéndose al momento atrapados por la ropa mientras les llenan la cara de excrementos, pues aunque hay allí letrinas, los locos vacían sus vientres en mitad de las alcobas, de modo que los vigilantes deben andar limpiando de continuo la porquería, así como poniendo sobre aviso a los forasteros de que no se acerquen a tales estancias. Cuenta el hospital con cuantos hombres necesita en punto a escribientes, mandaderos, guardianes, cocineros y los que atienden a los enfermos, con buen estipendio para cada uno; de joven estuve en él dos años oficiando de escriba según suelen hacer los muchachos estudiantes, y con salario de tres ducados al mes.

Tiene también Fez cien baños públicos bien construidos y decorados; pequeños o grandes, todos cuentan con cuatro salas[74] y galerías altas, adonde se llega subiendo cinco o seis escalones hasta el vestuario de hombres. En el centro hay fuentes, a modo de albercas muy grandes; cuando un hombre quiere bañarse, luego de pasar una primera puerta entra en una estancia fría, provista de una fuente que refresca el agua demasiado caliente. Pásase de ahí por otra puerta a una segunda estancia algo más calurosa donde los servidores lavan y

74. Según Epaulard (p.188), tres.

escamondan las carnes; de ahí se entra a un tercer recinto, muy caliente, para sudar un cierto tiempo. Allí se encuentra, bien cimentada, la caldera donde se calienta el agua, que se acarrea con gran destreza en acetres de madera. Cada cliente tiene derecho a dos calderos, debiendo pagar más quien quiera más agua, o pretenda ser lavado, a quienes lo atienden dos *baiocchi* o, al menos, un *baiocco*, y al dueño del baño no más de dos cuatrines. El agua de los baños se calienta con lumbre de bosta[75], y suelen los patrones poseer burreros y muchachos que van por la ciudad recogiendo por calles, cuadras y establos los cagajones para llevarlos a las afueras de la ciudad, donde los amontonan y secan en muladares durante dos o tres meses, para quemarlos luego y calentar así el agua y no con leña[76]. Las mujeres tienen también baños para ellas, y hay otros de uso indistinto, con horas para los varones entre las tres y las catorce –más o menos–, según la época. El resto de la jornada es para las señoras, quienes dejan constancia de su presencia con una cuerda cruzada en la puerta, que los hombres no han de saltarse, no pudiendo hacerlo ni aquel que quiera hablar con su esposa, a la cual las sirvientas del baño –que son negras– llevarán el recado oportuno. Hombres y mujeres acostumbran a comer en los baños, por lo común con gran solaz, entre distracciones y cantares. Entra la juventud al baño enteramente desnuda, sin sentir vergüenza por ello, pero la gente de más edad y de cierta importancia lo hace cubriéndose con unos lienzos y no se sientan con todos sino en unos cubículos siempre dispuestos y decorados para las personas de calidad. Me olvidaba de decir que los sirvientes lavan a las personas, las recuestan y restriegan con ungüentos fortalecedores y ciertos instrumentos que eliminan toda excrecencia de su cuerpo. A los señores los tienden sobre una pieza de fieltro con la cabeza sobre almohadas forradas del mismo material. Paran también en los baños barberos que cumplen allí su oficio, pagándole un tanto al dueño[77]. Casi todos los

75. Razón por la que el oficio de empleado de los baños era muy despreciado. Ibn Baṭṭūṭa refiere, en Egipto, la historia de Jaṣīb, exaltado a gobernador del país, pese a su condición de sirviente en un baño, precisamente por el deseo del califa de humillar a los egipcios: por supuesto, según la historia legendaria referida (p. 144).

76. La escasez de otros combustibles o la baratura de las deyecciones animales han inducido en las culturas y sociedades más diversas a utilizarlas como material para quemar: desde el Perú incaico (de las llamas), a la Galicia contemporánea (de las vacas) en tiempos todavía recientes. En los países árabes con insignificante masa forestal (caso de Egipto) el uso de las boñigas era casi obligado.

77. La presencia de barberos en el baño es frecuente en el mundo árabe, vid. el divertido incidente en el *Cuadro de Ḥulwān (Maqāma 33, Venturas y desventuras del pícaro*

baños pertenecen a mezquitas y colegios a los que pagan buenos alquileres, de cien a ciento cincuenta ducados, según la calidad del baño. Quiero también referir que quienes los atienden hacen una fiesta todos los años, a la que concurren invitados sus amigos, con añafiles y pífanos, saliendo fuera de la ciudad y colocando en un gran vaso de latón, cubierto con un paño, una cebolla que suena a modo de esquila hasta llegar a las puertas del baño, donde se cuelga una cesta con la cebolla, diciendo la muchachada que esa cebolla será el motivo de la prosperidad del baño, pues acudirá clientela sin cuento. Creo que esa usanza representa una suerte de sacrificio como los que hacían los africanos antiguos cuando eran paganos, hábito que ha llegado hasta hoy, aunque no se conozca el origen de la costumbre[78], lo mismo que en alguna ciudad de por allá subsisten fiestas y costumbres que dejaron los cristianos al señorear lugares del África, y de las que ya contaré algo, si es oportuno.

Posadas

Hay en Fez casi doscientas posadas de muy buena construcción y algunas grandísimas, como las más próximas a la Mezquita Mayor, de tres alturas y con ciento veinte estancias, y aun más. Todas las posadas cuentan con fuentes y letrinas cuyos canalillos se llevan la suciedad. No he visto en Italia edificios parecidos, quitando el Colegio de los Españoles de Bolonia y el palacio romano del cardenal de San Jorge. Todas las puertas de las alcobas dan a los corredores y, pese a la hermosura y desahogo de estos establecimientos, se está muy mal en ellos, ya que no hay lechos ni yacijas, sino que el posadero te da una manta y una alfombra para dormir, y el huésped debe comprar las vituallas que se le guisarán. Cobijan estas posadas a las viudas pobres[79] de la ciudad, faltas de techo y de parentela que se lo ofrezca, y los dueños de las posadas las ocupan en labores de limpieza y cocina, dándoles una alcoba a cada dos viudas. Dichos posaderos pertenecen a una casta llamada *Elcheua*[80], y visten prendas de mujer, y como ellas se

Abū-l-Fatḥ de Alejandría de al-Hamaḏānī, p. 125-129).

78. León hace gala de un espíritu analítico y racionalista: el carácter propiciatorio de la ceremonia es evidente.

79. "Le povere vedove della città" (p. 34), dice León, sin embargo, la versión Epaulard (p. 190), habla de "los viudos pobres".

80. al-Hiwa.

componen y adornan el cuerpo, rapándose las barbas e ingeniándoselas en todo para remedarlas incluso en el hablar –¡y hasta hilan!–. Cada uno de estos hombres infames tiene un querido del que usa ni más ni menos que la mujer con el esposo; además se conducen en ropajes y hábitos como las putas de los prostíbulos de Europa. Pueden dichos posaderos comprar y vender vino sin que la ley los persiga por ello y a sus posadas acuden los hombres de peor fama, algunos para embriagarse, otros para desfogar su lujuria con mujeres de alquiler, y no faltan quienes andan en trajines ilícitos y vituperables para burlar a la justicia, de los que mejor será no hablar.

Dichos posaderos tienen un delegado y pagan tributos al gobernador de Fez, aparte de estar obligados, si el caso llega, a proporcionar mucha gente de su gremio a las tropas del rey o de los príncipes para que cocinen en las guerras, pues tienen de ello gran oficio. Si la verdad no obligase al historiador, con gusto hubiese callado cuanto acabo de referir, silenciando así posibles reproches de la ciudad que me crió y donde crecí. Salvo esos vicios, el reino de Fez posee hombres de mayor honestidad que los de toda África. Como ya he dicho, los tales de las posadas no suelen mantener trato sino con la hez de los bellacos, y con ellos ni cruza la palabra ningún letrado, mercaderes u hombres de bien; a esa canalla no se le permite entrar en las mezquitas, en los centros de comercio ni en los baños y las casas honradas; y menos pueden detentar las posadas próximas a los templos, donde se albergan los comerciantes de clase alta. Todo el pueblo les desea la muerte. Pero como los sultanes se sirven de ellos para las necesidades del ejército –tal cual acabo de señalar– les permiten seguir en vida tan deshonesta y pésima.

Molinos

Hay en Fez casi cuatrocientos molinos, construidos a modo de sala grande con columnas, y algunos con cuatro, cinco y hasta seis muelas, donde muele su grano una buena parte de los labriegos de la comarca. Los harineros –que son todo un gremio de mercaderes– alquilan molinos, compran el cereal que llevan a molienda y luego venden la harina en unos comercios que también alquilan, todo lo cual les trae mucha cuenta, pues los artesanos a quienes no es fácil proveerse de grano compran la harina hecha en estas tiendas para luego hor-

near el pan en sus casas, mientras que la gente rica adquiere el trigo y lo hace moler en ciertos molinos reservados para ellos, donde pagan dos *baiocchi* por su molienda. Casi todos estos molinos pertenecen también a templos y colegios y sus servicios se cobran caros, a dos ducados por muela.

Artesanos, tiendas y zocos

Están en Fez las artes y oficios separados unos de otros, y los mejores rodean de cerca la mezquita aljama. Así, los escribanos, de los que hay casi ochenta despachos, muchos de los cuales paredaños con los muros mismos del templo y los demás enfrente, trabajando dos escribanos en cada despacho. Más allá, tirando a poniente, cuéntanse casi treinta librerías y hacia el sur están las zapaterías, en número de unas ciento cincuenta, cuyos dueños compran la mercancía al por mayor a los zapateros y la venden al menudeo; algo más adelante hay unas cincuenta tiendas de zapatos para los niños. Por el lado de levante del templo se asientan caldereros y latoneros. Frente a la puerta principal y a poniente hay casi otras cincuenta tiendas de fruta, y a seguido las cererías, con los más lindos trabajos en cera que llevo vistos. Están luego las mercerías, no muchas, y las floristerías, que también despachan cidras y limones, y de las que hay cerca de veinte puestos cuya vista parece la de los más floridos prados y jardines en abril, o la de un cuadro pintado con vivísimos colores, tanta es la variedad y belleza de cuanto en ellas se vende; tienen buena clientela estas floristerías entre los bebedores, pues les gusta tener flores cerca mientras paladean el vino. Siguen los lecheros, provistos de cuencos de barro y cuyos dueños mercan este producto en vaquerías donde se lo entregan en unas grandes vasijas de madera con abrazaderas de hierro, muy estrechas en la boca y anchas en el fondo; el sobrante de leche de la tarde o de la mañana se destina en parte a fabricar mantequilla y en parte a su fermentación para venderla líquida o cuajada; tengo entendido que en Fez se consumen a diario veinticinco toneles[81] de leche, entre la fermentada y la fresca. Siguen a los lecheros los vendedores de algodón, con unas treinta tiendas, y hacia el norte están los puestos del cáñamo, donde se venden los aparejos y cabestros para las caballerías y los cordeles, sogas y bramantes. Más allá se asientan los

81. Un tonel *(botta)* equivale a 938,4 litros.

artesanos del cuero con cinturones, babuchas y arreos de caballo bordados de seda, y los fabricantes de vainas de espadas y cuchillos y los petos de los caballos. Siguen los vendedores de la sal y del yeso, que compran al por mayor para realizarlo al menudeo; luego vienen unas cien cacharrerías con toda suerte de jarrones y recipientes tan hermosos como bien decorados en uno o dos colores. Los vendedores de arreos cuentan con unos ochenta puestos en los que se despachan bridas, riendas, ronzales, cinchas, estribos y sillas de montar. Damos luego con los cargadores o faquines, que son unos trescientos y cuentan con un jefe o representante[82]; éste es quien sortea todas las semanas a los que van a trabajar y a servir a quienes los precisan durante esos días. El dinero que cobran por su trabajo es depositado en una caja con varias llaves que guardan otros tantos encargados de entre ellos mismos, y en acabando la semana se reparte lo recaudado entre los que trabajaron. Estos cargadores se quieren fraternalmente y cuando uno de ellos deja al fallecer una criatura pequeña, todos ayudan a la viuda, y si ella lo desea vuelven a casarla, cuidando a las criaturas con todo amor hasta que alcanzan la edad de ejercer un oficio. Cuando uno de ellos se desposa o tiene un hijo, todos los compañeros asisten al convite en su casa, cada uno con un regalo. Al entrar en ese oficio, cada hombre debe convidar a todos los demás que lo ejercen y en sus primeros servicios solamente perciben, de la ganancia comunal, la mitad que sus compañeros. Los soberanos les han concedido el privilegio de no pagar garrama alguna ni gabela, ni la cochura de su pan, y si alguno comete un delito penado con la muerte no suele ser castigado en público. Todos visten un traje de trabajo muy corto y de igual color, pero cuando no están en servicio se ponen lo que quieren. Son, en suma, gente honrada y de bien. A continuación del lugar de estos cargadores está la plaza del jefe de los delegados[83] y síndicos de todos los vendedores de vituallas. En mitad de la plaza hay un vallado de cañas dentro del cual se expenden zanahorias y nabos, hortalizas tan estimadas allí que no pueden comprárselas a los hueteros sino unos cuantos hombres autorizados y con pago de alcabalas; de ellas se ven cada día hasta quinientas cargas y más y se venden infinitas al bajo precio de veinte o treinta libras por un *baiocco*. Las habas frescas de estación tienen también muy buen mercado y costo.

82. *Amīn*.
83. El *muḥtasib*, almotacén, síndico de los gremios.

En torno a ese recinto hay tiendas de fideos y otras de albóndigas de carne magra de buey, fritas en aceite con muchas especias y gruesas como un higo mediano, a seis cuartos de libra. Más allá de aquella plaza está la de los verduleros, con unos cuarenta puestos que despachan coles y otras verduras acompañantes de la carne en las comidas. Viene luego la llamada Plaza del Humo, donde se venden unos panes también fritos en aceite y semejantes al pan enmelado que se come en Roma. Hay en esos puestos muchos trebejos y pinches, pues, todo se lleva con orden y limpieza y por las mañanas véndese allí gran cantidad de ese pan, ya que se acostumbra a comerlo en los desayunos, mayormente los días de fiesta y los de antes del ayuno religioso; lo suelen tomar con carnes a la parrilla, o untado de miel, o en una poco agradable sopa de carne picada, cocida y vuelta luego a triturar para la dicha sopa, que colorean con un polvo bermejo. La carne asada no se cocina en el asador sino en dos hornos, el uno sobre el otro, encendiéndose el fuego en el de abajo y, bien calentado ya el de arriba, poniendo en éste, enteros, los corderos para que se asen al calor que les llega por un agujero, sin que las llamas los toquen. Se hace así la carne muy bien, con dorado tono y delicado gusto, no con humos y fuegos sino mediante una moderada calor a lo largo de toda la noche. Su venta empieza por la mañana temprano y, entre ella y el pan que dijimos, puede calcularse una suma de doscientos ducados por día; de estos puestos hay quince, que venden también carne y pescado fritos; otra variedad de pan aplastado y hecho como lasaña aunque algo más grueso que ésta, para comer con manteca, o con manteca y miel, manos y pies cocidos de animales.

Allí se sacian por la mañana los labriegos antes de ir a sus faenas. Están luego los vendedores de aceite, manteca salada, miel, queso fresco, aceitunas, limones, zanahorias y alcaparras encurtidas. Tienen las tiendas llenas de cacharros de cerámica, de suerte que valen más los recipientes que cuanto llevan dentro. Hay jarros para la manteca y la miel que subastan unos sirvientes puestos allí a tal efecto y que también miden el aceite cuando se vende en grandes cantidades. Los jarros son de ciento cincuenta libras[84] y los alfareros deben fabricarlos de esa medida; los campesinos los compran en Fez, los llenan en sus tierras de éste o aquel producto, y los llevan a esas tiendas para revenderlos. Junto a ellas están las carnicerías casi en número de

84. 60 kgs.

cuarenta, bien altas y hechas, donde se corta la carne y se pesa en balanzas, no sacrificándose allí los animales sino en un matadero cabe el río, donde también se desuellan y desde el que ciertos encargados los llevan a sus puestos de venta. Pero antes ha de ver las piezas de carne el almotacén, que entrega a cada vendedor una cédula para señalar el precio a que debe expender los productos, certificado que ha de hallarse junto a la carne para que todo comprador pueda consultarlo. La de los carniceros es también la plaza donde se venden los paños gruesos de lana del país, en un centenar de tiendas. Quien pretende dar salida a un artículo ha de entregarlo a un pregonero subastador, que se lo echa a hombros y va voceando su precio de tienda en tienda. Estos hombres, que son unos sesenta y ganan buenos salarios, suelen pregonar desde el mediodía hasta la noche. Vienen después quienes limpian y lustran las armas, espadas, gumías, puñales, azagayas, y también los que las venden. A seguido tienen su despacho los pescadores, que pescan tanto en el río de la ciudad como en otros, y por unas pocas monedas, a tres cuatrines la libra, venden unos pescados bien gruesos y sabrosos, sobre todo el que en Roma llaman *lacha*[85] que se pesca de octubre a abril y del que ya hablaremos al tratar de los ríos. Vienen después los que hacen y expenden jaulas de caña para las gallinas, con hasta cuarenta puestos, pues en las casas crían esas aves y no las tienen sueltas para que ensucien las alcobas, sino enjauladas. Por separado están los jaboneros, con unos cuantos puestos de jabón líquido que no se elabora en el mismo Fez sino en los montes de su derredor, y que los montañeses y arrieros suministran a los dueños de esas tiendas de la ciudad. Más allá están los que despachan la harina, con pocas tiendas juntas, ya que no faltan en todas las calles del zoco. Siguen los vendedores de semillas para siembra de cereales y legumbres, así como de esos productos para la mesa, aunque los venden en pequeñas cantidades. Los cargadores de legumbres y cereal son muchos en la plaza, con mulas y caballos de buenas albardas y serones, cobrando un tanto por cada carga de tres sacos apilados el uno sobre el otro y con la obligación de medir su contenido. Siguen por fin los vendedores de paja, en unos diez puestos; y ya entramos en la plaza de los hilados y el lino, que se peina en las tiendas mismas. Dicha plaza es como una casa grande con cuatro corredores a su alrededor en los cuales se sientan los comerciantes de telas, los servidores que las pesan y las mujeres que

85. Alosa.

las venden en cantidades grandes, aunque también se despacha ese género mediante subastadores que vocean su precio por todo el lugar, en animado movimiento desde el mediodía hasta el anochecer; hay en su centro muchas moreras que le dan sombra y es un buen sitio de paseo y entretenimiento, aunque cuesta salir de allí por la multitud de mujeres presentes y que a menudo riñen y se pegan e insultan, diciéndose las más grandes injurias del mundo y moviendo a risa a quienes las oyen.

Volviendo al lado de poniente, o sea, desde el mencionado templo hasta la puerta de Mequínez, por la Plaza del Humo todo seguido, están con unas catorce tiendas, los artesanos de los calderos de cuero empleados en las casas con pozos, y luego treinta tiendas de los que fabrican vasijas donde almacenar cereales y harina, siguiéndoles los de las pantuflas y los zapateros de calzado basto para los campesinos y otros calzados para la gente menuda, sumando estos puestos unos cientos cincuenta. Vienen luego los fabricantes de rodelas y adargas de cuero a la manera africana o como algunas que se ven en Europa. A seguido están los lavanderos, gente de baja estofa, que tienen en sus tiendas enormes recipientes, como tinajas, donde lavan las camisas, sábanas y ropas de quienes carecen en sus casas de sirvienta que lo haga; y esos lavanderos lo hacen con gran prontitud y secan las ropas tendiéndolas en cordeles, como en Italia, doblándolas con primor y restituyéndolas a sus dueños tan blancas y limpias que apenas pueden reconocerlas. En ese sitio cuéntanse sólo unas veinte tiendas de lavandería, pero, repartidas por calles y plazas de toda la ciudad, hay casi doscientas. Vienen luego los fabricantes de piezas de madera de la silla de los caballos, y hay muchas tiendas suyas en el lado que mira a oriente, donde está el Colegio del rey Abuhinan[86]. Siguen los talabarteros y decoradores de estribos, espuelas y hierros de las riendas, con unas cuarenta tiendas en las que se hacen trabajos excelentes; acaso hayáis visto alguno de esos objetos en Italia, o en cualquier otro país de cristianos. Están después, sumando unos cien puestos, los herreros que no sólo producen estribos, herraduras y bocados para los arneses de los caballos; más lejos, los que hacen sillas de cuero, con tres armazones para cada una, la una sobre la otra, más fina la de en medio y la de abajo la menos bella pero de cordobán las tres. Los fabricantes de lanzas tienen sus establecimientos de una largura adecuada a

86. Abū ʿInān.

lo que elaboran. Y aun más allá, damos en la parte fortificada con un paseo muy hermoso, que corre por un lado hasta la puerta del oeste y por el otro hasta un palacio de singular belleza, habitado por una hermana o parienta del rey. El comienzo de esta plaza está en la aljama y, por no alterar el orden con que las plazas se suceden, he tratado únicamente de las que lo rodean, dejando para el final la Plaza de los Mercaderes.

Plaza de los Mercaderes

Se diría que esta plaza es una pequeña ciudad, con murallas dotadas de doce puertas, cada una de las cuales está atravesada por una cadena que no permite la entrada de caballos ni de otras caballerías. Se divide el recinto de la plaza en quince partes: dos de ellas las ocupan los zapateros de lujo, que elaboran el calzado del señorío. Artesanos, soldados y sirvientes de la corte no pueden llevar esos zapatos. Otras dos están destinadas a los traficantes de las seda, con lado para los vendedores de flecos, cordones y otros adornos con que se enjaezan los caballos, que suman unos cincuenta puestos, y otro cuartel para los de las sedas teñidas para camisas, fundas de almohada y otras prendas. Siguen los fabricantes de cinturones femeninos, de lana, toscos y feos, y otros que hacen los mismos pero de seda aunque no menos feos, ya que trenzan en ellos dos cabos del grosor de dos dedos de un hombre, buenos para amarrar una barca. Continúan en la plaza otros dos sectores donde se vende la pañería de lana llegada de Europa, siendo granadinos todos estos mercaderes. También se despachan allí géneros de seda, cofias caseras y sedas crudas. Más allá caen los colchoneros, que hacen almohadas y cojines para el verano y ciertos tapices pequeños de cuero. Después están quienes cobran las gabelas, pues esas labores véndense en subasta y dichos cobradores han de verlas y sellarlas antes de que las adjudiquen en venta sesenta subastadores, pagándose un *baiocco* por cada pañito. Acaparan los sastres otras tres partes de la plaza, y otra los que tejen los trenzados con que se adornan las cabezas. En otros dos lugares se hallan los vendedores de telas y los de camisas y prendas de mujer, siendo éstos los mercaderes más ricos, hasta el punto de que sus haberes superan a los de todos los demás juntos. Otra parte está dedicada a guarnicionería, cordones y flecos de albornoz, siguiendo otras donde se expenden ropas elaboradas con tejidos de Europa, que se rematan cada tarde, vendiéndose de forma igual las prendas ya usadas o cuyos dueños se hallan en la ne-

cesidad de venderlas. Finalmente, existe una parte donde se despachan camisas, manteles, toallas y otras cosas viejas de tela, así como, algo más allá, se subastan las alfombras y las mantas de las camas.

Plática sobre el nombre de las calles llamadas Caisaria, nombre derivado de César

Hay un barrio de la ciudad que se denomina Caisaria[87], palabra antigua proveniente de Caisar, que significa César, el mayor señor en la Europa de otros tiempos, pues todas las ciudades del litoral mauritano estuvieron dominadas por los romanos, como luego por los godos, y en todas hubo una de estas plazas con el citado nombre. Los historiadores africanos explican que las autoridades romanas y las godas tenían en las poblaciones lugares donde guardar los tributos y el patrimonio que de ellas recibían y que no pocas veces fueron saqueados por el pueblo. Debido a ésto, un emperador se decidió a construir un barrio semejante a una ciudadela, en la que se juntaran todos los comerciantes ricos, asegurando así tanto sus bienes como las rentas e impuestos, a fin de no verse perjudicados unos y otros según lo sucedido en tantas ocasiones en Italia, con las tropas partidarias de un bando que han entrado en una ciudad y expoliado al bando contrario, para despojar después, si ello no les parecía suficiente, los hogares de su propia bandería.

Drogueros y otros artesanos

Próxima a la Alcaicería, por su flanco norte, hay una calle muy derecha con ciento y cincuenta puestos donde se hallan los drogueros. Protegen dicha calle, a su comienzo y su final, dos hermosas puertas, amplias y fuertes, y el gremio mantiene guardianes pagados que de noche recorren el contorno con faroles, perros y armas. Véndense en esa calle tanto los afeites como las medicinas, pero nadie sabe preparar jarabes, ungüentos ni pociones porque son los mismos médicos quienes los hacen y los mandan luego a esas tiendas donde se venden por prescripción médica; la mayor parte de la gente no sabe de médicos ni de medicinas. Juntos, pues, drogueros y boticarios, sus puestos son hermosos y decorados con bellos artesonados y armarios; me

87. Alcaicería.

parece que no habrá en la tierra un mercado de drogueros como éste; si bien en la ciudad de Tabriz, en Persia, he podido ver un zoco grandísimo de ellos, pero los puestos están en unos soportales oscuros aunque levantados sobre bellas columnas de mármol. Llévale ventaja éste de Fez por su mucha y clara luz; aquí también se venden peines de boj y de otras maderas. A levante, junto a los drogueros, hay hasta cincuenta tiendas de los fabricantes de agujas, y más allá las de los torneros, pocas, pues hay otras diseminadas entre las tiendas de otras artesanías. Siguen numerosos puestos de harineros, jaboneros, y vendedores de escobas que se extienden hasta la plaza de los hilados y no pasan de veinte; ya indicaremos dónde hay más. Entre los algodoneros y los vendedores de legumbres se encuentran los fabricantes de cubrecamas y tiendas; viene luego el zoco de los pajareros, que expenden pájaros tanto cantores como de yantar; cuenta con escasos puestos y en ellos se venden también cáñamo y bramantes. Siguen los artesanos de los zuecos[88] que se calzan para el fango los nobles en los días de agua, con muy bellos adornos, buenos forros y revestidos de cuero y seda; y el más pobre de los señores no puede ponerse un par que cueste menos de un ducado, habiéndolos que valen entre diez y veinticinco. Los zuecos se elaboran con maderas de morera, blancos y negros, y también de nogal, naranjo y azofaifo, que son los más lucidos, aunque los de morera resultan más duraderos.

Vienen a continuación los artesanos de las ballestas, unos diez moros de España cuyos puestos no pasan de la decena. Junto a ellos hay cincuenta de escobas de palmera silvestre, como las sicilianas que se venden en Roma; en Fez se llevan en canastos muy grandes, cambiándolas por sémola, ceniza o zapatos viejos; la sémola la compran los vaqueros; la ceniza, quienes blanquean los hilados, y los zapatos usados, los zapateros remendones. Más allá están los herreros que solamente fabrican clavos y luego los que labran recipientes de madera, grandes como toneles pero de forma de cubos y con capacidad de un barril[89]; también se hacen allí las medidas para los cereales, que revisa luego el almotacén y cobra un cuarto por cada una. A seguido están los laneros, que mercan a los carniceros las pieles y tienen unos muchachos que se las lavan y sacan de ellas la lana, trabajando solamente las de ganado ovino. Los cordobanes y los cueros de vacuno se cur-

88. *Qubqāb.*
89. 58,3 litros.

ten en otro lugar y constituyen otro oficio. A continuación, junto a quienes trabajan el cobre, están los que hacen cestas y trabas para los caballos a la manera del África, y los que venden peines de cardar el hilo y la lana. Después hay un mercado grande de oficios muy distintos, como los que liman las labores de hierro, estribos y espuelas, cosa que los herreros no suelen hacer. Damos después con los carpinteros de trabajos grandes, como timones, arados, ruedas de molino y otros necesarios enseres, y con los tintoreros, con sus puestos a la orilla del río y una fuente muy hermosa donde se lavan las labores en seda. Después están los albarderos, en una plaza con moreras que es de lo más bonito y fresco en verano[90]. Siguen los herradores de las caballerías, los que colocan sus arcos metálicos a las ballestas y quienes forjan los herrajes de los caballos, acabando por aquéllos dedicados a abrillantar los géneros de tela. Terminan allí las plazas de la parte occidental de Fez que, como ya hemos dicho, llegó a ser una ciudad y se construyó luego de la otra Fez, la que mira a oriente.

Parte segunda de la ciudad de Fez

También esa Fez que mira a oriente[91] está muy cuidada y luce bellísimos palacios, mezquitas, colegios y casas, pero no es tan abundante en artesanías como la que acabo de describir, ya que no hay en ella mercaderes, sastres, zapateros, sino tan sólo labores de paño tosco. Cuenta con una placita de drogueros de unas treinta tiendas, y hacia la muralla están los fabricantes de ladrillos y los hornos de los cacharreros, pues más abajo hay otra plaza donde se venden los cacharros blancos sin vidriado, palanganas, cuencos, ollas y otros recipientes. En una plaza contigua se alinean los graneros y silos y en otra, frente a la puerta de la aljama y con el pavimento de ladrillo hay distintos artesanos, siendo todos esos los lugares previstos para dichos oficios, de los que luego existen otros puestos a lo largo de la ciudad y a la buena de Dios, salvo pañeros y drogueros, que siempre cuentan con lugares especiales.

También hay unas quinientas veinte casas de tejedores, como palacios grandes de varias plantas, con amplias salas repletas de telares, talleres cuyos dueños no lo son de esos instrumentos sino que se los

90. Frase omitida en la versión Epaulard.

91. Ahora se centrará en la 'Adwat al-andalusiyyīn (la ribera de los andalusíes) donde se establecieron las familias huidas de Córdoba (vid. supra nota 50 de esta Tercera Parte).

alquilan a quienes los poseen. Es la más importante artesanía de Fez, con veinte mil obreros dedicados a ella, y otros tantos en las labores de molienda. Existen asimismo, y casi todas junto al río, ciento y cincuenta casas de blanqueadores de telas, muy bien provistas de calderas y grandes pilones de ladrillo para hervir los hilados y otras labores. También se cuenta con aserraderos de diferentes maderas, oficio que ejercen esclavos cristianos y por el cual sus amos les dan para vivir, sin otro descanso que medio viernes, del mediodía a la noche, y unos ocho días al año, en que se celebran las grandes fiestas musulmanas. Igualmente hay grandes prostíbulos, donde las meretrices ejercen a bajo precio y protegidas por los alguaciles y el gobernador de Fez. Además, algunos individuos, sin que los poderes públicos se den por enterados y encubriendo sus casas con otro oficio, facilitan mujeres y vino a los hombres ejerciendo el de *tabacchino*[92].

Existen seiscientos manantiales rodeados de muros y cerrados con puertas, cada una de cuyas corrientes ábrese en muchas que corren por bajo tierra y pasan por canalillos a las casas, templos, colegios y posadas, siendo estas aguas mucho más puras y apreciadas que las del río, sobre todo cuando escasean las de éste, mayormente en verano. A ello se agrega que, cuando han de limpiarse los canales, es preciso desviar de la ciudad el curso del río, con lo cual todos se sirven de aquellos veneros, y aunque en estío los señores sigan usando en sus casas el agua del río, tienen también las de dichos manantiales, más fresca y limpia, y en invierno es al revés. Casi todas las fuentes mencionadas se hallan por la parte de poniente y del mediodía, pues la parte que mira al norte es todo monte de rocas calcáreas, con silos grandes y bien hondos donde se acopia y conserva el grano muchos años, cabiendo en algunos hasta más de doscientos almudes. Los habitantes, hombres toscos, viven del alquiler de los silos, un almud por cada cien en empezando el año. En la vertiente de mediodía, despoblada a medias, crecen vergeles de hermosos y variados frutos, como limas, limones, cidras, y con abundancia de flores tales como el jazmín, rosa damasquinada y ginestra, llevada allí desde Europa y muy estimada por los moros, entre bellas quintas con fuentes y albercas rodeadas de jazmineros, rosales y naranjos. A quien allí se acerca en pri-

92. En la versión Epaulard (p. 203, nota 192) se señala acertadamente que parece improbable que en Marruecos se fumara tabaco tan pronto; más bien sería adoptada la palabra por León para designar el *kif*.

mavera, le envuelven por doquier aromas tan delicados como suaves, no siéndole menos placentero pasear los ojos por la belleza y amplitud de los dichos vergeles. Lo cierto es que cada uno de ellos se asemeja a un Paraíso terrenal donde sus señores vivieran desde primeros de abril hasta acabar setiembre. Por la banda occidental, es decir la limítrofe a la ciudad real, está la fortaleza edificada allá en tiempos del rey de Lumtuna, que por su grandeza puede compararse a una población y antaño residencia de los gobemantes y señorío de Fez, cuando ésta no era ciudad real; ya al ser levantada Fez la Nueva por los sultanes Meriníes, dicha fortaleza pasó a exclusiva sede del gobernador. Hay allí un bello templo, de la época en que estuvo muy poblada; hoy día, exísten jardines en los terrenos que ocuparon los alcázares, de los cuales sólo queda uno, donde reside el gobernador, y en otro su familia. Hay muchos sitios en los que dicho gobernador suele conceder audiencia por los pleitos e impartir justicia, así como una cárcel hecha a semejanza de un gran sótano abovedado sobre columnas, larga y ancha como para hasta tres mil presos. No hay en esa prisión celdas separadas, ya que en la ciudad no hay costumbre de tener prisionero a nadie en secreto. Un cauce de agua atraviesa la alcazaba para atender a las necesidades y comodidad del gobernador.

Magistrados y modos de hacer y administrar la justicia. Manera de vestir

Sólo hay en la ciudad de Fez algunos humildes oficiales ministeriales y ciertos magistrados que tienen a su cargo administrar la justicia. El gobernador es quien detenta la autoridad en las causas civiles y criminales. Se propone un cadí para la justicia canónica, es decir para la aplicación de las leyes sacadas de los libros religiosos musulmanes, mientras otro juez, de algún modo sustituto del precedente, se ocupa de las cuestiones de matrimonio, repudio, etc., así como del examen de los testimonios; sin embargo, también está cualificado para conocer todas las causas que dependen de esta jurisdicción. A continuación viene el abogado, al que se consulta en los puntos de derecho y al que se apela en los juicios, o bien cuando los jueces se han equivocado, o bien cuando basaron su sentencia en la autoridad de un jurisconsulto menos cualificado que otros.

El gobernador dispone de sumas cuantiosas debido a las multas que se aplican en cualquier momento. La pena más grave, o casi, que habitualmente se inflige a un culpable es el castigo de azotes en presencia del gobernador: cien o doscientos latigazos, o más. Después del suplicio el verdugo echa una cadena al cuello del condenado y lo pasea por toda la ciudad completamente desnudo, salvo las partes vergonzosas que tapa con un calzón. El zabazorta lo acompaña, mientras el verdugo no para de pregonar la naturaleza de la fechoría cometida por el culpable. Por último éste vuelve a tomar sus vestidos y regresa a prisión. A veces ocurre que se pasean varios condenados juntos. El gobernador cobra un ducado y cuarto por cada condenado. Además, por toda persona encarcelada tiene derecho a una cierta tasa, cuyo montante se le entrega de modo especial por ciertos mercaderes y artesanos designados al efecto. Entre otros ingresos de los que dispone el gobernador están los de una montaña de la que saca siete mil ducados al año. Es verdad que está obligado a proveer con trescientos jinetes al rey en tiempos de guerra y que estos hombres están a su cargo mientras dure la contienda.

Los cadíes de la jurisdicción canónica no reciben ningún salario ni indemnización, porque está prohibido a un juez por la ley de Mahoma recibir un sueldo cualquiera por tal función. Pero viven de otros recursos: son profesores o imanes en alguna mezquita. Lo mismo sucede con los abogados y procuradores, que son personas ignorantes y vulgares. Los jueces disponen de un local donde hacen encarcelar a la gente por sus deudas o por delitos menores y de poca importancia.

En Fez hay cuatro comisarios de policía, no más, que hacen rondas desde media noche hasta las dos de la madrugada. Tampoco ellos reciben otro salario que el producto de un tributo aplicado a las gentes arrestadas cuyo montante está calculado según la duración de la detención y según la naturaleza de la pena infligida. Pero estos comisarios pueden regentar una taberna y ejercer el oficio de *tabacchino*[93] y de rufián.

El gobernador no tiene juez ni escribano. Pronuncia las sentencias en voz alta, como mejor le cuadra. Sólo hay un funcionario para controlar la aduana y las gabelas. Entrega treinta ducados al día al tesoro

93. *Vid. supra* nota 92.

real. Coloca en cada puerta de la ciudad guardianes y secretarios. Para todas las mercancías de poco valor los derechos se pagan en las entradas, las otras mercaderías se llevan al despacho de la aduana acompañadas desde la puerta por un vigilante. Guardas y secretarios reciben cierto porcentaje según la cantidad de productos. A veces estos guardias van fuera de la ciudad al encuentro de los arrieros a fin de que éstos no puedan ocultar nada. Si han escondido alguna cosa pagan dobles derechos. La proporción ordinaria es de dos ducados por ciento, pero en lo que concierne a las serbas, que se llevan en grandes cantidades, se paga el cuarto del valor total. La madera, el trigo, los bueyes, las gallinas, no pagan nada. No se hace satisfacer gabela en las puertas por las ovejas introducidas en Fez, pero en el matadero se percibe por cada res un precio de dos *baiocchi* más un *baiocco* para el almotacén o jefe de los delegados gremiales[94]. Este funcionario, escoltado por doce arqueros, recorre frecuentemente la ciudad a caballo para examinar el pan, controlar los pesos de los carniceros y las mercancías que venden. Hace pesar el pan y, si no le encuentra el peso requerido, lo desmenuza en pedacitos y asesta al panadero tal puñetazo en la nuca que lo deja atontado y medio muerto. En caso de reincidencia manda azotar al comerciante en público. El rey concede esta función a los nobles que se la piden. Antiguamente sólo se confiaba a hombres competentes y de buena reputación. En el presente los soberanos la conceden a gente vulgar e ignorante.

Los habitantes de Fez, quiero decir los principales, son gente en verdad distinguida. En invierno visten ropas de paño extranjero. Su traje se compone de un sayo muy ceñido, con medias mangas y puesto sobre la camisa. Por encima de esa veste llevan un ropaje amplio cosido por delante y por encima se ponen un albornoz[95]. Se cubren la cabeza con un bonete como algunos de los que se llevan por la noche en Italia pero sin orejeras. En torno a este gorro colocan un turbante de tela enrrollada que da dos veces la vuelta al cráneo y pasa bajo el mentón. No se ponen ni medias calzas ni calzas altas, pero sí zaragüelles de tela. Cuando quieren montar a caballo, en invierno, calzan borceguíes. La gente del pueblo viste el sayo y el albornoz pero

94. Los *umanā'*, o alamines. Sobre el almotacén, vid. la obra de P. Chalmeta, *El señor del zoco en España*; también la misma obra sobre el funcionamiento de los mercados, en especial, pp. 323 y ss.; e igualmente sobre mercados musulmanes, vid. García Gómez, E., *El tratado de Ibn 'Abdūn*, pp. 78, 105, 123 y ss., etc., Madrid, 1948, Ed. Moneda y Crédito.

95. *Burnus*.

no el ropaje del que hemos hablado y en la cabeza sólo se ponen uno de esos bonetes sin valor.

Los alfaquíes y principales de cierta edad acostumbran llevar vestes de mangas anchas como las de los gentileshombres de Venecia que ocupan los empleos más relevantes. Por último, la gente de más baja condición va vestida con un tejido blanco de lana basta del país, de la cual son también sus albornoces. Las mujeres van muy bien vestidas, pero en tiempo caluroso sólo visten una camisa ceñida con un cinturón bastante feo. En invierno se ponen vestidos con mangas anchas, cosidos por delante como los de los hombres. Cuando salen llevan zaragüelles de tal longuitud que les tapan las piernas y también un rebozo a la usanza de las mujeres de Siria, para cubrirse la cabeza y todo el cuerpo. También se oculta la cara con un velo, de guisa que nada más deja los ojos al descubierto. Llevan en las orejas grandes aretes de oro con pedrerías muy galanas; y lucen pulseras de oro en las muñecas, una en cada brazo, pulseras que pueden pesar por lo común unos cien ducados[96]. Las mujeres del pueblo se los mandan hacer de plata y llevan ajorcas parecidas en los tobillos.

COSTUMBRES RELATIVAS A LA ALIMENTACIÓN

En lo concerniente a la alimentación, la costumbre en el pueblo es comer carne fresca dos veces por semana. Pero los principales la ingieren en dos ocasiones al día, según les place. Se hacen tres comidas en cada jornada; la de la mañana es muy ligera: se compone de pan, frutas y una sopa de harina de trigo candeal más bien líquida. En invierno se toma en lugar de la sopa un guiso de escanda cocida con carne salada. Al mediodía se comen alimentos livianos tales como pan, ensalada, queso o aceitunas. Pero en verano esta comida es más sustanciosa. Finalmente, por la noche también yantan cosas ligeras: pan con melón, uvas o leche. Pero en invierno se cena carne guisada con un plato llamado *cuscusu*[97] preparado con pasta reducida a granos del grosor del grano de cilantro y cocidos en una olla horadada que recibe el vapor de otra marmita inferior. Se mezcla esta pasta cocida con mantequilla y se rocía con caldo. No es costumbre comer asado. Tal es el modo de vida del común de la gente. Las personas importantes

96. Cien meticales *(miṯqāl)* ó 350 grs.
97. Alcuzcuz.

tales como los principales de edad, los comerciantes, los cortesanos, viven mucho mejor y más delicadamente. Pero en comparación con la forma de vida acostumbrada entre los nobles de Europa, la de los africanos es en verdad miserable y vil, no por la poca cantidad de los alimentos, sino por los hábitos groseros y desordenados con que suelen tomar sus comidas: en el suelo, en mesas bajas, sin servilleta ni mantelería de ningún tipo y no se sirven de otros instrumentos más que sus manos. Cuando comen alcuzcuz todos los convidados sacan de la misma fuente y lo toman sin cuchara. La sopa y la carne están juntos en un lebrillo, cada uno coge de ahi la tajada que le apetece y la coloca ante sí sin cortarlo. No se valen de cuchillo, se desgarra con los dientes lo que se puede del pedazo de carne, teniendo el resto en la mano. Se traga a toda prisa y nadie bebe antes de estar saciado; entonces, cada cual bebe en una taza de agua la capacidad de un *boccale*[98]. Tal es el uso general. Algunos alfaquíes disfrutan un mejor pasar, pero, para concluir, el gentilhombre menos distinguido de Italia vive con mayor suntuosidad que el señor más grande de África.

Costumbres que se siguen en los matrimonios

Para las bodas se observan las costumbres siguientes:

Cuando un hombre quiere tomar mujer, tan pronto como un padre le ha prometido su hija, el padre del pretendiente –si lo tiene– invita y reúne a sus amigos en la mezquita y se hace acompañar por dos notarios que redactan el contrato y determinan las condiciones de las aportaciones en presencia del novio y de la novia. Los ciudadanos de situación modesta dan habitualmente treinta ducados al contado, una esclava negra de un valor de quince ducados, una pieza de tela tejida con seda y lino y formando escaques de diversos colores y pañizuelos de seda para la cabeza. El uso requiere también ofrecer un par de zapatos muy bien bordados y dos pares de zuecos asimismo bordados y de gran belleza, varias joyas de plata y algunos otros objetos tales como peines, perfumes y finos abanicos. Una vez establecido el contrato a satisfacción de las dos partes, el novio convida a todos los asistentes a almorzar con él. Les ofrece buñuelos, asado y miel. Por su lado, el padre de la novia invita a sus amigos a una comida y si quiere regalar a su hija un hermoso vestido, puede hacerlo por cortesía,

98. 1,8 litros.

pues él no está sujeto a ningún otro gasto aparte del dinero que entrega al esposo, pero sentiría vergüenza de no añadir nada a esta suma. Hoy, además de los treinta ducados de dote, el padre, o el que matrimonia, gasta normalmente de dos a trescientos ducados para proveer a la esposa de vestidos o para alhajar la casa. Pero no se regalan inmuebles, ni viñas, ni tierras de labor. La costumbre requiere que se haga un presente consistente en tres vestidos de paño fino, tres de seda o de tafetán, o de terciopelo, o de Damasco, varias camisas y varias sábanas bordadas con dobladillo de seda, cabezales bordados y almohadas. Habitualmente se dan también ocho colchones, de los cuales cuatro de ornamento, se colocan en los armarios a cada extremo de la habitación, y cuatro envueltos en un tejido de lana gruesa sirven para el lecho; otros dos colchones más forrados de cuero sirven para adornar la habitación. Se obsequia además una alfombra de lana de unos veinte codos[99] de largo y tres mantas en las cuales una cara es de paño y la otra de tela, con un relleno de lana entre las dos. Para hacer la cama, se pliega esta manta en dos de modo que una parte esté encima y la otra debajo, pues tiene un poco menos de ocho codos de largo. Además, se regalan tres cubrecamas con forro de seda preciosamente decorado por ambas caras y provistos en el interior de una tela entera de algodón, más una con envoltura blanca, llena de algodón pero ligera para el verano; y por último, una pequeña colgadura de lana fina, dividida en pequeños rectángulos grabados a fuego; esta colgadura está provista de lengüetas de cuero dorado de las que penden borlas de seda de diversos colores: un botón de seda sujeto por encima de cada borla permite fijar esta colgadura a la pared. He ahí lo que se añade a la dote y a veces más. Por esto muchas gentes acomodadas a menudo se arruinan a causa de tales bodas. Algunos italianos creen que en África son los hombres quienes aportan una dote a las mujeres; en verdad, no están muy enterados[100].

Cuando el marido va a conducir a la esposa a su casa, primero la hace entrar en una silla de manos de madera de ocho palmos recubierta con bellas telas de seda y brocado y unos faquines cargan la caja

99. 12 mts.

100. Las costumbres relativas a la dote, o al "precio de la novia", no son homogéneas en el mundo islámico, ni lo han sido a lo largo de la Historia, por la pervivencia de sustratos culturales muy diversos; Ibn al-Muŷāwir en sólo la Península Arábiga reseña distintas prácticas contradictorias: desde el pago a la familia de la novia hasta su contrario la dote (vid. Fanjul, S., Mujer y sociedad en el *Ta`rīŷ al-mustabṣir de Ibn al-Muŷāwir*, *al-Qanṭara*, VIII, 1987, pp. 184-186.

a hombros. El cortejo lo forman los amigos del padre de la esposa y los del marido con flautas, albogues, adufes y grandes luminarias. Los amigos del novio abren la marcha provistos de antorchas, los del padre de la esposa siguen a la novia.

Normalmente se pasa por el mercado, cerca de la aljama. Después de la llegada al zoco, el esposo saluda al padre de la novia y a los parientes de ella y sin más tardanzas entra en su casa a esperar a la esposa en la alcoba. El padre, el hermano y el tío de la novia la acompañan hasta la puerta de esta habitación y, todos juntos la ponen en manos de la madre del marido. Tan pronto como la esposa ha entrado en el aposento, el marido pone un pie sobre el de su mujer. Hecho esto los dos se encierran enseguida en la estancia. Mientras la gente de la casa prepara la comida de bodas una mujer queda en la puerta de la habitación hasta que la esposa haya sido desflorada y el esposo entregue a esta mujer una prenda interior empapada en sangre. Entonces la mujer, con la prenda en la mano, va al encuentro de los invitados gritando y les hace saber que la esposa era virgen. Los parientes del marido dan de comer a esta mujer que, de inmediato, marcha acompañada de otras mujeres a casa de la madre de la novia donde se las recibe honrosamente y se le da también de comer. Si, por desgracia, no se encuentra a la esposa virgen, el marido la devuelve a su padre y a su madre. Es una grandísima afrenta para ellos, de suerte que todos los invitados se van sin comer.

Hay tres comidas de bodas. La primera tiene lugar en la noche de la traída de la esposa. La segunda, donde se invita a las mujeres ocurre a la noche siguiente. La tercera es siete días después. A esta última asisten el padre, la madre y todos los parientes de la recién casada. Ese día es costumbre que el padre de la mujer envíe regalos importantes a casa del marido consistentes en dulces y corderos. El marido sale de su casa al cabo de siete días; enseguida va a comprar cierta cantidad de pescado y lo trae a la casa. Lo da a su madre o a otra mujer para que ella lo eche sobre los pies de la nueva esposa. Eso se considera como de buen augurio y es una costumbre antigua.

Además de estas tres comidas de bodas en la casa del marido también hay dos en casa del padre de la esposa. La primera, en vísperas del día fijado para enviar a la esposa a la casa del esposo: el padre invita a los amigos de la familia y procura que toda la noche se festeje y se baile. Al día siguiente las mujeres acostumbradas a engalanar a las

esposas vienen a peinarla, le maquillan las mejillas de rojo y las manos y pies de negro, con hermosos dibujos[101]. Pero estos tintes duran poco. Es ese día cuando se hace la segunda comida. Se coloca la novia en un estrado para que sea vista por todo el mundo. Entonces se sirve de comer a las matronas que han aderezado a la novia.

Cuando ésta llega a casa de su marido, todos los amigos íntimos de este último le envían grandes vasijas llenas de buñuelos, así como vasos con miel y corderos asados enteros. El esposo hace venir a numerosas personas y reparte con ellos los regalos. Se baila toda la noche. Hay músicos y cantores y alternan cantos y música en un centenar de agradables melodías. Un sólo bailarín baila cada vez. Cuando ha terminado su danza saca de su boca una moneda y la tira a la alfombra de los cantantes. Si algún amigo quiere hacer honor al bailarín le coloca de rodillas ante él y planta en su cara unas monedas que los cantantes recogen después enseguida. Las mujeres bailan aparte de los hombres; tienen sus bailes para ellas, con cantoras y músicas.

Todo ocurre de esta guisa si se encontró virgen a la mujer. Pero si ya estuvo casada con anterioridad, se celebran las nupcias con menos aparato. La costumbre exige entonces que coman carne de vaca y de cordero y gallinas cocidas a las que se añaden diversas sopas. Se colocan delante de los invitados doce grandes escudillas en una bandeja redonda, de madera. El convite se hace para diez o doce personas.

Tales son las costumbres entre los gentileshombres y los mercaderes. Pero en el pueblo humilde, se sirve una comida preparada con pan ligero parecida a la lasaña y mojada en un caldo de carne, la cual se corta en gruesos pedazos. La sopa se sirve en un gran recipiente y los pedazos de carne en remojo. Los convidados comen sin cuchara, con la mano, a razón de diez personas alrededor de un mismo recipiente.

La costumbre exige también que se haga un banquete cuando se circuncida a un hijo varón. Lo que tiene lugar al séptimo día después del nacimiento. Ese día el padre hace llamar al barbero e invita a sus amigos a quienes ofrece un almuerzo. Terminada esta comida cada uno de los invitados hace un regalo al barbero, uno de un ducado, otro de dos, otro más, otro menos, según su calidad. Este dinero cada uno lo coloca sobre la cara del aprendiz del barbero y el muchacho anuncia el nombre del donante y le da las gracias. A continuación el

101. El *ḥarqūs* es un maquillaje de dibujos geométricos y motivos sumamente estilizados.

barbero circuncida al niño. Por último se festeja y se baila como se ha dicho más arriba.

Por el nacimiento de una niña se muestra menos alegría.

Otras costumbres observadas en las fiestas. Modo de llorar las muertes

Todavía quedan en Fez algunos vestigios de ciertas fiestas que dejaron los cristianos. La gente pronuncia algunas palabras que ellos mismos no comprenden.

La noche de la Natividad de Cristo, tienen costumbre de comer cierta sopa hecha con diversas verduras como repollos, nabos, zanahorias y otras. Cuecen juntas varias clases de legumbres tales como habas, garbanzos y granos de trigo y comen tal plato esa noche, como si fuera una golosina delicada. El primer día del año los niños se ponen una máscara en la cara y van a casa de los ricos pidiendo frutas y cantando sus canciones infantiles.

El día de San Juan se prenden en todos los barrios grandes hogueras.

Cuando un niño comienza a perder los dientes sus padres invitan a otros niños a una comida. Esta fiesta se llama *dentilla*, que es la misma palabra latina.

Existen otros usos y modos de interpretar los presagios que vi igualmente observar en Roma y en otras ciudades de Italia.

En cuanto a las fiestas que están ordenadas y prescritas por la ley de Mahoma, solo hay que ver más allá, en la presente obrita, lo que se dice sobre la ley y sobre la fe de Mahoma.

Las mujeres cuando se muere el marido, o el padre, o la madre, o un hermano de alguna, se reúnen, vestidas con ropas toscas. Se embadurnan el rostro con hollín que cogen de las ollas y hacen venir a estos sucios individuos que andan vestidos de mujeres. Éstos, provistos de adufes cuadrados, tañen e improvisan versos tristes y lacrimosos en alabanza del muerto. Al final de cada verso las mujeres lanzan gritos y se laceran el pecho y las mejillas, de suerte que la sangre mana con abundancia. Se arrancan también los cabellos dando alaridos y gimiendo. Hacen lo mismo durante siete días; después, con cuarenta días de intervalo, vuelven a comenzar estas lamentaciones durante tres días. Tal es la costumbre común del pueblo.

En casa de los gentileshombres, el duelo es más discreto: se llora sin magullarse, los amigos vienen a ofrecer sus condolencias y todos los parientes próximos envían como regalo algo de comer, porque mientras el difunto está en la casa no se cocina. Las mujeres no acostumbran a participar en las exequias, incluso cuando se trata de su padre o de su hermano. El modo en que se lavan los cuerpos y se les entierra, los oficios y las ceremonias de los funerales se han expuesto en la obrita de que hemos hablado más arriba.

Palomas

Hay muchas personas en Fez que gustan mucho de criar palomas y tienen muchas de hermosos y diversos colores. Estas palomas se alojan en los tejados de las casas en unos palomares que recuerdan los armarios de los drogueros. Los aficionados a las palomas abren sus palomares dos veces al día, una vez por la mañana y otra por la noche. Experimentan un placer infinito al ver volar a las palomas y la que más tiempo vuela es la más apreciada. Como las palomas de un palomar se mezclan de continuo con las de otro, se producen a menudo disputas entre los aficionados, que llegan a las manos. Hay gentes que fijan un pequeño troel al extremo de una larga caña y se están en la azotea con el instrumento en la mano para atrapar en la red cuantas palomas pasan a su alcance. En medio del mercado de carboneros hay siete u ocho tiendas donde se venden estas palomas.

Modos de jugar

Entre las gentes bien criadas y de calidad no hay otro juego sino el ajedrez, según la costumbre de los antiguos. Se conocen otros juegos, pero bastos y practicados sólo por el pueblo bajo.

En algunas épocas del año, los jóvenes se reúnen y los de una calle, armados con palos, combaten contra los de otra calle. Ocurre que los adversarios se acaloran unos con otros hasta el punto de tomar las armas y varios se matan entre ellos, sobre todo durante las fiestas en que los jóvenes se juntan fuera de la ciudad. Después de terminar la pelea llegan a lanzarse piedras, de manera que, a menudo, el zabazorta que pretende separarlos no puede llegar allí, pero arresta a algunos y los mete en prisión. A éstos se azota de inmediato por toda la ciudad. De noche, muchos fanfarrones salen extramuros de la ciudad

provistos de armas. Vagan por los huertos y el campo y si se topan con los valentones de una calle enemiga, estalla una violenta riña, pues estas gentes se tienen siempre un odio mortal. Pero es frecuente que sean severamente castigados y condenados.

Poetas en lengua vulgar

También hay en Fez muchos poetas que componen versos en lengua vulgar[102] sobre diversos asuntos, en particular sobre el amor. Algunos cantan el amor que experimentan hacia las mujeres, otros su inclinación por los muchachos mencionando sin el menor respeto ni la menor vergüenza el nombre del niño que aman. Cada año con ocasión de la fiesta del nacimiento de Mahoma[103] estos poetas escriben poemas en su alabanza. Se reúnen los poetas en la mañana de la fiesta, temprano, en la sede del almotacén y suben a un escaño que sirve de asiento a este último y cada uno recita su poema en presencia de numerosos concurrentes. El poeta a quien se considera haber declamado los mejores y más gratos versos es proclamado ese año príncipe de los poetas y considerado como tal. En tiempos de los más brillantes soberanos Meriníes, el sultán acostumbraba a invitar a su palacio a sabios letrados de la ciudad y, ofreciendo una fiesta en honor de los poetas dignos de tal honor, mandaba que cada cual recitara su poema a la gloria de Mahoma en su presencia y ante todos. El recitador se ponía sobre un estrado elevado. Después según el juicio de la gente competente, el rey daba al poeta más apreciado cien ducados, un caballo, una esclava y el traje que él llevaba. A los otros les hacía dar cincuenta ducados, de manera que todos se despedían de él con una recompensa. Pero esta costumbre desapareció desde hace ciento treinta años en razón de la decadencia de la dinastía.

Escuelas para los niños

Existen aproximadamente doscientas escuelas para los niños que quieren aprender a leer. Cada escuela comprende una gran sala con gradas que sirven de asientos a los niños. El maestro les enseña a leer

102. La composición en lengua vulgar no es un fenómeno reciente ni exclusivo de al-Andalus, como se ha repetido demasiadas veces. Por lo que toca al Magreb de los siglos XVI al XVIII, vid. Belhalfaoui, M., *La poésie maghrebine d'expression populaire*, Paris, 1973.

103. El Mawlid an-Nabī (Mulūd), el 12 de rabī' I.

y escribir, no en un libro cualquiera, sino con la ayuda de grandes tablillas sobre las cuales escriben los escolares. La lección de cada día es un versículo del Corán. Al acabar el Corán, en dos o tres años, se vuelve a comenzar y eso tantas veces que el niño lo aprende muy bien y termina por saberlo de memoria. Ocurre a más tardar al cabo de siete años. Después el maestro enseña a los niños algo de ortografía, sin embargo ésta, así como la gramática, se enseña en los colegios lo mismo que las otras ciencias. Los maestros disfrutan de un pequeño salario pero cuando un niño ha llegado a una cierta parte del Corán, su padre está obligado a ofrecer al maestro tal o cual regalo. Cuando el niño sabe todo el Corán, el padre convida a todos los escolares a un banquete solemne para el cual el niño se viste como el hijo de un señor. Se dirige allí montado en un soberbio caballo de gran precio que el alcaide de la villa real[104] está obligado a prestar, así como el traje. Los otros niños, igualmente montados a caballo, lo acompañan hasta la sala del convite cantando himnos a la gloria de Dios y del Profeta Mahoma. Después tiene lugar la comida a la que asisten todos los amigos del padre. Cada uno de ellos da alguna cosa al maestro y el niño festejado le viste de nuevo. Tal es la costumbre. Estos niños gozan también de una fiesta el día del nacimiento de Mahoma; sus padres están obligados a enviar un cirio a la escuela, así cada niño lleva el suyo. Algunos niños con uno de treinta libras, otros de más, otros de menos. Son velones hermosos muy decorados, guarnecidos alrededor con numerosas frutas de cera. Los encienden al comenzar el alba y los apagan al ascender el sol. El maestro acostumbra hacer venir a algunos cantores que cantan las alabanzas de Mahoma. Tan pronto como el sol aparece, la ceremonia termina. Ese es el mejor ingreso de los maestros de escuela. Algunas veces venden cera por cien ducados, a veces más, según el número de sus alumnos. Nadie paga alquiler por estas escuelas pues se fundaron con legados píos de fallecidos. Las frutas y las flores de los cirios sirven de regalos para los niños y para los cantantes. Los muchachos en estas escuelas tienen como los de los colegios dos días de vacaciones por semana, durante los cuales no hay ni enseñanza ni estudio.

104. Fez la Nueva.

Adivinos

No diré nada de algunos artesanos, tales como los curtidores que ocupan un emplazamiento situado cerca de un gran curso de agua a lo largo del cual tienen gran número de talleres. Pagan por cada piel que curten dos *baiocchi* de impuesto y éste proporciona en total dos mil ducados. No hablaré más de los barberos y de otros artesanos por haberlos mencionado en la descripción de la primera parte de Fez, aunque no sean tan numerosos como dije en esta ocasión. Voy a hablaros de los adivinos, que hay en gran cantidad. Se dividen en tres grupos.

El primero se compone de adivinos que practican el arte de la geomancia, trazando símbolos. Se les paga por cada figura, según los recursos que se posea y conforme a la costumbre.

El segundo grupo es el de los adivinos que vierten[105] agua en un lebrillo vidriado y echan encima una gota de aceite. Ésta se vuelve traslúcida y los adivinos dicen ver allí, cual si un espejo fuera, bandas de diablos llegando unos tras otros, como las haces de un ejército cuando van a acampar y levantar sus tiendas. Algunos de estos demonios caminan por vía de agua, los otros por tierra. Si el adivino ve que están en reposo les pregunta aquello de que quiere informarse y los demonios le responden por signos qué hacen con la mano o con el ojo ¡Juzgad la necedad de quienes creen estas cosas! Estos nigromantes ponen a veces el lebrillo entre las manos de un niño de ocho o nueve años y le preguntan si ha visto tal o cual diablo, y el niño, que es ingenuo, responde: "Sí". Pero no le dejan hablar solo. Muchos insensatos tienen tal confianza en estos adivinos que se gastan en ellos sumas ingentes.

La tercera categoría de adivinos comprende a las mujeres que hacen creer al vulgo estar ligadas por amistad con ciertos demonios de diferentes especies. Llaman a unos los demonios rojos, a otros blancos, a otros negros. Cuando se les pide que adivinen cualquier cosa, se perfuman con diversos olores. Entonces –según dicen– el demonio que llaman las posee y de súbito cambian la voz para hacer creer que es él quien habla por su boca. La persona, mujer u hombre venido por cualquier arcano que deseaba desentrañar, pregunta al espíritu con gran deferencia y humildad. Al obtener su respuesta, deja un regalo

105. Lecanomancia.

para el espíritu y se va. Pero las gentes que unen a la honestidad una cierta instrucción así como la experiencia de las cosas llaman a estas mujeres *sahacat*[106], lo cual significa lo mismo que la palabra latina *fricatrices*. Y en verdad, ellas tienen ese maldito hábito de usar la una de la otra, lo que no puedo expresar con un término más decente. Si es una mujer bella la que acude a consultarlas, las adivinas se encaprichan del mismo modo que un joven se enamora de una muchacha y, como si el demonio hablara en persona, le piden en pago abrazos amorosos. La mujer, que se cree obligada a complacer al espíritu, consiente en ellos la mayoría de las veces. Muchas mujeres que gozan con esas inclinaciones piden a las adivinas entrar en su gremio; fingen estar enfermas y hacen llamar a una de ellas. A menudo es el imbécil del marido quien cumple el recado. Ellas manifiestan enseguida su deseo a la adivina, quien dice a continuación al marido que un demonio ha entrado en el cuerpo de su mujer y que, si aprecia la salud de ésta, es necesario autorizarla a formar parte de la hermandad y a trabajar libremente con ellas. El búfalo del marido lo cree, consiente en ello, y para colmo de tontería, ofrece un suntuoso banquete a toda la pandilla. Después de la comida, cada una de las mujeres baila y se festeja al son de una charanga de negros. Luego el marido deja partir a su mujer a la aventura. Pero los hay que hacen salir los espíritus del cuerpo de la endiablada a los arpegios de una contundente paliza. Otros aparentan estar ellos mismos poseídos del demonio y atrapan a las adivinas como ellas atraparon a su mujer.

ENCANTADORES

Existe otra especie de adivinos llamados los *muhazzimin*[107] es decir, los encantadores, considerados como muy poderosos para librar a los poseídos por la sola razón de haber tenido éxito a veces y porque, si ellos no lo consiguen, pretenden que el demonio es infiel o tratarse de algún espíritu celeste. El exorcismo se practica del modo siguiente: se escriben algunos caracteres, después se trazan círculos sobre un horno o de algún otro objeto, luego se pintan en la mano o en la frente del poseso algunos signos y se le perfuma con diversos aromas. A continuación se procede al encantamiento y se pregunta al

106. Sāḥiqāt; fricatrices: "frotadoras".
107. *Mu'azzimin*.

espíritu cómo ha entrado en el cuerpo, de dónde ha venido, quién es, cómo se llama. Por último se le ordena salir. Aún hay otra categoría de gente que opera según una regla llamada *zairagia*[108], es decir cábala. No mezclan maniobras con textos, sino que las consideran parte de las ciencias físicas. En verdad, esta gente sabe dar una respuesta infalible a todo cuanto se les pregunta. Pero las reglas de la *zairagia* son extremadamente difíciles y es preciso ser excelente astrólogo y gran matemático para utilizarlas. En alguna ocasión, yo vi trazar algunos símbolos de *zairagia* que necesitaron desde por la mañana hasta por la noche, durante el verano. He aquí cómo se procede. Se dibujan varios círculos concéntricos. En el primero se esboza una cruz en cuyos cuatro extremos se inscriben los puntos cardinales: este, oeste, norte y sur. En el centro, en el cruce de las líneas, se señalan los dos polos. En el interior del círculo se inscriben los cuatro elementos. Luego se divide este primer círculo en cuatro cuadrantes. El círculo siguiente está también dividido en cuatro y después de eso se divide cada cuadrante en siete partes en cada una de las cuales se inscriben grandes caracteres árabes, o sea, veintiocho o veintisiete caracteres por elemento. En el otro círculo, se colocan los siete planetas, en el otro los doce signos del zodíaco, en el otro los doce meses del año latino, en el otro los veintiocho tabernáculos (queremos decir las casas astrológicas) de la luna, en el otro los trescientos sesenta y cinco días del año.

Se toma entonces una única letra de la pregunta planteada y se multiplica su índice numérico por todas las cosas anteriormente mencionadas, hasta determinar el número que conviene a esta letra. Se divide esta cifra de cierta manera, después se coloca la letra en determinados lugares de la *zairagia*, según la naturaleza de la letra, y según el elemento que corresponde asegurándose por una multiplicación, una división y una medida que el carácter conviene al número que se ha encontrado. Se opera con este carácter de la misma manera que anteriormente y se continúa así hasta determinar veintiocho puestos, es decir veintiocho caracteres. Entonces se componen palabras y con estas palabras una frase que constituye la respuesta a la cuestión presentada. Esta frase tiene siempre el esquema de un verso del metro poético árabe llamado *ethauil*[109], verso de ocho pies y de doce cuerdas,

108. *Zayraŷa*.

109. *Ṭawīl*, "largo". Por pies se refiere a pies métricos (*ŷuz'*). En cuanto a *watid/watad* (pl. *awtād*), se trata de un grupo de dos consonantes vocalizadas seguidas de consonante quies-

según la métrica que hemos expuesto en la gramática árabe que forma la última parte de esta obrita. Este verso, que nace de las letras así reunidas, proporciona una respuesta exacta e indudable. Expresa en primer lugar la cuestión propuesta y después la sentencia del oráculo. Nunca hay error en estos dos puntos y verdaderamente esta operación cabalística es algo maravilloso. En lo que me concierne, nunca vi una cosa considerada como natural que me haya parecido tan sobrenatural y divina como ésta.

Presencié la confección de una *zairagia* en el patio del colegio Abu Henan[110] en Fez. Este patio está pavimentado con mármol blanco, fino y pulido, tiene cincuenta codos por cada lado. Se ocuparon dos tercios del patio para todo cuanto debía ser inscrito en el dibujo de la *zairagia*. Se emplearon tres personas en trazarlo, cada una ocupándose de una parte. Sin embargo, fue preciso un día entero para terminar. Fui testigo de otra *zairagia* en Túnez por un excelente maestro cuyo padre había comentado en tres volúmenes las reglas de esta operación. Quienes conocen estas reglas son extremadamente raros. En toda mi vida no he visto más que tres, dos en Fez y uno en Túnez. Tambien leí dos comentarios sobre esta materia, uno escrito por al-Margiani[111] y el padre del maestro que conocí en Túnez, y el otro de Ibnu Caldun[112] el historiador.

Si alguien desea penetrar en esta regla y su comentario, eso le costaría menos de cincuenta ducados, pues yendo a Túnez, que está próximo a Italia, encontraría este libro. Es por pereza por lo que he rehusado aprender la regla de la *zairagia* aunque haya disfrutado de facilidades puesto que disponía del tiempo y el maestro estaba feliz de enseñármelo gratuitamente. Pero sobre todo rehusé porque a los ojos de los teólogos mahometanos, esta regla y toda ciencia adivinatoria están prohibidas y se consideran deshonestas, casi una herejía. Toda la Escritura musulmana, en efecto, muestra pasajes que afirman la vanidad de cualquier vaticinio mágico y que nadie sabe nada de los acontecimientos futuros y de sus secretos, sino Dios. Por ello los inquisidores mahometanos a veces encarcelan a quienes se entregan a tales prácticas y no cesan de perseguirlos.

cente; o de un grupo de dos consonantes vocalizadas separadas por una consonante quiescente. Cada pie debe tener un *watad*.

110. Abū ʿInān.

111. al-Murŷānī.

112. Ibn Jaldūn, en su *Muqaddima*.

Reglas y particularidades observadas por algunos en materia de la ley de Mahoma

Hay en Fez hombres denominados *es-sofia*[113], es decir sabios o doctores en moral[114]. Observan algunas leyes aparte de las dictadas por Mahoma. Algunos los consideran como ortodoxos, otros no, pero el vulgo los tiene por santos. Por ejemplo, está prohibido por la ley cantar y poner música a algún poema de amor. Esta gente dice que eso puede hacerse[115].

Sus doctrinas comprenden numerosas ramas, cada una con sus reglas propias, su guía espiritual para defenderla, sus doctores que sostienen las bases, sus infinitas obras sobre la vida del alma.

El sufismo nació ochenta años después de la muerte de Mahoma. Su fundador más célebre se llamaba El Hesen Ibnu Abi lhasen, de la ciudad de Basora[116]. Comenzó por confiar algunas reglas a sus discípulos pero no sirvió de nada. Cien años más tarde otro hombre de gran valor en estas materias, El-Harit ibnu Ased[117] de la ciudad de Bagdad, escribió una bella obra donde expuso para todos sus discípulos los detalles de su doctrina. Esta secta fue condenada enseguida por los juristas consejeros de los califas y todos los que observaban sus reglas sufrieron la persecución. Se reformó ochenta años más tarde bajo la dirección de un hombre de grandísimo valor seguido por numerosos discípulos y que predicó públicamente su doctrina, de manera que los alfaquíes, de acuerdo con el califa, le sentenciaron a muerte, a él y a todos sus seguidores decidiendo cortarles la cabeza a todos. Tan pronto como este hombre tuvo noticia, escribió al califa para pedirle la gracia de autorizarlo a una discusión con los jurisconsultos; si él salía vencido, aceptaría gustoso la muerte, pero si llegaba a demostrar que

113. *Ṣūfiya*, sufies.

114. Más bien, místicos.

115. Ambas afirmaciones son falsas: ni hay interdicción formal en el Islam contra la música y el canto, ni todos los sufies son partidarios de tales formas de expresión artística. Frente a la religiosidad popular de los derviches –que sí cantan, tañen y hasta bailan– se hallan las opiniones cerradamente contrarias de destacados místicos del Islam, Ibn ʿArabī de Murcia, por ej. Sobre todo ello, vid. por extenso nuestro artículo Música y canción en la tradición islámica, *Anaquel de Estudios Arabes*, IV (1993), Madrid, 1993, pp. 57-65.

116. Abū Saʿīd al-Ḥasan al-Baṣrī (642-728 d. C.). Sólo en un sentido muy lato puede tenérsele por un precursor de los místicos del Islam: fue elocuente, buen conocedor de las ciencias jurídicas y de las tradiciones del Profeta; referencias a él, vid. al-Ŷāḥiẓ, *Libro de los avaros*, pp. 83, 86, 98, 138, 168, 221, 263, 264.

117. al-Ḥāriṭ b. Asad al-Muḥāsibī, muerto en 857 d. C.

sus teorías eran mejores que las opuestas, no sería justo que tantos pobres inocentes debieran perecer a consecuencia de una imputación calumniosa y sin fundamento. Esta demanda pareció oportuna al califa quien acordó la gracia pedida. El sabio se dirigió pues al debate y obtuvo la razón de todos los alfaquíes con la mayor facilidad, de suerte que el califa se convirtió llorando, se adhirió a la secta y mientras vivió, favoreció y fundó monasterios y colegios para los sufíes. Prosperó otros cien años hasta el día en que llegó de la Grande Asia Malicsah[118], emperador de los Sulgiochia, de origen turco. Este persiguió a la secta y los sufíes huyeron, unos a El Cairo, otros a Arabia. Estuvieron veinte años exiliados hasta el reinado de Saselsah, nieto de Malicsah. El consejero de este soberano, hombre de gran inteligencia llamado Nidam Elmulc[119] pertenecía a esta secta. Él la restauró, la sostuvo e implantó de tal forma que terminó por lograr la paz entre alfaquíes y místicos, gracias a un grandísimo sabio llamado el-Gazzali[120] que compuso sobre estas materias un espléndido tratado de siete libros. De esta armonía resultó que los legistas tomaron el título de doctores y preservadores de la ley del Profeta, mientras que los sufíes fueron denominados intérpretes y reformadores de esta ley. Los tártaros echaron a perder el acuerdo, lo que sucedió en el año 656 de la Hégira[121]. La escisión resultante no produjo sin embargo ningún daño al sufismo porque Asia y África rebosaban ya de sus discípulos. En esta época sólo se adherían hombres instruidos en todas las materias, buenos conocedores de la Escritura Santa para poder defender esta doctrina y refutar las contrarias[122].

Ahora hace cien años que cualquier ignorante puede ser sufí, bajo el pretexto de no haber necesidad de doctrina porque el Santo Espíritu concede el conocimiento de la verdad a quienquiera que tenga el corazón puro y bajo otros diversos subterfugios por igual de poca monta.

118. Malik Šāh (1072 a 1092 d. C.) tercer sultán *selŷūqī* o selchuco.
119. Niẓām al-Mulk, muerto en 1092, fue, de hecho,visir de Malik Šāh.
120. al-Gazālī, fallecido en 1111.
121. Se refiere a la toma y destrucción de Bagdad y del califato abbasí por los tártaros en 1258.
122. Como mínimo, la visión que León ofrece del origen y desarrollo del sufismo puede calificarse de sumaria e inexacta. De hecho, la mística musulmana se ha desarrollado de manera simultánea en distintas, *ṭarīqa* ("órdenes"). Para una mera aproximación al problema de los sufíes es imprescindible ver los abundantes trabajos de nuestro Asín Palacios y como guía introductoria al pensamiento musulmán, con una útil bibliografía básica la obra de Cruz Hernández, M., *Historia del Pensamiento en el Mundo Islámico*, II vols., Madrid, 1981.

Por ello los místicos abandonaron todos los mandatos de su regla, los superfluos y los necesarios. Ya no observan otras normas sino las corrientes entre los jurisconsultos, pero, por el contrario toman todos los placeres que su regla considera lícitos. Así disponen frecuentes banquetes donde cantan canciones de amor y bailan largo rato. A veces en estas reuniones ocurre que uno de los asistentes desgarra sus ropas bajo la excitación del canto[123], de las ideas locas que pueden pasar por el magín de gentes con la mesura perdida. Entonces dicen estar animados por la llama del amor divino. Por mi parte, los creo acalorados por el exceso de yantar, pues cada uno de ellos come tres veces lo que bastaría a uno solo. O bien –y me parece más probable–cuando lanzan tantos gritos y gemidos lo hacen de tan rijosos por el amor de los jóvenes imberbes que les acompañan. No es raro que algún personaje principal invite a sus juergas a algunos de los maestros sufíes más señalados, con todos sus discípulos. Cuando llegan al convite, comienzan por salmodiar oraciones y cantar himnos. Terminada la cena, los de mayor edad se rasgan sus vestidos y si, al bailar, uno de estos hombres de edad se cae, pronto es levantado y puesto de pie por uno de los sufíes mozos que, a menudo, le da un beso lascivo. De ahí viene el dicho que corre en boca de todo el mundo en Fez: "Es como el banquete de los ermitaños, que nos hace pasar de veinte a diez", lo cual significa que, la noche después del baile, cada joven discípulo sabe lo que le espera[124].

A estos sufíes se llama ermitaños porque tienen costumbre de no tomar mujer, tampoco trabajan ni ejercen ninguna profesión, sino que viven al azar. En el comentario de la fábula de al-Hariri[125] se relatan mil particularidades sobre este tema, que sería inoportuno mencionar en esta obra por muchas razones.

123. El *ṭarab*, deliquio sensual producto de la emoción que origina la audición musical o poética.
124. Según la versión Epaulard (p. 222). La versión Ramusio es más concisa (p. 40 bis): "Es como el banquete de los eremitas, lo cual significa que, acabado el convite, cada uno de los mozalbetes se convierte en esposa de su maestro".
125. al-Ḥarīrī (1054-1122), autor de la segunda colección más importante de *Maqāmat*.

Otras diversas reglas y sectas. Credulidad supersticiosa del vulgo

Entre estas sectas, hay algunas cuyas reglas se consideran como heréticas por los doctores legistas o sufíes porque difieren de las otras no sólo desde el punto de vista de la ley religiosa sino incluso de la fe.

En efecto, hay gentes que creen firmemente que el hombre puede adquirir una naturaleza angélica por las buenas obras, por el ayuno y la abstinencia: dicen que se purifican el espíritu y el corazón hasta el punto de que ellos no pueden pecar, incluso cuando quieren. Pero es necesario para eso pasar por cincuenta grados de disciplina; entonces Dios ya no les tiene en cuenta sus pecados. Esta gente comienza por acometer ayunos sorprendentes, imposibles de evaluar, y luego gozan de todos los placeres del mundo. Observan una regla estricta, expuesta por un brillante y sabio escritor de nombre Essehrauardi de Sehrauard[126], ciudad de Corasan[127], su obra está en cuatro volúmenes.

Otro autor, Ibnulfarid[128], desarrolló toda esta doctrina en versos muy galanos; pero tal poesía se desborda en alegorías y se diría que no habla sino de amor: así un cierto Elfargani comentó esta obra y sacó de ella la regla de conducta indicando los grados que deben franquearse. Los poemas de Ibnulfarid son de tal elegancia que los discípulos de su cofradía no recitan otros en sus banquetes. Hace trescientos años que no se ha empleado una lengua más pura que la suya.

Los profesos de estas creencias admiten que las esferas celestes, el firmamento, los elementos, los planetas y todas las estrellas son un dios y, por tanto, ninguna fe, ninguna ley religiosa pueden estar en el error porque todos los hombres tienen en el alma el instinto de adorar aquello que lo merece. Creen que el conocimiento de Dios se concentra en un hombre, a quien llaman *Elcobb*[129], elegido de Dios y el cual participa de su naturaleza y en cuanto a la sabiduría, es semejante a Dios. Reconocen entre ellos otros cuarenta hombres que llaman *Elauted*[130], los troncos. Éstos son de un grado menos y de menor sabiduría. Cuando el *Cobb* muere, otro *Cobb* es designado por estos cuarenta que lo eligen entre setenta. Hay todavía setecientos sesenta

126. ʿUmar as-Sahrawārdī (1144-1234).
127. Sahrawārd no se halla en el Jurasán sino en el llamado Iraq persa.
128. Ibn al-Fāriḍ (1181-1234).
129. *Quṭb*, polo.
130. *Awtād*, vid. supra nota 109.

y cinco dignatarios de quienes no recuerdo el título, pero cuando uno de los setenta muere, es reemplazado por uno de éstos. La regla de la cofradía quiere que cada uno de estos personajes vaya de incógnito por el mundo, bajo la apariencia de un loco o de un gran pecador, o la de cualquier otra infamia. Con este pretexto, numerosos impostores y malvados vagan por África, desnudos hasta el punto de mostrar sus partes vergonzosas. Viven de tal manera sin moderación y sin rastro de respeto humano que a veces se aparean con las mujeres en lugares públicos, como lo hacen las bestias. Y sin embargo el pueblo los considera como santos. Hay gran cantidad de esta canalla en Túnez, pero es muy frecuente en Egipto y sobre todo en El Cairo. Vi en esa ciudad, con mis propios ojos, en la plaza Bain Elcasrain[131], a uno de estos individuos apoderarse de una bellísima mujer que acababa de salir de un baño, tenderla en medio de la plaza y abusar de ella. Tan pronto como la hubo soltado todo el mundo corrió para tocar sus vestidos como si fuese un objeto de devoción al ser tocada por un elegido de Dios. Las gentes se decían que el santo había fingido poseerla pero que no había tal. Cuando el marido se enteró, consideró el lance como una gracia sublime, dio gracias a Dios y ofreció un banquete con grandes festejos por la merced que le había sido concedida. Los jueces y alfaquíes querían por todos los medios castigar al falsario pero el pueblo casi los mata, pues, como acabo de decir, esos individuos gozan de gran veneración entre el vulgo y reciben dádivas y regalos de valor inestimable. Fui testigo de otras cosas del mismo jaez que sentiría vergüenza de contar.

Cabalistas y otras sectas

Algunos que podrían llamarse cabalistas siguen otra regla. Ayunan de forma extraña y no comen carne de ningún animal, consumen alimentos determinados y llevan trajes especiales según la hora del día o la noche elevan plegarias particulares a tenor de los días y los meses, preces establecidas por orden numérico. Tienen costumbre de llevar consigo amuletos pintados, con letras y cifras grabadas en su interior. Aseguran que por eso se les aparecen los espíritus favorables, les

131. Bayn al-Qaṣrayn ("Entre los dos palacios") lugar famoso de El Cairo fatimí, cuyo nombre tomó N. Maḥfūẓ para su novela. En la actualidad es un tramo de la arteria norte-sur que comunica Bāb al-Futūḥ con Bāb Zuwayla; los palacios desaparecieron hace mucho y hablar de "plaza" es, como mínimo, exagerado.

hablan y les dan un conocimiento universal de las cosas de este mundo. Hubo entre estos cabalistas un excelente doctor llamado el-Boni[132] que fijó su disciplina y sus oraciones e indicó el modo cómo debían componerse sus amuletos. Leí su obra y creo que esta ciencia tiene más de arte mágico que de cábala. El más célebre se titula *El lumha ennoramitha*[133], es decir "Demostración de la luz", donde se determinan las oraciones y ayunos. Otro se llama *Semsul meharif*[134], que significa 'El sol de las ciencias" e indica el modo de hacer los amuletos y demuestra el provecho que se obtiene de ello. El tercero se llama *Sirru Lasmei elchusne*[135], o sea la virtud que tienen los noventa y nueve nombres de Dios; vi esta obra en Roma en manos de un judío veneciano.

Existe en esta hermandad otra regla, dicha de los *Suuach*[136] seguida por ciertos ermitaños que viven en soledad y no se alimentan sino de hierbas y frutos salvajes. Nadie puede saber exactamente la existencia que llevan porque huyen de toda relación humana.

Pero me alejaría demasiado del objetivo de mi obra si quisiera proseguir minuciosamente el estudio de las diversas taifas mahometanas. A quien desee conocer más, bastará con leer el tratado de uno llamado Elefacni[137] que expone extensamente las varias sectas de la religión mahometana, que son en total setenta y dos principales. Todos tienen los principios de la suya por buenos y verídicos y estiman que con ellos se pueden asegurar la salvación.

Es verdad que en nuestra época apenas se encuentran dos interpretaciones de esta religión. Una es la de Leshari[138], que se extiende por toda África, Egipto, Siria, Arabia y Turquía. La otra es la doctrina *Imamia*[139], difundida por toda Persia y en algunas ciudades de Corasan[140] y es la seguida por el Sofi[141]. Por culpa de esta doctrina se arruinó el Asia. Anteriormente, las gentes de este país seguían la doctrina de Leshari, pero el rey de Persia quiso en varias ocasiones arras-

132. Aḥmad al-Būnī, muerto en 1225.
133. *al-Lum ʿa an-nūrāniyya.*
134. *Šamsu al-Maʿārif.*
135. *Sirru al-asmā'al-ḥusnà* "El secreto de los nombres más hermosos" (de Dios).
136. *Suwwāḥ* (vagabundos).
137. En Epaulard (p. 255) El Acfani (¿al-Afgānī?).
138. al-Aš'arī (s. X).
139. Doctrina šī ʿī que propugna el derecho al califato de los descendientes de ʿAlī.
140. Jurasán.
141. El sultán safaví de Persia.

trarlos a la suya por la fuerza de las armas. A decir verdad, en conjunto sólo hay una doctrina que abarque todo el imperio de los mahometanos.

Buscadores de tesoros

También hay en Fez hombres llamados *Elcanesin*[142] que se ocupan de buscar tesoros enterrados en los cimientos de las ruinas antiguas. Estos necios salen de la ciudad y exploran muchas grutas y socavones para encontrar allí los tesoros, pues están persuadidos de que, al caer el imperio romano de África, los romanos huyeron hacia la Bética de España, enterrando en los alrededores de Fez gran cantidad de objetos preciosos de gran valor que no podían llevar con ellos; pero los dejaron encantados y por tal motivo es preciso procurarse magos para descubrirlos. No faltan personas que pretenden haber visto en un subterráneo ya oro, ya plata y que aseguren no haber podido sacarlo por desconocer los encantamientos convenientes y carecer de los perfumes apropiados. En esta vana creencia los Canesin excavan la tierra y deterioran a menudo los edificios y las sepulturas, desplazándose a veces a diez y doce días de Fez. La cosa ha ido tan lejos que esta gente tiene libros donde se mencionan las montañas y localidades escondite de muchos tesoros y estos documentos se conservan como oráculos. Antes de mi salida de Fez, estos *canesin*, en su locura, eligieron delegado y propusieron a los propietarios de terrenos reparar los daños que se causaran en el curso de sus excavaciones.

Alquimistas

¡No penséis que faltan alquimistas! Por el contrario, quienes se entregan al estudio de este arte insensato y vano son legión, los hombres más sucios y apestosos a causa del azufre y de otras sustancias malolientes que manipulan. Casi todos los días, por la noche, se reúnen en la aljama y discuten sobre las supuestas invenciones. Disponen de numerosas obras sobre este arte, compuestas por excelentes escritores. El principal es el tratado de Geber, que vivió cien años después de la muerte de Mahoma y fue, se dice, un renegado griego[143]. Toda la obra, lo mismo para las recetas que da, está redactada con alegorías.

142. *al-Kannāzīn*, de *kanz* (tesoro).
143. Ŷābir b. Ḥayyān aṣ Sūfī.

Hay todavía otro autor llamado Attogrehi[144], que fue secretario de uno de los sultanes de Bagdad y del cual hemos hablado por extenso con anterioridad en la vida de los filósofos árabes. Otro tratado de alquimia se compuso en forma de poemas que abordan todos los detalles de este arte, obra de un maestro llamado Mugairibi, originario de la Bética. Esta obra fue comentada por un mameluco de Damasco, hombre muy competente en la materia, pero el comentario es más difícil de comprender que el texto.

Los alquimistas son de dos clases. Unos persiguen la búsqueda del elixir, es decir de la sustancia que da su tinte a todo metal o mineral. Los otros se dedican a experiencias sobre la multiplicación del número de metales por aleaciones. Yo he comprobado que la pretensión de esas gentes en la mayoría de los casos es falsificar monedas, por tanto a la mayor parte de los de Fez les falta una mano.

TITIRITEROS Y ENCANTADORES DE SERPIENTES

Por último hay en Fez multitud de esa inútil canalla que en Italia se llama *ciurmatori* titiriteros. Estos hombres son gente despreciable: cantan en las plazas leyendas, canciones y otras necedades, tañendo adufes, rabeles, arpas u otros instrumentos y venden a una muchedumbre ignorante papelitos con palabras escritas de fórmulas útiles, según pretenden, contra diferentes males. A estos titiriteros se añade una clase de gente de lo más vil que pueda haber, todos de la misma familia: circulan por la ciudad haciendo bailar monos y portando serpientes alrededor del cuello y en las manos. También componen algunas figuras de geomancia y dicen a las mujeres la buena ventura. Por último, pasean con ellos algunos sementales y hacen montar, por una retribución, las yeguas que se les traen.

Ahora podría continuar esta exposición detallada de las particularidades que presenta la gente de Fez, pero bastará decir que son en su mayor parte huraños y no gustan de extranjeros, aunque haya en Fez gran número de ellos, porque la ciudad está a cien millas del mar Mediterráneo y de la mar a Fez sólo hay caminos fragosos y malos para los viajeros.

También diré que los señores son muy orgullosos. Hasta el punto de que poca gente puede frecuentarlos. Lo mismo los doctores y ca-

144. aṭ-Ṭugrā'ī (s. XI-XII).

días que, por su reputación, no quieren tener relaciones sino con algunas personas.

Sea como sea, y para concluir, Fez es una bonita ciudad, cómoda y bien ordenada. Hay mucho barro en invierno en la ciudad, de modo que están obligados a circular por las calles con los zuecos usuales en el país. Sin embargo, en las canalizaciones hay tomas de agua que permiten lavar todas las calles. Donde no hay conductos de agua, se hace recoger el barro, se carga en asnos y se echa al río.

Suburbios extramuros

Fuera de Fez, por el lado oeste, existe un arrabal que cuenta unos quinientos hogares, pero todas las casas son feas. Allí vive la gente de baja condición, tal los arrieros de camellos, azacanes o leñadores del palacio real. Este suburbio posee sin embargo numerosas tiendas y toda clase de artesanos. Los titiriteros, los músicos de baja estofa, también viven allí. Igualmente hay prostitutas en gran cantidad pero feas y miserables. En la calle principal del arrabal se ven numerosas fosas cavadas con cincel, porque el suelo es una roca calcárea. En otro tiempo se conservaba el grano de los sultanes de Fez en esos silos. Ellos no vivían en el suburbio y mantenían allí guardias para el cereal. Desde que las guerras comenzaron, como el enemigo robaba los silos, hicieron construir graneros en el Nuevo Fez y se abandonaron los del exterior. Algunos de estos depósitos tienen un tamaño sorprendente; el más pequeño contiene mil *ruggi* de grano. Existen ciento cincuenta silos, en la actualidad todos abiertos. Como sucede que a veces algunas personas caen en estas fosas, rodearon las aberturas con una tapia y cuando el alcaide de Fez decide alguna ejecución secreta, manda arrojar en estos silos el cuerpo del condenado. En la alcazaba hay, a tal efecto, una poterna reservada para el acceso a este lugar. En este suburbio se hallan las salas de juegos, pero sólo se juega a los dados. Además se puede vender vino, tener una taberna o una casa de lenocinio.

Se puede afirmar que este suburbio es el receptáculo de todas las inmundicias de la ciudad y no se ve a nadie en las tiendas por la noche después de las ocho, porque hay quienes se entregan a bailes, juego, lujuria o borracheras[145].

145. Frase omitida en la versión Epaulard.

Aún hay otro arrabal donde viven los leprosos, con unas doscientas casas. Los leprosos tienen su prior y jefe, el cual recoge los ingresos de varias propiedades que los principales y otras personas regalaron a los leprosos por amor de Dios. Estos enfermos están tan bien provistos de lo necesario que no precisan de nada. Los priores de los leprosos se encargan de librar a la ciudad de toda persona atacada de lepra. Tan pronto como reconocen que alguien está afectado por la enfermedad tienen autoridad para hacerle salir de la ciudad y mandarle a vivir al arrabal. Cuando un leproso muere sin heredero, la mitad de sus bienes pasan a ser de la comunidad del suburbio, la otra mitad a la persona que señaló el caso. Si el leproso tiene hijos, los bienes pasan a los hijos. Hay que decir que se incluye entre los leprosos a gente con manchas blancas en el cuerpo y otras enfermedades incurables[146]. Más lejos de este último suburbio existe otro habitado por multitud de arrieros, alfareros, albañiles y leñadores. Este arrabal es pequeño y tiene aproximadamente 150 hogares.

En el camino que se halla al oeste de Fez hay todavía otro gran arrabal con unas 400 familias, pero sin más construcciones sino casuchas donde se alojan gente pobre y campesinos que no quieren o no pueden quedarse en el campo.

Cerca de este suburbio hay una gran llanura que va desde el arrabal al río, en una distancia de dos millas aproximadamente. Esta llanura se extiende en una longitud de 3 millas en dirección oeste. Allí tiene lugar un mercado todos los jueves. La gente se reúne en gran cantidad, llevando su ganado y los comerciantes ofrecen mercancías llegadas del exterior. Cada uno levanta allí su tienda. Es costumbre que los gentilhombres se reúnan en pequeños grupos y hagan matar una oveja a un carnicero. Se reparten la carne, dando la cabeza y los pies al carnicero como pago y venden la piel a un mercader de lana. Sólo se paga una reducida gabela por los productos que se venden en este mercado, sería superfluo precisarlo. Lo que no quiero pasar por alto es que yo nunca vi en ninguna parte, ni en toda África, ni en Asia, ni en Italia, un mercado donde se encuentren tantas mercancías: es imposible de calcular.

Fuera de la ciudad altos peñascos rodean una fosa de dos millas de largo. La piedra con que se fabrica la cal se extrae de estos roquedales y en la fosa existen numerosos hornos para cocer la cal. Estos hornos son

146. Vitiligo.

tan grandes que algunos contienen hasta seis mil *moggia* de cal. Quienes explotan este trabajo son personas principales, pero de la baja nobleza.

Al oeste de Fez, igualmente extramuros, se establecieron cien cabañas en las orillas del río. Están ocupadas por lavanderos de telas. El blanqueo se opera de la forma siguiente: todos los años con la temporada buena, cada lavandero moja sus telas, después las extiende en un prado próximo a su cabaña. Cuando ve que están secas saca agua, en el río o en los regueros, con un cubo de cuero provisto de un mango de madera y rocía las telas. Por la tarde cada uno las recoge y las lleva a su casa o a los locales destinados al efecto. Los prados donde se extienden las telas conservan todo el año su aire verde y fresco. A distancia, la blancura de las telas sobre el verde de la pradera compone una hermosa visión. El agua del río, que es muy clara, parece de lejos de color azul. Por ello varios poetas compusieron sobre el tema versos muy elegantes.

Cementerios comunales fuera de la ciudad

Alrededor de Fez hay muchos campos donde se entierra a los difuntos y que, por amor a Dios, han sido cedidos a tal fin por señores y gentileshombres. Sobre el cuerpo, es decir, en la tierra que lo cubre, colocan una lápida en forma de triángulo largo y delgado. A los hombres notables o de cierto prestigio se suelen dedicar losas de mármol encima de la cabeza y de los pies, donde aparecen grabados versos consoladores de tan duro y amargo tránsito. Más abajo figuran el nombre del finado, los de su familia y el día y año de su muerte. Mucha atención he puesto en recoger cuantos epitafios vi, y no solamente en Fez sino en toda Berbería, reuniéndolos luego en un librito que, a la muerte de su padre, el viejo monarca, regalé al hermano del actual rey. De entre tales versos, unos dan consuelo de la muerte y otros acrecientan la melancolía y tristeza que causa, pero tanto lo uno como lo otro debe llevarse con paciencia.

Las sepulturas de los reyes

Sobre una colina alta hacia el norte y fuera de la ciudad, vense numerosas tumbas de reyes Merínies, labradas con bellísimos mármoles, adornos y epitafios grabados en el mármol y decorados con delicados colores que maravillan los ojos de quien contempla esos sepulcros.

Jardines y huertos

Tanto por la parte del norte y la de levante, como por la del mediodía, hay en Fez muchísimos jardines y huertos rebosantes de toda suerte de frutos y con árboles bien gruesos y altos. Dentro de algunos de esos huertos corren pequeños ramales del río y, dada la cantidad y espesura de sus árboles, más bien parecen bosques. No se trabaja en ellos la tierra, aunque se riega por mayo, dando lugar así a cosechas de una fruta tan abundante como exquisita, salvo los albérchigos, que no tienen muy buen sabor. Calcúlese que, en temporada, se venden a diario unas quinientas cargas de dicha fruta, y no meto las uvas en el cálculo. Dichas cargas se reúnen en una plaza de la ciudad, se paga su portazgo y enseguida se subastan, en presencia de los fruteros. En esa misma plaza se venden esclavos negros, y se cobran las correspondientes gabelas. También hacia poniente hay un terreno muy grande, de unas quince millas por treinta de largo, propiedad de la Aljama, con fuentes y arroyos. Lo alquilan hortelanos, que siembran en él gran cantidad de lino, melones, calabazas, pepinos, zanahorias, nabos, achicorias, berzas, lechugas y otras verduras, recogiéndose en el verano hasta quince mil cargas de cosecha y otras tantas en el invierno. Cierto es, por otra parte, que el aire de aquellos parajes es malo y que la mayoría de sus habitantes anda con la cara amarilla, padecen fiebres a menudo y muchos mueren.

Fez la Nueva

La nueva Fez está toda rodeada de hermosas y muy fuertes murallas, y fue construida en una hermosa llanura inmediata al río, separada como una milla de la ciudad antigua, a poniente de ella y hacia el mediodía. Por el lado del norte y entre sus murallas, donde están los molinos, entra y pasa un brazo del río. El otro brazo se abre en dos; uno de ellos corre entre la Fez vieja y la nueva, pasando por la fortaleza, y el otro algo más allá, entre cañadas y jardines próximos a la ciudad antigua, hasta que entra en ella por su parte del sur. El segundo brazo del río, que entra en la fortaleza, pasa por la Escuela del Rey Abuttiman[147]. Mandó levantar esta ciudad Yacub, hijo de Abdultach[148], primer rey de la dinastía Meriní, quien conquistó el

147. Errata por Abū ʿInān.
148. Yaʿqūb b. ʿAbd al-Ḥaqq.

reino de Marruecos y echó de él a sus soberanos. En el tiempo en que mantuvo guerras con dichos reyes de Marruecos, le puso muchos obstáculos el rey de Tremecén, de acuerdo con los de Marruecos en que los Meriníes no triunfasen ni prosperasen. Así que cuando Yacub terminó sus contiendas con Marruecos, se propuso vengarse del rey de Tremecén y, apercibiéndose de que sus plazas fuertes caían muy distantes del enemigo, decidió fundar la ciudad y trasladar a ella la corte de Marruecos. Así se hizo, con el nombre de Ciudad Blanca, mas luego la llamó el pueblo Fez la Nueva. Mandóla dividir aquel rey en tres partes. En una de ellas se instaló el palacio real y otros para sus hijos y hermanos, dotados todos ellos de jardines, haciendo edificar junto a su propio alcázar una hermosa mezquita, admirablemente ordenada y decorada. En la segunda parte situó el rey grandísimas cuadras para los caballos que montaba, así como palacios para sus capitanes y sus cortesanos eminentes. Desde la puerta que mira a poniente hasta la que lo hace a levante se dispuso el espacio destinado a la plaza de la ciudad, como de milla y media de larga, donde se aloja toda suerte de tiendas de artesanos, vendedores y mercaderes. Junto a la puerta de poniente y en la segunda línea de murallas ordenó el rey hacer un grandísimo recinto, amén de otros más pequeños, para continua presencia del gobernador con sus fuerzas y ayudantes, y a seguido dos espléndidas cuadras con capacidad para trescientos corceles destinados a los guardianes de palacio. Por fin, la tercera parte de Fez la Nueva fue dedicada a alojamiento de la guardia personal del rey, muy bien pagada por él y compuesta por arqueros del levante, ya que en aquellas tierras aún no se conocían las ballestas. Hállanse hoy en dicho lugar numerosos templos y muy hermosos baños públicos, hechos con grandes gastos. Siguiendo al palacio real está la ceca donde se acuñan las monedas, a modo de plaza cuadrada y rodeada de galerías como las casas de los maestros de ese arte, encontrándose en medio de ellas la del Señor de la Ceca, con sus notarios y escribanos; como tantas otras, las rentas de ese establecimiento van a las arcas del rey. En otra plaza, cerca de dicha ceca, asiéntanse los orfebres, su jefe y el custodio de las acuñaciones y moldes de las monedas. Nadie puede hacer en Fez anillos o trabajos en plata y oro sin quintar, porque le saldría caro a quien tratara de venderlos saltándose esa obligación; mientras que, en cumpliéndose, se paga el precio de costumbre y puede disponerse de su valor como del de las monedas. La mayoría de esos orfebres son judíos que hacen sus trabajos en Fez la Nueva y

los llevan a vender a la antigua, en una plaza que se les ha destinado, junto a la de los especieros, ya que en la Fez antigua no se permite fundir oro ni plata, ni ningún musulmán puede ser orfebre, pues tienen por abuso usurero vender las confecciones en plata y oro a mayor precio del que valen al peso como metal. Pero los señores autorizan a los judíos a hacerlo. Algunos de estos trabajan por encargo, ganando sólo el salario de la mano de obra. Como los reyes ya no tienen la guardia de arqueros, la parte en la que vivían éstos es hoy de los judíos, que antes moraban en la ciudad antigua. Allá los moros saqueaban a dichos judíos cada vez que moría un rey, de modo que, aunque doblándoles los tributos, el rey Abufabid los hizo mudar de la Fez vieja a la nueva, y allí se encuentran hoy, en la mentada plaza, bien larga y ancha, donde tienen sus casas, tiendas y sinagogas. Tanto ha crecido esa raza que ya no se sabe cuántos son, sobre todo desde que los expulsó el rey de España. Todos los desprecian. No pueden calzar zapatos sino ciertas chinelas hechas de juncos marinos, y en la cabeza unos bonetes negros; los que quieran llevar otro tocado han de prenderse de él un pañuelo encarnado. Sus tributos al rey de Fez suman cuatrocientos ducados mensuales. Y digamos ahora que la dicha ciudad gozó durante ciento y cuarenta años de buenas murallas, palacios, templos y colegios, así como de cuantos adornos pueda desear una ciudad, aunque creo que se gastó más en donosuras que en murallas y defensas. A extramuros y junto al río construyéronse unas grandes norias que suben el agua del río y la pasan a las murallas, donde hay unos canalillos para llevarla a los palacios, los vergeles y templos. Estas norias son, sin embargo, de nuestro tiempo, quiero decir, de cien años a esta parte; antes, el agua llegaba a Fez por un acueducto tendido entre la ciudad y un manantial distante de ella diez millas. Dicho acueducto aparece construido sobre arcos muy bien trazados y dicen que su hechura se debió a cierto maestro o arquitecto genovés, mercader también y muy bienquisto del monarca. En cuanto a las norias, un español las hizo, y son cosa ciertamente admirable, sobre todo porque por mucho que sea el ímpetu del agua que las mueve, no dan más de veinticuatro vueltas por día. Quédame decir que en la citada Fez la Nueva viven pocos nobles, salvo algunos parientes de gentileshombres y de tal o cual cortesano. La demás es gente baja y metida en oficios igualmente bajos, pues los caballeros de buena fama y bondad no se dignan formar parte de los menesteres de la corte ni dan en matrimonio sus hijas a gente del servicio real.

Ordenamiento de la corte del rey de Fez

De entre todos los señores del África no hay uno que haya sido designado rey o príncipe por elección popular, ni reclamado por provincias o ciudades. En la ley de Mahoma no existe un verdadero señor temporal al que se le pueda decir legítimo, salvo a sus pontífices[149]. Pero al decaer la potestad de éstos, todos los jefes de los pueblos del desierto comenzaron a acercarse a las tierras habitadas y, por la fuerza de las armas, instituían señores en contra de la ley de Mahoma y sus pontífices. Tal ocurrió en levante, donde los kurdos, turcos y tártaros se adueñaron de las tierras de los más débiles, y lo mismo sucedió al oeste con los pueblos Zenata y Lumtuna, y luego con los Predicadores[150] y el reinado de los Meriníes. Cierto que los de Lumtuna acudieron en socorro de los pueblos de poniente para salvarlos de las manos de los herejes, y que hubo entre ellos señores amigos del pueblo. Pero luego, como hemos visto, se dieron a la tiranía. Por tal razón no se designa hoy a los señores como herederos del poder ni por elección popular, como tampoco por decisión de mandatarios y capitanes, sino que cada príncipe, antes de que la muerte lo alcance, obliga a los potentados de su corte a que, una vez desaparecido él, juren para el trono a un hijo o hermano suyo. Las más veces no se respetan tales juramentos, ya que casi siempre resulta elegido sucesor el que dichos poderosos prefieren. De este modo se suele nombrar al sultán de Fez, quien, apenas recibe tal dignidad, designa consejero mayor a uno de sus nobles y le adjudica un tercio de las recaudaciones de su reino. Luego elige a un secretario, que hace también de tesorero y de mayordomo. A continuación nombra a los capitanes de caballería que se harán cargo de la salvaguardia del reino y que, la mayor parte del tiempo estarán con sus caballos por los campos. Nómbrase luego para cada ciudad a un gobernador que participa de las rentas que deja cada una de ellas y está obligado a mantener y pagar un determinado número de jinetes a disposición del rey cuando éste deba armar un ejército. Desígnanse también comisarios y administradores que ejerzan su tarea en los pueblos montañeses y entre los árabes que tienen sometidos. Los comisarios aplican la justicia a tenor de las leyes de dichos pueblos, y los administradores deben cobrar las rentas y tributos y llevar con diligencia la cuenta de los pagos comunes y

149. De nuevo se refiere a los califas.
150. Almohades.

de los extraordinarios. Después nombra el rey a algunos nobles que en su lengua dicen custodios; cada uno dispone de un castillo o una o dos poblaciones, tanto para su sustento como para poder mantenerse en condiciones de acompañar con dignidad al rey en el ejército. Dispone además el soberano de caballería ligera que emplea a su conveniencia, que mantiene en tanto está en campaña y que, en tiempos de paz, provee de cereales, grasa y carne salada para todo el año, pero cortísima soldada, si bien es verdad que los viste una vez al año. Ellos no corren con la manutención de los caballos, pues se sufraga con dineros del rey. Todos los siervos de las cuadras son esclavos cristianos encadenados por los pies, pero que, cuando el ejército se mueve, cabalgan en camellos de carga.

Hay también otro comisario para los camellos, que se entiende con sus pastores, reparte las tierras de pasto y proporciona la cantidad de animales que los servicios reales precisan. Cada camellero dispone de dos bestias, listas para cargar lo que se les ordene. Existe asimismo un intendente que guarda y proporciona las vituallas para el rey y sus tropas, y dispone de diez o doce grandes tiendas donde almacena esos víveres, constantemente suministrados al ejército en camellos para que la tropa no sufra necesidad. A sus órdenes tiene ese intendente los cocineros y un maestro de cuadras que se ocupa de todos los caballos, mulos y camellos del señor, y recibe del intendente cuanto precisan él y su gente. Un encargado de los piensos tiene a su cargo el alimento de dichos animales, cebada, paja y lo que necesiten, y cuenta con escribanos que llevan las cuentas de gastos y se las rinden al mayordomo. Un capitán con cincuenta jinetes se encarga de los correos para las instrucciones y órdenes del secretario del rey, en nombre del monarca. Otro capitán de gran honra actúa como jefe de la guardia secreta y disfruta, en nombre del rey, de autoridad sobre los oficiales que han de cumplir ejecuciones, confiscaciones y actos de justicia, poseyendo facultades dicho capitán para apresar a los nobles, encarcelarlos y ejercer sobre ellos cuanta severidad de la justicia el rey disponga. Asiste asimismo al monarca otro fiel canciller, en cuyo poder obra el sello real y que escribe las cartas que con él han de sellarse. De lacayos hay grandísima cantidad, a cargo de un capitán que los admite o rechaza y reparte entre ellos el mayor o menor salario que les toque según su valía; dicho capitán asiste a las audiencias del rey, oficiando de jefe de los servidores. Otro capitán se ocupa del transporte de las

tiendas donde se alberga la caballería ligera del rey, y las propias tiendas reales, que van a lomos de mulo, así como las de los soldados se cargan en camellos.

Hay asimismo al servicio de la corte un escuadrón de abanderados, que, yendo de camino, llevan los pendones recogidos, salvo el que marcha delante del ejército, que lo luce desplegado y en alto; estos hombres son además guías y preparan los caminos y el paso de ríos y bosques. Están también los timbaleros, con timbales de cobre, como grandes jofainas, estrechos de abajo y, por arriba, anchos y cubiertos de cuero; llévanse sobre caballos albardados y, como pesan mucho, les ponen unos contrapesos. Los caballos que los cargan han de ser los mejores y más veloces, pues se tiene por muy vergonzoso perder alguno de estos instrumentos, que se baten con vergas de toro, tan fuertemente y con tan espantable sonido que infunden pavor a gran distancia en caballos y hombres. A los trompeteros no los mantiene el rey, pero la ciudad está obligada a procurárselos, para que estén a su lado en las batallas y también al servicio de sus mesas. Cuando el rey llama a consejo o concede audiencias, siempre tiene a sus pies un maestro de ceremonias, que dispone los sitios y concede los turnos de palabra, a tenor de la jerarquía de cada cual. Componen la mayor parte de la servidumbre del rey esclavas negras, entre las que figuran las camareras y las doncellas, aunque siempre escoge él esposa blanca. Tiene además un cierto número de esclavas cristianas, españolas y portuguesas, y todas las mujeres andan vigiladas por los eunucos, que son asimismo esclavos negros.

A decir verdad, este rey cuenta con un gran dominio pero su renta es corta, alcanzando apenas los trescientos mil ducados, de los que sólo una quinta parte llega a sus manos, puesto que lo demás se distribuye según hemos visto. La mitad de dicha renta va en cereales, ganado, aceite y manteca. La recaudación se obtiene de distintos modos. Ciertos sitios pagan ducado y cuarto por lo que en un día puede arar una yunta de bueyes. En otros lugares se paga lo mismo por cada hogar, y en otros igual cantidad por cada varón de más de quince años. También existe una fórmula de pago mixta. Impuestos no hay otros que los de las gabelas[151], que en la ciudad son altas. Prohíbe Mahoma que los señores cobren más tributos de los que manda la ley, o sea, dos ducados y medio al año por persona de cada cien que esa persona disponga, o la décima

151. Impuestos sobre artículos de consumo.

parte del cereal de cada diez almudes de cosecha. Deben estos tributos ponerse en manos del pontífice[152], que cubrirá con ellos sus necesidades y repartirá el resto para las del pueblo, favoreciendo además a las viudas, pobres y enfermos, así como para costear las guerras contra sus enemigos. Desde que faltan dichos pontífices los señores ejercen la tiranía; ya no tienen bastante con usurpar esos beneficios y repartirlos como les viene en gana, sino que obligan a nuevos tributos, de tal modo que en toda el África son pocos los campesinos que pueden guardar algo más de lo justo para comer y vestirse. Ningún hombre de bien quiere, pues, someterse al poder temporal de los señores, saber de ellos, comer en su misma mesa ni, mucho menos, aceptarles regalos o presentes, porque creen que cuanto poseen es peor que robado. Por lo común, el rey de Fez tiene también a sus inmediatas órdenes seis mil jinetes a sueldo, quinientos ballesteros y otros tantos arcabuceros, siempre prestos y a caballo. En época de paz, esos hombres permanecen a una milla de su real persona, si está en el campo. Cuando el monarca se queda en Fez, no toma cuidado de guardias. En caso de que deba hacer la guerra a los árabes enemigos, los seis mil jinetes no le bastan, y son sus súbditos árabes quienes le proveen de los que necesite, más diestros para la guerra que las fuerzas reales. Las pompas y protocolos de este rey son pocos, y los observa casi mal de su grado, aunque en las fiestas y paradas se ve obligado a cumplirlos. Por ejemplo, cuando ha de cabalgar en público, su maestro de ceremonias debe hacerlo saber en su nombre a los alguaciles, quienes lo notifican a los parientes del rey y a sus capitanes, guardias y gentileshombres, para que se reúnan en la plaza fuera del palacio y en las calles adyacentes. Apenas el rey sale de palacio, los dichos alguaciles disponen la formación del cortejo. Abren la marcha los abanderados; luego, los timbaleros; detrás el maestro de cuadras con sus ayudantes y criados; siguen el intendente con los suyos, la guardia, el maestro de ceremonias, los secretarios del rey, tesorero, juez y general en jefe. Tras él va el rey con su primer consejero, algún príncipe y un séquito de oficiales que llevan la espada, el escudo y la ballesta del monarca. Alrededor de éste marchan los palafreneros, uno con la azagaya del rey y otro con la manta de la silla y el ronzal de su caballo, al cual, en cuanto el rey desmonta, le colocan la manta sobre la silla y pasan el ronzal sobre la brida para llevarlo de la mano. Otro palafrenero porta el calzado del rey, unos zuecos trabajados con sumo arte para su pompa y

152. De nuevo, por califa.

lucimiento. A seguido del rey cabalga el capitán de los palafreneros, y tras él los eunucos, la servidumbre real, la caballería ligera y los ballesteros y arcabuceros. El vestido del rey es modesto, así pues quien lo ve no piensa que se trata del soberano, cuando hasta sus palafreneros van espléndidamente ataviados con ricas y decoradas prendas. Y ningún señor musulmán lleva corona o algo semejante en la cabeza, porque la ley de Mahoma se lo prohíbe. Si el rey se halla en el campo, se planta en el centro del campamento su gran jaima, hecha a modo de fortaleza cuadrada con sus muros y almenas, de cincuenta brazas por cada lado y, en las esquinas, cuatro torrecillas sobre cuyo techo se disponen unas hermosas bolas que parecen de oro. La gran tienda del rey tiene cuatro puertas con sendas guardias de eunucos, y otras tiendas menores en medio. El dormitorio real está hecho de tal manera que puede extenderse y recogerse fácilmente. En torno a la jaima alójanse los oficiales y cortesanos favoritos del soberano, y alrededor de éstos se alinean las tiendas de la guardia, confeccionadas con cueros de cabra, como las de los árabes. Algo más allá se sitúan la despensa, las cocinas y el tinelo reales, y, también cerca, las tiendas que albergan a los jinetes de caballería ligera, los cuales comen en el dicho tinelo pero con muy bajas maneras. Algo más allá están las cuadras, a saber, unos cobertizos donde se encierran los caballos ordenadamente, uno junto al otro. Los muleros encargados de mover el equipaje real acampan fuera de este recinto. Vense allí tiendas de carnicería, mercería y salchichería. Los mercaderes y artesanos que acuden al campamento se alojan junto a dichos muleros, así que el todo viene a parecerse casi a una ciudad, a la cual sirvieran de murallas las tiendas de la guardia, tan juntas que no hay quien entre hasta donde está el rey si no es por lugares claramente señalados. La tienda real disfruta de guardia durante la noche entera, aunque la monta gente baja y desarmada. También en las cuadras hay centinelas, pero su descuido no sólo ha permitido robos de caballos sino que en la propia tienda del monarca han logrado deslizarse enemigos suyos con la intención de matarlo. El rey se encuentra en el campo casi todo el año, bien para mirar por su reino, bien para andar en paz y amistad con sus súbditos nómadas. Sus distracciones frecuentes son la cacería y el ajedrez. No dudo haberme excedido en mi larga descripción de Fez, pero debí alargarme, queriendo no haceros perder detalle de ella porque el mayor adelanto y lustre del país beréber o, mejor dicho, del África toda, se compendian y encierran en esta ciudad.

La ciudad de Macarmeda

Se trata de una población a veinte millas de Fez y hacia levante, fundada por los señores zenetes a orillas de un riachuelo que atraviesa una llanura bellísima. Antiguamente poseyó un gran término y fue muy adelantada. Junto a dicho riachuelo hay muchos huertos y viñas. Los reyes de Fez solían asignar esta ciudad a los capataces de los camelleros, pero en la guerra contra el príncipe Sahid [153] fue saqueada y abandonada; hoy no quedan sino las murallas y su término está arrendado a gentileshombres de Fez y a algunos labradores.

El castillo de Hubbed[154]

Edificado en la ladera de un monte alto, cae a unas seis millas de Fez, y desde él se domina la ciudad y toda la campiña de su derredor. Lo fundó un ermitaño con fama de santo entre la gente de Fez. La fortaleza dispone de escaso terreno en torno, está deshabitada y en ruina sus casas, conservándose las murallas y la mezquita aljama, a la que pertenecen las pocas tierras del lugar. Yo pasé en este castillo cuatro veranos, pues goza de un aire bueno y suave y el sitio es solitario y óptimo para estudiar, aparte de que mi padre le alquiló muchos años este terreno al custodio de la mezquita.

Zauia[155]

Es una pequeña población levantada por José, el segundo de los reyes Meriríes, a catorce millas de Fez. Este monarca mandó edificar allí un hospital y expresó su deseo de que se le enterrase en Zauia a su muerte, pero la suerte no se lo consintió, porque lo mataron en el asedio que puso a Tremecén. Zauia, luego, decayó y fue destruida, permaneciendo tan sólo de ella su hospital y murallas. La renta de sus tierras pasó a la mezquita aljama de Fez y su terreno lo cultivan unos árabes que viven cerca.

153. 1411-1412.
154. al-ʿUbbād.
155. az-Zāwiya.

El castillo de Chaulan[156]

Levantado sobre el río Sebú, es fortaleza antigua y cae a unas ocho millas de Fez, hacia el sur de la ciudad. Hay fuera de ella un balneario de aguas muy calientes, donde el cuarto soberano de los Meriníes, Abulhasen, hizo edificar un bello palacio. A él suele acudir el señorío de Fez, una vez al año por el mes de abril, para echar cuatro o cinco días de ocio, pese a ser un lugar de lo más atrasado, y su gente, baja y sobremanera avariciosa.

Monte Zelag[157]

Arranca del río Sebú, por el lado de levante, y se extiende a poniente unas catorce millas; su punto más alto hacia el norte cae a siete millas de Fez. La ladera que mira a mediodía está enteramente deshabitada, pero la que mira al norte es de buenas colinas, con infinidad de poblaciones y fortalezas. Casi todo ese terreno está sembrado de viñedos productores de las uvas mejores y más dulces que yo haya comido. Otro tanto puede decirse de las aceitunas y de los frutos de todos aquellos parajes, dada su sequedad. Sus pobladores, pues, son bien ricos y no hay uno que no tenga casa en la capital. Asimismo, casi toda la gente adinerada de Fez posee alguna viña en este monte, a cuyos pies y también hacia el norte hay hermosos llanos y campos de cereal, favorecidos hacia mediodía por el río Sebú. Tienen en él los hortelanos norias, construidas con sus propios medios, que sacan el agua del río y riegan las tierras. El campo es tan grande que se precisarían doscientas yuntas de bueyes para ararlo. Sus rentas están asignadas al maestro de ceremonias del rey, pero sólo percibe quinientos ducados al año, porque el diezmo, que va a las arcas reales, asciende a unos tres mil almudes de grano.

Monte Zarhon

Comienza en la llanura de Esais[158], a diez millas de Fez[159], y se alarga hacia poniente unas treinta, contando otras diez de ancho. Visto de lejos parece puro bosque y desierto lo que es todo olivar y

156. Sīdī Ḥarāzem.
157. Zalagh.
158. Es-Sa' is.
159. En realidad, a veinte millas.

hasta cincuenta aldeas y castillos. Los pobladores son muy ricos gracias a vivir entre Fez, a levante, y Mequínez, a poniente. Sus mujeres tejen telas de lana laborada a la usanza del país, y se adornan mucho con aretes y colgantes de plata. Los varones, valientes y muy fuertes, apresan leones en sus bosques para el rey de Fez, que suele disponer en su alcázar cacerías de leones, en una explanada amplísima provista de defensas o refugios con una puertecita y como para que quepa en ellos un hombre de pie y bien armado. Sueltan un león en la explanada, abren los hombres las puertas y, acudiendo la fiera enseguida al primero que ve, sale burlada una y otra vez al cerrar ellos la puerta que los defiende. Cuando el león está furioso le echan un toro, comenzando entre ellos una larga y sangrienta pelea. Si el toro mata al león, todo ha terminado. Pero si, al revés, el león acaba con el toro, los hombres deben salir de sus refugios y enfrentarse a él. Son doce, armados con azagayas de hierro de braza y media. Cuando el rey considera que son muchos para un león, manda retirarse a unos cuantos, y si el león los domina y pone en grave peligro, el monarca y sus cortesanos, que contemplan el espectáculo desde las galerías, lo abaten con las ballestas. Pero las más veces sucede que el león mata a algunos de los hombres que le acosan y hiere a otros. El regalo del monarca a los combatientes es de diez ducados para cada uno y vestimentas nuevas. Sólo luchan los del monte Zelag, valentísimos, mientras que quienes habitualmente cazan esas fieras en el campo son del monte Zarhon.

La ciudad de Gualili[160], en el monte Zarhon

Es Gualili una población levantada sobre ese monte Zarhon por los romanos cuando gobernaban la Bética de Granada. Está toda amurallada con gruesos sillares y sus puertas son muy anchas y altas. Cuenta con casi seis millas de terreno, pero también la destruyeron antaño los africanos. Al llegar el cismático Idris a esta región, vivió en Gualili y fue reconstruyéndola, haciendo de ella un lugar adelantado y muy conocido. Pero, a su muerte, el hijo la descuidó para dedicarse a edificar Fez, como ya dijimos. Idris, sin embargo, fue enterrado en Gualili y allí tiene su sepulcro, al que honran y peregrinan casi todas las gentes mauritanas, pues Idris I fue punto menos que un

160. Walīla (Mūlāy Idrīs).

pontífice y de la estirpe de Mahoma. Con todo, hoy en día no quedan en Gualili más que dos o tres casas, destinadas a los cuidadores del sepulcro y a los fieles que lo visitan. Pero, en torno a la ciudad, la tierra está muy bien trabajada y se ven magníficos huertos, jardines y haciendas; nacen en Gualili dos manantiales que riegan las colinas y suaves valles donde esas ricas propiedades se asientan.

El palacio de Faraón [161]

Llámase así una antigua y pequeña población fundada por los romanos sobre una colina, a unas ocho millas de Gualili. Los lugareños, como también muchos historiadores, refieren que un faraón, rey del Egipto en tiempos de Moisés, hizo construir ese pueblo y le puso el nombre que tiene, cosa que no me parece cierta ya que ni faraón alguno ni los egipcios dominaron nunca estos lugares. Tan necia opinión proviene de cierto *Libro de las palabras de Mahoma* escrito por un tal Elcalbi[162], quien dice, poniendo al Profeta por testigo, que fueron cuatro los reyes que señorearon el mundo, dos fieles y dos infieles; los fieles, Alejandro Magno y Salomón, hijo de David; los infieles, Nembrot[163] y el faraón de Moisés. Por algunas inscripciones latinas que en los muros de la ciudad se leen tenemos la certeza de que la edificaron los romanos. Cuenta con dos riachuelos, uno por cada lado. Todos los valles y cerros cercanos son de olivar. No muy lejos, en un gran bosque, abundan los leones y leopardos.

Piedra Roja

Es una población en la ladera del mismo monte y levantada por los romanos, pequeña y tan cercana al bosque que los leones llegan hasta ella y comen cuanto hueso encuentran, estando la gente acostumbrada a ellos, de modo que ni las mujeres ni los niños les temen. Las murallas, altas, son de piedras fuertes, pero muy estropeadas casi todas. La población ha quedado hoy en caserío o aldea. Es rica en olivos y cereal porque está cerca de la llanura de Azgar.

161. Volubilis, la ciudad romana.
162. al-Kalbī, muerto a principios del siglo IX.
163. Nemrod.

Maghilla

También pequeña y fundada por los romanos, ocupa la cima del monte de su nombre, por la parte que mira a Fez. Cuenta en sus laderas con un hermoso término, cubierto de olivares, y con otro, espléndido, en un llano favorecido por muchos manantiales y que da gran cantidad de cáñamo y de lino.

El castillo de la Vergüenza

El así llamado es muy antiguo y se edificó al pie del monte, junto al camino de Fez a Mequinez. Débese el nombre a que sus habitantes fueron muy avaros, cual suele ocurrir en las poblaciones de los caminos. Diz que un rey pasó por allí y los lugareños lo convidaron a comer. Aceptó el rey la invitación y las gentes le pidieron que quitase al pueblo ese nombre tan feo, cosa que agradó al monarca. Hicieron matar carneros castrados y llenar de leche muchos odres para, a la mañana, ofrecer al rey el desayuno. Pero, como eran muchos, todos discurrieron que si ponían en su odre la mitad de agua, nadie se daría cuenta, y así lo hicieron. Quiso el soberano partir por la mañana, sin pensar en desayunos, mas, insistiéndole sus hombres, vino a descubrirse la leche aguada, lo que causó la risa del rey, que dijo así al partir:

–Amigos, habéis de comprender que no se pueden cambiar las costumbres ni las naturalezas.

El castillo de la Vergüenza se halla hoy destruido y vacío, y sus tierras las trabajan unos árabes pobres.

El término de Aseis[164]

A veinte millas de Fez hacia poniente, Aseis se asienta en una llanura famosa por los muchos castillos y poblaciones que tuvo y de las que ahora no queda otra señal que los nombres de los lugares. Dicha llanura se extiende hacia poniente unas dieciocho millas y unas veinte hacia mediodía. Pese a la bondad de sus tierras, produce un cereal negro y mezquino, hallándose pocos manantiales y pozos en el término. Siempre ha estado ocupado éste por árabes campesinos, pero que parecen gentes de ciudad. El rey de Fez asigna sus rentas al gobernador de la capital.

164. Sa' is.

Monte Togat

Dista de Fez unas siete millas a poniente[165]. Bien alto y poco ancho, se extiende hacia levante unas cinco millas, hasta el riachuelo Bunasr. Toda la ladera que mira a Fez es de viñedos, mientras que la que cae frente a Essich, así como la cima, son campos de cereal. Horadan este monte muchas grutas y cavernas que entran por bajo tierra y a las que los buscadores de tesoros tienen por lugares ocultos, donde creen que los romanos, al abandonar la región, escondieron como ya hemos dicho sus alhajas y más valiosas pertenencias. En invierno, pues, cuando no se atienden los cultivos, estos importunos y estúpidos hombres se agotan cavando el terreno, duro y pedregoso; no se sabe que alguna vez dieran con algo. Deslucidos a la vista y de mal sabor son los frutos de este monte y lo mismo puede decirse de sus uvas, que maduran antes que las de otros lugares.

Monte de Guraigura[166]

Está cerca del Atlas, entre dos llanuras muy grandes y a unas cuarenta millas de Fez, naciendo en él un río que corre a poniente y desemboca en el río Bath. Una de las dichas llanuras cae por el lado de Fez, es decir, hacia la parte llamada Esseis de que ya hablamos, y el otro llano, Adecsen de nombre, hacia mediodía, y es muy abundante en hermosas planicies de cereal y pasto en las que laboran ciertos árabes Zuhair súbditos del rey, quien destina las más de las veces a algún hermano suyo la renta de diez mil ducados que esas tierras rinden. A estos árabes Zuhair suelen hostigar otros llamados Elhusein, que viven en el desierto y asaltan en verano las mentadas tierras, a las que el rey defiende entonces, oportuno, con caballería y ballesteros. Las mentadas planicies son ricas en manantiales, arroyos limpios y bosques donde los leones andan tan en paz y tranquilidad que a nadie dañan, y un hombre o una mujer los pueden espantar con un simple bastón. Tratemos ahora de la parte de Azgar.

165. La versión Epaulard añade: "se pronuncia por lo común Tghat" (p. 248).
166. Tigrigra.

REGIÓN DE AZGAR[167]

Por la tramontana termina esta región en la mar Océana y a poniente en el río Buragrag. Tiene a levante los montes de Gumera y Zarhon y el pie del monte Zalag, y por el sur acaba en los confines del río Bunasar[168]. Es provincia de fertilísimos terrenos de llanura, causa de que la habitara muchísima gente y en ella se alzasen ciudades y castillos. Pero una guerra antigua lo destruyó todo y hoy no quedan señas de aquella grandeza, quitando unos pocos lugarejos aún en pie y habitados. Tiene Azgar unas ochenta millas de larga por sesenta de ancha. La atraviesa por medio el río Sebú y la pueblan unos árabes llamados Elchuluth, provenientes de los Muntafic[169]; son súbditos del rey de Fez, al que rinden grandes y onerosos tributos. Pese a ello, son ricos y están bien armados por lo cual son la flor y nata del ejército del rey, quien solamente se sirve de ellos en las guerras cortas pero de mucha importancia. Acabaré diciendo que esta provincia es la que provee de forraje a todas las caballerías y ganados de los montes de Gumera[170] y de la ciudad de Fez. Acostumbra el rey a pasar allí el invierno y la primavera, pues es lugar ameno y sano, con mucha cabra montés y liebres, aunque escaso de bosques.

EL GIUMHA[171] CIUDAD DE AZGAR

Es población pequeña y levantada en nuestros días por los africanos junto a un riatillo, en la llanura donde comienza esta región o provincia y sobre el camino de Larache a Fez, de la cual El Giumha dista unas treinta millas. Fue lugar muy adelantado y poblado, pero también la destruyó la guerra de Sahid que tanto llevamos nombrada. Hoy día sólo se ven allá unos silos donde guardan sus cereales los árabes del contorno, quienes disponen tiendas para los guardianes de dicho grano, para el que hay asimismo molinos por allí cerca.

167. Azghar.
168. Bū Naṣr.
169. Jlot, antiguos Muntafiq.
170. Gomāra.
171. al-Ŷum'a.

La ciudad de Larache[172]

Los antiguos africanos la construyeron sobre la mar Océana, en la desembocadura del río Luccus, junto al que se levanta una parte de la ciudad, y sobre el mar la otra. Cuando Arcila y Tánger fueron de moros, Larache estuvo muy poblada, pero al pasar a manos cristianas aquellas dos plazas, fue abandonada durante unos veinte años. Al cabo de ellos, un hijo del actual rey de Fez resolvió repoblarla. La amuralló muy bien y la proveyó de tropas y víveres, ya que anda en continuo temor de que los portugueses la puedan tomar. La ciudad tiene un puerto muy difícil para quien quiera entrar por la boca del río, y además el mentado hijo del rey hizo levantar allí una fortaleza en la que siempre tiene prontos un capitán y doscientos ballesteros, cien arcabuceros y trescientos jinetes de caballería ligera. Rodean la ciudad numerosas lagunas y praderas, donde se cobran muchas aves acuáticas y anguilas. En las riberas del río, frondosas y oscuras algabas cobijan leones y otras alimañas feroces. El carboneo es una antigua tradición de la ciudad, cuyos habitantes mandan su carbón por la mar a Arcila y Tánger. La gente de Mauritania[173] suele decir cuando alguien quiere aparentar más de lo que es: "como el barco de Larache, con las velas de algodón y la carga de carbón", ya que también se da mucho algodón en los campos de esa ciudad.

Alcazarquivir[174], El Palacio Grande

Gran ciudad fundada en sus tiempos por Mansor, rey y pontífice de Marruecos. Refiérese como cosa cierta que, andando dicho rey de cacería por los campos de aquel contorno, se le echó encima un gran temporal de lluvia y vientos, oscureciéndose el aire tanto que el monarca se extravió de su séquito y le anocheció en unas soledades que ni sabía dónde se hallaba. Quieto bajo la tempestad, sin dar un paso por temor de ahogarse en las lagunas, vio por fin una luz y su buena fortuna le puso delante a un hombre de los que allá pescan anguilas. Preguntóle si por ventura sabía dónde estaba el campamento real y oyó del pescador que a diez millas de allí. Le pidió el rey entonces que lo acompañase hasta él. "Ni si el mismo rey Mansor me lo pidiese lo

172. En el texto, Lharais; en árabe, al-'Arā'iš.
173. De nuevo por Marruecos.
174. Al-Qaṣr al-kabīr.

llevaría ahora allá, por miedo de que se ahogase en uno de estos cenagales", respondió el hombre. "¿Y a ti que se te da la vida de Mansor?, dijo el rey. "Él merece que lo quiera como me quiero a mí mismo". "Un gran favor has de haber recibido de él", repuso entonces el monarca. "Qué mayor favor puede recibirse de un rey –dijo el pobre hombre– que las grandes justicia, bondad y afecto que Mansor muestra para con su pueblo. Yo, que no soy más que un pescador, puedo con mi mujer y mis hijitos disfrutar en paz de mi pobreza, dejo mi choza a medianoche, regreso cuando me parece y ni en estos valles y pagos tan salvajes doy con nadie que me incordie. Pero, señor, si así os place venid a que os aloje en mi casa esta noche y por la mañana me tendréis de guía hasta donde os convenga". El rey Mansor aceptó y siguió al hombre hasta su choza y, apenas llegados, su humilde anfitrión dio pienso al caballo del monarca y puso a asar algunas anguilas que luego sirvió al invitado, quien, en tanto, había acabado de secar sus ropas junto a un buen fuego que aun ardía. No gustándole, sin embargo, al rey el refrigerio de anguilas preguntó al pescador si podía darle algo de carne. Dijo éste entonces: "Señor, toda mi riqueza es una cabra con su cabrito, lechal todavía, pero dichoso el animal que alimente a un hombre como vos, pues si la vista no me engaña se echa de ver que sois todo un gentilhombre". Y, sin hablar más, sacrificó el cabrito e hizo que su mujer lo asase. Cenó el rey, descansó hasta por la mañana, y partió de allí temprano llevando como guía a su solícito huésped. Aún no habían salido de los pantanos cuando dieron con gran copia de caballeros y cazadores que a voz en grito iban llamando y buscando al rey, cuya vista los llenó de alegría. Mansor volvióse entonces a su acompañante y se mostró como tal rey, diciendo que nunca olvidaría sus gentilezas y desvelos para con él. Había mandado el soberano que, mientras él estaba en el campo, se edificaran muchos palacios y casas, todos los cuales regaló a quien una noche lo acogiera. El pescador le rogó entonces que le hiciese rodear de tapias tales propiedades, y el rey así se lo concedió. Con lo cual el hasta entonces humilde se vio dueño y señor de una pequeña ciudad nueva, que medró día a día hasta alcanzar los cuatrocientos hogares, dado lo rico de su término. Contribuyó también a la prosperidad del lugar la costumbre real de permanecer allí casi todo el verano, lo que aportó mejoras. El río Luccus pasa junto a sus muros y en sus crecidas grandes entra por las puertas de la ciudad, la cual se halla muy bien abastecida de artesanos y mercaderes, y posee templos numerosos, una

escuela y un hospital. Faltan fuentes y pozos, pero la gente se sirve de cisternas. Es pueblo noble y generoso, aunque más bien simple. Visten bien y suelen envolverse en buenos tejidos de algodón. Puertas afuera de la ciudad hay muchos huertos y fincas de bonísima fruta, pero la uva no sabe bien por crecer las viñas en prados. El lunes es día de mercado, al que acuden todos los árabes del contorno. Y en mayo, usan los de la ciudad salir a la caza de pájaros, cobrando buena cantidad de tórtolas. La tierra, verdaderamente fértil, rinde de la semilla que se le siembra hasta el treinta por uno, pero sólo pueden cultivarla hasta una distancia de unas seis millas, pues, traspasado ese límite, los hostigan siempre los portugueses de Arcila, que queda a unas dieciocho millas, si bien el alcaide de la plaza también daña a los portugueses cuanto puede, porque dispone de trescientos jinetes, con los que lleva algaras muchas veces hasta las puertas mismas de Arcila.

La Región de Habat

Empieza a mediodía por el río Guarga y da al norte en la Mar Océana, mientras que confina a poniente con las lagunas de Azgar, y a levante con los montes sobre el estrecho de las Columnas de Hércules. Su anchura es de unas ochenta millas, y de unas cien de largor, siendo en su mayoría llanuras de muchísima abundancia, regadas por numerosos ríos. No obstante, fue en otros tiempos de mayor nobleza y fama que hoy en día, pues se asentaban en ella ciudades de gran antigüedad, levantadas por los romanos y, algunas, por los godos. Tengo para mí que fue ésta la región que Ptolomeo llamó Mauritania. Desde la fundación de Fez, empezó a declinar. Se juntó a ello que, luego de muerto Idrís, el fundador de Fez, el reino pasó a manos de diez hijos suyos que lo dividieron en otras tantas partes. Tocóle esta región al primogénito, y a ello siguió un tiempo de levantamientos por parte de herejes y señores, algunos de los cuales llamaron en su ayuda a los reyes de Granada de España[175] y otros a los de Cairuán, hasta que a todos los venció y expulsó un pontífice de Cairuán[176], que fue un completo hereje; conquistó esta región y, dejando en ella a algunos capitanes y gobernadores suyos, se volvió a su tierra. El gran canciller[177] de Córdoba mandó entonces allá un enorme ejército que

175. Se refiere al califa Omeya de Córdoba ʿAbd al-Raḥmān III.
176. En 957 d. C. Ŷawhar conquistó la región en nombre del califa Fatimí de Túnez.
177. Almanzor, primer ministro de Hišām II.

se apoderó raudamente de todas esas tierras, hasta la región de Zab[178]. Al cabo de cincuenta años, José[179], primer rey de Lumtuna, echó de allí a los de Granada[180], quedando aquello finalmente en poder del rey de Fez.

Ezaggen[181], ciudad de Habat

Edificada por los africanos antiguos en la ladera de un monte y a diez millas del río Guarga. Dicha extensión es todo llanura, con buenas tierras de labor y huertas, aunque la mayor parte de ellas hállase en el monte. Dista la población setenta millas de Fez y cuenta casi quinientos hogares. El término puede rendir hasta diez mil ducados, y sus beneficiarios están obligados a proporcionar al rey cuatrocientos jinetes para la defensa, ya que los portugueses, desde cuarenta y cincuenta millas, suelen meterse allí en correrías y algaradas. La población no está muy adelantada aunque cuenta con artesanos para todo lo necesario. Es muy hermosa y llena de fuentes. Sus pobladores son ricos, pero pocos los de costumbres ciudadanas, disfrutando en cambio de un privilegio especial concedido por los antiguos reyes de Fez, consistente en poder beber vino; prohibido como está éste por la ley de Mahoma, no hay allí quien no lo tome.

Bani Teude[182]

Es ciudad antiquísima levantada por los africanos en una hermosa llanura sobre el río Guarga y a unas cuarenta y cinco millas de Fez. Tuvo en sus buenos tiempos hasta ocho mil hogares, mas en la guerra de los pontífices de Cairuán fue demolida y sólo quedan en pie sus murallas. Cuando estuve allí vi muchos sepulcros de nobles y algunas fuentes con cercados de piedra verdaderamente maravillosas. Cae cerca de los montes de Gumera, a unas catorce millas, y sus tierras son tan fértiles como abundantes.

178. En 997 d. C.
179. Ŷūsuf, soberano almorávid.
180. La frase falta en la versión Epaulard (p.255).
181. Hoy Ajzen, cerca de Ouezzan o Wazzān.
182. Beni Tawda.

La ciudad de Mergo

Se alza en la cumbre de un monte, a unas diez millas de la anterior. Dícese que fue levantada por los romanos, dado que en algunos de sus muros pueden leerse inscripciones latinas. Mergo está hoy deshabitada, aunque en una ladera de su monte creció otra ciudad chica y bien poblada, sobre todo por tejedores que confeccionan ciertos tejidos gruesos. Rodea a la ciudad un campo con muy buenas tierras y desde ella se pueden atisbar dos grandes ríos, el Sebú al sur y el Guarga por el norte, hallándose la ciudad en medio de ellos, a cinco millas de cada uno. Sus pobladores blasonan de hidalguía, pero son cicateros e ignorantes y no cabe atribuirles mérito alguno.

Tansor

Dista de Mergo unas diez millas y hállase emplazada sobre un cerrillo, con unas trescientas casas y contadísimos artesanos. Sus habitantes son gente tosca y no tienen viñas ni huertos, sino que sólo cultivan cereal. Poseen buena cantidad de ganados y su población está a medio camino entre Fez y los montes de Gumera. Vivir en un camino los hace muy avaros y extremadamente desagradables.

Agla

Antigua y construida por los africanos sobre el río Guarga, cuenta en torno suyo con ricas tierras cultivadas por los árabes. Arrasada por las guerras antiguas, aún se conservan sus murallas y algunos pozos en su interior. Celébrase una vez por semana, cabe la ciudad, un mercado harto concurrido, tanto por los beduinos y labradores del contorno como por muchos mercaderes de Fez que van a comprar pieles de toro, lana y cera, todo lo cual abunda. Campan por los alrededores numerosos leones, aunque tan medrosos que si les grita un niño huyen de terror. De ahí viene un dicho de Fez, que se aplica al cobarde que de boquilla, y no con hechos, se las da de valiente: "Valiente como los leones de Agla, que les comen el rabo los terneros".

Narangia

Es un castillo levantado por los africanos en un alcor cerca del río Luccus. Hállase a diez millas de Ezaggen y dispone en su contorno de terrenos muy ricos, pero no llanos. A orillas del río crecen espesos bosques con gran copia de frutas silvestres, como ciertas cerezas. El castillo, tomado y saqueado por los portugueses, permanece despoblado desde el año ochocientos y noventa y cinco de la Hégira [183].

Gezira

Isla en el estuario del Luccus, a diez millas de la mar Océana y a cien de Fez. Hubo allí una ciudad antigua y pequeña que quedó abandonada al inicio de las guerras con los portugueses. Bordean el río grandes fragas y escasas tierras de labor. En el año ochocientos y noventa y cuatro de la Hégira[184], el rey portugués mandó allí una grandísima armada que entró en el río y, ocupando la isla, empezó a erigir en ella una fortaleza con vistas a defender lo ocupado y a ir conquistando las tierras vecinas. Pero el rey de Fez, padre del actual, previendo los males que podrían sobrevenirles si dicha fortaleza se ultimaba, envió un poderoso ejército que impidiera la obra a los portugueses. Contenidos, sin embargo, por el mucho, continuo y terrible fuego de éstos, los moros no consiguieron acercarse más de dos millas, sumiendo al rey de Fez en la mayor desesperación. Pero luego, y por recomendación de algún consejero, hizo construir unos bastiones de madera que colocaron en mitad del río, corriente abajo, a un par de millas de la isla. Defendidos por esa barrera, los de Fez talaron todo el bosque cercano y obstruyeron el río con enormes troncos, de tal guisa que los portugueses vieron cómo en muy corto plazo quedaban de ellos embarazadas las aguas y no podían ya sacar su flota. Pensó entonces el rey de Fez en presentar batalla, mas luego de reflexionarlo bien y temiendo perder muchos hombres, prefirió negociar con el capitán de los portugueses, exigiéndole un fuerte tributo así como la promesa de gestionar cerca de su rey la devolución de unas hijas del capitán del rey de Fez que tenía cautivas en su capital. Cumplidas estas condiciones la flota retornó a Portugal.

183. 1490 d. C.
184. En realidad, en febrero de 1489 d. C.

Basra[185]

Es una ciudad no muy grande, con cerca de dos mil hogares y levantada en un llano entre dos montes por Mahumet, hijo de Idrís, el fundador de Fez, de la cual dista casi ochenta millas, y veinte de Casar, hacia el Sur. Se la llamó Basra en homenaje a la ciudad del mismo nombre de la Arabia Feliz, donde fuera asesinado Hali[186], cuarto pontífice después de Mahoma y bisabuelo de Idrís. La ciudad fue provista de altas y hermosas murallas y, en tanto perduró el dominio de Idrís, vivió muy adelantada. Los sucesores de Idrís solían pasar los veranos allá, pues cuenta con un bellísimo término de monte y llano, antes repletos de huertos y jardines y hogaño excelentes tierras de cereal, que caen cerca de la villa y por las que discurre el Luccus. Basra estuvo muy poblada y llena de mezquitas, con habitantes de espíritu cultivado y amable, pero, al decaer la dinastía de Idrís, sus enemigos la destruyeron y arruinaron. Hoy sólo muestra sus murallas y algún que otro huerto, aunque en estado de silvestre abandono y sin dar fruto, porque la tierra no se trabaja.

Homar

Es ciudad hecha construir por un cierto Hali, hijo del antedicho Mahumet[187], y se asienta sobre un cerro distante de Casar unas catorce millas al norte y, por el sur, a unas dieciséis de Arcila. No fue plaza grande, pero sí hermosa y fuerte. Alrededor hay espléndidos campos llanos y de buenas tierras. La rodeaban numerosos jardines y huertos de exquisito fruto. Por su abundancia en lino, son tejedores las más de sus gentes. Apenas fue Arcila tomada por los portugueses, Homar quedó deshabitada.

Arcila

Los africanos la llamaron Azella y fue toda una gran ciudad que los romanos levantaron sobre la mar Océana, a casi setenta millas del estrecho de las Columnas de Hércules y a unas ciento y cuarenta de Fez[188]. Estuvo esta ciudad bajo el dominio del señor de Ceuta, que

185. Baṣra.
186. ʿAlī b. Abī Ṭālib.
187. ʿAlī b. Muḥammad b. Idrīs (836-848).
188. Distancias ambas irreales, por exceso y por defecto respectivamente.

fue súbdito de los romanos. Luego la conquistaron los godos, quienes se entendieron asimismo con dicho señor, hasta que la tomaron los mahometanos en el año noventa y cuatro de la Hégira[189], poseyéndola durante doscientos y veinticinco años, al cabo de los cuales los ingleses, con un poderoso ejército, la asediaron persuadidos por los godos, aunque ambos eran enemigos, por ser los godos cristianos y los ingleses idólatras. Pero así se unieron para que los musulmanes quitasen el pie de Europa. Asaltada Arcila por los ingleses, la sometieron a hierro y fuego, sin perdonar a nadie la vida y dejándola en ruinas y soledad casi treinta años[190]. Pero al cabo de ellos y reinando en Mauritania los señores y pontífices de Córdoba, la restablecieron y mejoraron hasta darle mayores calidad y fuerza que antes, de lo cual se siguió riqueza para sus pobladores y la abundancia entre ellos de personajes afamados tanto en las armas como en las letras. El término es fertilísimo en grano y en frutos, mas por hallarse Arcila a diez millas de las montañas anda escasa de leña y sus gentes gastan carbón, llevado desde Larache, como ya dejamos dicho. En el año ochocientos ochenta y dos de la Hégira, los portugueses tomaron la ciudad por sorpresa y condujeron como prisioneros a Portugal a cuantos en ella encontraron. Contóse entre éstos Mahumeth, hoy rey de Fez y que a la sazón tenía siete años, con una hermana suya de la misma edad; hallábanse allí porque su padre, por aquellos días y como se le hubiese sublevado la provincia de Habat, vivía en Arcila. El último rey Meriní, Habdulac[191], murió a manos de Esserif, un gran ciudadano de Fez que, con la ayuda del pueblo, llegó al trono. Luego surgió un tal Saic Abra[192], aspirante a entrar en Fez y sustituirlo. Pero Esserif, por recomendación de su mayor consejero, primo hermano del mismo Saic, lo vituperó y expulsó. Después, y habiendo mandado a dicho consejero a pacificar la región de Tamesna, Saic volvió con un refuerzo de ocho mil jinetes árabes, sitió durante un año a Fez la Nueva y la tomó con facilidad por la traición de algunos ciudadanos que no creían poder resistir el asedio. Esserif huyó con todos los suyos al reino de Túnez y, al tiempo que Saic sitiaba Fez, el rey de Portugal envió la armada que, como ya vimos, tomó Arcila, con lo que el ac-

189. 713 d. C.

190. No se trata de "ingleses" sino de normandos que en el mismo 844 d. C. asaltaron también Lisboa y Sevilla.

191. ʿAbd al-Ḥaqq b. ʿUṯmān, degollado el 23 de mayo de 1465 por Abū ʿAbd Allāh Muhammad aš-Šarīf.

192. Abū Zakariyā Muḥammad aš-Šayj.

tual monarca y su hermana fueron llevados a Portugal, donde el citado rey permaneció cautivo siete años, en los que aprendió perfectamente la lengua portuguesa.

Así pues, luego de liberarlo su padre con un cuantioso rescate, lo llamaron al subir al trono Mahumet el Portugués. Este monarca, después, atacó en muchas ocasiones a los portugueses e intentó recuperar Arcila de su dominio. En un primer asalto a la ciudad, por sorpresa y con todas sus tropas, logró derribar buena parte de las murallas, entrar en Arcila y liberar a cuantos moros sufrían esclavitud. Pero los cristianos se hicieron fuertes en el castillo y entretuvieron por dos días al rey Mahumet con embajadas de que se lo entregarían, dando lugar a que llegara Pedro Navarro quien, al frente de muchas naves y con el poder de su artillería, no sólo forzó al rey moro a abandonar la ciudad, sino a retirarse con todo su ejército. Fortificaron luego Arcila los portugueses de tal manera que, por mucho que intentó el rey de Fez reconquistarla, acabó entendiendo que nunca podría hacerlo por la fuerza de las armas. Las guerras que refiero tuvieron lugar en el año novecientos catorce y el novecientos veintiuno de la Hégira[193].

La ciudad de Tánger[194]

Llamada Tangiara por los portugueses, es una gran ciudad antigua, fundada, según la equivocada opinión de algunos historiadores, por un señor llamado Sedded, hijo de Had, el cual, según ellos, ejerció un dominio universal y deseó construirse una ciudad semejante al paraíso terrenal, con las murallas de bronce y los techos de las casas de oro y plata; sus recaudadores recorrían el mundo recabando tributos y fue ésta una de las ciudades que en aquellos días hubo de pagarlos. Pero los historiadores veraces dicen que Tánger fue levantada por los romanos junto a la mar Océana, por los años en que dominaban Granada, a unas treinta millas del estrecho de las Columnas de Hércules y como a ciento cincuenta de Fez. Cuando los godos gobernaban Granada[195], la ciudad de Tánger estuvo sometida a la de Ceuta hasta que pasó a manos de los mahometanos, por los días en que éstos asaltaron Arcila. Fue siempre muy adelantada, noble y bien

193. De 1509 a 1515.
194. En árabe Ṭanŷa.
195. Evidentemente, alude a toda la Península.

poblada, levantándose en ella palacios bellísimos, antiguos y modernos. Las tierras que la rodean no son muy buenas para la siembra, pero en unos valles cercanos y regados por las aguas de un manantial hay muchos huertos, ricos en naranjas, limones y otras frutas. Vense también fuera de la ciudad algunas viñas, pero plantadas en arena. Las gentes de Tánger vivieron en la abundancia hasta la toma de Arcila[196]; apenas sabida ésta por los tangerinos, abandonaron la ciudad y huyeron a Fez, llevando cada cual sus pertenencias más preciadas. Entonces, el general del rey portugués envió, con mucha tropa, a uno de sus oficiales, que ocupó Tánger en nombre del rey de Portugal. Éste, a seguido, mandó allá a un pariente suyo, por el valor de aquella plaza, además cercana a los montes de Gumera, poblados por enemigos de los cristianos. Unos veinticinco años antes de que la ciudad pasara a manos de los portugueses, ya su rey había mandado contra Fez un gran ejército, creyendo que el monarca de Fez no acudiría en su socorro por estar empeñado en guerra contra un insurrecto que le había usurpado Mequínez. Pero, aun contrariando sus verdaderos deseos, el de Fez pactó una tregua con el rebelde y envió a uno de sus consejeros al frente de una gran tropa contra los portugueses, venciéndolos sonadamente y matando a muchos cristianos, entre ellos al propio general, cuyo cuerpo llevaron a Fez la Nueva en un ataúd y lo colocaron en un lugar bien alto para que todos pudieran verlo. No escarmentado por la derrota, el rey de Portugal rehizo en poco tiempo sus fuerzas y mandó sobre Tánger otro gran ejército que también fue vencido con mucho quebranto y muertes, aunque los portugueses atacaran por sorpresa y de noche. Pero lo que su rey no logró con dos ejércitos, lo tuvo luego fácilmente, cuando lo quiso la suerte, con pocas tropas y sin derramar sangre. En nuestros días, Mahumeth, el rey de Fez, procuró conquistar Tánger pero sin éxito, pues los portugueses siempre se han mostrado prestos a su defensa y valerosos en batalla. Lo referido ocurrió en el año novecientos y diecisiete de la Hégira[197].

196. En 1471.

197. En la versión Epaulard (p. 264) se añade: "Yo fui a Tánger en la expedición" (en 1511).

Casar Ezzaghir o El Palacio Menor[198]

Ciudad pequeña que edificó junto a la mar Océana el rey Mansor, pontífice de Marruecos; dista de Tánger unas doce millas y dieciocho de Ceuta. El propósito de su fundación fue facilitar el viaje que Mansor y sus huestes hacían a Granada todos los años pues, embarcando en Ceuta, era muy embarazoso atravesar las montañas que de ella los separaban. La ciudad se asienta sobre una hermosa llanura desde la cual se divisa la costa granadina. Estuvo muy adelantada y casi todos sus hombres fueron gente de mar, metidos en el oficio de embarcar viajeros para Europa, aunque también se dieron entre ellos tejedores, mercaderes acaudalados y varones valientes. El rey de Portugal la asaltó de improviso, la ganó[199], y por mucho que el de Fez ha intentado recobrarla, nunca lo consiguió. Sucedió lo referido en el año ochocientos sesenta y tres de la Hégira.

La gran ciudad de Ceuta

Grandísima ciudad, que los latinos llamaron Civitas y Seupta los de Portugal. Según noticias veraces la levantaron los romanos en la boca misma del estrecho de las Columnas de Hércules y fue capital de Mauritania toda, siendo los mismos romanos quienes la ennoblecieron y civilizaron, y contó con un gran número de habitantes. Luego fue dominada por los godos, que dejaron en ella a uno de sus señores, hasta que los mahometanos entraron en Mauritania y la tomaron. Fue en los tiempos en que Rodrigo, rey de los godos y de España toda ofendió a Julián, conde de Ceuta, quien, concertado entonces con los infieles, los metió en Granada, causando a Rodrigo la pérdida del reino y la vida. Así, apoderáronse de Ceuta los musulmanes, en nombre del pontífice llamado Elgualid, hijo de Habdulmalic, que tenía su trono en Damasco. Ocurrió esto en el año noventa y dos de la Hégira. De aquellos días a éstos, Ceuta fue subiendo en adelanto y población, de manera que hoy es la más hermosa y mejor poblada ciudad de Mauritania. Tuvo numerosas mezquitas y escuelas, artesanos y hombres de letras y de elevado espíritu. En trabajos de cobre fue

198. al-Qaṣr aṣ-Sagīr.

199. La versión Epaulard (p. 265) agrega: "Entonces el rey de Fez 'Abd al-Ḥaqq envió un gran ejército con casi toda la población de Fez. El asedio de la ciudad duró unos dos meses y no tuvo resultados pues, al ser invierno, la nieve caía sobre el campamento de las tropas y éstas nada podían hacer. El sitio se levantó el martes 2 de enero de 1459".

tradición de Ceuta la de singularísimas labores de candelabros, jofainas, tinteros y otras confecciones en el dicho metal, pero que allí se vendían cual si de plata fuesen. He visto muchas de estas obras en Italia, donde se tenían por damasquinas, siendo las ceutíes, a decir verdad, hasta más lindas y mejor acabadas. Fuera de la ciudad misma vense hermosas fincas con casas espléndidas, sobre todo en un sitio que, por abundante en viñedos, llaman Viñones. Pero las tierras en torno a la ciudad son secas y duras, lo que hace que Ceuta ande siempre escasa de cereales. Desde fuera y dentro de la ciudad pueden verse sobre el Estrecho las costas de Granada[200] y hasta sus animales, pues allí no median entre Europa y el África sino doce millas de mar. Mas la pobre Ceuta fue arruinada hace tiempo por cuenta del pontífice y rey Habdul Mumen[201], que la dominó, demolió su caserío y mandó a una gran cantidad de sus nobles a perpetuo exilio en muy diferentes lugares. No menos daño infligió luego a Ceuta el rey de Granada quien, a más de arruinarla, se llevó consigo a todos los nobles y adinerados. Luego, en el año de la Hégira ochocientos y dieciocho, tomó la ciudad una flota del rey portugués, que puso en fuga a los ceutíes. Por desidia, el entonces sultán de Fez, Abu Said, no se ocupó de reconquistarla; antes bien, hallándose entre fiestas y danzas cuando a sus oídos llegó la noticia, ni quiso escucharla por no interrumpir la diversión, permitiendo la mano de Dios que fuese luego asesinado vilmente por un antiguo secretario de su mayor confianza, el cual mató también a los seis hijos del rey, por pretender yacer éste con su esposa, todo lo cual sucedió en el año ochocientos y veinticuatro de la Hégira[202]. Quedó vacante ocho[203] años el reino de Fez, hasta que apareció un hijo muy pequeño de Abu Said, nacido de una cristiana que, en la noche misma de los referidos crímenes, pudo escapar a Túnez. Era Habdulhac, último de la dinastía Merini y quien, como hemos dicho, también murió a manos del pueblo.

200. Otra vez hay que entender España.
201. 'Abd al-Mu'min el Almohade.
202. 1421.
203. La versión Ramusio utilizada señala "ochenta años", cifra descabellada; Epaulard indica "ocho".

Tetteguin (Tetuán)

Es ciudad pequeña y levantada por los antiguos africanos a unas dieciocho millas del Estrecho y a unas seis de la mar Océana[204]. Tomáronla los mahometanos a los godos en el tiempo en que les arrebataron Ceuta. Cuéntase que, a la sazón de tomarla, la pusieron en manos de una condesa tuerta, que acudía todas las semanas a la ciudad para cobrar sus tributos; de ahí que la villa fuera llamada *tetteguin*, que quiere decir "ojo" en lengua africana, por tener sólo uno. Al cabo de un tiempo, los portugueses hicieron la guerra a esta población, la tomaron y expulsaron a sus gentes, permaneciendo Tetuán despoblada unos noventa y cinco años[205], después de los cuales la rehabilitó un capitán granadino llegado con el rey de Granada a Fez, luego que fuese tomada Granada por don Femando, rey de España. Fue este capitán hombre excelente en el arte militar, que acreditó su valor en las guerras de Granada. Llamado Almandalí[206] por los portugueses, a él corresponde haber rehecho Tetuán y gozar de su dominio, reconstruyendo sus murallas y mandando levantar un castillo muy fuerte, cercado de fosos todo ello. Almandalí hubo luego de guerrear de continuo con los portugueses causándoles a menudo grandes y graves quebrantos en Ceuta, Casar y Tánger. Contaba para esas correrías con trescientos jinetes granadinos, la flor de Granada, con los cuales apresó a muchos cristianos, reteniéndolos cautivos y en trabajos forzados en sus obras de defensa. Una vez que allí estuve, vi a tres mil esclavos cristianos, vestidos con un saco de lana y durmiendo a la noche en fosos, bien encadenados bajo tierra. En cuanto a su liberalidad, fue Almandalí hombre generosísimo que hacía los honores a cuantos forasteros pasasen por su plaza. Murió poco ha, después de perder la vista por haberse herido un ojo con la punta de un puñal y por arrebatarle la vejez la luz del otro. Dejó el cuidado de la ciudad a un sobrino, hoy hombre muy valeroso.

204. Por supuesto, no se trata de la mar Océana sino del Mediterráneo.
205. En la versión Epaulard (p. 268), "ochenta".
206. Abū l-Ḥasan ʿAlī al-Mandarī.

Montes de Habat

Hay en Habat ocho montes que descuellan sobre los otros. Puéblalos la gente de Gumera y casi todos sus habitantes llevan iguales vida y costumbres, ya que todos están en la fe mahometana, que impide tomar vino, pese a lo cual lo beben. Tienen buen ver, son muy sufridos y visten pobremente. Súbditos del rey de Fez, páganle onerosos tributos y por eso sus ropas son humildes, salvo las de algunos de los que ya hablaremos.

Monte Rahona

Próximo a Ezaggen, su longitud es de treinta millas y su anchura de unas doce, y tiene grandísima abundancia de aceite, miel y uvas. Sus habitantes no se ocupan más que de hacer jabón y purificar cera, además de producir vino tinto y blanco para consumo particular. Este monte proporciona tres mil ducados de renta anual al rey de Fez, los cuales se asignan al gobernador de Ezaggen para que mantenga cuatrocientos jinetes al servicio del rey.

Monte Beni Fensecare [207]

De unas veinticinco millas de largo y ocho de ancho, este monte es colindante con el anterior, aunque más poblado. Hay allá muchos curtidores de pieles de vaca y tejedores de tela basta, y se recoge mucha cera. El sábado tiene lugar un gran mercado, donde se encuentra toda clase de mercaderes y mercancías. Acuden incluso genoveses a comprar cera y pieles de vaca que envían a Génova y a Portugal. El monte renta seis mil ducados al año, la mitad de los cuales se destina al capitán de Ezaggen y la otra al tesorero del rey de Fez.

Monte Beni Haros[208]

Es una montaña cercana a Casar que se extiende ocho millas hacia el norte y veinte hacia poniente, siendo su anchura de seis. Habitaron allá nobles y caballeros, estaba muy poblada y producía en cantidad. Pero esos nobles oprimían tanto a los habitantes que éstos abandona-

207. Benī Zakkār.
208. Benī ʿArūs.

ron el monte desde que los portugueses tomaron Arcila, y ya no quedan más que algunos caseríos en las alturas; el resto está deshabitado. Antaño su renta ascendía a tres mil ducados que se entregaban al alcaide de Casar.

Monte Chebib[209]

Vénse en este monte alrededor de seis o siete castillos. Lo habita gente distinguida y muy honorable pues, cuando los portugueses tomaron Tánger, muchos tangerinos acudieron a establecerse allá, porque se halla a veinticinco millas de dicha ciudad. Pero la situación del alfoz se ve comprometida y empeora de continuo, por encontrarse el gobernador de la región a treinta millas de distancia, de suerte que no puede llevar socorro a tiempo cuantas veces los portugueses realizan una entrada causando estragos en cuanto topan.

Beni Chessen[210]

Es un monte muy alto y difícil de tomar porque, además de la naturaleza del terreno, los hombres son muy bravos y valientes. A estas gentes, que no podían soportar la opresión de algunos de sus conciudadanos, quitáronles del espíritu todo orgullo por la fuerza de las armas y redujeron a muchos de ellos a una miserable condición. Fue entonces cuando un joven de estos nobles, furioso por haberse convertido en súbdito de sus antiguos vasallos y lleno de resentimiento, partió para Granada donde se puso algún tiempo a sueldo de los cristianos, de manera que se hizo un guerrero experimentado. Volvió luego a vivir a una de estas montañas, donde sus iguales se habían refugiado y, tras reunir un número considerable de jinetes, la defendió contra la impetuosidad de los portugueses. El rey, que veía el noble esfuerzo de este hombre, le adscribió ciento cincuenta ballesteros con los cuales combatió a los montañeses y expulsó a sus enemigos. Pero se apropió de las rentas del monte, que pertenecía al rey de Fez, quien, montando en cólera, se dirigió contra él con una hueste numerosa. Arrepintióse, sin embargo, el susodicho alcaide en seguida de su error, y el rey lo perdonó y confirmó en el gobierno de

209. Ŷabal Ḥabīb.
210. Benī Ḥasan.

Seusaoen[211] y su alfoz, convirtiéndose así en su legítimo señor. Era de la estirpe de Mahoma, de la línea de Idrís, el fundador de Fez. Los portugueses lo aprecian y conocen bien, por su nombre y por el de su familia, Halibenres.

Monte Angera

Dista unas ocho millas de Casar el Pequeño[212] y se extiende sobre unas diez millas de longitud y tres de anchura. Posee buenas tierras de cultivo porque las gentes del país talaron los árboles para labrar barcos en Casar, donde existían unas atarazanas. Tenían también la costumbre de sembrar lino y trabajaban de tejedores o marinos, pero abandonaron el monte cuando los portugueses tomaron Casar. Sin embargo, todavía hoy se conservan sus casas y propiedades como si estuvieran habitadas y cultivadas.

Quadres[213]

Quadres es una montaña alta entre Ceuta y Tetuán, habitada por hombres de valentía extrema de la cual dieron pruebas manifiestas en las guerras entre los reyes de Granada y los de España. Estos montañeses solían ir a Granada como voluntarios y valían más que todos los demás soldados de estos sultanes juntos. Fue aquí donde nació un tal Hellul que tomó parte en violentos combates contra los españoles. En África y en Granada corren relatos populares –ora en prosa, ora en verso– que celebran las hazañas de este valiente, lo mismo que hay en Italia historias de las proezas de Rolando. Hellul pereció en la guerra de España cuando el rey y pontífice de Marruecos José Enesir fue derrotado junto a un castillo de Cataluña que los moros llaman Castillo del Águila[214]. Entre los musulmanes sucumbieron sesenta mil combatientes y no escapó más que el soberano con algunos de los suyos. Eso ocurrió en el año seiscientos nueve de la Hégira, que puede corres-

211. Chefchauen, Chauen, Xauen.
212. al-Qaṣr aṣ-Ṣagīr.
213. Wād Ra's.
214. Se trata del califa almohade Abū Yūsuf Muḥammad an-Nāṣir; la gran derrota musulmana mencionada no es otra que la de las Navas de Tolosa (1212) y por tanto nada tiene que ver con Cataluña ni ocurrió en 1160. Estas confusiones histórico-geográficas proceden del hecho de hablar de oídas en una época en que el conocimiento *de visu*, por añadidura, era muy difícil. Según la versión Epaulard (p. 272) las bajas musulmanas habrían sido diez mil.

ponder al año de Cristo de mil ciento y sesenta. Después de esta derrota mahometana, los cristianos comenzaron una cadena de victorias en España, de suerte que reconquistaron todas las ciudades ocupadas por los árabes. Entre esta derrota y la toma de Granada por el rey de España transcurrieron doscientos ochenta y cinco años árabes[215].

Monte Beni Guedarfet

Hállase muy próximo a Tetuán y está muy poblado, pero no es muy extenso. Sus habitantes son hombres valientes y de múltiples cualidades, bajo la autoridad del alcaide de Tetuán a quien obedecen ciegamente. En efecto, con él llevan algaras por el alfoz de la ciudad, que está en poder de los cristianos. Por ello no pagan al rey de Fez renta alguna a excepción de una pequeña contribución por sus terrenos de cultivo. Por el contrario, sacan gran provecho de su montaña porque produce mucho boj que utilizan los fabricantes de peines de Fez, quienes todos los años adquieren una importante cantidad de esta madera.

El Rif, Región del Reino de Fez

El Rif es una región del dicho reino que comienza en los confines del estrecho de las Columnas de Hércules y se extiende a levante hasta el río Nocor, lo que representa unas ciento cuarenta millas. Termina al norte en el mar Mediterráneo, en su primer tramo. Se extiende de ahí hacia el sur unas cuarenta millas, hasta las montañas que bordean el río Guarga, el cual discurre por el territorio de Fez. Es una región áspera, cubierta de montañas muy frías pobladas por numerosos bosques donde se ven enormes y derechos árboles. No crece mucho el trigo, pero se dan higueras y naranjos. Los rifeños son valerosos, pero se emborrachan con facilidad y van mal vestidos. En esta tierra hay pocos animales aparte de cabras, asnos y monos. Estos últimos viven en grandes grupos en las montañas. Las ciudades escasean y todas las aglomeraciones importantes son castillos o pueblos cuyas casas, de miserables, no tienen sino un piso bajo, edificadas como las cuadras que se ven en los campos de Europa, con tejados de paja o de cortezas de alcornoque. Todas las mujeres y hombres de estas montañas padecen bocio. Sólo son brutos ignorantes.

215. De hecho, 288.

Terga

Terga es una pequeña ciudad, según algunos autores levantada por los godos. Se encuentra a orillas del Mediterráneo, a ochenta millas aproximadamente del Estrecho y cuenta unas ciento cincuenta familias. Sus murallas son más bien débiles. Está habitada por pescadores que acostumbran a salar el pescado que capturan para venderlo a los mercaderes de la montaña. Lo llevan hasta unas ciento veinte millas tierra adentro. Esta ciudad estuvo bien atendida y poblada, mas desde que los portugueses pusieron allí el pie comenzó a declinar, tanto en conservación como en el número de habitantes. La rodean bosques que cubren ásperas y frías montañas, en las que crece cebada, si bien tan poca que la cosecha no alcanza para medio año. La gente de esta tierra es de veras valiente, pero son brutales, ignorantes y borrachos. Suelen vestir muy mal.

Bedis, ahora Vélez de la Gomera

Ciudad edificada a orillas del Mediterráneo a la que los españoles llaman Vélez de la Gomera. Tiene unas seiscientas familias. Algunos de nuestros historiadores dicen que la fundaron los africanos, otros que los godos. Sea como fuere, se halla entre dos altísimas montañas y cerca de un gran valle donde se forma un río cuando llueve. En el interior de la ciudad hay un mercado con numerosas tiendas y un templo de mediana dimensión. Pero no hay agua potable; se ve un pozo extramuros, cabe la tumba de un santo, mas es muy peligroso tomar estas aguas por la noche porque están llenas de sanguijuelas. Los habitantes son de dos clases, los pescadores y los corsarios. Estos últimos se dedican con sus fustas a saquear las orillas cristianas.

Alrededor de Bedis las montañas son altas y ásperas. Allí se encuentra buena madera para construir fustas y galeras. Los montañeses viven sólo del transporue de la madera a diversos lugares. El trigo escasea y por ello en la ciudad comen pan de cebada. Se alimentan principalmente de sardinas y otros pescados, pues los pescadores capturan tanto que necesitan siempre ayuda para sacar sus redes. La gente pobre suele ir cada mañana a la orilla del mar a echarles una mano, a cambio de una buena parte del pescado que cogen, del cual incluso regalan a todos los presentes. En lo referente a las sardinas, las salan y envían a las montañas. Hay en la ciudad una calle larga habitada por

judíos, donde se vende el vino, que a todos los habitantes parece licor divino. Casi todas las noches, cuando hace bueno, salen en barquichuelas a la mar, lejos de tierra, a solazarse bebiendo y cantando.

Bedis posee una buena alcazaba, pero no muy fuerte, en la que vive el gobernador. Tiene también fuera de la ciudadela un alcázar con un hermosísimo jardín, e igualmente extramuros se ve una atarazana chica donde se labran fustas, galeras y algunas barcas. Es costumbre del gobernador y los habitantes armar fustas que despachan para países cristianos, donde causan gran daño. Por ello don Fernando, el rey de España antes mencionado, envió una flota bajo el mando de Pedro Navarro, quien se apoderó de una isla situada justo enfrente de Bedis y a una milla de la ciudad. Allí hizo edificar una fortaleza[216] sobre un escollo y la proveyó de soldados, víveres y una buenísima artillería. El fuego de los españoles mataba gente en las calles de la ciudad y en la mezquita; así pues, el gobernador de Bedis pidió socorro al sultán de Fez, quien envió contra la isla un gran contingente de soldados de infantería. Salieron éstos, empero, muy maltrechos; algunos perecieron malamente, otros cayeron prisioneros y los demás regresaron a Fez heridos. Los cristianos conservaron la isla hasta que el rey de Fez, once años más tarde, mandó de nuevo un ejército. Gracias a la traición de un soldado español que mató al alcaide por haber seducido a su mujer, la isla cayó en manos de los moros, que quitaron la vida a todos los soldados de la guarnición salvo al traidor y a su mujer, a los que el gobemador de Bedis y el rey de Fez mimaron y obsequiaron. Ocurrió aquello en el año de mil quinientos veinte de la Era cristiana. Esta historia me la contaron en Nápoles personas que estuvieron en la toma de la isla. Pero cuando los cristianos se apoderaron de ella yo estaba en Fez. El gobernador de Bedis conserva hoy la isla con mayor diligencia y el sultán de Fez le ayuda, porque allí se encuentra el puerto más próximo a Fez en el Mediterráneo, aunque haya unas ciento veinte millas de distancia entre ambas ciudades. Las galeras de Venecia suelen llegar a Bedis una o dos veces al año con sus mercancías. Allí comercian por trueque y por venta al contado. Además ellas y los mismos moros transportan mercaderías de este puerto a Túnez, y a veces a Venecia e incluso hasta Alejandría y Beirut.

216. El Peñón de Vélez de la Gomera, todavía bajo soberanía española.

Ielles

Ielles[217] es una pequeña ciudad a la orilla del Mediterráneo, a seis millas aproximadamente de Bedis. Tiene buen puerto, pero chico, en el cual se refugian grandes navíos que van a Bedis cuando la mar está mal. Próximas a la ciudad se ven varias montañas cubiertas por grandes pinares. Hoy día la ciudad está deshabitada a causa de los corsarios españoles. Sólo existen algunas cabañas de pescadores, los cuales viven en constante alerta: tan pronto como divisan una fusta, huyen al monte y regresan en seguida con un gran número de montañeses para defenderse.

Tegassa

Ciudad pequeña muy poblada, situada en un riacho a dos millas del mar. Tiene algo menos de quinientos hogares, pero malas casas. Sus habitantes son todos pescadores y barqueros. Estos últimos surten de víveres a la ciudad, pues el terreno es puro bosque y montaña, sin grano. Vense copiosas viñas y árboles frutales, pero el resto es muy pobre. Las gentes solamente alcanzan a comer pan de cebada, sardinas y cebollas. Cuando estuve allí, no pude quedarme más de un día, por el espantoso tufo a sardinas que apestaba todo aquel lugar.

Gebha[218]

Población chica y bien amurallada. Edificada por los africanos a unas veinticinco millas de Bedis, a veces está habitada, a veces no, según los recursos de que dispongan quienes la gobiernan y cuidan. La rodea un territorio áspero donde se encuentran muchos manantiales y algabas. Vense en los alrededores algunos majuelos y frutales. No dispone la ciudad de edificios ni alojamientos convenientes, excepto la cerca, que está bien construida.

217. Iellich.
218. Ŷabha.

Mezemme[219]

Fue una gran ciudad situada en una elevación a orillas del Mediterráneo, cerca de los límites con la provincia de Garet. Por bajo de ella existe una gran llanura de unas diez millas de ancho por veintiocho de longitud de norte a sur, atravesada por medio por el río Nocor, el cual separa el Rif de Garet. La pueblan árabes que cultivan la tierra y recogen gran cantidad de trigo, del que el gobernador de Bedis por su parte tiene alrededor de cinco mil modios.

Esta ciudad fue antiguamente muy adelantada y poblada, y en ella residía el gobernador de la provincia, pero fue arrasada tres veces. La primera, por el pontífice de Cairuán, que se irritó porque el señor de Mezemme le negara el tributo ordinario. Tomada la ciudad, la entregó al fuego y al saqueo. El señor fue decapitado y su cabeza enviada a Cairuán en la punta de una lanza, en el año trescientos dieciocho de la Hégira[220]. Después, la ciudad permaneció quince años deshabitada, al cabo de los cuales algunos señores la repoblaron bajo la protección del califa de Cairuán. Pero el soberano de Córdoba sintió envidia de ello, porque la ciudad no estaba a más de ochenta millas de su frontera marítima, anchura del mar entre Málaga, en Granada[221], y este lugar, en Mauritania. El soberano cordobés comenzó por intentar obtener el tributo y se le negó. Despachó entonces una flota que se apoderó de la ciudad en un instante por no poderse esperar ningún socorro del pontífice, con Cairuán a dos mil trescientas millas de allí. De modo que antes que la petición de socorro hubiera llegado a Cairuán, la ciudad fue tomada, saqueada y destruida, y al príncipe lo llevaron cautivo a Córdoba, donde permaneció hasta su muerte. Mezemme ahora está arrasada, pero sus murallas siguen intactas. Su última destrucción data del año ochocientos setenta y dos de la Hégira.

Monte Beni Garir

El monte Beni Garir está habitado por una rama de los Gumera y es vecino de Terga. Se extiende en una longitud de diez millas y en una anchura de cuatro aproximadamente. Se ven allí muchos bosques,

219. ¿Frente al Peñón de Alhucemas?

220. Los acontecimientos aquí narrados tuvieron lugar, en realidad, en el poblado de Nocor a unos 15 kms. de Mezamma.

221. De nuevo la parte por el todo: Granada por toda la Península.

viñas y olivares. Sus habitantes son muy pobres y visten miserablemente, tienen poco ganado y hacen mucho vino y mosto cocido. El país produce escasa cebada.

Monte Beni Mansor

De quince millas de largo por una anchura de cuatro, este monte abunda en bosques y manantiales. Sus habitantes son muy robustos, pero pobres porque la montaña sólo produce uvas; sin embargo, poseen algunas cabras. Hacen un mercado una vez a la semana, pero no vi sino cebollas, ajos, pasas, sardinas saladas y un poco de cebada y mijo con el que elaboran su pan. Están a orillas del mar, bajo la autoridad del señor de Bedis.

Monte Buchuia[222]

Se extiende sobre unas catorce millas de longitud y ocho de anchura. Sus habitantes son algo más ricos que los de las otras montañas y se mantienen bien. Disponen de algunos caballos porque en su monte hay buenos terrenos apropiados. No pagan muchos impuestos debido a que un santo enterrado en Bedis era originario de aquí.

Monte Beni Chelid[223]

El camino de Bedis a Fez pasa por esta montaña. Es muy fría y cubierta de bosques, con fuentes heladas. Sus habitantes están sometidos al señor de Bedis y son ladrones y asesinos a causa de su pobreza y de los impuestos que padecen.

Beni Mansor

Esta montaña se extiende en unas ocho millas y lejos de la costa como las dos precedentes. Sus habitantes son valientes y robustos pero andan constantemente ebrios. Recogen mucha uva pero poco grano. Sus mujeres van detrás de las cabras a las que llevan a pastar y mientras tanto hilan. No hay ninguna que sea fiel a su marido.

222. Bukkuya.
223. Benī Jālid.

Beni Giusep[224]

Es un monte de unas doce millas de longitud por cerca de ocho de ancho. Sus habitantes son pobres y peor vestidos que todos los otros porque no crece nada bueno en su montaña, a excepción de una pequeña cantidad de mijo. Mezclan este mijo con pepitas de uva y sacan de ello una harina con la que hacen un pan negro y acre verdaderamente horroroso. Habitualmente comen muchas cebollas. Sus manantiales son turbios. Sin embargo, poseen gran copia de cabras cuya leche es para ellos un precioso alimento.

Monte Beni Zaruil[225]

Esta montaña, plantada de numerosas viñas, tiene muy buena tierra para olivos y otros árboles frutales. Sus habitantes, que son pobres, están sometidos al señor de Seusaoen quien les hace pagar duros tributos, tales que los infelices no pueden ahorrar nada de lo que les proporciona su vino. Una vez por semana hay un mercado donde solo se encuentran higos secos, pasas y aceite; acostumbran matar muchos machos cabríos y cabras viejas malas para la reproducción.

Monte Beni Razin

Hállase muy próximo al Mediterráneo, en los alrededores de Terga. Sus habitantes viven con desahogo y seguros, porque su montaña es fértil y de fácil defensa. No pagan tributos, recogen trigo y aceitunas y poseen muchas viñas. La tierra es buena, sobre todo en las laderas del monte. Sus mujeres cuidan las cabras y cultivan la tierra.

Monte Sefsaoen[226]

Es la montaña más amena de cuantas hay en África. Tiene una pequeña villa llena de artesanos y mercaderes, en la cual reside el señor de varios de estos montes. Es él quien hizo progresar a este país. Rebelóse contra el rey de Fez y se llamaba Sidiheli Berrased[227]. También hizo guerra incesante a los portugueses. Los de la ciudad y

224. Benī Yūsuf.
225. Benī Zarwīl.
226. Xauen.
227. ʿAlī Abū Rašīd (Berrachid).

el monte no pagan ningún impuesto a dicho señor porque son, en su mayoría, sus soldados de a caballo y a pie. Allí no crece más que trigo, pero hay mucho lino y grandes bosques de innumerables manantiales. Los lugareños van muy bien vestidos.

Beni Gebara

Este monte es muy áspero y elevado. Algunos riachuelos corren a sus pies y está todo cubierto de viñas e higueras. No produce trigo. Los habitantes visten mal y tienen muchas cabras y algunos pequeños bueyes, que por su talla parecen terneros de seis meses. Se hace un mercado por semana, pero no ofrece apenas mercancías. Sin embargo llegan mercaderes y arrieros de Fez que transportan frutos a esa ciudad. Este monte fue patrimonio de un pariente del rey. Proporciona unos dos mil ducados al año.

Monte Beni Terso[228]

Estuvo muy poblado y allá se encontraba un colegio de estudiantes de teología, razón por la cual los habitantes estaban exentos de impuestos. Pero un tirano, ayudado por el rey de Fez, convirtiólos en sus tributarios después de haber asolado la comarca, incluido el colegio, donde encontró libros por valor de cuatro mil ducados. Este tirano hizo matar a hombres muy estimados. Eso ocurrió en el año novecientos dieciocho de la Hégira.

Monte Tezarin[229]

Tezarin es un monte vecino del precedente, con numerosos manantiales, bosques y viñas. Obsérvanse en él múltiples edificios antiguos, que me parecieron construcciones romanas. Los buscadores de tesoros de los que hemos hablado antes excavan allí. Sus habitantes son ignorantes y empobrecidos por los tributos.

228. Beni Yarzu.
229. Tiziran.

Beni Buseibet

Este monte es muy frío y escabroso. Los cereales no se dan bien y tampoco se puede criar ganado a causa de las gelideces y de la sequedad. Los árboles son tales que ni las cabras se pueden alimentar. Cógese gran cantidad de nueces de las que se aprovisionan Fez y las ciudades vecinas. Toda la uva que se vendimia es negra y de ella salen buenas y gruesas pasas muy azucaradas. También se produce mucho mosto cocido y una grandísima cantidad de vino. Los habitantes visten sacos de un tejido de lana del tipo de esas feas mantas de las cuales se sirven los mercaderes en Italia para envolver las telas que llevan de una ciudad a otra. Este traje rayado en negro y blanco, tiene un capuchón con el que las gentes se cubren la cabeza, de manera que parecen –a los ojos de quienes los divisan– más bestias que hombres. En invierno, los comerciantes de nueces y pasas que van de Fez a esta montaña no encuentran para comer ni pan de trigo candeal ni carne, sino sólo cebollas y sardinas saladas que son muy caras en esta tierra. La gente se alimenta de mosto cocido y sopa de habas, los cuales consideran alimentos de calidad. Toman con pan el mosto cocido.

Monte Beni Gualid[230]

Monte muy alto y de difícil acceso cuyos habitantes son ricos porque poseen muchísimas viñas de uva negra con la que hacen pasas. Disponen asimismo de terrenos de labor con una cantidad considerable de almendros, higueras y olivos. Por lo demás, no pagan al rey de Fez ninguna otra renta sino un cuarto de ducado aproximadamente por caserío, lo cual les permite ir con seguridad a la capital para sus compras y ventas. Cuando se les causa cualquier daño, si algún pariente del culpable pasa por su monte, lo retienen mientras no se repare el perjuicio. Los hombres visten bien y llevan adornos. Todo malhechor desterrado de Fez se halla seguro entre ellos; incluso le costean sus gastos durante toda su estancia. Si este monte reconociera la autoridad del soberano de Fez le daría seis mil ducados de renta, pues cuenta sesenta pueblos, todos ricos.

230. Benī Walīd.

Monte Merzina[231]

Limita con el precedente y sus habitantes son de la misma estirpe que los de aquél, y los igualan en riqueza, libertad y nobleza. Pero difieren de ellos en sus costumbres, pues toda mujer que haya recibido la más mínima injuria de su marido se fuga a las otras montañas y, abandonando a sus hijos, se vuelve a casar allí. En consecuencia, los hombres empuñan a menudo las armas y sostienen sin cesar grandes disputas entre ellos. Si quieren hacer la paz, aquel que se queda con la mujer ha de reembolsar al primer marido los gastos que hizo en el matrimonio. Son gentes intransigentes, con unos jueces tan especiales que, por demasía, no sólo desuellan a los pobres litigantes sino que les arrancan el corazón.

Monte Haugustum[232]

Es una montaña muy alta y fría, repleta de fuentes, viñedos de uva negra, higos magníficos, membrillos de notable grosor, belleza y perfume, y también limones, aunque los limoneros crecen en la llanura a sus pies. Asimismo hay muchos olivares que proporcionan gran cantidad de aceite. Los habitantes están exentos de todo tributo, pero cada año hacen, sin obligación, hermosos y espléndidos regalos al sultán de Fez y, consiguientemente, pueden ir allá con toda seguridad a comprar trigo, lana y tela. Así, visten como gentileshombres, sobre todo los del pueblo principal, donde reside la mayor parte de los artesanos, mercaderes y nobles.

Monte Beni Iedir[233]

Es una enorme montaña muy poblada, pero no produce más que uvas negras de las que se hacen pasas y vino. Antaño sus habitantes estaban libres de tributos, pero, a causa de su miseria, asesinaban y despojaban a los forasteros. El señor de Bedis, con la ayuda del rey de Fez, los sometió y quitó la libertad. Tiene este monte unos cincuenta pueblos muy considerables; sin embargo, no se sacan de su conjunto ni cuatrocientos ducados al año.

231. Marnīsa.
232. Aychtum.
233. Beni Ider.

Monte Lucai

Muy elevado y de difícil acceso, sus habitantes son ricos porque produce buena cantidad de uva para pasas, además de higos, almendras, aceitunas, membrillos y limones. Como está situado a treinta y cinco millas de Fez, la gente de esta tierra vende todos sus frutos en la capital. Viven en él también nobles y caballeros orgullosos más allá de toda mesura, hasta el punto de nunca haber querido pagar ningún tributo, pues están bien defendidos por la naturaleza de la montaña. Aceptan a todos los desterrados de Fez, con una buena acogida, salvo a los adúlteros, porque los del monte son celosos y no los quieren entre ellos. El rey se lo tolera por el gran provecho que Fez saca de esta montaña.

Beni Guazeual[234]

La extensión de este monte es de treinta millas de largo y quince de ancho aproximadamente. Se divide en otras tres montañas. Entre éstas y los dos montes de los que acabamos de hablar pasan varios arroyos. Los lugareños son valerosos e intrépidos, pero soportan los tributos del gobernador del rey de Fez, debiendo pagar dieciocho mil ducados anuales. Este monte es en verdad muy fértil y produce uvas, aceitunas, higos y lino. Se elabora mucho vino, mosto cocido, aceite y tela basta, de todo lo cual consiguen el dinero necesario para pagar la mentada suma al gobernador, que mantiene de continuo en el lugar recaudadores y agentes que sacan los ojos[235] a estos montañeses. El número de pueblos y caseríos es infinito, algunos de cien familias, otros de doscientas. Se pueden contar unas ciento veinte aglomeraciones entre pueblos y aldeas. Esta gente guerrea sin tregua con sus vecinos; de ello síguense muchas muertes. El rey exige una multa por las bajas de una y otra parte, de modo que estas guerras constituyen un ingreso para el soberano. Existe en este monte una ciudad pequeña muy civilizada donde viven muchos artesanos. Está rodeada de numerosos viñedos, membrillares y limoneros cuyos frutos se llevan a Fez. En la ciudad se fabrica no poca tela, y cuenta con jueces y abogados porque, en días de mercado, concurren muchas gentes de las montañas vecinas. En la hoz de un valle de este monte se ve una

234. Beni Zerual.
235. En sentido figurado, evidentemente.

oquedad como una gruta de donde brota una llama perpetua. Comprobé que muchos forasteros venían a este valle para ver dicho fuego, en el cual echan ramajes y leños que se consumen de inmediato. Es la cosa más admirable que he visto entre los fenómenos naturales. Algunos creen que este bocarón es la boca del infierno.

Monte Beni Gueriaghel[236]

Limita con el anterior, pero los habitantes de ambos viven en perpetua enemistad. A sus pies se extiende una bellísima llanura que confina con el territorio de Fez y la atraviesa el río Guarga. Se saca de esta montaña buena copia de aceite, trigo y lino, y se fabrica mucha tela, pero el buen rey siempre mete mano a los bienes de los particulares, de modo que quienes deberían ser los más ricos, son los más pobres a causa de la injusticia del soberano. Esta gente es vigorosa y arrojada por naturaleza. Disponen de unos doce mil hombres de guerra y de algo menos de sesenta villas de importancia.

Beni Achmed[237]

Es un monte de dieciocho millas de largo por siete de ancho, y muy áspero. Vense algunos bosques y muchas viñas, olivos e higueras, pero poco terreno bueno para cereales. El rey de Fez sobrecarga de impuestos a sus gentes. Por su contorno y laderas fluyen algunos regatos y manantiales, pero de aguas amargas y turbias por ser terrenos calizos. Casi todos los habitantes padecen bocio, como hemos dicho de otros. Todo el mundo bebe vino puro que se conserva durante quince años, si bien se le hace fermentar poco. Producen también otro no fermentado y gran cantidad de mosto cocido que se almacena en tinajas de fondo estrecho y boca ancha. El mercado tiene lugar una vez por semana; allí se venden vinos, aceite y pasas rojas a espuertas. Estos montañeses son extremadamente pobres, como muestran en sus vestidos. Mantienen entre ellos algunas enemistades y andan siempre armados.

236. Beni Uryagel, Ayt Waryagar.
237. Beni Aḥmed.

Monte Beni Ieginesen[238]

Linda con el precedente y cubre unas diez millas. Entre ambos corre un arroyo. Sus habitantes son todos unos borrachos y el vino es su dios. En esta montaña no se cosecha ninguna especie de grano, pero sí una cantidad infinita de uva. Hay muchas cabras que se guardan siempre en los bosques. No se come otra carne que la de macho cabrío o cabra. Sé lo que digo porque durante buena parte de mi vida anduve en relaciones con estos montañeses. Mi padre poseía allá algunas propiedades, pero pasaba grandes trabajos para sacar la renta de sus campos de cultivo y de sus viñedos, pues esas gentes eran morosos.

Monte Beni Mesgalda[239]

Confina con el anterior y con el río Guarga. Todos sus habitantes son jaboneros, pues sacan del monte mucho aceite, pero no saben hacer jabón duro. Al pie de la montaña hay extensas llanuras en poder de algunos árabes, los cuales andan a menudo en guerra con los montañeses. A estos últimos el sultán de Fez les hace pagar onerosas contribuciones y siempre encuentra nuevos pretextos para aumentarlas. Cuenta la población con varios alfaquíes que tienen numerosos estudiantes y son los más dañinos de estos montes, mayormente en los lugares donde se les recibe con amistad. Beben vino en secreto y, sin embargo, predican al pueblo que está prohibido, aunque nadie los cree. Los habitantes del lugar no están demasiado sujetos a impuestos porque son ellos quienes mantienen a los alfaquíes y estudiantes.

Beni Guamud[240]

Este monte linda con el territorio de Fez, pero el río los separa. Sus habitantes también fabrican jabón, actividad de la cual el rey saca seis mil ducados de renta. No hay más de veinticinco pueblos en esta comarca. En todas las laderas de la montaña los terrenos de cultivo son buenos y el ganado abundante, pero escasea el agua. Por último, toda la gente es rica: acuden a Fez el día del mercado y venden allí todos sus productos con gran provecho. En esta montaña no crece nada inútil para la vida humana. Dista diez millas de Fez.

238. Beni Yanfen.
239. Beni Mesguilda.
240. Beni Wamūd.

Garet, sexta región del Reino de Fez

Después de describir la región del Rif, sus ciudades y montes más conocidos, proseguiremos por Garet, sexta región o, mejor dicho, provincia del reino de Fez.

Comienza en el río Melulo[241] al Oeste y termina en el río Muluia por levante. En el sur limita con unas montañas de los confines de ciertos desiertos de Numidia, y al norte bordea el Mediterráneo desde el río Nocor hasta el Muluia. Por el sur va desde el Melulo hasta cerca de las montañas de Chauz[242] hacia el poniente, desde donde su límite desciende hacia el mar siguiendo el valle del Nocor. Tiene unas cincuenta millas de longitud por otras cuarenta de anchura. Es región áspera y seca, parecida a los desiertos de Numidia. Además, está muy poco poblada, sobre todo desde que los españoles se apoderaron de las principales ciudades, como aquí referiré.

La ciudad de Melilla

Melilla es una gran ciudad antigua que los africanos edificaron al abrigo de un golfo del Mediterráneo. Cuenta unos dos mil hogares y fue muy próspera por su condición de cabeza de la región y porque poseía un vasto territorio de donde se extraía una importante cantidad de hierro y miel. De ahí vino el que la llamasen *melela*, que es el nombre de la miel en la lengua africana[243]. Otrora en su puerto pescábanse madreperlas. En una época Melilla estuvo sometida a los godos, pero luego la conquistaron los mahometanos y los godos huyeron a Granada, que cae a cien millas de la ciudad, anchura del mar en este punto. En los tiempos modernos, el rey de España envió una flota para asediarla pero, habiendo sido prevenidos con tiempo, los melillenses pidieron socorro al rey de Fez. Encontrábase éste ocupado entonces en una guerra contra las tribus de Tamesna y envió una columna ligera, por lo que los de Melilla, bien informados de la importancia de la armada española, temieron no poder resistir el ataque y abandonaron la ciudad huyendo con sus bienes a los montes de Buthoia. Viendo eso, el general del rey de Fez prendió fuego a todas

241. Nocor.

242. Ḥawz.

243. Etimología no poco edulcorada e irreal, más bien (vid. nota 625 de la versión Epaulard) se trata del beréber *tamelilt* (los bancales) arabizado en Melilla.

las casas y quemó la ciudad, sea para castigar a la población, sea por despecho contra los cristianos. Ocurrió esto en el año ochocientos noventa y seis de la Hégira[244]. La flota llegó después del incendio y los cristianos, viendo la ciudad vacía y destruida por el fuego, quedaron consternados pero no quisieron por eso abandonarla, sino que edificaron una fortaleza y levantaron poco a poco todas las murallas. Hoy poseen Melilla.

La ciudad de Chasasa[245]

Dista unas veinte millas de Melilla. Era muy fuerte y la ceñían sólidas murallas. Posee un gran puerto donde acostumbraban venir las galeras venecianas que mantenían un importante comercio con las gentes de Fez y proporcionaba buenas ganancias. Pero la mala suerte quiso que, al principio de su reinado, el monarca de Fez tuviera graves dificultades con uno de sus primos, que lo inmovilizaron con todas sus tropas. Fernando, el rey de España, concibió entonces el proyecto de apoderarse de Chasasa y la tomó con la mayor facilidad porque el sultán de Fez no pudo socorrerla y porque sus habitantes huyeron antes de su toma.

La ciudad de Tezzota[246]

Es una localidad de Garet y a quince millas aproximadamente de Chasasa tierra adentro. Se edificó en un altozano al que se sube por una senda que se enrosca en la colina. Intramuros no hay más agua sino la del aljibe. Los fundadores de Tezzota pertenecían a la familia de los Beni Marin, antes de que señoreasen el país. Almacenaban allí el grano y riquezas y podían así nomadear por los desiertos con toda tranquilidad, pues no había entonces beduinos en Garet. Pero desde que los Meriníes tomaron el poder dejaron la región de Garet a algunos de sus vecinos y se ocuparon de las provincias más importantes, hasta el momento en que José hijo de Jacob (Yūsuf b. Yaʿqūb) se dirigió con sus huestes contra el rey de Tremecén. Al quedar inmovilizado en la guerra por el asedio de Tremecén, rebelóse contra él el señor de Tezzota, reuniendo sus tropas para apoderarse de algunas

244. 1491; en realidad la toma de Melilla ocurrió en 1497.
245. Gasasa.
246. Tazuta.

posesiones del rey, quien movilizó un ejército al frente del cual mandó a uno de sus hermanos para combatir al rebelde. Las tropas marcharon sobre Tezzota y la cercaron unos dos meses. Tras tomarla, la demolieron por orden del sultán de Fez y quedó en ruinas hasta la toma de Chasasa por los españoles [246 bis]. Cuando Chasasa cayó en poder de los cristianos, un capitán del rey de Fez, granadino de origen y hombre harto valiente, pidió al rey permiso para reconstruir Tezzota. Concedióselo el soberano y la ciudad fue reedificada. Hoy, los cristianos de Chasasa y los moros de Tezzota se hacen guerra continua de algaras y ambos bandos sufren pérdidas.

La ciudad de Meggeo

Es una pequeña ciudad encaramada en una montaña alta, a unas diez millas al poniente de Tezzota. Edificáronla los africanos a seis millas de la costa aproximadamente. Sus habitantes son nobles y generosos. Al pie de la montaña hay una llanura triguera. Todos los montes vecinos tienen minas de hierro; los mineros habitan numerosos caseríos y pueblos. El señorío de esta ciudad cayó en manos de un joven y valeroso caballero cuyo origen se relaciona con la casa real de los Muachidin[247]. Su padre, sin embargo, era un muy pobre tejedor de telas, oficio que enseñó a su hijo. Pero el joven, de altura de miras y conocedor de la nobleza de sus antepasados, dejó las telas y partió hacia Bedis donde se asentó como jinete ligero por cuenta del alcaide para aprender el oficio militar. Como tocaba bien el laúd, el jeque lo empleó también como músico de su corte. En esto, el jeque de Tezzota quiso lanzar una algara contra los cristianos y pidió al señor de Bedis el refuerzo de algunos jinetes. Envióle, pues, trescientos, entre los cuales iba el noble joven que puso de manifiesto no sólo en esta ocasión, sino en otras varias, una extrema bravura y firme voluntad. El señor, sin embargo, no le distinguió con ningún reconocimiento por su valor y sólo lo apreció como músico. Irritado, el joven se marchó e hizo un llamamiento a algunos de sus amigos, caballeros de Garet, quienes le ayudaron tanto que consiguieron que entrara en la fortaleza de Meggeo. Cincuenta jinetes quedaron con él, manteni-

246 bis. La versión Ramusio omite los detalles de la toma de Tazuta por Yūsuf b. Ya 'qūb. Hemos seguido la versión Epaulard, p. 291.

247. Los almohades.

dos por numerosos montañeses amigos suyos con sus recursos personales. Entonces el señor de Bedis envió trescientos jinetes y mil soldados de infantería para desalojarlos de la fortaleza, pero el noble muchacho los venció con sus pocos hombres. Tanto corrió su fama que el rey de Fez lo confirmó en el mando y le asignó la renta que el tesoro real entregaba a los señores de Bedis para asegurar la defensa del reino contra los españoles. Los moros aprendieron de este hombre a defenderse, de manera que el sultán de Fez dobló su sueldo. Este jefe tiene a sus órdenes doscientos jinetes que valen más que dos mil de los jeques vecinos.

Monte Echebdeuon[248]

Se extiende de Chasasa hasta el río Muluia hacia levante y del Mediterráneo hasta el desierto de Garet por el sur. Muy poblada en tiempos por hombres ricos y valientes, produce miel en abundancia y cebada, y tiene ganado abundante porque su suelo es bueno y el alfoz entero tierra adentro es una extensa dehesa. Pero al tomar los españoles Chasasa, estos montañeses no pudieron mantenerse en la comarca por la gran lejanía entre los pueblos y por sus divisiones. Los abandonaron y quemaron las casas para ir a vivir a otras montañas con sus propiedades.

Monte Beni Sahid[249]

Este monte va de Chasasa hasta el río Nocor en dirección oeste, es decir, unas veinticuatro millas. Repartido entre varias tribus ricas y de hombres valientes y generosos, los mercaderes y viajeros que acuden a él no tienen que gastar nada. Se extrae del suelo mucho hierro y crece mucha cebada. Abunda el ganado a causa de la gran llanura siempre húmeda allí existente. La población no paga tributos y los dueños de las minas tienen la casa cada uno cerca de la suya, con el ganado y taller donde purifica el hierro. Los mercaderes lo transportan a Fez en forma de lingotes pues los mineros no saben transformarlo en barras. Con el que no se vende fabrican azadas, hachas y hoces, las armas de los campesinos, porque no se puede producir acero de tal hierro.

248. Kebdāna.
249. Beni Saʿīd.

MONTE AZGANGAN[250]

Confina por el sur con el territorio de Chasasa. Está muy poblada de hombres valientes y ricos, porque es tan productiva como las precedentes y goza de una ventaja más: el desierto de Garet se halla a sus pies y sus gentes comercian con estos montañeses. El monte Azgangan fue también abandonado por sus habitantes como consecuencia de la toma de Chasasa.

MONTE BENI TEUZIN[251]

Limita con el precedente por el sur y abarca unas diez millas, entre el desierto de Garet y el río Nocor. Por uno de sus lados lo rodean llanuras. Los habitantes son libres y cultivan sus tierras sin pagar ningún tributo, ni al gobernador de Tezzota, ni al señor de Meggeo, ni al de Bedis porque disponen del doble de jinetes más que los otros tres juntos. Además, el señor de Meggeo les está obligado, pues le ayudaron a adquirir su señorío. El rey de Fez también los distingue y honra por haber sido viejos amigos de su familia antes de convertirse en casa real. Por ello, uno de estos montañeses, hombre instruido y de gran valor, abogado en Fez, pudo salvaguardar la libertad de sus paisanos recordando a menudo ante el soberano los méritos de sus antepasados. La amistad con los Meriníes fue todavía mayor en tiempos lejanos, porque la madre de Abusahid[252], tercer sultán de esta casa, era hija de un gran noble de esta montaña.

MONTE GUARDAN[253]

Este monte confina con el anterior hacia el norte. Se extiende unas doce millas de largo en dirección al Mediterráneo y ocho de ancho hasta el río Nocor. Como los precedentes, sus habitantes son valientes y ricos. El sábado disponen un gran mercado a la orilla de un regato donde acude la mayor parte de los campesinos de Garet, amén de numerosos comerciantes de hierro. Se truecan arreos de caballerías y aceite por hierro, por no producir la tierra de Garet muchas aceitunas. No se ocupan de hacer vino, pues no beben, pese a la proximi-

250. Zegangān.
251. Beni Tuzin.
252. Abū Sa'īd.
253. Wardān.

dad del Rif, donde se emborrachan. Durante cierto tiempo, la población fue vasalla del señor de Bedis pero, gracias a un sabio predicador, obtuvieron del rey de Fez que la renta se dejara a su discreción. Así, entregan cada año al soberano una cierta suma de dinero, caballos y esclavos. No han querido volver a someterse al señor de Bedis.

Fin del desierto de Garet

La región de Garet se halla dividida en tres partes. La primera comprende las ciudades y su territorio. La segunda, las montañas de que acabamos de hablar y cuya población lleva en conjunto el nombre de Bottoia. La tercera parte es una estepa que comienza al norte en el mar Mediterráneo y se extiende hacia el sur hasta el desierto de la región de Chaus. A poniente confina con los montes precitados y a levante con el río Muluia. Tiene unas sesenta millas de longitud y treinta de anchura. Es completamente seca y áspera, sin más agua que la del Muluia. Vive en este desierto un buen número de animales que sólo se encuentran también en el de Libia próximo a Numidia. Muchos árabes acostumbran a permanecer allí en verano, junto al Muluia. También existe una feroz tribu llamada Batalisa, poseedora de grandes tropas de caballos, ovejas y camellos. Estos pastores guerrean a menudo con los árabes de las proximidades.

Chaus[254], séptima región de Fez

El Chaus comprende un tercio del reino de Fez. Va desde el río Zha[255] al este hasta el final del río Guraigura al oeste, lo que representa una distancia de ciento ochenta millas aproximadamente. En anchura se extiende sobre más de ciento cuarenta millas, porque todos los territorios de la parte del Atlas que corresponden a Mauritania están situados en esta región. También comprende buena parte de las planicies y montañas que confinan con Libia. En la época en que Habdulach, primer príncipe Meriní, se apoderó de Mauritania al tiempo que de las regiones vecinas, repartió estas tierras entre las fracciones de su tribu y entre sus cuatro hijos. El primero se llamaba Abubder, el segundo Abuichia, el tercero Abusahid y el cuarto Jacob.

254. Ḥawz, alfoz.
255. Za'.

Este último fue proclamado rey por haber expulsado y aniquilado a la dinastía almohade, señora de Marrakech. Sus tres predecesores murieron antes de haberla conquistado y por tanto no se les confirió el título de rey[256]. El padre, pues, asignó sendas regiones a sus cuatro hijos, y las tres que quedaban por repartir se dividieron en seis partes entregadas a las cuatro ramas de la tribu de los Beni Marin y a otras dos tribus amigas y parientes de ésta. Así, la región de Chaus se consideró como equivalente a tres, puesto que los participantes en el reparto eran diez y las regiones por dividir seis en total. El príncipe Abdulach fue el primero que parceló estas comarcas en otras tantas partes. Fue él quien determinó que el Chaus era la parte principal como veremos describiendo pomenorizadamente ciudad por ciudad y tierra por tierra.

La ciudad de Teurerto[257]

Es una antigua ciudad edificada por los africanos en una colina elevada cabe el río Zha. En las proximidades hay buenos terrenos de cultivo, pero no llegan muy lejos por bordear un áspero desierto reseco. Este desierto limita al norte con el de Garet, al sur con el de Adduhra[258], por levante con el de Anghad donde comienza el reino de Tremecén, y en el oeste con el de Tafrata, que confina con la ciudad de Taza. Teurerto fue urbe civilizada y muy poblada. Contaba unas tres mil familias y poseía varios hermosos palacios y mezquitas de piedra caliza. Pero después de que los Meriníes se apoderaran del reino de Occidente, la ciudad fue motivo de litigios y guerras. Los soberanos Meriníes pretendían que perteneciera al reino de Fez y los Banu Zaiian, sultanes de Tremecén, querían que formara parte de su estado[259]. Por consiguiente, los Meriníes ocuparon Teurerto y cuando entraron en la ciudad, destruyeron una buena parte, habitada por sus adversarios. Los Meriníes, agobiados por la guerra contra Marrakech –acontecimientos graves–, no pudieron ocuparse de Teurerto de suerte que el soberano de Tremecén la volvió a tomar,

256. Como en otros casos, León mezcla verdad histórica y fantasías o informaciones erróneas: 'Abd al-Ḥaqq, emir meriní, murió en 1217 sin tener ocasión de establecer partija alguna, que sí fue acometida por el emir Abū Yaḥyà Abū Bakr, tercero de los hijos del anterior.
257. Taurirt.
258. Dahra.
259. Desde aquí hasta el final del párrafo el texto sólo se halla en la versión Epaulard (p. 297-8).

la arrasó y saqueó la parte de la ciudad elegida por sus enemigos. En cuanto el rey Meriní Jacob se apoderó de Marrakech, regresó y recuperó la ciudad. Así, en menos de cincuenta años Teurerto cambió diez veces de dueño; un día estaba en manos del rey de Fez, otro día en poder del rey de Tremecén. Por último fue arrasada y abandonada, en la última guerra del año setecientos ochenta de la Hégira, por Achmed, undécimo[260] rey Meriní de Fez. Teurerto, en efecto, había sido entregada en feudo a un jeque árabe y sus escasos habitantes, ya arruinados por todas estas guerras, se vieron caer en manos de los beduinos y bajo su mando. Desesperados, resolvieron trasladarse y abandonar la ciudad. Huyeron una noche a Nedroma, ciudad perteneciente al rey de Tremecén. Teurerto quedó vacía y desolada como se ve hoy en día. Murallas, torres y casas se encuentran hasta ahora en buen estado e intactas; sólo los tejados se hundieron.

La ciudad de Haddagia[261]

Haddagia fue una pequeña población edificada por los africanos en una isleta, cerca de donde el río Mullulo desemboca en el Muluia. Antaño ciudad muy poblada y civilizada, desde que los árabes ocuparon occidente comenzó a declinar por hallarse próxima al desierto de Dahra, donde viven muy ruines tribus árabes. Completamente destruida desde la ruina de Teurerto, no quedan de ella sino los muros que todavía hoy se divisan.

Castillo de Garsis[262]

Antiquísimo castillo edificado en un peñasco cerca del río Muluia a quince millas aproximadamente de Teurerto. Fue la ciudadela de los Beni Marin; allí conservaba esta tribu sus cereales en los tiempos en que vivía en el desierto. Abuhenan, quinto rey de la dinastía Meriní[263], la erigió en señorío. En la llanura que rodea la alcazaba hay poco terreno cultivable. Sólo existen algunos huertecillos plantados de vid, melocotoneros e higueras. Como el castillo se halla en pleno desierto, estos huertos, en semejante lugar, parecen el paraíso de

260. Décimoquinto; el año 1378.
261. Emplazamiento desconocido.
262. Guercif.
263. Abū ʿInān Fāris, séptimo sultán meriní (1348-1358).

Adán. Los habitantes son patanes sin la menor educación. Su único trabajo consiste en guardar el grano almacenado en el castillo por cuenta de los beduinos, sus patronos. Vista desde el exterior, la fortaleza es horrorosa: se diría una casucha quemada, los muros en ruinas y negros, igual que todas las casas, techadas con piedras negras.

La ciudad de Dubdu[264]

Dubdu es una ciudad antigua levantada por los africanos en la pendiente de una alta montaña, muy fuerte por sus defensas naturales y habitada por una rama de la tribu Zenete. Varios ríos descienden de las laderas del monte y atraviesan Dubdu. La ciudad dista cinco millas de la llanura, pero no parece que sea más de milla y media al mirarla desde el pie de la montaña, pegado a cuya ladera el camino se alarga en numerosas curvas. Todas las tierras cultivadas se hallan en las alturas pues el llano circundante es muy árido, aunque en las orillas de un arroyo que corre por abajo existen predios chicos. Los sembrados de arriba no bastan empero para asegurar la subsistencia ni de la mitad de los ciudadanos, por lo cual se lleva trigo desde Taza.

Dubdu fue edificada para servir de fortaleza a una fracción de la tribu de los Beni Marin durante el reparto de las regiones de poniente por Habdulhach. La región donde se encuentra Dubdu le tocó a una familia llamada Beni Guertaggen que aún la posee. Cuando los Beni Marin perdieron el reino de Fez, los árabes vecinos intentaron arrebatar el señorío de Dubdu a los Beni Guertaggen. Pero éstos se defendieron valientemente gracias a la ayuda de un tal Musa Ibnu Chamu[265], miembro de esta cabila, y los árabes hubieron de aceptar una tregua. Musa permaneció como señor de la ciudad durante el resto de su vida y dejó después de él a un hijo llamado Acmed[266], quien fue en todo semejante a su padre y mantuvo el reino en paz hasta que murió. Le sucedió Mahumet, hombre de guerra en verdad excepcional que ya antes había conquistado varias ciudades y castillos al pie del Atlas, hacia el mediodía, en los confines de Numidia. Llegado al gobierno de Dubdu, adornó la ciudad con varios edificios y la hizo prosperar. Dio prueba de tanta generosidad y cortesía para

264. Debdu.

265. Mūsà b. Ḥammu.

266. Una vez más vemos las fluctuaciones ortográficas de León, ahora en los nombres Aḥmad y Muḥammad.

con los extranjeros y forasteros, honrándolos a todos, colmándolos de atenciones y costeándoles sus gastos, que su fama se propagó entre numerosas gentes. No faltaron quienes le aconsejaron arrebatar Taza al rey de Fez y, ofreciéndole cuanto necesitaba para la empresa, tramaron la siguiente añagaza: Mahumet, vestido de montañés, iría un día de mercado a Taza como si su designio fuera comprar como todo el mundo. Los conjurados se arrojarían entonces sobre el jeque de Taza y el éxito sobrevendría fácilmente por contar con el favor de la población. Pero la conspiración fue descubierta y el rey de Fez que a la sazón era Saich[267], primer sultán de la dinastía de los Quattas (Waṭṭāsíes) y padre del actual, se puso en camino para apoderarse de Dubdu con cuantas tropas pudo reunir. Al llegar al pie de la montaña dispuso sus tropas en batalla. Los montañeses, en total seis mil, se replegaron con astucia y dejaron pasar a una parte de las tropas reales que se internaron en sendas retorcidas y angostas donde se movían malamente. Cuando alcanzaron el lugar que los montañeses esperaban, éstos, frescos y aguerridos, se arrojaron con fogosidad sobre los soldados debilitados y cansos. En una vereda tan estrecha y escabrosa las tropas del rey no pudieron resistir el ataque y hubieron de ceder terreno, pero se embarazaban unos a otros hasta la retirada; los hombres se despeñaban de suerte que más de mil se desnucaron y más de tres mil perecieron.

Pese al fracaso, el rey no quiso renunciar a la empresa y como disponía de quinientos ballesteros y ochocientos arcabuceros, decidió el asalto general de la ciudad. Mahumet comprendió entonces que ya no podría defenderse y planeó entregarse al rey. Vestido de mensajero, presentóse en la tienda del soberano para confiarle una carta escrita por su propia mano, en nombre del señor de Dubdu, es decir él mismo, puesto que no se conocían. El rey se hizo leer la carta y preguntó al mensajero qué pensaba de su señor. "Creo que mi señor está loco –respondió éste– ¡Pero el diablo tiene el poder de engañar a los grandes y a los pequeños!". "¡Por Dios –exclamó el rey–, si cae en mis manos como espero, haré que le despellejen el lomo a tiras mientras esté vivo!". "¡Oh –respondió el mensajero– si él viniera a los pies de Vuestra Alteza a pedir perdón por su falta solicitando gracia, ¿cómo lo trataríais?". "En ese caso –dijo el rey–, yo juro por mi cabeza que si él probara de esta forma que reconocía haberme ofendido, no sólo lo

267. Muḥammad aš-Šayj.

perdonaría sino que me ligaría a él por lazos de parentesco. Daría dos de mis hijas a dos de sus hijos y le confirmaría en su mando. Y añadiría la dote que me pareciera más conveniente. Pero no creo que pueda hacer lo que dices, puesto que está loco". El mensajero replicó: "Lo hará si Vuestra Alteza promete confirmar sus palabras en presencia de los principales de su corte". "Supongo –dijo el rey– que basta con cuatro personas aquí presentes: éste es mi primer secretario, el otro mi capitán general, el tercero mi suegro y este otro buen anciano es el gran cadí y muftí de Fez". A seguido de estas palabras, echóse el mensajero a los pies del sultán y declaró: "Aquí está el pecador que, no teniendo ya más refugio, ha recurrido a vuestra piedad". El rey y los otros presentes quedaron maravillados. "¡Por Dios! –exclamó el sultán– ¿No estás, pues, loco como pensaba?". Lo abrazó y besó para testimoniar que lo admitía como pariente e hizo venir inmediatamente a dos de sus hijas a las que mandó casar con los hijos de Mahumet. Cenaron juntos y al día siguiente el rey levantó el campo y tomó la vuelta de Fez con sus dos yernos hijos del señor de Dubdu.

Las tropas de Fez sufrieron un daño enorme en la expedición porque acaeció en junio y julio, y el país es muy cálido y seco; en las ochenta millas de camino entre Dubdu y Taza sólo se encuentra agua en tres campamentos; así pues, se esforzaron caminando deprisa para atravesar estas regiones sofocantes y tuvieron muchas bajas a causa del calor, tanto a la ida como a la vuelta[268]. Eso aconteció en el año novecientos cuatro de la Hégira. Este señor, ya viejo, vivía aún en el novecientos veintiuno cuando salí de Fez. Me alojé en su casa, en Dubdu, y en ella disfruté de gran regalo, gracias a unas cartas de recomendación del rey y de uno de sus hermanos casado con una hija de este señor. Pasé allí dos días y él me preguntó particularmente por la corte del rey de Fez y por sus hermanos.

La ciudad de Taza

Taza es una gran ciudad no menos noble que fuerte y vive en la abundancia sobre un suelo fértil. Fundada por los antiguos africanos a cinco millas aproximadamente del Atlas, cae a unas cincuenta de Fez, ciento treinta de la mar Océana y a siete del Mediterráneo por el de-

268. Desde el principio del párrafo, omitido en la versión Ramusio, por lo que hemos seguido la de Epaulard (p. 302).

sierto de Garet en dirección a Gasasa[269]. Cuenta unos cinco mil hogares, pero carece de casas bellas; sólo los palacios de los nobles, las escuelas y las mezquitas están construidas con hermosas paredes. Del Atlas baja un riachuelo que pasa por la ciudad y atraviesa la mezquita aljama. Los montañeses, cuando andan en discordia con los habitantes, desvían su curso y lo hacen pasar por otra parte, de manera que la ciudad se resiente sobremanera porque no se puede ni moler el grano ni tener agua buena para beber, y es preciso contentarse con la turbia de los aljibes. Al restablecerse la paz, los montañeses les devuelven el agua. Esta ciudad es la tercera del reino en dignidad y civilización. Posee un templo mayor que el de Fez, tres colegios, varios baños y hostales. Los mercados están ordenados, como los de Fez. Sus habitantes son gentes valientes y generosas en comparación con los de ésta última. Hay entre ellos muchos letrados, hombres de bien y, sobre todo, ricos pues los cultivos proporcionan a veces el treinta por uno. Rodea a la ciudad un valle que riegan bonitos y agradables cauces de agua, en el cual vense numerosas huertas que producen gran copia de los más delicados frutos. Una cantidad considerable de vides da uva blanca, roja y negra. Los judíos, que cuentan con quinientas casas en la villa, elaboran vinos perfectos; se dice que los mejores de todos estos contornos. Aún se yergue en Taza una bella y gran alcazaba donde habitaba el gobernador de la ciudad.

Los modernos reyes de Fez acostumbran a entregar esta ciudad a su segundo hijo. A decir verdad, debería ser la sede real en razón de la salubridad de su aire, tanto en invierno como en verano. Los reyes Meriníes residían allí habitualmente todo el verano y tanto por este motivo como por guardar el país y defenderlo contra los árabes del desierto que vienen cada año a aprovisionarse de víveres y a traer los dátiles de Segelmesse que cambian por grano. Los ciudadanos hacen dinero con estos cereales que venden a buen precio a los beduinos. En suma, Taza está favorecida extremadamente en lo que concierne a la propia ciudad y a sus habitantes. No tiene otra incomodidad sino el barro de que se llena en invierno. Yo estuve en esta ciudad donde me relacioné con un anciano que gozaba en el pueblo reputación de santo. Este viejo era muy rico, tanto en frutos y en tierras como por las limosnas que le hacían las gentes de Taza y de Fez, desde donde acudían –y son cincuenta millas– para verlo. Yo me contaba entre

269. Todas estas distancias son erróneas, por bajo, pues en realidad serían unos 130, 300 y 120 kms.

quienes dudaban de los prodigios que obraba el personaje antes de conocerle. Después de la visita, lo tuve por parejo al resto de los mortales; sólo realizaba cosas para engañar al vulgo. El alfoz de Taza es muy extenso y engloba varias montañas donde habitan diversas tribus, como referiremos.

MONTE MATGARA

Es muy alto y su ascensión difícil, pues está cubierto por un espeso bosque de senderos muy estrechos. Se halla a cinco millas poco más o menos de Taza. La cumbre tiene buenas tierras de cultivo y algunos manantiales. Sus habitantes no pagan tributos, recolectan trigo y lino y producen aceite. Poseen mucho ganado, sobre todo cabras. Respetan poco a sus soberanos. Una vez, en el curso de una derrota que infligieron al rey de Fez, se apoderaron del capitán y, tras llevarlo a su montaña, lo descuartizaron en mil pedazos ante los ojos del rey, quien por esta razón no les concedió nunca su amistad, que no les importa en absoluto. Cuentan con unos siete mil combatientes ya que poseen unos cincuenta pueblos.

MONTE GAUATA[270]

Se parece al precedente por la dificultad de su ascensión. Dista unas cinco millas de Taza. Tiene excelentes terrenos cultivables en la cumbre y laderas, donde crece abundante cebada y lino. Se extiende de levante a poniente sobre unas ocho millas, por casi cinco de anchura, con varios valles poblados de árboles y repletos de monos y leopardos. Los habitantes son tejedores, hombres valientes y generosos; no pueden comerciar en la llanura por ser insumisos ante el rey de Fez, dado que no quieren pagar ningún impuesto, tanto a causa de su orgullo como por la naturaleza de su montaña, donde pueden resistir un asedio de diez años porque encuentran en el sitio todo lo necesario e incluso existen dos grandes manantiales donde nacen ciertos ríos.

270. Ghyata.

Monte Megesa

El Megesa es un monte abrupto y áspero, cubierto de bosques. El trigo es poco, pero el aceite abunda. Todos los habitantes tejen telas, porque cosechan cierta cantidad de lino. No son menos valientes a pie que a caballo y su tez es muy blanca, por la altura y frialdad de la montaña. No pagan ningún tributo y acogen a los desterrados de Fez. Poseen muchas huertas y viñas, sin embargo nadie bebe vino. De este monte pueden salir unos seis mil combatientes y cuenta con cuarenta pueblos muy grandes y prósperos.

Monte Baronis

A unas quince millas al norte de Taza, lo habita una rica y poderosa tribu que posee muchos caballos y está libre de todo impuesto. Crece mucho trigo en la montaña y se ven numerosos huertos y vides de uva negra, pero no se hace vino. Las mujeres son blancas y gordas[271]; acostumbran llevar muchas joyas de plata porque son gente rica. Los hombres son coléricos y de gran valor, desgracia para quien enrede con sus mujeres. Cualquier otra ofensa resulta de poca importancia para ellos en comparación con ésta.

Monte Beni Guertenage[272]

Monte alto y de difícil acceso por los muchos bosques y peñascos que allí hay, está a unas treinta millas de Taza y da trigo, lino, aceitunas, limones y hermosos membrillos aromáticos. También abundan los animales, excepto los caballos y bueyes, que escasean. Los habitantes son valientes y generosos y se visten con tanta elegancia como los de la ciudad. Se cuentan alrededor de treinta y cinco pueblos que pueden poner en pie de guerra tres mil soldados, valientes y bien equipados.

Monte Gueblen[273]

Gueblen es una montaña alta, muy fría y extensa, con una longitud de aproximadamente sesenta millas por una anchura de unas quince. Al este confina con los montes de Dubdu y a poniente con el de

271. Signo inequívoco de belleza en la época y no sólo entre musulmanes.
272. Tsoul actual.
273. Bū Iblān.

los Beni Iazga. Cae a unas cincuenta millas de Taza y su cima tiene nieves perpetuas. Estuvo ocupada por una numerosa, rica y valiente cabila que vivió siempre en libertad para caer después en la tiranía. Las tribus de los montes vecinos se reunieron y aliaron contra ella, apoderándose de la montaña; pasaron a cuchillo a todos los hombres y quemaron todos los pueblos. En consecuencia ahora es un despoblado, si bien es cierto que una de sus familias se había retirado a la cumbre al ser testigos de la injusticia de muchos de sus parientes, conchabados con los otros para tiranizar la tierra. Allí se establecieron con sus hijos y los pocos bienes que poseían, para llevar una vida sencilla y retirada, por lo que los asaltantes los perdonaron. Los descendientes de aquella familia aún viven en este lugar y, por su condición de letrados honestos, tienen un gran crédito ante el rey de Fez. En mis tiempos allá moraba un anciano muy sabio y de tal reputación que el soberano lo empleaba como mediador en cuantos tratados de paz y acuerdos hubiera de concertar con las cabilas árabes. Le sometía las desavenencias como se las habría confiado a un santo. A este hombre le odiaban con saña en la corte con tal motivo.

Beni Iesseten

Esta montaña está bajo la autoridad del señor de Dubdu y la habita una tribu de muy baja condición, miserablemente vestida y descalza, que vive en chozas de caña. Cuando alguien precisa caminar mucho por la comarca, se trenza unas sandalias de juncos. Antes de trenzar el segundo par, el primero ya está gastado. En ello se ve cuál puede ser la vida de estas gentes, en verdad misérrima. Aquí sólo crece mijo para masar el pan, sirviendo también para preparar otros platos, si bien no es menos cierto que a pie de monte existen algunas huertas que producen montones de uvas, dátiles y melocotones. Quitan el cuesco a los melocotones, los parten en cuatro y los ponen a secar al sol. Así conservan los orejones todo el año, teniéndolos por manjar exquisito. En las laderas de la montaña hay varias minas de hierro con cuyo mineral, una vez labrado, se fabrican planchas para herrar a los caballos. Las mismas barras de metal sirven también de moneda porque no existe dinero en esta tierra o hay muy poco, aunque de su hierro sacan bastante en metálico porque venden mucho. También fabrican puñales que no cortan nada. Las mujeres llevan sortijas y aretes de hierro y aún visten peor que los hombres; a diario recogen leña

en el bosque y allá apacentan sus animales. La educación es nula: nadie sabe leer, parecen borregos, sin seso ni juicio. El canciller del señor de Dubdu me contó una historia divertida que los pinta bien: el dicho señor había mandado a este lugar a un cierto enviado suyo, hombre muy inteligente, quien se encaprichó de una campesina, pero sin saber cómo resolver con bien su empresa amorosa, pues la mujer estaba casada y el marido no la dejaba nunca sola. Cierto día, vio que los dos salían al bosque con una bestia para atropar leña. Cuando llegaron al sitio elegido el marido ató el animal a una rama y ambos, apartándose, se pusieron a cortar leña. El enamorado no los perdía de vista y, cuando estuvieron bastante lejos, fue al árbol y desató al asno, que se alejó paso a paso en procura de hierba. Una vez que el marido consideró que habían recogido suficiente, regresó al lugar donde dejara al animal y dijo a su mujer que lo esperase allí, pero al no encontrar el borrico donde lo había atado, salió en su búsqueda y perdió largo rato hasta dar con él. En el ínterin, el burlador, que se hallaba escondido en un matorral a la mira del resultado de su burla, se mostró y obtuvo sin grandes discusiones lo que deseaba de la mujer. Apenas había terminado su caza amorosa llegó el marido con el animal. Hacía calor y estaba cansado y sin resuello y no vio al galán que se había escabullido lo bastante deprisa. Cargó la leña y, con ganas de dormir, echóse a la sombra de un árbol junto a su mujer. Entonces, retozando con ella como era su costumbre, una mano se le extravió por el lugar apropiado y al encontrarlo húmedo preguntó: "¿"Esto qué significa? ¿Por qué estás mojada?". "He llorado –mintió la muy pícara– al ver que no regresabas y creyendo que el animal se había perdido. Mi hermanica lo sintió y se puso a llorar también por lástima de mí ". El imbécil del marido la creyó y le dijo que se tranquilizase, que no llorara más.

Monte Selelgo

El Selelgo es un monte cubierto por un bosque de grandes pinos, y con numerosos manantiales. Los habitantes no tienen casas de fábrica, sino chozas de caña que pueden transportar de un lugar a otro porque precisan abandonar la montaña en invierno y acampar en la llanura. Además, a finales de mayo los árabes salen del desierto. Así la gente de esta tierra tiene dos ventajas al volver a subir al monte: la primera es zafarse de los nómadas, la segunda vivir al fresco, lo que

resulta beneficioso para ellos y para sus rebaños, pues tienen muchas ovejas y cabras. Con la proximidad del invierno, los beduinos regresan al desierto porque es más cálido y los camellos no soportan las regiones frías. Hay en esta montaña muchos leones, leopardos y monos. Estos últimos, cuando aparecen, semejan una tropa armada, de tantos como son. Brota allá un enorme manantial de donde el agua surge con una violencia tal que yo vi cómo una piedra de cien libras que colocaron en el boquete por donde sale saltó lejos, por la impetuosidad de la corriente. El Subú, el río más grande de Mauritania[274] nace en este manantial.

MONTE BENI IASGA

Lo habita una tribu rica, muy estimable por su cortesía y manera de vivir. Linda con la montaña precedente, donde nace el Subú, que, entre altos peñascos, pasa cerca de aquí. Los habitantes construyeron un andarivel magnífico para cruzar de una orilla a la otra. Plantaron en cada lado del río un poste sólido y enorme y fijaron en ellos sendas poleas, tendiendo de una banda a otra grandes cables de juncos que se deslizan por las poleas. Con una cesta atada a estas maromas, tan profunda, espaciosa y sólida que diez personas pueden estar allí cómodas, quien quiere atravesar el río no tiene más que meterse en ella y halar los cabos de las cuerdas; éstos corren fácilmente por las poleas y de tal guisa la canasta va hacia la orilla opuesta. En cierta ocasión crucé en el receptáculo y me contaron que hacía ya mucho tiempo, algunas personas cuyo número excedía la capacidad de la canasta pretendieron meterse y el sobrepeso hizo desfondarse el cajón cayendo algunas personas al río y agarrándose otros a los cables. A duras penas se salvaron los últimos, pero ya no se volvió a ver a quienes dieron en el río. La historia me erizó los cabellos, por estar instalado el mecanismo entre las cimas de dos cerros, de suerte que entre éstas y el nivel del río hay una distancia de ciento cincuenta brazas. Un hombre que se encuentre a la orilla del agua, parece –a quien lo mira desde el cesto– tener un palmo de talla.

Los habitantes del lugar poseen gran cantidad de animales porque el país no es muy boscoso. Obtienen lana harto fina y sus mujeres labran tejidos que parecen de seda y con ellos confeccionan mantas de

274. De nuevo recordamos que se refiere al norte y noroeste del actual Marruecos.

cama y vestidos. Estas frazadas se venden en Fez a tres y cuatro ducados la pieza. Sacan también mucho aceite de las olivas de su tierra, pero están sometidos al rey de Fez y la renta que entregan –que puede elevarse a ocho mil ducados– se asigna al alcaide de la ciudad vieja de Fez.

Monte Azgan

Confina a levante con el Selelgo y a poniente con la montaña de Sofroi[275]. Al sur llega hasta las montañas que bordean el río Muluia y al norte termina en las llanuras del territorio de Fez. Tiene cuarenta millas de largo y quince de ancho. La montaña es muy alta y fría, de manera que sólo se puede habitar en la vertiente que mira a Fez, la cual está toda plantada de olivos y otros frutales. Allí nacen numerosos manantiales que fluyen por el llano donde hay buenas tierras de cebada, lino y cáñamo muy abundante en el lugar. En tiempos recientes plantaron muchas moreras en la llanura para alimentar a los gusanos de seda. Durante el invierno la gente vive en cabañas en la planicie. El agua es muy fría, hasta el punto de que nadie tendría el valor de dejar la mano dentro mientras cuenta de uno a diez. Conocí a uno que bebió una sola taza de tal agua y luego padeció cólicos durante casi tres meses.

La ciudad de Sofroi

Es una ciudad pequeña al pie del Atlas a unas quince millas al sur de Fez, cerca de un paso en el camino de Numidia. La edificaron los africanos entre dos ríos en cuyas vegas se ven muchos majuelos y árboles frutales. Los olivares se extienden cinco millas en torno a la ciudad. Como el suelo es por doquier árido, sólo se cultiva lino, cáñamo y cebada. Sus habitantes son gente rica, pero visten mal y sus ropas lucen lamparones de aceite, pues lo fabrican todo el año y lo llevan a vender a Fez. La ciudad no tiene más gracia que una mezquita por la cual pasa un gran cauce de agua y junto a cuya puerta hay una bonita fuente. La población está casi arruinada por las tropelías de su señor, hermano del actual rey.

275. Sefru.

La ciudad de Mezdaga

Es una población chica bajo el Atlas, a unas ocho millas de la anterior. La ciñen hermosos muros, pero dentro, las viviendas son malas, cada una con su fuente. Los habitantes son casi todos alfareros porque disponen de buena tierra arcillosa con la cual fabrican infinidad de cacharros que venden en Fez, de la cual los separan sólo quince millas. El campo del contorno es bueno para la cebada, el lino y el cáñamo y también produce muchas aceitunas y otros frutos. Abundan los leones en los bosques vecinos, como en los cercanos a la ciudad precedente, pero no son temibles y huyen si alguien se les enfrenta con cualquier arma cuando salen a cazar.

Beni Bahlul[276]

Ciudad pequeña edificada en la vertiente del Atlas que mira a Fez, a doce millas aproximadamente. Cerca de ella hay un puerto por donde pasa la ruta de Numidía. En la montaña existen muchos arroyos, uno de los cuales atraviesa la ciudad. Los parajes de los alrededores se parecen a los que acabamos de describir, excepto que por la parte sur no hay más que bosques. Sus habitantes son leñadores, unos cortan la leña, otros la llevan a Fez. Los señores los maltratan y cargan de tributos de continuo pues son unos pobres rústicos.

La ciudad de Ham Lisnan[277]

Los africanos antiguos fundaron Ham Lisnan en un valle entre montañas en el paso de la ruta de Sofroi a Numidia. Su nombre significa "la fuente de los ídolos", pues se cuenta que cuando los aborígenes eran idólatras existía cerca de la ciudad un templo donde hombres y mujeres se reunían a la caída de la noche en cierta época del año. Cuando habían cumplido sus sacrificios, apagaban las luces y cada uno se aprovechaba de la mujer que el azar colocara a su vera[278]. Al venir la mañana, estaba prohibido a toda mujer que hubiera pasado

276. Bahlil.

277. 'Ayn al-Aṣnām.

278. El relato que hace León de estas prácticas promiscuas es casi calcado de otras similares de autores orientales más antiguos, por lo cual cabe la posibilidad de que se trate de tradiciones orales y no poco tópicas (Vid. al-Bagdādī, *Mujtaṣar kitāb al-farq bayna al-firaq*, p. 147, rev. P. Hitti, El Cairo, 1924; aš-Šahrastānī, *al-milal*, p. 193; at-Tawḥīdī, *al-Imtā'*, I, 90, etc.).

esa noche en el templo acercarse a su marido durante un año. Los hijos que les nacían durante ese lapso eran criados por los sacerdotes. El templo tenía una fuente que aún subsiste, aunque los musulmanes destruyeron dicho templo y la ciudad, sin dejar vestigio. La fuente forma una laguneja que rebalsa por múltiples regueros volviendo cenagoso todo el lugar.

La ciudad de Mahdia

En el Atlas, rodeada de algabas, cerca de fuentes y casi en llano, Mahdia dista unas diez millas de la anterior. Fundóla un predicador natural de estas sierras, en los tiempos en que la tribu de los Zenetes dominaba la ciudad de Fez; pero cuando los Lumtuna penetraron en la región mandados por el rey Yusuf, la saquearon y arrasaron. No queda sino un hermosísimo templo y algo de la muralla. Los habitantes de esta montaña se envilecieron y convirtieron en súbditos del rey de Fez. Esto sucedió en el año quinientos[279] quince de la Hégira.

Sahlel Marga, o El Llano del Prado

Este llano, de aproximadamente treinta millas de ancho y cuarenta de largo, se encuentra entre montañas del Atlas cubiertas de bosques de árboles inmensos, en los que viven los carboneros en cabañas dispersas. Disponen de múltiples hornos de donde pueden sacar cien cargas de carbón. Mucha gente acude a estas fragas para comprarlo y revenderlo en Fez. Hay numerosos leones y no es raro que devoren a algún carbonero. Desde el monte se llevan a Fez vigas muy bellas y tablas diversas, pero la llanura es completamente estéril y cubierta de piedras negras y delgadas como pizarras. Allí no crece nada.

Llanura de Azgari Cammaren

Es otra planicie rodeada de montañas boscosas; diríase un prado donde hay hierba todo el año. Muchos pastores acuden en verano con sus ovejas cuyos rebaños cercan con altísimos setos de maleza y pasan la noche en guardia por temor a los leones.

279. En realidad, en 535 H. (1140-1 d. C.).

Monte Cien Pozos

Es más alto que los otros y en su cumbre hay unos edificios antiguos cerca de los cuales se encuentra un pozo cuyo fondo resulta invisible de tan profundo. Los locos que buscan tesoros muchas veces descuelgan allí con la ayuda de cuerdas, a hombres provistos de un farol. Diz que el pozo tiene varios pisos; en el inferior existe una gran sala excavada a pico y murada alrededor. En estos muros, cuatro aberturas bajas dan acceso a sendas saletas donde hay pozos de agua viva. Muchos no regresan vivos de la exploración porque a veces en lo hondo corre un viento terrible que apaga las luces, de modo que ya no pueden encontrar el camino de vuelta al exterior y mueren de hambre en el fondo. Un noble de Fez que era pobre y se complacía con esta necedad me contó que un día diez amigos intentaron de consuno aventurarse dentro del pozo. Llegados a la boca echaron suertes y a tres cayó que deberían descender, y mi amigo fue uno de ellos. Hiciéronlos, pues, bajar con cuerdas, llevando faroles en la mano como acabamos de decir. Cuando los tres exploradores llegaron a las cuatro aberturas de la gran sala, convinieron ir cada uno por su lado; pero cuando el primero salió, mi amigo y el tercero marcharon juntos. Apenas habían caminado un cuarto de milla cuando se encontraron rodeados de una nube de murciélagos que volaban alrededor de los faroles, azotándolos de tal manera con las alas que apagaron uno. Los dos hombres continuaron su camino, llegaron a los pozos de agua viva y se vieron entre osamentas humanas blanquecinas ya y cinco o seis faroles, unos muy viejos, otros nuevos. Pero como no hallaron en los pozos otra cosa sino agua, regresaron sobre sus pasos. No estaban a mitad del camino cuando se levantó de golpe un fuerte viento que les apagó el farol; anduvieron un cierto tiempo sin ver nada, tanteando al azar en las tinieblas, y ya no supieron dar con el camino de vuelta. Rendidos de cansancio y desesperación arrojáronse al suelo llorando y haciendo a Dios el voto de nunca más regresar a tal lugar si salían vivos. Los que esperaban fuera, viendo que nadie volvía al cabo de varias horas, supusieron que se había producido alguna desventura. Así, cinco de ellos, provistos de buenos faroles y de yesca y eslabón, descendieron y recorrieron las galerías llamando a gritos a sus compañeros. Por fin encontraron a los dos hombres en la situación que hemos descrito, pero no pudieron saber lo que sucediera con el tercero. Este se había extraviado como los dos anteriores y, no sabiendo dónde ir,

escuchó ladridos como de gozques. Avanzó en la dirección de donde creía que provenían los gritos y vio cuatro animalejos que parecían recién nacidos. Al encontrarse él allí, acudió la madre, parecida a una loba pero más grande. Se trata de cierto animal que tiene a sus cachorros en grutas o madrigueras y se le llama *dabah*[280]. El infeliz estaba petrificado en el sitio por miedo a que la fiera lo atacara, pero el animal se puso a lamer a sus crías, y salió, siguiéndola éstas paso a paso. Hizo entonces él lo mismo, de manera que andando tras las huellas de los animales llegó a la salida del subterráneo al pie de la montaña. Si alguien quiere saber cómo este hombre pudo ver claro allá dentro, diré que el largo tiempo pasado en las tinieblas le había permitido atisbar algo, como ocurre con quienes quedan cierto tiempo en lugares oscuros. Ahora, con el paso del tiempo, el pozo está lleno de agua porque cavaron de tal manera el suelo que se allanó.

Monte y paso de los Cuervos, o Cunaigel Gherben

Esta montaña es vecina de la precedente y la cubre un bosque donde habitan muchos leones. No hay ni ciudad ni pueblo y está completamente deshabitada a causa del frío. Nace de ella un riachuelo. Sus riscos son muy elevados y en ellos anida una infinidad de cornejas y cuervos, de ahí su nombre. A veces el viento del norte al soplar amontona tanta nieve que los viajeros de Numidia a Fez quedan allá sepultados, como dije más arriba contando una historia referente a esto. En el verano acuden unos beduinos llamados Beniessen, por el frescor de sus aguas y por la sombra deliciosa que se puede disfrutar, aunque haya leones y leopardos terribles.

La ciudad de Tezerghe

Tezergue es una ciudad pequeña que los africanos edificaron a modo de fortaleza junto a un riacho que pasa al pie del monte de los Cuervos, en un valle. Habitantes y casas son de igual fealdad; ignoran qué cosa puede ser la cortesía y carecen de vestidos dignos y del menor adorno. El terreno cultivable escasea y sólo crece algo de cebada y unos cuantos melocotoneros. La gente está sometida a los árabes llamados Deuil Chusein.

280. *Ḍabʿ*, en árabe (hiena).

UMEN GIUNAIBE

Es una antigua ciudad que fue arrasada por los beduinos, a unas doce millas de la precedente, cerca de un desfiladero del Atlas, en su vertiente sur. Los nómadas suelen merodear por el paso, pues cerca de la ciudad se extiende una gran llanura ocupada por árabes que no temen al rey. Junto a la población hay una cuesta que todos deben subir bailando cuando la repuntan con una caravana. Pretenden que quien pase sin danzar tendrá cuartanas. Yo mismo he visto bailar allí a muchos.

MONTE BENI MERASEN

Es un monte muy alto y frío, pero allá vive una gente que no le da importancia. Poseen gran cantidad de caballos y burros de los cuales nacen muchas mulas. Aquí se sirven de mulos, sin silla ni albarda, como bestias de carga, meramente enjaezados con una especie de albardilla ligera. Los habitantes del país no tienen casas construidas con muros y viven en chozas de cañas, pues nomadean constantemente para apacentar sus caballos y mulos. No pagan tributos al rey de Fez porque su montaña es fuerte, son ricos y se defienden muy bien.

MONTE MASETTAZA[281]

Se extiende de levante a poniente sobre unas treinta millas y en una anchura de aproximadamente diez. Al oeste confina con la llanura de Edecsen, que linda con Tamesna. Es tan frío y, no obstante, tan poblado como el anterior. También sus habitantes son ricos y nobles y poseen gran número de caballos y mulos. Muchos letrados de Fez son originarios de esta tierra y multitud de hombres de esta montaña escriben a la perfección. Copian montones de libros y venden estos manuscritos en Fez. No pagan nada al rey como renta, salvo algunos regalillos sin importancia que le hacen.

281. Mestasa.

Montes del Ziz

Toman el nombre de Ziz estas montañas de un río que allí nace. Comienzan por el este en el monte Mesettaza, y hacia el oeste confinan con Tadla y con los montes del Dades. Hacen frente por mediodía con una parte de Numidia dicha Segelmesse; al norte dominan las llanuras de Edecsen y de Guregra. Se extienden sobre una longitud de unas cien millas y por una anchura de unas cuarenta. Los montes del Ziz comprenden quince montañas, todas frías y ásperas, de donde nacen numerosos ríos. Están habitadas por gente de la cabila Zanaga, hombres terribles y robustos, despreocupados del frío y de la nieve. Van vestidos con una túnica de lana sobre la piel y por encima de la cual ponen un manto. Se envuelven las piernas con trapos liados que les sirven de calzas y mantienen la cabeza desnuda en toda época. Poseen muchos caballos, mulos y asnos porque hay pocos bosques en sus montañas, pero son los mayores ladrones y traidores asesinos del mundo. Enemigos acérrimos de los árabes, los asaltan por la noche y, si no pueden hacer otra cosa, se apoderan de sus camellos y los precipitan ante sus ojos desde lo alto de los peñascos sin más designio que irritarles. En esta tierra se ve algo casi verdaderamente milagroso, la enorme cantidad de serpientes, tan domésticas y familiares que deambulan por las casas como perrillos y michinos. Cuando alguien va a comer, todas las serpientes de la casa se congregan alrededor suyo y comen con confianza los trozos de pan u otros alimentos que les dan. No hacen nunca daño a nadie si no se les ataca previamente.

La población de esta tierra, verdadera canalla, habita en casas edificadas sobre horcones enlucidos con tierra arcillosa y cubiertas con techos de paja. Algunos de estos montañeses, con más ganado que los otros, habitan en cabañuelas cubiertas con cañas. En ocasiones van a Segelmesse[282] que, como hemos dicho, forma parte de Numidia, a llevar su lana y mantequilla. Pero solo se llegan allá en la época en que los árabes andan en el desierto. Aunque los beduinos los atacan muy a menudo con fuertes contingentes a caballo, les quitan las mercancías y los matan, estos montañeses no son menos valientes y corajudos. Cuando combaten, nunca se entregan vivos. Sus armas son tres o cuatro venablos y jamás marran el blanco: tanto matan al jinete como al caballo, pues combaten a pie. Nunca los domina el adversario, a

282. Siŷilmāsa.

menos que se enfrenten a un tropel de jinetes. Llevan también un sable y un puñal. Hoy tienen la costumbre de pedir salvoconductos a los árabes, y a la recíproca; así pueden comerciar con seguridad. Proveen de los mismos salvoconductos a las caravanas de mercaderes, que pagan a cada tribu de estas montañas un derecho de paso especial y sin él los saquean.

La ciudad de Gerseluin

Antigua villa que los africanos edificaron al pie de una de estas montañas en el río Ziz. Ostenta bellas y fuertes murallas que mandaron construir los reyes Meriníes. Vista de lejos, esta ciudad parece muy bella, pero es muy pobre en el interior. Sólo hay malas casuchas y escasos habitantes, por causa de los nómadas. Cuando la dinastía Meriní se hundió, la ciudad se entregó por su propia voluntad al poder de los árabes Beni Chusein, que maltrataron a la población. No se puede sacar ninguna renta del lugar porque todos sus habitantes son demasiado pobres y escasea el terreno cultivable; salvo al norte, todos sus aledaños son estériles y pedregosos. Se ven en las orillas del río algunos molinos y bastantes huertos plantados de vides y duraznos. Estos frutos se secan y se consumen todo el año, sobre todo los melocotones, y los acompañan de otros alimentos para condimentar sus platos. Hay tan pocos animales que la gente vive en una extrema miseria. Los Zenata fundaron esta ciudad meramente como fortaleza, con el solo objetivo de controlar el paso de Numidia. Temían que la tribu de los Lumtuna entrara por allí a su territorio, pero llegaron por otro camino y arrasaron y demolieron la población. También existe gran cantidad de serpientes domésticas y amansadas como las antedichas.

Cuarta Parte

Reino de Tremecén

El reino de Tremecén limita al oeste con los ríos Za y Muluia, al este con el Río Grande[1] y con el desierto de Numidia al sur. En la antigüedad este reino se llamaba Cesarea y se hallaba bajo la autoridad de los romanos. Después de que los romanos hubieran abandonado África, volvió a manos de sus antiguos soberanos, los Beni Habdelguad, rama del pueblo de los Magraua, quienes conservaron el señorío trescientos años, hasta que un príncipe llamado Ghamrazen, hijo de Zeiien, tomo el poder real para sí y sus descendientes, de manera que estos soberanos cambiaron el nombre de familia y se les conoció por Beni Zeiien, es decir los hijos de Zeiien, al haber sido éste último el hijo[2] de Ghamrazen.

Los Beni Zeiien han conservado el poder desde hace trescientos años, pero los reyes de Fez, es decir los Beni Marin, los han hostigado continuamente. Según cuentan las historias, el reino de Tremecén fue conquistado una decena de veces por estos reyes, y algunos de los Beni Zeiien fueron muertos, otros hechos prisioneros, y otros, en fin, debieron huir a los desiertos, entre sus vecinos árabes. Otras veces, incluso, fueron expulsados por los reyes de Túnez. Sin embargo, retomaron siempre el poder y pudieron disfrutar de paz durante ciento treinta años aproximadamente sin sufrir daño de ningún soberano extranjero, salvo de Abu Feris, rey de Túnez, y de su hijo Hutmen. Este último hizo a Tremecén tributaria de Túnez durante un lapso que duró hasta su muerte.

El reino de Tremecén se extiende 380 millas de este a oeste. Pero es muy estrecho de norte a sur: del Mediterráneo a los confines del desierto de Numidia sólo hay, en algunos puntos, 25 millas de distancia. Esa es la razón por la que el reino nunca cesó de ser dañado y

1. Act. Summām.
2. El error es notable, quiere decir "el padre".

gravemente ofendido por los árabes que viven en la parte del desierto vecino. Los reyes de Tremecén siempre hubieron de mantenerlos tranquilos entregándoles enormes subsidios y haciéndoles regalos. Pero nunca llegaron a satisfacer a todos y es muy raro encontrar en este país alguna ruta segura. Sin embargo, hay un gran tráfico de mercancías en el reino de Tremecén por estar próximo a Numidia y porque constituye una escala en el camino que lleva al País de los Negros.

En este reino existen dos puertos famosos, el de la ciudad de Horam[3] y el de Marsa El Cabir[4]. Estos puertos eran muy frecuentados habitualmente por gran número de mercaderes genoveses y venecianos que hacían allí gran comercio de trueque, pero los tomó el rey católico Fernando[5], lo cual constituyó para el reino de Tremecén una gran pérdida, tal que el rey Abu Chemmu[6] fue expulsado por su pueblo. Un tal Abu Zeiien, tío de Abu Chemmu y de su padre Abu Habdilla, fue sacado de la prisión y puesto en el trono, del cual gozo mucho tiempo, al ser codiciado por el turco Barbarroja, quien mató a Abu Zeiien a traición y quedó soberano del reino. Pero Abu Chemmu, expulsado por su pueblo, había salido inmediatamente para Orán y de allí pasó a España para ir a encontrar a su Majestad el emperador Carlos. Humilde y devotamente le pidió socorro y ayuda contra la población de Tremecén y contra el turco Barbarroja. El gran emperador había dado pruebas de una clemencia y piedad tales que pocos de sus predecesores mostraron, de manera que satisfizo al rey y envió con él un fuerte ejército con el que Abu Chemmu regresó a su reino y mató a Barbarroja con muchos de los suyos.

Después de estos acontecimientos Abu Chemmu compensó a las tropas españolas y, deseoso de paz, mantuvo los compromisos contraídos con el emperador enviándole cada año el tributo fijado, lo cual cumplió toda su vida. Después de su muerte el reino eligió a su hermano Habdulla[7] que rehusó obedecer al emperador y observar las cláusulas del tratado, a causa de la confianza que tenía en las fuerzas de Solimán, emperador de los turcos. Pero éste último le concedió poca ayuda. Habdulla vive todavía en la actualidad y se mantiene en el poder.

3. Orán (Wahrān).
4. Marsà al-Kabīr.
5. En 1509 y 1506 respectivamente.
6. Abū Ḥammū.
7. ʿAbd ʿAllāh.

La mayor parte del reino de Tremecén comprende regiones secas y estériles, sobre todo en su parte meridional. Pero las llanuras próximas al litoral son muy productivas a causa de su fertilidad. Toda la región lindante con Tremecén es llana, con varios desiertos. Es cierto que en el oeste hay muchas montañas cerca de la costa, lo mismo que en el principado de Tenez y por encima de la comarca de Argel donde las montañas son infinitas, pero todas productivas.

Las ciudades y castillos son escasos en este reino. Sin embargo, por pocos que sean disfrutan de prosperidad por la fertilidad de la tierra, como se os dirá sobre cada una de ellos en particular.

Desierto de Angad

El reino de Tremecén comienza al oeste en una llanura desierta, áspera y seca, donde no se encuentran ni agua, ni árboles. Se extiende en una longitud de aproximadamente 80 millas y una anchura de alrededor de 50 millas. Allí viven multitud de gacelas, antílopes y avestruces. Es morada de una banda de ladrones árabes siempre dispuesta a asesinar a la gente, por pasar en las cercanías la vía de Fez a Tremecén. Es raro que los mercaderes se les escapen, sobre todo en invierno, porque los árabes pagados para garantizar la seguridad del país se marcharon para ir a Numidia y los que no cobran salario permanecen allá para vivir del bandidaje. Muchos pastores pasan también el invierno en este desierto, pero los leones, cuando pueden, comen o destrozan gran número de ovejas, y también de hombres.

Castillo de Temzegzet

Temzegzet es un castillo situado en el límite entre este desierto y el territorio de Tremecén, edificado antiguamente en un peñasco. Los reyes de Tremecén lo tenían a punto para cerrar el paso a las tropas del rey de Fez. Al pie del castillo corre el río Tefna y está rodeado de buenas tierras donde se cultiva lo necesario para los habitantes. Así pues, esta fortaleza permaneció mucho tiempo bajo autoridad del rey de Tremecén y estuvo muy bien cuidada. Pero ahora, en poder de los beduinos, se ha convertido en una especie de cuadra donde sólo se conservan su trigo y las albardas de los camellos. La población huyó a causa de los abusos de los árabes.

Castillo de Izli

Izli[8] es un antiguo castillo edificado por los africanos en una llanura que limita con el desierto precedente. Alrededor de él existen algunas tierras donde se cultiva cebada y mijo. Antaño estuvo muy poblado y rodeado de buenas murallas que se derribaron en el curso de las guerras y el castillo permaneció algún tiempo deshabitado. Después fue reocupado por hombres que viven allí como eremitas, muy estimados del rey de Tremecén y de los árabes. Esta gente ofrece de balde comida y bebida a todos los viajeros. En el castillo solo hay tristes casuchas con muros de tierra y techos de caña. Cerca de allí pasa un río que sirve para irrigar los cultivos, pues la tierra es tan seca que no crece nada sin riego.

La ciudad de Guagida[9]

Guagida es una ciudad antigua fundada por los africanos, en una llanura muy extensa a unas 40 millas al sur del mar Mediterráneo y casi a otras tantas de Tremecén. Limita al oeste con el desierto de Angad. Todos sus terrenos de cultivo son muy productivos. Alrededor de la ciudad existen numerosas huertas, plantadas de viñas e higueras; la atraviesa un río del cual la gente se sirve para beber y para otros usos. Las murallas eran antiguamente muy fuertes y altas, y las casas y tiendas igualmente estaban bien construidas, siendo sus habitantes ricos, civilizados y valientes; pero en las guerras habidas entre los reyes de Fez y los de Tremecén, la ciudad, al ponerse del lado de estos últimos, fue saqueada y destruida. Al apaciguarse tales guerras, comenzó a repoblarse y muchas casas se reconstruyeron. Pero, a decir verdad, no volvió a su estado primitivo y ahora no hay más de ciento cincuenta casas habitadas. Los habitantes son pobres porque pagan tributo al rey de Tremecén y a los árabes, sus vecinos del desierto de Angad. Van vestidos a la manera de los campesinos, con trajes cortos de tela basta. Crían multitud de hermosos y grandes burros que producen magníficos mulos, vendidos a precios elevados en Tremecén. Hablan el antiguo africano y hay pocos que sepan hablar el árabe incorrecto de las ciudades[10].

8. Isly.
9. Wuŷda.
10. Interesante testimonio sobre la subsistencia a principios del XVI de habla beréber en

BERBERÍA CENTRAL

La ciudad de Nedroma

Esta ciudad fue edificada en la antigüedad por los romanos cuando gobernaban la región. La construyeron de gran extensión, en una llanura, aproximadamete a 2 millas de la montaña y a 12 millas del mar Mediterráneo. Un riachuelo pasa cerca de ella. Nuestros historiadores dicen que los romanos la edificaron en un lugar parejo y con idénticos planos que Roma y que por lo tanto de ahí el nombre, porque *ned* en la lengua africana tiene el mismo sentido que *similis* en latín[11].

Las murallas están todavía enteras pero las casas fueron destruidas y ahora se reedificaron de forma bien fea. Alrededor de la ciudad subsisten algunos vestigios de los edificios antiguos. El campo es muy productivo: alrededor de Nedroma se ven numerosos huertos y terrenos plantados de algarrobos. Se comen muchas algarrobas, tanto en las ciudades como en el resto del país y también se utiliza en la alimentación la miel, aquí producida en gran cantidad. Nedroma es hoy próspera por la abundancia de artesanos. Allí se fabrican sobre todo telas de algodón porque crece mucho en la región.

La gente puede considerarse casi libre, protegidos como están por los montañeses vecinos. El rey no puede sacar ningún tributo de la ciudad. Envía allí gobernadores que se aceptan si gustan a la población, o se rechazan en caso contrario. Sin embargo, la gente de Nedroma envía a veces al rey algún regalo pequeño para asegurarse la introducción de sus mercancías en Tremecén.

Ciudad de Tebecrit

Tebecrit[12] es una ciudad pequeña edificada por los africanos a orillas del Mediterráneo, en un peñasco, a unas doce millas de Nedroma. Cerca de ella, las montañas son altas y ásperas pero muy pobladas. Los habitantes de Tebecrit son casi todos tejedores. Poseen muchas propiedades plantadas de algarrobos y producen miel en cantidad. En verdad viven en continuo temor de ser atacados por los cristianos durante la noche; así, montan guardia permanente para vigilar porque su pobreza no les permite pagarse soldados. Los terrenos situados en la

Wuŷda, así como del dialecto urbano correspondiente.

11. Explicación fantástica sin base real alguna: las etimologías *populares* atacan de nuevo.
12. Tabahrit.

proximidad son pedegrosos y áridos: no crece nada más que un poco de cebada y de mijo. La gente va malamente vestida y son rudos y faltos de educación.

Ciudad de Hunain

Hunain[13] es una población antigua edificada por los africanos. Es bonita y bien cuidada, posee un puertecillo protegido por dos torres, una a cada lado. Está rodeada de altas y fuertes murallas, sobre todo frente al mar. Las galeras venecianas vienen todos los años a este puerto y hacen buenos negocios con los mercaderes de Tremecén porque sólo hay 14 millas de Hunain a Tremecén. Cuando Orán fue tomada por los cristianos los venecianos dejaron de acudir a esta ciudad, llena de soldados españoles y los mercaderes de Tremecén les pidieron venir a Hunain. Los habitantes de Hunain eran en otro tiempo gente noble y distinguida, casi todos trabajaban el algodón y los tejidos. Las casas eran muy bellas y decoradas: cada una tenía su pozo de agua dulce y un patio con una parra, pavimentadas con baldosas coloreadas y las terrazas de las habitaciones estaban igualmente embaldosadas y las paredes revestidas con mosaicos artísticos. Pero tras la toma de Orán, todo el mundo abandonó la ciudad y quedó desierta. El rey de Tremecén envía allí un alcaide a ocupar la ciudadela con algunos soldados de infantería, tan sólo por prevenir al rey de la llegada de los navíos comerciales.

Hasta el presente, los predios del alfoz producen gran cantidad de frutos tales como cerezas, albaricoques, manzanas, peras, melocotones, infinidad de higos y aceitunas. Pero no hay nadie para cogerlos en los huertos situados en las orillas del río próximo a la ciudad y donde se edificaron unos molinos. Cuando pasé por allí, quedé dolorosamente emocionado al comprobar el triste estado en que había caído la ciudad. Me encontraba con un secretario del rey de Tremecén que había venido a percibir los tributos de un navío genovés, el cual traía bastantes mercancías para aprovisionar Tremecén durante cinco años. Los derechos que cobró el rey ascendieron a la suma de quince mil ducados de oro que el secretario me mostró.

13. Honein.

Haresgol

Haresgol[14] es una gran ciudad antigua edificada por los africanos en un peñasco rodeado por el mar por todas partes, salvo al sur, donde existe un camino que desciende del peñasco hacia tierra firme. Se halla a 14 millas aproximadamente de Tremecén. Fue ciudad muy poblada y civilizada. Allí es donde reinó Idris, hermano del padre del Idris que fundó Fez. Fue elegido por el pueblo y su familia conservó allí el poder durante cien años. A continuación llegó un rey y califa de Cairuán que destruyó la ciudad. Permaneció deshabitada durante cerca de ciento veinte años, siendo luego repoblada por gente que vino del reino de Granada con el ejército de Mansor[15], consejero de Córdoba. Mansor hizo restaurar la ciudad por si le fuese útil para enviar tropas a África. Pero tras la muerte de Mansor y de su hijo Mudaffir[16], todos sus soldados fueron expulsados del país o muertos por las tribus de los Zanhagia y de los Magraoa[17]. La ciudad fue destruida en otras ocasiones, como la del año 410 de la Hégira.

La gran ciudad de Tremecén[18]

Tremecén es una gran ciudad y capital del reino. La historia no cuenta quién la fundó aunque se dice que era una ciudad pequeña que, a resultas de la ruina de Haresgol, comenzó a extenderse, sobre todo después de que las tropas de Mansor hubieron sido expulsadas del país. Cuando reinó la familia Abd el Guad[19], Tremecén se extendió de tal manera que llegó a contar 16.000 hogares en tiempos del rey Abu Tesfin[20] alcanzando un alto grado de prosperidad.

Pero Tremecén sufrió mucho cuando José (Yūsuf), segundo rey de los Beni Marin, vino a asediarla y edificó otra ciudad al este[21] de la primera manteniendo el cerco durante siete años. Las cosas llegaron

14. Rachgun.
15. Almanzor.
16. al-Muẓaffar, en 1008.
17. Ṣanhāŷa y Magrāwa.
18. Tilimsān en árabe, es topónimo beréber.
19. De la tribu de los Beni ʿAbd al-Wād.
20. Abū Tašufīn (1337).
21. Manṣura, cuyas ruinas subsisten hoy día, fue levantada al oeste y no al este de Tremecén; el sitio duró ocho años(1299-1307), a cargo del sultán meriní Abū Yaʿqūb Yūsuf an-Nāṣir.

al punto de que el *roggio*[22] de trigo costaba treinta ducados, el *scorzo*[23] de sal tres ducados y la libra de carne un tercio de ducado. La población, no pudiendo soportar la carestía se quejó al rey y éste respondió que daría gustoso su propia carne si servía para alimentarlos a todos, estimándola de poco valor a la vista de su fidelidad. Hizo llamar a cinco o seis de los principales del pueblo y les envió a su cocina para ver su comida de ese día que se componía de una mezcla de carne de caballo, granos de cebada enteros, hojas de naranjo, de olivo y de otros árboles para dar más volumen. El pueblo supo así que la miseria del rey era mayor que la de los ciudadanos. El rey hizo venir a sus hijos, hermanos y nietos, les dirigió emotivas palabras y concluyó estar dispuesto a morir valerosamente ante el enemigo antes que continuar una existencia tan vergonzosa y miserable; y que quienes se sintieran con el mismo coraje que él no tendrían sino acompañarle al día siguiente. La población entera manifestó su consentimiento. Pero la Fortuna quiso que esa mañana en que se planeaba la salida, el rey José (Yūsuf) fuese muerto por uno de sus eunucos en un acceso de furor. La noticia conmovió el valor de los sitiadores y en Tremecén, en cuanto se supo, se creció la audacia y fuerza de la población que, resuelta, con su rey a la cabeza, salió de la ciudad y obtuvo sin gran esfuerzo una victoria inesperada. Mataron gran cantidad de enemigos que huían en desorden, se apoderaron de víveres y de numeroso ganado que el enemigo hubo de abandonar. La escasez de la víspera se transformó así en abundancia extrema, hasta el punto de que el *scorzo* de trigo, que valía por la mañana tres ducados, costaba al mediodía dos *baiocchi*. Sin embargo, todos se resintieron grandemente del daño que la duración del asedio les había hecho sufrir.

Cuarenta años más tarde Abulhasen, cuarto rey de Fez de la dinastía Meriní, hizo edificar una ciudad a dos millas al oeste de Tremecén y la cercó con numerosas tropas; este asedio duro treinta meses. Los asaltos eran cotidianos: por las noches se construían bastiones para aproximar a los soldados con seguridad hasta el pie de la muralla. El rey de Fez entró en la ciudad por la fuerza de las armas, la saqueó y mandó llevar cautivo a Fez al rey de Tremecén, donde le cortó la cabeza y arrojó su cuerpo a los muladares[24]. Sin embargo, el

22. 13,7 ls.
23. 340 grs.
24. Tremecén fue tomada al asalto en abril de 1337 por las tropas del sexto sultán meriní Abū l-Ḥasan, tras reconstruir Manṣūra.

rey reparó en parte el mal hecho a los habitantes de Tremecén y marchó al reino de Túnez después de dejar a su hijo Abu Henen[25] como virrey del reino de Tremecén. Tal fue el segundo desastre que sufrió la ciudad.

Cuando el poder de los Meriníes decayó Tremecén recuperó su población y el número de casas habitadas alcanzó 13.000 hogares. En Tremecén todos los oficios y comercios están repartidos por diversas plazas y calles como hemos dicho para Fez, pero las casas son de mucho menos valor que en ésta. En la ciudad hay varios templos hermosos, muy cuidados, con imanes y predicadores adscritos. Igualmente cuenta con cinco hermosos colegios, muy bien construidos y decorados con mosaicos y otras obras de arte. Unos fueron edificados por los reyes de Tremecén, otros por los de Fez.

Hay también varios grandes baños de mucha calidad, pero no hay la misma abundancia de agua que en los baños de Fez. Existen varias alhóndigas al modo africano, y de ellas dos son para alojar a los comerciantes genoveses y venecianos. Existe una gran judería que encierra aproximadamente quinientas casas de judíos, casi todos ricos y que llevan en la cabeza un turbante amarillo. Pero estos judíos sólo fueron ricos durante un cierto tiempo, porque a la muerte del rey Abu Habdilla sufrieron saqueos, en el año 923 de la Hégira, de manera que hoy se han convertido casi en mendigos.

Hay en la ciudad numerosas fuentes, pero los manantiales estan en el exterior, de suerte que el enemigo puede cortar el agua sin esfuerzo. Las murallas son muy altas y sólidas, las atraviesan cinco puertas muy espaciosas con hojas guarnecidas de hierro. En el vano de las puertas existen saletas donde se hallan los funcionarios, guardianes y aduaneros. Al sur de la ciudad el palacio real está rodeado de murallas muy altas, a guisa de fortaleza, y encierran otros alcázares con sus jardines y fuentes, todos de construcción muy cuidada y excelente factura. El palacio real tiene dos puertas, una que se abre al campo, frente a la montaña; la otra en el interior de la ciudad, donde se halla el capitán de la guardia. Extramuros existen espléndidas propiedades con bellísimas casas. Los ciudadanos acostumbran habitarlas durante el verano con muchísimo placer pues allí gozan de emparrados magníficos que producen uvas de todo color y de buen sabor, cerezas de todas las

25. Abū 'Inān.

maneras y en tal abundancia como nunca he visto en ninguna parte; higos muy azucarados y negros, gruesos y muy largos y que se secan para comerlos en invierno; melocotones, nueces, almendras, melones, membrillos y otros diversos frutos. A tres millas aproximadamente de la ciudad, al este, se ven muchos molinos de trigo en un río llamado Sefsif. También hay otros molinos más próximos en las laderas del monte Ecalha[26], hacia el sur.

Volviendo a la ciudad, encontramos allí jueces, abogados, y numerosos notarios que intervienen en los procesos. También existen estudiantes y profesores de diversas materias, lo mismo en derecho que en ciencias naturales. Su mantenimiento se garantiza regularmente por los cinco colegios.

Todos los habitantes de Tremecén están divididos en cuatro clases. Uno es artesano, otro comerciante, estotro estudiante y otro soldado. Los mercaderes son hombres justos, leales y honestos en su comercio; se ocupan de que su ciudad esté bien aprovisionada y el principal viaje de negocios que hacen es al país de los Negros, muy ricos en bienes y en numerario. Los artesanos son gente vigorosa de vida tranquila y agradable, aficionados al buen pasar. Los militares del rey son todos hombres elegidos y bien pagados, de manera que, el que menos, percibe al mes tres ducados de su moneda, equivalentes a tres ducados y medio en moneda italiana. Este sueldo se entrega por hombre y caballo, pues en África se entiende que todo soldado es jinete. Los estudiantes son los más pobres y viven en sus colegios de un modo miserable, pero cuando acceden al doctorado, se les nombra profesor, notario, o sacerdote. Los comerciantes y habitantes de la ciudad visten bien, mejor que los de Fez porque son más presumidos y generosos. Los artesanos también visten de manera digna, pero llevan un traje corto y pocos llevan turbante en la cabeza: se ponen solamente un bonete sin pliegues; y calzan botas que les llegan hasta media pierna. Los soldados son los peor vestidos de toda la población. Llevan una amplia camisa de mangas anchas, por encima de la cual se echan un gran manto de tela de algodón que se enrollan y en el cual se envuelven en invierno y verano. En invierno llevan un jubón de cuero, hecho como la camisa de paño y sin forro. Los militares de un grado más elevado portan sobre la camisa otra chupa de paño y, por encima del manto, un capuchón a la manera de los abrigos de que se

26. al-Qal'a.

servían antiguamente en Italia para los viajes por cubrirse la cabeza cuando llueve. Los estudiantes se visten según su condición; el montañés lleva un traje de montañés y el beduino lleva el traje beduino; pero los profesores, los jueces, los sacerdotes y otros funcionarios van mucho mejor ataviados.

Costumbres y oficios de la corte del rey

El rey de Tremecén vive con una etiqueta rigurosa. Solo se deja ver por los grandes y principales de su corte y no concede audiencia sino a ellos que, de seguida, despachan los asuntos según el orden establecido. En esta corte existen numerosas dignidades y oficios. El primer personaje es el lugarteniente del rey, que fija los sueldos según el valor y mérito de cada uno. Manda los ejércitos y a veces los dirige contra el enemigo con la misma autoridad que el rey.

El segundo personaje es el gran secretario, que escribe y responde en nombre del rey.

El tercero es el tesorero, que recibe y guarda el dinero de las rentas reales.

El cuarto es el contador, que distribuye los fondos para que los funcionarios de la casa del rey puedan hacer frente a las necesidades de la misma y de las cuadras.

El quinto es el capitán de la puerta que tiene a cargo la guardia del palacio y de la persona del rey cuando concede audiencia.

Hay otras funciones menos importantes, como las de jefe de cuadras, capitán de los lacayos, gran camarero. Este último sólo sirve en las audiencias, porque dentro del palacio el rey es servido por esclavos cristianos y por numerosos eunucos destinados a la guardia de las mujeres.

El rey va bien vestido y el caballo que monta es soberbio y airosamente enjaezado. Cada vez que el sultán sale a caballo no hay de ordinario ni gran ceremonia ni pompa, pues no dispone más que de mil jinetes. Pero en tiempos de guerra, cuando marcha contra el enemigo, reúne a los beduinos y a los campesinos de diversas tribus y les paga por el período de operaciones militares. Cuando se desplaza por el país no lleva mucho séquito, ni material suntuoso para las acampadas, sino que viste y pernocta como un simple general y, aunque disponga de numerosos soldados en su guardia, gasta poco.

Hace acuñar monedas de oro de baja ley, como los ducados que en Italia llaman *bislacchi*, pero como estas monedas son muy grandes, cada una vale un ducado y cuarto italiano. También hace acuñar monedas de plata de baja ley y monedas de cobre de valores y clases diversos.

El país produce poco y la población escasea, pero como constituye una escala entre Europa y Etiopía[27], el rey saca gran provecho de la entrada y salida de mercancías, sobre todo desde que Orán fue ocupada por los cristianos. En ese momento el rey creyó bueno establecer tasas y derechos comerciales para la ciudad de Tremecén que estaba exenta de ellos bajo los reyes precedentes. Tal medida provocó el odio del pueblo. Su hijo, que le sucedió con la intención de mantener también él estos impuestos, fue expulsado de Tremecén y depuesto y para recobrar el reino debió ir a echarse a los pies del emperador Carlos, quien como hemos dicho, le restituyó en el trono. Durante muchos años, en los tiempos en que Orán dependía del reino de Tremecén, ingresaban una renta de trescientos mil e incluso cuatrocientos mil ducados. Pero la mitad, más o menos, se gastaba en subsidios para los árabes y en guardar el reino. A continuación venía la soldada de las tropas y capitanes, y los sueldos de los principales funcionarios de la corte. El rey gastaba también con largueza para su casa y para sus gastos de representación, pues era un soberano muy generoso y acogedor. Pasé varios meses en su corte entre las diversas ocasiones que residí allí y omito numerosos detalles sobre las costumbres y organización de esta corte porque son semejantes a las que os referí a propósito de la corte de Fez, y para no aburriros con una descripción más larga.

Poblado de Hubbed

Hubbed[28] es una ciudad pequeña como un arrabal, a una milla aproximadamente de Tremecén, hacia el sur, en la montaña. Esta población es muy próspera y habitada, en ella residen numerosos artesanos, en su mayoría tintoreros. Allí fue enterrado un gran santo muy reputado; su tumba está situada en una mezquita y se accede a ella bajando una escalera de varios peldaños. Los habitantes de Tremecén y de las tierras circunvecinas veneran mucho a este santo, le hacen votos

27. Evidentemente, se refiere al África negra en general.
28. al-ʿUbbād.

y entregan muchas limosnas por amor de Dios. Se le llama Sidi Median[29]. También hay allí un bellísimo colegio y una alhóndiga para alojar a los extranjeros, edificios fundados por ciertos sultanes Meriníes de Fez, como se puede leer en las lápidas de mármol donde se grabaron sus nombres.

Tefesra

Tefesra es una ciudad pequeña en la llanura, a unas quince millas de Tremecén. Hay numerosos herreros porque cerca de la ciudad existen minas de hierro. Los terrenos circundantes son excelentes para el trigo. Los habitantes de Tefesra son poco refinados, pues su ocupación sólo consiste en trabajar el hierro y transportarlo a Tremecén.

Tessala

Tessala era una ciudad muy antigua edificada por los africanos en una gran llanura que se extiende en unas veinte millas. En esta llanura crece excelente trigo, tan bueno de color como de grosor. Esta planicie, ella sola, casi puede abastecer a Tremecén de trigo. La gente vive allí en tiendas porque la ciudad fue destruida, pero la llanura ha conservado el nombre. También pagan fuertes tributos al sultán.

Provincia de Beni Rasid[30]

Esta provincia se extiende sobre una longitud de unas cincuenta millas de este a oeste y una anchura de aproximadamente 25 millas. Una parte, la situada hacia el sur, es toda llana, la otra, hacia el norte, casi toda formada por colinas, pero ambas tienen muy buenos terrenos de cultivo. La población se divide también en dos partes. La que vive en las colinas, en casas muy decentes edificadas con muros, cultiva los campos y las viñas y se ocupa de otras cosas necesarias para la vida. La otra parte, mucho más noble que la precedente, permanece en el campo, vive en tiendas y cuida de su ganado. Esta gente posee muchos camellos y caballos y viven con mucho desahogo, también pagan cierta renta al rey de Tremecén.

29. Sīdī Bū Median (Abū Madyan Šu'ayb b. al-Ḥasan, nacido en Sevilla en 1126 y fallecido en Tremecén en 1198).
30. Beni Rachid.

Los habitantes de las lomas tienen numerosos pueblos, pero dos son más imponantes que los otros.

Uno se llama Calhat Haoara[31]. Allí se encuentran unas cuarenta casas de artesanos y mercaderes. Está edificado al estilo de una fortaleza en la pendiente de una montaña, entre valles.

El otro se llama El Mohascar[32], allí vive el gobernador por el rey con sus jinetes. En este pueblo tiene lugar un mercado el jueves; se vende gran cantidad de ganado, cereales, pasas, miel y telas del país y otras cosas de menos valor, tales como cuerdas, sillas, bridas y arneses para caballos. En la época en que me encontraba en la región, hube de ir a este mercado a fin de comprar ciertos objetos necesarios para el viaje que entonces hacía camino de Túnez; llegué a caballo al mercado y primero compré unas cuerdas de tienda. Hecha la compra, puse el pie izquierdo en el cuello del caballo para poder contar el dinero sobre la rodilla, solté la brida y torcí la cabeza para pagar la compra; después de pagar, giré la cabeza y puse el pie en el estribo, pero cuando quise tomar la brida ya no la encontré. Miré por todos lados y después llamé al criado para conducir mi montura a casa. Y he aquí que llegaron dos sicarios del alcaide que me dijeron:

"Señor, dos arrieros del gobernador robaron la brida sin saber que erais nuestro huésped, la hemos visto y se la hemos arrancado a la fuerza. Mirad si no os han robado alguna otra cosa". Luego compré lo que necesitaba y regresé a la casa. Durante la comida conté esta historia al gobernador que se echó a reír y me dijo: "No os sorprendáis si nos cuesta trabajo encontrar gente para oficiar de arriero, cometido vil y penoso. Además, les damos un salario irrisorio que no les basta. Así pues, ganen bastante o demasiado poco, empleados por mí o por otros, siempre roban, porque todos los arrieros de nuestra tierra están habituados desde su infancia. Por eso les dejamos robar, tanto peor para el que no desconfía de ellos."

Esta provincia proporciona al rey de Tremecén unos veinticinco mil ducados y le suministra el mismo número de combatientes entre peones y jinetes.

31. Qal'at Hawwāra.
32. al-Mu'askar, Mascara.

Ciudad de Batha

Fue una gran ciudad muy civilizada y poblada, edificada en nuestros tiempos por los africanos; se encuentra en una vasta llanura donde el trigo crece en abundancia y proporciona al rey de Tremecén una renta de unos veinticinco mil ducados, pero fue arrasada en las guerras habidas entre los reyes de Tremecén y algunos parientes que viven en el monte Guanseris. Como éstos tenían el apoyo del rey de Fez, habían ocupado una gran extensión del reino de Tremecén y destruido y quemado las localidades que no podían retener. Por tanto, hoy no se ven de Batha más que los cimientos. Un riacho corre cerca del emplazamiento que ocupó y en sus orillas proliferaban huertos y campos muy fértiles.

Esta llanura quedó completamente deshabitada hasta que un ermitaño al estilo del país vino a establecerse con unos cuantos discípulos que le consideraban santo. Este hombre hizo cultivar las tierras y la cabaña de bueyes, caballos y ovejas se acrecentó de tal manera que ya no la conoce ni él mismo. Ni él ni los suyos pagan tributos al rey, ni a los beduinos, porque como acabamos de decir, se le considera santo. Varios de sus discípulos me dijeron que el diezmo de sus tierras ascendía a 8.000 *roggi* de trigo por año; que tenía unos quinientos caballos y yeguas, diez mil ovejas, dos mil bueyes y que todos los años recibía de diversas partes del mundo de cuatro a cinco mil ducados de ofrendas y limosnas enviadas por distintas gentes porque su fama se ha extendido a toda Asia y África. El número de sus discípulos ha crecido en tales proporciones que quienes viven con él pueden ser unos quinientos. Por esta razón acude a él una multitud infinita de personas. Todos comen a su costa, pero todos le ayudan en alguna cosa en su ermita y en todo el mundo musulmán hay discípulos suyos. El no prescribe ninguna penitencia y no tienen que hacer otra cosa sino las oraciones ordinarias, pero les indica algunos nombres de Dios y les recomienda invocar estos nombres en sus oraciones varias veces al día. Cuando los discípulos han sido instruidos regresan a su casa. Posee cien tiendas, unas para alojar a los extranjeros, otras para sus pastores y otras para su familia. Este bueno y docto ermitaño tiene cuatro esposas y muchas mujeres esclavas que le han dado un tropel de hijos, muchachos y muchachas, que van perfectamente vestidos. Sus hijos tienen también mujeres y niños, de manera que en su propia familia y en las de sus hijos se cuentan más de ciento cincuenta bocas para alimentar.

Este hombre es tan honrado y tan estimado por los árabes que el rey le teme. Yo quise saber quién era y fui a pasar tres días enteros con él. Todas las noches cenamos a solas en una habitación particular. Allí, entre otras cosas, me mostró varios libros de magia y alquimia. Quería probarme que la magia era una ciencia, tanto y tan bien que sospeché que era mago y eso por la simple razón de que le veía tan venerado y tan honrado sin que hubiera hecho o dicho, o inventado ninguna otra cosa sino las oraciones a Dios bajo las advocaciones que señalaba.

La ciudad de Orán

Orán es una gran ciudad, con unos 6.000 hogares. Fundada por los antiguos africanos a orillas del mar Mediterráneo a 140 millas de Tremecén, provista de todos los edificios y establecimientos que caracterizan una ciudad civilizada: mezquitas, colegios, hospicios, baños, hostales. Está rodeada de altas y bellas murallas, una parte de la ciudad en llano, la otra en un emplazamiento montuoso y elevado.

La mayor parte de sus habitantes eran artesanos y tejedores y muchos ciudadanos vivían de sus rentas. Pero no era una ciudad donde reinase la abundancia y allí sólo se comía pan de cebada. Como quiera que sea, la población era amable, benévola y amiga de los extranjeros y muy frecuentada la ciudad por los negociantes catalanes y genoveses; queda todavía una casa llamada la Casa de los Genoveses, donde se alojaban éstos. La gente de Orán siempre fue enemiga del rey de Tremecén y nunca quisieron tolerar a ninguno de sus gobernadores. Sólo aceptaron a un tesorero y a un recaudador para percibir las rentas del puerto. La población elegía un presidente del consejo a cuyo cargo estaban las cuestiones civiles y criminales. Antaño constantemente los mercaderes equipaban fustas y bergantines armados con los que practicaban el corso y asolaban las costas de Cataluña y las islas de Ibiza, Mallorca y Menorca, de manera que la ciudad rebosaba de esclavos cristianos, por lo que Fernando, rey de España, envió una gran flota a pelear con la gente de Orán para liberar a los cristianos de un daño tan grave y repetido. Esta flota fue derrotada a consecuencia de numerosos errores de maniobra.

Meses después el rey, con la ayuda de varios obispos y del Cardenal de España, reunió una armada más fuerte que se apoderó de la ciudad

en un día, porque la población salió al combate en desorden, dejando la ciudad vacía. Sabedores de este extremo los españoles enviaron una parte de su tropa al otro lado de Orán y allí no encontraron otros adversarios que las mujeres, que habían subido a las murallas. Entraron fácilmente en la ciudad mientras el combate se reñía extramuros y salieron de improviso cayendo sobre la retaguardia de los musulmanes. Cuando los moros habían comenzado a retirarse hacia la ciudad al ver ondear en las murallas los estandartes cristianos para expulsar a los que habían penetrado, fueron atrapados entre dos fuegos por los españoles y muy pocos escaparon vivos. Es así como los españoles se apoderaron de Orán, en el año 916 de la Hégira.

Mersalcabir[33]

Es una ciudad chica fundada en nuestros tiempos por los reyes de Tremecén en la orilla del mar Mediterráneo, a varias millas de Orán. Su nombre significa gran puerto, porque allí existe un puerto tal que dudo haya otro parejo en el mundo entero. Cientos de navíos y galeras caben holgadamente al abrigo de toda tempestad o borrasca. Las galeras de Venecia acostumbraban refugiarse allí por el mal tiempo y enviaban sus mercancías a Orán en barcas. Con buen tiempo, iban directamente a la playa de Orán. Esta ciudad fue tomada por la fuerza de las armas por los españoles algunos meses[34] antes que Orán.

Mezzagran[35]

Mezzagran es una ciudad pequeña edificada por los africanos en el mar Mediterráneo. Cerca de ella desemboca en el mar el río Salef. Está muy poblada y bien cuidada, pero los árabes la hostigan mucho. Su gobernador tiene poco poder dentro de la ciudad y menos aún en el exterior.

33. Marsà al-Kabīr, Mazalquivir.
34. En realidad, tres años.
35. Mazagán.

Mustaganin[36]

Es una ciudad edificada por los africanos en el mar Mediterráneo a 3 millas aproximadamente al este de la precedente al otro lado del río. Fue muy civilizada y estuvo muy poblada en tiempos antiguos. Pero desde que el poder de los reyes de Tremecén comenzó a debilitarse sufrió la hostilidad de los árabes, de manera que hoy ha decaído en dos tercios. Sin embargo cuenta 1.500 hogares, posee un bellísimo templo y hay numerosos artesanos que tejen telas. Las casas son bonitas y las fuentes numerosas. Un riachuelo atraviesa la ciudad y mueve molinos de agua. Fuera de la ciudad hay muchos huertos hermosos pero abandonados en su mayor parte. Todos los terrenos del alfoz son fértiles y buenos para el cultivo. Existe un fondeadero chico donde recalan a menudo barcos de Europa, pero hacen pocos negocios porque los habitantes son muy pobres.

Bresch

Es una ciudad antigua edificada por los romanos en el Mediterráneo a muchas millas de la precedente, muy poblada por gente tosca que, en su mayor parte, teje telas. Son hombres ágiles y gallardos como leones. Cada uno de ellos acostumbra hacerse tatuar una cruz negra en las mejillas y una en la mano, en la palma, bajo los dedos. Todos los montañeses de Argel y Bugía conservan esta costumbre. Los historiadores africanos cuentan que una infinidad de tierras, costas, montañas estuvieron en poder de los godos y muchos moros se convirtieron al cristianismo. Los reyes godos dieron orden de no obligar a pechar a los cristianos y a la hora de recaudar, todos pretendían ser cristianos y los godos[37], que no sabían el idioma y carecían de experiencia en la tierra, no podían reconocer a quienes verdaderamete lo eran, así pues se ordenó a los cristianos tatuarse con estas cruces. Cuando los godos perdieron el poder todo el mundo volvió a la fe mahometana, sin embargo, con el paso del tiempo, la costumbre del tatuaje subsistió e infinidad de personas ya no saben la razón. Los señores de Mauritania, lo mismo que las gentes de baja condición, conservan el uso de hacerse una cruz en la mejilla con la punta de un cuchillo y en Europa se ven algunas personas que hacen lo mismo.

36. Mostaganem.
37. Vándalos.

La ciudad de Bresch vive en la abundancia, sobre todo de higos. En torno a ella un hermoso campo produce lino y cebada en gran cantidad. La población es aliada y amiga de los montañeses vecinos y gracias a su apoyo ha podido defenderse durante cien años y permanecer libre del tributo hasta los tiempos del turco Barbarroja que le impuso una dura contribución. Mucha gente de Bresch transporta higos y lino por mar a Argel, a Bugía y Túnez, de lo que sacan un buen beneficio. En la ciudad quedan muchos vestigios de edificios y construcciones de los romanos y con los materiales de las ruinas están hechas las murallas.

La ciudad de Sersel[38]

Es una grandísima y muy antigua ciudad fundada por los romanos a orillas del Mediterráneo. Su contorno fue antiguamente de unas 8 millas, longitud de su elevadísima muralla edificada con enormes piedras talladas. Cerca del mar hay un templo muy alto cuyo ábside existe hoy día, completamente recubierto de mármol en el interior. En tiempos había sobre un gran peñasco una ciudadela desde donde se podía vigilar el mar en una vasta extensión. Hermosas y buenas tierras de cultivo rodean la ciudad, aunque ésta fuese muy devastada por los godos, una parte de ella estuvo muy poblada bajo la dominación mahometana; lo cual duró unos quinientos años. Luego, durante las guerras entre los reyes de Tremecén y los de Túnez, fue abandonada y quedó deshabitada durante cerca de trescientos años hasta la toma de Granada por los cristianos. Entonces, muchos granadinos vinieron aquí, reedificaron una buena parte de las casas y la ciudadela y cultivaron las tierras. Después construyeron muchos barcos para navegar mientras se dedicaban al cultivo de la seda, pues habían encontrado una cantidad infinita de moreras blancas y negras. Esta gente prosperó de día en día de suerte que llegaron a ocupar doscientas casas. Sólo se han sometido a Barbarroja, al que no entregaban, sin embargo, más de trescientos ducados de tributo al año.

38. Cherchel.

Meliana[39]

Meliana es una grandísima ciudad antigua edificada por los romanos, que ellos llamaron Magnana, pero los árabes corrompieron el nombre. Está situada en la cumbre de una montaña, a unas 40 millas del mar, es decir de Sersel. La montaña sobre la que fue edificada rebosa de manantiales y la cubren nogales hasta el punto de que no se compran las nueces y ni siquiera las recogen. Altas murallas antiguas rodean a la ciudad. Por un lado, la peña domina un valle muy profundo; por otro existe una pendiente que parte de la cumbre de la montaña y hace pensar en Narni, ciudad próxima a Roma. Las casas de Meliana están cuidadas y todas provistas en el interior de bellas fuentes. Casi todos los habitantes trabajan de artesanos, ya tejedores, ya torneros. Estos hacen recipientes muy bonitos de madera. Mucha gente también se ocupa de trabajar la tierra.

Todos vivían libres hasta los tiempos de Barbarroja en que hizo sus tributarios a los habitantes de Meliana.

La ciudad de Tenez[40]

Ciudad muy vieja edificada en la Antigüedad por los africanos en la pendiente de una montaña a algunos pasos de distancia del Mediterráneo, rodeada por una muralla tiene una numerosa población muy tosca. Estuvo siempre sujeta al rey de Tremecén, pero cuando murió el sultán Mahumet, el abuelo de éste que reina hoy, dejó tres hijos. El primogénito se llamaba Abu Abdilla, el segundo Abu Zeiien[41] y el tercero Iahia. El primogénito sucedió a su padre y los otros dos, con algunos principales de Tremecén urdieron una conspiración para asesinarlo, pero esta traición fue descubierta y Abu Zeiien detenido y apresado. Pero después de que el pueblo hubiera expulsado al rey Abu Chemmu, Abu Zeiien recobró la libertad y corona hasta el día en que fue muerto por Barbarroja, como hemos dicho más arriba. El tercer hermano había huido a Fez a ponerse en manos del sultán y llamado por la población de Tenez fue proclamado rey y reinó allí varios años. A su muerte dejó el reino a su hijo, joven también expulsado por Barbarroja. Es por lo que tuvo que ir a

39. Milyāna.
40. Tenes.
41. Abū 'Abd Allāh, Abū Zayyān y Yaḥyà.

España a encontrar a su Majestad Cesárea el emperador Carlos, que entonces sólo era rey de España y que prometió ayudarle, pero fue tan lento en cumplir su promesa que este señor de Tenez se hizo bautizar, así como un hermano menor, y ambos permanecieron en España con una buena renta del emperador. Así Tenez pasó a manos de un hermano de Barbarroja[42]. No hay rastro de civilización en la ciudad. Se cosecha mucho trigo y se produce mucha miel en el territorio, pero de otras cosas no produce casi nada.

Ciudad de Mazuna

Mazuna es ciudad antigua, edificada, según algunos, por los romanos, a unas 40 millas del mar, de superficie extensa y muros fuertes, sus casas son feas y pobres. Hay una aljama y algunas mezquitas. En verdad que en tiempos antiguos fue ciudad muy civilizada, pero a menudo la saquearon tanto los reyes de Túnez como los rebeldes. Su última ruina vino tras la dominación de los árabes[43], de manera que hoy pocos habitantes permanecen allá. Son tejedores o trabajadores del campo y pobres porque los árabes les esquilman sin piedad. Los terrenos de cultivo son buenos y productivos. Cerca de la ciudad se ven muchas localidades en ruinas edificadas por los romanos. No conocemos sus nombres, pero se reconoce su origen romano por la cantidad considerable de inscripciones grabadas en estelas de mármol. Nuestros historiadores de África no lo mencionan.

Gezeir, es decir Argel[44]

Gezeir quiere decir las islas. Esta ciudad se llama así por hallarse próxima a las islas de Mallorca, Menorca e Ibiza[45]. Pero los españoles la llaman Argel. La ciudad es antigua y fue edificada por una tribu africana llamada Mezganna, por lo que entre los antiguos se denominaba así[46]. Es muy grande y cuenta unos 4.000 hogares. Sus murallas son espléndidas y fuertes, construidas con gruesas piedras. Posee bellas

42. Jayr ad-Dīn.
43. Se refiere a los beduinos hilālīes de los que ya hemos hablado, vid. notas 60, 66, 72 de la I[a] Parte.
44. al-Ŷazā'ir, en árabe.
45. El topónimo se debe a unos islotes rocosos próximos y frente a la ciudad, hoy día unidos a tierra y que sirven de cierre al puerto de Argel.
46. El emplazamiento romano se denominaba Icosium.

casas y mercados muy ordenados en los que cada gremio dispone de su emplazamiento particular. Allí se encuentra también buen número de alhóndigas y baños. Entre otros edificios se observa una soberbia aljama situada orilla del mar y delante del templo una magnífica explanada bajo la misma muralla de la ciudad, al pie de la cual baten las olas. Alrededor de Argel se ven numerosos huertos y terrenos plantados con árboles frutales. Cerca de la ciudad, por el lado este[47], pasa un río donde hay molinos y el caudal sirve para cubrir las necesidades de la ciudad. Las llanuras de la región son muy hermosas, sobre todo una dicha Mettegia[48] cuya longitud es de cerca de 45 millas y una anchura de 36, donde crece trigo abundante y de primera calidad.

Argel estuvo mucho tiempo bajo la autoridad de Tremecén, pero después de que se independizó un nuevo soberano en Bugía, se entregó a este rey, por estar más próximos del reino de Bugía. La gente de Argel viendo que el sultán de Tremecén no podría llevarles socorro y que el de Bugía podría hacerles mucho daño enviaron a éste último sumisión y tributo, pero permanecieron casi libres. Luego armaron en corso algunos barcos y se hicieron corsarios, hostigando las islas de Ibiza, Mallorca y Menorca, así como las costas de España.

El Rey Católico Fernando envió una flota considerable para asediar Argel y construyeron en un islote, justo enfrente de la ciudad, una bella y gran fortaleza tan próxima que el tiro de las armas de fuego alcanzaba la tierra y, lo que es mejor, el tiro de la artilleria pasaba por encima de la ciudad, de una muralla a la otra, resultando que la gente de Argel se vio obligada a enviar una embajada a España para proponer una tregua de diez años mediante un cierto tributo, lo que el rey les concedió, permaneciendo en paz algunos meses.

Entonces Barbarroja vino a sitiar a Bugía y, habiendo tomado una de las fortalezas construidas por los españoles, llevó el asedio delante de la otra. Pero no condujo a nada porque todas las cabilas de la montaña que habían acudido en su ayuda marcharon sin su permiso en el momento de la siembra y muchos soldados turcos hicieron lo mismo. Barbarroja hubo de huir, pero antes de partir, prendió fuego a doce grandes fustas que estaban en el río a 3 millas de Bugía. Se refugió con cuarenta de sus familiares turcos en el castillo de Gegel[49], que está a

47. En realidad, oeste.
48. Mittīŷa.
49. Yiyelli.

60 millas de Bugía y se quedó allí algún tiempo. En el ínterin murió el Rey Católico y la población de Argel quiso romper la tregua y liberarse del tributo que entregaba a España. Considerando el gran valor militar de Barbarroja y su aptitud para conducir la guerra contra los cristianos le llamaron y nombraron su capitán, pero como Barbarroja tuviera malas relaciones con un personaje que se había hecho señor de Argel, lo mató a traición en una estufa. Este señor era el emir de los árabes que viven en la llanura de Mettegia, se llamaba Selim Etteumi, de la tribu de los Tehaliba, rama de los árabes Machel[50]. Cuando Bugía fue ocupada por los españoles[51], este príncipe de los árabes se proclamó señor de Argel y conservó el poder varios años hasta la llegada de Barbarroja. Después del asesinato de Selim, Barbarroja se autotituló rey y mandó acuñar moneda. Todas las poblaciones vecinas le prometieron obediencia y enviaron tributos. Tal fue el origen del poder y grandeza de Barbarroja.

Yo me encontraba presente durante la mayor parte de estos acontecimientos, por estar de viaje entre Fez y Túnez. Me alojé en casa del embajador, que se envió a España y que había traído a su regreso unos tres mil manuscritos árabes comprados en Sativa[52], ciudad del reino de Valencia. Salí de Argel para ir a Bugía donde encontré a Barbarroja en el asedio de la fortaleza y me quedé con él para ver el final de su empresa hasta el momento en que huyó hacia Gegel. Así pues marché dirigiéndome a Constantina para ir a Túnez. En este momento me dijeron que habían matado a Barbarroja en Tremecén y nombrado señor de Argel a uno de sus hermanos llamado Cairedin[53], el cual gobierna aún en la actualidad.

Me dijeron que el emperador Carlos tuvo dos veces la intención de apoderarse de Argel enviando en dos años diferentes una flota contra la ciudad. La primera fue derrotada y naufragó en su mayor parte en la rada de Argel. La segunda pudo desembarcar sus tropas que durante tres días libraron combates incesantes, pero los cristianos fueron vencidos: unos perecieron, otros cayeron cautivos y fueron convertidos en esclavos de Barbarroja, de manera que pocos escaparon. Eso ocurrió en el año 922 de la Hégira[54].

50. Salīm at-Tūmī, tribu Taʿ liba, rama de los Maʿqil.
51. Enero de 1510.
52. Játiva, Šāṭiba en árabe.
53. Jayr ad-Dīn. La muerte de ʿArūŷ Barbarroja tuvo lugar en 1518, cuando Juan León estaba en Oriente, por lo cual no cuadran las fechas.
54. 1516.

La ciudad de Tegdemt

Esta ciudad es muy antigua y la fundaron los romanos según se dice. Los africanos le dieron este nombre porque la palabra significa "antigua". Tiene 10 millas de contorno, como se comprueba por los cimientos de la muralla. Allí todavía se ven las ruinas de dos grandes templos donde se adoraban ídolos. Tras caer en poder de los mahometanos floreció en ella la civilización y abundaron los sabios y los poetas. Tuvo por señor a un hermano del padre de Idrís, el fundador de Fez. Su familia detentó el poder unos ciento cincuenta años. Después Tegdemt fue arrasada por la guerra que le hizo el califa hereje de Cairuán en el año 365 de la Hégira. Ahora no se ven sino vestigios de cimientos, como yo mismo comprobé.

Medha[55]

Es una ciudad edificada por los africanos en los confines de Numidia, a 80 millas aproximadamente del Mediterráneo. Está situada en una fértil y bellísima llanura circundada por varios ríos y huertos. Sus habitantes son ricos porque comercian con Numidia. Visten bien y se alojan en bonitas casas.

Sin embargo, los beduinos los agobian con exacciones. Como están alejados de Tremecén casi 200 millas, el rey no puede ni defenderlos, ni gobernarlos. Mediia *(sic)* estuvo en poder del señor de Tenez, a continuación de Barbarroja, después de su hermano. Permanecí unos dos meses en la ciudad, que fueron memorables y gratos, siendo más honrado que el señor de la ciudad. En efecto, cuando pasa un extranjero por allá, los habitantes lo retienen casi por la fuerza con ruegos y amabilidades para arreglar sus litigios, dejar constancia de sus actos y darles consejos en los pleitos. De manera que en estos dos meses gané algunas decenas de ducados, tanto en mercancías como en dinero y ganado, hasta el punto de que casi tuve intención de quedarme en esta ciudad, pero me vi obligado a renunciar por lo que mi señor me había encargado.

55. Medea.

Temendfust

Temendfust es una población antigua edificada por los romanos a orillas del Mediterráneo a unas doce millas de Argel. Tiene un buen puerto del que se sirve la gente de Argel, pues éstos no tienen y sólo disponen de una playa. Esta ciudad fue arrasada por los godos. Casi toda la muralla de Argel se reconstruyó con piedras arrancadas de Temendfust.

Tedelles[56]

Tedelles es un pueblo antiguo, edificado por los africanos a unas 36 millas a orillas del Mediterráneo. Está rodeado de antiguas y fuertes murallas. Sus habitantes son en su mayor parte tintoreros porque por allí corren varias fuentes y arroyos. La gente es amable y lleva una vida feliz. Casi todos saben tocar muy bien el laúd y el arpa. Tienen muchas tierras de cultivo buenas para el trigo. Todos se visten bien, como los ciudadanos de Argel; acostumbran a pescar con red y consiguen mucho pescado que no se vende ni se compra, se da a quien lo quiere. Tedelles siempre ha hecho lo mismo que Argel, tanto el gobierno como el señorío.

Montes del Reino de Tremecén

Beni Iezneten, montaña

El monte de los Beni Iezneten está a unas cincuenta millas al oeste de Tremecén; por un lado limita con el desierto de Garet, por el otro con el de Angad. Se extiende en una longitud de unas 25 millas y una anchura de 15 millas. Es muy áspero, elevado y fragoso y cubierto de numerosos bosques que producen gran cantidad de algarrobas las cuales constituyen el principal alimento de los habitantes pues sólo disponen de algo de cebada. En esta montaña hay numerosos pueblos habitados por gente valiente y animosa.

En la cumbre de la montaña se encuentra una fortísima ciudadela donde residen los señores del país, aunque combaten a menudo entre ellos, queriendo todos mandar. Yo tuve relación amistosa con

56. Dellys.

estos señores que conociera en la corte de Fez y que me honraron en gran manera. En este monte se pueden reclutar unos diez mil combatientes.

Matgara, montaña

Es monte muy alto y frío, pero poblado, a unas 6 millas de Nedroma. Los habitantes son valientes pero pobres, porque en su montaña no crece más cereal que la cebada. Sin embargo, también se dan las algarrobas en gran cantidad. La población de Nedroma y estos montañeses están muy unidos para apoyarse mutuamente contra el rey de Tremecén.

Gualhasa[57], montaña

Este elevado monte se halla próximo a la ciudad de Hunain y habitado por una tribu bravía pero rústica que guerrea la mayoría de las veces contra la población de Hunain y ha saqueado esta ciudad. Allí crece poco trigo, pero sí muchas algarrobas.

Agbal, montaña

Este monte lo habita una población vil sometida al gobierno de la ciudad de Orán. Sus habitantes son todos labradores y leñadores que llevan la madera a Orán. En los tiempos en que Orán pertenecía a los moros, esta gente vivía con desahogo, pero después de la toma de la ciudad por los cristianos, cayeron en extrema pobreza y de continuo sufren de estos últimos nuevos perjuicios.

Beni Guerenned[58]

Este monte, situado a 3 millas de la ciudad de Tremecén, está muy poblado y produce mucha fruta, sobre todo higos y cerezas. Sus habitantes son carboneros, leñadores y labradores, de manera que de esta montaña salen doce mil ducados de renta al año, según me dijo el secretario del rey de Tremecén.

57. Walhasa.
58. Beni Ournid.

Magraua, montaña

Esta otra montaña se extiende unas 40 millas a lo largo del Mediterráneo, cerca de Mustuganin, ciudad de la que hemos hablado más arriba. Sus habitantes son nobles y valientes; poseen buenas tierras y son, además, muy corteses y generosos.

Beni Abusaid[59], montaña

Este monte está próximo a Tenez, muy poblado por gente de brutalidad extrema pero valiente. Tienen una gran cantidad de miel, cebada y cabras. Llevan la cera y las pieles a la playa de Tenez para venderlas a los mercaderes europeos; pagaban un pequeño tributo al rey de Tenez cuando sus parientes dominaban el país.

Guanseris[60], montaña

Este es monte muy elevado, habitado por una noble cabila que hizo varias veces la guerra a los reyes de Tremecén. Gracias al apoyo de los reyes de Fez, estas guerras duraron más de sesenta años. El monte dispone de un suelo excelente para el cultivo y abunda en manantiales. En su cumbre, que es muy árida, se encuentra gran cantidad de tocía. Aquí se pueden aprestar alrededor de veinte mil guerreros de los que dos mil quinientos son jinetes. Los habitantes del lugar son quienes ofrecieron su ayuda al príncipe Iahia, a quien se proclamó rey de Tenez, pero desde que el principado de Tenez cambió de señores, los jinetes de esta montaña se dedicaron a hacer incursiones por el país.

Montes del Principado de Argel

Al este y al sur de la llanada de Argel, en los confines del llano, una infinidad de montañas están habitadas por tribus valientes, exentas de todo impuesto y sobre todo muy ricas y generosas. Gozan de excelentes terrenos de cultivo, mucho ganado y gran número de caballos. Muy a menudo andan en guerra entre ellos, de modo que nadie, sea de la tierra o extranjero, puede pasar seguro sin ir acompañado de un religioso. Estas gentes hacen entre ellos ferias y mercados donde sólo se encuentran animales, cereales, lana y algún producto de botica traído de las ciudades cercanas.

59. Beni Abū Saʿīd.
60. Ouarsenis, Wanšarīš.

Quinta Parte

Reino de Bugía y Túnez

Cuando, al principio de la obra, dividí la Berbería en reinos, creí deber contar el emirato de Bugía como reino. Luego he considerado el problema con detalle, comprobando que Bugía sólo había sido sede de un reino desde hacía poco y que, de modo natural, el gobierno de la ciudad corresponde al soberano de Túnez. Pero ocupada y largo tiempo poseída por los reyes de Tremecén, hasta que Abu Feriz, rey de Túnez, sintiéndose poderoso, llevó una expedición con su ejército convirtiéndose en señor de Bugía y obligando al sultán de Tremecén a pagarle tributo. Abu Feriz[1] dejó a uno de sus hijos como gobernador y señor de Bugía tanto para garantizar mejor la seguridad de la ciudad como para evitar las discordias que habrían podido nacer entre sus hijos a su muerte. A uno, como acabo de decir, entregó Bugía: éste se llamaba Habdulhaziz. A otro llamado Hutmen dejó el reino de Túnez y éste último reinó cuarenta años. El tercero, llamado Hammare, tuvo el mando del País de las Palmas y se rebeló contra su hermano Hutmen, rey de Túnez, quien le persiguió hasta prenderlo en la ciudad de Asfacos[2]. El mismo rebelde eligió su castigo: tras arrancarle los ojos lo devolvieron a Túnez donde vivió ciego largo tiempo. El príncipe de Bugía permaneció siempre obediente para con su hermano. La familia del príncipe de Bugía detentó el poder mucho tiempo hasta que el rey Fernando se la arrebató gracias a las armas y el valor de Pedro Navarro.

1. Abū Fāris ʿAbd al-ʿAzīz se apoderó de Tremecén en 1424.
2. Sfax.

La gran ciudad de Bugía

Bugía es urbe antigua fundada, como piensan algunos, por los romanos[3] en la ladera de una altísima montaña a orillas del Mediterráneo. Esta ciudad, rodeada de altas y fuertes murallas, cuenta unas 8.000 familias, quiero decir en su parte habitada, pues si estuviera del todo edificada tendría más de 24.000. Se extiende de tal manera en anchura por la falda de la montaña que es cosa verdaderamente increíble. Todas sus casas son bonitas y hay muchas mezquitas, y colegios, donde los estudiantes abundan, así como los profesores de derecho y ciencias. Se encuentran también cenobios para los religiosos mahometanos, baños, alhóndigas, hospicios, todos edificios hermosos bien construidos. Sus mercados son igualmente bellos y muy ordenados, aunque sea cierto que la ciudad está toda en cuesta, de manera que no se puede dar un paso sin verse obligado a subir o bajar. Junto a la montaña hay una gran fortaleza de sólidos muros, adornada con tantos mosaicos, escayolas recortadas y maderas talladas decoradas con maravillosas pinturas azul marino que estas obras de arte valen más que la construcción misma.

Los habitantes de Bugía fueron muy ricos porque armaban numerosas fustas y galeras que enviaban a saquear las costas de España. De ahí proviene la decadencia de la ciudad, porque enviaron al conde Pedro Navarro para apoderarse de ella. La gente vive pobremente pues los terrenos de cultivo son demasiado áridos para producir cereales, pero están repletos de frutas: hay alrededor de la ciudad infinidad de huertas pobladas con árboles frutales; estos huertos son sobre todo numerosos por el lado de la puerta que mira al este. El país es de ásperas montañas cubiertas de bosques donde pululan monos y leopardos.

Los habitantes de Bugía son hombres agradables. Les gusta pasar alegremente el tiempo y todos tocan música y bailan; los señores en particular, que nunca han declarado la guerra a nadie. Incluso se muestran tan poco valerosos que cuando el conde Pedro Navarro vino con algunos navíos de transporte, toda la población con el rey a la cabeza, huyó a la montaña llevándose cuanto poseían y sin casi desenvainar un sable. El conde Pedro se apoderó de la ciudad y la saqueó, luego hizo edificar inmediatamente una fortaleza cerca del mar, en un lugar donde hay una buena playa. Fortificó también una vieja

3. Romana Saldae, Beŷāya en árabe.

ciudadela, igualmente próxima al mar por la parte de las atarazanas. Seis años más tarde el turco Barbarroja intentó arrebatar la ciudad de manos de los cristianos y acampó ante ella con mil soldados turcos y atacó la alcazaba, que tomó y reforzó. Todas las cabilas de los pueblos vecinos habían acudido en ayuda de Barbarroja, quien pretendió apoderarse de la otra fortaleza, cerca de la playa. Pero en el primer ataque perecieron cien turcos de los más valientes y cien montañeses, de manera que las tropas ya no quisieron reemprender el combate y Barbarroja debió huir al castillo de Gegel, como se dijo más arriba.

Gegel[4], castillo

Es un castillo antiguo, edificado por los africanos a orillas del mar, en un alto peñón, a aproximadamente 70 millas de Bugía. Cuenta con unas 500 familias y las casas son muy bellas. Los hombres son valientes, generosos y fieles, todos labradores, pero trabajan terrenos ásperos y sólo buenos para la cebada y el lino, así como para el cáñamo, que crece en gran cantidad. Igualmente hay muchas nueces e higos que se transportan a Túnez en barquichuelos. Este castillo siempre había conservado su libertad, a pesar de los reyes de Bugía y Túnez por ser inexpugnable. Sin embargo, esta gente se sometió de grado a Barbarroja, quien no les impuso sino el diezmo sobre granos y frutos, cosa que siempre fue lícita y acorde con el derecho consuetudinario. Dejó como representante en el castillo a un solo comisionado.

Mesila[5], ciudad

Es ciudad antigua, edificada por los romanos en los confines del desierto de Numidia, tierra adentro, a unas 140 millas de Bugía. Sus murallas son bellas, pero las casas feas. Todos los habitantes laboran de artesanos o labradores. Van mal vestidos, por su pobreza, ya que sus ganancias las usurpan sus vecinos árabes y porque el rey de Bugía les ha cargado mucho con impuestos. En los tiempos que pasé por Mesila, quedé estupefacto de la miseria que reinaba allí, tal que apenas si pude encontrar cebada para dos caballos por una noche. Si hubiera quedado una noche más, no habría podido encontrar otro tanto, a causa de la pobreza y escasez que reinaban en el lugar.

4. Yiyel, Djidjelli.
5. Msila.

Stefe[6]

Stefe, es una ciudad edificada por los romanos a 60 millas al sur de Bugía, allende las montañas, en una bellísima llanura. A la ciudad rodean murallas de hermosas y grandes piedras talladas en cubos. Antiguamente fue muy civilizada y poblada, pero decayó desde la llegada de los mahometanos, sobre todo cuando aparecieron los beduinos, que arrasaron parte de sus murallas. No han quedado allí más de cien casas habitadas, pero su vasto emplazamiento subsiste todavía, así como observé yendo de Fez a Túnez.

Necaus

Necaus es una ciudad que limita con Numidia. Fue edificada por los romanos a unas 180 millas del Mediterráneo y a 80 millas aproximadamente de Mesila. Rodeada por fuertes y antiguas murallas, un río pasa cercano y, en sus orillas, se encuentran plantaciones de higueras y nogales. Los higos de la tierra tienen fama de ser los mejores del reino de Túnez. Se llevan a Constantina que dista 80 millas. Alrededor de Necaus hay llanuras, todas buenas para el trigo. Los habitantes son ricos, honestos y generosos. Visten con dignidad, como los ciudadanos de Bugía; la comunidad posee una casa habilitada de fonda para alojar a los forasteros. También hay un colegio para los estudiantes a los cuales se acostumbra a vestir costeándoles los gastos. Un hermoso templo muy espacioso dispone de todo cuanto precisa. Las mujeres son bonitas, de tez blanca, cabellos negros y brillantes porque frecuentan mucho los baños y porque van muy arregladas. En general, las casas sólo tienen un piso bajo, pero no son por ello menos placenteras y agradables porque todas poseen un jardín lleno de variadas flores, en particular rosas de Damasco, mirtos, violetas, camomilas, claveles y otras flores igualmente gratas. Casi todas estas casas tienen fuente. Del otro lado del jardín asoman bellos emparrados que dan, en verano, sombra muy fresca y agradable en torno a la parte cubierta de la casa. De ello se deduce que quien entra en Necaus marcha a disgusto, hasta tal punto la gente ahí es hospitalaria y acogedora.

6. Setif, Sitifis romana.

Reino de Bugía y Túnez

El Collo[7], ciudad

El Collo es una gran ciudad también edificada por los romanos a orillas del Mediterráneo, al pie de una altísima montaña.

Carece de recinto amurallado, puesto que los godos lo demolieron y los mahometanos, cuando gobernaron la ciudad la dejaron como la habían encontrado. Sin embargo, es ciudad civilizada, llena de artesanos, con habitantes amables y generosos. Hacen un buen comercio porque sacan de sus montañas mucha cera y tienen gran cantidad de pieles. Cambian estos productos por las mercancías que traen los genoveses a su puerto. Los terrenos de cultivo son productivos, pero están en la montaña. La población vive en libertad: siempre se defendió contra el rey de Túnez y el de Constantina porque entre Constantina y El Collo hay altísimas montañas y una distancia de 120 millas. La mitad del territorio de El Collo lo componen montañas habitadas por hombres muy valientes. No hay en toda la costa del reino de Túnez ciudad más rica que ésta. En efecto, comienza por ganar, en su comercio con los genoveses, el doble del doble del valor de lo que ella les vende. Después revende al detalle en las montañas vecinas las mercancías que le han proporcionado los genoveses y saca de ello un beneficio enorme.

Sucaicada[8]

Es una ciudad muy antigua fundada por los romanos a orillas del mar, aproximadamente a 35 millas de Constantina; en otros tiempos arrasada por los godos. Pero como el puerto es bueno el señor de Constantina hizo construir allí alojamientos y tiendas para los genoveses que comerciaban en el país. Igualmente hizo instalar un pueblo en la cumbre de una montaña vecina donde la atalaya informa sobre los navíos que se dirigen hacia el puerto. Los montañeses de Sucaicada comercian mucho con los genoveses, con quienes truecan trigo por telas y otros productos de Europa. Entre este puerto y Constantina existe un camino pavimentado con piedras negras, como se ven algunas en Italia llamadas vías romanas. Es un gran argumento a favor de la versión de la construcción de Sucaicada por los romanos.

7. El-Kull árabe.
8. Skikda.

Constantina, ciudad

Constantina es ciudad antigua fundada por los romanos, extremo imposible de negar a la vista de la vetustez de sus murallas altas, espesas, de piedras de cantería ennegrecidas. Se halla en un alto cerro y, por el lado sur, está rodeada de altos peñascos al pie de los cuales pasa un río llamado Sufegmare. La otra orilla de este río está igualmente bordeada de roquedales, de manera que la profunda garganta existente entre estos dos farallones sirve de foso a la ciudad, pero es mucho más útil que un foso. Al norte la ciudad posee solidísimas murallas y, además, allí se encuentra la cima del monte, de suerte que para entrar en Constantina sólo hay dos senderos estrechos, uno al este, otro al oeste. Las puertas de la ciudad son bellas, grandes y bien guarnecidas de hierro.

Constantina, a juzgar por sus dimensiones, puede contar 8.000 familias, dispone de grandes recursos y es lugar avanzado, con casas bonitas, edificios nobles, tales como la gran aljama, dos colegios y tres o cuatro cenobios[9]. En los mercados, numerosos y ordenados, los gremios están separados entre sí.

Los hombres son valientes y belicosos, sobre todo los artesanos. Hay gran número de mercaderes dedicados al comercio de tejidos de lana del país. Algunos comerciantes también despachan aceite y seda para Numidia, así como telas. Todo se vende por trueque a cambio de dátiles y esclavos. En ninguna ciudad de Berbería los dátiles son tan baratos como en Constantina, donde se pueden obtener ocho o diez libras por tres *baiocchi*. Por otro lado, las gentes de Constantina economizan en el vestido y son orgullosos y de rudo entendimiento. Los sultanes de Túnez acostumbraban entregar Constantina a su hijo primogénito, pero el soberano actual la puso en manos ya de uno ya de otro de sus hijos. Primero la confió al príncipe heredero quien, pretendiendo hacer grandísimas cosas, partió con su ejército contra los beduinos, pero en su primera expedición fue muerto por los árabes y todo su ejército destruido. El rey dio luego la ciudad a otro de sus hijos llamado Habdulhaziz[10], joven injusto y brutal, siempre borracho, y que acabó por morir de un cáncer que le corroía los costados.

9. De nuevo se refiere a las *zāwiyas*, que no son exactamente conventos; sobre el particular véase la descripción que Ibn Baṭṭūṭa ofrece de los de El Cairo (p.134).
10. ʿAbd al-ʿAzīz.

Después la confió a otro de sus hijos, muchacho demasiado joven además de tiñoso, homosexual, borracho sin ambages y arbitrario. El pueblo se sublevó asediándole en la alcazaba hasta que su padre envió algunos oficiales que lo llevaron encadenado a Túnez. Su padre le hizo echar a una prisión y le obligó a pagar una multa de cincuenta mil *duppuli*[11]. A continuación, el sultán mandó a Constantina a un gobernador, hombre de bien e hijo de un alto funcionario real llamado Fereh, también renegado cristiano y a quien el rey siempre había empleado en los negocios más graves de servicio y administración. La población quedó contenta con este lugarteniente, hombre honesto y prudente en su gobierno.

En Constantina, por el lado oeste[12], existe una ciudadela grande y sólida edificada en los tiempos de la fundación de la ciudad, pero cuyos baluartes se reforzaron por orden de un lugarteniente del rey actual, un renegado cristiano natural de Provenza llamado el caíd Nabil. Este era hombre de gran inteligencia y sembró tales intrigas entre la población de Constantina que la manejó como quiso. Igualmente entró en negociaciones con los nómadas vecinos de la ciudad, y pese a ser éstos los más nobles y valientes árabes que había en África, debieron mantenerse alerta. Así, una vez, apresó al jeque de estos árabes, capitán de cinco mil jinetes y a sus hijos, nietos y hermanos y no permitió salir a este árabe sin que antes le dejara a tres de sus hijos como rehenes en la alcazaba de Constantina. Luego, Nabil concibió tal soberbia que hizo acuñar moneda con su propio nombre y que resultó mejor que la del rey. Informado el soberano, convocó a Nabil que, no queriendo ir a Túnez en persona, envió gran cantidad de dinares y un espléndido regalo. El rey calló porque nada podía hacer, pero Nabil acabó cometiendo tantas injusticias contra el pueblo que se rebelaron cuando se encontraba en Numidia asediando una ciudad llamada Pescare[13]. Sabedor de la insurrección volvió directamente a Constantina pero le cerraron las puertas y se vio obligado a acudir a Túnez en petición de socorro al rey, quien le encarceló nada más llegar exigiéndole un rescate de cien mil ducados. Fuera ya de la prisión y con la ayuda del sultán, regresó a sitiar Constantina y en ella entró, tras varios días por la fuerza del ingenio y de las armas.

11. Doblas o dinares tunecinos.
12. Quiere decir el norte.
13. Biskra.

Entonces hizo ejecutar a gran cantidad de los principales de la ciudad, con lo cual el pueblo se rebeló de nuevo y Nabil quedó cercado en la ciudadela combatiendo a diario contra los asaltantes, pero muchos de los suyos perecieron y él cayó en tal pena y melancolía que enfermó muriendo[14] al cabo de unos días. La gente de la fortaleza rindió ésta al pueblo que saqueó el palacio del gobernador encontrando objetos de gran valor y unos doce mil *roggi* de trigo así como trescientos hermosos caballos. Después de estos acontecimientos, el rey envió un representante a Constantina para explicar al pueblo que Su Majestad les había perdonado todas sus injurias. La población se contentó pero ya no quisieron que en adelante el rey designara gobernador. Por ello, envió sucesivamente a cada uno de sus hijos, como se dijo más arriba.

Los terrenos de cultivo del alfoz son todos buenos y fértiles y su rendimiento alcanza el treinta por uno. También existen hermosísimos huertos en la llanura, a lo largo del río, pero no producen mucho fruto porque no saben cultivarlos. Extramuros se ven varios nobles edificios antiguos y, a una milla y media aproximadamente de la ciudad hay un arco de triunfo semejante a los de Roma. Pero el vulgo, por necedad, cree que hubo allí un palacio habitado por genios a los cuales los mahometanos expulsaron cuando vinieron a habitar el país.

Cerca del río, bajo el roquedal, hay una escalera tallada a pico en la roca para descender, y al borde del agua, una galería abovedada igualmente excavada a mano, de suerte que el techo, las columnas y el suelo son de una sola pieza. Las mujeres de la ciudad acostumbran a lavar allí su ropa.

A unos tres tiros de piedra de la ciudad hay un estanque natural formado por una fuente de agua caliente que brota entre grandes piedras; allí hay gran cantidad de tortugas que las mujeres consideran espíritus malignos. Cuando casualmente una mujer contrae calenturas o alguna enfermedad ella dice que es culpa de las tortugas y, como remedio, mata en seguida una gallina blanca y la pone en un cacharro con todas sus plumas para después de haber atado alrededor de la vasija varias velas de cera, llevarla a la fuente y dejarla allí, pero no faltan compadres que cuando ven a una mujer camino de la fuente con el cacharro y la gallina, la siguen y, después de irse ella cogen la olla, cocinan la gallina y se la comen.

14. La verdad histórica es otra: el alcaide Nabīl b. Kattāya murió, en 1453, en la prisión en Túnez, donde se hallaba por orden del sultán Abū Amr ʿUṯmān.

Más allá del venero de agua caliente hay un manantial de agua viva y fresca cabe el cual se halla un edificio de mármol como los he visto en Italia y en toda Europa. El vulgo cree que aquello fue una escuela de letras cuyo maestro y alumnos eran viciosos. Dios habría metamorfoseado en mármol a estos hombres, por sus pecados, así como a la escuela.

La gente de Constantina apresta dos veces al año caravanas para ir a Numidia, así transportan tejidos de lana hechos en el país y no sé qué porquería que llaman el *hasis*[15]. Como los árabes suelen asaltarles, se hacen acompañar por algunos arcabuceros turcos a quienes se da buena soldada.

Los mercaderes de Constantina no pagan portazgos en Túnez; sólo a la salida de su ciudad pechan con el dos y medio por ciento. Pero el viaje a Túnez les es más bien perjudicial que útil pues, arrastrados por los placeres y el desenfreno, gastan la mayor parte de lo que llevan con las mujeres del partido.

Ciudad de Mela

Mela[16] es ciudad antigua edificada por los romanos a 12 millas aproximadamente de Constantina. Está rodeada de murallas antiguas y cuenta 3.000 hogares. Pero hoy no quedan muchas casas habitadas a causa de las arbitrariedades de los señores. Existe gran cantidad de artesanos, sobre todo tejedores de telas de lana de las que se hacen mantas. En la plaza hay una bonita fuente cuya agua sirve para las necesidades de los habitantes de la ciudad, que son gente de veras valiente, pero cortos de entendimiento.

La tierra es abundosa en manzanas, peras y otros frutos. Por ello pienso que el nombre de la ciudad deriva de la palabra latina *mela*[17], manzana. Igualmente abunda el trigo. El señor de Constantina suele designar en la población un alcaide, tanto para administrar justicia como para percibir las rentas que deben satisfacer. Se pueden sacar de Mela alrededor de cuatro mil ducados pero con frecuencia los gobernadores son muertos, dada la brutalidad de los habitantes.

15. *Ḥašiš*, hierba seca en árabe, cáñamo índigo.
16. Mila.
17. Etimología infundada, es un topónimo beréber (Mileu).

Bona, ciudad

Bona es una antigua urbe edificada por los romanos a orillas del mar Mediterráneo, a unas 120 millas hacia el oeste[18]. Se llamaba en la Antigüedad Hippo, donde San Agustín fue obispo. La dominaron los godos pero luego la tomó Hutman, tercer califa después de Mahoma[19], que la arrasó y dejó abandonada tras saquearla e incendiarla. Construyeron más tarde otra ciudad, a unas 2 millas de la anterior, y la edificaron con las piedras de la ciudad antigua. La mayoría de la gente llama a esta ciudad Beld El-huneb[20], es decir, la ciudad de las azofaifas, a causa de la gran abundancia de ellas. Las azofaifas se secan y comen durante el invierno. La ciudad cuenta unas 300 familias[21] y la población es densa pero las casas bonitas escasean. Junto al mar hay un hermoso templo.

Los hombres son amables. Unos mercaderes, otros artesanos y tejedores. Estos últimos venden gran cantidad de sus telas en los pueblos de Numidia. Pero los habitantes de Bona son tan orgullosos y brutales que, no contentos con matar a sus gobernadores, tienen la desvergüenza de amenazar con entregar su ciudad a los cristianos si el sultán no les envía administradores buenos y justos y acompañan tal desparpajo con una gran simplicidad de espíritu, pues reverencian a personas que deambulan por la ciudad como locos: los creen santos y les dedican las mayores atenciones.

No hay manantiales en Bona, sino aljibes de agua de lluvia. Al este de la ciudad hay una fuerte y grande ciudadela rodeada de gruesas murallas, que fue construida por los reyes de Túnez. Allí se aloja el gobernador. Extramuros, el campo se cultiva en una extensión de unas 40 millas de longitud por 25 millas de anchura. Todo este es terreno excelente para el trigo y lo ocupa una cabila árabe llamada Merdez que lo cultiva y posee un gran número de vacas, bueyes y ovejas.

Este ganado proporciona tanta mantequilla que los árabes no sacan apenas dinero cuando van a venderla a Bona; pasa lo mismo con el trigo. Todos los años numerosos barcos de Túnez, de Gerbe[22], de

18. Errata por «Este».
19. Se desconoce la fecha de la toma de Hippona por los musulmanes, por lo cual la atribución es gratuita.
20. Balad al-ʿUnnāb.
21. En la versión Epaulard proponen leer 3.000 (p. 370).
22. Ŷarba; Yerba.

toda la costa y también de Génova vienen a comprar a Bona trigo y mantequilla y se les recibe con gran cordialidad. Todos los viernes tiene lugar un mercado fuera de la ciudad, cerca de las murallas y dura hasta la tarde.

No muy lejos de Bona existe una playa donde se encuentra mucho coral. Pero nadie disfruta el derecho de pescarlo en la mar o de recogerlo en la playa porque el rey la alquiló a los genoveses quienes, hostigados por los corsarios, le pidieron autorización para construir allí una fortaleza. Pero la población no consintió en ello argumentándole que en otra ocasión los genoveses, gracias a este ardid, se apoderaron de la ciudad y la habían saqueado. Un sultán de Túnez luego hubo de recobrarla.

TEFAS[23], CIUDAD

Tefas fue una ciudad edificada en la Antigüedad por los africanos a unas 50 millas de Bona, hacia el sur. Antiguamente fue una ciudad civilizada, populosa y ornada con hermosos edificios, pero los árabes, a su llegada a África, la arrasaron. Luego, se repobló y durante algunos meses no sufrió ningún daño. Después de lo cual, otros árabes se apoderaron de ella y la destruyeron de nuevo[24]. Por último quedó en posesión de una tribu africana que sólo se sirve de ella para almacenar sus cereales. Esta tribu se llama Haoara[25]. En nuestros tiempos pertenece a un príncipe llamado Nasi[26], que reuniendo una multitud de jinetes guerreó por su tribu hasta el punto de mantenerse en el campo gracias a su valor, a pesar de los árabes. Fue él quien mató al príncipe de Constantina llamado Enasir, hijo del rey de Túnez. Después, el rey en persona, en una de sus vueltas de Numidia, pasó por Tefas y saqueó y arrasó lo que quedaba de ella. Estos acontecimientos habrían ocurrido en novecientos quince H[27].

23. Tifech.
24. No se refiere a la conquista musulmana primera, sino a la invasión hilālí de que ya hemos hablado.
25. La versión Epaulard presenta la lectura Hacara, pero en la Ramusio no hay duda: Haoara, es decir, los Hawwāra.
26. Tal vez el árabe *nisr* (águila).
27. 1509-1510.

Tebessa[28], ciudad

Tebessa es una antigua y fuerte ciudad edificada por los romanos en los confines de Numidia a 200 millas al sur del Mediterráneo. Está rodeada de altas, sólidas y espesas murallas, construidas con grandes piedras de cantería que recuerdan a las del Coliseo de Roma. Yo no he visto murallas tales en toda África, ni en Europa. Pero las casas de Tebessa son tan feas como son bellas las murallas. Cerca pasa un grandísimo río que penetra por una parte de la ciudad. En la plaza y en otros lugares hay columnas de mármol, inscripciones latinas en letras mayúsculas y un edificio con pilares de mármol cuadrados rematados en una bóveda. El campo es productivo, aunque la tierra no sea fértil. Cuando se llega a cuatro o cinco millas de Tebessa diríase hallarse en un bosque, de grandes nogales, en su mayoría. Cerca de la ciudad, una gran montaña presenta numerosas excavaciones cavadas a pico. El pueblo humilde cree que sirvieron de alojamiento a gigantes, pero es manifiesto que de allí extraían los romanos las piedras para construir las murallas de Tebessa.

Los habitantes son avaros, toscos y brutales, y no quieren ver a ningún extranjero, de manera que El Dabbag, famoso poeta natural de la ciudad de Málaga de Granada, quien sufriera una afrenta durante su paso por el lugar escribió los versos siguientes que he querido anotar, pues esta censura del poeta señala la poca estima que merece Tebessa:

«Aparte de los nogales, no hay nada en Tebessa
digno de estima, interés o valor.
Me equivoco: están las murallas y el agua clara
del río cercano. La ciudad carece de virtudes.
Yo diría: ¡es el infierno! Porque igual de puercos
son quienes habitan sus casas.»

El Dabbag fue un elegante poeta en lengua árabe, admirable para la sátira.

Volvamos a los habitantes de Tebessa. Siempre vivieron alzados contra los soberanos de Túnez, matando a los gobernadores que éstos enviaban. Así pues, el rey de Túnez actual, durante su último viaje a

28. La Theveste romana.

Numidia, de paso por la ciudad, al llegar cerca de ella, envió exploradores que, llegados ante las murallas, gritaron: «¿Quién vive?» Les respondieron: "¡El muro rojo!", lo que quería decir: el muro de la ciudad. El sultán se encolerizó y dio la orden de ataque; penetró por la fuerza en Tebessa, e hizo colgar a más de cien hombres y degollar a otros tantos, después mandó saquear la ciudad, de manera que quedó casi desierta. Esto sucedió en el novecientos quince de la Hégira.

Urbs, ciudad

Urbs es una ciudad antigua edificada por los romanos como se reconoce en su nombre. Está situada en una bellísima llanura flor de las provincias de toda el África. El suelo es muy fértil, llano y fácil de regar. Este campo abastece a todo Túnez de trigo y cebada. Urbs en efecto, está a unas 190 millas al sur de Túnez. Las ruinas romanas abundan; se encuentran estatuas de mármol, placas del mismo material colocadas sobre las puertas con inscripciones grabadas en caracteres latinos y muchas piedras talladas. La ciudad fue tomada por los vándalos porque los nobles romanos que dominaban África se habían refugiado allí con todas sus riquezas. Quedó cierto tiempo deshabitada, después se repobló, pero siguió siendo un pueblo.

Entre una ciudadela allí existente y dos alquerías pasa un río de agua potable que corre por un canal cuyas piedras son tan blancas que semejan de plata. Este río mueve unos molinos de trigo; nace de una colina situada a una milla y media de la ciudad aproximadamente. Urbs está poco civilizada porque sus habitantes se dividen en dos categorías, los tejedores y los labradores. Los sultanes de Túnez les agobian con impuestos. Pero si estos reyes hubieran conocido la fertilidad y rendimiento de la región tanto en grano como en ganado, la abundancia de agua y la salubridad del aire de Urbs, no cabe duda de que habrían abandonado Túnez para vivir en este lugar. Los árabes lo saben bien y acuden cada año al campo de Urbs donde hinchen de trigo sus costales sin soltar un cuarto y después regresan al desierto.

Begia, ciudad

Begia[29] es ciudad antigua edificada por los romanos a 25 millas aproximadamente del mar Mediterráneo y a unas 80 millas o poco más de Túnez. Los romanos levantaron la ciudad en el emplazamiento de otra, por lo que la llamaron Vecchia; más tarde la v se cambió en b y las dos ces en g y el nombre se convirtió en Begia[30]. Tengo para mí que el primer nombre que le dieron los romanos se corrompió a consecuencia de frecuentes cambios de dominadores de la ciudad y por la sustitución de religiones, pues es notorio que la palabra no es árabe. Begia ha conservado hasta hoy sus primitivas murallas. Los habitantes son bastante civilizados, su ciudad está bien cuidada y provista de todos los oficios, sobre todo de tejedores. Se ve también un gran número de labradores por ser el campo de Begia extensísimo y muy productivo. Pero la gente no alcanza para cultivarlo, así pues hacen cultivar una buena parte a los árabes y, a pesar de ello, hay muchos predios yermos. Sin embargo, cada año se venden veinte mil *roggi* de grano.

Suelen decir en Túnez que si hubiera dos Begia, los granos de trigo sobrepasarían a los granos de arena. El rey de Túnez oprime a la gente de esta ciudad con tantos impuestos que van debilitándose poco a poco y estos infelices pierden mucha de su buena educación.

Hain Sammit[31]

Esta ciudad fue edificada en nuestros días por los reyes de Túnez a unas treinta millas de la anterior. La fundaron para no perder estos terrenos fértiles y sin cultivar. Pero en unos días fue arrasada por los árabes con el consentimiento del rey de Túnez. Sin embargo, en la actualidad las torres han subsistido, así como las casas a las que sólo faltan los tejados, como yo mismo vi.

29. Beja.
30. El nombre latino era Vaga (árabe Bāya). De nuevo las etimologías populares hacen de las suyas.
31. ʿAyn Zammit.

CASBA[32]

Es una ciudad antigua, edificada por los romanos en medio de una grandísima llanura que se extiende unas 12 millas en torno a la ciudad. Está a 24 millas de Túnez. Las murallas todavía se sostienen en pie, construidas con grandes piedras de cantería, pero la ciudad fue devastada por los árabes y su alfoz es un yermo, tanto por la impotencia de los reyes de Túnez como por la pereza de los moradores que disponiendo de terrenos tan fértiles a su puerta se dejan morir de hambre.

CHOROS, CASTILLO

Es un castillo edificado en época moderna en el río Magrida, a 8 millas de Túnez. Esta fortaleza está rodeada de excelentes terrenos y junto a ella hay un gran olivar; fue igualmente arrasada por algunos árabes llamados Beni Heli, que están en rebelión constante contra el rey de Túnez y sólo viven de rapiñas, muertes y extorsiones frente a los pobres campesinos cuyas contribuciones extraordinarias sobrepasan mucho las rentas normales.

BISERTA[33]

Bensart o Biserta, como nosotros decimos, es una ciudad antigua edificada por los africanos a orillas del Mediterráneo a 35 millas aproximadamente de Túnez. Es pequeña y está habitada por gente pobre. Cerca de la ciudad el mar penetra tierra adentro por una bocana estrecha y corta que se ensancha al sur hasta formar una especie de bahía en torno a la cual hay numerosos pueblos de pescadores y labradores porque al oeste del lago se extiende una gran llanura llamada Mater. Ésta es muy productiva, pero padece duros impuestos del rey de Túnez y de los árabes. Se coge en el lago gran cantidad de pescado, sobre todo grandes doradas que pesan de cinco a seis libras. Pasado el mes de octubre pescan una clase de pez que los africanos denominan jirafa; creo que es el llamado en Roma *laccia*. Tal sucede porque con las lluvias el agua de la bahía se vuelve más dulce y los peces entran en ella; además el lago no es muy profundo. La pesca dura hasta principios de mayo, luego el pescado emigra, como lo hace el que se pesca en el río cercano a Fez.

32. *Qaṣba, qaṣaba.*
33. Bizerta.

Carthagine [34], gran ciudad

Como es sabido se trata de una ciudad antigua; algunos dicen que fundada por un pueblo venido de Siria; otros que la erigió una reina; otros aseguran que sus fundadores procedían de Armenia y que, tras atravesar el mar de Morea, se habrían afincado en la región, levantando la ciudad. El cronista Ibnu Rachich[35] afirma que su fundación se debe a un pueblo venido de Barca y expulsado de su reino por el rey de Egipto. En suma, entre los africanos, ningún autor dice ni sabe la verdad exacta. Por otro lado, los historiadores y geógrafos africanos, tales como Ibnu Fachid[36] y Es-Serif [37], no hacen ninguna mención de la ciudad, anterior a la caída del imperio romano. En esa época, todos los gobernadores y cónsules del emperador que se encontraban en África quedaron allí como soberanos autónomos en diferentes comarcas. Pero los vándalos les quitaron el poder. Cuando los mahometanos llegaron al África se apoderaron de Trípoli de Berbería y de Capis[38] y todos los habitantes de ambas salieron de ellas y vinieron a vivir a Cartago donde se habían reunido los nobles romanos y godos uniéndose para defenderse de los ejércitos musulmanes. Sin embargo, tras varias batallas, los romanos huyeron a Bona y los godos abandonaron Cartago, que fue saqueada y destruida.

Quedó deshabitada hasta tiempos de El-Mahdi, el califa herético, que la mandó repoblar, pero se ocupó la veinteava parte. Aún se ven, en algunos sitios, las murallas enteras y hasta un aljibe o depósito de agua de grandísima capacidad. El acueducto que llevaba a Cartago el agua proveniente de una montaña situada a 30 millas se encuentra todavía en pie. Este acueducto es tan alto como aquel que llevaba el agua al gran palacio de Roma. Yo visité la toma de agua que alimentaba el acueducto de Cartago y éste corre a ras de tierra en una longitud de 10 millas porque el suelo es más elevado cerca de la montaña y cuanto más se aleja de la montaña, más se eleva en el aire: el acueducto es pues, más y más alto al llegar a Cartago. También vi en el exterior de la ciudad muchos edificios antiguos de los que ya no me acuerdo ahora de modo particular.

34. Cartago, Qarṭaŷanna, Qarṭāŷ.
35. Ibn Raqīq.
36. Nombre omitido en Ramusio; en Epaulard se propone leer de nuevo Ibn Raqīq.
37. El geógrafo aš-Šarīf al-Idrīsī.
38. Gabes.

Alrededor de Cartago, sobre todo al oeste y al sur, hay un número considerable de huertas rebosantes de frutos no menos admirables por su calidad que por su grosor, sobre todo melocotones, granadas, aceitunas e higos. En estas huertas Túnez se abastece de frutos. Los terrenos vecinos son buenos para el cultivo, pero muy angostos, porque del lado norte, está la montaña, el mar y el lago de la Goleta y porque al este y al sur limitan con las llanuras de Bizerta que forman parte del territorio de esta última ciudad[39]. Hoy la pobre ciudad de Cartago se ve en una extrema miseria. Ya no se encuentran más de veinte o veinticinco tiendas y alrededor de quinientas casas, feas y en mal estado, pero hay una hermosa mezquita edificada en nuestros días y un colegio que, sin embargo, no tiene ningún estudiante, de manera que sus ingresos se entregan al tesoro real. Los habitantes de Cartago son orgullosos en extremo, pero pobres y desgraciados. Dan muestra de muy religiosos y son en su mayoría hortelanos y labradores. El sultán les agobia con impuestos de tal manera que ni uno dispone de diez ducados. Es ésa una injusticia bien conocida.

La gran ciudad de Túnez

A Túnez llamaron los latinos Tunetum y los árabes Tunus. Pero éstos creen que el nombre está corrompido, pues no significa nada en su lengua. En la Antigüedad se llamó Tarsis, como esa otra ciudad de Asia[40]. Como quiera que sea, ésta fue primero una pequeña población edificada por los africanos a orillas del lago que cierra la Goleta, a unas 2 millas del mar Mediterráneo.

Después de la ruina de Cartago, esta ciudad comenzó a crecer tanto en viviendas como en habitantes. Las tropas que se habían apoderado de Cartago no quisieron permanecer allí por temor a la llegada de refuerzos enemigos que vinieran de Europa y se alojaron en Túnez y construyeron casas; luego, llegó un capitán de Hutmen, cuarto califa, llamado Hucba[41]. Este dio orden a las tropas de no acantonarse en ninguna ciudad próxima al mar o en la orilla. Por ello edi-

39. Estas localizaciones son evidentemente equivocadas: Cartago tiene el mar por el este y el norte, el lago de Túnez (de La Goleta) al sur; y al oeste hay algunas elevaciones pequeñas.
40. León remite el nombre a la Tarso de Cilicia y confunde Túnez/Tūnus/Tūnis con la Tarsis mencionada en la Biblia cuya localización real se halla en Huelva.
41. ʿUqba b. Nāfiʿ. ʿUṯmān fue el tercer califa.

Región de Túnez

ficó la ciudad que llamaron Caraoan[42], a unas 36 millas del mar y a 100 de Túnez. Las tropas abandonaron, pues, Túnez y se establecieron en Caraoan. Los habitantes de Túnez se apoderaron así de las casas que los soldados habían abandonado[43].

Alrededor de trescientos cincuenta años más tarde la ciudad de Cairuán fue arrasada por los árabes, como consecuencia de la rebelión del gobernador de África que había dejado el califa El-Caiem, de manera que el tal gobernador huyó hacia el oeste y reinó en Bugía y en todo su entorno[44]. En Túnez queda una familia emparentada con la de aquel gobernador de África y a la que pertenecían los señores que poseían Túnez. Al cabo de diez años, los príncipes de Bugía fueron expulsados por José, hijo de Tesfin[45], que viendo la humildad y sumisión de los señores de Túnez, no arremetió contra ellos. Pero cuando Habdulmumen, rey de Marruecos, hubo reconquistado Mahdia, que había sido tomada por los cristianos, pasó por Túnez a su regreso y les quitó el señorío[46].

Durante todo el tiempo que vivieron Habdulmumen, luego su hijo José, después el hijo de éste Jacob el-Mansor[47], Túnez quedó en paz bajo el gobierno de los reyes de Marruecos; después de la muerte de Mansor, su hijo Mahumet en Nasir hizo la guerra al rey de España, pero fue vencido y expulsado y hubo de huir a Marruecos donde vivió algunos años. A su muerte fue elegido su hermano José; a quien mataron soldados del rey de Tremecén[48]. Entre la derrota de Mahumet, su muerte y la de su hermano José, los árabes tornaron a vivir en Túnez y asediaron a menudo al gobernador de la ciudad. Este hizo saber al rey de Marruecos que, si no le enviaban un pronto socorro, se vería obligado a entregar la ciudad a los árabes, por lo cual

42. Cairuán, Qayrawān en árabe.

43. La primera incursión –efímera– de tropas árabes en Túnez tuvo lugar el año 648, pero la conquista no comenzó hasta 665, reinando Mu'āwiya y hasta 693 no hubo resultados duraderos, bajo el califa 'Abd al-Malik, cuando Ḥasan b. Nu'mān al-Gassānī recuperó lo perdido y culminó la ocupación.

44. Nuevamente se trata de la recurrente invasión hilāli, vid. supra notas 60, 66, 72 de la Iª Parte.

45. Yūsuf b. Tašufīn.

46. Tampoco es exacto: 'Abd al-Mu'min desposeyó a los Ḥammādíes en 1152 tras la toma de Bugía y en 1160, después de recuperar Mahdiya para el Islam, recaló en Túnez y quitó el poder a los Beni Jurasān.

47. Yūsuf, muerto en 1163 y Ya'qūb al-Manṣūr, fallecido en 1184.

48. Dato erróneo: murió en un accidente.

el soberano pensó que para una empresa tan grande se necesitaba un hombre experimentado, así pues eligió entre toda la gente de su corte a un personaje de Sevilla, ciudad de Granada, llamado Habduluahidi[49] y lo envió a Túnez con plenos poderes adonde llegó con veintitrés navíos grandes y encontró la ciudad medio destruida por los árabes. Gracias a su gran mesura y a su florida elocuencia, arregló las cosas, pacificó la tierra y recaudó los tributos en todo el país. A este hombre sucedió su hijo, Abu Zacharia, quien aventajó a su padre en habilidad política e inteligencia, hizo edificar en Túnez, en la parte más elevada de la ciudad, al oeste, una gran alcazaba con hermosos palacios en su interior y una bella aljama cuyo elevado alminar es de una factura excelente[50].

Abu Zacharia realizó una expedición hacia Trípoli y volvió por las tierras del sur recogiendo los impuestos de esas comarcas, de manera que dejó a su muerte un considerable tesoro. Tras el fallecimiento de Abu Zacharia le sucedió uno de sus hijos, un joven orgulloso, que ya no se reconocía súbdito de los reyes de Marruecos, porque en ese momento la decadencia de la dinastía ya era un hecho y los Beni Marin comenzaban a señorear las regiones de Fez y los Beni Zeiien habían creado su reino de Tremecén; la Bética también se había rebelado contra los reyes de Marruecos y sus gobernadores andaban huidos del país. Por lo demás, el poder se había convertido en objetivo de riñas e intrigas, el sobrino luchando contra el tío, el padre contra el hijo. Entonces, el soberano de Túnez, consciente de su fuerza, salió en expedición contra Tremecén con su ejército e impuso tributo a su rey. Al enterarse de eso, el sultán meriní, que a la sazón se hallaba de algazúa contra Marruecos, le envió valiosos regalos, alabando su persona y su estado. El soberano de Túnez lo aceptó como amigo, considerándolo sin embargo muy inferior a él. Regresando vencedor a Túnez, el soberano hizo una entrada triunfal y se proclamó rey de África. Comenzó por organizar su corte real con secretarios, consejeros, capitán general. Puso en vigor todas las ceremonias que estaban en uso entre los reyes de Marruecos. Túnez, desde entonces, no ha hecho sino crecer tanto en población como en calidad, hasta el punto de convertirse en la ciudad más brillante de África.

49. ʿAbd al-Wāḥid al-Hinṭāṭī no era de Sevilla sino marroquí.
50. La Casbah de Túnez se construyó en el s. IX y la mezquita data de 1232.

Después de la muerte de este sultán, su hijo, que recibió la corona mandó edificar cuatro arrabales en torno a Túnez; uno de estos arrabales se construyó extramuros de la puerta de Beb Suuaica[51] y cuenta unas 300 familias; otro se estableció fuera de la puerta de Beb el-Manera[52] y tiene alrededor de 1.000 hogares. En estos dos suburbios pulula una cantidad infinita de artesanos, pescadores, drogueros, etc... En este último hay un barrio separado que constituye por sí mismo una suerte de arrabalejo; allí viven los cristianos de Túnez empleados en la guardia del soberano o que ejercen profesiones que los moros suelen practicar. Luego creció otro arrabal más allá de la puerta llamada Beb el-Bahar, es decir, puerta de la marina, situada a media milla aproximadamente del lago de La Goleta. Los mercaderes extranjeros tales como genoveses, venecianos y catalanes se alojan en este arrabal donde tienen sus alhóndigas y posadas aparte. Este último arrabal es bastante grande: cuenta unas 300 familias entre cristianos y moros.

La ciudad de Túnez es en verdad bellísima y muy ordenada: cada gremio dispone de un emplazamiento particular. Además, es muy populosa y el gentío mucho. Los habitantes de Túnez son en su mayoría tejedores, fabrican una enorme cantidad de telas perfectas que se venden en toda África, aunque caras, por lo finas y resistentes, porque las mujeres saben hilar muy bien. Para lo cual se sientan en algún sitio elevado y dejan pender el huso muy bajo; se colocan, por ejemplo, en una ventana y cuelgan el huso por el patio de la casa o incluso descendiendo por un agujero practicado en el suelo entre dos pisos. Gracias al peso el hilo se forma bien estirado retorcido y con un grosor regular.

Cierto zoco de Túnez cuenta con gran cantidad de comerciantes de telas a quienes se considera los más ricos de la ciudad; otros mercaderes y artesanos lo ocupan también, tales los drogueros, vendedores de jarabes y boticarios, perfumistas, sederos, sastres, guanicioneros, fabricantes de pellizas, fruteros, lecheros, buñueleros y carniceros que, sobre todo en primavera y verano, matan más corderos que otros animales. Sería en balde hablar de las otras profesiones que se ejercen en este zoco.

La población de Túnez es buena y amable. Los artesanos, los comerciantes, los sacerdotes y todos los que desempeñan alguna función van muy bien vestidos; se tocan con un gran turbante recubierto por

51. Bāb as-Suwāyq (Puerta del Zoco Chico).
52. Bāb al-Manāra (Puerta del Faro).

un largo velo. Los militares y cortesanos también llevan el turbante pero sin velo. Hay pocos ricos, a causa de la escasez de trigo, cuyo precio ordinario es de unas tres doblas la carga, es decir, cuatro ducados de Italia. Ello se debe a que la población no puede cultivar la tierra del alfoz a causa de la rapiña de los árabes y el trigo debe traerse de lejos, de Urbs, de Begia y de Bona en particular. Sin embargo, algunos ciudadanos tienen pequeñas propiedades cerca de la ciudad, donde cultivan algo de cebada y trigo. Estos predios necesitan regadío, por lo cual cada propiedad dispone de un pozo de donde se lleva el agua por acequias construidas con mano maestra. El agua se impulsa por un mecanismo compuesto con arcaduces y una rueda que mueven un mulo y un camello y empapa los sembrados. ¡Pensad la cantidad de grano que se puede sacar de un cercadillo tapiado y mantenido con tanto cuidado y trabajo! Pero, para concluir, nadie cosecha lo bastante para la mitad del año.

Sin embargo, en Túnez, el pan es muy bueno, blanco y bien cocido; pero no se hace únicamente con harina, se mezcla con sémola. Ponen un gran esmero en fabricar el pan; sobre todo, para preparar la masa la golpean con unos mazos semejantes a los utilizados en Egipto para descascarillar el arroz. Los mercaderes, los artesanos y los habitantes de las ciudades acostumbran a comer durante el día un alimento tosco compuesto de harina de cebada diluida en agua con la consistencia del engrudo y en el cual se pone algo de aceite o bien zumo de limón o naranja. Tragan esta pasta cruda, sin masticar, poco a poco y la llaman *besis*. Es detestable, pero hay un mercado donde sólo venden harina de cebada para prepararla. Otro alimento semejante es mucho mejor: se coge la pasta fina, se hace cocer en agua y una vez bien cocida se amasa en un recipiente y, después de rociarla con aceite o caldo de carne, se traga sin masticar. A esto llaman el *bezin*. Otros platos son más delicados y finos.

No hay ningún molino movido por agua, ni en Túnez, ni fuera de la ciudad. Todos se accionan con acémilas. De lo cual se sigue que un molino apenas puede moler una carga de trigo al día. En Túnez no hay manantiales, ni río, ni pozos. Se sirven de aljibes para recoger el agua de lluvia. Sin embargo, cerca de la ciudad hay un pozo de agua potable, pero un tanto salobre, allí acuden los aguadores con sus animales y sus odres, los llenan y van a vender el agua a la ciudad. La gente la compra para beber, pues es más sana que el agua de aljibe.

No obstante, extramuros existen algunos pozos de agua excelente, pero están reservados para el uso del soberano y de los artesanos.

Túnez posee una bellísima mezquita aljama, con abundante personal de servicio y rentas considerables. Otros templos, en la ciudad y en los arrabales, son de menor importancia. Se cuentan varios colegios de estudiantes y cierto número de cenobios de religiosos musulmanes; establecimientos que viven de manera digna gracias a las limosnas.

Todos los naturales de Túnez comparten la tonta creencia de considerar santo a todo insensato que tira piedras. Cuando yo estaba en Túnez, el rey hizo edificar un bellísimo monasterio para uno de estos locos llamado Sidi El-Dahi. Este hombre iba por las calles vestido con un saco, la cabeza y los pies desnudos, lanzando piedras y gritando como un rabioso. El sultán le asignó una buena renta para vivir, él y toda su familia.

La mayor parte de las casas tienen un aspecto bello y están construidas con piedras parejas y bien talladas; los techos muy adornados con mosaicos y yeserías recortadas, de un arte admirable y pintados de azul y de otros colores finos, porque en Túnez las tablas y maderas de construcción escasean y, con la madera de que se dispone, sólo se pueden labrar malas alfarías. Pavimentan las habitaciones con baldosas barnizadas de tintes claros estando los patios igualmente pavimentados con ladrillos vidriados. En general, las casas sólo tienen un piso bajo y una bonita entrada, con una primera puerta que da a la calle y una segunda que comunica con la vivienda, a la cual se accede por una escalera con algunos peldaños perfectamente enlosados. Todos tratan de hacer el zaguán de la casa más bello y decorativo que el resto, por ser allí donde la mayoría de las veces se queda la gente cuando conversa con sus amigos o tiene asuntos que arreglar con los servidores. Los baños abundan y están mucho más ordenados y cómodos que los de Fez, pero no son ni tan hermosos ni tan grandes.

Extramuros hay hermosísimas propiedades que producen frutos espléndidos, en pequeña cantidad, pero muy buenos. Un número infinito de huertos están plantados con naranjos, limoneros, rosales y otras lindas flores; en particular en el lugar llamado el Bardo se encuentran los huertos y palacios mejores del rey, soberbiamente construidos con esculturas y pinturas muy cuidadas. En 4 o 6 millas alrededor de la ciudad numerosos olivos producen tanto aceite que no sólo abastecen Túnez, sino que se exporta a Egipto. Con la madera

de olivo se fabrica carbón para consumir en la ciudad. Una parte de esta madera se usa como leña, de modo que no hay ciudad en el mundo donde haya tal penuria de madera para los otros usos como la que reina en Túnez.

Por último, la miseria que causa estragos en el pueblo humilde provoca que en Túnez se encuentren muchas mujeres que comercian con sus encantos a bajo precio, y que los mismos niños aborden a los hombres; estos pilluelos son más deshonestos, descarados y viciosos que las mujeres públicas.

De todos modos, las señoras de Túnez van bien vestidas y aderezadas y en la calle se cubren el rostro como las de Fez; lo ocultan poniendo, por encima de una venda muy ancha que llevan sobre la frente, otro velo llamado *sefsari* de manera que parecen tener cabeza de gigante. Sólo se ocupan de su aseo y sus perfumes, la prueba es que los perfumistas son siempre los últimos en cerrar la tienda.

Los habitantes de Túnez suelen comer cierto potingue dicho *el hasis*, que es muy caro. Con una sola onza cualquiera se pone alegre, reidor y con tanto apetito como tres personas, pero peor que un borracho. Esta droga es un afrodisíaco extraordinario.

Corte del rey, su disposición, ceremonial y funcionarios

El sultán de Túnez se designa por línea hereditaria y elección de su padre, mediante juramento prestado por los principales personajes, tales como capitanes, alfaquíes, imanes, cadíes y profesores. Cuando un rey muere, en cuanto se elige su sucesor, se le coloca en el trono y todos le juran obediencia.

Después del rey viene el personaje que ocupa el rango más alto, se le llama el *munaffid*[53] y es como el virrey para el gobierno del reino. El *munaffid* da cuenta al soberano de todas las cuestiones administrativas por él dispuestas. Nombra a los funcionarios en sus empleos, con el consentimiento del rey, e informa en detalle a éste de todos los principales a quienes ha confiado estos mandatos, así como de los gastos militares.

Al segundo dignatario llaman el *mesuare*[54]; es una especie de capitán general con plena autoridad sobre las tropas y la guardia real;

53. *Munaffid*, ejecutor de órdenes.
54. *Mizwār*.

puede distribuir el sueldo, disminuirlo, aumentarlo como mejor le cuadre y dispone los despliegues, da las órdenes de movimiento al ejército, etc., sin embargo, hoy el rey quiere asumir personalmente estos cometidos.

El tercero en rango y dignidad es el alcaide, que entiende en la guarnición del castillo, de sus edificios, de los palacios reales y de los prisioneros encarcelados en la fortaleza por delitos de poca importancia; asimismo administra justicia a quienes se presentan ante él como si fuera el rey en persona.

El cuarto personaje es el gobernador de Túnez, con autoridad en los asuntos criminales, pronuncia las sentencias según la gravedad del crimen.

El quinto es el gran secretario, que escribe y responde en nombre del rey; tiene el derecho de abrir las cartas de todo el mundo, salvo las de los dos altos funcionarios anteriores.

El sexto es el maestresala, que tiene a su cargo, los días de consejo, adornar la sala de la reunión con tapices y colgaduras, asignar su lugar a cada miembro del consejo; pide a los correos en nombre del rey que den aviso de las decisiones tomadas, o para prender a algún personaje importante. Este funcionario mantiene relación estrecha con el rey y puede hablarle cuando quiera.

El séptimo es el tesorero que recibe el dinero de los recaudadores, lo confía a los cajeros del tesoro y lo gasta según las órdenes del rey o del primer ministro con rúbrica real.

El octavo es el veedor de gabelas, encargado de las mercancías que entran en Túnez por vía terrestre y de las tasas comerciales pagadas por los mercaderes extranjeros en la ciudad, garramas cuyo porcentaje es del dos y medio por ciento. Este funcionario dispone de un gran número de agentes que en cuanto ven entrar en la ciudad a algún forastero con aspecto de hombre de condición, lo conducen ante el veedor. Si éste no está allí lo retienen hasta que llega. El veedor entonces hace pagar al extranjero un tanto por ciento del dinero que lleva encima exigiéndole grandes juramentos en la declaración.

El noveno funcionario es el director de las aduanas, cuyo oficio consiste en recoger los derechos de aduana de las mercancías que salen de Túnez para exportar por vía marítima y también de las que llegan por el mismo medio. Este cargo se confía habitualmente a algún judío rico.

El puesto de aduanero está en el lago de La Goleta, cerca de Túnez.

El décimo funcionario es el despensero, un mayordomo a cuyo cargo está abastecer el alcázar real de pan, carne y otras cosas necesarias, tales como los vestidos de las señoras y de las doncellas del rey, de los eunucos, de las esclavas negras camareras del rey. Es él quien regula los gastos para los hijos pequeños del sultán y para sus nodrizas; reparte entre los esclavos cristianos los empleos que tienen encomendados, ya en el castillo, ya fuera de él y les proporciona alimento y ropa según sus necesidades.

Tales son los principales oficios y magistraturas de la corte. Hay algunos otros con menor rango, tales como los de jefe de cuadras, del guardarropa, imán[55], juez de campo, mentor de los hijos del sultán, jefe de los palafreneros, etc.

El soberano de Túnez tiene 1.500 jinetes de caballería ligera, la mayor parte cristianos renegados, cada uno de los cuales cobra por él y por su caballo; a estos jinetes manda su capitán particular, que los recluta o licencia a su voluntad. También hay 150 jinetes del rey, moros de nación; son consejeros militares del monarca para las órdenes pertinentes y para los asuntos relativos a la guerra y en cierto sentido actúan como maestres de campo.

El sultán dispone además de 100 ballesteros, muchos de los cuales son cristianos renegados, que le escoltan siempre cuando sale a caballo, ya en la ciudad, ya extramuros. Pero el rey, en sus salidas, está circundado más de cerca por la guardia secreta, compuesta de cristianos que viven en el arrabal antedicho. Además va precedido de otra escolta a pie formada por turcos armados con arcos y escopetas. Delante del rey marcha, a caballo, el jefe de los palafreneros, a quien por un lado escolta el oficial que porta la partesana del rey y, por el otro, el escudero, y detrás el que carga su ballesta. Alrededor marchan algunos oficiales, tales como los condestables y maceros encargados de las ceremonias reales. Tal es el orden establecido según las reglas admitidas y las costumbres de la corte del rey de Túnez, pero expuesto de un modo general, pues hay gran diferencia entre la manera de vivir ordinaria de los antiguos reyes y la del actual que es un hombre de otra clase, con distintas costumbres y conducta que sus predecesores. Sentiría vergüenza, en verdad, de hablar de los vicios personales de un

55. En el original, *cappellano*, lo cual imposibilita una traducción literal.

soberano cualquiera y sobre todo de uno de quien recibí tantas mercedes. Sin embargo, incluso pasando esas tachas por alto, debo decir que este rey destaca extorsionando a sus súbditos con los tributos. De ello da una parte a los árabes y gasta el resto en las construcciones de sus palacios y en ellos lleva una existencia de lujuria y desidia completas, entre músicos y cantores, tan pronto en la ciudadela, como en los gratos jardines. Cuando alguien canta o tañe en su presencia comienzan por vendarle los ojos como se hace con los halcones, luego se le introduce en el aposento donde se encuentra el rey con sus amantes.

El ducado que hace acuñar el rey de Túnez pesa 24 quilates, lo que equivale a un ducado y un tercio de los corrientes en Europa; también acuña una moneda de plata cuadrada que pesa 6 quilates; treinta y dos de estas piezas valen un ducado.

Napoli[56]

Es una ciudad pequeña levantada por los romanos a orillas del Mediterráneo cerca de La Goleta. Los moros la llaman Nabel[57]; también estuvo muy poblada y civilizada antiguamente, pero ya no quedan sino algunos labradores que siembran lino y no cosechan nada más.

Cammart[58]

Cammart es otra ciudad que data igualmente de la Antigüedad, vecina a Cartago, a 8 millas aproximadamente al norte de Túnez. Está muy poblada por hortelanos que llevan sus verduras a Túnez; allí crece mucha caña de azúcar que se vende en la capital; quienes la compran se contentan con chuparla, pues no saben extraer el azúcar.

Marsa

Es una ciudad pequeña edificada a la orilla del mar, allí se encontraba el puerto de Cartago, fue arrasada en tiempos remotos y así permaneció muchos años, pero hoy la habitan pescadores, labradores y lavanderos de telas. Los palacios reales y las fincas donde el soberano actual suele pasar todo el verano se hallan próximos.

56. Rades.
57. Nabil (Neapolis) se halla al sur de la península de Bon.
58. Gamart, Kamart.

Ariana

Es una ciudad antigua y chica edificada por los vándalos a unas 8 millas de Túnez. No lejos de ella se ven muchas huertas que producen diversos frutos, sobre todo algarrobas. Sus murallas son antiguas y está habitada por labradores.

Hammamet

Hammamet es una ciudad moderna edificada por los musulmanes y rodeada de fuertes murallas, a 50 millas de Túnez. La habitan gentes muy pobres, todos pescadores, barqueros, carboneros y lavanderos. El sultán grava con impuestos de tal manera a la ciudad que los infelices habitantes son casi mendigos.

Eraclia[59]

Es una ciudad pequeña levantada por los romanos en una colina cerca del mar, fue demolida por los árabes.

Susa

Susa es una gran ciudad antigua edificada por los romanos a orillas del mar Mediterráneo a 100 millas de Túnez. Cuando los musulmanes se apoderaron de ella, así como de la costa, fijaron allí la residencia del vicegobernador y levantaron el alcázar del gobernador, el cual se ha convertido en una especie de monasterio. A la ciudad rodean hermosas murallas, aparte de una gran ciudadela. En sí, la población es bonita y su entorno agradable. En otro tiempo estuvo muy poblada y civilizada y poseyó bellas casas, algunas de las cuales todavía subsisten. Hay también una hermosísima mezquita. Extramuros florecen múltiples predios plantados con olivos de los cuales se saca gran cantidad de aceite; también crecen higueras e, igualmente, excelentes tierras para el cultivo de cebada, pero no se pueden trabajar a causa de las exacciones que imponen los beduinos. Los habitantes son gente dulce y humana que acoge muy bien a los forasteros. La mayor parte son marinos y navegan en los barcos comerciales que van a levante o

59. Hergla.

a Turquía, o en los buques de corso que atacan las ciudades de Sicilia próximas, u otras localidades de Italia. El resto de la población se compone de tejedores, vaqueros y alfareros; estos fabrican botijas, cacharros, orzas y toda clase de vasijas sin vidriar, abasteciendo de recipientes a toda la costa y también a la capital. Pero la pobre Susa está despoblada a consecuencia de las arbitrariedades y la opresión de los soberanos. No queda ni un quinto de casas habitadas y ya no se cuentan más de cinco o seis tiendas, vendedores de quesos, especieros, verduleros o quincalleros. Pasé cuatro días en este puerto por causa de una tempestad y todos nosotros, viendo la ciudad, sentimos gran compasión al encontrarla en tales circunstancias.

Monaster[60]

Monaster es ciudad antigua edificada por los romanos a orillas del mar a unas 12 millas de Susa. Está rodeada de fuertes y altas murallas en cuyo interior las casas son igualmente de buena factura. Los habitantes son pobres hasta lindar con la mendicidad, llevan vestidos miserables y toscos y en los pies sandalias de juncos marinos. La mayor parte de esta gente trabaja como tejedores o pescadores; se alimentan de pan de cebada o de *bezin* con aceite –del que ya hemos hablado– como lo hacen los de todas las ciudades de la costa, porque allí no crece sino cebada. Sobre este particular, he aquí lo que me sucedió cuando viajaba a bordo de una nao con un embajador originario de la ciudad que se dirigía a Turquía. Como hablábamos de diversos temas llegó a decirme que el sultán le concedía un estipendio que incluía cierta cantidad en ducados y además veinticuatro *moggia* de cebada al año. Como yo no tenía ninguna experiencia del país, le dije: «Debéis tener muchos caballos». El me respondió que no y yo repliqué: «¿Entonces qué hacéis con tanta cebada?». Le vi enrojecer y comprendí que él quería decirme que la comía. Quedé muy contrariado por haber hecho tal pregunta, que me había venido a la mente por pensar que sólo los pobres comían cebada.

En el exterior de Monaster hay gran número de propiedades plantadas con árboles frutales: albaricoqueros, higueras, manzanos, granados y un sinfín de olivos. Pero el sultán aplasta a la ciudad con los impuestos.

60. Monastir.

Tobulba

Tobulba es una ciudad antigua edificada por los romanos en el mar Mediterráneo a unas 12 millas al este de Monaster. En un tiempo estuvo muy poblada y sus tierras producían gran cantidad de aceitunas, pero todo fue abandonado después de los asaltos de los árabes. Hay pocas casas en Tobulba, habitadas por ciertas hermandades de religiosos que disponen de un gran edificio para alojar allí a los extranjeros. También vienen los árabes a la ciudad pero no causan ninguna molestia a la población.

El Mahdia; ciudad

El Mahdia es una ciudad edificada en nuestros tiempos por El Mahdi, el hereje, primer califa de Cairuán. La construyó a orillas del Mediterráneo en un espolón montuoso que entra en el mar; la rodeó con altas y fuertes murallas, grandes torres y puertas guarnecidas de hierro.También se protegió bien el puerto con buenas murallas. El Mahdi llegó a esta tierra a guisa de peregrino y se atrajo la adhesión de los habitantes fingiendo ser descendiente de Mahoma, hasta el punto de que con la ayuda del pueblo se hizo llamar, para tener más crédito, el Califa el Mahdi, es decir el pontífice guiado. A continuación marchó a recaudar tributos a una comarca de Numidia situada a unos cuarenta días al oeste de Cairuán y el emir de Segelmese le prendió y encarceló, pero este príncipe, movido a compasión, le devolvió la libertad y, para agradecérselo, el Mahdi le mató[61], ejerciendo luego un poder tiránico que indujo al pueblo a tramar su muerte. Así pues, mandó edificar esta ciudad para tener un lugar fuerte donde refugiarse si había necesidad, lo cual fue un acierto porque un tal Beiezid, predicador, apodado el Caballero del Asno, porque siempre montaba un burro, llegó a atacar Cairuán con un ejército de cuarenta mil hombres. El Mahdi huyó y se resguardó en la nueva ciudad y con el socorro de treinta navios enviados por un Señor de Córdoba, se defendió de suerte que pudo derrotar y dar muerte a Beiezid así como a su hijo. De ahí regresó a Cairuán, pacificó al pueblo y volvió a ganar su favor, quedando el poder en manos de la familia de El Mahdi hasta la época de que hemos hablado en esta obra[62]. Ciento treinta años más

61. Se está refiriendo al fatimí 'Ubayd Allāh, proclamado Mahdī en 909.
62. Mediados del s.XI, con la invasión hilālí.

tarde El Mahdia fue tomada por los cristianos, pero la reconquistó Habdulmumen califa y rey de Marruecos. Ahora está en poder del sultán de Túnez que delega allí en un gobernador y agobia a la ciudad con impuestos. Sus habitantes comercian por mar y viven en gran enemistad con los árabes, de manera que no pueden cultivar sus tierras. En nuestros días el conde Pedro Navarro pretendió apoderarse de El Mahdia con nueve buques, pero la ciudad se defendió tan bien con su artillería que hubo de batirse en retirada con graves pérdidas, lo cual acaeció en mil quinientos diecinueve de Jesucristo.

Asfachus[63]

Asfachus es una ciudad antigua edificada por los africanos a orillas del mar Mediterráneo en los tiempos en que hubieron guerras con los romanos. Es una gran ciudad, de altas y fuertes murallas y antiguamente muy poblada, pero ya no se cuentan hoy más de 300 o 400 hogares y el número de tiendas es ínfimo, porque la estrujan tanto los árabes como el rey de Túnez. Los habitantes son en su mayoría tejedores, marinos y pescadores. Capturan una gran cantidad de pescado llamado *spares*, nombre que no es árabe ni beréber y tampoco latino. Se alimentan como la otra gente de que hemos hecho mención, de pan de cebada y de *bezin*, visten mal y algunos llegan con sus barcos a comerciar con Egipto y Turquía.

Cairuán, que fue una gran ciudad

Cairaoan o Caroen[64], ciudad noble fundada por Hucba, capitán de los ejércitos de la Arabia Desierta enviados por Hutmen, tercer califa; la edificó a 36 millas del mar Mediterráneo y a unas 100 millas de Túnez con el solo fin de poner en seguridad su ejército y los tesoros sustraídos o amasados en el saqueo de las ciudades de Berbería y Numidia. Rodeó Cairuán con una bella muralla toda de ladrillo; también edificó un gran y admirable templo, con magníficas columnas de mármol. Dos de ellas, cerca de la gran capilla[65], son de una altura increíble y de color bermejo brillante moteado de puntos blancos como el pórfido. Tras la muerte de Hutmen, Hucba fue confirmado en su

63. Sfax.
64. Mantenemos la versión castellanizada del topónimo, Cairuán.
65. *Miḥrāb*.

mandato por Muchauia hasta los tiempos del califa Qualid, hijo de Habdul Malic, que reinaba entonces en Damasco. Qualid envió entonces a Cairuán, con un gran ejército, a uno de sus capitanes llamado Musa, hijo de Nosair y llegado éste a la ciudad, permaneció allí algún tiempo hasta que sus tropas se reformaron y luego partió hacia el oeste apoderándose de numerosas ciudades y alcanzando por último la orilla del Océano, donde entró en el mar con su caballo hasta que el agua le llegó a los estribos y juzgando su conquista suficiente por esta vez regresó a Cairuán[66], pero no sin enviar a uno de sus capitanes a Mauritania. Este se llamaba Tarich y fue él quien estableció un acuerdo con el conde Julián de Ceuta. Al ordenarle Musa pasar a la Bética, lo cumplió en abril de 711, de manera que Tarich se apoderó de múltiples ciudades y de provincias enteras, como se lee en los libros de Ibnu Reiiem[67] y de otros cronistas de la Bética. Musa, envidioso, ordenó a Tarich detenerse y esperarle, a lo cual éste se avino, en la costa de Andalucía; cuatro meses más tarde Musa llegó con un gran ejército. Tras cruzar el mar de Granada, reunieron sus dos fuerzas y penetraron en el interior para afrontar a las tropas godas. El rey de los godos, Rodrigo, se dirigió a su encuentro y, por desgracia para él, fue derrotado y su hueste destruida. Los dos capitanes prosiguieron su campaña victoriosa hasta Castilla apoderándose de Toledo donde encontraron un enorme tesoro, riquezas inmensas, reliquias de santos depositadas en la basílica de la ciudad y, en particular, la mesa en que tuvo lugar la Cena de Cristo[68] con sus discípulos, mesa revestida de oro e incrustada con piedras preciosas, valorada en medio millón de dinares. Después de la toma de Toledo, Musa marchó con un trozo del ejército llevándose casi todos los tesoros de España. Pasó el mar para volver a Cairuán pero, en el ínterin, recibió cartas de Qualid, califa de Damasco convocándole y por tanto se puso en camino hacia Egipto con sus tesoros y, llegado a Alejandría, se le advirtió por un hermano del pontífice de Damasco llamado Hesciam que el califa agonizaba y que más valía que no compareciese porque, si el fallecimiento ocurría, los tesoros corrían peligro de robo, pero Musa hizo caso omiso y se presentó en Damasco donde entregó todo a Qualid,

66. La leyenda, sugestiva, se aplica también a ʿUqba b. Nāfiʿ; en todo caso, no está claro que en el siglo VII-VIII se utilizaran estribos, al menos de modo generalizado.

67. Ibn Ḥayyān, el historiador y compilador andalusí.

68. Los historiadores árabes en general la han denominado siempre «de Salomón»: ¿intentó León halagar a los cristianos llamándola «De Cristo»?

el cual falleció cinco días más tarde y Hesciam, el hermano, elevado al calilato, quitó a Musa el gobierno de África y nombró otro lugarteniente llamado Iezid, hijo de Muhellab. El hijo, el hermano y el nieto de éste le sucedieron por turno y gobernaron la ciudad de Cairuán durante todo el tiempo que la familia de los Humeiia conservó el califato[69].

Después de que la casa de los Humeiia[70] hubo perdido su poder por la fuerza de las armas de la casa de Habbez[71] durante el reinado de Essefech[72], este califa envió otro lugarteniente llamado Lagleb[73], hijo de Selim, quien gobernó como soberano independiente. En esa época, los pontífices mahometanos abandonaron Damasco y se fijaron en Bagdad por razones que se refieren en las crónicas musulmanas. Elagleb falleció y, al sucederle sus descendientes, el señorío de África quedó en manos de estos príncipes durante ciento setenta años, hasta el día en que el último de ellos fue expulsado por el califa herético El Mahdi.

En tiempos de los soberanos de la casa de Lagleb, Cairuán ganó en prosperidad y población y en la ciudad no cabían todos sus habitantes, por lo cual el soberano hizo edificar otra ciudad a la que dio el nombre de Racheda[74], donde se estableció con los principales de la corte. En esta época Sicilia fue conquistada por los ejércitos enviados por mar bajo el mando de un general llamado Halcama[75], quien edificó en la isla una pequeña ciudad destinada a servir de fortaleza para su seguridad personal y a la que otorgó su nombre. Los sicilianos la denominan aun hoy Halcama. Las tropas llegadas en socorro de Sicilia hostigaron a esta ciudad, por lo que el soberano de Cairuán envió ejércitos mayores dirigidos por un valiente capitán, Ased, como refuerzo de Halcama. Con las huestes reunidas ocuparon el resto de las ciudades, redundando la expedición y la ocupación de Sicilia en un aumento de la prosperidad y de la población de Cairuán.

69. En este párrafo hay inexactitudes varias: Hišām no sucedió a su hermano Walīd de inmediato sino varios años más tarde, tras el califato de Sulaymān; tampoco Yazīd b. Muhallab recibió enseguida el gobierno de África sino en 720 d. C., etc.

70. Los Omeyas.

71. Los Abbasíes.

72. as-Saffāḥ.

73. al-Aglab b. Salīm at-Tamīmī, en 765; pero hasta el 800 en que Hārūn ar-Rašīd nombró a su hijo Ibrāhīm gobernador con plenos poderes no se puede considerar el inicio de la dinastía Aglabí tunecina.

74. Rakkāda.

75. Nuevo error: el general era Asad b. al-Furāt; la operación tuvo lugar en 827 y la conquista de Sicilia culminaba en 831 con la caída de Palermo.

Cairuán se halla en un terreno arenoso y desierto donde no crecen árboles ni cereales. El trigo y todos los productos de la tierra necesarios para la vida deben traerse de la costa, ora de Susa, ora de Monaster, ora de El Mahdia, todas ellas a 40 millas de distancia. A 12 millas de la ciudad hay una montaña llamada Gueslet donde quedan algunas ruinas romanas, entre numerosos manantiales y predios plantados con algarrobos. De Gueslet se trae el agua para beber en Cairuán que carece de fuentes y pozos de agua potable; sólo hay algunos aljibes. Sin embargo, extramuros existen algunos estanques antiguos que se llenan con las lluvias, pero pasado el mes de junio ya no se encuentra agua porque la gente abreva allí sus animales. En el verano, los beduinos vienen a vivaquear alrededor de la urbe, lo que aumenta la escasez de trigo y agua, pero proporciona carne y dátiles de los pueblos de Numidia, distantes cerca de 170 millas de Cairuán.

Los estudios religiosos florecieron en Cairuán en un cierto momento, hasta el punto de que la mayoría de los alfaquíes de África se formaban allá. Ahora, la ciudad, devastada por los árabes, comenzó a repoblarse, pero muy pobremente. En el presente no se ven sino pobres artesanos, la mayor parte curtidores de pieles de oveja y cabra, que venden sus ropas de cuero en las ciudades de Numidia donde no se encuentran telas europeas. Con tal oficio sólo pueden arrastrar una existencia precaria; además, el sultán de Túnez los oprime hundiéndoles en una extrema calamidad, como comprobé en el curso de un viaje de Túnez a Numidia, donde se hallaba la almahala del rey de Túnez, en el año novecientos veintidós de la Hégira[76].

Capes, ciudad[77]

Capes es otra ciudad muy grande edificada por los romanos a orillas del Mediterráneo en el fondo de un golfo. Se halla rodeada de altas murallas antiguas y lo mismo la ciudadela. Un riacho pasa cerca de la población, pero su agua es salobre y como caldo. El hecho de que Capes fuera saqueada por los árabes ocasionó su decadencia; hicieron tanto daño que los habitantes marcharon a vivir extramuros, en el palmeral, que produce gran cantidad de dátiles, pero que no se conservan todo el año, pues se vuelven amargos. Nada más crece en este

76. 1516-1517 d. C.
77. Gabes, Qābis, Tacapes antigua.

suelo, excepto un fruto nacido bajo tierra, con forma de rábano pero pequeño como un haba y que al chuparlo sabe como almendra, de la que tiene un poco el sabor. Se consume en todo el reino de Túnez y los árabes lo llaman *habb aziz*[78].

Los habitantes de Capes tienen la tez negra, son pobres labradores o pescadores, muy oprimidos por los nómadas o por el rey de Túnez.

El Hamma

El Hamma[79] es una ciudad de antigüedad remota, edificada por los romanos tierra adentro, a unas 15 millas de Capes. Está rodeada por una muralla construida con grandes piedras muy bien talladas. Aun hoy se ven sobre las puertas unas lápidas de mármol con inscripciones grabadas. Las casas y calles son feas; los habitantes pobres y ladrones; el alfoz, áspero y seco: no crecen allá sino palmeras de dátiles no muy buenos. A una milla y media de la ciudad aproximadamente nace un gran manantial de agua muy caliente que, al formar un arroyo, atraviesa la ciudad por su mitad en anchos canales. Junto a ellos hay unas construcciones, a modo de habitaciones separadas unas de otras, bajo del nivel del suelo y cuyo pavimento lo constituye el lecho del canal. Cuando penetráis en una celdilla el agua os llega hasta el ombligo, pero nadie tiene valor para entrar allí porque el agua está demasiado caliente. Sin embargo, los habitantes beben de este agua, aunque si quieren beberla de mañana la sacan por la noche, y al revés.

Toda este agua se junta, al salir de la ciudad, al norte de ella y forma un lago dicho Lago de los Leprosos. En efecto, tiene la propiedad de curar la lepra y de cicatrizar las úlceras, por ello un gran número de leprosos vive alrededor del lago, en cabañas. Este agua obra resultados admirables en las enfermedades, pero cuando se bebe, tiene sabor a azufre, como yo mismo me aseguré probándola, de modo que no quita la sed.

78. *Ḥabb al-'azīz*, chufa.
79. En árabe, baño de aguas termales, de ahí nuestras Alhamas.

Machres[80], castillo

Machres es un castillo edificado en nuestros tiempos por los africanos a la entrada del golfo de Capes. Se construyó para guardar el golfo de los ataques de navíos enemigos; está situado a unas cincuenta millas de la isla de Gerbe. Sus habitantes tejen algunas telas de lana y muchos de ellos son barqueros y pescadores, manteniendo relaciones comerciales con la isla cuyo dialecto africano hablan. Por carecer de terrenos de cultivo y de agricultura ninguna quienes no trabajan de tejedores sólo viven del oficio del mar.

Isla de Gerbe[81]

Gerbe es una isla próxima a tierra firme completamente llana y arenosa, con infinidad de plantaciones de palmeras, viñas, olivos y otros árboles frutales. Su contorno es de unas 18 millas y los habitantes viven en aldeas de casas diseminadas, al tener cada predio su casa habitada por una familia distinta. Sin embargo, en algunas aldeas las casas están agrupadas. El suelo es poco fértil, por lo que es preciso trabajarlo mucho y regarlo con agua extraída de pozos profundos para cultivar algo de cebada. Por consecuencia, sufren gran penuria de cereales, cuyo precio suele alcanzar las seis doblas el *moggio* y a veces más. La carne también es muy cara.

En la isla existe una fortaleza edificada a orillas del mar donde viven el gobernador y su familia. Cerca de la ciudadela se alojan los mercaderes extranjeros, moros y cristianos, en un pueblo grande. En esa población tiene lugar un mercado una vez a la semana, semejante a una feria porque todos los habitantes de la isla se reúnen allí e igualmente muchos árabes vienen de tierra firme con su ganado y con gran cantidad de lana. La mayor parte de los isleños vive del comercio de las telas de lana que se fabrican en la isla; las llevan a Túnez y Alejandría. También exportan pasas.

La isla fue atacada hace cincuenta años aproximadamente por una flota cristiana que se apoderó de ella y la saqueó, pero fue recuperada enseguida por el sultán de Túnez que la hizo repoblar. Entonces se edificó la fortaleza, pues anteriormente sólo había aldeas. Gerbe ha

80. *Maḥris*, que podríamos traducir por La Guardia.
81. Ŷarba, Yerba.

sido administrada siempre en nombre del rey de Túnez, que envía a dos funcionarios, un gobernador-juez y un recaudador, por dos jefes de las banderías religiosas existentes en la isla. Después de la muerte del rey Hutmen[82], al carecer sus sucesores de autoridad, la isla reivindicó su libertad y el pueblo cortó de inmediato el puente que la enlazaba con tierra firme, por temor a que las tropas llegasen por vía terrestre y uno de los dos jefes mató a los notables de la taifa adversa, de manera que quedó como único señor de la isla y todos los suyos le han seguido hasta hoy día.

Gerbe produce veinte mil doblas por derechos de gabelas y aduanas, a causa del gran comercio que allí se hace, pues los mercaderes alejandrinos, turcos y tunecinos la frecuentan mucho, pero quienes actualmente detentan el poder usan entre ellos de las mayores felonías: el hijo mata al padre y el hermano al hermano para conseguir el mando, de suerte que en quince años han perecido diez señores.

En nuestros tiempos, Fernando, rey de España, envió a Gerbe una gran flota a las órdenes del duque de Alba, pero al no tener experiencia de la isla, desembarcó sus tropas a varias millas de la tierra. La isla fue valientemente defendida por los moros y los españoles debieron batirse en retirada, padeciendo los rigores de la calor y la sed, pues no encontraron agua para beber. Como desembarcaron con marea alta[83], a su regreso el mar estaba bajo y los barcos se habían retirado con el reflujo para no quedar en seco, de manera que había cuatro millas al descubierto por la retirada del mar, añadiéndose esta distancia a la que los soldados españoles habían andado ya y éstos, abrumados, viéndose en tal peligro marcharon en desorden hacia sus barcos, perseguidos por los jinetes moros. La mayoría sucumbió o cayeron cautivos; sólo algunos pudieron regresar a Sicilia con la escuadra. Después, ya en el reinado de Su Majestad Cesárea el emperador Carlos, se envió otra flota a Gerbe por orden suya, bajo el mando de don Novo[84], caballero y prior de la Orden de San Juan en la ciudad de Mesina. Este último, con prudencia y habilidad, obtuvo sin combate la sumisión de los moros que se comprometieron a entregar cierto tributo a Su Majestad

82. Abū 'Amr Uṯmān, muerto en 1488.

83. La alusión a mareas pronunciadas en el Mediterráneo central es, como mínimo, extraña; más bien cabe hablar del temor a encallar de los marinos, dada la escasa profundidad de esas aguas.

84. Sólo en versión Epaulard (p. 401).

Cesárea el emperador y enviaron embajadores hasta Alemania para confirmar los acuerdos signados con el capitán don Novo. El emperador los suscribió y ordenó que la isla pagara cada año cinco mil doblas al virrey de Sicilia. Esta tregua se halla todavía en vigor.

Zoara[85]

Zoara es una ciudad chica edificada por los africanos a orillas del mar Mediterráneo a unas cincuenta millas de Gerbe. Está rodeada por feas y débiles murallas y habitada por gente pobre que sólo vive de fabricar cal y yeso y de transportarlos a Trípolí. Carecen de terrenos de cultivo y viven en el temor perpetuo de las incursiones de los corsarios cristianos, sobre todo desde la caída de Trípoli.

Lepide[86]

Esta ciudad también la levantaron los romanos; está rodeada de altas murallas de grandes piedras. Antiguamente fue arrasada, sin embargo se repobló cuando los ejércitos mahometanos penetraron en el país y así siguió hasta la invasión de los árabes. Entonces la devastaron de nuevo dejándola en el estado en que la vemos hoy. Sus piedras y columnas sirvieron para construir Trípoli.

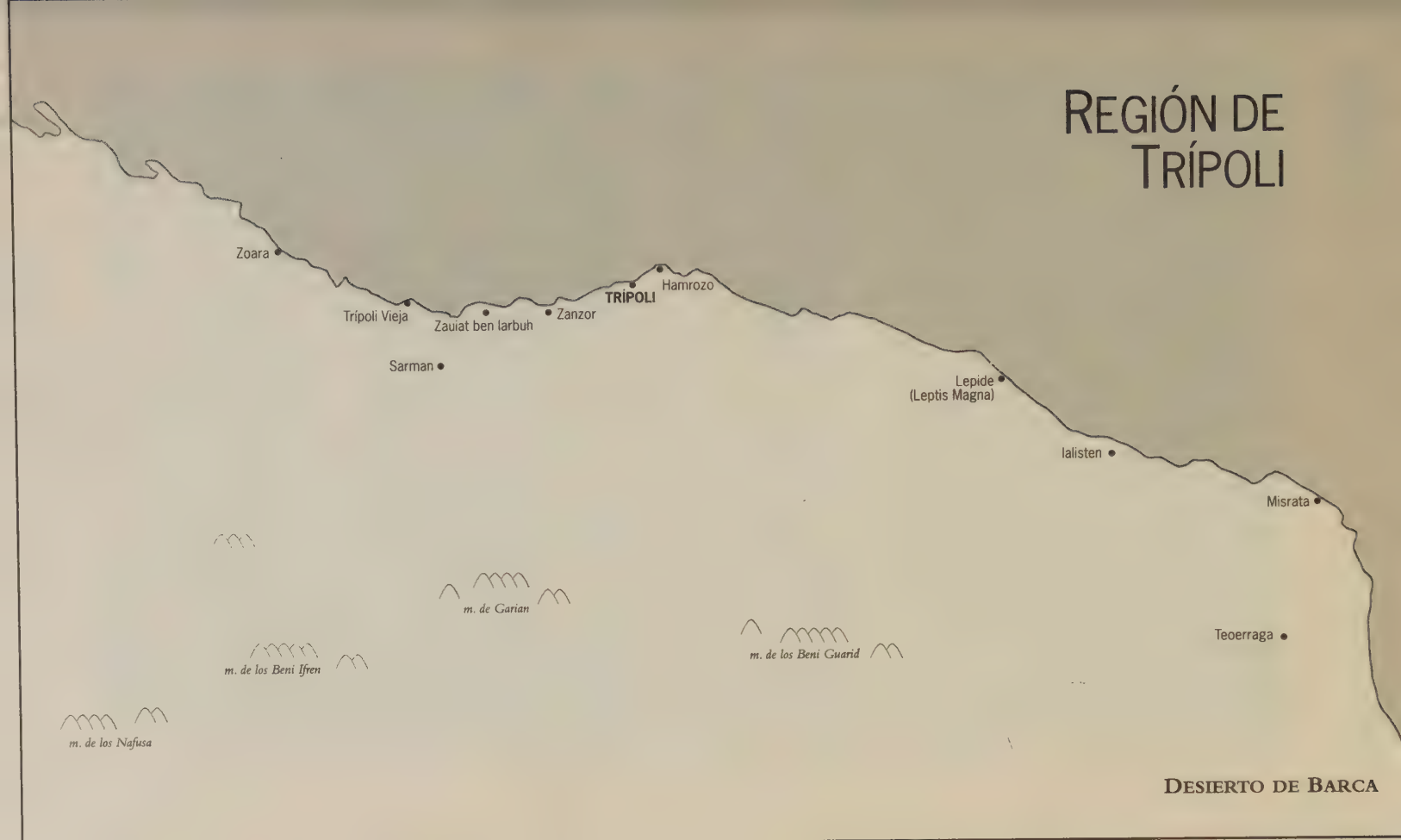
Trípolí la Vieja[87]

Es una ciudad antigua, igualmente edificada por los romanos. Luego la gobernaron los godos y por último los mahometanos, que la ocuparon en tiempos de Homar, segundo califa. El duque godo fue asediado allí durante seis meses y hubo de huir a Cartago; la ciudad fue saqueada y sus habitantes muertos, o llevados en cautividad a Egipto y Arabia, según cuenta el historiador Ibn Rachich.

85. Zuwwāra.
86. Lebda, Leptis Magna.
87. Sabrata; el sitio de que habla debe referirse en realidad a la misma Trípoli.

Trípoli de Berbería

A Trípoli erigieron los africanos tras la ruina de Trípoli la Vieja; se halla ceñida por altas y bellas murallas no muy fuertes y situada en una llanura arenosa donde proliferan los palmerales. Las casas son bonitas en comparación con las de Túnez y los zocos ordenados, separados los gremios unos de otros, en especial los tejedores. No hay fuentes, ni pozos, sino sólo aljibes. La escasez de cereales es grande, pues en todo el contorno sólo hay arena, como en Numidia. La razón es que el Mediterráneo penetra en estas regiones muy al sur, de manera que los lugares que debían ser antiguamente templados y fértiles, se hallan anegados por las aguas y los habitantes del país aseguran que en tiempos remotos había una gran extensión de tierras que se extendían muy lejos hacia el norte, pero que en el curso de los tiempos fueron cubiertas por el batir continuo de las olas, que las socavaban sin cesar, como se ve en las playas de Monastier, Mahdia, Asfacos, Capes, la isla de Gerbe y otras ciudades, que están hacia el este donde el mar no es profundo, de modo que si alguien entra al agua, ésta sólo le llega a la cintura. Por ello dicen que tales parajes fueron antaño marinos. También aseguran que la ciudad se prolongaba más hacia el norte, pero que por la acción destructora del mar, se la hizo retroceder hacia el sur y en el presente incluso hay casas y edificios sumergidos. En otras épocas hubo muchas mezquitas en la ciudad y colegios y hospitales para alojar a pobres y extranjeros. Los habitantes consumen un alimento ingrato, el *bezin* de cebada, pues los víveres que se traen a la ciudad no bastarían para abastecerla un solo día; se considera rico al campesino que puede guardar uno o dos *moggia* de grano para su provisión. No obstante, se dedican mucho al comercio por hallarse la ciudad próxima a Numidia y Túnez, sin que se encuentre otra hasta Alejandría; igualmente está cercana a Malta y Sicilia. Las galeras venecianas antes acudían allí y comerciaban con los mercaderes de Trípoli y con quienes venían a contratar con ellas. La ciudad siempre estuvo bajo la tutela del rey de Túnez, salvo la época en que Abulhasen, sultán de Fez, acampó frente a Túnez forzando al soberano a refugiarse en los desiertos árabes por su seguridad. Pero después de la derrota de Abulhasen y la aniquilación de su ejército, el rey de Túnez recuperó el poder, la capital se rebeló y la sublevación duró cinco años hasta el momento en que el rey de Fez, Abu Henan, emprendió su expedición contra el reino de Túnez. El sultán de Túnez,


REGIÓN DE TRÍPOLI
Zoara
Trípoli Vieja
Zauiat ben Iarbuh
Zanzor
TRÍPOLI
Hamrozo
Sarman
Lepide (Leptis Magna)
Ialisten
Misrata
Teoerraga
m. de Garian
m. de los Beni Ifren
m. de los Beni Guarid
m. de los Nafusa
DESIERTO DE BARCA

Abulhabbes, salió a su encuentro, los dos ejércitos combatieron y el tunecino vencido hubo de huir a Constantina. El de Fez acampó ante esta ciudad y la atacó con tal dureza que la población no pudo resistir y abrió las puertas. Tras apresar al rey de Túnez lo llevaron cautivo a Fez, recluyéndole luego en la alcazaba de Ceuta.

Cuando el sultán de Fez llevaba al tunecino preso, Trípoli fue atacada por una escuadra de veinte buques genoveses que, después de cruel combate, se apoderaron de ella y la saquearon, apresando a todos los habitantes[88]. Enseguida Hellal, hijo de Maimon, entonces lugarteniente del rey Abu Hinan en Túnez escribió a su soberano lo acaecido y cómo conviniera con los genoveses entregarles cincuenta mil ducados de rescate. Tras percibir la suma, los genoveses evacuaron la ciudad y liberaron a los prisioneros, sin percatarse de que la mitad de los dinares eran falsos.

De seguida, el rey de Túnez fue liberado por Abu Selim, sultán de Fez, por el lazo de parentesco que se estableció entre ellos y recuperó el poder. Así Trípoli retornó bajo la autoridad del rey de Túnez, lo que duró hasta los tiempos del príncipe Abu Bacr, hijo del rey de Túnez Hutmen. Abu Bacr pereció en la alcazaba de Trípoli con uno de sus hijos por orden de Iahia, sobrino de este príncipe. Iahia se hizo proclamar rey de Túnez y Trípoli se entregó al rey Iahia, quien luego fue muerto en combate contra su primo Habdulmumen que le arrebató el reino y lo conservó hasta su muerte. Zacharía, hijo del rey Iahia, le sucedió y murió de peste meses después. Entonces el pueblo y los grandes de Túnez eligieron a Mucamen, hijo de Hesen y primo de Zacharia, exaltándole al trono. Pero Mucamen, al verse en tal rango, manifestó un orgullo y despotismo insufribles y el pueblo de Trípoli expulsó a su gobernador y a los funcionarios reales, eligiendo como señor a uno de sus conciudadanos y poniendo en sus manos todas las rentas y tesoro de Trípoli. Este hombre gobernó la ciudad con gran prudencia.

Pero el rey de Túnez, para vengarse de la rebelión, envió contra Trípoli un gran ejército mandado por un virrey que fue envenenado por los árabes instigados por la gente de Trípoli, desbaratándose el

88. En abril de 1355 los genoveses se apoderaron de Trípoli por sorpresa y la abandonaron mediante un rescate pagado por Abū 'Inān, sultán de Fez, como informa Ibn Baṭṭūṭa (vid. nuestra traducción, p. 755).

ejército. Pero sucedió que aquel señor de Trípoli, primero tenido por discreto, ejerció el poder de modo tiránico y un cuñado lo mató. Entonces el pueblo obligó a un antiguo personaje de la corte del príncipe Abu Bacr, convertido en ermitaño, a tomar el señorío de Trípoli que conservó varios meses, hasta el momento en que el Rey Católico Fernando despachó una armada contra Trípoli bajo el mando del conde Pedro Navarro. Esta flota llegó una tarde de improviso ante la ciudad y al día siguiente estaba ganada para los cristianos y todos los habitantes prisioneros. Al señor y a uno de sus yernos trasladaron a Mesina donde vivieron varios años en prisión; luego los despacharon a Palermo y allí el emperador Carlos les devolvió la libertad y regresaron a Trípoli por su propia voluntad. La ciudad fue arrasada tras conquistarla los cristianos aunque ellos fortificaron la ciudadela con una sólida muralla y abundante artillería, como hemos visto en el año de Cristo de 1518. Según oí contar hace poco, el alcaide de la ciudad ha comenzado a repoblar en nombre del César Carlos.

Esto es cuanto se puede decir sobre las ciudades del reino de Túnez.

Montes del principado de Bugía

Casi todo el estado de Bugía está formado por altas y ásperas montañas donde hay muchos bosques y manantiales, habitadas por ricas tribus, nobles y generosas, que poseen gran número de cabras, bueyes y caballos. Casi siempre vivieron en libertad, sobre todo desde que los cristianos tomaron a Bugía. En esta tierra casi todas las personas llevan una cruz negra tatuada en la mejilla, según la antigua costumbre de que hablamos y su principal alimento es el pan de cebada, pero disponen de una gran cantidad de nueces e higos que, en particular se encuentran en las montañas de la ribera del mar llamadas montes de los Zoaoa[89]. En esas sierras hay minas de hierro con el cual labran pequeños lingotes de media libra y que utilizan a guisa de moneda. También acuñan algunas moneditas de plata de cuatro granos de peso[90]: El lino y el cáñamo crecen abundantes y con ellos se fabrica mucha tela basta. La gente del país es celosa, pero por otro lado vigorosos y serviciales. Casi todos visten dignamente. Este principado de Bugía, en su región montañosa, se extiende a lo largo del

89. Zuwāwa (Gran Cabilia).
90. 20 cgrs.

Mediterráneo 150 millas aproximadamente, y en una profundidad de unas cuarenta. En cada montaña habita una cabila diferente, pero su forma de vivir no difiere, por lo cual evito extenderme en detalle.

Montañas del Auraz[91]

Es un macizo montañoso muy elevado donde habita una gente de inteligencia limitada, además de ladrona y asesina. El Auraz está situado a unas 80 millas de Bugía y 60 de Constantina y se halla separado de las otras montañas extendiéndose en una longitud de unas 60 millas. Al sur, limita con el desierto de Numidia y al norte con los territorios de Msila, de Stefe, de Necaus y de Constantina. En las alturas nacen múltiples manantiales cuya agua se derrama en la llanura y forma cenagales. Cuando viene la estación cálida los pantanos se vuelven salitrales. No hay modo de relacionarse con los montañeses del Auraz pues, para guardarse de sus enemigos árabes y de los señores vecinos como el rey de Túnez, no quieren que se conozcan los accesos a sus montañas.

Montes del principado de Constantina

Toda la región al norte y oeste de Constantina está cubierta por una infinidad de montañas que comienzan en los confines de Bugía y se extienden a lo largo del mar Mediterráneo hasta cerca de Bona, es decir, en una longitud de 130 millas. Todos son montes muy productivos por la gran fertilidad de los terrenos llanos que encierran: producen muchas aceitunas, higos y otros frutos, de modo que abastecen a todas las ciudades vecinas como Constantina, Collo y Gegel, y también a los beduinos. Los habitantes de estas montañas son más civilizados que los de las montañas de Bugía y ejercen diversos oficios. Sobre todo fabrican gran cantidad de telas. Las mujeres de esta tierra suelen fugarse a otra montaña cuando su marido no les gusta. La que se fuga abandona a sus hijos e incluso, si la montaña donde va es enemiga de la de su marido, se vuelve a casar allí. De ahí nacen las disputas, pero a veces se ponen de acuerdo mediante pago, o por algún otro medio de compensación. Por ejemplo, el hombre que recoge a la fugitiva entrega una de sus hijas o hermanas a aquél cuya mujer huyó.

91. Awrās, Aurés, a unas 160 millas de Bugía y 80 de Constantina.

La gente de la comarca es muy rica porque no pagan impuesto ninguno, pero no pueden comerciar ni en la llanura, por temor a los árabes; ni en las ciudades, por miedo a los señores. Todos los días de la semana hay mercado en diferentes lugares y acuden muchos mercaderes de Constantina y Collo. No obstante, es preciso que estos mercaderes tengan en cada montaña un amigo que oficie de fiador, pues de lo contrario nadie les hace justicia en caso de engaños. No hay jueces, ni sacerdotes, ni nadie que sepa leer. Si alguien necesita hacerse leer una carta debe buscar a doce o quince millas de distancia. En estos montes se pueden reclutar, en total, alrededor de cuarenta mil jinetes. Si estas gentes estuvieran unidas, podrían dominar fácilmente toda África por su extrema bravura.

Montes de Bona

Bona, a la orilla del mar por el norte, tiene al oeste y sur varias montañas que son continuación de las de Constantina, pero por levante hay elevaciones, como colinas, cubiertas de buenos terrenos de cultivo. Antiguamente hubo allí diversas ciudades y muchos castillos edificados por los romanos, de los cuales ahora sólo quedan ruinas sin que se conozcan sus nombres. Las mejores tierras de cultivo están deshabitadas a causa de los árabes, a excepción de una pequeña comarca cultivada por ciertas tribus que viven en el campo y allí se mantienen por la fuerza de las armas y a pesar de los árabes. Estas colinas se extienden en una longitud de unas 80 millas de este a oeste, es decir de las proximidades de Bona hasta Begia y en una anchura de unas treinta millas; en ellas abundan los manantiales, de donde nacen ríos que atraviesan la llanura existente entre este macizo y el mar Mediterráneo.

Montes próximos a Túnez

Túnez está situada en una planicie y no hay, en sus cercanías más montañas que algunos promontorios que entran en el mar al oeste, tal como el que hay en Cartago. Sin embargo, hay una montaña muy alta y fría a unas treinta millas al sureste de la capital llamada Zagoan, pero deshabitada. Se ven, no obstante, algunas pocas chozas de campesinos ocupados en la cría de abejas y que siembran algo de cebada. En la Antigüedad, cuando los romanos gobernaron África, el Zagoan estuvo habitado. Habían edificado en la cumbre, en las laderas y al pie de

la montaña numerosos castillos y pueblos hoy día completamente en ruinas. Entre éstos, abundan los vestigios antiguos con inscripciones arcaicas en lengua latina; yo mismo las vi y un renegado siciliano me leyó y tradujo algunas. De Zagoan se llevó el agua hasta Cartago y aun se ve el acueducto.

Montes de los Beni Iefren y de los Nefusa[92]

Estos montes están en medio del desierto y situados a unas treinta millas de Gerbe y Sfacos; son altos y fríos, apenas se da el trigo y sólo crece un tantito de cebada, lo que no basta para la mitad del año. Los habitantes de tales montañas son hombres valientes de verdad. No obstante, se les consideró herejes[93] por los mahometanos de la secta de los pontífices de Cairuán[94]. Las gentes de todos los países africanos abandonaron tal herejía, salvo estos montañeses. Cuando acuden a los aledaños de Túnez y otras ciudades ejercen oficios bajos para ganarse la vida y no osan manifestar sus creencias por miedo a ser castigados por los inquisidores[95].

Montes de Garian

Garian es una montaña alta y fría de unas cuarenta millas de largo y unas 15 de ancho; separada de las otras por extensos arenales, se encuentra a 50 millas aproximadamente de Trípoli. Allí crece muchísima cebada y excelentes dátiles que deben comerse frescos; también se producen muchas olivas de las que extraen gran cantidad de aceite exportado luego a Alejandría y a las ciudades vecinas. El azafrán abunda y su color y calidad son notables y mucho mejores que el procedente de cualquier otra parte del mundo y si el azafrán de Grecia o Túnez valen en El Cairo diez *sarafs*[96] la libra, el de Garian vale quince, según me refirió uno que fuera administrador en esta montaña, el cual agre-

92. En realidad, montes de Maṭmaṭa y Nafūsa propiamente dicho.

93. Por ser *jāriŷíes*, huidos de Oriente. En la actualidad los principales focos de esta secta, la primera escisión del Islam, se hallan precisamente en el Ŷabal Nafūsa (Libia), en Yerba (Túnez) y en el Mzab (Argelia).

94. Šīīes.

95. La ocultación de las convicciones religiosas en un medio hostil ha sido una constante en la no siempre fácil interrelación de las distintas ramas islámicas; sin embargo, cuando León utiliza la expresión «inquisidores», aparte de exagerar, parece estar proyectando, una vez más, de manera mecánica la terminología propia del Cristianismo de su época.

96. *Dīnār ašrafī*, o de Barsbay al-Ašraf, acuñado en 1425, de oro puro y peso 3,466 grs.

gó que en tiempos del principe de Trípoli, se producían en Garian al año sesenta mil doblas y que durante su mandato, sacaban treinta *cantars*[97] de azafrán, lo que representaba quince cargas de mulo. Pero los habitantes de Garian siempre estuvieron oprimidos por los árabes y por los reyes de Túnez. Tiene muchos pueblos –unos ciento treinta– formados por pobres y malas casas.

Monte de los Beni Guarid[98]

Monte a unas 100 millas de Trípoli, habitado por una tribu rica y valiente que vive en libertad, coaligada con otros montañeses en los confines del desierto de Numidia.

Casr Acmed[99]

Es un castillo edificado por un capitán de los ejércitos que invadieron África. Fue arrasado por los árabes.

Subeica[100]

Subeica data también de la época en que los ejércitos mahometanos vinieron a África. Estuvo muy poblado pero fue destruido por los árabes, sin embargo todavía lo habitan pescadores y otra pobre gente.

Casr Hessen

Es otro castillo edificado en la orilla del mar por los ejércitos musulmanes y arrasado como los otros por los beduinos.

97. *Qinṭār*, quintal.
98. Beni Walīd.
99. Qaṣr Aḥmad.
100. *Ṣubayja*, pequeño salar.

Sexta Parte

Numidia[1]

Habiendo terminado de hablar de las montañas, continuaré por las provincias del reino de Túnez que carecen de ciudades o castillos y donde sólamente existen alquerías. Nos ocuparemos de ellas una por una, comenzando por Gar, que es un pueblo a orillas del mar, abundante en dátiles y de tierra seca. De la escasa cebada que se cultiva se alimentan los habitantes.

Gar el Gare

Es un terreno donde se ven numerosas excavaciones de grandeza admirable. Se piensa que de allí se sacaron las piedras para edificar Trípoli la Vieja, pues el lugar está próximo.

Sarman

Pueblo grande y muy poblado, cerca de Trípoli la Vieja. Los dátiles abundan pero no crece ningún cereal.

Zauiat Ben Iarbuh[2]

Es otro pueblo cercano al mar donde crece muy poco trigo. Está habitado por religiosos y las palmeras abundan.

Zanzor

Zanzor es pueblo próximo al mar, a unas doce millas de Trípoli; en él pululan los artesanos y es muy fértil en dátiles, granadas y membrillos.

1. Seguimos la división de Ramusio: aquí comienza según ella la VI[a] Parte.
2. Zāwiyat Ibn Yarbūʿ.

Los habitantes son pobres, sobre todo desde que los cristianos tomaron Trípoli; sin embargo, comercian con éstos y les venden frutas.

Hamrozo[3]

Es un caserío a 6 millas aproximadamente de Trípoli, tierra adentro, con grandes palmerales y huertas rebosantes de diversos árboles.

Tagiora[4]

Tagiora es una campiña a 3 millas al este de Trípoli donde se alzan varios pueblos con huertos plantados de palmeras y otros árboles frutales. Esta campiña mejoró mucho después de la toma de Trípoli, porque muchos ciudadanos se refugiaron allí, pero hay en todas sus alquerías y aldehuelas patanes ignorantes y ladrones, gentes que viven en chozas de palma y se alimentan con pan de cebada y *bezin*, sometidos todos al rey de Túnez y a los árabes, excepto los que moran en pleno campo.

Mesellata, provincia

Mesellata es una provincia junto al mar Mediterráneo, a unas 35 millas[5] de Trípoli, donde hay muchos pueblos y castillos muy poblados por gente rica, dada la gran cantidad de palmerales y olivares. La población vive en libertad y se designa un jefe a modo de señor, que zanja los negocios de paz y guerra con los árabes. Puede reclutar unos cinco mil combatientes.

Mesrata; provincia

Mesrata es también una provincia a orillas del Mediterráneo, a unas cien millas de Trípoli, donde existen algunos castillos y pueblos, unos en llano, otros en la montaña. Los habitantes son muy ricos porque no pagan ningún tributo y se dedican al comercio, tomando las mercancías que llegan al país en galeras venecianas y transportándolas a Numidia, donde las cambian por esclavos, algalia y almizcle que

3. ʿAmrūs.
4. Taỷūra.
5. De hecho, unas 65 millas, más de 100 kms.

provienen de Etiopía y Sudán, todo lo cual llevan a Turquía, obteniendo así beneficio del viaje de ida y del viaje de vuelta.

Hemos acabado con el reino de Túnez, continuaremos con el desierto de Barca.

Desierto de Barca

Este desierto comienza en los confines del alfoz de Mesrata y se extiende hacia el este hasta los límites de Alejandría en una distancia de unas 1.300 millas[6]; su anchura es de unas 200 millas. Barca es territorio desértico y áspero sin agua ni cultivos. Antes de que llegaran los árabes a África, estos territorios estaban deshabitados pero, con su venida, los más poderosos se establecieron en las regiones fértiles y los débiles permanecieron en los yermos, descalzos y sin ropa y atenazados por el hambre. Este desierto se halla alejado de toda región habitada y en él no crece nada, de manera que cuando los beduinos quieren procurarse trigo u otra cosa necesaria, deben los desdichados empeñar a sus hijos. El trigo y otros productos los traen por vía marítima los sicilianos, que marchan con los rehenes. Una vez idos, los árabes van, a su vez, a dedicarse al pillaje en Numidia y son los mayores ladrones y los traidores más pérfidos que en el mundo entero pueda haber; despojan a los pobres peregrinos y a los viajeros, llegando a obligarles a beber leche caliente para luego zarandearlos y lanzarlos al aire, para que los infelices arrojen hasta las entrañas. Los árabes buscan entonces en el vómito por si hay alguna moneda, porque estas bestias sospechan que los caminantes tragan sus dineros al entrar en este desierto para que no se les encuentre encima.

Numidia

Ya hemos dicho en la Primera Parte de esta obra que Numidia se considera como de menor importancia que Berbería por razones que aducen los geógrafos e historiadores africanos. Ciertas localidades de Numidia están muy próximas al Atlas. Hablamos de ellas en la Segunda Parte de este libro al tratar de Heha, de la provincia del Sus y de la de Guzula. En el reino de Túnez hemos mencionado Elchema[7], y

6. Más de 2.000 kms.
7. al-Ḥāmma.

Capes[8]. Algunos estiman que estas poblaciones pertenecen exclusivamente a Numidía; sin embargo, las hemos contado entre los territorios de Berbería porque Ptolomeo engloba toda la costa del reino de Túnez en la Berbería. Vamos a mencionar las otras una por una.

Tesset, ciudad de Numidia

Es una ciudad chica, antiguamente edificada por los numidios en los confines del desierto libio. Su recinto amurallado es de adobe y su aspecto se asemeja poco o nada al de una ciudad civilizada. Allá viven unas 400 familias y en torno a la población hay un campo arenoso, aunque cerca de la ciudad exista una extensión cultivable, plantada de palmeras y otra donde siembran cebada y mijo, con los cuales los habitantes sostienen su pobre y mísera existencia. Esta gente paga fuertes tributos a los árabes, sus vecinos del desierto, y suelen girar viajes comerciales con sus mercancías al País de los Negros y a Guzula, de manera que casi nunca está más de la mitad de la población en sus casas. Son muy feos y casi negros, sin ninguna instrucción. Las mujeres son quienes estudian y ofician de maestras de escuela para niñas y niños y cuando los muchachos alcanzan los doce años los padres les hacen trabajar en sus predios, sacando agua de los pozos para regar los sembrados, o cavando. Las mujeres son más gordas y blancas que los hombres; aparte de las que se entregan al estudio y las hilanderas, todas las demás quedan ociosas, mano sobre mano. La pobreza es el destino común, el ganado escasea y se reduce a los *ademmanin*[9]; no hay bueyes, ni ovejas, sino sólo *ademmanin*. Aran con una yunta compuesta por un caballo y un camello, como se acostumbra en toda Numidia.

Guaden[10]

Guaden es un pueblo situado en el desierto de Numidia que limita con Libia. Lo habita una población tosca y pobre y allí no crece sino una pequeña cantidad de dátiles. Los habitantes carecen de recursos y viven casi desnudos; no pueden salir de su aldea a causa de la enemistad de los vecinos y se dedican a cazar con trampas capturando algunos animales salvajes de estas regiones tales como el *lamt* y avestruces.

8. Gabes.
9. Ovejas saharianas.
10. Wadan, Ouadane, en la Mauritania actual.

m. Baronis
TRAFRATA
Teurerto
río Zha
río Inauen
Taza
Garsis
Haddagia
FEZ
m. Gauata
m. Matgara
m. Megesa
Beni Bahlul
Dubdu
DESIERTO DE AD DAHRA
Sofroi
m. Beni Iasga
m. Gueblen
m. Cunaigel Gherben
CHAUS
Tezerghe
Umen Giunaibe
m. Beni Merasen
Adecsen
río Muluu
m. Masettaza
m. del Ziz
Beni Besseri
Fighig
Zahbel
GHENEG
Tamaracost
río Ghir
Abuhinan
Mazalig
NUMIDIA (BILEDULGERID)
MATGARA
río Ziz
Guachde
Togda
Farcala
Tenegeut
Segelmesse
El Mamun
Ummlhedegí
Taghit
río Ziz
Ummelhefen
Chasair
Beni Gumi
TEZERIN
río Ghir
DARA
Beni Sabih

No hay más carne que la de estas criaturas. Poseen algunas cabras, pero las guardan para leche. Son hombres más negros que blancos.

IFRAN[11]

Ifran se compone de cuatro alcazabas edificadas por los numidios a 3 millas una de la otra, en un riachuelo que corre durante el invierno y seco en el estío. Entre las alcazabas hay varios palmerales. Los habitantes son relativamente ricos porque trafican con sus mercancías con los portugueses en el puerto de Gartghessem[12], donde truecan por tejidos bastos, tela, etc. que transportan al País de los Negros, entre otros a Gualata y Tombuctú. En estos castillos residen numerosos artesanos, sobre todo fabricantes de vasijas de cobre –utensilios de buena venta en el País de los Negros– ya que existen varias minas de ese metal en los alrededores de Ifran, al pie del Atlas.

Una vez por semana tiene lugar un mercado en una de las alcazabas, pero siempre hay escasez de cereales. Las gentes visten bien, tienen un bellísimo templo con imanes y un juez para los pleitos de deudas y herencias. En lo concerniente a los criminales no hay otra pena que el destierro.

ACCHA[13]

Accha se compone de tres pequeños castillos semejantes, en el desierto de Numidia, en los confines de Libia. Estuvieron muy poblados, pero tras las discordias civiles, los habitantes los abandonaron. Más tarde, gracias a la intervención de un prestigiado religioso, las querellas se apaciguaron y al establecerse lazos de parentesco entre antiguos adversarios, los castillos volvieron a poblarse y este personaje se convirtió en señor de Accha. Son de lo más pobre que hay y su ocupación se reduce a recoger dátiles.

11. Ofran, en el alto Nun.
12. Agadir.
13. Akka.

Dara[14]

Dara es una provincia que comienza en el Atlas y se extiende al sur unas 250 millas a través del desierto de Libia. Es un territorio muy estrecho y sus habitantes residen en las orillas del río del mismo nombre, que tan pronto crece durante el invierno hasta el punto de parecer un mar, como se seca en el verano de tal manera que se vadea. Cuando crece, riega todo el país y si la crecida no acaece a comienzos de abril toda la cosecha se pierde; si ocurre en ese momento, la cosecha es excelente. En las riberas del río se sucede un grandísimo número de pueblos y castillos construidos de tapial en tanto las techumbres se sustentan con alfarjías de palmera; la tablazón es del mismo material, pese a ser madera deleznable por fibrosa y no maciza como las otras.

En las inmediaciones del río, en una extensión de cinco a seis millas existe infinidad de palmerales que producen grandes dátiles de primera calidad, que podrían conservarse siete años almacenados sin estropearse, a condición de que el almacén esté en un primer piso. Del mismo modo que son de diversas especies y colores, su precio también varía: algunos valen a ducado el *moggio*; otros, a cuarto de ducado. Estos últimos sirven únicamente para alimentar a los camellos y caballos. En las palmeras se distinguen machos y hembras; las hembras dan los frutos, mientras los machos no producen nada más que racimos de flores. Es preciso, antes de la eclosión de las flores femeninas, tomar un ramillete de flores masculinas y fijarlas en las otras, de otro modo la planta no produce sino malos y raquíticos dátiles con el cuesco muy gordo. Los habitantes del país se alimentan de dátiles de esta clase, sobre todo en los días en que no comen nada más; el alimento consiste en una sopa de cebada y algunas otras cosas miserables; sólo comen pan los días de fiesta y en las comidas de bodas.

En los castillos[15] de esta provincia, escasean las formas de vida civilizada, sin embargo, hay artesanos y orfebres judíos en el extremo de la provincia que corresponde a Mauritania, en la ruta de Fez a

14. Dar'a, Draa.

15. La repetición del término castillo, o fortaleza, no debe inducir a error: se trata de los célebres y hermosos pueblos-fortaleza (*qṣār/casbas*) entre las cuales destacan las del sureste marroquí, auténticas poblaciones fortificadas, no con una muralla sino con la aglomeración misma de casas.

Tombuctú; se encuentran, no obstante, en la región tres o cuatro grandes aldeas donde residen mercaderes extranjeros y comerciantes del país. Estas aldeas tienen tiendas y mezquitas provistas de todo lo necesario. La más importante de estas aldeas se llama Beni Sabih, que dispone de una muralla y está dividida en dos partes y gobernada por dos jefes diferentes, los cuales casi siempre están en desacuerdo y se combaten, sobre todo en la época en que es necesario regar los cultivos y a consecuencia de la escasez de agua. Los habitantes de la ciudad son hombres valientes y generosos y consienten en mantener en su casa a sus expensas a un mercader durante un año entero e incluso más, y sólo le toman lo que les deja de buen grado.

Entre esta gente de Dara hay varios jefes de partido que echan mano a las armas de continuo, pidiendo cada bando ayuda a los árabes vecinos, a quienes pagan generosamente medio ducado por día y jinete que viene a combatir a su cuenta, pero estos árabes cobran sólo por aquellas jornadas en que han hecho uso de sus armas. Hace algún tiempo que estas gentes se sirven de arcabuces y escopetas. Nunca vi mejores tiradores: acertarían en la punta de una aguja. Con estos arcabuceros se aniquilan unos a otros.

En la región crece gran cantidad de índigo, planta tintórea semejante al glasto y que se trueca por mercancías traídas de Fez y Tremecén; el trigo es muy caro y se consigue a cambio de dátiles importándolo de Fez y de otras ciudades vecinas; los caballos, como las cabras, escasean y en lugar de cebada se les dan dátiles y ese heno al que dicen *farfa* en el reino de Nápoles. Las cabras se alimentan de huesos de dátiles machacados, gracias a lo cual engordan y dan mucha leche. Habitualmente se come mucha carne de viejos machos cabríos y de camellos valetudinarios, que mal regalo proporcionan. Por otra parte, se crían avestruces para comerlos y cuya carne sabe un tanto como el pollo, pero es dura y hiede muy malamente, sobre todo la de los muslos, que es viscosa. Las mujeres son hermosas y gordas, amables y, muchas, algo casquivanas. La gente del país posee esclavos negros de los dos sexos, de los cuales, al procrear, se conserva a los niños en el servicio de sus padres. Consiguientemente, fulano es negro, zutano mulato y muy pocos blancos.

Segelmesse[16]

Segelmesse es provincia que toma la denominación de la ciudad principal, se extiende a lo largo del río Ziz, comenzando en el desfiladero próximo a la ciudad de Gherseluin, y desciende hacia el sur por espacio de 120 millas, hasta los confines del desierto líbico; está habitada por diversas tribus beréberes, Zeneta o Zanhagia o Haoara[17]. Antiguamente estuvo bajo la autoridad de un soberano independiente, pero después vino a manos de José, rey de los Lumtuna[18] y luego pasó a poder de los Almohades. Después de que éstos perdieran su reino, la familia de los Beni Marín la dominó, confiando el gobierno a parientes próximos de los reyes, en principio a sus hijos. Así sucedió hasta la muerte de Achmed, rey de Fez; entonces la provincia se sublevó, los habitantes del país mataron al gobernador y demolieron la muralla de la ciudad, que permaneció desierta hasta los tiempos presentes. La gente se reagrupó y edificaron grandes alcazabas por los terrenos cultivables y los cantones de la provincia. De estos castillos, unos son libres, otros están sometidos a los árabes.

Cheneg[19]

Cheneg es una provincia o, mejor dicho, un distrito en el río Ziz. Confina con los montes del Atlas y en él hay varios castillos, pueblos y pequeños palmerales; los terrenos de cultivo son pobres y exiguos: mínimas franjas a la orilla del río, al pie de la montaña, que a veces no alcanzan ni un tiro de piedra de anchura y donde se siembra algo de cebada. Entre los habitantes, unos son vasallos de los árabes y de la ciudad de Gherseluin, los otros son libres. Los primeros, tan pobres que están casi reducidos a la mendicidad; los segundos son ricos porque dominan el paso de la ruta de Fez a Segelmesse y hacen pagar un portazgo elevado a los mercaderes. Hay en esta garganta tres castillos principales. El primero se llama Zahbel, situado en un alto peñasco a la entrada de la garganta. Se diría que este roquedo toca el cielo de tan elevado como es. Al pie se halla la guardia que exige el derecho de paso, un cuarto de ducado por camello. Otro castillo se llama

16. Siŷilmāsa, importantísimo centro caravanero en la Edad Media, hoy completamente en ruinas. Se halla en las márgenes del Ziz, en la región marroquí de Erfud.
17. Zenetes, Ṣanhāŷa, Hawwāra.
18. Yūsuf b. Tašufīn, de nuevo.
19. El-Jeneg.

Gastrir, a 15 millas aproximadamente del anterior, pero en la ladera de la montaña, casi en la llanura; es más noble y rico que el primero. El tercero se llama Tamarracost y se encuentra a unas 20 millas de Gastrir, en la gran ruta.

Además existen algunos poblados y castillos pequeños. Los habitantes de esta garganta sufren gran carencia de cereales, pero tienen grandísimo número de cabras que resguardan en invierno en amplias cavernas. Sus fortalezas están emplazadas muy alto, con una entrada estrecha a la que se llega por senderos dispuestos por la mano del hombre y tan angostos que dos combatientes podrían resistir el asalto de toda la provincia. Este desfiladero se prolonga en una longitud de 40 millas.

Matgara

Es otra demarcación que limita con la precedente por el sur, fuera del desfiladero. Comprende varios castillos construidos también sobre el río Ziz, el más importante de los cuales se llama Helel, donde reside el señor del distrito, que es árabe y tiene a varios clanes de su tribu acampando en jaimas en terreno abierto mientras otros se albergan en la alcazaba con algunos guerreros. Nadie puede atravesar su territorio sin su permiso expreso y si sus hombres encuentran una caravana sin salvoconducto, la saquean de inmediato expoliando a mercaderes y guías. Hay otros castillos y pueblos, todos miserables, como yo mismo he visto.

Reteb

Es otro cantón que confina con Matgara y se extiende a lo largo del Ziz, hacia el sur, unas 50 millas, hasta el territorio de Segelmesse, con numerosos castillos y palmerales. Los habitantes, avaros en extremo y poco valerosos, están sometidos a los árabes: cien de sus mejores jinetes no osarían plantar cara a diez jinetes árabes; cultivan sus tierras para los beduinos como si fueran sus esclavos. El distrito limita por el este con una montaña deshabitada y hacia el oeste con una llanura desierta y arenosa donde acampan los nómadas cuando regresan del desierto.

Territorio de Segelmesse[20]

Más arriba apunté brevemente lo que me pareció digno de reseñar sobre la provincia de Segelmesse; sin embargo, queda por decir que el territorio propio de Segelmesse, que se extiende sobre una distancia de 20 millas a lo largo del Ziz, de norte a sur, cuenta unos trescientos cincuenta castillos, grandes y pequeños, aparte de los pueblos.

Los principales castillos son tres: el primero llamado Teneget alberga a un millar de familias, es el más próximo a Segelmesse y hay algunos artesanos; el segundo se llama Tebuhasan, está a 8 millas aproximadamente al sur del anterior, más grande y civilizado; allí se encuentran numerosos mercaderes extranjeros y muchos judíos, artesanos y comerciantes. En esta alcazaba los habitantes son más que en todo el resto de la provincia.

El tercero es conocido por El Mamun, también grande, fuerte y muy poblado, en particular por mercaderes judíos y moros. A cada uno de estos castillos gobierna su propio señor, jefe de un partido. Entre estas gentes discordias y banderías se multiplican, siempre en litigios unos contra otros y haciéndose el mayor daño posible; por ejemplo, estropean los canales de riego que vienen del río, tan fatigosos de recomponer; talan las palmeras a ras del suelo y se saquean los unos a los otros y en lo cual les ayudan los árabes.

En estas alcazabas se acuña moneda de plata y oro. Los ducados se parecen a los *bislacchi* ligeros de oro de baja ley, la moneda de plata fina pesa cuatro granos y ochenta de estas monedas valen un ducado. Los cabecillas de los bandos se quedan una parte de las rentas del país; es el caso del tributo de los judíos y del beneficio de la acuñación de monedas. Los árabes toman la otra parte, es decir la renta de las aduanas. La población es de baja condición y quienes emigran ejercen los oficios más viles. Sin embargo, hay algunos ricos gentileshombres, muchos de los cuales van al País de los Negros a llevar mercancías de Berbería que truecan por esclavos y oro. El pueblo se alimenta de dátiles y de algo de trigo. Los alacranes abundan en todos estos castillos, pero pulgas no hay. En verano el calor es sofocante y el polvo tal que –creo– por esa razón toda la gente tiene los ojos hinchados; en esa estación el río está casi siempre seco y la escasez de agua se hace sentir:

20. Tafilete, Tafilalet.

sólo disponen del agua salobre de los pozos cavados a mano. El contorno del territorio mide 80 millas.

En los tiempos en que reinaba la armonía, se construyeron muros con poco gasto para defenderse de las incursiones de los jinetes árabes y mientras la gente estuvo unida, con una voluntad común, permanecieron libres, pero al formarse banderías, se demolieron los muros y cada cual llamó a los árabes para protegerse, así estas gentes se convirtieron en vasallos y casi esclavos de los beduinos.

SEGELMESSE, CIUDAD[21]

Según algunos autores, la ciudad habría sido fundada por un general romano que, salido de Mauritania, habría conquistado toda Numidia, yendo en dirección al oeste hasta Messa, la habría edificado dándole el nombre de Sigilium Messe por ser la última del estado de Messa y por constituir de algún modo el sello que marcaba el fin de su conquista; el nombre se corrompería después transformándose en Segelmesse. Según una tradición, querida por el pueblo y por nuestro geógrafo El Bicri, la ciudad fue fundada por Alejandro el Grande para los enfermos e inválidos de su ejército[22]. La ciudad se erigió en una llanura, en el Ziz, rodeada con una alta muralla de la que todavía subsisten algunos lienzos. Cuando los mahometanos entraron en África se sometió a la soberanía del pueblo de los Zenata, que duró hasta que el rey José, hijo de Tesfin, de los Lumtuna, los expulsó. Segelmesse era una ciudad muy civilizada, con bonitas casas y sus habitantes ricos por el comercio que mantenían con el País de los Negros; poseía hermosas mezquitas y colegios provistos de numerosas fuentes cuya agua venía del río. Grandes aceñas tomaban el agua en el Ziz y la soltaban en las acequias que la llevaban a la ciudad. El aire era bueno; sin embargo, en invierno, muy húmedo, lo que provocaba muchos catarros entre la gente. En verano padecían de los ojos, pero sanaban deprisa.

Hoy día Segelmesse está por completo en ruinas y, como hemos dicho, sus habitantes reagrupados en castillos y diseminados por todas partes en todo el territorio. Yo estuve en la ciudad y en sus alrededo-

21. Siŷilmāsa, Madīnat al-Ḥamrā'.
22. Parece ocioso refutar esta atribución.

res, donde entablé amistades, al estar el país muy poblado. Incluso me quedé una vez durante siete meses en El Mamun.

Essuoaihla, castillo

Es un castillo chico a unas doce millas del territorio de Segelmesse por el sur; lo construyeron en el desierto los árabes para guardar sus bienes y víveres al abrigo de enemigos. No hay en los alrededores nada más que la maldición de Dios: ni vergeles, ni huertos, ni campos, ni traza de vida alguna; sólo piedras negras y arena.

Ummlhedegi[23]

Es otro castillo, a 18 millas aproximadadmente de Segelmesse, igualmente edificado por los árabes por la razón que acabamos de decir, en su torno sólo existe un campo yermo donde crecen copiosamente ciertos frutos[24], que cuando se ven de lejos parecen ser naranjas que se hubieran tirado al suelo.

Ummelhefen[25]

Es un mal castillo a unas 25 millas de Segelmesse, edificado por los árabes en un desierto baldío en la ruta de Segelmesse a Dara con muros de piedra casi negra semejante al carbón; allí permanece la guardia de ciertos señores árabes. Nadie puede pasar sin pagar un cuarto de ducado por camello exigiéndose la misma suma por cada judío. Una vez pasé por allí con catorce judíos y habiéndonos preguntado la guardia cuántos éramos, declaramos dos personas menos y al contarnos los guardianes quisieron retener a dos de nosotros, pero aseguramos que dos éramos musulmanes y los otros judíos y para cerciorarse nos hicieron recitar a los dos la oración musulmana, luego nos disculpamos y nos dejaron marchar.

23. Umm al-Hadaŷ.
24. En italiano: «nasce gran copia di certi frutti» (Ramusio, p.74); en francés se limitan a poner puntos suspensivos (Epaulard, p.431).
25. Umm al-'afan.

Tabelbelt[26]

Es un lugar habitado en medio del desierto de Numidia, a unas 200 millas del Atlas y a 100 al sur de Segelmesse. Hay tres castillos muy poblados cuyos terrenos cultivables están plantados de palmeras; el agua escasea, así como la carne: se comen los avestruces y ciervos que cazan. La gente, aun comerciando con la Tierra de los Negros, es pobre por su dependencia de los beduinos.

Todga

Todga es una provincia pequeña junto a un riachuelo del mismo nombre, abunda en dátiles, melocotones, uvas e higos; hay cuatro castillos y diez pueblos habitados por gente pobre, la mayor parte labradores y curtidores. Esta provincia se halla a unas cuarenta millas de Segelmesse.

Farcala[27]

Es otro lugar habitado al lado de un riacho. Abunda igualmente en dátiles y otros frutos, pero no crece grano a no ser en cantidad ínfima. Se cuentan tres castillos y cinco pueblos, a 100 millas aproximadamente del Atlas y a 60 de Segelmesse. Los habitantes pagan tributo a los nómadas.

Tezerin[28]

Tezerin es una bonita región habitada también junto a un río chico a unas treinta millas de Farcala y a 100 millas del Atlas. El lugar abunda en dátiles, comprende quince pueblos, seis castillos y los vestigios de dos ciudades de las cuales se desconoce el nombre. De ahí procede su denominación, pues *tezerin* significa «las ciudades» en la lengua africana.

26. Tabelbala.
27. Ferkla.
28. Tazarin, «las higueras» en beréber (*tazarin*) y no «ciudades», como indica el autor.

Beni Gumi

Es otro lugar habitado, en el río Ghir. También proliferan las palmeras. Los habitantes del país son pobres, ejercen en Fez toda clase de oficios despreciables y con las ganancias de un año compran un caballo que traen a su tierra y revenden luego a los comerciantes que viajan a la Tierra de los Negros. En este distrito hay ocho castillos pequeños y más de quince pueblos distantes de Segelmesse unas 150 millas hacia el sureste.

Mazalig y Abuhinan, castillos

Son dos alcazabas en el desierto de Numidia, a unas cincuenta millas de Segelmesse. Sus habitantes, que son árabes, viven en la miseria y el desamparo más absolutos. Allá no crece ninguna clase de cereal y no se encuentran sino algunas palmeras. Estos dos castillos se hallan a la orilla del Ghir.

Chasair[29]

Es una ciudad chica en el desierto de Numidia a 20 millas aproximadamente del Atlas, tiene una mina de plomo y otra de antimonio. Los habitantes extraen estos metales y los transportan a Fez. No crece nada en su entorno.

Beni Besseri

Lugar habitado donde existen unos tres castillos al pie del Atlas, abunda en frutos, pero no crecen palmeras ni cereales. Hay una mina de hierro que abastece a toda la provincia de Segelmesse y a algunos pueblos bajo la autoridad del señor de Dubdu. Los habitantes trabajan todos en la mina.

29. Qusayr («castillejo» o «palecete»).

GUACHDE[30]

Guachde es un territorio a unas 70 millas al sur de Segelmesse con tres grandes castillos y varios pueblos, todos en el río Ghir. Se da poco el trigo, pero sí una gran cantidad de dátiles. Los habitantes envían sus mercancías al País de los Negros y todos son tributarios de los árabes.

FIGHIG[31]

Se compone de tres alcazabas en medio del desierto, cerca de las cuales hay enormes palmerales. Las mujeres tejen telas de lana similares a las colchas de cama, pero tan finas y delicadas que diríanse de seda, y que se venden caras en las ciudades de Berbería, tales como Fez y Tremecén. Los hombres son muy inteligentes: unos se dedican al comercio en Tierra de Negros, otros se trasladan a Fez para estudiar letras y si alguno recibe los distintivos del doctorado, regresa a Numidia y se hace predicador o imán. Todos son ricos. Estas alcazabas están a 250 millas aproximadamente al este de Segelmesse[32].

TESEBIT[33]

Tesebit es lugar habitado, en el desierto de Numidia, a unas 250[34] millas al este de Segelmesse y a un centenar de millas del Atlas. Hay cuatro castillos y varios pueblos en los confines de Libia, en la ruta de Fez y Tremecén al reino de Agadez en la Tierra de los Negros. Sus habitantes son muy pobres: en su tierra no crecen sino dátiles y algo de cebada. Esta gente es negra; sin embargo, sus mujeres son bonitas, pero morenas.

TEGORARIN[35]

Tegorarin es una comarca habitada en el desierto de Numidia, a unas 120 millas de distancia al este de Tesebit, donde existen unos cincuenta castillos y más de cien pueblos entre los palmerales. La po-

30. Wakda.
31. Figuig.
32. Más bien al noreste.
33. Tesabit.
34. De hecho, más de 600, cerca de 1.000 kms.
35. Gurara.

blación de la comarca vive con desahogo porque suelen ir con sus mercancías a la Tierra de los Negros. Allí se encuentra el punto de partida de las caravanas, así pues los comerciantes de Berbería esperan en el lugar a los de la Tierra de los Negros, luego parten juntos.

Este país goza de muchos terrenos cultivables, pero es preciso regarlos con agua de pozos pues son muy secos y pobres, también hay que abonarlos con estiércol. Por esa razón la gente aloja de balde a los forasteros, para quedarse con las boñigas de los caballos y con los excrementos de los hombres. El mayor desaire con que el forastero puede incomodar a su anfitrión es exonerar el cuerpo fuera de su casa. Si el huésped se percata, se disgusta y exclama: «¿No viste lugar apropiado en mi casa, para que vayas a hacer tus necesidades fuera?». La carne es muy cara en Tegorarin por la falta de ganado, como consecuencia de la sequedad del país; sólo hay algunas cabras que se crían por la leche y se come la carne de los camellos comprados a los árabes que acuden a la comarca para asistir a los mercados. Estos camellos son los que desechan por no servir ya como animales de carga. En su mísera alimentación se utiliza también sebo salado que importan mercaderes de Fez y Tremecén, los cuales obtienen así un gran beneficio. Había en Tegorarin algunos judíos muy ricos, pero la intervención de un predicador de Tremecén provocó el saqueo de sus bienes, mientras la mayor parte fueron muertos por la población. Esto acaeció en el año en que los judíos fueron expulsados de España y de Sicilia por el Rey Católico. El gobierno del pueblo está en manos de algunos jefes de partidos que a menudo se matan entre ellos, pero sin causar ningún daño a los extranjeros. Suelen entregar un pequeño tributo a los árabes de quienes son vasallos.

Meszab[36]

Meszab es región habitada, en los desiertos de Numidia a unas 300 millas a levante de Tegorarin[37] y a la misma distancia del mar Mediterráneo. Se cuentan hasta seis castillos y varios pueblos. Los habitantes son ricos y también de aquí salen vías comerciales por lo que los mercaderes de Argel y Bugía se encuentran con los de la Tierra de los Negros. La gente del país paga sin embargo tributo de vasallaje a los árabes.

36. Mzab, a 600 kms. al sur de Argel.
37. En realidad, a 700 kms. al noreste.

Techort[38]

Techort es una ciudad antigua levantada por los numidios en un promontorio al pie del cual pasa un río pequeño franqueado por un puente levadizo como los de las puertas de las ciudades. La muralla es de tapial excepto en el flanco de la escarpadura, donde los peñascos le sirven de defensa. La ciudad se halla a unas 500 millas al sur del mar Mediterráneo y casi a 300 de Tegorarin.

Techort tiene 2.500 familias y las casas son de ladrillos cocidos y adobe, sólo la mezquita es de bonitas piedras talladas; la habitan artesanos y nobles. Estos últimos son ricos propietarios de palmerales, pero el trigo escasea aunque lo lleven de Constantina a cambio de dátiles. Las gentes de Techort gustan mucho de forasteros y los alojan en sus casas gratuitamente; casan más gustosos a sus hijas con extranjeros que con gente del país y la costumbre establece que las doten con propiedades, como se usa en Europa. También hacen importantes regalos a los extranjeros dada su gran generosidad, incluso cuando piensan que no volverán nunca. Techort primero estuvo bajo la autoridad de los reyes de Marruecos, luego fue tributaria de los reyes de Tremecén, por último se ha convertido en tributaria del rey de Túnez a quien entrega cincuenta mil ducados al año, pero a condición de que venga en persona a recoger el tributo. El sultán actual de Túnez ha ido allí dos veces. Alrededor de Techort hay varios castillos y pueblos y lugares habitados a una distancia de hasta tres y cuatro días de marcha. Todos son tributarios del señor de Techort que posee así ciento treinta mil ducados de renta; este señor tiene una buena guardia de jinetes, ballesteros y arcabuceros turcos y les concede un sueldo conveniente para que todos permanezcan gustosos a su servicio. Es un joven de generoso y gran corazón llamado Habdulla. Mantuve relación con él y me pareció muy amable, dulce y alegre, que veía con buenos ojos a los extranjeros.

38. Tuggurt. Los datos que ofrece León sobre la ciudad son erróneos, tanto en la descripción como en las distancias de referencia: entre Tuggurt y el Mediterráneo hay 330 millas y hasta Gurara, 550.

Guargala[39]

Es ciudad antiquísima edificada por los numidios en su desierto, tiene muralla de adobe, bonitas casas y, por todo alrededor, un extenso palmeral. En las inmediaciones existen varios castillos y una infinidad de pueblos. En la ciudad abundan los artesanos y los habitantes son muy ricos por estar en relación con el reino de Agadez. Entre éstos se encuentran muchos mercaderes ajenos al país, sobre todo venidos de Constantina y Túnez. Traen a Guargala productos de Berbería para trocarlos por los traídos por los comerciantes de la Tierra de los Negros. El trigo y la carne escasean mucho: se come camello y avestruz; los hombres en su mayoría son negros, no a causa del clima, sino porque esta gente tiene muchas esclavas negras y con ellas yacen, de suerte que sus hijos son negros. La población es generosa y amable, ofrece muy buena acogida a los extranjeros porque no posee nada que no provenga de ellos, en lo que concierne al trigo, la carne salada, el sebo, los paños, las telas, las armas, los cuchillos; en una palabra, todo aquello que necesita.

Al señor rinden honores reales y éste mantiene para su guardia un millar de jinetes; su dominio le proporciona ciento cincuenta mil ducados pero debe pagar a sus vecinos árabes un tributo elevado.

Zeb, provincia[40]

Esta provincia se halla en el centro de los desiertos de Numidia, comienza al oeste en los confines de Mesila y limita al norte con las montañas del reino de Bugía. Al este llega hasta la tierra de las palmas[41], perteneciente al reino de Túnez y por el sur avanza por los desiertos que atraviesa la vía de Techort y Guargla. Esta comarca es muy cálida y arenosa, con poca agua y escasos terrenos para el cultivo de cereales, pero los palmerales se dan en número infinito; la provincia contiene cinco ciudades y una grandísima cantidad de pueblos. Describiremos las ciudades por orden.

39. Wargla.
40. Zab.
41. Bilād al-Ŷarīd.

Pescara[42]

Pescara es una ciudad antigua fundada en los tiempos en que los romanos dominaban Berbería, arrasada luego y reedificada cuando los ejércitos musulmanes penetraron en África. Hoy está bien poblada, la muralla es de adobe y los habitantes muy educados pero pobres, porque sus terrenos no producen nada sino dátiles. Esta ciudad ha cambiado varias veces de dueño. Durante un tiempo estuvo en poder del rey de Túnez, hasta la muerte del rey Hutmen, momento en que el imán de la ciudad la incitó a sublevarse y se declaró señor de ella sin que el rey de Túnez pudiera recuperarla. Hay grandísima cantidad de escorpiones cuya picadura provoca una muerte instantánea, por ello los habitantes abandonan la ciudad durante el verano y permanecen en sus alquerías hasta el mes de noviembre.

Borgi[43]

Es otra ciudad a 14 millas al oeste de Pescara[44], civilizada y muy poblada; allí hay multitud de artesanos, pero en su mayoría son labradores. La escasez de agua es tal que cuando se quiere regar un terreno seco con el agua del canal de que se valen, cada usuario por separado riega su campo durante una o dos horas, según la extensión. Estos labradores disponen de clepsidras de agua que llenan y cuando se vacían termina el tiempo asignado: a quien sobre agua, no debe conservarla. De ello resultan muy a menudo querellas y muertes.

Nefta

Nefta es una ciudad o más bien un lugar habitado donde existen tres castillos muy grandes, sobre todo uno de ellos, donde se encuentra la ciudadela, creo que edificada por los romanos, a tenor de los edificios que allí se ven. A pesar de estar muy poblada, no gozan de la condición de una ciudad civilizada; sus habitantes, eran ricos por hallarse en los confines de Libia, en la ruta que conduce al País de los Negros, pero hace unos cien años que entró en rebelión permanente contra el rey de Túnez. El actual sultán salió en campaña contra ella,

42. Biskra, Vescera.
43. al-Burŷ.
44. En realidad, 24.

la tomó, saqueó, mató a muchos de sus habitantes y demolió las murallas, de modo que los tres castillos se han convertido hoy en un solo pueblo. Cerca de allí pasa un arroyo de aguas tibias.

Teolacha[45]

Teolacha es una ciudad edificada por los númidas, con una muralla miserable. Cerca pasa un arroyo de agua caliente. Sus tierras producen dátiles en abundancia, pero muy poco trigo y los habitantes, igualmente, son pobres y están cargados de impuestos por los árabes y por el rey de Túnez, pero son avaros y muy orgullosos y ven con malos ojos a los forasteros.

Deusen[46]

Deusen es ciudad muy antigua edificada por los romanos en el lugar donde el reino de Bugía limita con el desierto de Numidia. Fue arrasada cuando los ejércitos mahometanos entraron en África, porque un conde romano se encontraba allí con gran número de hombres valerosos y no quiso entregar la ciudad al capitán sarraceno, de suerte que el asedio duró un año. Tras expugnarla, todos los hombres fueron pasados a cuchillo y las mujeres y niños cautivos y después quemaron la población. Las casas, aun incendiadas, quedaron en pie al estar hechas las paredes con enormes piedras. Sin embargo, se ven derrumbadas por dos lados, no sé por qué industria, o por un temblor de tierra. Cerca de la ciudad se divisan algunos restos que parecen de sepulturas y en la estación de lluvias los cazadores encuentran allí grandes monedas de oro y plata, con efigies y leyendas cuyo sentido nadie pudo aclararme.

Biledulgerid[47]

Esta provincia se extiende de los confines de Pescara hasta los de la isla de Gerbe, con una parte muy alejada del mar Mediterráneo, es el caso de Gaphsa y de Teuzar, que están a 300 millas tierra adentro. Este país es muy cálido y seco, no crecen cereales en él, sino gran cantidad

45. Toga.
46. Doucen.
47. Bilād al-Ŷarīd.

de excelentes y magníficos dátiles, que se transportan por toda la costa de Túnez. La provincia comprende varias ciudades como diremos.

TEUZAR[48]

Teuzar es una ciudad antigua edificada por los romanos en el desierto de Numidia junto a un riachuelo que procede de ciertas montañas del lado sur[49]. Sus murallas eran buenas y sólidas y encerraban un gran solar, pero fueron abatidas por los musulmanes al mismo tiempo que varios hermosos palacios, hoy día meros restos tristes. Los habitantes son ricos, tanto en propiedades como en dinero, porque en su ciudad hacen varias fiestas a las cuales acude gente de diversas cabilas númidas y beréberes; están divididos en dos fracciones, a las cuales separa el curso de agua. Una de estas fracciones a la que pertenecen todos los de buena condición y los nobles de la ciudad se llama Fatnasa; la otra es conocida por Merdes y se compone de árabes que se asentaron aquí desde la conquista. Estos dos grupos son adversarios y raramente obedecen al sultán quien, cuando viene en persona a Teuzar, los trata duramente, sobre todo el rey actual.

CAPHSA[50], CIUDAD

Caphsa es una ciudad antigua, edificada por los romanos, que permaneció en poder de sus duques hasta que Hucba, capitán de Hutmen, vino a asediarla; entonces la conquistaron los musulmanes, que demolieron la muralla, pero no pudieron destruir la ciudadela, en verdad magnífica, pues sus muros alcanzan los veinticinco codos de alto y los cinco de espesor, labrados con enormes piedras de cantería, como las del Coliseo de Roma. Las murallas fueron reconstruidas algún tiempo más tarde y la ciudad recobró su condición civilizada, hasta la llegada de Mansor, sultán y califa de Marruecos. Este hizo de nuevo derribar la cerca y un lienzo de muro de la ciudadela[51]. La causa fue que, habiendo quedado en la región un señor de la familia de Lumtuna que dominaba el país y hacía mucho daño en la costa tu-

48. Tusuros, Tozeur.
49. Error manifiesto, la ciudad se halla inmediatamente al norte del Chott el-Djerid, el gran salar.
50. Gafsa.
51. Desde aquí al final del párrafo sólo en la versión Epaulard (p. 443-4).

necina con la ayuda de los árabes, El Mansore vino una primera vez al país con sus ejércitos y el antedicho señor abandonó enseguida la comarca y marchó al desierto con algunos beduinos; El Mansore aceptó la sumisión de la provincia y volvió a Marruecos y en cuanto llegó allá el señor regresó del desierto y expulsó a los servidores de El Mansore; así pues algunos años más tarde el califa retornó con un gran ejército hasta Caphsa y, una vez llegado, el señor, que se encontraba en la ciudadela, fue sorprendido y El Mansor le sometió a un cerco feroz. La defensa era fácil porque los muros de la ciudad habrían bastado para detener el asalto de todos los ejércitos de África, pero el jeque local carecía de víveres en su alcazaba y un día intentó una salida con sus hijos y parientes, combatiendo todos hasta caer despedazados. Entonces, el califa mandó derribar un flanco de la ciudadela, nombró gobernadores y funcionarios en la provincia y volvió a marchar a Occidente, llevándose con él a los principales jefes que causaron la rebelión del país.

Hoy Caphsa está del todo repoblada, pero sus construcciones son modestas, a excepción de algunas mezquitas. Las calles son anchas y por entero pavimentadas con piedras negras, como las de Nápoles y Florencia; los habitantes, civilizados pero pobres, sufren las exacciones del sultán de Túnez. En medio de la ciudad existen unas fuentes dispuestas con estanques rectangulares, profundos y anchos y rodeadas por paredes, sin embargo entre las paredes y los estanques hay un espacio donde la gente puede circular para lavarse el cuerpo, porque son aguas calientes. Beben de esta agua después de enfriarla durante una o dos horas.

El aire de Caphsa es insalubre y enfermo y la mitad de los habitantes padece de calenturas. Son pobres y, sobre todo, malvados; no quieren intimar con los forasteros, lo cual se les afea en toda África. Extramuros hay una infinidad de palmeras, olivos y naranjos; los dátiles son muy buenos, los mejores y más gruesos de toda la provincia, lo mismo que las aceitunas, que dan un aceite excelente de sabor y color. Hay cuatro cosas de primera calidad: los dátiles, las aceitunas, las telas y las vasijas. Visten muy correctamente, pero llevan una especie de chanclas de cuero de antílope muy gruesas, para poder remendarlas varias veces.

Ya se habló más arriba de la ciudad de El Cheme, de Capes y de Gerbe, a propósito del reino de Túnez[52].

52. Sólo en versión Epaulard (p. 445).

Nefzaoa[53]

Nefzaoa se compone de tres castillos cercanos y con numerosa población, pero son recintos de tristes muros que encierran casas aun más sombrías. Las tierras producen mucho dátil aunque nada de cereal. Los habitantes son pobres por los tributos excesivos que impone el sultán de Túnez. Se hallan a unas 50 millas del Mediterráneo.

Teoerrega[54]

Teoerrega es un lugar habitado en los confines del dominio de Trípoli, en el límite del desierto de Barca. Hay tres castillos y algunos pueblos con muchas palmeras; no crecen cereales. Los habitantes carecen tanto de numerario como de cualquier cosa necesaria por hallarse confinados en el desierto, lejos de todo lugar civilizado.

Iasliten[55]

Iasliten es una comarca habitada en la costa del Mediterráneo donde existen varios castillos con palmerales. La gente goza de un cierto desahogo, permitiéndoles su situación a orillas del mar negociar sus mercancías con los egipcios y sicilianos.

Gademes[56]

Gademes es una anchurosa comarca habitada donde existen varios castillos y pueblos, a 300 millas aproximadamente del Mediterráneo; los habitantes son ricos y propietarios de sus palmerales, tienen dinero porque acostumbran comerciar en el País de los Negros; se gobiernan ellos mismos y pagan tributo a los árabes. Anteriormente estaban bajo la autoridad del sultán de Túnez, es decir, bajo la de su lugarteniente en Trípoli. En este lugar el trigo y la carne son muy caros.

53. Nefzawa.
54. Tawarga.
55. Zliten.
56. Gadames.

Fezzen[57]

Fezzen es, también, una grandísima región habitada donde hay enormes castillos y pueblos, todos poblados por gente rica, tanto en palmerales como en numerario. Están en los confines de Agadez y del desierto líbico que limita con Egipto, a unos sesenta días de marcha de El Cairo. No existe entre Fezzen y Egipto otro lugar habitado más que Augela[58], en el desierto de Libia. Fezzen lo gobierna un señor que oficia como primer magistrado del pueblo, dispone de todas las rentas de la región en beneficio de la comunidad y paga cierto tributo a sus vecinos árabes. En esta tierra también escasean pan y carne, por lo que comen la de los camellos que, no obstante, es muy cara.

Desiertos de Libia

Desierto de los Zanhaga

Después de hablar de Numidia, segunda parte de África, lo haremos de los desiertos de Libia, que están divididos en cinco partes, como dijimos al comienzo de la obra. Empezaremos por el desierto de los Zanhaga[59]. Este desierto, muy seco y árido, principia en el Océano, al oeste, y se extiende hacia el este hasta las salinas de Tegaza[60]; por el norte acaba en los confines de Numidia, es decir en la provincia del Sus, en Hacca y en el Dara. Al sur, alcanza la Tierra de los Negros, en los reinos de Gualata y Tombuctú. Sólo hay agua cada cien o doscientas millas, por ende salobre y amarga y en pozos muy profundos, sobre todo en la ruta que enlaza Segelmesse con Tombuctú. En este desierto se encuentran muchos animales salvajes y serpientes, como se os dirá en el lugar correspondiente. Existe en esta región un desierto muy árido y penoso de atravesar llamado Azaoad donde, en doscientas millas, no hay agua ni lugar habitado alguno, desde el pozo de Azaoad al de Araoan, a 150 millas de Tombuctú. Mucha gente muere allí de calor y de sed, como creo haber dicho con anterioridad.

57. Fezzan.
58. Aujila, Awŷīla.
59. Zenaga.
60. Tagāzà.

Desierto donde habita el pueblo Guenziga

El segundo desierto comienza al oeste, en los confines de Tegaza y se extiende al este hasta Hair, donde habita el pueblo de los Targa. Al norte, limita con el desierto de Segelmesse, de Tebelbelt y de los Beni Gomi y al sur con el de Ghir, que corresponde al reino de Gober. Estas estepas son más ásperas y áridas que las anteriores; por allá pasan los mercaderes que van de Tremecén a Tombuctú cruzándolo en su diámetro más grande, de manera que la dificultad del recorrido provoca la muerte de muchos hombres y animales por falta de agua. En esta soledad existe un desierto muy especial dicho Gogdem, donde no se encuentra agua en nueve días y fuerza es contentarse con la transportada a lomos de camello, salvo la de alguna charca formada por las lluvias, pero tal sucede casualmente y sin poder esperarlo.

Desierto donde vive el pueblo Targa[61]

El tercer desierto comienza en los confines de Hair al oeste y llega al desierto de Ighidi por el este. Al norte limita con las estepas de Tuath, de Tegorarin y del Mezab y al sur, con los desiertos cercanos al reino de Agadez. Este desierto de los Targa no es tan cruel ni peligroso como los dos primeros; cada dos jornadas se encuentra agua buena en pozos muy profundos, sobre todo en las proximidades de Hair, que es un paraje templado y de aire saludable donde crece mucha hierba. Más lejos, cerca de Agadez, se encuentra mucho maná, que es algo notable. La gente va a recoger este maná por la mañana temprano llenando calabazas y lo venden muy fresco en las calles de Agadez; un cántaro de un *boccale* vale dos *baiocchi*[62]. Este maná se bebe mezclado con agua, lo que proporciona una bebida excelente; también se pone en la sopa y refresca mucho. Por ello los extranjeros no caen enfermos en Agadez como sucede en Tombuctú, que tiene un aire malsano. Este desierto se extiende 300 millas de norte a sur.

Desierto donde vive el pueblo de los Berdoa[63]

El cuarto desierto comienza en el Ighidi de que acabamos de hablar y se extiende hasta los confines del desierto donde vive el pueblo Berdoa. Hacia el norte, limita con los desiertos de Techort, de

61. Los tuaregs.
62. Vid. *supra*, moneda ya mencionada.
63. En la versión Epaulard están intercambiados los titulos de éste y del siguiente epígrafe.

Guarghala y de Gademis y hacia el sur hasta los desiertos que van hasta Cano, reino de la Tierra de los Negros; es seco y peligroso para los mercaderes que lo atraviesan, por ejemplo quienes van de Constantina a las tierras de los negros. Los habitantes pretenden que el señorío de Guargala invade sus dominios y se declaran enemigos del señor de esa ciudad y despojan a todos los mercaderes que encuentran en el desierto, pero la gente de Guargala los mata sin piedad ni compasión.

Desierto donde habita el pueblo de los Lemta

El quinto desierto comienza al oeste donde termina el precedente y se extiende al este hasta el desierto de Augela. Al norte, limita con los desiertos de Fezzen y Barca; al sur, se prolonga hasta los confines de Borno. El suelo es extremadamente seco en la región y no es posible atravesar el país con seguridad; sólo la gente de Gademis puede hacerlo, pues son amigos de los Berdaoa. En Fezzen se aprovisionan de víveres, telas, etc. necesarios para el viaje.

El resto de los desiertos de Libia, es decir el que se extiende de Augela hasta el Nilo, está ocupado por los árabes y por un pueblo llamado Leuata[64], que también es africano.

Aquí termina la descripción de los desiertos de Libia. A continuación seguirá la concerniente a ciertos lugares habitados en estos desiertos.

Nun, región habitada

Nun es una región habitada en la orilla del Océano; sus pobladores son todos gente pobre y está situada entre Numidia y Libia, pero en su mayor parte pertenece a Libia. Sólo produce cebada y algunos dátiles, pero malos. Los habitantes de esta tierra van mal vestidos y son pobres porque los árabes les oprimen mucho. Algunos de ellos van a comerciar al reino de Gualata.

Tegaza[65]

Tegaza es un lugar habitado donde existen varias minas de sal que parecen canteras de mármol. La sal se extrae de cavernas alrededor de las cuales se alzan numerosas cabañas donde viven los obreros, que no

64. Luwāta.
65. Tagāzà.

son habitantes originarios de allí, sino gente de origen extranjero, que viene con las caravanas y quedan como mineros. Arrancan la sal y la conservan hasta que llega otra caravana que se la compra para transportarla a Tombuctú, que carece de ella, llevando cada camello cuatro barras de sal. Los mineros de Tegaza no tienen más víveres que los procedentes de Dara o Tombuctú, situadas ambas a veinte jornadas de marcha y a veces ocurre que se encuentra a los mineros muertos de hambre en sus cabañas por falta de vituallas si la caravana no llega a tiempo. Por lo demás, en verano sopla un viento de siroco que les estropea los ojos y ciega a muchos de ellos. En una ocasión pasé tres días en Tegaza, el tiempo de cargar la sal, y solo pude beber agua salobre de ciertos pozos próximos a la mina[66].

Augela

Augela es una región habitada en el desierto de Libia a 450 millas aproximadamente del Nilo. Hay tres castillos y algunos pueblos chicos rodeados de palmerales. No crece trigo y los beduinos lo traen de Egipto. Augela está en la gran pista de Mauritania a Egipto por el desierto de Libia.

Serte[67]

Serte es una ciudad antigua, fundada –según algunos– por los egipcios, y según otros por los romanos, y aun otros la adjudican a los africanos. Como quiera que sea, ahora está en ruinas; se cree que fueron los mahometanos quienes la destruyeron, aunque el historiador Ibnu Rachichi atribuye su destrucción a los romanos. Sólo quedan escasos restos de las murallas.

Berdeua[68], región habitada

En medio del desierto de Libia, a unas 500 millas del Nilo, existen tres alcazabas y cinco o seis pueblos; numerosas palmeras producen allá gran cantidad de excelentes dátiles. Estos tres castillos fueron

66. Ibn Baṭṭūṭa (p.767-8) no da una visión más risueña sobre el lugar y corrobora, por ej., el sabor salobre del agua.
67. Sirte.
68. En el oasis de Kufra.

descubiertos hace dieciocho años por un guía llamado Hamar, que perdió el camino por haberle sobrevenido una enfermedad de los ojos. Como nadie sino él en la caravana conocía la ruta, marchaba en cabeza sobre su camello y, a cada milla, hacía que le dieran a oler arena. Gracias a este expediente, cuando la caravana llegó a 40 millas de la localidad, anunció: «Sabed que estamos cerca de un lugar habitado». Nadie podía creerlo, pues se sabían a 480 millas de Egipto y dudaban si no habrían regresado a Augela, pero al tercer día se encontraron a la vista de estas tres alcazabas. La gente del país, estupefactos por la llegada de extranjeros, se retiraron a sus fortalezas, cerraron las puertas y negaron agua para beber a la caravana, por lo cual sufrieron mucho, ya que los pozos estaban dentro de las viviendas. Tras una escaramuza los viajeros se apoderaron de las casas, hicieron la aguada y continuaron viaje.

Alguechet[69]

Al Guechet es una región habitada a unas 120 millas de Egipto, en el desierto de Libia. Allí existen tres alcazabas, numerosos pueblos y varios palmerales. Los habitantes son hombres de tez negra, viles y avaros, pero ricos, porque se encuentran entre Egipto y Gaogao. Tienen un jefe o rey y, sin embargo, entregan tributo a sus vecinos árabes.

69. Al-Wāḥāt (Los oasis), que transcribió anteriormente como El Oacat o El Oachat (Parte I[a]) son la cadena de oasis del desierto occidental egipcio (Dajla, Jārga, Baḥriyya, Farāfra y Sīwa) no uno solo.

Séptima Parte

País de los negros

Los antiguos geógrafos, como El Bicri y El Meshudi[1] no escribieron nada sobre la Tierra de los Negros, excepto El Guechet y Gana; en sus tiempos no se sabía nada de los otros países de los negros, pero de ellos se tuvo noticia después del año 380[2] de la Hégira porque entonces los Lumtuna y toda la población de Libia se convirtieron al Islam gracias a la propaganda de un predicador que, por lo demás, movió a los Lumtuna a la conquista de toda Berbería. A partir de entonces se empezaron a visitar y conocer esas tierras, todas habitadas por hombres que viven como animales, sin reyes, ni señores, ni estados, ni gobiernos, ni costumbres[3]; apenas saben sembrar, van vestidos con pieles de oveja y ninguno tiene una mujer en propiedad exclusiva; por el día apacientan el ganado o trabajan la tierra y de noche se reúnen diez o doce hombres y mujeres por choza y cada uno se acuesta con la que le gusta más, descansando y durmiendo sobre pellejos de oveja. No se guerrea contra nadie ni nadie sale de su país. Unos adoran al sol y se prosternan en cuanto lo ven asomar por el horizonte; otros, como la gente de Gualata, reverencian al fuego; por último, otros son cristianos al estilo de los egipcios: es el caso de la gente de la región de Gaogao. José[4], rey y fundador de Marruecos, y los cinco pueblos de Libia dominaron a estos negros, les enseñaron la ley musulmana y los conocimientos necesarios para conducirse en la vida. Muchos de ellos se hicieron mahometanos y entonces los comerciantes de Berbería comenzaron a viajar a esas tierras para negociar, de modo que aprendieron los idiomas. Los cinco pueblos de Libia se repartieron las tierras en quince partes y cada uno de ellos se apoderó

1. al-Bakrī y al-Mas'ūdī.
2. 990 d. C.
3. León reitera los prejuicios ya enunciados en la I[a] Parte, vid. *supra* notas 125, 153, 154 a la misma.
4. Yūsuf b. Tašufin.

de tres. El actual rey de Tombuctú, Abu Bacr Ischia, es de raza negra; había sido nombrado capitán general de Soni Heli, rey de Tombuctú y de Gago, de origen libio, y después del fallecimiento de éste, Abu Bacr se rebeló contra sus hijos y los mató, luego liberó a todos los pueblos negros de manos de los jefes de las tribus libias, de manera que conquistó varios reinos en seis años y después de pacificar el suyo, sintió deseos de peregrinar a La Meca y en esa peregrinación gastó todos sus tesoros y se endeudó en cincuenta mil ducados.

Estos quince reinos conocidos por nosotros se extienden a lo largo de ambas orillas del Níger y de sus afluentes y se hallan entre dos inmensos desiertos, uno que comienza en Numidia y se termina en esas tierras, el otro al sur, que alcanza el Océano. Las regiones son numerosísimas, pero en su mayoría desconocidas para nosotros, tanto por las distancias y dificultades del viaje como por la diversidad de lenguas y creencias, las cuales les impiden mantener relaciones con las tierras de nosotros conocidas, lo mismo que nos impiden las nuestras a la recíproca, sin embargo existen ciertos contactos con los negros que viven en la costa del Océano.

Gualata[5], reino

Este reino es pequeño y de ruin condición comparado con los otros estados de los negros. Sólo hay habitados tres grandes pueblos y algunas cabañas diseminadas entre grandes palmerales. Estos pueblos están a 300 millas aproximadamente al sur de Nun, a 500 millas, más o menos, al norte de Tombuctú y a un centenar de millas del Océano[6]. En los tiempos en que los pueblos de Libia dominaban la región, establecieron allí la sede del gobierno real y, en consecuencia, acudían muchos mercaderes de Berbería, pero desde la época de Soni Heli, que fue un gran hombre, los comerciantes poco a poco abandonaron Gualata y marcharon a Tombuctú y Gago[7], de manera que el señor de Gualata se empobreció y perdió fuerza.

La gente de esta tierra habla una lengua llamada *songai*. Son hombres muy negros y viles, pero amables, en especial con los extranjeros. El señor que los gobierna paga tributo al rey de Tombuctú, por-

5. Walāta, Īwalātan.

6. Cifras equivocadas: Walāta está a 1900 kms. del Nun, a 450 kms. al oeste de Tombuctú y a 900 kms. del Atlántico.

7. Gao.

que éste vino una vez al país con su ejército y el régulo de Gualata huyó a escape dirigiéndose al desierto, donde se encontraban sus parientes, con lo cual el de Tombuctú comprendió que no podría someter el país en las condiciones que él quisiera porque ese señor, auxiliado por sus deudos del desierto, le hostigaría sin tregua y llegó a un acuerdo con él, mediante la entrega de un tributo determinado: el régulo volvió a Gualata y el rey a Tombuctú.

El modo de vida y las costumbres de la gente de Gualata son las mismas que las de sus vecinos habitantes del desierto. Crecen pocos cereales en la tierra: mijo y una clase de grano redondo y blanco como garbanzos, que no existe en Europa; la carne escasea. Mujeres y hombres, todos por igual, suelen mantener el rostro cubierto y allá se desconoce cualquier forma superior de civilización: no hay cortesanos ni jueces y la gente vive en la mayor miseria.

Ghinea, reino[8]

Es un reino que los comerciantes africanos llaman Ghenoea, los habitantes del país, Genni, y los portugueses o cualquiera que sepa algo de estos países en Europa, Ghinea[9]. Limita con el reino precedente, no obstante hay entre uno y otro unas 500 millas de distancia a través de un desierto. Gualata se halla al norte; Tombuctú al este y Melle al sur. Se extiende a lo largo del Níger unas 250 millas y una parte da sobre el Océano, aquélla donde el Níger desemboca en el mar[10].

Abundan la cebada, el arroz, el ganado, el pescado y el algodón; los habitantes del país amasan ganancias considerables comerciando con tela de algodón con los mercaderes de Berbería; estos últimos les venden a cambio muchos paños de Europa, cobre, latón y armas tales como los cuchillos *giannettoni*. La moneda que emplean estos negros es oro sin acuñar y utilizan también pedazos de hierro para pagar cosas de poco valor como la leche, el pan o la miel: estos lingotes pesan una libra, media o un cuarto. En la región no crece ningún árbol frutal, así pues, no se ve fruto alguno fuera de los dátiles importados de Gualata o Numidia. No hay ciudades, ni castillos, sólo existe un poblachón donde residen el soberano, los sacerdotes, los doctores, los

8. Yenné, Djenné.
9. Confunde Yenné con la Guinea atlántica.
10. Parece referirse al Senegal.

mercaderes y la gente de calidad. Todas las casas de esta gente son cabañas revestidas con arcilla y cubiertas de paja. Los habitantes de este pueblo van muy bien vestidos: llevan un gran manto de algodón azul o negro, con el cual se cubren incluso la cabeza, pero los sacerdotes y alfaquíes lo llevan blanco. Por último, el pueblo queda en una especie de isla durante tres meses del año (julio, agosto y setiembre) porque en esa estación el Níger crece de modo semejante al Nilo. En esa época los mercaderes de Tombuctú acostumbran venir, traen sus mercancías en barquichuelas muy estrechas, labradas con la mitad de un tronco vaciado, navegan todo el día, amarran por la tarde sus barcas a la orilla y se acuestan en tierra.

Este reino lo gobernaba en otro tiempo una familia originaria de un pueblo de Libia, pero, durante el reinado de Soni Heli el señor de este reino se convirtió en su tributario; y cuando a Soni Heli arrebató Ischia el poder, su sucesor apresó al gobernante local y lo internó en Gago[11] hasta su muerte quedando sus dominios gobernados por un lugarteniente de Ischia.

Melli, reino[12]

Melli se extiende a lo largo de un brazo del Níger sobre una distancia de unas 300 millas, limita con el reino precedente por el norte y con unos montes áridos y desérticos por el sur; al oeste con selvas salvajes que llegan hasta el Océano y, hacia el este, con el territorio de Gago. Hay en esta tierra un pueblo grandísimo que cuenta cerca de 6.000 familias y cuyo nombre es Melli; de él le viene la denominación a todo el reino; allí residen el rey y su corte. El país abunda en cereales, carne y algodón. En esa población hay gran número de artesanos indígenas y extranjeros y el rey ve a estos últimos con mejores ojos que a los otros; los habitantes son ricos por el comercio, pues abastecen Ghinea y Tombuctú de muchos productos; tienen varias mezquitas, imanes, y profesores que enseñan en ellas por no haber colegios; son los más civilizados, inteligentes y considerados de todos los negros. Y fueron los primeros en adherirse a la religión de Mahoma. En la época de su conversión los gobernó el mayor de los príncipes de Libia, tío de José, rey de Marruecos y hasta los tiempos de Ischia

11. Gao.
12. Malí, el Mallī de Ibn Baṭṭūṭa.

Argel
Ceuta
Melilla
Tremencen
Bugia
Constantina
Túnez
Fez
Gabes
BERBERÍA
NUMIDIA
Marruecos
Techort
Tripoli
HEHA
SUS
Guargala
DESIERTO DE LOS FEZZEN
Serte
Alejandria
El Cairo
ARABIA PETREA
Augela
El Fium
LEMTA
LIBIA
ELOACAT
Azioth
Chana
Asna
DESIERTO DE LOS ZANHAGA
Tagaza
DESIERTO DE LOS GUENZIGA
DESIERTO DE LOS TARGA
DESIERTO DE LOS BERDOA
EGIPTO
ARABIA DESIERTA
río Nilo
mar Roxo
La Meca
GUALATA
Tombuctú
Agadez
REINO DE NUBIA
Suachin
REINO DE MELLI
Gago
río Senegal
río Niger
REINO DE GUBER
REINO DE BORNO
REINO DE GAOGA
ZANFARA
GUANGARA
CANO
GHINEA
ETIOPÍA
TIERRA DE NEGROS

el poder permaneció en manos de sus descendientes, el último de los cuales se convirtió en su tributario y los impuestos son tan gravosos que ni alimentar puede a su familia.

TOMBUTTO[13]

El nombre de este reino es moderno: es el de una ciudad edificada por un rey llamado Mense Suleiman en el año 610 de la Hégira[14] a unas 12 millas de un brazo del Níger. Las casas de Tombuctú son cabañas construidas con estacas revestidas de barro y tejados de paja; en medio de la ciudad hay un templo levantado con piedras engastadas en mortero de cal por un excelente maestro de Granada[15] y también un gran palacio levantado por el mismo arquitecto, donde vive el rey. Son numerosas las tiendas de los artesanos, de los mercaderes y sobre todo de los tejedores de telas de algodón. Las telas de Europa también llegan a Tombuctú traídas por los mercaderes de Berbería.

Las mujeres de la ciudad todavía acostumbran a cubrirse el rostro, excepto las esclavas vendedoras de comida. Los habitantes son muy ricos, en especial los extranjeros establecidos en el país, de manera que el rey actual ha dado a dos de sus hijas en matrimonio a dos hermanos comerciantes, en atención a su fortuna. Hay varios pozos de agua dulce en Tombuctú; además durante la crecida del Níger, el agua llega hasta la ciudad por unos canales. Los cereales y el ganado se dan en grandísima abundancia, de modo que se consumen mucha leche y mantequilla, pero falta la sal, porque ésta se trae de Tegaza que se halla a 500 millas de Tombuctú. Yo me encontraba en la ciudad en momentos en que la carga de sal valía ochenta ducados. El rey posee un gran tesoro en monedas y lingotes de oro, uno de los cuales pesa mil trescientas libras.

La corte real está muy bien organizada y es magnífica: cuando el rey viaja de una ciudad a otra con la gente de su corte, monta en camello y los palafreneros conducen del ramal los caballos y si es necesario combatir, los servidores traban a los camellos y todos los soldados montan a caballo. Siempre que alguien quiere hablar al rey se

13. Tombuctú, forma castellanizada que utilizaremos en lo sucesivo.
14. A Mansà Sulaymān conoció Ibn Baṭṭūṭa, por lo que la fecha 610 H (1213) es errónea.
15. «Natural de la ciudad de al-Mana», añade Epaulard (p. 467); Ibn Baṭṭūṭa (p. 783) menciona al arquitecto: Isḥāq as-Sāḥilī al-Garnāṭī.

arrodilla ante él, coge arena y espolvorea su cabeza y hombros; es el modo de hacer la reverencia, que sólo se exige a quienes nunca han hablado al rey anteriormente, o a los embajadores. El rey dispone de unos 3.000 jinetes y de una infinidad de soldados de infantería armados con arcos cuya madera es de hinojo silvestre y que lanzan flechas envenenadas. Este rey sólo guerrea con sus enemigos vecinos y con quienes se niegan a pagarle tributo. Cuando vuelve victorioso hace vender en Tombuctú incluso a los niños cautivos tras el combate.

En el país no nacen otros caballos que algunas pequeñas hacaneas; los mercaderes se sirven de ellos para sus viajes y los cortesanos para transitar por la ciudad, pero los buenos corceles proceden de Berbería, llegan con una caravana y, diez o doce días más tarde, los traen ante el soberano que se reserva la cantidad que le gusta y los paga en su justo precio.

Este rey es enemigo declarado de los judíos, no quiere que ninguno viva en la ciudad y si oye decir que algún mercader de Berbería los frecuenta o comercia con ellos, se confiscan sus bienes. En Tombuctú hay numerosos cadíes, imanes y alfaquíes, todos bien pagados por el rey, que honra mucho a los hombres de letras. También se venden muchos libros manuscritos traídos de Berbería y se saca más beneficio de esta venta que del resto de las mercancías. En lugar de moneda acuñada emplean lingotes de oro puro y, para las compras pequeñas los *cauris*, es decir conchas traídas de Persia[16] de las que cuatrocientas valen un ducado; en una onza romana de oro entran seis de sus ducados y dos tercios.

La gente de Tombuctú es de naturaleza alegre, suelen pasear por la ciudad durante la noche, entre las veintidós horas y la una de la mañana, tocando instrumentos musicales y danzando. Y disponen de muchos esclavos, hombres y mujeres, para su servicio. La ciudad está muy expuesta a los incendios; mientras me encontraba allá, en mi segundo viaje, la mitad de la población se quemó en cinco horas y como el viento arreciaba, los habitantes de la otra mitad comenzaron a trasladar sus pertenencias por temor a que su parte también se quemara.

Alrededor de Tombuctú no hay huertos ni predios cultivados.

16. De las Islas Maldivas. Ibn Baṭṭūṭa (p. 666) narra detalladamente la obtención y uso de esas conchas *(wada')*.

Cabra, ciudad[17]

Cabra es una gran ciudad semejante a un pueblo sin recinto amurallado, a una docena de millas de Tombuctú, en el Níger; allí embarcan las mercancías para Ghinea[18] y Melli. Casas y habitantes son parejos a los que acabamos de mencionar. Allí se encuentran negros de diversas razas por ser el puerto adonde acuden de distintas regiones con sus piraguas. El rey de Tombuctú envió a un lugarteniente para facilitar a la población las audiencias reales y ahorrarse la molestia de un viaje de doce millas. Cuando yo me encontraba en Cabra, este lugarteniente era un pariente del rey, llamado Abu Bacr y apodado Pargama, era un hombre muy negro pero valioso por su inteligencia y muy justo.

Las frecuentes enfermedades perjudican mucho a la ciudad y ello se debe a los alimentos: pescado, leche, mantequilla y carne, todo mezclado. Casi la mitad de los víveres de Tombuctú proceden de Cabra.

Gago y su reino[19]

Gago es una grandísima ciudad semejante a la anterior, es decir, sin murallas; está a 400 millas aproximadamente de Tombuctú, al sureste y la mayor parte de sus casas son feas, sin embargo hay algunas de muy buen aspecto donde viven el rey y su corte. Los habitantes son ricos comerciantes que deambulan sin cesar por la región con sus mercancías. Acuden a Gago infinidad de negros con gran cantidad de oro para comprar objetos importados de Berbería y Europa, pero nunca encuentran suficientes artículos para emplear su oro y retornan a casa con él, ya la mitad, ya los dos tercios. La ciudad está muy civilizada en comparación con Tombuctú; el pan y la carne se dan en abundancia, pero no hay vino, ni fruta, aunque rebose de melones, pepinos, excelentes calabazas y arroz. Los pozos de agua dulce son numerosos. Hay una plaza donde los días de mercado se vende multitud de esclavos, tanto varones como hembras; una joven de quince años vale unos seis ducados y un mozo casi lo mismo; los niños pequeños valen casi la mitad, así como los esclavos de avanzada edad. El rey posee un palacio reservado a un enorme número de mujeres, concu-

17. Kabara.
18. Yenné.
19. Gao.

binas, esclavas y eunucos encargados de la custodia de las mujeres; y tiene también una fuerte guardia de jinetes y soldados de infantería armados con arcos. Entre la puerta pública y la privada de su palacio existe un gran patio rodeado por un muro, por cada uno de cuyos lados una galería sirve para las audiencias y aunque el rey despache en persona todos los asuntos, le asisten numerosos funcionarios, tales como secretarios, consejeros, capitanes e intendentes.

Las rentas del reino son considerables, pero los gastos lo son más todavía. Por ejemplo, un caballo, que en Europa vale diez ducados, se vende aquí a cuarenta y cinco; el paño más vulgar de Europa se vende a cuatro ducados la *canna*[20] y los finos, como el *monacchino* y el *minimo*, se pagan a quince ducados; el paño escarlata veneciano fino, el violeta o el turquesa, a treinta ducados. El peor sable de Europa cuyo precio es de un tercio de ducado, cuesta aquí cuatro, o por lo menos tres; y lo mismo para las espuelas y bridas. Todos los objetos de mercería y droguería son caros por igual y la *decima*[21] de sal vale un ducado de este país.

El resto del reino lo componen aldeas y pueblos, morada de labradores y pastores, que en el invierno visten pieles de oveja, mientras en verano, van desnudos y descalzos, aunque se cubran las partes vergonzosas con un lienzo chico y a veces se protegen la planta de los pies con sandalias de cuero de camello. Son hombres de ignorancia absoluta. Difícilmente se puede encontrar uno en cien millas que sepa leer y escribir, pero el rey los trata como merecen, pues justo es que les deje con qué subsistir pese a los duros impuestos que pagan.

Guber, reino[22]

Este reino está a unas 300 millas al este de Gago y entre ambos reinos fuerza es cruzar un desierto escaso de agua, pues está a unas cuarenta millas del Níger. Este reino se halla entre montañas muy altas y contiene un número considerable de pueblos habitados por pastores y vaqueros: las ovejas y bueyes proliferan, pero son de pequeño tamaño. El común de la gente es muy civilizada y se cuentan numerosos tejedores y zapateros que fabrican calzado semejante al usado antiguamente por los

20. 1.991 mts.
21. La *decima* italiana de 10 libras.
22. Gober.

romanos y que exportan a Tombuctú y Gago. La miel y el arroz se dan muy bien, así como otro cereal que nunca vi en Italia pero que se encuentra, creo, en España. Cuando el Níger se desborda[23] inunda las llanuras y rodea los lugares habitados y acostumbran a sembrar en el agua. Entre las poblaciones existe un pueblo grandísimo que cuenta 6.000 hogares, habitado por comerciantes del país o extranjeros; allí estaban antes la residencia y la corte del rey que, en nuestros tiempos, fue apresado y muerto por el rey Ischia de Tombuctú[24], quien también hizo castrar a los nietos de este rey de Guber y los destinó a servir en su palacio, convirtiéndose así en dueño del reino y designando un gobernador. Han aplastado a la población con los impuestos y si antes disfrutaban de grandes beneficios comerciales, hoy se ven empobrecidos y además reducidos a la mitad, porque Ischia se ha llevado del país una gran cantidad de hombres y los tiene presos en cautividad y a otra parte como esclavos.

Agadez y su reino

Agadez es una ciudad amurallada, edificada por los reyes modernos en los confines de Libia; es la ciudad de negros más próxima a las de los blancos, si se exceptúa Gualata; sus casas están muy bien construidas, a la manera de las casas de Berbería, porque sus habitantes son casi todos mercaderes extranjeros y muy pocos los indígenas y éstos casi todos artesanos o soldados del rey de la ciudad. Cada mercader posee un gran número de esclavos para servirle de escolta en la ruta de Cano a Borno, cuyos pasos están infestados por multitud de tribus que recorren el desierto: gentes parecidas a los zíngaros más pobres atacan continuamente a los mercaderes y los asesinan, por lo cual estos van acompañados de esclavos bien armados de venablos, espadas y arcos; incluso han comenzado hoy día a emplear ballestas, de guisa que estos ladrones nada pueden contra ellos. En cuanto un mercader llega a alguna ciudad, coloca a los esclavos en diferentes trabajos para que se ganen la vida y conserva diez o doce para sus necesidades personales y para la guarda de sus mercancías.

El rey de Agadez mantiene una guardia numerosa y posee un palacio en medio de la ciudad, pero su ejército se compone de hombres

23. El Níger se halla muy lejos de aquí, podría tratarse del Goulbi n-Kaba, antiguo afluente del Níger.

24. Se trata del rey de Gao y no del de Tombuctú, el Ḥāŷŷ Muḥammad.

del campo y de los desiertos. Al ser oriundo de Libia, a veces, sus gentes lo expulsan y reemplazan por uno de sus parientes, pero no le matan y esto es lo que da mayor satisfacción a los hombres del desierto: nombrar al rey de Agadez.

En el resto del reino, es decir en toda la región sur, la población se dedica a la cría de cabras y vacas. Viven en chozas de ramas o esteras que transportan sobre bueyes cuando se desplazan e instalan donde pacen sus animales, así como lo hacen los árabes. El rey saca grandes ganancias de los derechos que pagan las mercancías extranjeras y también de los productos del país, pero paga un tributo de unos ciento cincuenta mil ducados al rey de Tombuctú.

Cano[25]

Cano es una gran provincia a 500 millas aproximadamente al este del Níger, donde varias tribus habitan en pueblos y viven de la cria de ovejas y vacas o de trabajar la tierra; allá crecen múltiples cereales y arroz y también algodón. Hay montañas desiertas rebosantes de bosques y manantiales, a la par que muchos naranjos y limoneros silvestres dan frutos de un sabor que difiere poco del de los cultivados. En mitad de la provincia se alza una ciudad de la cual procede su denominación, con murallas labradas con alfarjías y barro y las casas edificadas de igual manera. Los habitantes son artesanos y mercaderes, civilizados y ricos. Su rey fue antiguamente muy poderoso y su corte digna de consideración; disponía de nutrida caballería, de suerte que convirtió al rey de Zegzeg y al de Cassena en sus tributarios; pero Ischia, rey de Tombuctú, fingiendo venir en socorro de éstos, los hizo perecer con estratagemas y usurpó sus reinos. Tres años después declaró la guerra al rey de Cano y tras un largo acoso le forzó a tomar por esposa a una de sus hijas y a entregarle cada año el tercio de sus rentas dejando en el reino varios intendentes y tesoreros para recaudar su parte de impuestos.

25. Kano, en Nigeria.

Casena y su reino[26]

Casena es un reino vecino al precedente por el este; comprende muchas montañas y sus tierras son ásperas, pero buenas para la cebada y el mijo; la población es muy negra y con la nariz y los labios horribles por lo gruesos. Todos los lugares habitados de esta tierra son aldehuelas de chozas de aspecto miserable y ninguna sobrepasa los 300 hogares. Aquí pobreza y villanías marchan unidas. Antiguamente los gobernó un rey, pero Ischia le mató, el pueblo fue medio destruido e Ischia se alzó con el dominio, como se acaba de referir.

Zegzeg y su reino

Es un país que confina con Cano por el sureste y a ciento cincuenta millas más o menos de Casena, lo habita una rica población dedicada al comercio por toda la región, que es muy cálida, y la otra fría, hasta el punto de que los habitantes no pudiendo soportar el invierno, disponen en el suelo de sus cabañas grandes braseros sobre los cuales colocan sus camas y así duermen. Sin embargo, la tierra produce frutos y abunda en agua y cereales. Casas y pueblos se asemejan a los que acabamos de mencionar más arriba. Había en este país un rey independiente, pero Ischia lo mató proclamándose también soberano del reino.

Zanfara

Zanfara es una región que limita con la precedente al este, la habitan hordas viles y toscas. El país abunda en cereales, arroz, mijo y algodón. La gente de Zanfara es alta de estatura pero negros más allá de lo imaginable y con largas caras de animales, condición que mejor les cuadra que no la humana. Ischia envenenó a su rey y destruyó una gran parte del pueblo.

Guangara, reino

Es una región que confina con la precedente hacia el sureste, habitada por un gran pueblo y gobernada por un rey que puede juntar siete mil soldados de infantería armados de arcos y unos quinientos ji-

26. Katsena.

netes extranjeros. Saca buenos ingresos de las mercancías y de las tasas comerciales. Todos los lugares habitados son pueblos de chozas, salvo uno, más grande y bonito que los demás. Los habitantes son muy ricos porque viajan con sus mercancías a países alejados y por hallarse por el sur, en la vecindad del país donde se encuentra oro en gran cantidad. Hoy, sin embargo, esta población no puede comerciar fuera por tener dos poderosos y crueles enemigos, Ischia al oeste y el rey de Borno al este. Durante mi estadía en Borno, el rey de este último país, Habraam, juntó todo su ejército para ir sobre el rey de Guangara, pero al aproximarse, supo que Homara, señor de Gaoga, se preparaba para marchar contra Borno y abandonó inmediatamente la empresa para regresar a toda prisa a su reino, lo cual constituyó una gran fortuna para el rey de Guangara. Los mercaderes de Guangara están obligados, cuando van al país del oro, a atravesar unas montañas tan elevadas y escabrosas que no pueden pasarlas las acémilas, por lo que deben sus esclavos transportar en la cabeza las mercancías y los objetos necesarios, colocados en anchas y profundas cáscaras de calabaza. Cada esclavo puede caminar diez millas al día, e incluso más, con una carga de cien libras sobre la cabeza. Yo vi duplicar tal jornada en un mismo día. Ya no tienen los porteadores pelo en el cráneo a causa del considerable peso que suelen llevar. Además de las mercancías, transportan víveres para sus patrones y para todos los esclavos armados y empleados en la custodia de los mercaderes.

Borno y su reino

Borno es una gran provincia que limita con Guangara al oeste y se extiende a levante 500 millas, a una distancia de 150 de las fuentes del Níger; limita al sur con el desierto de Set[27] y al norte con los desiertos de Barca. Esta provincia reúne paisajes variados, algunas regiones son montañosas y otras las forman llanuras donde se levantan numerosos pueblos habitados por gente civilizada y mercaderes extranjeros, negros y blancos. En el mayor de estos pueblos vive el rey con sus tropas.

La montaña la pueblan pastores que guardan cabras y bueyes, también se siembra mijo y algunos cereales que nos son desconocidos. La gente del país transita desnuda durante el verano, con taparrabos de cuero; en invierno, se cubren con pieles de oveja, que les sirven

27. Seu.

también de cama. Son hombres sin religión, ni cristiana, ni judía, ni mahometana, sino que viven sin fe, como los animales. Las mujeres y niños son comunes y según oí contar a un mercader que vivió en tal lugar y comprendía el idioma, esta gente carece de nombre propio, como se tiene en otras partes y si un individuo es de buena estatura, se le llama el largo, si es pequeño el corto, si tiene los ojos de través el bisojo, y así a discreción, según otros accidentes o peculiaridades.

Un poderosísimo señor gobierna la provincia, originario de los Bardaoa, pueblo de Libia, quien dispone de unos 3.000 jinetes y otros tantos infantes que él precisa por estar todo el pueblo a su servicio y lo lleva adonde le place, no exigiéndole ningún impuesto sino el décimo de los productos de la tierra. Este rey no tiene más ingreso que lo que se procura mediante el pillaje y asesinato de sus vecinos enemigos. Estos viven allende el desierto de Seu y son infinitos. En otros tiempos atravesaban el desierto a pie y asolaban todo el reino de Borno, pero el rey actual hizo venir mercaderes de Berbería con caballos que intercambiaban por esclavos, a razón de un caballo por quince o veinte esclavos. Con estos caballos aprestaba una expedición contra el enemigo y hacía esperar hasta su vuelta a los mercaderes que pasaban a veces dos o tres meses aguardando y durante aquel lapso vivían a sus expensas. Cuando retornaba de la incursión, traía en ocasiones bastantes esclavos para pagar a los mercaderes, pero otras se veían obligados a esperar al año siguiente porque el rey no disponía de suficientes esclavos para pagarles y porque sólo se puede llevar a cabo tal algazúa sin peligro una vez al año. Cuando fui a este reino, conocí a varios comerciantes desesperados deseosos de abandonar tal comercio y nunca más regresar, pues llevaban un año esperando para cobrar. Sin embargo, el rey hace ostentación de su riqueza y del inmenso tesoro que posee; todos los arneses de sus caballos, estribos, espuelas, bridas, bocados, todo por entero de oro. Las escudillas y recipientes de que se sirve para comer y beber son también en su mayor parte de oro; las cadenas, incluso, de los perros del rey, son todas del oro más fino. No obstante, como se acaba de señalar, este hombre es muy avaro y paga más gustoso con esclavos que con oro. Gobierna varios reinos, pero a todas las tierras de su dominio los blancos llaman Borno, por carecerse de suficientes conocimientos especiales, como es mi caso, pues no estuve en la provincia más de un mes.

Gaoga y su reino

Es una provincia que confina con Borno al oeste y se extiende por levante hasta los confines del reino de Nubia, el cual se halla en el Nilo; al sur, termina en un desierto que limita también con una curva que hace el Nilo; al norte llega hasta el desierto de Sirte y a los confines de Egipto; de oeste a este abarca una longitud de unas 500 millas y una anchura similar. Es territorio sin civilizar, sin conocimientos de letras ni gobierno. Los habitantes, horros de inteligencia, sobre todo los montañeses, van descalzos en verano y sin otro vestido que un taparrabos de cuero que les cubre las partes pudendas; sus casas son cabañas de ramaje que a menudo arden por el menor y más ligero viento; crían tropeles de ovejas y bueyes.

Vivieron mucho tiempo en libertad, pero hace cien años un esclavo negro del país se la quitó; llevado allí por su dueño, un rico mercader, al verse cerca de su patria, le mató mientras dormía tranquilamente y se apoderó de sus bienes, que se componían de numerosas cargas de camello, telas y armas; volvió entonces a su casa y repartió todo entre parientes y amigos y tras comprar algunos caballos a unos negociantes blancos, comenzó a emprender expediciones contra tierras enemigas, resultando siempre victorioso porque los suyos disponían de armas modernas mientras los adversarios sólo esgrimían malos arcos de palo. Acumuló muchos esclavos que cambiaba por caballos traídos de Egipto y, habiendo incrementado el número de sus soldados, fue obedecido de todos, considerándole jefe y señor. Tras su muerte, le sucedió su hijo, no menos valiente ni audaz que el padre, quien detentó el poder cuarenta años; después reinó uno de sus hermanos llamado Mose[28], sucedido por Homara, uno de sus nietos, que reina hoy. Este último agrandó sus dominios y merced a sus presentes y cortesías, se ganó la amistad y benevolencia del sultán de El Cairo, que le envía armas, telas y caballos, pagándoselos al doble de su valor para mostrar munificencia, por lo que los mercaderes egipcios no van allende su corte y muchos pobres de El Cairo vienen a su presencia trayéndole algún obsequio bonito y raro que él recompensa por el doble de su valor, de suerte que todos, al dejarle, quedan muy satisfechos. Atiende bien a las gentes instruidas y en especial a los jerifes de la familia de Mahoma. Yo estaba presente cuando uno de

28. Mūsà, Moisés.

Damieta le ofreció un soberbio corcel, un alfanje turco, una cota de malla, un arcabuz, varios hermosos espejos, rosarios de coral y algunos cuchillos, todo lo cual podía ascender en El Cairo a cincuenta ducados, y el rey le correspondió con cinco esclavos, cinco camellos y quinientos ducados de la moneda del país, añadiendo, además, unos cien enormes colmillos de elefante.

Nubia y su reino

El reino de Nubia confina con el anterior, es decir con sus desiertos, por el oeste; se extiende a lo largo del Nilo y limita hacia el sur con el desierto de Gorhan y por el norte con las tierras de Egipto. No se puede ir navegando de Nubia a Egipto porque el agua del Nilo se desborda por las llanuras, con tan poca profundidad que gentes y animales pueden vadearlo[29].

En este reino hay una ciudad principal llamada Dangala[30], bien poblada por unos 10.000 hogares, pero sus casas son todas feas y edificadas con horcones y arcilla; los habitantes son ricos y civilizados porque negocian en El Cairo y en todas las localidades de Egipto con armas y otras mercancías. En el resto del reino hay pueblos a las orillas del Nilo habitados por labradores. El trigo abunda en toda Nubia y también el azúcar, pero no saben cocerla, de manera que se ennegrece y afea; en Dangala hay mucha algalia y madera de *sangho*[31], así como marfil en gran cantidad, pues capturan numerosos elefantes y fortísimos venenos: un grano de alguno de ellos, repartido entre diez hombres, los mata en el espacio de un cuarto de hora, pero si alguien toma un grano entero muere en el tiempo de rezar un Padrenuestro. Ese veneno vale cien ducados la onza y a los extranjeros sólo se les vende si dan garantías, incluso mediante juramento, de no emplearlo en Nubia. El comprador paga al soberano un cánon igual al precio del veneno y nadie puede venderlo secretamente bajo pena de muerte. El rey de Nubia está siempre en guerra, tanto con los Gorhan, pertenecientes a una raza semejante a los zíngaros, que viven miserablemente en el desierto y cuyo idioma nadie comprende, como con otras gentes habitantes también en el desierto oriental, más allá del Nilo y

29. Exageración manifiesta, al ser el río navegable, excepto en los tramos de los rápidos denominados cataratas.
30. Dongola.
31. Falso ébano.

que se prolonga hasta el mar Rojo, hacia los confines de Suachin[32]. Estos hablan cierta lengua que yo creo mezcla de caldeo y que se asemeja mucho a la hablada en Suachin y en la Alta Etiopía, donde se halla la residencia del Preste Juan. Esta nación es conocida como los Bugia[33], hombres viles, mal vestidos y pobres, que viven de la leche y carne de sus camellos y de cazar animales salvajes y que a veces perciben algunas ayudas del señor de Suachin o del de Dangala. En otros tiempos tenían en el mar Rojo una gran ciudad denominada Zebid, donde había un puerto situado justo enfrente del puerto de Ziden[34], a 40 millas de La Meca, pero hace cien años esta gente saqueó una caravana que transportaba mercancías y víveres para La Meca y el sultán de Egipto se encolerizó y despachó por el mar Rojo una flota que se apoderó de la ciudad de Zebid y su puerto y la demolió. La ciudad y el puerto producían doscientos mil *sarafs* de renta; los Bugía que escaparon se refugiaron en Dangala y en Suachin, donde a duras penas se ganaban la vida; pero, luego, el señor de Suachin, ayudado por turcos armados con arcabuces y arcos, les infligió una terrible derrota y, en un solo combate, hubo más de cuatro mil muertos entre esta canalla que vivía desnuda; otros mil fueron devueltos a Suachin donde las mujeres y niños los exterminaron.

Esto es lo que he podido resumidamente escribir sobre la Tierra de los Negros. No se pueden dar informes más detallados, pues cada uno de estos quince reinos se parece a los otros en la naturaleza del país, en civilización, en costumbres y en modo de vida. Los gobiernan cuatro soberanos[35]. Continuaré ahora con Egipto.

32. Sawākin, famoso puerto del mar Rojo en la Edad Media.
33. Ibn Baṭṭūṭa ofrece interesantes datos sobre los *buŷāt* (p. 148, 336, 337, 373, 374).
34. Zabid está en el Yemen y tal vez se refiera a ʿAyḏāb; en cuanto a Ziden, debe aludir a Ŷudda, Yedda.
35. Tombuctú, Borno, Gaoga y Nubia.

Octava Parte

Del Egipto

La muy célebre provincia de Egipto limita al oeste con los desiertos de Barca, Numidia y Libia, al este confina con los desiertos existentes entre el Nilo y el mar Rojo; al norte alcanza el Mediterráneo y al sur limita con el territorio de los Buggia[1] y las localidades que ocupan en el Nilo. Su anchura es, por tanto, casi nada, pues sólo comprende las pocas tierras cultivadas en las orillas del Nilo, el cual corre entre montañas secas que bordean los páramos de que acabamos de hablar. A decir verdad, Egipto se ensancha cerca del Mediterráneo pues el Nilo, a 80 millas río arriba de El Cairo[2], se divide en dos ramas; una de ellas, la occidental termina por unirse a la principal de la que nace; y unas 60 millas río abajo de El Cairo, el Nilo se abre de nuevo en dos brazos, uno hacia Roseta y el otro hacia Damieta. Del Nilo de Damieta se separa otro brazo que termina en un lago[3]; sin embargo, subsiste una bocana que comunica esta albufera con el mar y en ese canal está Tenesse, ciudad muy antigua[4].

Al ramificarse el Nilo, Egipto se acrecienta en anchura, como acabamos de decir. Toda la provincia de Egipto es una planicie fértil en cereales y verduras con excelentes pastos para los animales e inagotable cantidad de gallinas y gansos. Los hombres del país son casi todos de tez morena; sin embargo, los que viven en las ciudades la tienen blanca y van bien vestidos; llevan una vestidura estrecha, cosida en el pecho y desde ahí abierto hasta los pies y con mangas igualmente estrechas. Se cubren la cabeza con un gran turbante, enrollado sobre un bonete. En los pies calzan sandalias a la antigua; muy pocos usan

1. Buŷāt.
2. Información incorrecta tal vez inducida por la existencia, a 193 millas de la capital, río arriba, de un brazo paralelo al cauce principal, el Baḥr Yūsuf, que terminaba en uno de los ramales del Delta sin pasar por El Cairo, mientras un canal del mismo se dirigía a El-Fayūm.
3. Manzala.
4. Tinnis.

zapatos y cuando se los ponen es con el contrafuerte doblado bajo el talón. En verano telas de algodón con rayas de colores; en invierno las forran con algodón; este vestido se llama el *chibr*[5]. Los personajes principales y los comerciantes emplean telas europeas.

Los egipcios son buena gente, amables y generosos, consumen mucha leche y quesos frescos para alimentarse, pero también mucha leche agria o cuajada; los quesos son muy salados. El extranjero no habituado a tal alimentación no puede encontrar buenos semejantes manjares, tan deleitosos para ellos. En casi todas las sopas echan leche agria.

Divisiones de la provincia de Egipto

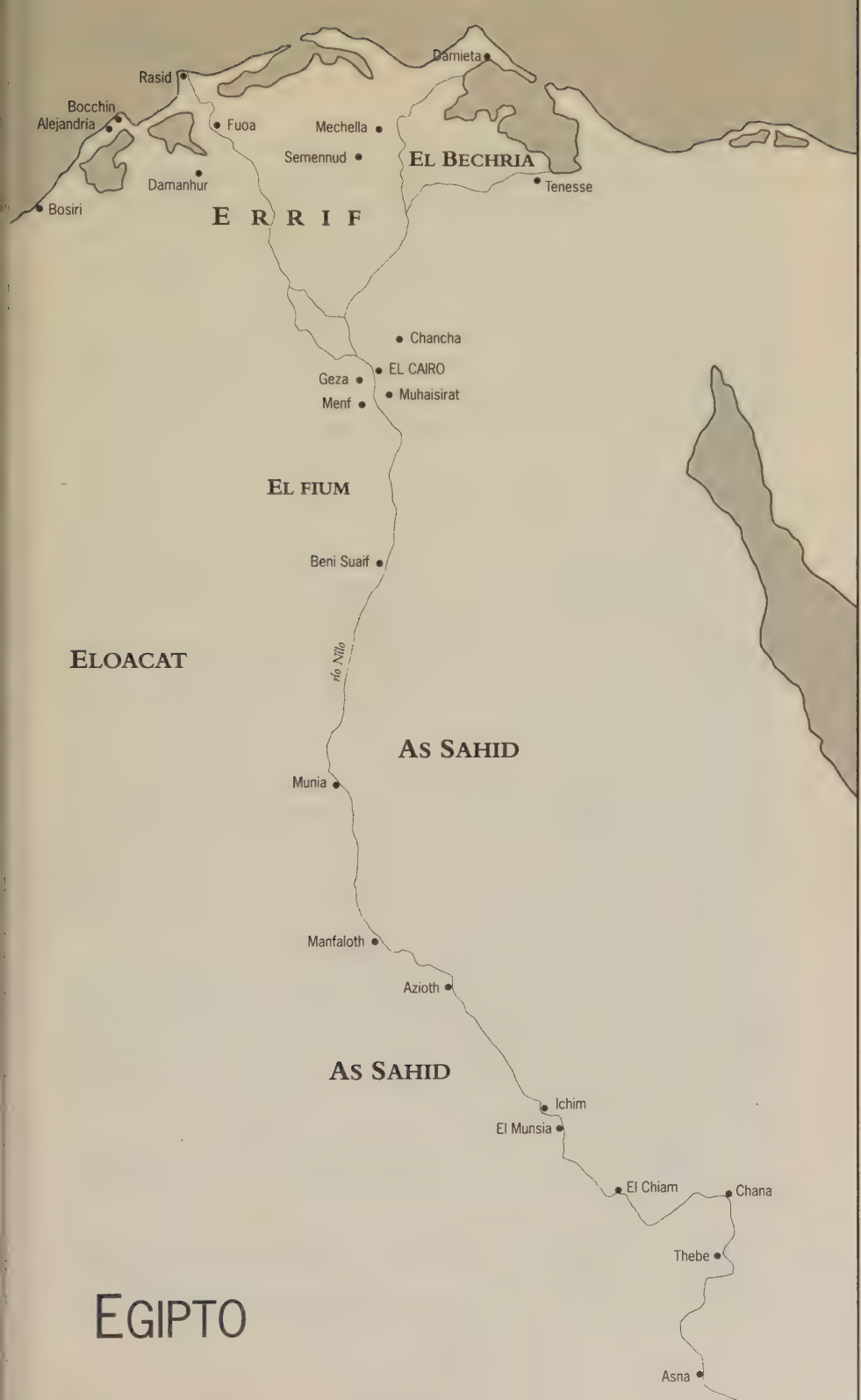
En nuestros días, es decir después de que los mahometanos dominaran esta provincia, Egipto quedó dividido en tres partes. De El Cairo a Roseta, se le llama Errif[6], la costa. De El Cairo río arriba hasta las tierras de los Buggía se le llama As Sahid[7], o sea las tierras altas. La región situada en el brazo del Nilo que va a Damieta y Tenesse se denomina el Bechria[8], lo que equivale a marítima. Estas tres regiones son de enormes abundancia y fertilidad, pero el Sahid produce sobre todo cereales, verduras, ganado, aves y lino; el Rif frutas y arroz; la Bechria algodón, azúcar y una fruta llamada el *maus*[9], en italiano *muse*. Los habitantes del Rif y del Egipto Marítimo están más evolucionados que los del Sahid porque a estas dos regiones, más próximas al mar, llegan forasteros venidos de Berbería, de Europa y de Siria. Los del Sahid, que viven tierra adentro, no ven nunca extranjeros: al encontrarse allende El Cairo, los forasteros, menos algunos etíopes, no suelen visitar ese país.

Origen y filiación de los egipcios

Los egipcios, como escribió Moisés, descienden de Mesrain, hijo de Cus, hijo de Cham, hijo de Noé[10].

Los hebreos denominaron al país y a sus habitantes con el mismo

5. *Ḥibara*.
6. Rīf.
7. aṣ-Sa'īd.
8. Baḥriyya.
9. *Mawz*, plátano.
10. Según el Génesis, Misraim era hijo de Cam.


Damieta
Rasid
Bocchin
Alejandria
Fuoa
Mechella
Semennud
EL BECHRIA
Damanhur
Tenesse
Bosiri
E R R I F
Chancha
EL CAIRO
Geza
Muhaisirat
Menf
EL FIUM
Beni Suaif
ELOACAT
ró Nilo
AS SAHID
Munia
Manfaloth
Azioth
AS SAHID
Ichim
El Munsia
El Chiam
Chana
Thebe
Asna

EGIPTO

nombre, Mesrain[11]; también los árabes llaman a todo el territorio Mesre, pero a los habitantes designan como el Chibt[12]. Aseguran que Chibt fue el primero que dominó el país y construyó casas. Las gentes del país se autotitulan con ese apelativo, pero de aquellos verdaderos egipcios sólo quedan los cristianos actuales, los restantes se islamizaron y emparentaron con los árabes y los africanos. El reino de Egipto estuvo gobernado mucho tiempo por unos egipcios, los faraones, que fueron muy poderosos y grandes soberanos, como lo atestiguan los vestigios de sus magníficos y admirables edificios. La historia habla aún de ellos así como de los Ptolomeos; luego cayó en manos de los romanos a consecuencia del matrimonio de...[13] que reinaba entonces, con un gran capitán romano, como relata la historia.

Después del advenimiento de Jesucristo los egipcios se bautizaron, sin embargo Egipto continuó formando parte del imperio romano y cuando éste se hundió, Egipto paso al dominio de Constantinopla y los emperadores pusieron gran cuidado en conservar el reino; por último, tras la pestilente llegada de Mahoma, se apoderaron de él los mahometanos, conquistado por Amr, hijo de Hasi[14], capitán de un ejército árabe del segundo califa, Homar[15]. Hamr permitió a todos practicar su religión y sólo exigió el tributo, también edificó en la orilla del Nilo una ciudad pequeña que los árabes llaman Fustat y que significa en su lengua «tiendas»[16], porque, cuando Hamr entró en el país, encontró el lugar completamente deshabitado y yermo, de manera que el ejército hubo de vivir en jaimas. El pueblo llama a esta ciudad Mesre Hatichi[17], es decir la ciudad vieja, por contraste con El Cairo, que es una ciudad nueva, si se puede considerar tal.

No faltan en la actualidad gentes cultivadas, tanto mahometanos como cristianos y judíos, que crean que Mesre fue la ciudad donde vivieron el faraón de Moisés y de José; en realidad, la capital del faraón estaba situada en la parte africana de Egipto, en el brazo del

11. Misri, es la denominación babilonia.
12. *Qibt*, coptos.
13. Epaulard señala un blanco donde debería figurar Cleopatra; Ramusio omite la frase.
14. 'Amr b. al-'Āṣ.
15. 'Umar b. al-Jaṭṭāb.
16. Fusṭāṭ es la forma arabizada del griego *fosaton*, la antigua fortaleza de Babel o Babilonia de Egipto. La descripción del lugar como despoblado no tiene nada que ver con la realidad, desde los tiempos faraónicos.
17. *Miṣr al-'atīqa*. El Cairo (al-Qāhira) fue fundada en el año 969 d. C. tras la conquista del país por los Fatimíes.

Nilo que pasa al oeste, donde se hallan las Pirámides. La Escritura testimonia en el Génesis, al referir cómo se utilizó a los judíos en la construcción de Apthun, ciudad edificada por los faraones en tiempos de Moisés, también en la orilla africana, a 50 millas aproximadamente al sur de El Cairo, en el brazo del Nilo antedicho, el que se encuentra al oeste del cauce principal del río. Hay otra prueba sobre ello: en una bifurcación de dos ramales del Nilo, hay un edificio de grandísima antigüedad tenido por tumba de José, allí se le enterró antes de que los hebreos trasladaran su cuerpo a la sepultura de sus antepasados. El Cairo y las localidades circundantes no tienen, pues, ninguna relación con las ciudades de los antiguos faraones.

Es preciso saber que los nobles, entre los antiguos egipcios, vivían en el Sahid, más arriba de El Cairo, en las ciudades llamadas El Fium[18], Manf[19], Ichmin[20] y otras ciudades célebres; pero tras la ocupación romana, toda la flor del país se reunió en el Rif, en la costa de Alejandría y Roseta y hasta hoy día se encuentran allí varias poblaciones con nombres latinos; cuando el imperio pasó de Roma a Grecia[21], dicha nobleza se retiró poco a poco hacia el Egipto Marítimo y el virrey del emperador hizo de Alejandría su residencia habitual. Al entrar en Egipto, los ejércitos musulmanes se establecieron en medio del reino, en procura de un doble designio: pacificar ambas partes del país y quedar a salvo de los cristianos, ya que el peligro habría sido grande de haber permanecido en el Egipto Marítimo.

Propiedades y variaciones del clima de Egipto

El aire es nocivo y calidísimo y llueve muy raramente, causando las lluvias numerosas enfermedades: a unos afectan fiebre y catarro; a otros se les hinchan los testículos que es cosa de maravilla para ver y lo cual achacan los médicos al queso salado y la carne de búfalo que comen[22]. En verano, a causa del excesivo calor, el país se abrasa y para poner remedio construyen en todas las ciudades chimeneas altas con una abertura en su cúspide y otra en la base, la cual corresponde a las habitaciones de las casas; el viento entra por arriba y sale por abajo

18. El-Fayum, al-Fayyūm.
19. Menfis, cerca de Saqqāra.
20. Ajmīm.
21. Imperio bizantino.
22. Ver en la I[a] Parte la nota 150.

llevando un poco de frescor; de otra suerte no se podría vivir, por lo insoportable del calor. A veces sobreviene la peste que mata infinidad de personas, sobre todo en El Cairo, ciudad donde se llega a las doce mil defunciones por la peste en un día; en cuanto al mal francés, no creo que haya otro país en el mundo donde sus estragos sean tantos como aquí: en El Cairo se ve mucha gente mutilada y estropeada por la enfermedad.

La siega tiene lugar a comienzos de abril y la trilla en dos momentos, uno en abril y el otro en mayo: antes del 20 de mayo ya no queda ningún cereal en los campos. El Nilo empieza a crecer a mediados de junio y su crecida sólo dura cuarenta días, mismo tiempo de la bajada de las aguas[23], no obstante en esos ochenta días todas las ciudades y pueblos de Egipto parecen islas y sólo se puede ir de una aldea a otra en barca, pero entonces las barcazas se cargan bien, algunas de las cuales llevan seis o siete mil *moggia* de cereales y, además, varios centenares de ovejas. Estas barcazas no pueden navegar con semejante cargamento más que durante la inundación y descendiendo el curso del río, porque ni vacías podrían remontar la corriente. Los egipcios prevén exactamente, al desbordarse el río, cuánto valdrá el trigo durante todo el año, como os explicaré cuando hable de la isla del Nilo situada frente a la Ciudad Vieja, a propósito del Nilómetro.

No es mí intención hablaros de todas las ciudades de Egipto. Nuestros escritores no coinciden entre sí al respecto: unos pretenden que nada de Egipto se considere africano, otros son de opinión contraria y varios afirman que la parte situada del lado de los desiertos de Berberia, Numidia y Libia pertenece a África; para terminar, algunos admiten que todas las localidades emplazadas en el brazo del Nilo son africanas y que las no situadas en esta rama no lo serían: este último caso es el de Manf, Fium, Semmenud, Damanhore, Berelles, Tenesse[24] y Damieta. Tal es mi opinión por diversas razones de peso, así pues no describiré más ciudades que las del mencionado cauce.

23. En la actualidad, la inundación es un mero recuerdo histórico, desde que se construyó la presa de Asuán. En torno al agua de la crecida giraba toda la vida del país, de ahí el interesantísimo folklore referente a las fiestas de la inundación.

24. Menfis, Fayum, Semmenod, Damanhūr, Borollos, Tinnis.

Bosiri, ciudad[25]

Bosiri fue una ciudad antigua, edificada por los egipcios a orillas del Mediterráneo, a unas veinte millas al oeste de Alejandría, rodeada de fortísimas murallas y con casas muy bonitas; todavía existen en los alrededores plantaciones de palmeras, pero nadie las cuida porque cuando los cristianos tomaron Alejandría y la saquearon, los habitantes abandonaron su ciudad y huyeron aprisa hacia el lago dicho Buchaira[26].

Alejandría, gran ciudad de Egipto

La gran ciudad de Alejandría fue, como se sabe, fundada por Alejandro el Grande, que la construyó según los planos de célebres y hábiles arquitectos en un bello paraje, en una punta que entra en el Mediterráneo, a 40 millas del Nilo por el oeste. Sin ninguna duda, por la importancia y belleza de sus palacios y casas, fue una ciudad más noble que ninguna otra, conservando esta fama muchísimo tiempo, hasta que cayó en manos de los mahometanos. En el curso de los siglos sobrevino su decadencia y perdió su antigua categoría porque ya no hubo un mercader de Grecia o Europa que pudiera comerciar allí, de suerte que quedó casi despoblada. Pero un astuto califa mahometano aseguró, mediante una superchería, que Mahoma, en una profecía, había concedido múltiples indulgencias a la población de Alejandría, a quienes acudieran para asegurar la custodia de la ciudad y a los que dieran limosnas. Al poco se llenó de pobladores, gentes extranjeras y personas de todas clases venidas en procura de las indulgencias[27]. Toda esta gente dispuso alojamientos en las torres de la muralla, construyó varios colegios para los estudiosos de letras y varios cenobios para los religiosos venidos por devoción.

La ciudad es de planta cuadrada, con cuatro puertas, una al este, por el lado del Nilo; otra al sur, hacia el lago Buchaira; la tercera al oeste por el lado del desierto de Barca; la cuarta hacia la marina, donde se encuentra el puerto. En la puerta de La Marina están los guardas y funcionarios de la aduana, los cuales registran a la gente hasta los calzones, porque en la aduana de esta ciudad incluso los

25. Abū Sīr.
26. Buḥayra (laguna), el lago Mareotis (Maryūt).
27. La historia es imaginaria.

dinares pagan un tanto por ciento como si fueran mercancías. Además existen cerca de los muros dos puertas unidas entre sí por una avenida y una fortísima ciudadela situada a la entrada del puerto, llamada Marsa el Borgi[28], es decir el puerto de la torre, donde fondean los navíos más bellos y de más importancia, tales como los buques genoveses, venecianos y de Ragusa, así como otros barcos europeos. Habitualmente recalan en Alejandria hasta navíos de Flandes, de Inglaterra, de Vizcaya, de Portugal y de todas las costas de Europa; pero los más numerosos son los italianos, sobre todo los de Apulia y Sicilia, y también los de Grecia, es decir turcos, que llegan juntos a este puerto para ponerse al abrigo de corsarios y tempestades. Hay otro puerto llamado Marsa es Silsela, lo que significa «puerto de la cadena», donde fondean los navíos procedentes de Berbería, de Yerba y de otros lugares.

Los cristianos[29] pagan de derechos de aduana el diezmo y los musulmanes el cinco por ciento, tanto al entrar como al partir, pero no se paga gabela alguna por las mercancías que se transportan por tierra a El Cairo. Este puerto es hoy día la parte más noble y famosa que la ciudad tuvo, por estar próximo a la capital, donde se vende gran cantidad de productos. Pese a la afluencia de mercaderes de los cuatro puntos cardinales, la ciudad no está muy civilizada ni poblada. En la larga estrada que comunica la puerta de levante con la de poniente se hallan muchas tiendas y alhóndigas donde se albergan los cristianos, pero el resto está destruido porque, tras liberar el Soldán a Ludovico, cuarto rey de Francia, el rey de Chipre[30] junto con ciertos venecianos y franceses asaltaron Alejandría por sorpresa y tras conquistarla, la arrasaron, matando número infinito de personas. El Soldán a la cabeza de un gran ejército acudió a socorrerla y los cristianos, considerando que no podían mantener su conquista, le metieron fuego y marcharon. El Soldán restauró las murallas lo mejor que pudo y fortificó la ciudadela y paso a paso la fue dejando en el estado que hoy se ve.

Dentro de la ciudad hay una altísima colina semejante a la del Testaccio de Roma, donde se encuentran numerosos jarrones antiguos y, en verdad, es un montículo artificial. En esta altura hay una atalaya donde permanece un vigía que observa los navíos que pasan.

28. Marsà al-burŷ.
29. Desde aquí al final del párrafo, sólo en la versión Ramusio (p. 82).
30. Incursión del rey de Chipre, Pedro I° de Lussignan (oct., 1365).

Por cada navío que señala a los funcionarios de la aduana, cobra cierta prima; si se duerme o se va a pasear y llega algún barco que no haya señalado, se le condena a una multa del doble de su prima, multa que percibe el tesoro del soldán.

Casi todas las casas de Alejandría están construidas sobre aljibes abovedados sostenidos por columnas y arcos y el agua del Nilo llega hasta esas cisternas: en el momento de la crecida, el agua viene por un canal artificial excavado en la llanura, desde el Nilo a la ciudad, en la que penetra pasando bajo la muralla, para terminar desembocando –como acabamos de señalar– en los aljibes.

En lo concemiente a sus recursos, Alejandría se halla en medio de un desierto arenoso, de suerte que carece de cultivos, de majuelos o huertas y el trigo debe traerse de una distancia de 40 millas, aunque junto al canal que conduce el agua del Nilo existen algunos huertos cuyos productos son perjudiciales y en la época en que se consumen, las gentes padecen de fiebres y otras enfermedades. A unas 6 millas de la ciudad, en dirección oeste, hay edificaciones muy antiguas, entre las cuales destaca una columna muy gruesa y alta que en árabe se conoce como Hemadussaoari[31], es decir la columna de los pilares. En las historias que hablan de las maravillas del mundo se cuenta que en tiempos de Alejandro un rey llamado Ptolomeo[32] la erigió para asegurar a la ciudad de asechanzas de enemigos, e hizo colocar en la cúspide un gran espejo de acero, de manera que cualquier barco que cayera bajo los destellos de tal espejo ardía de inmediato, si la superficie estaba destapada; pero el espejo se arruinó cuando los musulmanes entraron en África y la leyenda afirma que el causante fue un judío que lo restregó con ajo.

Todavía hay en Alejandría, entre los habitantes más antiguos, muchos de esos cristianos denominados jacobitas que tienen su propia iglesia, la cual reconstruida en múltiples ocasiones, subsiste hasta hoy y allí fue inhumado el cuerpo de San Marcos Evangelista, traidoramente arrebatado en 829 por mercaderes venecianos y conducido a Venecia. Todos estos jacobitas son comerciantes y artesanos y pagan tributo al soberano de El Cairo. No debe descuidarse la mención

31. *'Imād as-sawārī*, la Columna de los Pilares (vid. Ibn Baṭṭūṭa, pp. 118-119), o Columna de Pompeyo, tal vez monumento en honor del emperador Diocleciano, de 30 m. de alto, que el autor confunde con el Faro.

32. Según la versión Epaulard, «filósofo».

–en el centro de la urbe y rodeada de ruinas– de una casilla baja, a modo de capilla, en la cual se halla una sepultura muy venerada por los musulmanes, donde se conservan luminarias día y noche. Se dice que aquella es la tumba de Alejandro el Grande, que fue profeta y rey, según la loca pretensión de Mahoma en el Corán[33]. Allí acude multitud de extranjeros de países lejanos para contemplar este mausoleo y cumplir sus devociones, dejando muy considerables limosnas.

No hablaré de muchas otras cosas notables por no estirar esta obra de guisa que resultase pesada y enojosa para el lector.

Bocchin, ciudad[34]

Es una ciudad pequeña y antigua edificada a orillas del Mediterráneo a 8 millas al este de Alejandría, fue destruida en nuestros días y aun quedan muchos vestigios de sus murallas. En su emplazamiento existen algunos palmerales de cuyos dátiles se alimentan los pobres habitantes, que viven en chozas. Hay un faro en una peligrosa escollera donde numerosos barcos que llegan de noche desde Siria zozobran porque, no habiendo a bordo práctico que sepa entrar en el puerto de Alejandría, embarrancan en la costa a causa de las tinieblas. Alrededor de esta localidad sólo hay un campo arenoso hasta el Nilo.

Rasid, llamada por los italianos Rosetto[35]

Roseta es una ciudad en el Nilo, en la orilla de Asia, a 3 millas de la desembocadura; fue edificada por el servidor de un califa, siervo que era virrey de Egipto; tiene bonitas casas y palacios construidos a la orilla del río, con un gran mercado pletórico de artesanos y comerciantes; además disponen de un bellísimo templo, de buen aspecto y algunas de cuyas puertas dan al mercado y otras al río, al que se desciende por una magnífica escalera. Delante de la mezquita se encuentra el puerto, donde acostumbran a reunirse algunas barcazas que transportan las mercancías a El Cairo. Pero esta ciudad carece de muralla, más bien diríase un gran burgo que una ciudad; alrededor de la villa se ven múltiples obrajes donde se maja el arroz con ciertas herramientas de madera, descascarillando y limpiando más de tres mil

33. Corán, XVIII, 83-98.
34. Abū Qīr, Abukir.
35. Roseta, Rašīd.

moggia de arroz al mes. Extramuros, en cierto arrabal, se encuentran muchos mulos y burros de alquiler para quienes se dirigen a Alejandría. Quien alquila uno de estos animales, no debe preocuparse sino de dejarlo marchar a su aire por el camino más corto y le lleva hasta la casa donde ha de entregarlo; son animales tan rápidos que caminan las 40 millas entre la mañana y las vísperas siguiendo siempre la orilla del mar, de modo que a veces las olas les golpean las patas.

En torno a Roseta hay varios palmerales y excelentes terrenos para el cultivo del arroz. Los habitantes son gente familiar, amable para los extranjeros, con los que pasan el rato gustosamente. En la ciudad destaca un hermosísimo baño, con varias fuentes de agua fría y caliente; no hay otro semejante en belleza y comodidad en todo Egipto. Yo me encontraba en Roseta en los tiempos en que el Gran Turco Selim pasó por allí a su regreso de Alejandría[36] y quiso visitar este baño, acompañado de sus familiares más íntimos y manifestó el gran placer que disfrutó.

Anthius, ciudad

Anthius es una ciudad edificada por los romanos en la orilla asiática del Nilo; allí se ven todavía hoy muchas inscripciones latinas en estelas de mármol. Es ciudad civilizada, con gente de todos los oficios; su campo es muy fecundo en arroz y trigo y tiene un gran palmeral. Sus habitantes se distinguen por su bondad y afabilidad y acostumbran a llevar el arroz a El Cairo sacando de ello magníficas ganancias.

Barnabal[37]

Barnabal es una ciudad antigua edificada junto al Nilo, en la orilla de Asia; fue fundada en los tiempos en que los habitantes de Egipto se hicieron cristianos, es muy hermosa y en ella reina la abundancia, sobre todo en arroz: en más de 400 casas se descascarilla el arroz, aunque quienes lo baten son extranjeros venidos en su mayor parte de Berbería y ganan más de lo que vale el arroz y llevan una vida disoluta. Por esa razón, casi todas las prostitutas de Egipto afluyen a Barnabal atraídas por los majadores de arroz, de forma que los obreros están de continuo agotados y todas sus ganancias pasan a manos de tales mujeres.

36. Junio de 1517.
37. Berinbal.

Thebe, ciudad[38]

Thebe es una ciudad muy antigua edificada junto al Nilo, en la orilla de Berberia. Los historiadores difieren entre ellos en cuanto a sus fundadores; unos pretenden que la establecieron los egipcios, otros los romanos, otros los griegos. En efecto, hasta hoy se encuentra infinidad de inscripciones en caracteres latinos, griegos y egipcios. En la actualidad no tiene más de 300 familias, pero la adornan bellas casas, abunda en trigo, arroz, azúcar y en esa clase de fruta que llaman *muse*[39] y que es muy buena. Hay algunos mercaderes y artesanos pero la mayor parte de la gente son labradores y si se transita por la ciudad durante el día no se ven sino mujeres que, por otra parte, no son menos bellas que amables. En torno a la ciudad el palmeral es tan tupido que no se puede divisar la localidad más que desde su cercanía; también hay muchas huertas que producen uvas, higos y melocotones, de los cuales se lleva una gran cantidad a El Cairo. Extramuros subsisten abundantes vestigios de monumentos antiguos: columnas, inscripciones, paredes construidas con enormes piedras de cantería. Se puede colegir que allí hubo una grandísima ciudad por la importancia de sus ruinas.

Fuoa, ciudad[40]

Fuoa es una ciudad antigua edificada por los egipcios junto al Nilo, en la orilla de Asia, a unas 45 millas al sur de Roseta; muy poblada y civilizada es también próspera. Mercaderes y artesanos tienen bonitas tiendas, pero las calles del mercado son estrechas. Los habitantes gustan de la tranquilidad y los placeres y las mujeres disfrutan de tanta libertad que pasan el día donde les parece bien y regresan por la tarde a casa sin que el marido les pregunte nada. Fuera de la ciudad hay un barrio o, mejor dicho, un arrabal, donde viven las prostitutas, que componen una buena parte de la población. Alrededor de Fuoa abundan los pamerales. El suelo es bueno para la caña de azúcar y el trigo, pero las cañas que crecen en el terreno no dan buen azúcar y en lugar de ésta se extrae una melaza, semejante al arrope, que se consume en todo Egipto, por no darse la miel en el país.

38. Lugar no localizado.
39. Vid. *supra* nota 9 de esta VIII[a] Parte.
40. Fuwwa.

Gezirat ed deheb[41], es decir La isla de Oro

Esta isla está justo enfrente de Fuoa, en medio del Nilo; su suelo es alto, de manera que se encuentra en ella toda clase de árboles frutales, excepto olivos; encierra varias aldeas y bellos palacios, pero no se pueden contemplar a causa de lo tupido de las palmeras y de los otros árboles; la tierra es excelente para la caña de azúcar y para el arroz. Todos los habitantes se ocupan en cultivar la tierra, o bien en transportar sus mercancías a El Cairo.

Mechella[42]

Mechella es una ciudad levantada por los mahometanos a la orilla del Nilo, del lado de Asia; tiene una mala muralla y está muy poblada, pero la mayoría de sus habitantes son tejedores o labradores; poseen una enorme cantidad de gansos que venden en El Cairo. Alrededor de la ciudad el suelo es bueno para el lino. La gente es poco educada y sociable.

Derotte, ciudad[43]

Derotte es una noble ciudad –edificada por los romanos en la orilla de África del Nilo– desprovista de muralla, está muy poblada y adornada con bellas casas de construcción muy cuidada; sus arrabales son grandes, llenos de bonitas tiendas; también posee una hermosa mezquita. Los habitantes son muy ricos por poseer muchas plantaciones de caña de azúcar. El consejo de la ciudad paga al soldán unos cien mil *sarafs* al año por la producción. En Derotte existe un gran ingenio parecido a un castillo y ahí están las prensas y pailas para extraer y cocer el guarapo. Nunca vi en otra parte tantos obreros empleados en ese cometido. Oí decir a un adláter del consejo local que los operarios perciben unos 200 *sarafs* diarios.

41. Ŷazīrat aḏ-ḏahab.
42. al-Maḥalla al-kubrà.
43. Dayrūt.

Mechellat Chais

Mechellat Chais es una ciudad moderna construida en época musulmana, en la orilla africana del Nilo, en una colina alta. Todos los terrenos de cultivo se hallan en alto, de manera que los predios son viñas, pues el Nilo no puede alcanzarlas en su crecida. Esta ciudad abastece a El Cairo de uvas frescas durante la mitad de la temporada. Es una población medianamente civilizada, de habitantes casi todos marineros, porque disponen de poca tierra de cultivo.

La muy grande y admirable ciudad de El Cairo

La fama proclama que El Cairo es una de las más grandes y admirables ciudades del mundo. Os describiré minuciosamente su aspecto y situación, soslayando cuantas falacias se propagan al respecto. Comencemos por su nombre, El Cairo es palabra árabe, pero deformada en las lenguas europeas: el nombre exacto es El Chaira[44], que tiene el sentido de «la que apremia»; fue fundada en tiempos modernos por un siervo del califa Fatimí eslavo de nación y cuyo nombre era Geoher el Chetib[45], como creo haber dicho en la Primera Parte de este libro. Afirmo que la ciudad, quiero decir la parte amurallada, contiene unos 8.000 hogares, donde vive la gente de mejor condición, donde afluyen las riquezas procedentes de todas partes y se encuentra la célebre mezquita conocida por Gemih el Hasare[46], es decir, el templo ilustre. La ciudad se extiende por una llanura, al pie de una montaña llamada el Muchattam[47], a unas 2 millas del Nilo y rodeada de bellas y fuertes murallas con soberbias puertas guarnecidas de hierro, las más conocidas de las cuales son tres: una se llama Beb Nasre[48], es decir la Puerta de la Victoria, al este, hacia el desierto que se atraviesa para ir al mar Rojo; a otra se dice Beb Zuaila, por donde se va hacia el Nilo y la Ciudad Vieja; la tercera se llama Beb el Futuh y se abre a ciertos predios y a un lago donde se reunían los peregrinos de La Meca antes de la salida de sus caravanas.

44. al-Qāhira, la victoriosa.
45. Ŷawhar al-Kātib.
46. Ŷāmiʿ al-Azhar (La mezquita más brillante).
47. al-Muqaṭṭam.
48. Bāb an-Naṣr, Bāb Zuwayla y Bāb al-Futūḥ. La orientación de las puertas que indica León es errónea, pues Bāb al-Futūḥ y Bāb an-Naṣr se hallan en el lado norte del recinto, bastante próximas, y las calles a que se abren terminan confluyendo en una sola vía, que fue la

La ciudad tiene un buen número de artesanos y mercaderes, establecidos sobre todo en la calle que conduce de Beb en Nasre a la Puerta de Zuaila, donde se encuentra la mayor parte de la nobleza de El Cairo y donde se alzan varios colegios admirables por sus dimensiones y la belleza de su construcción y ornamento, así como varias mezquitas espaciosas y muy bellas, entre ellas el Gemih el Hecim[49], o sea el Templo de Hecim, tercero de los pontífices de la secta cismática que reinó en El Cairo; igualmente hay infinidad de otros grandes templos conocidos, pero no hay lugar para nombrarlos uno por uno, y varios baños dispuestos con mucho arte.

Un barrio llamado Bein el Casrain[50] reúne unas sesenta tiendas donde se vende carne cocida, todas provistas de vajilla de estaño; en otras, se expenden aguas perfumadas con toda clase de flores, de agradables sabores, y que todos los nobles beben; los vendedores las conservan en bellos pomos de vidrio o estaño artísticamente labrados; después vienen otras tiendas donde se venden confites muy bien presentados, diferentes de los habituales en Europa: son de dos clases, con miel o con azúcar; luego están los fruteros que ofrecen frutas venidas de Siria tales como peras, membrillos, granadas, etc., los cuales no se dan en Egipto. Entre estas tiendas, hay otras diseminadas donde venden buñuelos, huevos fritos, queso frito y cerca un barrio ocupado por artesanos de diversos oficios nobles; más allá está el nuevo colegio edificado por el sultán Ghauri[51], muerto en la guerra contra Selim, emperador de los turcos. Después de este colegio se encuentran las alhóndigas de telas y cada una contiene una gran cantidad de tiendas; en la primera se venden tejidos extranjeros de primera calidad, tales como la tela de Bahlbach[52], de algodón y de extrema finura, y las telas de Mosal, es decir de Ninoa[53], admirables en suavidad y reciedumbre; todos los grandes personajes y la gente distinguida hacen con ellas sus camisas y el velo del turbante; vienen a continuación las alhóndigas donde se venden las más bellas telas de Italia, tales como el raso adamascado,

arteria principal de El Cairo fatimí y acaba, por el flanco sur, en Bāb Zuwayla.

49. Ŷāmiʿ al-Ḥusayn, que no está propiamente en la calle mencionada (Bayn al-qaṣrayn) sino por encima de Jān al-Jalīlī.

50. Lit. «entre los dos alcázares» fatimíes, hoy día desaparecidos.

51. Qānsū al-Gūrī, constructor de una *madrasa* y un mausoleo que nunca llegó a ocupar, da nombre a la calle y barrio, populoso y popular, de al-Gūriyya; pereció en combate contra los turcos en 1516, en las cercanías de Alepo.

52. Ba'albek, en Líbano.

53. Mosul, Mawṣil; Nīnawà, Nínive, en el norte de Iraq.

los terciopelos, los tafetanes y los brocados. Puedo afirmar que no las he visto tan buenas en Italia, donde se fabrican. Más lejos están las alhóndigas de telas de lana, las cuales provienen también de todos los países de Europa: paños de Venecia y Mallorca, florentinos y de Flandes y más allá camelotes, etc. Poco a poco se llega a la Puerta de Zuaila, donde tiene su lugar infinidad de artesanos. Cerca de esta calle, en un fondac llamado Can el Halili[54], viven los negociantes persas; el edificio parece el alcázar de un gran señor por lo alto y sólido, con tres pisos; en el bajo se hallan las habitaciones donde los negociantes reciben a sus clientes e intercambian mercancías de gran valor; sólo los mercaderes de posibles disponen de espacio en el fondac y sus mercancías se componen de especias, piedras preciosas, tejidos de la india tales como el crespón, etc.

Al otro lado de la calle principal existe un barrio donde están los mercaderes de perfumes: algalia, almizcle, ámbar y benjuí, productos de los cuales hay en tal abundancia que si alguien quiere comprar a un mercader una onza de almizcle, se le muestran cien libras, cosa sorprendente. A un lado de esta misma calle principal da el barrio donde se vende buen papel y los mercaderes que lo venden también ofrecen piedras preciosas; un pregonero las anuncia de una tienda a otra. Con la misma calle linda un barrio donde están establecidos los orfebres, judíos por cuyas manos pasan riquezas enormes; en otro barrio se hallan instalados los ropavejeros, que venden gran cantidad de telas de primera calidad, cedidas por gentes de la ciudad y por personas nobles; no se trata de gabanes, ni jubones, ni mantos, sino de piezas admirables, de un increíble valor; vi, entre otras cosas, una guarnición de tienda o esparavel de color negro, hecho con aguja y del todo cubierto con una red de perlas. El vendedor me dijo que las perlas pesaban cuarenta y cinco libras, en libras egipcias y la colgadura se vendió sin las perlas por diez mil *sarafs*, vi muchas otras cosas en estas tiendas y a precios semejantes.

En El Cairo hay un gran hospital[55] edificado por Piperis[56], primer sultán de los mamelucos, dotado con doscientos mil *sarafs* de ingresos y se admite a cualquier necesitado, que hallará todas las comodidades y cuidados médicos, así como cuanto precise su curación, pero si muere, todos sus bienes son para el hospital.

54. Jān al-Jalīlī, de hecho al acercamos a Bāb Zuwayla, de norte a sur, nos alejamos del emplazamiento donde estuvo el Jān, a la izquierda de Bayn al-Qaṣrayn.

55. *Māristān*.

56. Baybars, cuarto sultán mameluco (1260-1277) no fundó este hospital, sino al-Manṣūr Qalāwūn (1279-1290).

Beb el Futuh
Beb Nasre
Gemih el Hecim
Hospital de Piperis
Bein el Casrain
El Chaira
Can el Halili
Madrasa y Gemih de Ghauri
Gemih el Hasare
Arrabal de Bulach
Estanque y plaza Iazbachia
Arrabal de Beb el Loch
Beb Zuaila
Arrabal de Beb Zuaila
Estanque del Elefante
Ciudadela
Gran Canal
Gemeh Tulon
Arrabal de Tulon
Muchattam
Arrabal de Charafa
Misruletich
Gemih Hamre
El Michias
El Cairo

Arrabal llamado Beb Zuaila

Es un arrabal grandísimo con 12.000 hogares, comienza en la Puerta de Zuaila y se extiende hacia el oeste aproximadamente una milla por el sur hasta la ciudadela del sultán, y por el norte cerca de una milla hasta el arrabal llamado Beb el Loch[57]. Este arrabal de Beb Zuaila tiene más o menos la misma población escogida que la ciudad; mucha gente con la tienda en el arrabal y su vivienda en la ciudad y viceversa, encierra numerosas mezquitas, monasterios y colegios, en particular el famoso fundado por el sultán Hesen[58], el edificio cuenta con bóvedas de una altura y una solidez de construcción admirables, así pues, si llega el caso de que un sultán se subleva contra otro, el que no ocupa la ciudadela, si tiene bastante habilidad para apoderarse del colegio, se fortifica en él y desde allí ataca la ciudadela ocupada por el otro sultán, pues el colegio sólo está a medio tiro de ballesta.

Arrabal llamado Gemeh Tulon[59]

Es otro arrabal que confina con el precedente al este y se extiende al oeste hasta las ruinas colindantes con la Ciudad Vieja, lo edificó antes de la fundación de El Cairo un tal Tulon, siervo de uno de los califas de Bagdad y virrey de Egipto, quien fue un hombre juicioso y prudente; abandonó la Ciudad Vieja y vino a vivir a este arrabal donde hizo construir un grandísimo y espléndido palacio y una mezquita también espaciosa y magnífica. En este arrabal abundan los artesanos y mercaderes, sobre todo de Berbería.

Arrabal de Beb el Loch

Es un gran arrabal a una distancia de una milla aproximadamente de la muralla de El Cairo, cuenta unas 3.000 farnilias y en él viven mercaderes y artesanos de todas clases. Hay una gran plaza donde se alzan un vasto palacio y un colegio admirable edificados por un mameluco de nombre Iazbach, que fue consejero de un sultán de antaño, y por eso se llamó a la plaza Iazbachia[60]; en este lugar se reúne cada viernes la po-

57. Bāb al-Lūq.
58. Sayf ad-Dīn Ḥasan.
59. Ŷāmiᶜ Ibn Ṭulūn.
60. El lugar, sin urbanizar en la época, tenía una laguneja luego desecada y era lugar de reunión popular para fiestas y celebraciones, como refiere E. Lane, todavía en el siglo XIX; en la actualidad hay unos jardines y hace tiempo que los edificios mencionados desaparecieron.

blación de El Cairo despúes de la oración y el sermón, porque en el arrabal se encuentran algunas distracciones poco honestas, tales como tabernas y mujeres de mala vida. En esta plaza se juntan también numerosos titiriteros, sobre todo los que hacen danzar a los camellos, a los asnos y a los perros, lo cual es sumamente divertido; he aquí por ejemplo, la escena del asno: el saltimbanqui, después de bailar un poco, habla a su burro, le explica que el sultán quiere emprender una gran construcción y tiene la intención de emplear a todos los asnos de El Cairo para llevar la cal, las piedras y todo lo necesario; el borrico, enseguida, se deja caer al suelo, agita las patas en el aire e hincha el vientre y cierra los ojos como si estuviera muerto. El saltimbanqui se lamenta ante los asistentes de haber perdido su acémila y les pide ayuda para volver a comprar otro; hecha la colecta, prosigue: «No creáis que mi asno está muerto, el glotón conoce la pobreza de su amo y finge estarlo para que le compre de comer con lo que acaban de darme», luego, dirigiéndose hacia el burro, le dice que se levante, pero el animal no se mueve y por más que le aplica una buena tunda de palos, el borrico no hace el menor movimiento y entonces el hombre reanuda su perorata diciendo: «Señores, debéis saber que el sultán acaba de hacer público el edicto siguiente: mañana toda la población de El Cairo saldrá para asistir a su entrada triunfal, ordena que todas las damas de la alta sociedad y todas las mujeres bonitas de El Cairo vayan montadas en hermosos jumentos y que ellas les den de comer cebada y de beber buena agua del Nilo». Apenas el saltimbanqui ha proferido estas últimas palabras, el asno brinca sobre sus patas, mostrándose orgulloso y feliz; el titiritero prosigue: «Pero el jefe de mi barrio me ha pedido prestarle mi galano animal para su mujer, que es vieja y fea». A estas palabras, el buche, que parece dotado de inteligencia humana, baja los ojos y se pone a cojear, como si estuviera lisiado, a lo que su dueño le dice: «¿Las jóvenes te gustan, pues?». El asno agacha la cabeza simulando decir sí. «Vamos –continúa el saltimbanqui– hay aquí mucha juventud. ¡Muéstranos quién te gusta más!». El burro corre dentro del círculo de los mirones, entre los cuales siempre hay algunas mujeres observando la escena, elige a la mejor, se dirige hacia ella y la topa con la cabeza, a lo que el público grita: «¡Eh, señora del burro!», para mofarse de la mujer. En esto el cómico monta en el animal y marcha para otra parte.

Hay otra clase de titiriteros, los que se sirven de pajarillos atados a una cajita en forma de aparador, estos pájaros extraen con el pico unos

billetes que vaticinan una suerte de buen o mal augurio; quienes quieren saber su porvenir echan un cuatrín delante del pajarito que lo coge en el pico, lo lleva a la caja y luego vuelve con el billete en el pico con la respuesta escrita. A mi me tocó un billete con malos presagios, pero no le di la menor importancia, sin embargo lo que me pasó fue mucho peor que lo escrito. En la plaza Iazbachia se ven también esgrimistas de sables y bastones, luchadores, etc. Y otras gentes que cantan los combates entre árabes y egipcios durante la conquista de Egipto; las locuras, las bromas e importunidades que allí se sueltan y allí se hacen proliferan de tal modo que asombra, mas por divertidas que sean no se puede contar todo en una obra como ésta.

Arrabal llamado Bulach[61]

Bulach es un arrabal grandísimo a 2 millas de distancia de la ciudad amurallada, pero a lo largo de todo el camino se encuentran casas y molinos movidos por animales. Este antiguo arrabal está edificado en la orilla del Nilo y cuenta unas 4.000 familias, residiendo en él muchos artesanos y mercaderes, sobre todo negociantes de cereales, aceite y azúcar. Se distingue por sus bellas construcciones: templos, casas, colegios de estudiantes; las casas edificadas en la orilla del Nilo son en particular muy bellas y es un gran placer contemplar desde sus ventanas los barcos que arriban por el Nilo al puerto de El Cairo situado en el arrabal. Allí se ve a veces un millar de barcas, sobre todo en la estación de la cosecha de cereales y allí están los funcionarios de los portazgos que supervisan las mercancías venidas de Alejandría o Damieta, sin embargo estas mercancías pagan impuestos bajos porque ya han pagado derechos de aduana al desembarcarlas en la costa; sólo las procedentes de Egipto pagan la gabela entera.

Arrabal de Charafa[62]

El Charafa es un arrabal como una ciudad pequeña, a un tiro de piedra de la montaña y a unas 2 millas de las murallas de la ciudad, reúne unas 2.000 familias y antiguamente estuvo más habitado que en la actualidad en que casi está medio demolido. Hay varias tumbas de personajes que el pueblo, en su necedad, considera santos; estas tum-

61. Būlāq.
62. Qarāfa.

bas son altísimos edificios con cúpulas espléndidas y en el interior adornadas con diversas esculturas y pinturas mientras el suelo lo cubren las más finas alfombras y las paredes lucen colgaduras. Todos los viernes por la mañana muchas gentes de El Cairo y de los arrabales acuden a visitar estas tumbas por devoción dejando generosas limosnas.

La Ciudad Vieja llamada Misruletich[63]

Es la primera ciudad edificada en Egipto en la era musulmana y la fundó Hamre, capitán del segundo pontífice, Homar, que la construyó en la orilla del Nilo. No la rodea una muralla, sino que su construcción semeja un gran arrabal extendido a lo largo del río; hay varios palacios hermosos y altos, en especial los de la orilla, por ejemplo una mezquita admirable llamada Gemih Hamre[64], es decir la mezquita de Hamre, sorprendente en hermosura, grandeza y solidez. Esta ciudad dispone de bastantes artesanos de las más varias profesiones. Allí se encuentra la tumba de la santa mujer tan reverenciada por los mahometanos, Santa Nafisa[65], hija de un tal Zeinulhabidin, hijo de Husein hijo de Hali, el primo hermano de Mahoma. Esta mujer viendo a su familia despojada del califato por sus propios parientes, en su desesperación, partió de Cufa, ciudad de la Arabia Feliz[66] y vino a vivir a esta ciudad. Así Nafisa, tanto por pertenecer a la familia de Mahoma como a causa de la vida virtuosa que llevó, fue considerada santa por el pueblo. Por eso, cuando reinaron los pontífices herejes parientes de esta mujer, se construyó para la santa un soberbio mausoleo adornado hoy con tapices de seda, lámparas de plata, etc. La fama de Santa Nafisa es tal que no hay mahometano, mercader o no, que venga a El Cairo por mar o por tierra, y que no vaya a rendir honores a esta tumba; todos con ofrendas, y los habitantes de los alrededores hacen lo mismo, de manera que las limosnas ascienden al año a cien mil *sarafs* que se reparten entre los pobres de la descendencia de Mahoma y la gente que tiene a cargo la conservación de la tumba. Estos últimos, en nombre de los pretendidos milagros que realiza el cuerpo de la santa, buscan inflamar el celo de las gentes crédulas para llevarlos a una mayor devoción y para que abran más la mano en su

63. Misr al-ʿatīqa.
64. Ŷāmiʿ ʿAmr.
65. La mezquita de Sayyida Nafisa está en Qarāfa.
66. En realidad, del Iraq.

provecho. Al entrar el Gran Turco Selim en El Cairo, los genízaros saquearon la tumba y encontraron quinientos mil *sarafs* en metálico, sin hablar de las lámparas, de las cadenas de plata y de los tapices, si bien es cierto que Selim hizo restituir una gran parte del tesoro. Quienes escribieron sobre la vida de los santos mahometanos casi ni mencionan a esta Señora Nafisa: dijeron que fue una honesta y casta mujer noble de la familia de Hali, pero el vulgo, en su simplicidad, creyó en muchos de sus milagros y son estos los que hacen la fortuna de ese sepulcro maldito.

Más arriba de este arrabal, en el Nilo, se encuentra la aduana para las mercancías que vienen del Sahid. Fuera de la ciudad amurallada, hay bellas y magníficas sepulturas de los sultanes, muy bien construidas, con altos edificios de grandes cúpulas. Un sultán, que vivió en época moderna, mandó hacer una avenida entre dos paredes altas, comenzando en una puerta de la ciudad y yendo hasta el emplazamiento de las tumbas. En el extremo de esos muros, dos altas torres sirven para la guardia que vigila la llegada de mercancías procedentes del puerto del monte Sinaí.

A una milla de las tumbas están los cultivos de El Mathria[67], donde se encuentra el huerto del único árbol que produce el bálsamo, puesto que, en el mundo entero sólo existe esa planta, que se yergue en medio de un manantial a modo de pozo; no es muy grande y sus hojas semejan las de la vid, pero son más chicas. Según oí decir, si, por ejemplo, el agua del manantial bajara, la planta se secaría de inmediato y sería peor regarla con otra; es una sorprendente curiosidad de la naturaleza. El huerto está completamente rodeado por fuertes muros y sólo se puede entrar como extremo favor o mediante alguna dádiva para el guardián.

En medio del Nilo, frente a la Ciudad Vieja, hay una isla llamada El Michias[68], la medida, porque allí está el instrumento que mide la crecida del Nilo, de la cual depende la abundancia o escasez que reinará en Egipto. La experiencia es infalible y se debe a los antiguos egipcios. Esta isla está muy poblada y contiene unas 1.500 familias; en su punta hay un gran palacio construido por un sultan contemporáneo y una mezquita espaciosa y de agradable aspecto por estar en la orilla; en un lado de esta mezquita se encuentra un edificio pequeño

67. Maṭariyya.
68. *Miqyās*, medida; la isla es Roda (Rawḍa, huerto) en cuyo extremo se halla el nilómetro.

aislado y cerrado, en el centro del cual una tapa cubre una fosa cuadrada de 18 codos[69] de profundidad; en una pared de la fosa desemboca una canalización subterránea que comunica con el lecho del Nilo. En medio de la fosa una columna graduada marca tantos codos como profundo es el hoyo, o sea 18. Cuando el Nilo comienza a crecer, el agua penetra en la canalización y llega a la fosa; sube un día dos dedos, otro día tres, otro día medio codo y cada día las personas que se ocupan de la medición vienen a controlar el nivel de la crecida y se lo comunican a unos niños cubiertos con un rebozo amarillo para que se les reconozca y ellos se encargan de pregonar por todo El Cairo y por los arrabales la altura de la crecida, por lo cual reciben regalos de los artesanos, de los comerciantes y de las mujeres hasta el fin de la crecida. La experiencia demuestra que, cuando la crecida ha alcanzado 15 codos en la columna[70], el año será excelente; si su nivel no alcanza más de 12 a 15 codos, el año será regular, pero si sólo llega a estar entre 10 y 12, eso será prueba de que el trigo valdrá a 10 ducados el *moggio*. Por último, si alcanza 18 codos todos los lugares habitados de Egipto se verán en gran peligro de anegarse. Los funcionarios del *michias* están obligados a avisarlo a la población y los niños van por las calles gritando: «Gente del pueblo, temed a Dios de montaña a montaña!», lo cual significa que el agua llega de la montaña de una orilla del Nilo a la de la otra. La población cae presa del pavor y hace oraciones y limosnas.

Así el Nilo va creciendo durante cuarenta días y decreciendo otro tanto y en ese lapso se observa cierta escasez de víveres, porque cada cual tiene derecho a vender el pan al precio que le place, sin embargo se hace con cierta discreción. Al cabo de los ochenta días el almotacén determina el precio de los alimentos, sobre todo del pan y esa tasación ocurre una sola vez al año puesto que, según la crecida del Nilo, los funcionarios conocen las regiones que habrán quedado bien regadas, las que lo habrán sido en exceso y las que no tendrán agua bastante, según la altitud de las tierras de cultivo y sobre esos datos se fija el precio del trigo[71]. Al comienzo de la inundación, se hace en El Cairo una grandísima fiesta, con tal jaleo de gritos y música que la ciudad anda patas arriba; cada familia toma una barca, la adorna con las telas más finas y los más bellos tapices, se provee de vituallas, de dulces y de muy bonitos velones de

69. En realidad, 17.
70. Algo más de ocho metros.
71. Vid. al respecto el estudio de P. Martínez Montávez, *Las oscilaciones del precio del trigo*.

cera. Toda la población se deleita en las barcas, divirtiéndose según sus medios. El mismo sultán con sus principales señores y oficiales participa en la fiesta: se dirige a un canal llamado el Gran Canal[72], que está obstruido y allí empuña un hacha y cierra contra el muro; los grandes personajes del séquito le secundan, de manera que cae la parte del muro que impedía la llegada del agua. Inmediatamente el Nilo se precipita por el canal con gran violencia y desde allí se derrama por los otros canales de los suburbios y de la ciudad amurallada. De modo que ese día El Cairo se asemeja a la ciudad de Venecia y se puede ir en barca a todos los lugares habitados y a todas las localidades de Egipto. La fiesta dura siete días y siete noches, de suerte que todo cuanto un mercader o un artesano gana en el año lo gasta en esa semana en golosinas, dulces, antorchas, perfumes y músicos. Esta fiesta se remonta a la Antigüedad egipcia.

Fuera de El Cairo, junto al arrabal de Beb Zuaila se encuentra la ciudadela del sultán, edificada en el saliente del monte Mochattam y la rodean altas y sólidas murallas que encierran maravillosos palacios indescriptibles, pavimentados con mármoles multicolores admirablemente engarzados, con los techos revestidos todos de oro y de los más finos colores, las ventanas guarnecidas con vitrales coloreados como se ven en algunos lugares de Europa, los entablados de las puertas esculpidos con arte notable y cubiertos de pinturas y dorados. Estos palacios estaban destinados a la familia misma del sultán o a sus mujeres, a sus concubinas, eunucos o a la guardia; en unos el sultán ofrecía sus banquetes oficiales o recibía a los embajadores o se desarrollaban las grandes ceremonias; y otros se reservaban para los funcionarios encargados de la administración de la corte. Pero ahora todo eso ha desaparecido. El Sultán Selim ha suprimido todo[73].

Costumbres, trajes, usos de los habitantes de El Cairo y de sus arrabales

Los habitantes de El Cairo son gentes muy amables y amenos compañeros; prodigan buenas palabras, pero cumplen poco como suele acaecer en todas las grandes ciudades del mundo; ejercen el comercio y la industria, sin embargo no salen de su tierra. Muchos se dedican al estudio de las leyes y bien pocos al de las artes. Aunque los colegios

72. El Jalīg, degradado enormemente durante el s. XIX y cubierto hace mucho.
73. Tras conquistar el país y acabar con el poder mameluco.

estén siempre llenos de estudiantes, sólo un pequeño número de ellos saca algún provecho. Los habitantes de El Cairo visten bien, en invierno con telas de lana y vestes forradas de algodón; en verano se ponen grandes camisas de tela fina y por encima una túnica de tela tejida de seda y rayada de colores o un manto de camelote. Se cubren la cabeza con grandes turbantes de crespón de procedencia india.

Las señoras visten con lujo, salen resplandecientes de joyas engarzadas en guirnaldas sobre la frente o en el cuello; en la cabeza lucen cofias de gran precio, estrechas y de un palmo de altas, en forma tubular, mientras su traje se compone de un vestido de paño con mangas angostas; la clase de tela varía, pero el vestido se labra cuidadosamente adornándolo con bellos bordados, también se envuelven con un velo de algodón muy fino y liso que se importa de la India, y se celan la cara con un velillo negro de tela muy fina pero un tanto áspero y que diríase hecho con sus cabellos, gracias al cual las mujeres pueden ver a los hombres sin ser reconocidas por ellos. En los pies calzan borceguíes o bellísimos zapatos a la turca. Estas mujeres son vanidosas y atribuyen tanto valor al qué dirán que no hay una que se digne hilar, coser, ni cocinar. Así pues, el marido debe comprar fuera de casa, en los figones, los alimentos ya cocinados, porque poca gente guisa en la casa, salvo en las familias numerosas. Estas señoras gozan de gran libertad e independencia y cuando el marido se va a su tienda, la mujer se viste y perfuma, luego monta un burro y sale a pasear por la ciudad para visitar a sus parientes y amigos.

He aquí algunos detalles sobre los asnos que montan mujeres y hombres. En El Cairo hay gente que vive del oficio de alquilar asnos, para lo cual poseen grandes animales acostumbrados a marchar al paso de las hacaneas y enjaezados con bellos arneses. Los alquilan con alguno de sus mozos como conductor y con palafreneros, porque en El Cairo muchísimas personas no caminarían un cuarto de milla a pie. En esta ciudad, como en muchas otras, transita todo el día una infinidad de gente vendiendo cosas diversas, tales como frutas, queso, carne cruda y asada y otros productos similares. Hay también gran número de aguadores que transportan en camellos cantidades de odres grandes llenos de agua, porque la ciudad, como dije, está a dos millas largas del Nilo. Otros azacanes llevan un odre en bandolera[74]; el odre está

74. El aguador o azacán *(saqqā')* es una figura legendaria incluso en El Cairo de hoy día, donde siguen suministrando agua en los populosos barrios antiguos (los descritos por León) y por las calles en general a cualquier viandante que se la pide. La descripción del aguador y su odre coincide con lo que aun podemos ver.

embellecido con adornos y su orificio provisto de una boquilla de latón; el aguatero porta en la mano una taza de Damasco artísticamente labrada y camina voceando su agua; el cliente paga medio cuatrín en su moneda local.

Por la ciudad deambulan muchos vendedores de pollitos que venden por medida, no por pieza, según la costumbre del país. Esta gente usa un procedimiento asombroso para hacer nacer los pollitos: cogen mil y más huevos, los colocan todos juntos en una especie de hornos con varios pisos y cuyo piso superior está horadado con un agujero. Bajo estas bandejas mantienen unas brasas y al cabo de siete días los pollitos comienzan a nacer en tropel, se recogen en grandes espuertas y los venden utilizando un recipiente de medida sin fondo que se coloca en la cesta del comprador, llenando la medida de pollitos y cuando rebosa la quitan. Los expertos que hacen nacer los pollitos pagan una importante renta al sultán. Los figoneros mantienen sus tiendas abiertas hasta media noche, todos los demás las cierran antes de las veintitrés horas y van de un arrabal a otro a pasear y divertirse por la ciudad.

Los habitantes de El Cairo, en sus conversaciones no guardan ningún pudor. Daremos de lado la mayor parte de tales importunidades, pero señalaremos la frecuencia con que las mujeres se querellan ante el juez porque su marido no cumple cada noche sus deberes conyugales, lo cual es causa recurrente de divorcios y nuevos casamientos, como se dirá más lejos en la presente obrita a propósito de la ley de Mahoma. El autor de estas líneas atestigua haber visto en El Cairo cosas de tal bajeza que se avergonzaría contándolas.

Cuando, entre los artesanos, alguien realiza una obra bella y creativa, nunca en el oficio vista, se le viste con un jubón de brocado y le pasean de tienda en tienda, acompañado por músicos como si fuese una marcha triunfal y todos le entregan algún dinero. En El Cairo conocí a un hombre que recibió tales honores por haber fabricado una cadena para una pulga que tenía encadenada en un papel; uno de sus amigos la mostraba, reuniendo dinero con ello. Igualmente asistí a la proeza de un azacán quien había apostado con alguien que llevaría un odre fabricado con piel de ternera, lleno de agua y sujeto con una cadena de hierro y, en efecto, durante siete días seguidos, de la mañana a la noche, llevó el odre colgado con una cadena pasada por su hombro desnudo, de manera que ganó la apuesta y tuvo los honores de un brillante triunfo, con acompañamiento de músicos y de todos los

aguadores de El Cairo, que bien podían ser tres mil. En otro orden de cosas, la gente de El Cairo no es muy valiente, carecen de armas en sus casas[75] y apenas si se puede encontrar un cuchillo para cortar el queso. A veces se pelean e intercambian puñetazos, a lo que acuden centenares de espectadores, que sólo se van cuando los adversarios hacen las paces.

El alimento más corriente es la carne de búfalo, con gran cantidad de verduras. Para las comidas, si la familia es poco numerosa, se extiende un mantel corto y redondo; si son muchos se sirven de un mantel largo, como los utilizados en la corte.

Hay entre los moros una secta religiosa cuyos adeptos comen carne de caballo y cuando uno está lisiado, los carniceros que siguen tal doctrina, lo compran, engordan y sacrifican y las gentes corren a comprar la carne. Esta doctrina se llama el *chanafia*[76]. Los turcos, los mamelucos y la mayor parte de los mahometanos de Asia la siguen; sin embargo, aunque comer caballo sea lícito para los turcos no tienen costumbre de hacerlo. En El Cairo y en todo Egipto existen cuatro doctrinas religiosas que difieren entre ellas en las ceremonias de culto y en la aplicación de la ley civil y canónica, pero todas basadas en la Escritura musulmana. Sabed que en otros tiempos cuatro valiosos sabios encontraron el medio, gracias a la sutileza de su inteligencia, de hacer entrar los casos particulares en las generalidades que escribió Mahoma; cada uno de ellos interpretó la Escritura según sus puntos de vista y sacó de ello las consecuencias pertinentes que creyó justas, por lo que sus opiniones difieren. Estos cuatro sabios adquirieron gran crédito gracias a la alta estima concedida a sus reglas y de cuyas cuatro doctrinas se les tiene por punto de arranque. Todos los pueblos mahometanos siguen alguna de las vías trazadas por ellos; cuando se ha adoptado una de ellas ya no se puede abandonar y seguir otra, a menos de ser letrado para comprender y saber las razones. Hay en El Cairo cuatro decanos de los jueces y que juzgan los asuntos importantes, bajo cuya autoridad se halla una infinidad de cadíes, de manera que hay dos o tres por barrio para las causas más comunes. Si un justiciable profesa una doctrina y su adversario otra, el demandante cita a éste ante el juez del cual depende, pero en la intimidad puede apelar ante el juez designado entre los cuatro como magistrado

75. La prohibición al respecto era terminante.
76. Ḥanafiyya.

supremo, que es el de la doctrina llamada *essafichia*[77]. Si alguien comete un acto prohibido por la doctrina que profesa, el juez de su doctrina lo castiga severamente.

Igualmente los imanes de estas doctrinas observan entre ellos diferencias en las formas de orar y en varios otros aspectos. Sin embargo, pese a tales diferencias, nadie siente odio ni enemistad, sobre todo en el pueblo; pero los alfaquíes que hicieron estudios, emprenden a menudo discusiones, polemizan sobre casos particulares y defienden sus puntos de vista queriendo probar que su doctrina es la buena, pero en cualquier caso no pueden hablar mal de ninguno de los cuatro grandes, pues serían rigurosamente castigados con penas corporales. En materia de fe, coinciden todos, porque se mantienen en la vía trazada por El-Hashari[78], maestro de todos los teólogos, cuya regla se sigue en toda África y Asia, excepto en los países donde reina el Sofi[79]. La población de este último país no sigue ni la regla de El-Hashari, ni ninguna de las cuatro doctrinas y por ello se les considera herejes. Sería largo y pesado querer explicar aquí las razones que motivan tales diferencias de opinión entre los doctores. Las he expuesto en una obra corta que escribí sobre la fe y la ley de Mahoma según la doctrina de El Malichi[80], hombre de gran inteligencia y saber, nacido en Medina, ciudad donde se halla enterrado Mahoma y cuya doctrina siguen en toda África, encontrándose también en Egipto, Siria y Arabia. Quien tenga interés en saber más no tiene sino leer ese trabajo y obtendrá satisfacción plena.

A los malhechores se infligen castigos duros y crueles, sobre todo los dictados en la corte del soberano. Se ahorca al ladrón. El homicida con dolo se expone al castigo siguiente: uno de los sayones del verdugo le sujeta por los pies y otro le agarra por la cabeza, mientras el ejecutor, armado con un mandoble cercena el cuerpo en dos partes y la superior se echa en una espuerta con cal viva y puede sobrevivir aun veinte minutos hablando; es algo espantoso de ver y oír. Los asesinos y rebeldes son desollados vivos y su piel rellena con salvado y cosida, de suerte que tiene la apariencia de un hombre; y tal muñeco, caballero en un camello, se pasea por toda la ciudad pregonándose la

77. Šāfi'ī.
78. al-Aš'arī.
79. Se refiere a la *Ši'a*.
80. Mālik b. Anas.

fechoría del ajusticiado. Es la pena judicial más cruel que conozco porque el condenado sufre mucho al morir y sólo cuando el desollador alcanza el ombligo con su hierro el reo muere rápido, pero eso ocurre nada más mediante orden expresa de la autoridad superior.

En cuanto a los encarcelados por deudas, si no pueden pagar, el alcaide de la prisión resarce a sus acreedores y mantiene a los infelices presos enviándolos a diario a la ciudad, encadenados por el cuello y conducidos por los guardianes para pedir limosna; después se apropia del monto de las limosnas y deja a los prisioneros lo mínimo para subsistir miserablemente.

Algunas matronas viejas circulan por la ciudad, gritando no sé qué y su oficio consiste en cortar la punta de la cresta de la natura de las muchachas, tal como ordenó Mahoma, pero lo cual sólo se cumple en Siria y Egipto[81].

El sultán, sus principales funcionarios y oficiales según sus grados

El sultán de Egipto fue despojado de su dignidad y poder por el Gran Turco Selim en el año 1517[82] del Nacimiento de Cristo. Todas las reglas establecidas por los sultanes cambiaron, pero como yo me encontraba en el país en una época próxima a la de los sultanes y pude ver y estudiar el modo de vida local en el curso de los tres viajes que hice –como queda dicho en esta obrita– estimo útil dar los datos siguientes sobre la corte del sultán y sus jerarquías.

El sultán.– Era uno de los mamelucos más nobles, generalmente exaltado a tal dignidad por elección. Los mamelucos eran cristianos[83] capturados en su tierna infancia por los tártaros en la provincia de Circasia, en el mar Negro y que se vendían en la ciudad llamada Al Cafa[84]. De Al Cafa los llevaban a El Cairo los mercaderes y los compraba el sultán[85]. Este les hacía de inmediato renegar del bautismo y

81. La excisión del clítoris ni procede del islam ni «fue ordenada por Mahoma»; tampoco se practica en Siria. El origen de la costumbre es nilótico-africano y en la actualidad se realiza en el África centro-oriental por poblaciones musulmanas, cristianas y animistas, conociéndose ya en el Egipto faraónico como demuestran momias de mujeres a las que se había practicado.

82. Ṭūmān Bey.

83. La procedencia era variada: circasianos, pero también tártaros, eslavos y europeos.

84. Feodosia, en Crimea.

85. *Mamlūk*, en árabe significa esclavo. El califa Abbasí al-Mu'taṣim (833-842) tomó la medida, por primera vez, de reclutar soldados para el ejército mediante la adquisición de

los confiaba a profesores de lengua árabe y de lengua turca y a instructores militares. A partir de ahí estos mamelucos ascendían poco a poco en rango y categoría hasta llegar a veces al poder supremo. Pero esta costumbre que disponía que el sultán fuera mameluco y esclavo sólo se observaba desde hacía doscientos cincuenta años, es decir desde la desaparición de la familia del valeroso Saladino cuya gloria es de todos conocida.

En tiempos en que el último rey de Jerusalén quiso dominar El Cairo, casi sometido ya por la imprudencia y cobardía del califa o pontífice que entonces reinaba solo, los alfaquíes y jueces, con el consentimiento de este pontífice, llamaron a un príncipe de Asia, de una nación denominada Curdu, gentes que viven en jaimas como los árabes. Este príncipe era Azedudin[86] y tenía un hijo llamado Saladino. Azeduddin propuso a Saladino como capitán general del ejército destinado a combatir al rey de Jerusalén y vino a Egipto con cincuenta mil jinetes. Aunque Saladino aun era joven, se le reconocía una gran valentía y fue encargado de recoger y emplear todas las rentas de Egipto y tras poner orden en los ejércitos, Saladino marchó contra los cristianos, obtuvo sobre ellos una pronta victoria y los expulsó de Jerusalén y de toda Siria. Vuelto a El Cairo, concibió la idea de convertirse en soberano, mató a los jefes de las dos guardias del califa, los cuales pertenecían a dos naciones diferentes, pues tenía una guardia de negros de Etiopía y otra de eslavos, siendo sus jefes quienes mandaban el estado entero. El califa, viéndose indefenso, quiso hacer apresar a Saladino pero, avisado éste, le dio muerte[87] y envió de seguida su sumisión al califa de Bagdad, que era el verdadero, en tanto el de El Cairo era un hereje cismático. Los califas de El Cairo habían reinado doscientos treinta años y al morir el postrero de ellos no quedó sino el califa de Bagdad, auténtico pontífice legítimo.

Tras terminar el cisma de los califas, nació la discordia entre el sultán de Bagdad y Saladino, que se proclamó sultán de El Cairo, por-

esclavos y este sistema perduró a lo largo de la Edad Media; sin embargo, en Egipto los soldados y funcionarios dieron un golpe de estado y acabaron con la dinastía Ayyubí eligiendo al primer sultán mameluco (1250), Aybak. Tras la ejecución de Ṭūmān Bey por los turcos (1517) el poder local de los mamelucos se adaptó a la nueva situación y subsistió hasta el fin del dominio otomano a principios del s. XIX.

86. Asad ad-dīn, en realidad tío de Ṣalāḥ ad-Dīn al-Ayyūbī.

87. El fatimí al-'Adīd 'Abd Allāh, falleció en 1171, pocos días después de que Saladino, que se había hecho con el poder real, mandara decir la *juṭba* del viernes en nombre del califa de Bagdad. Las campañas contra el reino de Jerusalén son posteriores, así como la toma de ésta (1187).

que el de Bagdad, que pertenecía a una nación de Asia y ya era soberano de Mazandran y de Cuarizm[88], dos provincias situadas en el río Ganges, pretendía que El Cairo le correspondía y quiso declarar la guerra a Saladino pero se lo impidieron los tártaros que habían penetrado en el Corasán[89] y cometían grandes estragos. Por su parte, Saladino temía la llegada a Siria de los cristianos con la intención de vengar el ultraje que de él habían recibido. Por ende, sus tropas estaban diezmadas por las guerras, o la peste, o por haber sido empleados en la administración y el gobierno del reino. Por esta razón comenzó a comprar esclavos circasianos que los reyes de Armenia acostumbraban capturar y enviar a vender a El Cairo, forzándoles a renegar de la religión cristiana y a aprender el oficio de las armas y la lengua turca, que era la suya[90]. El valor y número de estos esclavos aumentó y de ellos salieron buenos soldados, oficiales experimentados y excelentes funcionarios para todo el reino. Después de la muerte de Saladino el estado quedó en manos de su familia durante ciento cincuenta años y sus sucesores mantuvieron la costumbre de comprar esclavos[91]. A la caída de la casa de Saladino, estos esclavos eligieron por señor y sultán a un mameluco de gran valor llamado Piperis.

Y desde esa época perduró la costumbre, de manera que el hijo de un sultán no podía acceder a tal dignidad, ni tampoco un mameluco que primero no hubiera sido cristiano y luego renegado y que no conociera la lengua circasiana y la lengua turca. Varios sultanes enviaron a sus hijos a Circasia en su infancia para que aprendiesen allí la lengua turca y se formaran en las costumbres rústicas a fin de estar cualificados para convertirse en sultanes, pero este recurso fue en balde porque los mamelucos nunca lo aceptaron. Tal es el historial de la dinastía mameluca y de sus príncipes llamados soldanes hasta la época actual.

Eddaguadare[92].– Era la segunda dignidad después de la del sultán, que le confería una autoridad algo menor que la suya para mandar, responder, nombrar a los funcionarios, revocar y reglamentar todas las cuestiones. El *daguadare* tenía una corte poco diferente de la del sultán.

88. El relato es imaginario; Mazanderan se halla al sur del mar Caspio y Juwarizm a orillas del Amu. Daria (Oxus), no en el Ganges.

89. Jurasán.

90. Saladino era kurdo, no turco; por otra parte, el sistema de reclutamiento mediante compra no lo inventó Saladino (vid. *supra* nota 85).

91. Saladino falleció en 1193 y el último sultán Ayyubí,Ṭūrān Šāh, pereció en 1250 a manos de Baybars, a quien León llama Piperis.

92. *Dawadār*.

Amir Cabir[93].– Era la tercera dignidad; quien la poseía oficiaba de capitán general, organizaba los ejércitos, los enviaba contra los árabes enemigos, nombraba los alcaides de las fortalezas y los gobernadores de las ciudades, disponía de los fondos del tesoro para todo lo que estimara necesario.

Naib es Sam[94].– Cuarto personaje del estado, virrey de Siria, administraba este país y recaudaba y gastaba la renta de Siria a discreción, aunque los castillos y ciudadelas las gobernaban los alcaides nombrados por el sultán. Este ministro estaba obligado a enviar al sultán algunos millares de *sarafs* al año.

Ostadar[95].– Este quinto dignatario estaba a cargo del palacio y debía abastecer al sultán y su familia de víveres, ornamentos y todas las cosas necesarias. Los sultanes designaban habitualmente para este empleo a algún hombre de edad, respetado por los suyos, que les hubiera criado desde su infancia y fuera virtuoso.

Amir Achor.– El sexto tenía a cargo abastecer la corte de caballos y camellos con sus equipamientos y forrajes. Los repartía entre las familias de la corte según la calidad y grado de cada uno.

Amir Alaf.– El séptimo empleo lo detentaban ciertos mamelucos importantes con mando equivalente al de los coroneles en Europa; cada uno de ellos mandaba en mil mamelucos y existían varios, su autoridad les permitía entablar batalla y maniobrar los ejércitos del rey.

Amir Mia.– En el octavo empleo había ciertos dignatarios cada uno de los cuales mandaba en cien mamelucos. Cuando el sultán montaba a caballo siempre le rodeaban, e igualmente sucedía si acometía algún hecho de armas.

Chazendare.– El noveno dignatario era el tesorero que llevaba las cuentas de las rentas del reino; las percibía y entregaba a la caja del sultán y luego pagaba a los banqueros las sumas necesarias para los gastos, guardando el resto en la ciudadela.

Amir Sileh.– Este funcionario, décimo en rango, tenía a su cargo las armas del sultán, las guardaba y custodiaba en una gran sala donde las hacía limpiar y sustituir según las necesidades. Para el mantenimiento de esas armas disponía de varios mamelucos.

93. *Amīr Kabīr.*
94. *Nā'ib aš-Šām*, gobernador de Siria.
95. *Ustād ad-dār.*

Testacana.– Este dignatario, undécimo en rango, se ocupaba de los trajes del sultán que el chambelán le confiaba y los distribuía según las órdenes del soberano. El sultán acostumbraba a investir por sí mismo a aquellos a quienes confería un honor. Estos trajes eran de terciopelo, de brocado o de raso. El testacana marchaba siempre por la calle acompañado de numerosos lacayos.

Había en la corte otros empleos, tales como el de *serbdare*, que cuidaba de las bebidas del sultán; guardaba deliciosas aguas dulces y otras aguas preparadas. Los *farasin*[96], es decir los camareros, tenían a su cargo adornar los aposentos del sultán con colgaduras de raso y tapices y ocuparse de las antorchas y hachones de cera y ámbar, de manera que al arder alumbraban y perfumaban las habitaciones a un tiempo. Otros eran los *sebabathia*[97], vale como decir lacayos. A otros se llamaba *tabarchania*[98], o alabarderos, que se situaban al lado del sultán cuando montaba a caballo o concedía audiencias. Los *addauia*[99] precedían a la comitiva del sultán cuando iban en campaña o de viaje. Entre ellos se elegía el verdugo si quedaba vacante el puesto. Cuantas veces el verdugo ejercía su oficio en algún malhechor, alguno de estos hombres le asistía para aprender la tarea, sobre todo para desollar vivos a los condenados, o para aplicar tormentos a fin de arrancar confesiones. Además, los *esuha*[100], o correos, llevaban las cartas del sultán a Siria y hacían a pie sesenta millas al día, pues no hay montañas, ni terrenos cenagosos entre Egipto y Siria. Sin embargo, los portadores de misivas muy importantes montaban en camello.

Soldados del sultán

Los soldados del sultán se dividían en cuatro categorías. La primera comprendía los *caschia*[101], o caballeros, la flor en el oficio de las armas; el sultán elegía entre ellos a sus capitanes y gobernadores de ciudades y algunos cobraban un sueldo en numerario del Tesoro real, otros percibían rentas de los pueblos y castillos.

96. *Farrāšīn.*
97. *Šabābatiyya.*
98. *Ṭabardariyya.*
99. *Dawiyya (?).*
100. *Su'āt.*
101. *Jāṣṣakiyya.*

Los de la segunda categoría se llamaban *essaifia*[102], soldados de infanteria sin otras armas que la espada, su soldada provenía también de la Cámara del sultán.

El tercer grupo eran los *charanisa*, es decir los que esperan, que no recibían soldada sino que tan sólo se les costeaban los gastos y cuando un mameluco a sueldo moría, se nombraba en su puesto a uno de ellos.

A los últimos soldados se decía *el geleb*, mamelucos recientemente incorporados que no sabían turco, ni árabe y que no habían dado ninguna prueba de valor.

FUNCIONARIOS DESTINADOS A LA ADMINISTRACIÓN GENERAL

Nadehasse[103].– Era una especie de camarlengo encargado del arriendo de las aduanas y gabelas del estado, entregaba la renta al tesorero. En El Cairo ejercía en persona el oficio de director de aduanas, lo que le producía centenares de millares de *sarafs*. Nadie podía desempeñar este empleo sin entregar previamente cien mil *sarafs* al sultán, los cuales recuperaba en seis meses.

Chetebe essere[104].– Además de sus funciones de secretario, consistentes en dictar las cartas y breves y responder en nombre del sultán, llevaba cuenta especial de todo el censo del terreno cultivado de Egipto; recogía personalmente las rentas de diversos pagos que tenía en feudo.

Muachih[105].– Era el segundo secretario, de rango inferior al primero, pero más cercano al sultán, tenía a su cargo recibir los breves escritos por el primero para comprobar si eran conformes a las instrucciones del sultán; después añadía en el espacio blanco dejado por el escriba al efecto, el nombre del sultán; pero el primer secretario disponía de varios correctores tan diestros en escribir estos documentos que era muy raro que el *muachih* encontrara algo que tachar, por lo muy ejercitados en su trabajo que estaban.

Muhtesib[106].– Este funcionario era una especie de síndico, o supervisor del mercado, vigilaba el precio de venta del trigo y de todos los productos alimenticios, que subían o bajaban según la cantidad de

102. *Sayfiyya.*
103. *Nādir jāṣṣ.*
104. *Kātib as-sirr.*
105. *Muwaqqi'.*
106. *Muḥtasib*, almotacén.

barcos que venían del Sahid o del Rif[107] y según la crecida del Nilo y aplicaba a los infractores las penas fijadas por el sultán. Oí decir, cuando estaba en El Cairo, que este cargo producía unos mil *sarafs* por día, provenientes no sólo de El Cairo, sino de todas las ciudades y pueblos donde este funcionario había establecido a sus adláteres y representantes, los cuales debían rendirle cuentas.

Amir el Cheggi[108].– Su cargo implicaba una alta dignidad y una incómoda carga; el sultán lo confiaba al más competente y rico mameluco que hubiera. Este personaje dirigía la caravana que va una vez al año de El Cairo a La Meca y no podía desempeñar esta misión sin un enorme gasto, si quería hacer el viaje con boato y desahogo; llevaba con él, para guardar la caravana, muchos otros mamelucos y el viaje duraba tres meses entre ida y vuelta. Era imposible evaluar las dificultades y gastos de este capitán, y sin retribución del sultán ni de los peregrinos.

Existían otros empleos de poca importancia sobre los cuales no podemos extendernos.

Geza[109]

Geza es una ciudad situada a orillas del Nilo, frente a la Ciudad Vieja, de la que está separada por la isla de Roda, muy poblada de gente civilizada, contiene hermosos alcázares edificados por nobles mamelucos para su recreo, lejos del populacho de El Cairo. También hay allí muchos artesanos y mercaderes, sobre todo tratantes de ganado. Los árabes traen este ganado de los montes de Barcha[110] y como les incomoda hacer pasar el río en barca a las reses, los comerciantes acuden allí y las compran y revenden a los carniceros de El Cairo, los cuales se surten de ellos. A la orilla del Nilo está el templo de la ciudad, así como otros bellos y bonitos edificios; alrededor de Geza existen huertas y plantaciones de palmeras. Muchos artesanos vienen de El Cairo para trabajar en Geza y regresan por la noche a su casa. Por esta ciudad pasa la estrada de las Pirámides, o tumbas de los antiguos reyes de Egipto; el lugar donde están se llamaba Menphis en la Antigüedad. De Geza a las Pirámides sólo hay un desierto arenoso con

107. Alto y Bajo Egipto.
108. *Amīr al-ḥāŷŷ*.
109. Ŷīza, Guizah.
110. Barqa.

múltiples esteros originados por las crecidas del río; sin embargo, se puede ir sin demasiada dificultad con un guía práctico en el país.

Muhallaca[111]

Muhallaca es una ciudad pequeña a 3 millas aproximadamente de la Ciudad Vieja, edificada en la orilla del Nilo en tiempos de los antiguos egipcios; tiene bonitas casas y hermosos edificios, en particular un templo levantado junto al mismo cauce del río; en torno a la ciudad crecen plantaciones de palmeras y sicomoros. Los habitantes tienen las mismas costumbres que los de El Cairo.

Chancha[112]

Chancha es una gran ciudad en el borde del desierto que se encuentra según se va al Sinaí, a 6 millas aproximadamente de El Cairo, posee lindas casas, bellos templos y colegios. En las 6 millas de trayecto entre esta ciudad y El Cairo hay muchos huertos y palmerales, pero de ahí al puerto de Sinaí no hay ningún lugar habitado en una distancia de 140 millas. Los habitantes de Chancha son muy ricos porque allí se juntan los viajeros para la salida de la caravana de Siria y los viajeros compran diversos productos procedentes de El Cairo porque en Chancha, aparte de las palmeras, no se produce nada. Salen dos rutas principales, una que va a Arabia y la otra a Siria. No hay más agua que la de los canales, cuyas azudas se hunden durante la inundación del Nilo y el agua se derrama por la llanura, donde forma esteros y labajos; de ahí se canaliza hacia la ciudad por acequias y llega a los aljibes.

Muhaisirat[113]

Es una ciudad chica a orillas del Nilo, a unas treinta millas de El Cairo; crece allí gran cantidad de ajonjolí y en la ciudad existen varias almazaras que fabrican aceite con la semilla del sésamo. Todos los habitantes son labradores, excepto algunos que tienen tienda.

111. al-Mu'allaqa.
112. al-Jānqa.
113. *Ma'ṣara*, almazara; a unas 12 millas.

Beni Suaif[114]

Beni Suaif es una ciudad pequeña edificada en la orilla africana del Nilo a 120 millas de El Cairo y en cuyo alfoz el suelo es excelente para el cultivo del lino y el cáñamo; el lino aquí es de primera calidad, de modo que se exporta hasta Túnez en Berbería y con él se fabrica un tejido admirable en finura y firmeza, aprovisionándose todo Egipto con este lino. El Nilo socava sin cesar el terreno y a veces, en las crecidas, erosiona la tierra y disminuye la superficie cultivable. Cuando yo me encontraba allá, se llevó más de la mitad del palmeral. Los habitantes trabajan todos en las tareas de manufactura del lino. Más arriba de la ciudad hay cocodrilos que se comen a las gentes, como se dirá en la parte de esta obra dedicada a los animales.

Munia[115]

Munia es una bellísima ciudad edificada en tiempos ya del Islam por un gobernador de Egipto llamado Elchasib[116], que fue familiar de un pontífice de Bagdad; ocupa un paraje elevado en la orilla africana del Nilo y está rodeada de numerosas huertas y viñedos que producen excelentes frutos, de los cuales se lleva una gran cantidad a El Cairo, pero no pueden llegar allí frescos, pues la ciudad se halla a unas 180 millas de El Cairo. Munia posee hermosísimos edificios, palacios y templos, así como ruinas de edificios que se remontan a los antiguos egipcios. Los habitantes son ricos porque comercian con Gaoga, reino de los negros.

El Fiium[117]

Es una ciudad antigua construida por un faraón en la época en que los hebreos partieron de Egipto. Este faraón les había empleado en fabricar ladrillos y otros trabajos y edificó la ciudad en un pequeño ramal del Nilo, en un lugar alto y muy arbolado, de frutales y olivos, pero las aceitunas sólo son buenas para comer y no para aceite.

114. Beni Suef, Banī *Suwayf*, a 70 millas.
115. Minya.
116. Jaṣīb, vid. en Ibn Baṭṭūṭa, la novelesca historia de Jaṣīb (lit. «generoso») que, sorprendentemente, León desconoce.
117. El-Fayum.

Aquí fue enterrado José, hijo de Israel, y Moisés se llevó su cuerpo cuando los hebreos huyeron del país. Esta ciudad es civilizada y populosa, en ella residen muchos artesanos, sobre todo tejedores.

Manfaloth[118]

Manfaloth es una grande y antiquísima ciudad, edificada por los egipcios y arrasada por los romanos; en tiempos de los musulmanes se comenzó a habitar de nuevo pero su población era insignificante en comparación con otras épocas. Todavía se ven gruesas y altas columnas y pórticos con versos en lengua egipcia; cerca del Nilo subsisten enormes ruinas de un vasto edificio que parece haber sido un templo. Los habitantes encuentran a veces medallas de oro, de plata y plomo en una de cuyas caras aparecen caracteres egipcios y en otra la efigie de antiguos reyes. El terreno es fértil, pero hace mucho calor; los cocodrilos causan muchos estragos y se piensa que por esa razón los romanos abandonaron la ciudad. Sin embargo, los habitantes de Manfaloth viven en la abundancia pues comercian con el país de los Negros.

Azioth[119]

Es también una ciudad antigua edificada por los egipcios a la orilla del Nilo, a 250 millas aproximadamente de El Cairo, sorprende por su grandeza, antiguos edificios y numerosas inscripciones, pero todo en ruinas y estropeado. Sin embargo, se reconoce la escritura egipcia. Ya en tiempos del Islam la habitaron muchos nobles caballeros y hasta ese día conservó dignidad y riqueza. Hay allí un centenar de casas de cristianos y tres o cuatro iglesias; fuera de la ciudad, en un monasterio cristiano viven más de cien monjes que no comen carne ni pescado, sino que se alimentan de pan, verduras y aceitunas y preparan platos excelentes sin grasa ninguna. Este monasterio es rico y suelen ofrecer de comer a todo forastero que pasa y asegurándole hospitalidad durante tres días. A tal fin crian muchos palomos, gallinas y ganado.

118. Manfalūṭ.
119. Asyūṭ.

Ichim[120]

Ichim es la ciudad más vieja de Egipto, fue fundada por Icmin, hijo de Misrain, cuyo padre fue Cus, hijo de Hen quien la edificó en la orilla de Asia del Nilo, a 300 millas aproximadamente, al este de El Cairo[121], pero fue destruida a la llegada de los musulmanes a Egipto por razones que relata la historia, de manera que no quedan de la ciudad sino los cimientos, porque las columnas y las otras piedras se llevaron a la orilla opuesta para construir la ciudad siguiente.

El Munsia[122]

Esta ciudad se construyó con los materiales de la precedente por el lugarteniente de un califa; carece de gracia y belleza, sus calles son estrechas y no se puede circular por ella en verano por el mucho polvo; está bien abastecida de trigo y ganado. La ciudad y su alfoz fueron feudo de un señor africano, beréber de nación, que se llama Haoara. Este hombre había heredado el señorío de sus antepasados, príncipes de los Haoara y que vinieron como auxiliares de Geuhare el Eslavo, el cual fundó El Cairo. Cuando más tarde vino el califa Elchin[123] de Cairuán y llegó a El Cairo, entregó este territorio de Ichmin al príncipe de los Haoara como premio, pero éste no quiso reconstruir Ichmin porque los beduinos hostigaban sin tregua; edificó, pues, El Munsia, en la otra orilla del Nilo para zafarse de los árabes. El señorío quedó en esta familia hasta los tiempos presentes y pagó siempre sus rentas a los sultanes, pero les despojaron de su rango en tiempos de Suleiman, noveno emperador de los turcos, y todo fue confiscado en provecho del tesoro del Gran Turco.

Giorgia[124]

Giorgia fue un rico y grandísimo monasterio cristiano llamado San Jorge, a 6 millas aproximadamente de El-Munsia, rodeado de vastos

120. Ajmīm.
121. Misrain y Cus, hermanos e hijos de Cam. El nombre Ajmīm procede del dios itifálico de la fecundidad (Min). La ciudad está al sur de El Cairo.
122. al-Munšiya.
123. Abū l-Qāsim Muḥammad al-Qā'im, fue su hijo al-Mu'izz quien se estableció en El Cairo en 973.
124. Girga.

terrenos de cultivo y de prados, reunía a más de doscientos monjes que también tenían por costumbre ofrecer comida a los extranjeros; lo que ahorraban de sus rentas, lo enviaban al Patriarca de El Cairo que lo hacía distribuir entre los cristianos pobres, pero hace cien años sobrevino en Egipto una epidemia de peste y acabó con todos los monjes del convento. El lugar quedó desierto durante tres años y nadie acudió a habitar el monasterio, de modo que el señor de El Munsia comenzó por rodearlo con una muralla, luego hizo construir casas para alojar mercaderes y artesanos de diversos oficios y él mismo vino a vivir al lugar, atraído por el atractivo de los hermosos huertos de las colinas cercanas, pero el Patriarca jacobita se quejó al sultán, de manera que hubo de edificar otro monasterio en el emplazamiento de la antigua ciudad concediéndole un estipendio suficiente para mantener bien a treinta monjes.

El Chiam[125]

El Chiam es una pequeña ciudad edificada junto al Nilo ya bajo el Islam, en ella viven cristianos jacobitas todos labradores y dedicados a gallinas y gansos; también tienen infinidad de palomos, de manera que por una moneda equivalente a unos dos *baiocchi* os venden diez. Hay algunos monasterios cristianos que dan igualmente de comer a los extranjeros. En esta ciudad no hay más musulmanes que el delegado del gobierno y su familia.

Barbanda[126]

Barbanda es una ciudad edificada por los antiguos egipcios en la orilla del Nilo a unas 400 millas de El Cairo, fue destruida por los romanos y de ella no quedan sino enormes ruinas; los mejores materiales se transportaron a Asna, de la que hablaremos a continuación. Se encuentran en estas ruinas muchas medallas de oro y plata y múltiples fragmentos de esmeraldas.

125. al-Jiyām.
126. Dendera, se sugiere en nota 257 (p. 535) de la versión Epaulard.

Chana[127]

Chana es una ciudad antigua edificada en El Nilo frente a Barbanda y rodeada con una muralla de adobe. Sus habitantes son gente de muy baja condición, labradores, pero la ciudad abunda en trigo al oficiar de almacén de las mercancías que se transportan de El Cairo a La Meca por el Nilo. Chana está a 120 millas aproximadamente del mar Rojo por un desierto donde no se encuentra agua hasta la costa. Junto al mar existe un puerto llamado El Chosair[128], con varios almacenes para la descarga de mercancías. Todas las casas de este puerto están construidas con esteras. Se coge mucho pescado en El Chosair. Enfrente de este puerto, en la costa asiática del mar Rojo, se halla el puerto de Iambuh[129], donde se hace escala para ir a Medina lugar del enterramiento de Mahoma. lambuh abastece de trigo a Medina y a La Meca, pues estas dos ciudades carecen de él.

Asna[130]

Asna se llamaba Siene en la Antigüedad, pero los árabes la llamaron Asna porque el nombre de Siena se parecía a una palabra árabe que significa fea, mientras que Asna quiere decir bella. Es, en efecto, una bellísima ciudad edificada en la orilla africana del Nilo. Pese a haber sido medio destruida por los romanos, se reconstruyó muy bien en época musulmana, pero en comparación con los tiempos antiguos parece deshabitada, pues todavía se ven, en un vasto contorno, los cimientos de sus murallas. Los habitantes son ricos en cereales, ganado y dinero en metálico por comerciar con Nubia por el desierto y por el Nilo. Se encuentran en el antiguo recinto de la ciudad las ruinas de grandísimos edificios y admirables tumbas con epitafios en caracteres egipcios y letras latinas.

Asuán, ciudad

Asuán es una gran y antigua ciudad edificada por los egipcios a orillas del Nilo a 80 millas aproximadamente de Asna, rodeada de excelentes terrenos para los cereales, está muy poblada y su comercio es

127. Qinā, Qenā.
128. al-Quṣayr.
129. Yanbū‘,Yambo.
130. Esna; Isnā; Syene es el nombre antiguo de Asuán, en tanto Isna es la arabización del nombre copto Sné.

importante por limitar con el reino de Nubia y porque no se puede remontar el Nilo aguas arriba; el río sigue más allá a través de llanuras y el agua es tan poco profunda que resulta imposible navegar por ella[131]. La ciudad limita también con el desierto que se atraviesa para ir a Suachin, en el mar Rojo, en los confines de Etiopía. En verano el calor en Asuán es insoportable; los habitantes por eso son casi todos morenos y también por estar mezclados con nubios y etíopes. Igualmente se ven en varios lugares edificios de los antiguos egipcios y algunas torres muy altas, llamadas en el país *barba*.

Más allá de Asuán no se encuentra ni ciudad, ni lugar habitado digno de mención; sólo hay algunos pueblos habitados por gente de raza oscura que habla un idioma mezcla de árabe, egipcio y etíope. Esta gente está sometida a un pueblo primitivo que se llama Buge[132] y vive en los campos a la manera de los árabes. El sultán no tiene nada que hacer en estas regiones y allí acaba su Estado.

Tales son las ciudades más conocidas en el gran tronco del Nilo. Yo las he visto, entré en algunas de ellas, pasé junto a otras, pero me informé bien sobre ellas a través de sus habitantes o por los marineros que me llevaron de El Cairo hasta Asuán y con los que regresé hasta Chana. De ahí marché por el desierto hasta el mar Rojo que atravesé para llegar, en la Arabia Desierta, a los puertos de Iambuh y de Gedda[133], que son de Asia. Como no son de África, no hay por qué hablar de ellos. Pero, si Dios me da vida, tengo el vivo deseo de describir en una obrita la parte de Asia que visité, es así como me referiré a la Arabia Desierta, a la Arabia Feliz, a la Arabia Pétrea y a la parte de Egipto perteneciente al Asia. También hablaré de Babilonia, de una parte de Persia y Armenia y de ciertos parajes de Tartaria que recorrí al principio de la adolescencia. Describiré igualmente varias islas vistas en el curso de mi último viaje de Fez a Constantinopla y de ésta a Egipto por vía marítima, y otras durante el regreso de Egipto a las costas de Italia. A continuación, abrigo el firme designio de poner en orden mi trabajo, cuando, con el favor de Dios, regrese sano y salvo de mi viaje a Europa, comenzando por las partes más nobles de la misma y prosiguiendo por las regiones de Asia donde he estado, por último, en tercer lugar, colocaré la presente obrita, para dar gusto a quienes se deleitan leyendo tales cosas.

131. La verdadera dificultad son las llamadas cataratas.
132. Buŷāt, vid. *supra* nota 33 de la Parte VII[a].
133. Ŷudda, Yedda.

Novena Parte

Esta parte trata de los ríos, animales y vegetales más notables que hay en África. Hablaremos primero de los ríos más conocidos de Berbería, comenzando por el oeste.

Tensift, río

El Tensift es un gran río que nace en el Atlas, cerca de la ciudad llamada Hanimmei, al este de Marruecos[1]; corre hacia el norte a través de las llanuras hasta desembocar en el océano, en el alfoz de Azafi, región de Duccala; antes de llegar al mar, recibe varios afluentes, dos de los cuales son bien conocidos. Uno es el Sifelmel[2], que nace de la montaña de los Hantata, próxima a Marruecos y, luego, desciende por la planicie hasta alcanzar al río principal; el otro es el Niffis, que nace también del Atlas en los alrededores de Marruecos, corre por el llano que la rodea y desagua en el Tensift.

El Tensift es muy profundo, pero hay lugares donde se puede vadear, aunque el agua cubra los estribos del jinete y el caminante deba quitarse las ropas para atravesarlo; cerca de Marruecos existe un puente edificado por el rey Mansor, con quince arcos y que es una de las más bellas construcciones de toda África; tres de sus arcos fueron destruidos por Abu Dubbus, el último rey y califa de Marruecos para impedir el paso a Jacob, primer rey de la casa de Marin, pero todo fue en balde.

Teseuhin[3]

Los Teseuhin son dos ríos que nacen de la montaña de Gogideme a 3 millas el uno del otro; ambos llevan el mismo nombre, Teseut en singular y Teseuhin en plural, que significa «las orillas» en lengua africana.

1. Por Marrakech.
2. Asif el-Mel.
3. Tasawin.

Guadelhabid, o río de los esclavos

Este río nace del Atlas entre montañas altas y frías, pasa por abruptos valles en los confines de Hascora con la provincia de Tadla y desciende por la llanura dirigiéndose hacia el norte hasta desembocar en el río Ummirabih; lleva mucho caudal, sobre todo en el mes de mayo cuando se funden las nieves de la montaña.

Ummirabih

El Ummirabih es un río enorme que nace del Atlas entre altas montañas en el límite de Tadla y la región de Fez. Este río corre a través de las llanuras de Aadashsan[4], a continuación atraviesa estrechas gargantas donde hay un hermoso puente construido por Abulhasen cuarto rey meriní[5]. Más allá del puente, por el sur, el río cruza unas planicies entre la región de Duccala y la de Tamesna hasta morir en el Océano, cerca de la muralla de la ciudad de Azamor. Es imposible vadearlo en invierno y primavera, pero los habitantes de los pueblos ribereños hacen pasar a gentes y equipajes en grandes balsas construidas con odres inflados. Algunos ríos chicos desembocan en él. Desde la temporada en que comienzan las lluvias en África hasta el mes de mayo, en el Ummirabih se pesca gran cantidad del pescado dicho *laccia* en Italia y del cual se harta toda la ciudad de Azamor. Numerosas carabelas cargadas con este pescado, una vez salado, van al reino de Portugal, como ya se dijo hablando de la ciudad de Azamor.

Buregrag[6]

Este río nace en las montañas del Atlas, pasa a través de valles y de numerosos bosques, luego desemboca entre colinas en una llanura por la cual alcanza el Océano, donde existen dos ciudades, Salé y Rabat, que se cuentan entre las primeras tierras del reino de Fez. Estas ciudades no tienen otro puerto más que la desembocadura del río, cuya entrada es difícil para los navíos. Alguien experimentado debe guiar a los barcos, sin lo cual embarrancan en la arena. De no haber sido la entrada del río tan dificultosa, estas dos ciudades no habrían podido

4. Jenifra.
5. Sexto.
6. Bu Regreg, Abū Raqrāq.

mantenerse libres al resultar su defensa imposible contra una flota por pequeña que fuese, de cualquier soberano cristiano.

Baht[7]

El Baht es un río que también nace del Atlas y corre hacia el norte entre montañas y bosques, desemboca en medio de colinas para desparramarse después en una llanura de la provincia de Azgar, de manera que allí se convierte en pantanos y lagos donde se coge infinidad de pescado, anguilas y alosas, de dimensiones asombrosas y grasa abundante. En torno a estos cenagales y lagunas residen pastores árabes que viven de su ganado y de la pesca, comen mucho pescado, leche y mantequilla, de suerte que entre ellos proliferan las enfermedades de la piel. Este río puede vadearse en todo tiempo por ciertos pasos conocidos, excepto durante las grandes lluvias o al derretirse las nieves; recibe algunos arroyos que también nacen del Atlas.

Subu[8]

El Subu es un río que nace de una montaña llamada Selilgo, en el Cheuz, provincia del reino de Fez. Brota en un gran manantial, en un bosque temible y de allí desciende por un valle entre montañas y colinas, luego corre por una planicie y pasa a unas 6 millas de Fez; de seguida atraviesa una llanada y separa Habat de Azghar. Prosigue su curso hasta desembocar en el Océano cerca de una población llamada El Mahmora, distante de Salé 22 millas. Varios riachuelos son tributarios del Subu, algunos bajan de las montañas de los Gumera, tales como el Guarga y el Aodor; otros vienen de los montes del territorio de Taza. El curso de este río es largo y sus aguas son abundantes, sin embargo se puede vadear por numerosos puntos, lo que no es posible ni en invierno, ni en primavera. Se pasa entonces con la ayuda de barquitas. También desemboca en el Subu el río que atraviesa la ciudad de Fez y que lleva el nombre de Río de las Perlas[9] en la lengua del país. En el Subu hay gran cantidad de pescado, sobre todo en la época de las alosas, como se refirió al hablar de la vida en Fez, de modo que este pescado se vende a bajo precio.

7. Beht.
8. Sebu.
9. Wādī l-ŷawāhir.

Cuando el Subu desemboca en el mar, forma un anchísimo y muy profundo estuario donde pueden entrar los grandes navíos, como más de una vez probaron portugueses y españoles. Este río es navegable, pero debido a la ignorancia de los habitantes, no hay una sola chalana ni barca capaz de transportar nada de nada. Si la gente de Fez utilizara el Subu para la navegación bajaría a la mitad el precio corriente del trigo[10]. Yo comprobé que el transporte de trigo de Azgar a Fez viene a salir a una carga de coste por carga de trigo transportada, vendiéndose el trigo en Fez a un tercio de ducado con tal procedimiento de transporte. Si el trigo se trajera por vía fluvial, la carga ni siquiera valdría un cuarto de ducado.

LUCCUS

El Luccus es un río que nace en los montes de los Gumera y corre hacia el oeste a través de las llanuras de Habat y Azgar, pasa cerca de la ciudad de El Casar el Cabir, luego prosigue su camino hasta que desemboca en el Océano al lado de la ciudad de El Haraics, en la región de Azgar, en los confines de Habat. El puerto de la ciudad se halla en la desembocadura del río, pero es muy difícil entrar, sobre todo para quien carezca de experiencia.

MULLULO[11]

El Mullulo nace del Atlas en los confines de la ciudad de Taza y de Dubdo, pero más cerca de Dubdo, pasa por llanuras áridas y resecas llamadas Terrest y Tafrata, y después desemboca en el Muluia.

MULUIA[12]

El Muluia es un gran río, nace en el Atlas en la región de Cheuz[13] a 25 millas aproximadamente de la ciudad de Gherseluin[14]; primero atraviesa ciertas llanuras yermas y resecas para llegar a una llanura mucho peor todavía, entre los desiertos de Angad y Garet. Pasa al pie

10. Hasta el final del párrafo, sólo en Epaulard.
11. Mellulo, afluente del Muluya por la izquierda.
12. Muluya.
13. Ḥawz.
14. De hecho, pasa a unos 80 kms. al norte de esta ciudad.

de la montaña de los Beni Izenaten[15] y entra en el Mediterráneo no lejos de la ciudad de Chasasa; en verano se vadea en toda la longitud de su curso. Cerca del mar lleva excelente pescado.

Za

El Za es un río nacido en el Atlas que corre por la llanura del desierto de Angad, en la frontera de los reinos de Fez y Tremecén. Nunca vi el lecho de este río lleno, pero fluye muy encajonado y en él hay mucho pescado. Sin embargo, la gente del país, ignorante, no puede cogerlo por dos razones: la primera porque carecen de artes de pesca, la segunda porque el agua del río es muy clara, lo que dificulta la pesca.

Tefne[16]

El Tefne es un río más bien chico que nace de montañas situadas en los confines de Numidia y corre hacia el norte a través del desierto de Angad hasta que entra en el mar Mediterráneo, pasa a unas 15 millas de Tremecén. El pescado de este río es muy pequeño y sin valor.

Mina

El Mina es un río bastante grande que desciende de las montañas vecinas a Tegdent[17] y que pasa por la llanura de la ciudad de Batha, luego corre hacia el norte hasta desembocar en el mar Mediterráneo.

Selef

El Selef es un gran río que nace de las montañas de Guanseris[18] y desciende a través de llanuras desiertas, en los confines de los reinos de Tremecén y Tenes, continúa su curso hasta el Mediterráneo separando la aldea llamada Mezzagran de la ciudad de Mustuganim[19]. En la desembocadura de este río se coge gran cantidad de buenísimo pescado, grande y pequeño.

15. Beni Snasen.
16. Tafna.
17. Takdemt.
18. Wanšarīš, Uarsenis.
19. No es así: el Chelif no separa Mazagran de Mustaganem, desemboca al norte de esta última.

Seffaia[20]

Es un río no muy largo, nace del Atlas y corre por la llanura llamada Mettegia[21]próxima a Argel; desemboca en el Mediterráneo cerca de la antigua ciudad llamada Temendefust.

Río llamado Mayor[22]

Este río nace de las montañas que limitan con la provincia del Zab, desciende entre altísimas montañas hasta desembocar en el Mediterráneo a 3 millas aproximadamente de Bugía. Sólo crece cuando llueve y nieva. Los pescadores de Bugía no acostumbran pescar en él por tener el mar en las inmediaciones.

Sufgmare[23]

Este río nace de montañas que confinan con los montes del Aurás y desciende a través de campos áridos para desembocar en el alfoz de Constantina; allí pasa bajo tierra y se reúne con otro riachuelo; luego va hacia el norte, entre colinas y montañas, hasta dar en el Mediterráneo, después de separar el territorio de El Collo del castillo de Gegel.

Iadog

Es un río no muy grande, nace en ciertas montañas vecinas a la ciudad de Constantina y corre entre montañas, hacia el este, hasta desembocar en el Mediterráneo cerca de Bona.

Guadilbarbar[24]

Nace de ciertas montañas que confinan con el territorio de la ciudad de Orbs; corre continuamente entre colinas y montañas y su curso es tan sinuoso que los viajeros de Túnez a Bona se ven obligados a pasarlo unas veinticinco veces, pese a no haber puen-

20. Chiffa.
21. Mitīŷa.
22. Wādī l-kabir, Summam.
23. Rummel.
24. Wādī l-barbar.

te ni barca; finalmente desemboca en el Mediterráneo cerca de un puerto desierto llamado Tabarca, a unas 15 millas de Bege[25].

Megerada[26]

El Megerada es un grandísimo río nacido en las montañas que confinan con la provincia del Zab, cerca de la ciudad de Tebesa. Este río se dirige hacia el norte hasta desembocar en el Mediterráneo en el lugar llamado Ghar el Meleh, a 40 millas aproximadamente de Túnez. Crece desmesuradamente en la temporada de lluvia, hasta el punto de que mercaderes y viajeros se pasan dos y tres días esperando a que sus aguas bajen pues no hay ninguna barca, pese a hallarse este paso a unas 6 millas de Túnez. Por este hecho se puede juzgar lo poco que valen los africanos, su pobre inteligencia y escasas ganas de trabajar.

Río de Capis[27]

Nace en un desierto, por el sur, y desciende entre llanuras de arena hasta entrar en el Mediterráneo cerca de la ciudad de Capis; sus aguas saben a azufre y están muy calientes: hay que dejarlas enfriar una hora para poderlas beber. Tales son los ríos de Berbería dignos de mención, existen muchos otros importantes y de los cuales no hablaremos en esta obrilla por no ser demasiado prolijos narrando cosas desconocidas. Proseguiremos ahora por los ríos de Numidia.

Sus

El Sus es un gran río que nace en los montes del Atlas, es decir los que separan la región de Heha de la de Sus; desciende hacia el sur entre montañas y desemboca en los campos de la región de Sus, luego corre al oeste hasta entrar en el Océano cerca de la localidad llamada Gartguessem; en invierno crece mucho, erosionando los terrenos, pero en verano el nivel de sus aguas es bajo por lo que en ciertos lugares se puede vadear fácilmente.

25. Parece confundir dos ríos diferentes: el riachuelo que desemboca cerca de Tabarca se llamaba Wādī l-barbar, pero el cauce que debe cruzarse veinticinco veces debe ser el Meŷerda.
26. Meŷerda, Medjerda, antiguo Bagrada.
27. Gabes.

Darha[28]

Nace en el Atlas, en los límites de Hascora y desciende hacia el sur a través de la provincia de Darha, luego pasa por el desierto y se derrama en campos donde crece mucha hierba en primavera; los árabes vecinos vienen aquí a apacentar sus camellos, pero a menudo pelean por los pastos y se matan unos a otros. En verano, este río queda tan seco que se puede atravesar sin quitarse los zapatos, pero en invierno crece hasta hacer imposible cruzarlo, incluso en barca. En la estación del calor sus aguas son saladas.

Ziz

El Ziz nace del Atlas, de los montes habitados por los Zenaga, corre hacia el sur entre numerosas montañas y pasa cerca de la ciudad llamada Gherseluin; continúa más allá, a través de los distritos de Cheneg, Metgara y Reteb; entra en el territorio de la ciudad de Segelmesse, pasa por sus terrenos de cultivo y desemboca en el desierto cerca del castillo de Sugaihila formando un lago[29] en medio de la arena en despoblado. Los cazadores árabes suelen acudir a los alrededores del lago porque allí se da bien la caza.

Ghir[30]

El Ghir es un río que también nace en el Atlas y corre hacia el sur a través de los desiertos, luego pasa por la zona habitada llamada Beni Gumi y más allá vuelve a entrar en el desierto y acaba por convertirse también en lago[31].

Ya os hablé en la primera parte de la presente obrita del río que Ptolomeo llamó Níger, al detallar las divisiones de África, así pues para no repetirme pasaré a hablar brevemente del Nilo.

28. Draa, Dar'a.
29. Desaparecido.
30. Guir.
31. Cegado por la arena.

El gran río Nilo

El Nilo y su curso han dado lugar a fenómenos notabilísimos, como lo son los animales que en él se encuentran, tales como los caballos y los bueyes marinos y los cocodrilos, tan numerosos y feroces como ya se dijo en el capítulo a propósito del Níger y como se reiterará en el referente a los animales curiosos de África.

En tiempos de los egipcios y los romanos los cocodrilos no hacían tanto daño como hoy, pero se volvieron más temibles desde que los musulmanes dominan Egipto. El Meshudi[32] cuenta en su libro sobre los descubrimientos admirables de los tiempos modernos que cuando Humeth hijo de Taulo fue gobernador de Egipto por Gihfare el Mutauachil[33], califa de Bagdad, en el año 270 de la Hégira se encontró una estatua de cocodrilo de plomo, de tamaño natural y sobre la que se veían caracteres egipcios. Esta figura fue descubierta en los cimientos de un templo pagano. El gobernador la hizo destruir; a partir de ese año los cocodrilos comenzaron a producir grandes estragos, de manera que se pensó si la estatua fue labrada bajo ciertas conjunciones astrales para conjurar a estos animales. No obstante, parece milagroso que los cocodrilos que viven en el Nilo entre El Cairo y el mar no hacen ningún daño, mientras los de río arriba de la capital matan a la gente y provocan múltiples desgracias.

La crecida del Nilo dura cuarenta días en Egipto a partir del 17 de junio porque en Etiopía las lluvias comienzan a principios de mayo y ese lapso tardan las aguas en bajar: el mes de mayo y parte de junio. Existen diversas opiniones sobre las fuentes del Nilo; unos aseguran que nace de una montaña llamada el monte de la Luna, mientras otros pretenden que se origina en ciertas llanuras despobladas al pie de esa montaña, en varios manantiales muy alejados unos de otros. Los partidarios de la primera teoría afirman que el río desciende de la montaña con tal impetuosidad que entra bajo tierra y vuelve a salir por esas fuentes. Pero estas dos opiniones son mera suposición porque jamás se vio nada de ello y nada se puede ver todavía. Sin embargo, los mercaderes de Etiopía que trafican en Dancala[34] dicen que el Nilo, por el sur, se va ensanchando y se vuelve como un lago, de modo que es

32. al-Mas'ūdī (muerto en 985 d. C.), autor del *Murūŷ aḏ-ḏahb*, enciclopedista y geógrafo.

33. Aḥmad b.Ṭulūn fue investido gobernador de Egipto en 868 por el califa al-Mu'tazz, no por al Mutawakkil, muerto en 861.

34. Dongola.

imposible identificar cuál es su cauce; también al sur se dividiría en múltiples ramas que corren entre fondos bajos extendiéndose a este y oeste e impidiendo a la gente contornear los meandros de la corriente.

En estos parajes muchos etíopes trashumantes como los árabes, afirman que algunos de ellos que habían perdido camellos en época de celo fueron en su busca hacia el sur en una distancia de unas 500 millas. Y no vieron nada del Nilo sino una sucesión de lagunas y grandes brazos; encontraron enormes montañas secas y desiertas. El mismo cronista Meshudi cuenta que en esas montañas viven salvajes que corren como corzos, comen hierba y habitan en los desiertos como fieras, pero eso puede ser mentira notoria para quienes concedieron tan poca credibilidad y fe a la obra de aquel cronista.

También afirma que en tales montañas abundan las esmeraldas, lo que bien podría ser cierto. Si se contara cuanto los geógrafos han dicho del Nilo, el mundo entero quedaría sorprendido y maravillado y probablemente no se le creería. Así pues, no se hará mención de ello para que la lectura no resulte tediosa.

De los animales

Pasemos ahora a los animales. No tengo intención de hablar de todos los existentes en África: sería en verdad casi imposible, pero sí de aquellos desconocidos en Europa, o con alguna diferencia. Examinaré por orden los terráqueos, acuáticos y voladores, pasando por alto muchas cosas escritas por Plinio, sabio de singular valor. No obstante, cometió errores acerca de detalles de cosas de África, no por culpa suya sino de quienes le informaron y de los autores que escribieron antes que él. Como dice el proverbio vulgar árabe: «¿Qué puede manchar la meada de un chiquillo entre las aguas del mar?».

Elefante

El elefante es un animal salvaje, pero es capaz de aprender. Estos animales se encuentran en gran cantidad en los bosques de la Tierra de los Negros y si se dan con un hombre, lo evitan y ceden el lugar, pero si el humano los irrita, lo atrapan con su larga trompa, levantándolo en el aire, para arrojarle después al suelo y terminar pateándolo

hasta dejarlo muerto. Aunque el elefante sea un ser enorme y feroz, en Etiopía los cazadores cogen muchos de la manera siguiente: van a los bosques espesos donde saben que los elefantes descansan durante la noche y allí fabrican, entre árboles, un cercado de fuertes ramas con una densa empalizada, pero dejando en ella un pequeño vano; atan una puerta que dejan en el suelo, como si fuera un rastrillo y que pueden levantar a voluntad con cuerdas para cerrar el paso. Cuando el elefante, que viene a dormir, entra en el palenque, tiran rápidamente de las cuerdas y el animal queda encerrado; los cazadores bajan entonces de los árboles y lo matan a flechazos, extrayéndole los colmillos para venderlos, pero si el elefante consigue escapar del cercado, mata a cuantos hombres topa.

En la India y en la Alta Etiopía se practica la caza de otra manera que pasaré por alto.

Jirafa

Este animal es tan huraño que es raro alcanzar a verle porque se esconde en bosques y desiertos donde no hay otros animales. Cuando percibe la presencia humana huye, pero no es muy veloz. Tiene la cabeza del camello, las orejas del buey, las patas del...[35]. Los cazadores nunca cogen a las jirafas grandes, sino que van a los bosques en busca de las pequeñas en sus madrigueras.

Camello

El camello es un animal doméstico muy apacible, se encuentra en África en cantidad considerable sobre todo en los desiertos de Numidia, Libia, e incluso de Berbería, constituyendo la riqueza y bienes de los árabes. Cuando se quiere hablar de la fortuna de un príncipe o de un noble árabe se suele decir: «Fulano posee tantos miles de camellos», en vez de «Tantos dinares o tantas propiedades». Los árabes que poseen camellos son señores que viven libres, pues gracias a ellos permanecen en los desiertos, donde ni rey, ni príncipe, pueden entrar a causa de la sequedad. Estos animales se encuentran, en todas las partes del mundo, en Asia, en África, e incluso en Europa. En Asia, los tártaros, los kurdos, los daylamíes y turcomanos los poseen.

35. Espacio en blanco.

En Europa los señores turcos los tienen para sus comitivas. Así ocurre en África, entre los árabes y los habitantes de los desiertos de Libia. Todos los reyes también los poseen para transportar víveres y equipajes. Pero los camellos de África son mejores que los de Asia porque son capaces de llevar la carga durante cuarenta y cinco días sin que sea necesario darles forraje por la noche, tan sólo, una vez descargados, se les deja pacer en el campo algo de hierba, espinos o algunos ramajes, lo cual es imposible con los camellos asiáticos.

Para salir de viaje es preciso que el camello esté muy graso y con la piel llena; la experiencia muestra que cuando un camello ha caminado cinco días llevando la carga sin comer, primero desaparece la grasa de la joroba, cinco días después, la de la panza, y otros cinco más tarde la de los muslos. Cuando ha perdido toda su grasa, ya no puede soportar ni cien libras; por consiguiente, en Asia los mercaderes que utilizan camellos les dan todas las noches un pienso, lo que les fuerza a llevar por cada animal de carga otro que transporte los forrajes. De tal modo en las caravanas de Asia, los carnellos marchan siempre cargados tanto a la ida como a la vuelta y sin embargo se mantienen gordos todo el camino. Pero los comerciantes africanos que van a Etiopía no se preocupan del regreso pues sus animales vuelven de vacío, al ser lo que se trae de Etiopía de un peso insignificante comparado con lo que se llevó; como consecuencia los camellos adelgazan y su lomo es una pura llaga cuando rematan el viaje; se venden entonces por algunos dinares a gentes del desierto dedicados a hacerles recuperarse. Para su regreso a Numidia o Berbería los mercaderes necesitan pocos animales, para monta, para el transporte de víveres, el oro y algunos objetos ligeros.

Existen tres especies, o si se quiere, tres clases de camellos. Los de la primera especie se llaman *hugiun*[36], son gruesos y de gran tamaño y excelentes porteadores, pero no se les puede cargar antes de los cuatro años; entonces el peor de ellos es capaz de llevar mil libras, peso de Italia. Para cargar al animal, se le toca en las rodillas y el cuello con una varilla y se echa al suelo por instinto natural; en cuanto siente que el peso es suficiente para él, el camello se levanta. Los africanos que quieren conservar en sus camellos la capacidad de carga suelen castrarlos y sólo guardan un macho por cada diez hembras.

36. *Huŷūn*.
37. *Bajtī* de Bactriana.

El camello de la segunda especie se llama el *becheti*[37], tiene dos jorobas; una y otra igualmente buenas para llevar fardos o jinete, pero sólo se encuentra en Asia.

Los camellos del tercer grupo se llaman *raguahil*[38], son delgados de cuerpo, con miembros finos y sólo son buenos para la silla; pero son muy rápidos. Muchos de ellos son capaces de marchar cien millas en un día e incluso más, sosteniendo el paso durante ocho o diez jornadas por el desierto con muy poco alimento. Todos los nobles árabes de Numidia y los africanos de Libia utilizan estos animales como monturas; cuando el rey de Tombuctú quiere enviar una noticia de importancia a los mercaderes de Numidia, expide su mensaje por un correo montado en uno de estos camellos, que efectúa el trayecto de 900 millas entre Tombuctú y Darha o Segelmesse en siete u ocho días[39], pero los hombres encargados de tales misiones deben tener gran experiencia del desierto; piden quinientos ducados por el viaje de ida y vuelta.

Los camellos están en celo a principio del invierno y no sólo se pelean entre ellos, sino que atacan a muerte a quienes les hicieron daño, pues recuerdan entonces cada instante en que recibieron golpes de su dueño. Si atrapan a alguien entre los dientes lo dejan caer y lo pisotean con las manos; el celo les dura cuarenta días y luego se sosiegan; estos animales soportan la sed tan bien como el hambre y pueden estar quince días sin beber y sin sufrir detrimento. Si se hace beber a los camellos cada tres días, resultan perjudicados porque no están acostumbrados a beber más que cada cinco o nueve días. En caso de necesidad, pueden esperar hasta quince. Los camellos gozan de sensibilidad afectiva natural e incluso algunos sentimientos humanos, así sucede que sus conductores, en el trayecto entre Etiopía y Berbería, a veces deben alargar las etapas más de lo normal y si ven que sus camellos no quieren caminar, no les obligan con golpes, sino cantándoles ciertas cantinelas; de tal guisa los animales se complacen tanto que prosiguen más de prisa que lo haría un caballo aguijado con espuelas y rebenque y tan rápido que los arrieros tienen dificultad para seguirles.

Vi en El Cairo un camello que bailaba al son de un tamboril y su dueño me enseñó cómo le había adiestrado; para ello había escogido un camello joven encerrándole media hora en una habitación

38. *Rawāḥil.*
39. Exageración patente.

semejante a un baño y cuyo suelo se calentaba por medio de un fogón. Durante ese tiempo él se hallaba fuera y tañía el adufe; el camello, no por la música, sino a causa del calor que le incomodaba, levantaba tan pronto una pata como la otra, como si bailara; tras diez meses o un año con este manejo, el domador llevó al animal a una plaza pública y éste, en cuanto oía el tamboril, creía estar en el mismo suelo nada más recordar el calor del fuego, levantando las patas del mismo modo, de manera que parecía bailar. Y dado que la costumbre es una segunda naturaleza, nunca más el camello había perdido tal hábito. Podría decir muchas más cosas sobre el camello, pero las paso por alto para no resultar enojoso.

Caballo beréber

Estos caballos se llaman en Italia *barberi* y así es en toda Europa porque proceden de Berbería. Son de una variedad que nace en el país y quienes creen que pertenecen a una raza especial se equivocan porque los caballos comunes de Berbería son como los de otros lugares. Pero tanto en Siria como en Egipto, en la Arabia Desierta o la Feliz, como en Asia, los más ágiles y rápidos se llaman en árabe caballos árabes. Los historiadores consideran que esta especie proviene de los caballos salvajes que vagaban en los desiertos de Arabia y que los árabes comenzaron a domesticar desde los tiempos de Ismael, de manera que el número de estos animales aumentó y se esparcieron por toda África. Tengo tal opinión por fundada ya que en la época actual todavía se ven algunos de estos caballos salvajes en los desiertos de Arabia y en algunos africanos. Yo mismo vi en los páramos de Numidia, durante mi segundo viaje, un potro de año y medio blanco y con las crines listadas con cara de animal salvaje y no estaba a dos tiros de piedra de mí.

La principal prueba de velocidad para estos caballos es correr tras un *lamt* o persiguiendo a un avestruz; si el corcel llega a alcanzar a uno de estos dos animales su valor se estima en mil ducados o en cien camellos. En Berbería se encuentran pocos caballos árabes, pero los beduinos del desierto y las poblaciones de Libia crían muchos y de ellos no se sirven para viajar ni para combatir, sino sólamente para cazar. No les dan nada más que leche de camella dos veces entre día y noche; así los mantienen fogosos y ligeros, aunque más bien flacos.

En la estación en que hay pastos les permiten comer hierba, pero entonces no los montan. Los que poseen los soberanos de Berbería no son tan rápidos en la carrera pero sí mucho más hermosos y gordos, porque se les da grano para comer; con estos caballos salen del peligro cuando deben escapar de la persecución de sus enemigos.

Caballo salvaje

El caballo salvaje se considera caza y solo se ve raramente. Los árabes del desierto, cuando cogen uno, lo comen y dicen que su carne es suculenta, sobre todo si el animal es joven. Pero es excepcional atrapar uno con caballos y perros, por tanto se disponen lazos en las aguadas donde el animal viene a abrevar y se recubren de arena y en cuanto apoya una pata en la trampa, queda tan bien trabado que ya no se puede mover y así se le captura.

El *lamth*[40]

Es un animal semejante al buey por su forma, pero más pequeño y con las patas y cuernos más delgados. Su color es casi blanco, sin embargo sus pezuñas son muy negras. Es velocísimo, de manera que no hay otro animal capaz de adelantarle corriendo, excepto, como se ha dicho, algunos caballos árabes. Se le atrapa con más facilidad en estío porque pierde las pezuñas por causa del calor de la arena en la rapidez de su carrera, de forma que el dolor le impide correr. Por la misma razón se capturan corzos y antílopes; con el cuero del *lamth* se fabrican escudos muy resistentes, imposibles de atravesar de no ser con una pelota de arcabuz, pero estas adargas se venden muy caras.

Buey salvaje

Este animal se asemeja al buey, pero es más pequeño y casi siempre de color pardo. Es también un animal muy rápido y sólo se encuentra en los desiertos o en los confines de los desiertos. Su carne es excelente.

40. *Lamt.*

Onagro

En las estepas se encuentran muchos de estos asnos, también de color pardo y muy rápidos; no desmerecen en velocidad más que a los caballos árabes y si divisan a un hombre, se ponen a rebuznar y a cocear. Permanecen en el sitio hasta que el hombre llega tan cerca que alcanza a tocarlos con la mano y entonces huyen. Los árabes del desierto los cogen con trampas y otros ingenios. Estos asnos andan siempre en manada para pacer y abrevarse; su carne es buena, sin embargo, al calentarse huele mal, con un olor bronco, pero si se deja enfriar, dos horas después de cocerla es buena y sabrosa[41].

Bueyes de las montañas de África

Todos los bueyes domésticos que nacen en las montañas de África son tan pequeños que semejan becerrillos de dos años, si se comparan con bueyes corrientes. Sin embargo, los montañeses los utilizan para arar y dicen que son muy robustos y resistentes al cansancio.

Adimmain o addiman

Este animal doméstico parece un carnero, pero su tamaño es el de un burro mediano; sus orejas son muy largas y colgantes. Los habitantes de Libia tienen rebaños de ovejas de esta especie y de ellas sacan gran cantidad de leche para mantequilla y queso. La lana es buena pero corta. Sólo las hembras tienen cuernos, a los machos no les crecen y son muy pacíficos. Entre las locuras de mi juventud, una vez quise probar la fuerza de este animal y monté en uno que me llevó un cuarto de milla. Solo existen en gran cantidad en los desiertos de Libia. Sin embargo, se ven algunos en los poblados de Numidia, pero allí se consideran como algo extraño.

Ovejas

Estas ovejas no difieren de las comunes sino en la cola, que es enorme; cuanto más gruesa es la cola, más grasiento es el animal y hay algunas cuya cola pesa de quince a veinte libras, lo cual ocurre cuan-

41. Los onagros desaparecieron del norte de África en la Antigüedad, por tanto estos animales serían simples burros asilvestrados.

do se alimentan por sí mismas, pero en Egipto mucha gente se dedica al engorde de tales ovejas y las alimenta con salvado y grano, de manera que su cola engorda de tal modo que los propietarios les atan una carretilla para que puedan moverse. Vi en Azioth, ciudad de Egipto situada junto al Nilo a 150 millas[42] de El Cairo, una de estas ovejas cuya cola pesaba ochenta libras y mucha gente afirma haberlas visto de ciento cincuenta libras. Toda la grasa de este animal se concentra en la cola. Tal variedad sólo se encuentra en Túnez y Egipto.

León

Animales salvajes y nocivos para todos los restantes por ser más robustos, valerosos y feroces, los leones devoran no sólo animales, sino a los hombres también y los hay que, en ocasiones, han llegado a la audacia de atacar a doscientos jinetes. Cualquier león se arroja sin vacilar sobre una manada y arranca una presa que arrastra al bosque o a la gruta que sirve de madriguera a sus cachorros. En cuanto a los hombres a caballo –como acabo de decir– puede matar a cinco o seis. Los leones que viven en montañas frías son menos audaces y feroces, ni tan dañinos, sobre todo para los hombres. Por el contrario, a medida que el calor aumenta se toman más feroces y atrevidos. Es el caso de los existentes entre Tamesna y el reino de Fez, en el desierto de Angad próximo a Tremecén y entre Bona y Túnez, donde se hallan los leones más famosos y crueles de toda África. En invierno, cuando están en celo, libran entre ellos sangrientos combates y ¡pobre de quien se los tope! A veces, se ve a diez o doce detrás de una sola leona.

Oí decir a muchos hombres y mujeres que cuando una mujer se encuentra sola ante un león en lugar apartado, no tiene más que mostrarle su sexo: el león lanza un fuerte rugido, baja los ojos y se va. Puede creerse lo que se quiera. Por último todo cuanto coge un león, aunque se trate de un camello, lo arrastra con la boca. Dos veces estuve a punto de ser devorado por leones, pero gracias a la bondad de Dios, en ambas escapé del peligro.

42. Asyut está a 422 kms. de El Cairo.

Leopardos

Estos animales viven en los bosques de Berbería, robustos y feroces, pero no hacen daño al hombre, salvo en raros casos en que se dan con uno en vereda estrecha donde el humano no puede dejarle paso. También atacan a cualquiera que chille o les irrite; entonces, la fiera salta sobre la espalda del hombre, le lacera el rostro con sus garras y arranca tanta carne como pueda; a veces le tritura el cráneo y lo mata. El leopardo no suele atacar a los rebaños, pero es enemigo mortal de los perros, que despanzurra y devora. Los montañeses de la región de Constantina acostumbran cazarlo a caballo cortándole todas las salidas y el leopardo, que pretende huir, se da con grupos de jinetes por todas direcciones; finalmente, es muerto después de haber corrido en balde por todos lados. Quien le deje escapar por el lugar donde está apostado deberá ofrecer una comida a los otros cazadores, aunque fueran trescientos.

Dabuh[43]

El *dabuh* es un animal del tamaño de un lobo algo semejante a este animal. Sus pies y patas son similares a los miembros inferiores del hombre. *Dabuh* es el nombre que le dan los árabes, los africanos lo llaman *issef*. Este animal no hace daño a los otros sino que desentierra los cuerpos humanos de sus tumbas y los come, es vil y estúpido. Los cazadores, cuando localizan su guarida van allá tocando el tamboril y cantando. Esta música gusta de tal modo a la fiera que no se percata del hombre que viene a atarle las patas con una fuerte cuerda y una vez amarrado lo sacan fuera y los otros cazadores lo matan.

El gato[44] que produce la algalia

Son gatos salvajes que se encuentran en los bosques de Etiopía; los mercaderes los capturan pequeños y los crían enjaulados alimentándoles con leche y papilla de salvado y algo de carne. Extraen la algalia dos y tres veces por día, la cual no es otra cosa que el sudor del animal: se golpea al gato con una varilla para hacerle removerse en su jaula hasta que transpire, entonces se recoge el sudor bajo las axilas, ingles y bajo la cola, eso es la algalia.

43. *Ḍabʿ*, hiena.
44. *Qiṭṭ az-zabad* productor de algalia en una glándula que se halla bajo la cola.

Simios

Los simios son de diferentes especies. Unos que en italiano se llaman *monne* tienen una cola, los otros llamados *babuini*, no la tienen. Hay gran cantidad en las montañas de Mauritania y también en las de Constantina. Como se sabe, no sólo sus pies y manos se parecen a las de los humanos, sino también la cara. Están dotados por la naturaleza de una maravillosa astucia e inteligencia y se alimentan de hierbas y granos. Cuando quieren robar espigas, vienen veinte o treinta juntos quedando uno fuera del campo al acecho y si ve llegar al dueño, lanza gritos agudos para que los otros huyan velozmente, saltando a los árboles y dando brincos enormes de uno a otro. Las hembras acostumbran a llevar a su cría en los hombros y saltan con el pequeño colgado. Los amaestrados hacen cosas increíbles. Son animales coléricos y malvados, pero que se calman fácilmente.

Conejos

Los conejos silvestres se encuentran en tal cantidad en las montañas de los Gomera[45] y en Mauritania que se cazan como liebres. Varios geógrafos del país dicen que antiguamente estos animales no eran silvestres, pero tras la conquista romana y goda, muchas ciudades y castillos quedaron deshabitados y los conejos allí existentes se refugiaron en los bosques y se asilvestraron. No se puede asegurar que esto sea verdadero o falso, pero se puede creer, pues la carne de estos conejos salvajes tiene el mismo color y gusto que la de los domésticos.

De los peces

Ambara, pez

Hablemos ahora de los peces. El *ambara*[46] es un pez espantoso por su forma y tamaño. No se ve nunca más que muerto, porque entonces el mar lo arroja a la orilla. Su cabeza es muy dura, como si fuera de piedra. Los hay que miden veinticinco codos, otros más. Los habitantes de la costa del Océano aseguran ser este pez el que segrega el

45. Gumāra.
46. *Anbar*, cachalote.

ámbar, pero están en desacuerdo en punto a si se trata de sus excrementos o esperma. Como quiera que sea, merece por su tamaño ser llamado ballena.

CABALLO MARINO[47]

Se encuentra este animal en el Níger y también en el Nilo; tiene forma de caballo, pero sin pelos y su piel es extremadamente dura. Es grande como un asno y vive tanto en tierra como en el agua, pero no sale de ésta sino de noche. Es malvado y peligroso para las piraguas que descienden por el Níger cargadas, pues si le golpean el lomo, las hace zozobrar y echa a pique y ¡guay de quien no sepa nadar!

BUEY MARINO

Este es un animal parecido en todo al buey, pero mucho más pequeño, casi del tamaño de un ternero de seis meses; se encuentra en el Níger y también en el Nilo. Los pescadores lo cogen, pues viven mucho tiempo en tierra y su piel es muy dura. Yo vi uno en El Cairo y lo llevaba un hombre atado por el cuello con una cadena; el hombre me dijo haberlo capturado en el Nilo, cerca de Esna, ciudad a unas 400 millas al sur de la capital[48].

TORTUGA GIGANTE

Este animal debería incluirse entre los animales terrestres puesto que vive en los desiertos; se encuentran muchos en los desiertos de Libia cuya dimensión es de una *botta*[49]. El geógrafo Bicri[50] en su obra sobre las Regiones y Rutas de África, escribió que un hombre valiente, hallándose de noche en uno de estos desiertos de Libia y cansado del camino que acababa de hacer, vio cerca de él una altísima piedra sobre la cual pensó poder acostarse para estar a cubierto de algún animal venenoso; así lo hizo y, a la mañana siguiente, se encontró a tres millas de distancia del lugar donde se había parado. Sorprendido, comprobó que lo que había tomado por piedra era una

47. *Faras al-baḥr*, hipopótamo.
48. Por la descripción es difícil identificar el animal.
49. Medida de capacidad, 933'4 litros.
50. al-Bakrī.

tortuga gigante, de las que permanecen inmóviles durante el día y caminan para pacer durante la noche, pero tan lentamente que pasa inadvertida. Nunca vi tortugas tan grandes, sin embargo he visto algunas de las dimensiones de un gran *baril*[51]. Los habitantes del desierto pretenden que los atacados de lepra y cuya enfermedad date de menos de siete años, si comen carne de estas tortugas durante siete días se curan. Además conocen diversas fórmulas secretas basadas en las propiedades de este animal, pero no hablaré de ello, al no ser esta obrita un tratado de medicina.

Cocodrilo

Prolifera en el Níger y en el Nilo; es un animal malvado y sumamente dañino. Su longitud alcanza los doce codos y la cola tan larga como el resto del cuerpo, pero es raro encontrarlos de ese tamaño.Tienen cuatro patas, la apariencia exacta de lagarto y nada más un codo y medio de altura[52]. La cola parece construida por una sucesión de anillos y la piel tan dura que no se puede atravesar con una jara de ballesta. Ciertos cocodrilos sólo comen pescado, otros comen animales terrestres y hombres, para lo cual, con gran astucia, se esconden cerca de las orillas del río donde suelen acudir los humanos o el ganado y en cuanto ven uno, lanzan bruscamente la cola fuera del agua, atrapan al hombre o bestia, lo arrastran al agua y lo devoran. Cuando comen, se mueve sólo su mandíbula superior porque la inferior está soldada a los huesos del pecho. No todos los cocodrilos son de esta clase, de lo contrario sería imposible habitar en las orillas del Níger o el Nilo.

Navegaba yo una vez en una lancha entre El Cairo y Cana, ciudad del Alto Egipto a 400 millas de la capital y estábamos a mitad del viaje en una noche en que las nubes velaban la luna; íbamos con buen viento y los marinos y pasajeros dormían. Por mi parte, había entrado en la camareta y allí trabajaba a la luz de un candil, cuando me llamó un viejo que se mantenía despierto rezando y me dijo: «Eh, tú, despierta a alguno de los nuestros para ayudarme a recoger una gran viga que será útil mañana para disponer la comida». Yo respondí: «¿Quieres que vaya yo mismo? Eso será mejor que despertar a alguien

51. Dieciseisava parte de una *botta*.
52. Un metro, de nuevo la fantasía arrastra al autor.

a tales horas», pues era casi media noche. El anciano replicó: «Te voy a demostrar que puedo atraparlo solo». Cuando la barca, según sus cálculos, llegó cerca del madero, tendió las manos para pasarle un nudo corredizo y en ese momento surgió del agua una larga cola que lo rodeó y precipitó al río en el acto. Empecé a gritar y toda la gente de la barca saltó sobresaltada; amainamos la vela y paramos echándose varias personas al agua y quedamos una hora larga amarrados a la orilla, pero todo fue inútil, ya no se encontró rastro del anciano y todo el mundo aseguraba que le había devorado un cocodrilo. Prosiguiendo la navegación, los vimos en grupos de diez o doce sobre islotes del Nilo: quedos al sol, con la boca abierta y pajarillos blancos del porte de un tordo entrando en ella y que, tras unos instantes, salían y echaban a volar. Al pedir una explicación, me contaron que en las encías y entre los dientes de los cocodrilos, que comen muchos peces y otros animales, quedan siempre residuos de carne que se pudren y de los cuales nacen gusanos que incomodan a estos animales. Los pájaros, volando, divisan los gusanos y entran en la boca del cocodrilo para comerlos; el monstruo cerraría la boca para tragar al pájaro, pero éste posee en la coronilla del cráneo una espina dura y puntiaguda que pica el paladar del cocodrilo y le hace abrir de nuevo la boca, de manera que el pájaro huye. Sin duda, de haber podido procurarme uno de estos pájaros, contaría esta historia con más seguridad.

Los cocodrilos ponen sus huevos en tierra y los recubren de arena; en cuanto los pequeños nacen, entran en el río. También existen algunos cocodrilos que evitan el agua y se están en el desierto. Estos últimos son venenosos, pero los de río carecen de ponzoña. En Egipto mucha gente come cocodrilo y afirma que es muy bueno. En El Cairo el sebo de cocodrilo se vende muy caro y se dice que es bueno para sanar las llagas abiertas y gangrenadas.

Los cocodrilos se atrapan del modo siguiente: los cazadores se procuran una larga cuerda de cien codos o más; amarran un cabo firmemente a un gran árbol o a un poste plantado al efecto en la orilla del Nilo; en la otra punta de la cuerda fijan un gancho de hierro de un codo de largo y grueso como un dedo de hombre, gancho al que atan una oveja o una cabra viva; a los balidos del animal el cocodrilo sale del agua, se acerca y lo engulle junto con el anzuelo de hierro que le atraviesa las entrañas y se le fija de manera que ya no puede salir; los cazadores lo mismo sueltan soga como tiran hacia sí, de modo que el

cocodrilo se debate azotando con la cola de aquí para allá; por último, vencido, se deja caer como muerto y los cazadores lo matan a lanzazos, agujereándole la boca, la juntura de las patas y el vientre, donde la piel es muy fina, mientras que la del lomo es tan espesa y firme que un tiro de arcabuz o falconete a duras penas basta para atravesarla.

En las murallas de Cana vi más de trescientas cabezas de cocodrilos colgadas, con las fauces abiertas, tan enormes que cabría una vaca entera, con dientes afilados y largos. Todos los pescadores de Egipto, cuando cogen un cocodrilo, le decapitan y cuelgan la testa del muro, como es usual entre los cazadores de fieras.

Dragón

En ciertas cuevas del Atlas se encuentran dragones enormes, animales pesados que se mueven con esfuerzo porque tienen una parte del cuerpo muy gruesa; el busto, y las otras muy delgadas, tanto por el lado de la cola como por el de la cabeza. Son muy venenosos y si por casualidad alguien les toca o sufre su mordedura, sus carnes se vuelven frágiles de repente, se ablanda como jabón y no puede salvarse.

Hidra

La hidra es una serpiente corta de cabeza y cola delgadas; se encuentran muchas en el desierto de Libia, su veneno es muy activo y no hay más remedio –se dice– para el mordido por tal serpiente que amputar la parte del miembro afectada antes de que el veneno se pase a los otros miembros.

Dubb

Este animal vive en los desiertos, se asemeja al lagarto, pero es más grande, y su longitud alcanza la del brazo de un hombre y su anchura es de cuatro dedos; no bebe nunca y si se le obligase a beber, metiéndole agua en la boca, reventaría en el acto. Pone huevos como los de la tortuga y carece de veneno. Vi árabes cogerlos en el desierto y yo mismo quise también cogerlos y degollé algunos pero no sangran mucho. Después de asado, se le quita la piel y se come, su carne es sabrosa como la de la rana y con el mismo gusto; es rápido como el lagarto. Si se esconde en un agujero y la cola queda fuera, no hay

fuerza que pueda sacarlo de allí, entonces los cazadores ensanchan el agujero con una zoleta y lo atrapan. Tres días después de muerto, si se le acerca fuego, se mueve como si estuviera recién degollado.

Guaral[53]

El *guaral* es un animal parecido al precedente, pero más grande, lleva el veneno en cabeza y cola. Vi árabes cortarles esas extremidades y comerlas. Tiene desagradable color y mal aspecto, de manera que yo nunca me he sentido con valor para comerlo.

Camaleón

El camaleón es un animal tan grande como el lagarto, pero feo, giboso, delgado y con una larga cola como de rata. Camina lentamente, se alimenta del aire y de los rayos de sol; en cuanto aparece un destello de sol, se vuelve hacia él con la boca abierta y si el sol gira, él gira también. Cambia de color según la calidad de los lugares donde se encuentra: si está sobre negro se torna negro, si sobre verde se pone verde, y así con los otros colores, yo mismo hice la experiencia. Es enemigo encarnizado de las serpientes venenosas y cuando ve una dormida bajo un árbol, sube de inmediato al árbol y elige un lugar justo encima de la cabeza de la serpiente y entonces escupe un hilillo de saliva semejante al de la rana y cuyo extremo forma una gotita análoga a una perlita; si ve que el hilillo no desciende en vertical sobre la cabeza de la serpiente, se desplaza hasta conseguirlo porque la tal gotita posee la propiedad de penetrar en la cabeza de la serpiente en cuanto la toca y mata al reptil. Nuestros escritores africanos han dicho muchas cosas sobre las propiedades y virtudes del camaleón que ya no recuerdo.

53. *Waral*, variedad de lagarto no venenoso.

De las aves

Avestruz

Hablemos también un poco de las aves.

El avestruz es un ave salvaje de gran tamaño, un tanto semejante al ganso, pero con las patas y el cuello muy largos. Los hay cuyo cuello mide dos codos de longitud, tanto como las patas. El cuerpo del avestruz es grueso y tiene provistas las alas de grandes plumas, pero no puede volar; aunque cuando corre, se ayuda mucho batiendo alas y cola. Las plumas son negras y blancas como las de la cigüeña. Habitualmente vive en desiertos secos y sin agua, pone sus huevos en la arena, de diez a doce; cada uno es grande como una bala de cañón de quince a dieciséis libras, pero los avestruces jóvenes los ponen más chicos. En cuanto el avestruz ha desovado, tiene tan poca memoria que olvida el lugar donde los puso. De ello resulta que cuando una hembra encuentra huevos, sean suyos o de otra, los incuba y calienta y en cuanto los polluelos nacen, van al campo a buscar alimento. Son muy rápidos en la carrera, antes incluso de que les nazcan las plumas, de modo que atraparlo es imposible. El avestruz es estúpido y no capta ninguna sensación por las orejas, es sordo; come cuanto encuentra, hasta hierro y su carne es nauseabunda y viscosa, sobre todo la de los muslos. Sin embargo, en los territorios de Numidía, se come en gran cantidad porque se capturan avestruces jóvenes para alimentar y engordar, como se dijo más arriba. En el desierto estas aves van en fila, una detrás de otra y quien las divisa de lejos cree ver tantos otros jinetes, lo cual causa a menudo gran emoción y espanto en las caravanas. Yo mismo comí carne de avestruz cuando estaba en Numidia y no me pareció muy mala.

Aguilas

Estas aves comprenden varias especies, distintas según sus particularidades, su tamaño y color. La especie principal se llama en árabe *nesr*.

NESR[54]

Es el ave más grande de África, más gruesa que la grulla, pero no tiene las patas, el cuello y el pico tan largos; se eleva a tal altura que al volar se pierde de vista y si divisa una carroña, se lanza inmediatamente sobre ella. Vuela siempre en grupo, con otras varias, vive hasta muy vieja, de manera que se ven muchas calvas, sin una sola pluma en la cabeza, como si se las hubieran afeitado. Estas aves viven, como acabamos de decir, muchos años y, con el tiempo, se les caen las garras y plumas y terminan por quedarse en el nido como recién nacidas, mientras las jóvenes les traen de comer. Oí decir que en italiano a esta ave se llamaba *voltore*, cosa que nunca he podido verificar. Anida habitualmente en los peñascos de las cimas más altas de las montañas desiertas y sobre todo en el Atlas. No obstante, quienes andan por tales lugares capturan algunas.

BEZI [55]

El *bezi* se llama en lengua italiana *astore*. Estas aves se encuentran en grandísima abundancia en África; algunas son blancas. Se capturan en las montañas de los desiertos de Numidia y son los más apreciados y mejores y con ellos se cogen las grullas. Existen variedades, unas buenas para la caza de codornices y perdices, otras para las liebres. En África se adiestran águilas comunes para atrapar zorros y lobos o para hacerles reñir, pero las águilas entrenadas para esa pelea agarran a estos animales por el lomo con sus garras y por la cabeza con el pico, de suerte que no consiguen morderlas, aunque se echen de espaldas las águilas no los sueltan hasta matarlos o sacarles los ojos.

MURCIÉLAGOS

Estas viles aves, enemigas de la luz, se encuentran en el mundo entero, pero en las cavernas del Atlas se ven muchos, grandes como palomos y aun más, sobre todo por la envergadura de sus alas. Nunca los he visto en persona, pero eso me relataron muchos buscadores de tesoros.

54. *Nisr.*
55. *Bāz.*

Loros

En los bosques de Etiopía hay copia de tales pájaros, de plumaje variado y multicolor. Los mejores para enseñarles a imitar la voz humana son los verdes. Muchos son grandes como palomos y también de color negro, rojo, pardo. Estos no son muy capaces de remedar la palabra humana pero su canto es dulce y agradable.

Langostas

A veces se ve en África tal cantidad de estos animales que cuando vuelan tapan la luz del sol como una nube; en los árboles comen los frutos y hojas y al partir, dejan sus huevos, de los que nacen otras langostas que no vuelan, pero peores que sus madres, pues devoran hasta las cortezas de los árboles; por donde quiera que pasen dejan un rastro de escasez, especialmente en Mauritania. Sin embargo, las poblaciones de la Arabia Desierta y de Libia consideran la invasión de estas langostas el más feliz acontecimiento. Unos las comen hervidas, otros las hacen secar al sol y luego las pulverizan, obteniendo así una especie de harina comestible.

Tales son, más o menos, todas las particularidades relativas a las aves y animales inexistentes en Europa o las de aquellos que difieren, en ciertos aspectos, de sus semejantes de este continente. Diremos ahora algunas cosas de los minerales de África, de ciertos frutos y árboles cultivados y silvestres y luego finalizaremos la obra.

Minerales

Sal

En la mayor parte de África, no hay más sal que la extraída de minas, excavando galerías como si se tratara de mármol o yeso. La hay gris, blanca y roja. En Berbería abunda; en Numidia escasea pero basta; en la Tierra de los Negros no la hay, sobre todo en Etiopía Interior, donde cuesta medio ducado la libra. Por ello la gente de ese país no acostumbra a ponerla en saleros, sobre la mesa, sino que al comer pan, tienen un trozo de sal en la mano y, a cada bocado, lo lamen para no gastar demasiada. En algunas lagunejas y pantanos de

Berbería la sal cristaliza durante el verano y forma una capa blanca y regular, en los alrededores de Fez por ejemplo.

Antimonio

Este mineral nace en algunos lugares de África en las minas de plomo, del cual lo separan los operarios con ayuda de azufre. Se encuentra gran cantidad al pie del Atlas, hacia el sur, sobre todo en los confines de Numidia con el reino de Fez. En otros lugares se da también mucho azufre.

Euforbio

El euforbio es la goma de una planta que crece como si fuera un cardo silvestre y entre sus ramas brotan frutos gruesos como pepinos, verdes y cubiertos de pequeñas tuberosidades semejantes a las del cohombro, pero más largas; algunos alcanzan un codo, otros más. Estos frutos no nacen en las ramas de la planta, sino que salen de tierra como un estípite o un tallo. De una sola planta de euforbio crecen veinte, veinticinco o treinta frutos y cuando están maduros, los campesinos los rajan con un cuchillo y sale un jugo lechoso que se torna viscoso y una vez separado el jugo se pone en odres para secar. La planta está cubierta de espinas.

Pez

Hay dos clases de pez; una es natural, se recoge en piedras que se hallan en ciertos manaderos cuya agua hiede y sabe muy malamente; la otra es artificial y se saca del enebro o del pino.Yo la vi preparar en el Atlas: se dispone un horno redondo y profundo con un agujero en su parte inferior que se corresponde con una cavidad en forma de recipiente. Se cogen ramas verdes de enebro o de pino, se cortan en trocitos y se ponen en el horno cuyo orificio se obtura, calentándolo a fuego suave. La madera destila con el calor el producto, que se desliza a la cavidad por la abertura dispuesta al efecto en el fondo del horno, luego se recoge la pez y se almacena en odres.

Maus, fruto, es decir *Musa*[56]

Este fruto es muy bueno y dulce, grande como un pepino chico, nace en una planta no muy alta de grandes hojas anchas y un codo de largas. Los alfaquíes musulmanes aseguran que éste es el fruto que Dios prohibió a Adán y Eva y que, tras comerlo, quisieron cubrirse las partes vergonzosas y, para taparlas, echaron mano a las hojas de tal planta pues convenían mejor que todas las demás. Crece mucho en Salé, ciudad del reino de Fez, pero la mayor cantidad se da en Egipto, sobre todo en Damieta.

Cassia

Los árboles que producen la casia son muy grandes y sus hojas parecidas a las de la morera; las flores grandes y muy blancas, producen tantos frutos que es preciso aligerar las plantas antes de que maduren para que las ramas no se tronchen con el peso. Sólo crecen en Egipto.

Terfez

Se puede decir que el *terfez* es más bien un tubérculo que un fruto, semejante a la trufa, pero más grueso y con la corteza blanca; nace en la arena, en lugares cálidos. Se reconoce su presencia porque el suelo presenta unos montículos algo agrietados. Ciertos *terfez* son grandes como nueces, otros como naranjas. Según los médicos que lo llaman *camhe*[57] es fruto refrescante. Abunda en el desierto de Numidia y los árabes lo comen con tanto gusto como si fuera azúcar. En verdad, es un plato exquisito asado sobre brasas, pelado y luego cocido en un caldo espeso. Los árabes lo comen hervido en agua o leche. Prolifera en las arenas cercanas a la ciudad de Salé.

Palmera datilera

No diremos nada ahora de la palma datilera por haber hablado ya al describir Segelmesse, ciudad de Numidia.

56. *Mawz*
57. *Qamha*

Higuera de Egipto dicha *giumeiz* por los egipcios

La madera y hojas de esta higuera son como las de las otras, pero estos árboles son grandes y muy altos. Los frutos no nacen entre las hojas, en las ramas, o en la extremidad de las ramificaciones, sino sobre el tronco mismo del árbol, donde no hay hojas. Tienen el mismo gusto de los higos ordinarios pero la piel es muy espesa y de color violeta.

El *talche*, árbol[58]

Gran árbol espinoso con hojas como las del enebro, produce una goma semejante a la almáciga. Los drogueros de África emplean esta goma para falsificar la almáciga, pues tiene de ella el color y algo de su olor; se encuentra en los desiertos de Numidia y Libia y también en la Tierra de los Negros, pero los de Numidia presentan, al partirlos, la misma blancura en el interior que los otros árboles, mientras los de la Tierra de los Negros son oscuros del todo. La madera de tales árboles se denomina en Italia *sangu* y de ella se fabrican hermosos objetos, la madera violeta actualmente se emplea por los médicos de África para curar el mal francés y por esta razón se designa, vulgarmente «madera del mal francés».

Tauzarghente, raíz

Es una raíz odorífera que se da en la costa del Océano, al oeste. Los mercaderes de Mauritania la llevan a la Tierra de los Negros donde se emplea como un perfume delicado; no es preciso quemarla o calentarla, pues conservada en una habitación, desprende de todas formas el mismo olor. En Mauritania una carga de camello de *tauzarghente* vale un ducado y medio, en Tierra de Negros, la misma carga cuesta de ochenta a cien ducados y a veces más.

Addad

Es una planta de raíz tan venenosa que un dracma de agua destilada con ella es tóxico bastante para matar a un hombre en una hora. Eso se sabe en toda África, incluso por las mujeres.

58. *Ṭalḥ*.

Surnag[59]

Es también la raíz de una planta que crece en la parte occidental del Atlas. Según dicen las gentes, goza de la propiedad de tonificar el miembro del hombre permitiendo multiplicar los coitos a quien la toma en un electuario. Se afirma también que, si un hombre orina por casualidad sobre esta raíz, entra enseguida en erección. Y no quiero callar tampoco lo que cuentan en el Atlas; dicen haberse visto multitud de mozas, pastoras montañesas, que perdieron accidentalmente la virginidad por haber orinado sobre esa raíz. Bromeando con quienes me lo referían, yo respondí que, en verdad daba fe de lo que me contaban sobre tal raíz y que sus doncellas habían quedado de tal modo inficionadas que no sólo perdieron el virgo, sino que les hinchó todo el cuerpo.

***

Esto es, en suma, cuanto yo, Juan León, he visto de bueno y digno de mención en toda África, la cual he recorrido de un extremo a otro, anotando con cuidado y día por día todas las cosas que estimé merecedoras de recordar, tal y como las vi; y de aquellas que no he presenciado recabé información completa y veraz de personas fidedignas; después, puse en orden estas notas del mejor modo para mi comodidad y culminé la forma de la obra encontrándome en Roma, en el año de Cristo de 1526, a 10 de marzo.

Aquí termina el libro de Juan León, nacido en Granada y criado en Berbería.

59. *Sarmak.*

Índice de Términos no Castellanos

Addad, 552
Addauia, 511
Ademmanin/adimmain/addiman, 430, 538
Ambara, 541
Amir Achor, 510
Amir Alaf, 510
Amir Cabir, 510
Amir el Cheggi, 513
Amir Mia, 510
Amir Sileh, 510
Arga, 142
Astore, 548
Babuini, 541
Baiocco/Baiocchi, 236, 239, 240, 244, 251, 261, 355, 383, 452, 518
Bar, 93
Barba, 144, 520
Bislacchi, 359, 437
Boccale, 253, 452
Botta, 542
Camhe, 551
Canna, 467
Cantar(s), 423
Caschia, 511
Cassia, 551
Cauri(s), 465
Ciurmatori, 272
Cuscusu, 252
Chanafia, 505
Charanisa, 512
Chazendare, 510
Chetebe essere, 512
Chibr, 480
Dabah/dabuh, 341, 540
Decima, 467
Dentilla, 257
Dubb, 545
Duppuli, 384
Eddaguadare, 509
Elamt/lamt/lamth, 195, 430, 536, 537
Elauted, 268
El Becheti, 534
Elcanesin, 271
Elcheua, 237
El-chise, 144
El Cobb, 268
El geleb, 512
El-hasid, 142
Essafichia, 506
Essaifia, 512
Es-sofia, 265
Esuha, 511
Ethauil, 263
Ezzuleia, 169
Faraca, 87
Farasin, 511
Farfa, 434
Fetet, 194
Fricatrices, 262
Giannettoni, 461
Giulio, 215
Giumeiz, 552
Goro, 126
Guaral, 546
Habb aziz, 412
Hasis, 386, 401
Hugium, 534
Ilbernus, 197
Imamia, 270
Laccia/lacha, 242, 392, 524
Madrasa, 169
Marena, 219
Maus, 480, 551
Mela, 386
Melela, 320
Mesuare, 401
Michias, 500, 501
Minimo, 467
Moggio/moggia, 275, 406, 413, 416, 433, 484, 489, 501
Monacchino, 467
Monne, 541
Muachih, 512
Muhazzimin, 262
Muhtesib, 512
Munaffid, 401
Muse, vid. *Maus*, 480, 490
Nabich, 219
Nadehasse, 512
Naib es Sam, 510
Ned, 352
Nesr, 547, 548
Ostadar, 510
Raguahil, 535
Rethel, 158
Roggio/roggi/ruggi, 170, 273, 355, 362, 385, 391
Sahacat (o *fricatrices*), 262
Sangho/sangu, 474, 552
Saraf(s), 422, 475, 491, 494, 499, 500, 510, 512, 513
Scorzo, 355
Sebabathia, 511
Sefsari, 401
Serbdare, 511
Similis, 352
Surnag, 553
Suuach, 270
Tabacchino, 248, 250
Tabarchania, 511
Talche, 552
Tauzarghente, 552
Terfez, 551
Testacana, 511
Tetteguin, 303
Voltore, 548
Zairagia, 263, 264

Índice Temático

Aceite, 127, 142, 155, 158, 176, 180, 185, 186, 188, 190, 191, 192, 196, 232, 241, 261, 281, 304, 313, 316, 317, 318, 319, 324, 332, 333, 337, 383, 399, 400, 405, 406, 449, 498, 515
Aceite de argán, 147, 148, 152, 153, 156, 174
Aceite de sésamo, 514
Adivinos/as, 261, 262
Adiministración mameluca, 513
Adornos femeninos, 116, 154, 244, 246
Aguas termales, 285, 449
Albérchigos, 142, 225, 276
Algalia, 116, 195, 428, 474, 494, 540
Algarrobas, 352, 372, 373, 405
Algodón, 110, 221, 239, 254, 291, 293, 352, 353, 357, 461, 462, 464, 469, 470, 480, 493, 503
Almizcle, 195, 201, 428, 494
Almohades, 165, 172, 221, 435
Almorávides, 165
Antigua religión africana, 118
Antílopes, 114, 349, 537
Antimonio, 441, 550
Arbol del bálsamo, 500
Arquitectura de Fez, 230, 276, 279
Arroz, 399, 461, 466, 468, 469, 470, 480, 488, 489, 490, 491
Avestruces, 113, 114, 195, 349, 430, 434, 440, 547
Azafrán, 116, 422, 423
Azúcar, 157, 160, 196, 227, 404, 474, 480, 490, 491, 493, 498, 551
Ballenas, 157
Baños de Fez, 235, 236, 237, 238, 277, 356
Barbar, 92, 93
Bellotas, 186, 222
Boj, 155, 221, 246, 307
Caballo, 104, 106, 107, 111, 124, 168, 174, 185, 193, 194, 197, 240, 251, 259, 260, 282, 292, 314, 333, 343, 355, 357, 358, 361, 403, 409, 430, 441, 464, 467, 472, 505, 510, 511, 535, 536, 537, 539, 540, 542
Camaleón, 546
Camello, 111, 112, 125, 148, 158, 214, 399, 430, 435, 439, 445, 452, 454, 455, 464, 467, 473, 506, 511, 533, 534, 535, 536, 539, 552
Carbón, 291, 298, 339, 400, 439
Castigos, 506
Caza, 111, 114, 184, 187, 194, 293, 335, 530, 533, 537, 548
Cementerios, 275
Cereales, 129, 164, 186, 203, 215, 219, 221, 227, 242, 243, 246, 280, 281, 290, 302, 315, 318, 327, 331, 361, 374, 378, 388, 411, 413, 416, 432, 436, 441, 445, 447, 450, 461, 462, 464, 469, 470, 471, 479, 480, 484, 498, 519
Circuncisión, 144, 256, 257
Clitoritomía, 507
Cobre, 115, 177, 247, 281, 301, 359, 432, 461
Cocodrilos, 515, 516, 531, 543, 544, 545
Colegios de Fez, 234
Comidas, 114, 130, 142, 241, 252, 253, 255, 433, 505
Conquista de Egipto, 498
Conquista de España, 409
Conquista de Sicilia, 410
Coral, 388, 474
Corte de Tombuctú, 464
Corte de Tremecén, 358
Corte de Túnez, 397, 401, 403
Corte mameluca, 507, 509, 510, 511
Costumbres y comidas de los beduinos, 110, 111, 112, 113, 114
Curtidores, 188, 192, 261, 304, 411, 440
Dátiles, 88, 89, 90, 106, 107, 111, 113, 114, 116, 117, 118, 122, 123, 124, 129, 130, 131, 157, 158, 161, 164, 196, 331, 334, 383, 411, 412, 422, 427, 430, 432, 433, 434, 437, 440, 442, 444, 446, 447, 448, 449, 453, 454, 461, 488
División de África, 87, 88
División de los africanos blancos, 94
División de los árabes inmigrados, 103, 104, 105, 106, 107
Ejército, Ejércitos, 87, 97, 98, 99, 100, 101, 119, 156, 166, 173, 184, 188, 198, 202, 203, 210, 211, 212, 216, 218, 220, 222, 224, 230, 238, 261, 279, 280, 281, 290, 293, 296, 298, 299, 300, 309, 322, 348, 354, 358, 377, 383, 393, 397, 402, 407, 408, 409, 410, 415, 416, 418, 419, 423, 438, 446, 447, 449, 461, 468, 471, 482, 483, 486, 508, 510
Elefantes, 126, 170, 474, 533
Enfermedades, 274, 412, 466, 483, 487, 525
Enseñanza, 232, 234, 260
Esclavos, 94, 100, 102, 115, 117, 188, 192, 194, 195, 197, 201, 202, 223, 248, 276, 280, 281, 303, 325, 358, 363, 370, 383, 403, 428, 434, 436, 437, 438, 465, 466, 468, 471, 472, 473, 474, 508, 509, 524
Epilepsia, 132
Escorpiones, 124, 446
Esmeraldas, 518, 532
Españoles, 220, 223, 237, 306, 308, 309, 310, 320, 322, 323, 353, 364, 368, 369, 370, 414, 526
Estaciones, 127, 129, 133
Estiércol, 153, 443

Fatimíes, 492
Frutos, 103, 122, 126, 127, 128, 142, 146, 148, 156, 161, 186, 211, 248, 270, 276, 285, 289, 298, 314, 317, 331, 338, 344, 353, 357, 379, 386, 394, 400, 405, 420, 433, 439, 440, 441, 469, 470, 515, 549, 550, 551, 552
Funerales, 258
Gacelas, 114, 170, 349
Galápagos, 215
Genoveses, 220, 221, 304, 348, 356, 363, 382, 388, 398, 418, 486
Graneros, 170, 215, 247, 273
Grutas, 172, 271, 289, 341
Hiena, 540
Hierro, 111, 115, 154, 155, 168, 177, 192, 210, 214, 218, 230, 239, 243, 247, 286, 298, 320, 322, 323, 324, 334, 356, 360, 383, 407, 419, 441, 461, 492, 504, 507, 544, 547
Higueras, 185, 192, 203, 219, 307, 314, 315, 318, 327, 350, 380, 405, 406
Hipopótamo, 542
Hospitalidad, 113, 147, 516
Idrisíes, 95, 297
Índigo, 160, 192, 193, 434
Inmigración árabe, 99, 100, 101, 102, 103
Inundación, 484, 501, 514
Invasión hilalí, 99, 100, 101, 102, 103, 396
Jabalíes, 150
Jirafa, 170, 195, 392, 533
Judíos, 131, 135, 145, 147, 151, 155, 158, 160, 175, 176, 179, 182, 185, 188, 197, 202, 203, 277, 278, 308, 331, 356, 433, 437, 439, 443, 465, 482, 483, 494
Jueces en Fez, 249, 250, 269
"La" lengua africana, 96, 117, 163, 303, 320, 352, 440, 523
Langostas, 151, 549
Leones, 149, 170, 204, 205, 211, 218, 219, 222, 224, 286, 287, 289, 291, 295, 336, 338, 339, 341, 349, 365, 539
Leopardos, 170, 218, 287, 332, 336, 341, 378, 540
Lepra, leprosos, 274, 412, 543
Letras de los africanos, 119
Límites de África, 87
Lino, 144, 163, 225, 227, 242, 253, 276, 288, 297, 306, 314, 317, 318, 332, 333, 337, 338, 366, 379, 404, 419, 480, 491, 515
Litigios, 111, 148, 150, 151, 326, 371, 437
Lluvias, 126, 129, 165, 392, 411, 447, 452, 483, 524, 525, 531
Locos, 235, 340, 387, 400
Longevidad, 130
Magia, 172, 219, 363
Maná, 452
Manicomio de Fez, 235
Marfil, 233, 474
Matrimonios, 253, 254, 255, 256
Membrillos, 126, 127, 177, 225, 316, 317, 333, 357, 427, 493
Meriníes, 108, 168, 171, 209, 211, 217, 218, 220, 233, 249, 259, 277, 279, 285, 321, 324, 326, 331, 344, 356, 360
Mezquitas, 145, 165, 166, 174, 197, 212, 216, 225, 226, 230, 231, 233, 237, 238, 247, 297, 301, 326, 331, 363, 368, 378, 416, 434, 438, 449, 462, 493, 496
Monos, 272, 307, 332, 336, 378
Moreras, 227, 243, 247, 337, 366
Mujeres, 101, 108, 112, 114, 116, 130, 131, 133, 144, 147, 150, 152, 154, 158, 160, 162, 163, 182, 189, 190, 197, 202, 203, 204, 205, 206, 211, 219, 226, 231, 236, 238, 242, 243, 248, 252, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 261, 262, 269, 272, 281, 286, 287, 307, 312, 313, 333, 334, 336, 338, 358, 362, 364, 380, 385, 386, 398, 401, 420, 430, 434, 442, 447, 459, 461, 464, 465, 466, 467, 472, 475, 489, 490, 497, 501, 502, 503, 504, 539, 552
Mulatos, 434
Nieve, 123, 124, 163, 174, 175, 193, 203, 341, 343
Nogales, 150, 154, 188, 192, 203, 367, 380, 389
Nómadas, 115, 124, 128, 129, 146, 150, 159, 162, 164, 171, 201, 212, 222, 225, 283, 335, 342, 344, 384, 412, 436, 440
Norias, 278, 285
Onagro, 538
Origen de los africanos, 93
Orquitis, 132, 483
Pastores de ovejas, 123, 124, 133, 135, 191, 325, 339, 349, 467
Pescados, 242, 308
Peste, 132, 222, 418, 484, 509, 518
Piratería, 117, 211, 308, 310, 311, 369, 388, 415, 486
Plátano, 480, 551
Plomo, 165, 441, 516, 531, 550
Poesía, 115, 194, 268
Portugueses, 115, 119, 146, 147, 148, 149, 153, 157, 159, 162, 169, 173, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 212, 217, 223, 224, 291, 293, 294, 296, 297, 298, 299, 300, 303, 305, 306, 308, 313, 432, 461, 526
Posadas de Fez, 230, 237, 238, 248
Pozos de agua, 146, 340, 399, 411, 464, 466
Preste Juan, 89, 475
Promiscuidad, 238, 338
Pulgas, 153, 164, 206, 437
Reinos de la Tierra de Negros, 92

Ruinas romanas, 390, 411
Sal, 240, 355, 453, 454, 464, 467, 549, 550
Salitre, 206
Santones, Santón, 156, 176
Serpientes, 124, 272, 343, 344, 451, 546
Sífilis, 131, 484, 552
Simplicidad de rústicos y beduinos, 111, 293
Sufíes, 266, 267, 268
Tatuajes, 365
Titiriteros, 272, 273, 497
Tortuga, 542, 543, 545
Venecianos, 220, 348, 353, 356, 398, 486, 487
Vestimenta, 169, 196
Vicios de los africanos, 130, 134, 136, 185, 238
Vino, 130, 238, 239, 248, 273, 294, 304, 309, 312, 313, 316, 317, 318, 319, 324, 333, 466
Virtudes de los africanos, 132, 133
Zocos de El Cairo, 493
Zocos de Fez, 239, 242, 246, 255
Zocos de Túnez, 398

Ínidice de Topónimos

Aadachsan, Adecsen, Edecsen, 289, 342, 343
Abuhinan, 243, 441
Accha, 107, 433
Adduhra, vid. Eddahra, 326
Adendun, 214
Adimmei, 176, 177, 188
África, 87, 88, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 100, 101, 102, 103, 110, 114, 115, 118, 119, 120, 121, 122, 125, 126, 127, 131, 132, 135, 137, 141, 147, 155, 156, 164, 169, 171, 195, 206, 211, 215, 216, 222, 234, 237, 238, 247, 253, 254, 266, 269, 270, 271, 274, 279, 282, 283, 302, 306, 313, 347, 354, 357, 362, 368, 384, 388, 389, 390, 393, 396, 397, 398, 410, 411, 421, 423, 429, 438, 446, 447, 449, 451, 484, 487, 491, 506, 520, 523, 524, 530, 531, 532, 533, 534, 536, 538, 539, 542, 548, 549, 550, 552, 553
Agadez, 92, 125, 442, 445, 451, 452, 468, 469
Agbal, 373
Aggar, 90
Aghilinghighil, 149
Agla, 295
Agmat, Agmet, 165, 172, 173
Al Cafa, 507
Alcazarquivir (El Casar el Cabir), 291, 526
Alejandría, 88, 99, 309, 409, 413, 416, 422, 429, 483, 485, 486, 487, 488, 489, 498
Alemania, 415
Alemdin, 189, 190
Alguechet, vid. Eloacat, 455,
Alicante, 171
Alto Egipto, vid. As-Sahid (Ṣaʿīd), 543,
Andalucía, 227, 409
Anfa, 210, 211, 212
Angad, Anghad, 326, 349, 350, 372, 526, 527, 539
Angera, 306
Anthius, 489
Aodor, 525
Apulia, vid. Puglia, 486
Arabia, 97, 99, 101, 133, 266, 270, 415, 506, 514, 536
Arabia Desértica, 101, 109, 408, 520, 536, 549
Arabia Feliz, 87, 89, 93, 96, 101, 109, 297, 499, 520
Arabia Pétrea, 520
Aragón, 171,
Araoan, 112, 451
Arcila, 291, 293, 297, 298, 299, 300, 305
Argel, Elgezair, Gezeir, 90, 105, 109, 349, 365, 366, 368, 369, 370, 372, 374, 443, 528
Ariana, 405
Armenia, 132, 393, 509, 520
Aseis, Esais, Esseis, 285, 288, 289
As Sahid, 103, 104, 480, 483, 500, 513
Asemor, Azamor, Azammur, Azemur, 115, 182, 183, 524
Asfachus, Asfacos, vid. Sfacos (Sfax), 377, 408, 416
Asgar, Azgar, Azghar, 102, 105, 107, 122, 289, 290, 293, 525, 526, 525
Asia, 87, 93, 99, 228, 266, 270, 274, 362, 394, 488, 489, 490, 491, 505, 506, 508, 509, 517, 520, 533, 534, 535, 536,
Asna, Esna, 518, 519, 542
Asifelmel, 164
Asifinual, Esifnual, 141, 161, 162, 163
Asiria, 87, 120
Asuán, 519, 520
Atlante, 88
Atlas, 97, 102, 104, 108, 114, 117, 122, 124, 129, 130, 131, 141, 154, 155, 156, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 170, 172, 173, 177, 188, 191, 193, 195, 197, 202, 203, 209, 211, 214, 215, 218, 219, 225, 226, 289, 325, 328, 330, 331, 337, 338, 339, 342, 429, 432, 433, 435, 440, 441, 442, 523, 524, 525, 526, 527, 528, 529, 530, 545, 548, 550, 553

Augela, Awŷīla, 91, 451, 453, 454, 455
Auras, Auraz, 420
Azafi, Azefi, Safi, 106, 115, 146, 164, 166, 179, 180, 181, 183, 186, 523
Azaoad, Azoad, 91, 125, 451
Azella, vid. Arcila, 297
Azgan, 337
Azgangan, 324
Azgari Cammaren, 339
Azioth, 516, 539
Bagdad, 99, 100, 119, 120, 265, 272, 410, 496, 508, 509, 515, 531
Bahlbach, 493
Bath, 525
Bain Elcasrain, 269
Banibasil, 227
Bani Teude, 294
Barbanda, 518, 519
Barca, 393, 429, 450, 453, 471, 479, 485
Barcha, vid. Barca, 513
Bardo, 400
Barnabal, 489
Baronis, 333
Basora, 265
Basra, 297
Bath, 289
Batha, 362, 527
Beb el-Bahar, 398
Beb el Futuh, 492
Beb el Loch, 496
Beb el-Manera, 398
Beb Nasre, 492
Beb Zuaila, 492, 496, 502
Bechria, 480
Bedis, 308, 309, 310, 311, 312, 316, 322, 323, 324, 325
Bege, 529
Begia, 391, 399, 421
Bein el Casrain, vid. Bain el Casrain, 493
Beirut, 309
Beld El-huneb, 387
Beni Abusaid, 374
Beni Achmed, 318
Beni Bahlul, 338
Beni Besseri, 441
Beni Buseibet, 315
Beni Chelid, 312
Beni Chessen, 305
Beni Fensecare, 304
Beni Garir, 311
Beni Gebara, 314
Beni Giusep (Beni Yusef), 313
Beni Guedarfet, 307
Benigomi, vid. Beni Gumi,
Beni Gualid, 315
Beni Guamud, 319
Beni Guarid, 423
Beni Guazeual, 317
Beni Guerenned, 373
Beni Gueriaghel, 318
Beni Guertenage, 333
Beni Gumi, 441, 530
Beni Haros, 304
Beni Iasga, Beni Iazga, 334, 336
Beni Iedir, 316
Beni Iefren, 422
Beni Ieginesen, 319
Beni Iesseten, 334
Beni Iezneten, 372
Beni Mansor, 312
Benimeguer, 181, 186
Beni Merasen, 342
Beni Mesgalda, 319
Beni Rasid, 360
Beni Razin, 313
Beni Sabih, 434
Beni Sahid, 323
Beni Suaif, 515
Beni Terso, 314
Beni Teuzin, 324
Beni Zaruil, 313
Berbería, 88, 90, 92, 93, 98, 99, 100, 101, 104, 105, 116, 119, 120, 122, 126, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 135, 275, 377, 383, 408, 429, 430, 437, 442, 443, 445, 446, 459, 460, 461, 464, 465, 466, 468, 472, 480, 486, 489, 496, 515, 523, 529, 533, 534, 535, 536, 537, 540, 549, 550, 553
Berdeoa, Berdeua, Birdeua, 91, 110, 454
Berelles, 484
Bética, 271, 272, 286, 397, 409
Biledulgerid, 88, 91, 447
Biserta, Bizerta, 392, 394
Bito, 92
Bizo, 192
Bocchin, 488
Bolonia, 237
Bolsena, 186
Bona, 387, 388, 393, 399, 420, 421, 528, 539
Borgi, 446
Borno, Burnu, 92, 97, 453, 468, 471, 472, 473
Bosiri, 485
Bresch, 365, 366
Buchaira, 485
Buchuia, 312
Bugía, 90, 91, 104, 105, 365, 366, 369, 370, 377, 378, 379, 380, 396, 419, 420, 443, 445, 447, 475, 528
Bulach, 498
Bulahuan, 183, 184
Bunasr, 289
Buragrag, 209, 210, 216, 217, 218, 219, 220, 290
Burris, 163
Buthoia, 320
Cabis, Capis, Capes (Gabes), 101, 393, 411, 412, 413, 416, 430, 449, 529
Cabra, 466
Cádiz, 212
Cairuán, Caraoan, 98, 101, 293, 294, 311, 354, 371, 396, 407, 408, 409, 410, 411, 422, 517
Caldea, 120
Calhat, Haoara, 94, 95, 96, 97, 361, 388, 435, 517

Camis Metgara, 227
Cammart, 404
Can el Halili, 494
Cana, Chana (Qena), 519, 520, 543, 545
Cano, 92, 97, 453, 468, 469, 470
Capheza (Gafsa), vid. Gaphsa,
Cartagena, 171
Cartago, Carthagine, 87, 98, 119, 393, 394, 404, 415, 421, 422
Casar, vid. Alcazarquivir, 297, 303, 304, 305, 526
Casar el Pequeño, vid. Casar ez-Zaghir, 306
Casar Ezzaghir, 301
Casba, 392
Casena, 92, 470
Casr Acmed, 423
Casr Hessen, 423
Castilla, 171, 220, 224, 409
Castillo del Águila, 306
Castillo de la Vergüenza, 288
Cataluña, 306, 363
Cesarea, 94, 104, 119, 127, 347
Ceuta, 216, 297, 299, 301, 302, 303, 306, 409, 418
Chalbiz, 91
Chancha, 514
Charafa, 498
Chasair, 441
Chasasa, 321, 322, 323, 324, 527
Chaulan, 285
Chaus, Chauz, Cheuz (Ḥawz), 320, 325, 326, 525, 526
Chebib, 305
Cheneg, 435, 530
Chesena, vid. Casena, 97
Chipre, 486
Choros, 392
Cien Pozos (Ciudad), 182
Cien Pozos (Monte), 340
Circasia, 507, 509
Cithiteb, 203
Collo, vid. El Collo, 420, 421
Constantina, 90, 106, 118, 370, 380, 382, 383, 384, 385, 386, 388, 418, 420, 421, 444, 445, 453, 528, 540, 541
Constantinopla, 190, 224, 482, 520
Conte, 181
Corasan, 268, 270
Córdoba, 128, 171, 293, 298, 311, 354, 407
Cuarizm, 509
Cufa, 499
Culeihat Elmuridin, 152
Cunaigel Gherben, vid. Paso de los Cuervos, 341
Dades, Dedes, 106, 195, 204, 205, 206, 343
Damanhore, 484
Damasco, 222, 254, 272, 301, 380, 409, 410, 504
Damieta, 474, 479, 480, 484, 498, 551
Dangala, 474, 475
Dara, Dare, Darha, Draa, 91, 107, 108, 193, 195, 205, 206, 433, 434, 439, 451, 454, 530, 535
Dauma, 92
Demensera, 155
Denia, 171
Derna, 202
Derotte, 491,
Deusen, 91, 447
Dubdu, 328, 329, 330, 333, 334, 335, 441,
Duccala, 90, 92, 95, 102, 104, 106, 115, 122, 155, 156, 179, 181, 182, 183, 184, 186, 187, 188, 191, 227, 523, 524
Ecalha, 357
Echebdeuon, 323
Eddahra, 108
Efza, 202, 203
Egipto, 87, 88, 93, 99, 100, 101, 116, 121, 122, 129, 132, 133, 141, 269, 270, 287, 393, 399, 400, 408, 409, 415, 451, 454, 455, 473, 474, 475, 479, 480, 482, 483, 484, 485, 488, 489, 490, 493, 496, 498, 499, 500, 501, 502, 505, 506, 507, 508, 511, 512, 513, 515, 517, 518, 520, 531, 536, 539, 543, 544, 545, 551, 552,
Eitdeuet, 151, 152, 153
Elabath, 90,
Elborgiu, 91
Elcaira, El Cairo, 92, 99, 100, 125, 266, 269, 422, 451, 473, 474, 479, 480, 482, 483, 484, 486, 487, 488, 489, 490, 491, 492, 493, 494, 496, 497, 498, 499, 500, 501, 502, 503, 504, 505, 507, 508, 509, 512, 513, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 520, 531, 535, 539, 542, 543, 544,
Elcauz, vid. Chaus, 90
Elchama, vid. El Hamma/Elchauz, vid. Chaus, 91
El Cheme, Elchemma, vid. El Hamma/El Chian, 449
El Collo, 382, 528
El Fium, El Fiium, Fium, (Fayum), 483, 484, 515
Elgiumuha, 162, 192
El Giumha, 290
El Guechet, vid. Eloacat / Elhabet, vid. Habat, 459
El Hamma, 412
El Haraics, vid. Larache, 526
El Mahdia, 407, 408, 411
El Mathria, 500
Elmedina, 182, 183, 185
El Muchattam, 492
El Munsia, 517, 518
Eloacat, Eloachet, Alguechet, Elguechet (al-Wāḥāt), 88, 91, 455
Eraclia, 405
Errif y Rif, (Egipto), 480, 483, 513
Errifi, vid. Rif (Marruecos), 90
Esna, vid. Asna, 542

España, 90, 119, 131, 142, 165, 169, 171, 197, 216, 219, 223, 246, 271, 278, 293, 301, 303, 306, 307, 309, 320, 321, 348, 363, 368, 369, 370, 378, 396, 409, 414, 443, 468
Essuoaihla, 439
Estrecho de la Arabia Feliz, 89
Estrecho de las Columnas de Hércules, vid. Gibraltar, 87, 293, 297, 299, 301, 307
Ethiad, 203
Etiopía, 89, 133, 359, 429, 475, 508, 520, 531, 533, 534, 535, 540, 549
Europa, 87, 89, 99, 114, 120, 127, 144, 154, 171, 238, 243, 244, 245, 248, 253, 298, 301, 302, 307, 359, 365, 382, 386, 389, 394, 404, 444, 461, 464, 466, 467, 480, 485, 486, 493, 494, 502, 510, 520, 532, 533, 536, 549
Ezzab, 90
Ezaggen, 294, 296, 304
Fabbriano, 206
Fanzara, 221, 222
Farcala, Fercale, 91, 106, 440
Fezzen, vid. Fizzan, 451, 453
Feghig, Fighig, Figuig, 91, 108, 109, 442
Fessa, vid. Fez, 90, 209
Fez, 90, 95, 104, 105, 106, 107, 108, 115, 123, 124, 125, 156, 157, 158, 159, 163, 168, 171, 172, 173, 174, 175, 177, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 205, 209, 210, 211, 212, 215, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 237, 238, 239, 241, 242, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 257, 258, 259, 261, 264, 265, 267, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 277, 278, 279, 282, 283, 284, 285, 286, 288, 289, 290, 291, 293, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 309, 312, 313, 314, 315, 316, 317, 318, 319, 320, 321, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 332, 333, 334, 337, 338, 339, 340, 341, 342, 349, 350, 354, 355, 356, 357, 360, 362, 367, 370, 371, 373, 374, 380, 392, 397, 400, 401, 416, 418, 433, 434, 435, 441, 442, 443, 520, 524, 525, 526, 527, 539, 550, 551
Fizzan, 91
Flandes, 158, 220, 486, 494
Francia, 486
Fuoa, 490, 491
Fustat, 482
Gademes, Gademis, 91, 450, 453
Gago, 92, 97, 460, 462, 466, 467, 468
Gana, 459
Ganges, 509
Gaoga, 87, 88, 89, 92, 97, 471, 473, 515
Gaogao (Gao), 455, 459
Gaphsa, 447
Gar el Gare, 427
Garet, Garit, 90, 106, 108, 209, 311, 320, 321, 322, 323, 324, 325, 326, 331, 372, 526
Garian, Garion, 91, 422, 423
Garseluin, Gerseleuin, 108
Garsis, 327
Gartghessem, Gartguessem, 159, 432, 529
Gasasa, 331
Gastrir, 436
Gauata, 332
Gebelelhadih, 155
Gebha, 310
Gedmeua, 176
Gedda, 520
Gegel, 369, 370, 379, 420, 528
Gemiha Elchmen, 226
Génova, 221, 304, 388
Gerbe, Yerba (Yarba), 91, 387, 413, 414, 415, 416, 422, 447, 449, 486
Geza, 513
Gezira, 296
Gezirat ed deheb, 491
Ghar el Meleh, 529
Ghedmiua, vid. Gedmeua, 162
Ghinea, Guinea, 89, 92, 97, 461, 462, 466
Ghir, 441, 442, 452, 530
Gibraltar, 121, 216
Giorgia, 517
Gober, Guber, 92, 97, 452, 467, 468
Gogdem, 452
Gogideme, 196, 523
Gorhan, 92, 474
Goleta (La), 394, 398, 402, 404
Goz, 146
Granada, 128, 137, 171, 216, 222, 227, 286, 293, 294, 299, 301, 302, 303, 305, 306, 307, 311, 320, 354, 366, 389, 397, 409, 464, 553
Grecia, 93, 422, 483, 485, 486
Guachde, 442
Guaden, 91, 107, 430
Guadilbarbar, 528
Guagida, 350
Gualata, 89, 92, 107, 125, 160, 432, 451, 453, 459, 460, 461, 468
Gualhasa, 373,
Gualili, 286, 287
Guangara, Guangra, 92, 97, 470, 471
Guanseris, 362, 374, 527
Guardan, 324
Guarga, 293, 294, 295, 307, 318, 319, 525
Guargala, Guarghala, Guargla, Guarghela, 91,104, 445, 453
Gueblen, 333
Guenziga, 110, 452
Gueslet, 411
Guir, vid. Ghir, 212

Gumera, 94, 96, 97, 290, 294, 295, 300, 304, 311, 525, 526
Guraigura, 289, 325
Guregra, 343
Guzula, Guzzula, 90, 94, 161, 163, 172, 177, 178, 429, 430
Habat, 293, 294, 298, 304, 525, 526
Habid, vid. Ríos de los Esclavos, 179
Hacca, 91, 451
Haddagia, 327
Hadecchis, 147, 148
Hadimei, 161,
Haim Elchallu, 215
Hain Sammit, 391
Hair, 91, 452
Ham Lisnan, 338
Hammamet, 405
Hamrozo, 428
Hanchisa, 161
Hangad, vid. Angad, 109
Hanimmei, 173, 523
Hantera, 176
Haresgol, 354
Hasara, 186
Hascora, Hazcora, 90, 188, 189, 190, 192, 193, 524, 530
Haugustum, 316
Hea, Heha (Ḥāha), 90, 94, 106, 429, 141, 145, 146, 147, 148, 150, 152, 153, 154, 155, 156, 158, 159, 161, 173, 177, 178, 181, 206, 529
Helel, 436
Heti, 106
Hippo, 387,
Homar, 297, 415, 482, 499
Horam, 348
Hubbed, 284, 359
Hunain, 353, 373
Iadog, 528
Iambuh, 519, 520
Iasliten, 450
Ibiza, 363, 368, 369
Ichmin (Ajmim), 483, 517
Ielles, 310
Idevacal, 154
Ifran, Ifren, 91, 432
Ifriquía, vid. África, 87
Ighidi, 452
Ighilinghighil, vid. Aghilinghighil, 153, 154
Ilalem, 161
Ilda, 177
Ileusugaghen, 148
Imizmizi, 163, 176
Inauen, 219
India, 133, 228, 503, 533
Inglaterra, 486
Israel, 120, 516
Italia, 111, 114, 119, 120, 131, 142, 144, 158, 161, 166, 186, 195, 197, 205, 216, 231, 237, 243, 245, 251, 253, 257, 264, 272, 274, 302, 306, 315, 358, 359, 382, 386, 399, 406, 468, 493, 494, 520, 524, 534, 536, 552
Izli, 350
Jaén, 171
Jerusalén, 508
Lago de los Leprosos, 412
La Meca, 460, 475, 492, 513, 519
Larache, 290, 291, 298
Lepide, 415
Libia, 87, 88, 89, 91, 104, 106, 107, 108, 110, 114, 118, 122, 124, 125, 126, 129, 130, 131, 133, 325, 430, 432, 433, 442, 446, 451, 453, 454, 455, 459, 460, 462, 468, 469, 472, 479, 484, 533, 534, 535, 536, 538, 542, 545, 549, 552
Lisboa, 181
Lombardía, 161
Lucai, 317
Luccus, 291, 292, 296, 297, 526
Macarmeda, 284
Machres, 413
Mader Auuam, 218
Maghilla, 288
Magnana, 367
Magran, 204, 205
Magraua, 347, 374
Magrida, 392
Mahdia, vid. El Mahdia, 339, 396, 416
Mahmora, 222, 224, 525
Málaga, 311, 389
Mallorca, 363, 368, 369, 494
Malta, 416
Mansora, 212, 215
Manf, 483, 484
Manfaloth, 516
Mar Negro, 507
Mar Rojo, 89, 475, 479, 492, 519, 520
Marruecos (Marrakech), 90, 94, 95, 97, 102, 115, 122, 141, 145, 146, 147, 155, 158, 161, 163, 164, 165, 166, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 176, 177, 179, 181, 183, 184, 188, 189, 196, 206, 210, 211, 212, 214, 216, 217, 218, 277, 291, 301, 306, 326, 327, 396, 397, 408, 444, 448, 449, 459, 462, 523
Marsa, 404
Marsa el Borgi, 486
Marsa el Cabir, 348
Masettaza, 342
Masila, Mesila (Msila), 105, 379, 380, 420, 445
Mater, 392
Matgara, Metgara, 108, 332, 373, 436, 530
Mauritania, 91, 94, 97, 102, 104, 108, 119, 122, 123, 127, 168, 227, 228, 229, 291, 293, 298, 301, 311, 325, 336, 365, 409, 433, 438, 454, 541, 549, 552,
Mazalig, 441
Mazandran, 509
Mazuna, 368
Mechella, 491
Mecnasa, Mechnase (Mequinez), 95, 191, 220, 225, 226, 288

Medha, Mediia (Medea), 371
Medina, 506, 519
Mediterráneo, 209, 272, 307, 308, 309, 310, 311, 313, 320, 323, 324, 325, 330, 347, 350, 352, 363, 364, 365, 366, 367, 371, 372, 374, 378, 380, 382, 387, 389, 391, 392, 394, 404, 405, 407, 408, 411, 415, 416, 420, 421, 428, 443, 444, 447, 450, 479, 485, 488, 527, 528, 529
Medra, 92
Megerada, 529
Megesa, 333
Meggeo, 322, 324
Meies, 88,
Mela, 386
Meliana, 105, 367
Melilla, 320, 321
Mell, Melle, Melli, 89, 92, 96, 97, 461, 462, 466
Melulo, 320
Menorca, 363, 368, 369
Menphis, 513
Meramer, 186
Mersalcabir, vid. Marsa El Cabir, 364
Mergo, 295
Merzina, 316
Mesellata, 428
Mesina, 414, 419,
Mesrata, 91, 428, 429
Mesre, 482
Messa, 88, 154, 156, 157, 161, 171, 438
Messab, Meszab, Mezab (Mzab), 91, 443, 452
Mettegia, 369, 370, 528
Mezdaga, 338
Mezemme, 311
Mezzagran, 364, 527
Mina, 527
Misruletich, 499
Mochattam, vid. El Muchattam, 502
Mohascar, 361
Monaster, Monastier, 406, 407, 411, 416
Monte Verde, 186, 187
Morea, 93, 393
Mosal (Mosul), 493
Mostagan, Mostaganin, Mustaganin, Mustuganin (Mostaganem), 105, 365, 374
Muhaisirat, 514
Muhallaca, 514
Mullulo, 327, 526
Muluia, 209, 320, 323, 325, 327, 337, 347, 526
Munia, 515
Murcia, 171
Nabel, vid. Napoli, 404
Nápoles, 309, 434, 449
Napoli (Nabel), 404
Narangia, 296
Narni, 172, 367
Necaus, 380, 420
Nedroma, 327, 352, 373
Nefifa, Nififa, 155, 161, 173
Nefreoa, 91,
Nefta, 91, 446
Nefusa, 422
Nefzaoa, 450
Negra, 172
Niffis, 523
Níger, 89, 92, 122, 126, 129, 460, 461, 462, 464, 466, 467, 468, 469, 471, 530, 531, 542, 543
Nilo, 87, 88, 89, 91, 93, 98, 129, 453, 454, 462, 473, 474, 479, 480, 482, 483, 484, 485, 487, 488, 489, 490, 491, 492, 497, 498, 499, 500, 501, 502, 503, 513, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 520, 530, 531, 532, 539, 542, 543, 544
Ninoa, 493
Nocor, 307, 311, 320, 323, 324
Nubia, Nube, 92, 97, 473, 474, 519, 520
Nuchaila, 214
Nueva Delgumuha, 163
Numidia, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 97, 99, 102, 106, 108, 109, 114, 118, 122, 123, 124, 129, 130, 131, 132, 133, 320, 325, 328, 337, 338, 341, 343, 344, 347, 348, 349, 371, 379, 380, 383, 384, 386, 387, 388, 389, 390, 407, 408, 411, 416, 420, 423, 427, 428, 429, 430, 432, 438, 440, 441, 442, 443, 445, 447, 448, 451, 453, 460, 461, 479, 484, 527, 529, 533, 534, 535, 536, 538, 547, 548, 549, 550, 551, 552
Nun, 87, 88, 108, 453, 460
Océano (Atlántico), 87, 88, 89, 91, 119, 122, 141, 146, 153, 154, 155, 156, 159, 160, 179, 182, 188, 209, 211, 212, 216, 217, 220, 224, 290, 291, 293, 296, 297, 299, 301, 303, 409, 451, 453, 460, 461, 462, 524, 525, 526, 529, 541, 552
Ommirabih, Ummirabih, 179, 183, 184, 185, 186, 197, 202, 204, 209, 210, 215, 524
Orán, 105, 168, 348, 353, 359, 363, 364, 373
Paso de los Cuervos, 341
Persia, 120, 133, 246, 270, 465, 520
Perzegreg, 97
Pescara, Pescare (Biskra), 91, 384, 446, 447
Piedra Roja, 287
Pirámides, 483, 513
Portugal, 104, 115, 145, 146, 149, 158, 164, 171, 173, 180, 181, 182, 183, 184, 186, 212, 217, 222, 223, 224, 296, 298, 299, 300, 301, 304, 486, 524
Puglia, 119
Quadres, 306
Rabat, 211, 212, 214, 216, 217, 220, 524
Racheda, 410

Rahona, 304
Rasid, 229, 488
Reteb, 108, 436, 530
Rif (Marruecos), 94, 126, 209, 307, 311, 320, 325, 480, 483, 513
Río de las Perlas, 525
Río de los Esclavos (Habid, Guadelhabid, Ouadelhabid), 94, 188, 192, 197, 524
Río Grande o Mayor (Summan), 347, 528
Rodas, 117
Roma, 89, 121, 163, 186, 216, 219, 241, 242, 246, 257, 270, 352, 367, 385, 389, 392, 393, 448, 483, 486, 553
Roseta, 479, 480, 483, 488, 489, 490
Saba, 109
Sacsiua, 175
Sahlel Marga, 339
Sala, Sela (Salé), 105, 185, 212, 220, 221, 222, 225, 524, 525, 551
Salef, 364
Sarman, 427
Sarra, 88
Sativa, 370
Sebú, Subo, Subú, 222, 285, 290, 295, 336
Seffaia, 528
Sefsaua, 162, 174
Sefsaoen, 313
Sefsif, 357
Segelmese (Siŷilmāsa), 90, 91, 106, 206, 407
Seggheme, 204, 205
Sehrauard, 268
Selelgo, Selilgo, 335, 337, 525
Sella, 217, 218
Semede, 174
Semmenud, 484
Sersel, 366, 367
Seusaua, 175
Sevilla, 171, 397
Sfacos (Sfax), 422
Sicilia, 98, 117, 119, 406, 410, 414, 415, 416, 443, 486
Sifsaia, 155
Siria, 99, 132, 252, 270, 393, 480, 488, 493, 506, 507, 508, 509, 510, 511, 514, 536
Sirte, 473
Sisa, 206
Sofroi (Sefru), 337, 338
Stefe, 380, 420
Suachin, 475, 520
Subeica, 423
Subeit, 183
Sucaicada, 382
Sudán, 429
Sufgmare, 528
Sugaihila,, vid. Essuoaihla, 530
Sus, 90, 94, 99, 107, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 177, 181, 429, 451, 529
Susa, 405, 406, 411
Tabarca, 529
Tabelbelt, Tebelbelt, Tebelbelth, 108, 440, 452
Tabriz, 246
Tadla, Tedle, 90, 104, 122, 184, 186, 188, 190, 196, 197, 202, 203, 204, 215, 226, 343, 524
Tafrata, 326, 526
Tagaost, Tagauost, 107, 108, 160
Thagia, 218
Tagiora, 428
Tagodast, 190, 191, 192, 196
Tagtessa, 150, 151
Tamarracost, 436
Tamesna, Temezne, 90, 95, 117, 122, 123, 209, 210, 211, 212, 214, 215, 218, 219, 298, 320, 342, 524, 539
Tánger, 291, 299, 300, 301, 303, 305
Tansor, 295
Taolacca, 91
Tarifa, 171
Tarsis, 394
Tartaria, 520
Tarudant, 159, 160
Taza, 326, 328, 329, 330, 331, 332, 333, 334, 525, 526
Tebecrit, 352
Tebesa, 529
Techort, vid. Teggort, 444, 445, 452,
Teculeth, 146, 147
Tedelles, 109, 372
Tednest, 145, 146
Tedsi, 160, 206
Tefas, 388
Tefelfelt, 224
Tefesra, 360
Tefethne, 153, 154
Tefna, Tefne, 349, 527
Tefza, 197, 201, 202
Tegassa, 310
Tegaza, 451, 452, 453, 454, 464
Tegdeat, 109
Tegdemt, 371
Tegeget, 215
Teggort (Tuggurt), 91
Tegorarin, 105, 442, 443, 444, 452
Teguast, 91
Teijeut, 149, 150, 157, 158, 159
Temendfust, 372
Temeracost, 183
Temiam, 92
Temzegzet, 349
Teneget, 437
Tenes, Tenez, 90, 105, 106, 349, 367, 368, 371, 374, 527
Tenesse, 479, 480, 484
Tenezza, 162
Tenmelle, 176
Tensift, 141, 155, 161, 165, 172, 179, 188, 523
Tensita, Tenzita, 193, 195
Tenueues, 193
Teoerrega, Teoirraga, 91, 450
Teolacha, 447

Teozar,Teuzar (Tuzar), 91, 447, 448
Terga, 91, 110, 183, 308, 311, 313
Terrest, 526
Tesebit, 442
Tesegdelt, 150, 152
Teseuhin, 523
Teseuon, 196
Teseut, 177, 523
Tesraft, 164
Tessala, 360
Tesset, 90, 107, 430
Testaccio, 486
Tetteguin (Tetuán), 303, 306, 307
Teurerto, 326, 327
Tezarin, 314
Tezerin, 440
Tezerghe, 341
Tezzota, 321, 322, 324
Thebe, 490
Tierra (o país) de los Negros, 89, 348, 357, 430, 432, 437, 438, 440, 441, 442, 443, 445, 446, 450, 451, 453, 459, 475, 516, 532, 549, 552
Tit, 182
Tívoli, 163
Tobulba, 407
Todga, 91, 108, 205, 440
Togat, 289
Toledo, 409
Tombutto (Tombuctú), 89, 92, 96, 97, 107, 125, 160, 193, 194, 432, 434, 451, 452, 454, 460, 461, 462, 464, 465, 466, 468, 469, 535
Toscana, 158, 232
Tremecén, Telesin, 90, 94, 96, 105, 106, 109, 115, 125, 220, 277, 284, 321, 326, 327, 347, 348, 349, 350, 352, 353, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 369, 370, 371, 372, 373, 374, 377, 396, 397, 434, 442, 443, 444, 452, 527, 539
Trípoli de Berbería, 101, 171, 393, 416
Trípoli la Vieja, 416, 427
Tsabit, vid. Tesebit, 91
Tuath, 452
Tumeglast, 164
Túnez, 90, 91, 96, 97, 98, 102, 103, 106, 115, 118, 119, 127, 132, 171, 211, 264, 269, 298, 302, 309, 347, 356, 361, 366, 368, 370, 377, 379, 380, 382, 383, 384, 386, 387, 388, 389, 390, 391, 392, 394, 396, 397, 398, 399, 400, 401, 402, 403, 404, 405, 408, 411, 412, 413, 414, 416, 418, 419, 420, 421, 422, 423, 427, 428, 429, 430, 444, 445, 446, 447, 448, 449, 450, 515, 528, 529, 539,
Turquía, 133, 270, 406, 408, 429
Úbeda, 171
Umbría, 172
Umen Giunaibe, 342
Ummelhefen, 439
Urbs, Orbs, 118, 390, 399, 528
Valencia, 171, 370
Vecchia, 391
Vélez de la Gomera, vid. Bedis, 308
Venecia, 252, 309, 364, 487, 494, 502
Vizcaya, 486
Za, vid. Zha, 347, 527
Zab, 91, 294, 528, 529
Zagoan, 421, 422
Zahbel, 435
Zalag, Zelag, 285, 286, 290
Zanfara, 92, 470
Zanzor, 427
Zarfa, 219
Zarhon, Zarón, 229, 285, 286, 290
Zauia, 284
Zauiat Ben Iarbuh, 427
Zeb, 91, 445
Zebid, 475
Zegzeg, 92, 469, 470
Zha, 325, 326
Ziden, 475
Ziz, 343, 344, 435, 436, 437, 438, 530
Zoara, 415
Zuaga, 227

Serafín Fanjul, el traductor de la *Descripción General del África* de Juan León Africano, es Catedrático de Literatura Árabe en la Universidad Autónoma de Madrid. Autor de reconocido prestigio, ha traducido también otras obras importantes de la literatura árabe como el *Libro de los avaros* de al-Yahiz, *Maqamas* de al-Hamadani o *A través del islam* de Ibn Battuta.

9 788493 292379

Juan León Africano *versus* al-Ḥasan b. Muḥammad, es un personaje fascinante que sigue sorprendiendo a los lectores desde hace cinco siglos. Nacido en Granada, en fechas cercanas a la Reconquista de la ciudad por los Reyes Católicos en 1492, su vida estuvo marcada por los avatares y los acontecimientos políticos del momento.

Testigo excepcional de su tiempo, viajero infatigable, aventurero y diplomático, recorrió gran parte del continente africano. En su incansable peregrinar fue apresado en Yerba por corsarios sicilianos quienes lo regalaron al Papa León X, Juan de Médicis, del que llegaría a ser amigo y colaborador. Tras vivir en Italia algunos años, y después de numerosos avatares, volvió de nuevo al norte de África, donde posiblemente pasó sus últimos años.

Su obra la *Descrittione dell'África* se convirtió pronto en una referencia obligada para cualquiera que pretendiese hablar del continente africano. Fue durante siglos una fuente primordial de información sobre el Islam y el Norte de África. Traducida en esta ocasión al castellano por Serafín Fanjul, con la colaboración de Nadia Consolani, esta edición incluye además novedosos mapas, un estudio preliminar e interesantes notas e índices.

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE CULTURA

Fundación
El legado andalusí